

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA

**Departamento de Filosofía IV (Teoría del Conocimiento e Historia del
Pensamiento)**



**EL DESEO DE UN HIJO EN LA LITERATURA
PSICOANALÍTICA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Blanca Doménech Delgado

Bajo la dirección del doctor
Eduardo Chamorro Romero

Madrid, 2008

- **ISBN: 978-84-692-0066-7**



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

EI DESEO DE UN HIJO EN LA LITERATURA PSICOANALÍTICA

Doctoranda: Blanca Doménech Delgado

Director: Dr. Eduardo Chamorro Romero

Programa de Doctorado: Fundamentos y
Desarrollos Psicoanalíticos

Departamento: Filosofía IV. Teoría del
Conocimiento e Historia del Pensamiento

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE – MADRID

Septiembre 2007

EL DESEO DE UN HIJO EN LA LITERATURA

PSICOANALITICA

ÍNDICE: 1

INTRODUCCIÓN: 37

CAPÍTULO PRIMERO: LA TEORIZACIÓN FREUDIANA

SOBRE EL DESEO DE UN HIJO

1. Introducción: Freud sostiene una concepción de la sexualidad que no es equiparable a la genitalidad y que excede a las metas puramente reproductivas. La sexualidad humana no responde tampoco a un instinto biológico ni tiene un objeto predeterminado. Ahora bien, en el caso de la procreación humana ¿está el deseo de un hijo predeterminado? Nos proponemos rastrear en los textos freudianos la forma de entender el deseo de un hijo por el creador del psicoanálisis para lo cual necesitamos sustentarnos en su teorización del sujeto deseante, en su concepción del psiquismo y de la sexualidad humana.....53

2. Concepto de sujeto: Los descubrimientos freudianos subvierten la noción de sujeto vigente en la filosofía y en la psicología de la consciencia. El sujeto freudiano está escindido y no puede dar cuenta de sí, de sus actuaciones y padecimientos. No coincide tampoco con el

individuo biológico. Sin embargo, Freud le supone una intencionalidad inconsciente que guía sus deseos..... 58

3. Las dos teorías del aparato psíquico: Para explicar el funcionamiento psíquico, Freud propone la noción de aparato psíquico. En una primera época (hasta 1920) diferencia tres sistemas, cada uno de los cuales con su modo de funcionamiento específico. A partir de 1920 distingue tres instancias: el Ello, el Yo y el Superyo. 67

3.1. La primera teoría del aparato psíquico: La primera teoría del aparato psíquico ofrece un modelo espacial compuesto por tres sistemas: inconsciente, preconsciente y consciente, derivados de las huellas mnémicas. 71

3.1.1. Las primeras huellas mnémicas y su función estructurante del psiquismo: Las primeras experiencias de placer y displacer se inscriben en forma de huellas mnémicas que se van ordenando por efecto de la represión en tres “sistemas”: inconsciente, preconsciente y consciente. Así se va estructurando el psiquismo en una primera organización (y reorganización continua) a la que denominamos “sustrato simbólico”. 73

3.1.2. El problema de los recuerdos y el concepto de retroactividad: La construcción del psiquismo no se realiza de forma evolutiva y lineal sino en continua resignificación de lo ya vivido y significado, de tal manera que lo acontecido solo permanece re-significado retroactivamente. Freud señala, además

al contenido sexual, prematuro y traumático de lo recordado. Desear un hijo pasa por las experiencias como tal, por su recuerdo y por la forma en que retroactivamente se elaboran ambas. 86

3.1.3. Los tres sistemas del aparato psíquico: Los sistemas inconsciente, preconscious y consciente se constituyen a partir de los efectos de huellas mnémicas. Cuando una huella mnémica pasa a “ocupar” un lugar en el sistema inconsciente se denomina “representación-cosa” y está regido por el proceso primario. El sistema preconscious nace cuando a esta representación-cosa se le enlaza la representación-palabra, esto es, significaciones de percepciones acústicas. Se genera así un nuevo modo de funcionamiento regido por el proceso secundario. Tanto el proceso primario como el secundario interactúan en el psiquismo. Los efectos de esta interacción son los que interesa investigar al psicoanálisis. Es desde el funcionamiento inconsciente y las representaciones-cosa como cabe entender las equivalencias de términos o imágenes (heces, pene, niño, etc.). 94

3.1.4. La vivencia de satisfacción origina el deseo inconsciente el cual, ineludiblemente, tiene una dimensión conflictiva: El desvalimiento del recién nacido exige que sea un adulto el que intervenga para poner fin al estado de tensión causado por una necesidad orgánica. La acción específica realizada por un adulto que percibe la indefensión, provoca una vivencia de satisfacción y desencadena la pulsión. La búsqueda infructuosa y repetitiva de aquella primera experiencia

de satisfacción, en cuanto ha dejando en el psiquismo su huella, constituye el origen del deseo inconsciente. El aparato psíquico se pone en movimiento para tratar de repetir esa primera experiencia placentera, lograrlo a través de los sueños, repetirla por medio de la alucinación o por otra vía más adecuada. El deseo adquiere una dimensión que va más allá de la adaptación biológica. 100

3.1.5. Los dos principios del funcionamiento psíquico:

El aparato psíquico, en su funcionamiento, se rige por dos principios: el del placer y el de la realidad. El primero caracteriza al sistema inconsciente y el segundo al sistema consciente. El principio de la realidad, que gobierna el funcionamiento secundario, pretende garantizar el del placer, modificándolo y tomando en consideración las condiciones del mundo exterior. Ambos principios están siempre presentes en toda actividad humana. .. 116

3.1.6. La realidad psíquica y la realidad material:

La concepción freudiana del aparato psíquico es indisoluble de una teorización de la realidad que exige tener en cuenta la dialéctica entre la realidad objetiva y la subjetiva, entre la verdad histórica y la fantaseada. Lo que interesa prioritariamente al psicoanálisis es la realidad del deseo inconsciente y su expresión más verdadera: la fantasía. El deseo de un hijo ha de ser estudiado no sólo atendiendo a la realidad subjetiva –o a las condiciones reales- sino a las fantasías que subyacen.125

3.1.7. Las fantasías son escenificaciones

imaginarias mediante las cuales el sujeto expresa la realización de un deseo

inconsciente. Sea cual fuera la experiencia personal de cada individuo, existen unos “fantasmas” que son universales y que remiten a los enigmas que todo ser humano se plantea acerca del origen de la sexualidad, de la vida y de la diferencia sexual. Fantasmas originarios que inevitablemente son concitados en el deseo de procrear y que atañen a un objeto.135

3.1.8. Tres concepciones de objeto en Freud: El objeto en Freud no tiene una referencia unívoca, ya que emplea el concepto para referirse a diferentes cuestiones con sus correspondientes desarrollos teóricos. Tres concepciones de *objeto* se diferencian a lo largo de su obra: el objeto de deseo, el pulsional y el de amor.....145

3.1.8.1. El deseo inconsciente es aquello que se moviliza con ocasión de la primera “vivencia de satisfacción”; una experiencia placentera y excitante que incita una búsqueda de *algo* que supuestamente aplacará toda tensión. Ese *algo*, objeto de deseo, no es más que un objeto mítico, imposible o perdido de esa supuesta satisfacción absoluta. No es un objeto material. El objeto-hijo es una de las formas de materializar ese deseo. 146

3.1.8.2. El objeto de la pulsión es aquello mediante lo cual se satisface ésta. Es un objeto fantasmaticado, variable, autoerótico y puede ser permutable por otro en virtud de sus posibilidades de procurar satisfacción y de su valor simbólico. Ha de entenderse como un objeto facilitador de

una satisfacción parcial, pero no como un objeto adecuado o coordinado instintivamente con alguna necesidad. El hijo, como cualquier otro objeto, podría servir a la satisfacción pulsional. 151

3.1.8.3. El objeto de amor se refiere a la forma de relación afectiva con el otro. Designa aquello que constituye para el sujeto objeto de atracción libidinal, casi siempre una persona. Implica unificar los diferentes objetos pulsionales y sustituirlos por un objeto único, ajeno al propio cuerpo. Remite, en última instancia, a la elección de una persona como objeto amado y como partenaire sexual; paso necesario, aunque no suficiente, para la constitución de la “normalidad” y para desear un hijo como objeto de amor. 165

3.1.8.3.1. La elección de objeto de amor es un proceso que se consuma, idealmente, en la vida adulta, con la elección de una persona o de un tipo de persona, como pareja sexual. Dicho proceso, que se lleva a cabo en dos tiempos, es simultáneo a la construcción del propio Yo y al narcisismo. Entraña dos modos de elección: una de tipo narcisista y otra de tipo objetal. 175

3.1.8.3.1.1. Dos tiempos en la elección de objeto: La elección del objeto de amor se lleva a cabo en dos tiempos separados por el período de latencia. En el primero, se elige un objeto incestuoso y finaliza con la

declinación del Edipo y la aparición de sentimientos de ternura hacia los padres. En el segundo, tras el período de latencia, se reavivan los sentimientos incestuosos y culmina con la elección de un objeto conforme a la cultura. Las tendencias sexuales edípicas se canalizan en sentimientos tiernos hacia los padres, los hermanos, o en un futuro, hacia los hijos, pero nunca están ausentes del todo. 176

3.1.8.3.1.2. Dos modos de elección del objeto de amor:

Entre el autoerotismo y la elección de un objeto de amor externo, Freud descubre una fase narcisista que contribuye a la unificación y conformación del Yo, así como a la elección de objeto de amor. Ahora bien, elegir un objeto de amor puede hacerse de dos modos. La de tipo narcisista consiste en elegir un objeto similar a uno mismo y la modalidad de apuntalamiento, en buscar un objeto parecido a las personas que cuidaron de uno. La experiencia como hijo media en ambos tipos de elección. El amor al hijo es la vía fundamental –si bien no la única- por el que la mujer accede al pleno amor de objeto. Y en el hijo que se desea concurren ambas modalidades de elección, así como la posibilidad de reconstruir en el presente las prerrogativas del pasado. 185

3.1.8.3.1.3. La relación de objeto alude a las significaciones simbólicas y fantasmáticas que

dominan la vinculación del sujeto con el objeto de su elección. Si nos centramos en el hijo en tanto que objeto deseado, tampoco el significado y las relaciones que se establecen con él están exentas de estos fantasmas gestados en virtud de las experiencias que la madre tuvo cuando fue hija. 203

3.2. La segunda teoría del aparato psíquico elaborada por

Freud a partir de 1920 distingue el Ello, el Yo y el Superyo. En este segundo modelo teórico –que no excluye el primero- Freud introduce el narcisismo y agrega el concepto de pulsión de muerte para comprender determinados fenómenos psíquicos. El deseo se presenta ahora asociado con componentes tanáticos. El deseo de un hijo, los sentimientos de amor y de odio hacia él se entienden mejor desde esta segunda conceptualización. 218

3.2.1. La pulsión de muerte, presente en toda persona, se opone e intrinca con las pulsiones de vida. Si las primeras tienden a volver a lo no organizado, a la desaparición de toda tensión, estas últimas tienden a la conservación de la vida y al establecimiento de lazos. En el hijo que se desea subyace un afán de inmortalidad y un anhelo narcisista. Ambas aspiraciones impelen a una dialéctica de vida y muerte hacia el hijo como algo propio pero también algo ajeno y amenazante. 225

3.2.2. El Ello: Es una de las tres instancias de la segunda concepción tópica del aparato psíquico. Designa un lugar totalmente inconsciente, reservorio de las pulsiones, pero no es

todo lo inconsciente, dado que también el Yo y el Superyo, que de él derivan, tienen aspectos inconscientes. Es sede de lo pulsional si bien no puede identificarse con lo biológico. 248

3.2.3. El Yo: Designa la parte consciente, pero también posee aspectos inconscientes relacionados con su función defensiva. Sirve de asiento al sentimiento de identidad del sujeto y es vivenciado, a pesar de su condición de objeto compuesto, como una unidad. Tiene una función reguladora entre el Ello y el Superyo y de ligazón de los procesos psíquicos. Para su comprensión es preciso tomar en consideración los puntos de vista económico, dinámico y tópic. 254

3.2.3.1. Origen y formación del Yo: Freud plantea la génesis del Yo desde dos perspectivas. Una, como resultado de una diferenciación progresiva del Ello, bajo la influencia del mundo exterior y como una función adaptativa a la realidad, y otra como efecto de las identificaciones, la primera de las cuales produciría la libidinización del Yo. Identificación, narcisismo y diferenciación dentro del Yo de componentes ideales son tres conceptos inseparables en la constitución del Yo. 262

3.2.3.1.1. Autoerotismo, Narcisismo y constitución del Yo: El autoerotismo constituye una forma primaria del comportamiento infantil en el que la pulsión empuja a la

satisfacción en el propio cuerpo sin recurrir a un objeto externo. El narcisismo es una etapa intermedia entre el autoerotismo y la plena capacidad de volverse hacia objetos externos. Se caracteriza por el investimento libidinal del Yo que permite la unificación de las pulsiones sexuales y constituye –por identificación con el otro- un primer esbozo del Yo, el “Yo Ideal”, objeto de amor, dotado de todas las perfecciones y depósito de la libido. Este narcisismo primario será perturbado dolorosamente por el complejo de castración. Pero nunca llega a abandonarse totalmente dicha posición sin que reste la pretensión de volver a gozar de esa plenitud. Tener un hijo proporciona una segunda oportunidad alcanzarla, de amar a otro que al tiempo constituye parte de uno mismo. 265

3.2.3.1.2. La Identificación en relación con la instauración del Yo:

El Yo no es sólo una parte diferenciada del Ello, es también una instancia que se asemeja a otro. Es la sede de las depositaciones, interiorizaciones de vínculos y relaciones establecidas con sus objetos. La identificación es el proceso por el que el Yo asimila un rasgo, una propiedad o la totalidad de otro y la hace suya. Se constituye sobre el modelo de ese otro. La primera modalidad de identificación se produce antes del Edipo y es la expresión del primer lazo afectivo con otra persona. En la segunda, la identificación se relaciona con la elección e introyección del objeto perdido en el Yo. Implica la distinción entre el objeto y el Yo. Y un tercer tipo de identificación se basa en la

posibilidad de ubicarse en una situación idéntica. Estas tres modalidades de identificación contribuyen a instaurar el deseo subjetivo de un hijo y hacerlo coincidente con la perpetuación de la especie y los intereses de la cultura. 278

3.2.4. El Superyo: Es una instancia, heredera del complejo de Edipo, que surge dentro del propio Yo. Tiene, además de la función protectora, un doble carácter paradójico: por un lado, toma el valor de un imperativo categórico y por otro, una significación de prohibición. Tiene también una dimensión compulsiva, expresiva de la pulsión de muerte y de los deseos libidinales inconscientes reprimidos. Es el representante en el psiquismo de los ideales de la humanidad. Una de sus funciones es la de ejercer como conciencia moral midiendo la desviación del Yo en relación a dichos ideales interiorizados. El deseo de un hijo queda interiorizado en la mujer como un ideal propio, pero regulado por la prohibición del incesto. Se transforma en un anhelo no exento de conflicto y las relaciones con el hijo quedan impregnadas de sentimientos inconscientes encontrados. 294

4. La libido es una energía y designa el aspecto psíquico de la pulsión sexual. Representa para Freud el deseo sexual, fuente del conflicto psíquico y condición de la conducta humana. La libido emana de las zonas erógenas pero a lo largo de la vida se desplaza – aunque también se fija o regresa- de unas a otras y sufre transformaciones desde una libido autoerótica, narcisista y objetal. Ubicarse como sujeto sexuado deseante pasa por la evolución de una

libido única. Ésta constituye una fuerza de ligazón, pero no se relaciona sólo con la sexualidad puesto que puede inhibirse en su fin o desexualizarse. 305

4.1. La organización pregenital: La libido abarca toda la vida del ser humano y todo su cuerpo, pero su organización no es la misma. Freud diferencia una *organización pregenital* de la libido y una *organización genital*. La primera es esencialmente autoerótica, las pulsiones parciales aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta y las zonas genitales no han alcanzado su función hegemónica. Sin embargo, aunque es autoerótica implica a otras personas en calidad de objetos sexuales, pero no hay unificación en un objeto de amor. La organización pregenital –subdividida en fases oral, anal y fálica- desempeña un papel importante en las primeras identificaciones. Antes de la organización genital se produce un período de latencia, influido por el complejo de Edipo, en donde aparecen las barreras morales. En la organización genital parte de la pulsión es desviada del fin sexual y se busca un objeto de amor no incestuoso..... 315

4.1.1. La fase oral, determina un modo de organización de la vida sexual. Aunque es autoerótica alude también a un objeto pulsional y a un prototipo de relación de objeto. Contribuye a la formación del Yo y la de un objeto externo fantasmaticado. Constituye el momento donde se establecen las identificaciones más tempranas. 321

4.1.2. En la fase anal, también autoerótica, la relación de objeto está impregnada de significaciones ligadas a la función de la defecación y al valor simbólico de las heces. Estas se representan como un objeto separable del cuerpo y como algo valioso que puede ser retenido o regalado por amor. La corriente pasiva de esta fase pregenital y la sensibilidad de la zona cloacal contribuirá a la receptividad femenina y a erogenizar la vagina de la niña.327

4.1.3. La fase fálica-genital centra la vida sexual infantil en los órganos genitales: el pene para el niño y el clítoris para la niña. Ambos órganos son equivalentes –activos y masculinos- en tanto que zona erógena rectora. Sólo hay una representación de la diferencia sexual, el falo. De modo que no existe la oposición masculino-femenino, sino fálico-castrado. Se produce la unificación del objeto de amor que confluye en los deseos edípicos y la interdicción del incesto.332

4.1.3.1. El complejo de Edipo –en sus versiones positiva y negativa- articulado con la percepción de la diferencia anatómica e interdicción del incesto produce un efecto organizador del psiquismo y de las relaciones. El sujeto se ubica en una posición deseante eligiendo un objeto de amor en virtud de su historia y experiencias. La satisfacción de las pulsiones sexuales queda regulada y no regida exclusivamente por el placer. La sexualidad no es un mero instinto al servicio de la reproducción ni el hijo un producto natural derivado del coito. El deseo y las relaciones paterno-filiales pasan a estar reguladas.

De modo que las tendencias incestuosas, las parricidas y las filicidas quedan prohibidas, pero no dejan de existir en el inconsciente. 340

4.1.3.2. El complejo de castración resulta de una teoría infantil en respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia anatómica de los sexos. Aunque remite a los genitales, sólo es posible entenderla si se parte de la concepción fálica infantil que considera que todos los seres poseen un genital idéntico al propio. La diferencia se interpreta en términos de cercenamiento del pene en la niña como consecuencia de la ley que prohíbe el incesto y el castigo subsiguiente. Fantasía que en el niño provoca una intensa angustia. La admisión de la castración ejerce una función de normalización y produce efectos en la determinación del objeto de amor, en la diferenciación sexual masculino-femenino y en la ubicación sexual de ambos. Antes de ello existe el deseo de tener hijos, pero también la creencia en que ambos –hombres y mujeres pueden tenerlos. No se conoce la complementariedad en el acto sexual ni sus consecuencias: la procreación.359

4.2. La evolución libidinal en la niña está marcada por una prolongada relación con la madre, por una reacción distinta a la percepción de la diferencia anatómica y por el cambio tanto de zona erógena rectora como de objeto. El complejo de Edipo de ella difiere por la forma en que se inicia, por el contenido, la función que desempeña y por el motivo y momento en que finaliza..... 372

4.2.1. La fase de ligazón exclusiva con la madre o de

Edipo negativo en la niña es más larga e intensa que en el varón. En ella se producen las primeras identificaciones y se desea activamente tener o parir un hijo como la madre. Dicha fase puede ser entendida como dual, ajena a la presencia del varón, o como triangular, edípica, en la medida en que es preparatoria del Edipo positivo. Esta etapa está condenada a desaparecer pero su influencia se deja ver en la posterior vinculación con el padre. 374

4.2.2. La percepción de la diferencia anatómica produce

una serie de efectos trascendentales para la construcción del psiquismo: Envidia del pene, alejamiento de la madre, abandono de la actividad fálica y ascenso de las metas pasivas estimulando el reconocimiento de la vagina. Todo ello contribuye a la ubicación de la niña en una posición edípica femenina. 382

4.2.3. El complejo de Edipo positivo en la niña viene

derivado del complejo de castración y la envidia de pene. La niña espera recibir del padre el pene del que se siente privada por la madre, o al menos, algo que la resarza de esta frustración: un hijo. La decepción frente a esta expectativa la hace oscilar nuevamente a su posición masculina previa, sin renunciar tampoco a la posición femenina alcanzada. La prohibición del incesto y la imposibilidad de lograr dichas expectativas finalmente culminará con el abandono paulatino

de este complejo de Edipo positivo. No obstante, la envidia de pene dejará un poso en el inconsciente que movilizará sus deseos. 392

4.2.4. Del deseo de un pene al deseo de un hijo. El pene como representación de la plenitud narcisista y del goce fálico es envidiado por la niña. El desplazamiento inconsciente del deseo de un pene al de un hijo se sustenta en asociaciones lingüísticas o en sus experiencias libidinales en relación con la fase anal. Además, heces, pene, e hijo, en tanto que partes separables del cuerpo, participan de elementos comunes y son equivalentes en el inconsciente. Se asocian a la idea de regalo que puede ser negado o dado por amor. El deseo incestuoso de un hijo del padre viene a ocupar el deseo previo de la posesión de pene. El proceso está surcado por múltiples desplazamientos y renunciaciones. Aunque la envidia de pene perviva en el inconsciente como “roca base”, la prohibición del incesto le otorga un significado estructuralmente distinto. 400

4.2.5. El deseo de un hijo y la cultura. Bien sea a través de la sublimación de la masculinidad y de la envidia del pene, bien a través del amor genital y sobretodo del amor de meta inhibida, la mujer ha contribuido a la cultura para atender a las necesidades de reproducción de sus miembros, es decir, a través de la maternidad, o de actividades relacionadas indirectamente con ésta. Sin embargo ello no es constitutivo de su propia “esencia”. 425

5. Síntesis y conclusiones: El deseo inconsciente de un hijo está profundamente asociado a la constitución de la feminidad. Resulta de una interpretación fantasmática que la niña, inmersa en una estructura cultural, hace de la diferencia anatómica sexual. Se construye a lo largo de un laberíntico proceso de desplazamientos, sustituciones y renunciaciones. En el transcurso de dicho proceso, no exento de fijaciones, detenciones y regresiones, el deseo de un hijo se expresa de diferentes formas. Ello no implica que la maternidad haya de ser llevada a la práctica obligadamente, puede ser sublimada y ejercida simbólicamente. 439

CAPÍTULO SEGUNDO: EL DESEO DE UN HIJO EN LAS ESCUELAS PSICOANALÍTICAS DE VIENA Y LONDRES Y EL POSTERIOR INTENTO DE COEXISTENCIA

1. Introducción: El pensamiento freudiano no es un pensamiento lineal exento de vacilaciones y ambigüedades, lo que da pie a diversos posicionamientos teóricos entre los continuadores de su obra, que evidencian la dificultad del nuevo objeto de estudio y la preeminencia del paradigma biologicista. Freud hace derivar el deseo de un hijo de la envidia de pene en la mujer. Sin embargo, sorprende que sólo la envidia de pene haya sido objeto de aportaciones no exentas de controversias en cambio el deseo de un hijo haya quedado en gran

medida relegado al olvido. Expondré en este segundo apartado el “deseo de un hijo” en las Escuelas psicoanalíticas de Viena y de Londres y el posterior intento ecléctico. Dadas las conexiones entre sexualidad, feminidad, maternidad y deseo de un hijo, resulta ineludible abordar la polémica suscitada en torno al concepto de castración de la mujer y su relación con este deseo de procreación. 457

2. La Escuela de Viena: Su concepción de la castración, de la envidia de pene y del deseo de un hijo. Los autores de esta Escuela (Abraham, Deutsch, Lampl-de Groot, Mack Brunswick y Bonaparte) apoyan la idea de una masculinidad o feminidad originarias determinada por las diferencias anatómicas entre hombre y mujer. Desestiman la función que el complejo de castración juega en la construcción de la diferencia sexual y, por tanto, en el deseo de un hijo. 470

2.1. Karl Abraham: Sostiene que el complejo de castración de la mujer se manifiesta como hostilidad y envidia de pene a raíz de la percepción del genital masculino y de la inferioridad de su cuerpo. Tales sentimientos sólo podrán ser compensados por una muestra de amor, mediante un regalo paterno: el hijo. La niña accede así al padre como objeto sexual, es decir al complejo de Edipo positivo. El deseo de obtener un hijo como regalo tiene que ser posteriormente dissociado de su padre y, su libido, liberada, ha de encontrar un nuevo objeto. La envidia y el deseo del padre precisan ser sublimados, pero el deseo de un hijo queda como condición necesaria para alcanzar la normalidad. Sólo el hijo puede

compensarla de verdad de la inferioridad corporal y ser “curada” de su complejo y envidia de pene. Sin embargo, no explica por qué o qué condiciones ha de tener la sustitución del pene por el hijo para promover la salud mental de la mujer. 471

2.2. Helene Deutsch: La feminidad y sexualidad de la mujer están indisociablemente asociadas a la maternidad. El hijo no es considerado como una compensación sustitutiva a la falta de pene. El deseo de un hijo en la mujer responde a un instinto biológico reproductivo, intrínsecamente ligado a la sexualidad genital, al que se van a ir agregando fantasías, en parte, asociadas a los prototipos orgánicos digestivos, y fantasías –prioritariamente masoquistas- de hostilidad y rivalidad edípicas. Distingue una prehistoria de este deseo, caracterizado por el afán de transformar en activo lo que se ha vivido pasivamente. La renuncia al complejo de Edipo y el acceso a la pubertad estimulan el deseo sexual y el de un hijo, ambos profundamente enraizados.484

2.3. Jeanne Lampl-de Groot: Señala la asimetría en el desarrollo sexual de niños y niñas. La niña atraviesa primero por el Edipo negativo y es la percepción de la diferencia anatómica la que provoca el giro hacia el padre y determina el complejo de Edipo positivo. El deseo de recibir un hijo (dado que sólo las mujeres pueden tenerlos) es la única forma de compensación narcisista por la falta de pene que, a su vez, garantiza la perpetuación de la especie. La mujer ha de ser pasivo-receptiva en la medida en que ha de recibir al compañero, el pene o el hijo o de la misma forma en que el óvulo ha de esperar ser fecundado por el espermatozoide.

Es el papel que biológicamente le toca jugar a cada uno de los sexos en la reproducción el que determina sus rasgos psicológicos.

..... 504

2.4. Ruth Mack Brunswick: Aporta la idea de un deseo de hijo previo a la envidia de pene y al establecimiento de la diferencia sexual y fruto de una temprana identificación con la madre activa. Deseo al que la niña renuncia por la imposibilidad real de llevarlo a cabo y por la identificación con las tendencias pasivas de la madre castrada. 512

2.5. Marie Bonaparte: Busca en la anatomía el fundamento de la libido y de la feminidad psíquica. Entiende ésta indisociablemente asociada a la maternidad. El deseo de un hijo, relacionado con el de un pene, ha de evolucionar desde un deseo cloacal hacia un deseo vaginal. Este cambio estimula la sensibilidad vaginal y el desarrollo erótico. 521

2.6. Síntesis y conclusiones: Los autores de la Escuela de Viena sostienen la tesis de una fase fálica, común para niños y niñas, anterior al establecimiento del complejo de castración, cuyo objeto originario siempre es la madre. En dicha fase, la niña se vive como masculina, activa, fálica. Desea –igual que el niño– tener hijos de o como la madre. La percepción de la diferencia anatómica genera la envidia de pene y el cambio de objeto de la madre al padre. El hijo pasa a ser, pasiva y femeninamente, esperado del padre como regalo sustitutivo y compensatorio por su falta. Las observaciones

clínicas de este grupo de autores contribuyen matizar, desestimar o confirmar tales hipótesis. 532

2.6.1. La construcción de la diferencia sexual: Freud

considera que la existencia de una diferencia anatómica conduce a uno y otro sexo a dos organizaciones psíquicas diferentes, a través del complejo de Edipo y la castración. Ahora bien, esta diferencia es construida a partir de una sola libido. Los autores de la Escuela de Viena mantienen esta misma tesis del “monismo sexual”, sin embargo, se deslizan hacia posiciones esencialistas –cuál es la naturaleza de lo femenino y cuál la de lo masculino-, normativas y sustentadas en consideraciones bio-fisiológicas o anatómicas. Parecen hablar más del cuerpo real, que del pulsional. Aunque tienen en cuenta las fantasías inconscientes, también juzgan que éstas fueran diferentes para niños y niñas, y se suscitaran de forma natural a partir de la anatomía. Entienden que la castración interviene en esta construcción sexual, sin embargo sostienen diferentes acepciones sobre la castración. 537

2.6.2. Conceptos de castración y envidia de pene: Este

grupo de autores no logran desprenderse de la consideración del falo como órgano anatómico exclusivamente. Se entiende que la castración afecta a todos, pero más directamente a la niña. Se describe en términos de ventajas o desventajas, de lo que en más o en menos unos y otros tienen y se analizan los efectos de envidia que esta “inferioridad física” provoca en la niña. No es la admisión de la castración de la madre y lo que

esto representa, sino la castración en tanto que experiencia personal, lo que genera consecuencias. La castración de la niña, como hecho consumado, produce una serie de reacciones determinantes para su psiquismo y para el amor y las relaciones edípicas con sus padres. En el caso de la niña, aunque hablan de castración parecen referirse más a una frustración -causada por la madre- por la privación del órgano anatómico envidiado. La castración es interpretada como una experiencia personal negativa, de celos y envidia entre los tres miembros del triángulo edípico, que en términos estructurales alusivos al corte con un mundo natural, momento clave de entrada en un orden simbólico regido por la Ley que prohíbe el incesto..... 540

2.6.3. Deseo de un hijo: A tenor de las investigaciones de los psicoanalistas estudiados el deseo de un hijo tiene dos momentos diferenciados. Un deseo previo a la percepción de la diferencia sexual, que provendría de la identificación con la madre activa. Y un segundo momento que enfrenta a la niña al drama edípico, en donde dicho deseo activo se torna pasivo, tras la percepción de la castración. La niña envidia un pene y sólo puede sentirse compensada en su defecto recibiendo un hijo. El deseo de un hijo certifica tanto su feminidad como su salud mental y hace posible a la mujer cumplir con el papel que la especie le ha encomendado. 548

3. La Escuela Inglesa o la oposición a Freud: Frente a las tesis freudianas (relativas a la ignorancia por parte de la niña de la

vagina, la existencia de una sola libido y la organización de la sexualidad en torno a un polo único de representaciones, el falo), la Escuela Inglesa opone un dualismo libidinal, el conocimiento de la existencia de la vagina y la importancia de las relaciones arcaicas con la madre para comprender la sexualidad infantil, y especialmente la de la niña. Aunque sí se piensa acerca del origen de los sentimientos maternos, el deseo de un hijo apenas es abordado, considerándose el deseo por excelencia femenino. 557

3.1. Melanie Klein: Existe un saber acerca de los órganos del cuerpo –vagina, pene- y de sus funciones, así como fantasías acerca del comercio sexual entre los padres. En la posición esquizo-paranoide, el bebé experimenta impulsos agresivos por las gratificaciones mutuas que los padres se proporcionan. Considera el deseo originario de un hijo en relación con la envidia y hostilidad sádica hacia la madre y vinculado al deseo libidinal y oral por el pene del padre contenido en el interior de la madre. Estos primeros impulsos generan un conjunto de fantasías y ansiedades esquizo-paranoides y la necesidad de defenderse de ellas. Las tendencias edípicas positivas y negativas interaccionan mutuamente y desde etapas muy tempranas, aunque alcancen su punto culminante en el estadio genital. Entiende la envidia de pene como secundaria a ese deseo libidinal y primario del mismo. En la posición depresiva, los deseos de reparar permiten superar las ansiedades esquizo-paranoides y depresivas, reconciliarse con el pene, el cuerpo materno y aceptar el propio cuerpo, la relación sexual y la maternidad. 561

3.1.1. Definición y función de la fantasía: Esta autora considera la fantasía inconsciente como el centro de la vida psíquica. Toda pulsión sabe acerca del objeto adecuado a su satisfacción y se expresa a través de una fantasía innata. Este conocimiento inherente a las sensaciones corporales, ayuda a crear fantasías –inicialmente preverbales- acerca de la existencia del pecho, la vagina, el útero, el pene, las relaciones sexuales, etc. Las fantasías inconscientes, a su vez, son representaciones psíquicas de procesos mentales y se viven como omnipotentes. La actividad fantasiosa no se diferencia de la actividad real. Están presentes en las primerísimas relaciones con los objetos e intervienen, también, como mecanismos defensivos. Además de ser funciones del Yo, contribuyen a la estructuración del mismo. 564

3.1.2. Las ansiedades tempranas en relación con la posición esquizo-paranoide: El nacimiento, la angustia por la relación con los objetos parciales primigenios y la pulsión de muerte, constituyen el principal motor de desarrollo del Yo. Este se ve obligado a producir fantasías y mecanismos defensivos para protegerse de estos temores terroríficos. Pero en este intento el Yo se escinde, se proyecta y se confunde con los objetos, sintiéndose a su vez perseguido por éstos, a los que a su vez disocia. Se establece una dinámica en la que el Yo y el objeto difícilmente se discriminan como totales y diferenciados. Fantasía y realidad, el Yo y no-yo, el sujeto y el objeto no pueden distinguirse. 572

3.1.3. La posición depresiva y los deseos de reparar: El acceso a esta nueva posición, eje de todo el desarrollo infantil, es un paso madurativo capital para la unificación y estructuración tanto del Yo como del objeto, en el que incide el monto de envidia innata. La mezcla y confluencia del amor y el odio dan origen a sentimientos depresivos y a sentimientos de culpa desde un Yo más desarrollado e integrado. Esta posición constituye el momento clave en que el sujeto y el objeto se perciben como totales y separados, y en el que aparecen deseos de reparar y cuidar realmente al objeto. Es entonces cuando se puede hablar con propiedad de un sujeto que desea..... 576

3.1.4. El complejo de Edipo y las ansiedades tempranas:

Klein sitúa el complejo de Edipo en una etapa mucho más precoz que Freud. En esta etapa las pulsiones pregenitales y las ansiedades que les acompañan son comunes en niños y niñas y guardan relación con las reacciones de ambos frente a la escena primaria y con la envidia y destructividad hacia el cuerpo materno. Este Edipo temprano no está exento de componentes genitales, puesto que los niños y niñas saben de la existencia del pene y de la vagina. 583

3.1.5. El complejo de Edipo en el varón en relación con la posición femenina y la envidia por los hijos de la madre: El niño evoluciona desde una fase femenina,

pregenital similar a la de la niña, hacia una nueva posición masculina en donde ha de renunciar a la posibilidad de embarazarse, gestar y parir un hijo. El desarrollo edípico es simétrico al de la niña, salvo por la incidencia de la anatomía genital del varón. Ambos sufren por la envidia que los atributos y funciones del sexo opuesto, reconocido en todas sus funciones, suscita. En el varón la salida de esa posición femenina se debe a la compensación que la posesión del pene significa. El niño accede a la fase genital y entra en rivalidad edípica con el padre por el deseo incestuoso hacia la madre. El temor a la castración por el padre contribuirá al abandono de estos deseos prohibidos. 591

3.1.6. El complejo de Edipo en la niña: El primer objeto libidinal es la madre y la niña, como el varón, se aparta de ese primer objeto para orientarse hacia el padre y su pene (como objeto más gratificante que el pecho). Con el desarrollo libidinal y el acceso a la etapa genital, a la receptividad oral se une la receptividad vaginal propia de su feminidad. El deseo de un pene forma parte de sus pulsiones edípicas. La niña incrementa los ataques pregenitales y edípicos al cuerpo e hijos de la madre y al pene del padre contenido en ella, pero no puede comprobar los efectos de su hostilidad ni de las temidas represalias dada la naturaleza oculta de sus genitales. La posibilidad de subsanar el daño imaginario causado, prioritariamente al cuerpo materno, influirá en el curso de su desarrollo y en la disminución de la envidia. Reparar daños y disminuir la envidia ayudará a la niña a aceptar su cuerpo

femenino, adoptar una posición heterosexual y desear una futura maternidad. 597

3.1.7. El deseo de hijo en Melanie Klein: En función de su teoría de las posiciones, diferencia un deseo primigenio y fantaseado de un hijo que se vincularía con la envidia, posesión y disfrute del pene y un deseo de un hijo más evolucionado y realista una vez que disminuyen las ansiedades persecutorias y es posible la diferenciación sujeto-objeto, fantasía-realidad, por efecto de los deseos de reparar. Este deseo de un hijo representa una de las formas de manifestar la creatividad y la posibilidad de sublimar. Admitirse en posición femenina depende más de la reparación que de la posibilidad de ser madre o desear un hijo. 606

3.1.8. Síntesis y comentario crítico: Klein se ha atrevido a penetrar en la prehistoria –preverbal- del psiquismo, a explorar esa cultura “minoico-micénica” que antecede a la griega. Ha abierto un nuevo territorio al investigar sobre la temprana y trascendente vinculación madre-hijo, el mundo fantasmático infantil, la pulsión de muerte y los efectos de la introducción de la cultura en el recién nacido. Aunque caben muchas preguntas a sus observaciones y reflexiones clínicas, abre un fructífero campo a la investigación del psiquismo. El deseo de un hijo, siendo un anhelo muy precoz e importante para la mujer, no constituye para esta autora el elemento que define la feminidad adulta. Estrictamente hablando sólo cabe hablar de deseo de un hijo cuando se ha accedido a la posición depresiva

y se realiza una reparación eficaz que permite la integración del sujeto como un todo diferenciado del objeto. 612

3.2. Karen Horney: Distingue una envidia de pene “primaria” acorde con su anatomía desventajosa y con la mayor represión ejercida sobre su onanismo, y otra envidia posterior propia del complejo de masculinidad. La atracción por el padre es un proceso libidinal natural igual que el deseo de un hijo. A raíz del rechazo edípico del padre la niña regresa a la posición pregenital anterior y a la envidia de pene. Renuncia al padre y al primer deseo edípico de un hijo, adoptando un rol masculino. El deseo de hijo originario es, por tanto, una pulsión reprimida por la cultura, que se tiñe con la envidia de pene secundaria, pareciendo así un fenómeno relacionado con esta última. Desde una perspectiva culturalista, crítica con el psicoanálisis, expone cómo la cultura masculina retrae lo esencialmente femenino y minusvalora la biológica capacidad materna. La mujer se adapta a esta presión cultural..... 619

3.3. Ernest Jones: Sostiene una heterosexualidad natural en correspondencia con la naturalidad del deseo de tener un hijo. El complejo de masculinidad de la niña es una defensa reactiva contra su miedo a esa feminidad primordial, a las ansiedades y angustias que ésta, el complejo de Edipo y la “afánisis” despiertan. El deseo, primario y objetual, de tener un hijo deriva del deseo libidinal por el pene. Ambos son deseos femeninos por sí mismos. 632

4. Síntesis y conclusiones: La Escuela Inglesa sostiene la tesis de un origen femenino de la sexualidad. Se centra prioritariamente en el estudio de la relación arcaica con la madre primigenia y en el primitivo deseo de un hijo –objeto parcial y libidinal-, común en niños y niñas. Habla de la envidiada capacidad creativa maternal, y del odio y ansiedades que ello suscita en ambos. Este deseo se tiñe de anhelos y rivalidades edípicas, pudiendo generar en la niña una huida hacia una identificación y posición masculina menos generadora de angustia. Sin embargo, esta Escuela no es ajena a concepciones biologicistas desde las que se justifica el deseo de un hijo como un deseo libidinal derivado del deseo originario de un pene. Salvo Melanie Klein, que da un peso trascendental a las fantasías esquizoides y sobre todo a las depresivas en relación con el deseo de un hijo, existe por parte de esta Escuela una concepción en la que se establece un paralelismo bio-psicológico, no exento de consideraciones ideológicas. 640

4.1. La diferencia sexual y el complejo de castración en el debate entre las dos Escuelas: En la polémica se manifiesta hasta qué punto es difícil conciliar la idea de la diferencia de los sexos y la bisexualidad con la idea de una libido única (de esencia masculina). Pero además, al hablar de masculino y femenino se mezclan niveles de análisis y sentido dispares: el biológico, el sociológico, el psíquico y el simbólico, para los que no existe suficientes vocablos que los diferencien. El complejo de castración tampoco responde a una acepción única común a todos los autores. El debate está profundamente impregnado de consideraciones ideológicas. 647

4.2. El deseo de un hijo desde las concepciones de las dos

Escuelas: A pesar de las diferencias en cuanto a la consideración del monismo sexual y al significado y valor atribuido a la envidia de pene, ambas Escuelas terminan considerando que el deseo de un hijo viene determinado por la propia pulsión; sobre ésta, se depositarán las demás influencias psicológicas y sociales. Ambas consideran que se trata del deseo femenino por excelencia y asocian maternidad y feminidad. Rechazar la maternidad –salvo para Abraham y sobre todo para Klein- implica algún problema con la asunción de la feminidad por parte de la mujer. Coinciden en la ecuación que iguala pene=niño=heces=regalo y explica la sustitución o equivalencia de un objeto por otro. 655

5. Marie Langer o el intento de coexistencia: Las diferencias entre las escuelas relativas a la feminidad nunca llevaron a una escisión, sino que acabaron en una no resolución. Los efectos de esta no resolución persisten hasta nuestros días. Esta autora constituye un ejemplo prototípico de ese intento de convivencia entre concepciones diferentes, adoptando una postura ecléctica. Defiende la existencia de un instinto maternal biológico psicologizado “a posteriori”..... 666

6. Síntesis: Dados los obstáculos epistemológicos en el estudio del inconsciente y a pesar de los desacuerdos entre los discípulos de Freud se logra convivir más o menos distanciadamente, incorporando eclécticamente ideas y concepciones de unos y otros. En lo que respecta al deseo de un hijo se hacen eco de los conocimientos y

experiencias clínicas aportadas desde todas las Escuelas. Subyace la tesis de un deseo innato de un hijo en connivencia con la propia anatomía y fisiología femenina, que determina una evolución preformada de sus fantasías inconscientes y que puede ser objeto de condicionamientos y presiones sociales que manipulen o entorpezcan esa función natural que constituye la maternidad para la mujer. 679

CAPÍTULO TERCERO: LA APORTACIÓN DE LACAN Y LA IMPORTANCIA DEL FALO COMO SIGNIFICANTE PARA COMPRENDER EL DESEO DE UN HIJO

1. Lacan toma posición frente a las concepciones teóricas vigentes con anterioridad a él y frente a las aportaciones de las Escuelas de Viena y Londres. El falo constituye para él un elemento central en la economía libidinal. El estadio del espejo, los tres registros psíquicos, la falta de objeto, la articulación del complejo de Edipo con la castración y la diferenciación de los sexos son cinco cuestiones básicas para entender la forma de concebir Lacan qué es una madre, un padre y el deseo de un hijo. 685

1.1. El estadio del espejo es un período en el que el niño observa su imagen en el espejo y anticipa imaginariamente la forma total de su cuerpo. La primera identificación es especular, se percibe como otro, confundido y alienado en otro. Aparece un primer esbozo del Yo, soporte de las identificaciones secundarias. No se

puede hablar de deseos, ni de sujeto, mientras el niño se mantiene en esta fase de indiferenciación. 693

1.2. Los tres registros psíquicos de Lacan permiten repensar el tema de la realidad y abordar el funcionamiento psíquico y su relación con el mundo. La tríada Real, Simbólico e Imaginario clarifica los diferentes campos de realidad y es preciso tomarlos en consideración para entender el deseo de un hijo..... 701

1.2.1. Lo real es definido como realidad efectiva, inasible e inasimilable a la simbolización; como un resto, inaccesible a cualquier pensamiento subjetivo. Sin embargo produce efectos que han de ser escuchados. 702

1.2.2. Lo simbólico remite al mundo de las relaciones humanas estructurado y regido por la ley de prohibición del incesto. Es el orden del lenguaje y el registro que nos constituye en humanos frente al mundo animal regido por leyes genéticas. 708

1.2.3. Lo imaginario remite a la imagen del cuerpo y la constitución del Yo. Debe entenderse, además, como el registro del narcisismo primario y del “Yo ideal”..... 716

1.3. La falta de objeto es el motor de la relación del sujeto con el mundo. La diferenciación de tres modalidades de falta de objeto -

privación, frustración y castración- permite entender la dinámica del deseo, la envidia de pene y el deseo de un hijo.	722
1.4. El complejo de Edipo según Lacan se constituye en tres tiempos e intervienen cuatro términos –madre, niño/a, padre, y falo- en lugar de los tres que describe Freud. Sólo en el tercer tiempo el niño asume su lugar como sujeto sexuado y deseante. La experiencia de la castración afecta a todos y es el núcleo del complejo de Edipo. La relación del sujeto con el falo es lo que determina la posición sexual: ser o no ser el falo y tener o no tenerlo, pero teniendo en cuenta que nadie lo tiene.	729
1.4.1. La dialéctica fálica de la niña en el complejo de Edipo la lleva a desear el hijo, como sustituto simbólico del falo imaginario que envidia. Dado que no tiene el falo como pertenencia espera obtenerlo como don del padre: un hijo. El hijo, como sustituto simbólico, se transforma en una metáfora del amor.	736
1.5. Los conceptos de padre y madre no son coincidentes con los genitores ni el falo remite al órgano anatómico.	744
1.5.1. El concepto de madre desde los tres registros permite diferenciar a la madre como persona de las funciones y manifestaciones de ésta.	745

1.5.2. La distinción lacaniana del padre como real, simbólico e imaginario pone luz en lo relativo a qué es un padre, cuando hay un padre y cuál es su función desde el punto de vista de la estructuración del psiquismo humano..... 750

1.5.3. El estatuto del falo desde los tres registros ayuda a explicar que aunque la anatomía interviene no determina la posición sexual del sujeto. Dicha posición es un acto simbólico, supeditado a la relación del sujeto con el falo. 757

1.6. La sexuación designa la diferencia de los sexos y la manera en que cada sujeto asume el suyo. El sujeto tiene que inscribirse como hombre o como mujer y esto viene determinado por el lenguaje y por la forma de ubicarse alrededor de la función fálica. Los seres hablantes en posición femenina frente al goce son “no toda” en la función fálica. Esto es, no existe un universal que defina lo que la mujer desea. ... 762

1.7. El deseo inconsciente de un hijo en Lacan no deriva de la mera anatomía y de la función reproductiva. El hijo no es objeto de deseo de la misma forma para un sujeto ubicado en posición femenina que para otro en posición masculina. 776

1.7.1. Deseo de un hijo en la mujer –o en los seres hablantes en posición femenina- es un producto de la configuración edípica. Condensa dos movimientos, atrae la libido narcisista en tanto el hijo es un equivalente fálico, falo imaginario. Pero

también permite el acceso al amor hacia un hombre que le otorgue el hijo como objeto y símbolo del amor. De modo que está indisociablemente unido a la constitución de su feminidad, pero no define totalmente lo que es una mujer o lo que ésta desea. 777

1.7.2. El deseo de un hijo en el varón no es el pasaje obligado en la realización de su masculinidad. Si bien acceder a la función simbólica paterna pasa por la renuncia a ser el falo, la interiorización de la metáfora paterna y el reconocimiento como objeto de deseo por parte de una mujer. 785

1.8. Síntesis y comentario. 788

CAPÍTULO CUARTO: CONCLUSIONES. 801

BIBLIOGRAFÍA: 813

INTRODUCCIÓN:

La reproducción humana es una función trascendental que garantiza la posibilidad de perpetuar la especie, mantener la cultura y defender una sociedad política, esto es, cumple unas funciones absolutamente necesarias para nuestra supervivencia. Históricamente, se ha venido considerando este cometido como algo estrictamente biológico encuadrado dentro de los instintos de conservación, del instinto sexual o del instinto maternal. El hecho de que la procreación sea un fenómeno fisiológico, que tiene lugar en el cuerpo de la mujer, ha inducido a pensar que la concepción y la gestación son realidades exclusivamente físicas a las que le ha de corresponder un deseo, también natural, de tener un hijo. Deseo natural, atribuido sin apenas cuestionamiento a la naturaleza femenina. Hasta hace poco, la feminidad quedaba asociada a la maternidad de forma *que todo interrogante acerca de qué es ser mujer quedaba obturado con la propuesta del ideal de la maternidad.*

En la actualidad sigue vigente dicho ideal; sin embargo, múltiples factores sociales, económicos, políticos, jurídicos, tecnológicos, etc., han provocado cambios que llevan a cuestionarse esta asociación que postula, como deseo prioritario y expresivo de la propia condición de mujer, el ser madre. Cambios que inciden en las posibles respuestas que las mujeres se dan acerca de sus deseos, del sentido de sus vidas. Aunque no pretendo ocuparme de cómo estos cambios pueden influir en la forma de situarse la mujer como sujeto de deseo, en la subjetividad de hombres y mujeres, en las fantasías

implicadas, en la consideración de las relaciones sexuales, en el ideal de maternidad, sí quiero señalarlos por la importancia que tiene el investigar cómo se genera ese deseo en la mujer y qué está implicado en él. El auge de las nuevas tecnologías reproductivas, la posibilidad de determinar genéticamente el sexo del futuro hijo, los cambios en la legislación acerca de quiénes pueden adoptar, el incremento de las adopciones internacionales, el aborto y la eficacia de los métodos anticonceptivos, todo ello vuelve a sacar a la luz el interés por investigar cuanto concurre en el deseo de un hijo.

Hay algo más profundo que la mera voluntad consciente de querer un hijo y que, entiendo, está comprometido en el propio psiquismo de la mujer que desea un hijo, que se moviliza en el proceso de desearlo, concebirlo, gestarlo, parirlo y cuidarlo. Tenemos evidencia de ello desde el momento en que observamos las angustias, dificultades, aspiraciones y exigencias que se juegan en el deseo de ser y ejercer como madres y la trascendencia que tiene para la salud mental de todos los implicados, padres e hijos. Por ello, no es el deseo consciente de un sujeto lo que despierta mi interés, sino el deseo inconsciente.

Me propongo investigar qué dice el psicoanálisis acerca del deseo de un hijo, qué lleva a la mujer a desear un hijo, cómo se transmite y qué está involucrado en dicho deseo. Considero que el deseo de hijo no corresponde a una supuesta esencia femenina, no es algo del orden exclusivo de lo natural y biológico, sino que se instaura en el psiquismo como efecto/causa de una operación de simbolización

que, en la cultura occidental (la que denominamos propia del “primer mundo”), ha adquirido un carácter marcadamente patriarcal.

Paternidad y maternidad remiten no sólo a un hijo sino que están en íntima conexión con la construcción de la masculinidad y la feminidad misma. Pero tampoco cabe identificar paternidad con masculinidad, ni maternidad con feminidad. Ser madre, o ser padre, para cada persona, es indisoluble de las preguntas existenciales acerca del origen de la vida, de la procreación, de la diferencia de los sexos, de la muerte y de su propio ser como sujeto deseante, como hombre o como mujer.

Freud no desconoce la trascendencia de las funciones paterna y materna, los modos infantiles de teorizar acerca del origen de la vida y la procedencia de los hijos, las diferentes formas de presentarse el deseo de un hijo en los niños y niñas, la importancia y el significado del hijo para los padres. Aunque no escribe ninguna obra en la que aborde de forma específica el deseo de un hijo, sin embargo sí toca el tema en distintos momentos.

Cuando en lenguaje psicoanalítico se habla de “deseo de un hijo” no se puede ignorar la concepción freudiana del ser humano como “sujeto de deseo inconsciente”. Es este deseo inconsciente el que interesa investigar. Para conseguir tal objetivo es obligado centrarse directamente en los textos de Freud, y más cuando desde la propia teoría psicoanalítica no han faltado consideraciones biologicistas acerca del desarrollo del ser humano, y por ende, del deseo de maternidad, derivadas de la evidencia de la anatomía y de la fisiología

del cuerpo. Concepciones que asocian la salud mental de la mujer a la maternidad. Frases sacadas de contexto, del tipo “la anatomía es el destino” (Freud, 1924, p. 185), interpretaciones aisladas de algunos textos de Freud sin tener en cuenta la trabazón lógica de toda su obra y discursos derivados de las vacilaciones, extravíos y concepciones pre-psicoanalíticas del propio Freud, podrían haber dado pie a ello. Sin embargo, *defiendo que el deseo de un hijo no surge espontáneamente en la mujer, no responde a un instinto, y concebirlo o tenerlo no es un mero trámite biológico con su co-natural y paralela vivencia psicológica, sino que están implicadas cuestiones referidas a toda la construcción del psiquismo humano, al propio hecho de desear y a la sexualidad misma.*

...o0o...

Abordaré en un *primer capítulo* las aportaciones del fundador del psicoanálisis. Pero también me ha parecido necesario apoyarme en otros autores para clarificar aquellas cuestiones que pueden mostrarse más controvertidas o que resultan más confusas y menos definidas en su obra. He elegido a Jean Laplanche para este propósito por la relevancia de su obra y de sus enseñanzas en la Universidad de París VII, por el estudio riguroso de los textos de Freud y por la revisión de conceptos capitales del psicoanálisis, subrayando la importancia del “otro” en la instauración del inconsciente y del psiquismo.

Ahora bien, he tenido en cuenta las aportaciones de Freud al deseo de un hijo partiendo de su concepción del sujeto. ¿Quién desea? ¿A qué se refiere Freud cuando habla del sujeto? ¿Al sujeto del

conocimiento? ¿A una entidad psíquica integrada? Acotar una respuesta obliga a reflexionar acerca del concepto de sujeto y el cambio que introducen los descubrimientos freudianos en la noción de “sujeto” vigente en la filosofía y en la psicología de la consciencia. Freud pone el dedo en la llaga al cuestionar el instinto en el ser humano, al definir a éste como ser pulsional y estructuralmente escindido. Afrontaré pues esta cuestión en este *primer capítulo*. El sujeto no se constituye solo. La indefensión originaria del ser humano exige una relación con otro que va proporcionando una serie de cuidados necesarios para la supervivencia, otro ser que va libidinizando su cuerpo. Ese otro, la madre, es el motor de sus primeras experiencias como ser humano, la que posibilita la emergencia de un aparato psíquico.

Por otra parte, al decir que es a partir de otro como se construye el ser humano, he de matizar que ese otro, ese objeto que le auxilia, no es percibido como tal por el bebé. Al hablar, por tanto, del sujeto es insoslayable explicar su correlato, el objeto. Es preciso tener en cuenta cuál o qué es el objeto sobre el que recae el primer acto de desear, cómo se forma el objeto, ¿es un objeto adecuado al instinto autoconservativo, que existe “afuera” y que armónicamente satisface la necesidad, o es un objeto “fantasmático” pero inexistente en la realidad material? ¿Es un objeto ajeno o forma parte de uno mismo? En definitiva, es menester detenerse en qué se entiende por objeto desde el psicoanálisis.

También en este primer capítulo estudiaré cómo Freud explica, desde una segunda teoría del aparato psíquico y, a partir de estas

primeras experiencias madre-hijo, la construcción del psiquismo, cómo se empieza a desear, a pensar, pero también a erigir las primeras identificaciones. Es la madre quien posibilita la primera imagen integrada del cuerpo del bebé, el “Yo ideal”, formación narcisista que se transforma en una aspiración. Este narcisismo primario ha de ceder paso a otro narcisismo atenuado. Es decir, este “Yo ideal” ha de rebajarse en un “Ideal del yo”. La renuncia a la omnipotencia infantil es producto de la aceptación de la presencia de “otro” en el universo psíquico de la madre, de la admisión de la Ley paterna, de la prohibición del incesto. Dedicaré también esta primera parte a exponer cómo se va construyendo el Ideal del yo, esta nueva instancia que supone la interiorización de la cultura. Entre este “Yo ideal” y este “Ideal del yo” queda interpuesta la cultura, la represión. Nace un ser social, un ser simbólico. Esa primera relación no mediada se pierde y queda como una aspiración imposible.

Una vez expuesto en qué consiste el hecho de desear y explicado cómo entiende Freud el aparato psíquico que se va construyendo, es necesario detenerse en analizar cómo este proceso viene determinado, corre parejo y es indisociable del desarrollo de la sexualidad. Y es aquí, nuevamente, como vemos que la instauración de la sexualidad en el nuevo ser pasa a través de la madre y el padre. Me detendré, también en este capítulo, en exponer cómo concibe Freud este desarrollo de la sexualidad infantil. Partiendo del niño como un organismo físico, veremos cómo por efecto de la intromisión sexualizante del otro se va erogenizando y simbolizando el cuerpo, cómo la sexualidad es una realidad que excede a la pura realidad biológica, anatómica y genital. Expondré el concepto de sexualidad

como una construcción psíquica a partir de la cual se va a establecer la identidad sexual. En este proceso el bebé se ve inmerso en una compleja red de relaciones inter e intrasubjetivas. Si sus primeras relaciones eran prioritariamente duales (madre-hijo), la intervención de la figura paterna viene a alterar esto. El niño empieza a formularse preguntas acerca de este tercero, el padre, que ha entrado en su universo vivencial. Quiere saber sobre el origen de la vida y la procreación, se ve confrontado con la diferencia sexual anatómica. Preguntas que remiten a qué es un padre, quién puede tener hijos, qué es ser mujer, qué es un hombre, qué es posible o a qué no puede aspirarse.

Ahora bien, dar cuenta de la constitución de la subjetividad, de la instalación de las representaciones que dan origen al inconsciente, de las transformaciones que se producen en la cría humana hasta llegar a convertirse en un ser humano sexuado, es imposible sin tener en cuenta la cultura misma. Expondré la profunda alteración que la cultura provoca en el ser humano constituyéndole en un ser pulsional; cómo el nuevo ser queda dividido respecto a sí mismo, en lo que se refiere a sus propias pulsiones, instaladas desde la madre; la función cultural que desempeña el padre al introducir a “otro” en esa relación originaria: alguien o algo percibido como aquello que explica las ausencias de la madre, la discontinuidad en la relación madre-hijo, algo que compele dolorosamente a descubrir a la madre como mujer. Se trata de un “otro” que no aparece por primera vez en este momento en la relación bebé-madre, sino que estaba presente en el psiquismo de la madre, en virtud de las relaciones que ella estableció en su infancia con sus padres y, por los anhelos inconscientes que han quedado

inscritos en ella. Resulta paradójico que la función paterna, siendo desempeñada y recordada por el padre, tenga que estar y ser transmitida por la madre.

Por último expondré la forma específica de conceptualizar Freud el deseo de un hijo en la mujer, teniendo en cuenta todo el complejo proceso de constituirse en un ser pulsional, un sujeto escindido, sexuado, insatisfecho y deseante, en el seno específico de una cultura.

La cuestión de la bisexualidad originaria, la sexualidad femenina y la envidia de pene constituyeron algunos de los puntos más controvertidos de su obra, lo que dio pie a discrepancias y largos debates entre los propios psicoanalistas. Sin embargo, el deseo de un hijo no ha formado parte de la controversia suscitada por la envidia del pene. Me pregunto a qué se debe este olvido. Si no será la propia creencia en la naturalidad del deseo lo que ha impedido el interés por investigar cómo aparece éste. Si no seguirá pesando, entre los propios psicoanalistas, la concepción del deseo de un hijo como una realidad fisiológica incuestionable. Si los propios psicoanalistas no serán partícipes de la identificación mujer-madre y, por tanto, a pesar de preguntarse acerca del deseo de la mujer, habrán estado sordos a otra posibilidad, estimando como obligado y necesario el deseo de un hijo. Si en la propia literatura psicoanalítica sobre la maternidad no se habrán admitido los descubrimientos de Freud acerca del ser humano como un ser pulsional y sigue pensándose en términos de instinto.

...o0o...

En el *capítulo segundo* estudiaré cómo los psicoanalistas de las Escuelas de Viena y Londres plantean la relación entre diferencia sexual y sexualidad femenina. Expondré, en primer lugar, la posición de aquellos autores de la Escuela de Viena (Karl Abraham, Helene Deutsch, Jean Laplanche, Grot, Ruth Mack Brunswick y Marie Bonaparte) que se colocan próximos a las tesis de Freud pero que, sin embargo y como veremos, discrepan de él, incluso al pretender defender una misma postura. No alcanzan a comprender, en toda su profundidad, la ruptura epistemológica que las tesis de Freud suponen y el corte con la sexología como ciencia natural del comportamiento sexual. Aunque aceptan la existencia del inconsciente, es frecuente que en sus reflexiones, sigan apegados a la pura experiencia observable. Donde Freud diferencia lo que es una representación subjetiva y cultural, un posicionamiento del sujeto respecto al deseo, algunos de los representantes de esta escuela siguen viendo conceptos que se refieren al sexo como realidad anatómica, al instinto biológico heredado que responde a una finalidad preestablecida, a la procreación y mantenimiento de la especie. Apenas diferencian aquello que pertenece al orden de lo biológico, de lo autoconservativo, de aquello otro del orden de lo pulsional. Términos como actividad y pasividad van a ser interpretados en virtud de la mayor o menor predisposición al movimiento o a las relaciones sociales. Y masculino y femenino quedan profundamente asociados a la anatomía, la fisiología o la psicología como realidades dadas.

También consideraré a los autores discrepantes que, agrupados en lo que se ha llamado Escuela de Londres, sostienen otra

consideración sobre la sexualidad femenina y la envidia de pene, representada por Melanie Klein, Ernest Jones y Karen Horney. Desde esta escuela, se defiende la idea de la feminidad originaria de la niña, pero bajo planteamientos biológicos. Se argumenta que la masculinidad y la “envidia de pene” son en ella formaciones secundarias y que el deseo de un hijo expresa esa feminidad primera, a la que luego se le van a sumar otras fantasías. Entiendo imprescindible la aportación de Melanie Klein respecto a ese “continente negro”, a esa cultura “minoico-micénica” mencionada por Freud, a la prehistoria del sujeto o ese estadio anterior a la captura por el lenguaje. Esta autora estudia la relación primigenia madre-hijo/a y su repercusión en el psiquismo y, en concreto, en el deseo de un hijo en la mujer. Melanie Klein señala la trascendencia del deseo de procrear en la mujer. Anhelo que refleja la necesidad de verificar si su cuerpo ha sido dañado retaliativamente por los ataques dirigidos previamente contra una madre poseedora de todos los objetos deseables (entre ellos al pene del padre), contra esa madre que priva y frustra a la hija de la satisfacción plena. Deseo de un hijo que Klein no considera sea la única posibilidad de subsanar los daños fantaseados infringidos a la madre y al padre. Reparación fantasmática por la que ambos, niños y niñas han de pasar para construir su ser deseante como hombres o como mujeres, para poder integrarse en un todo unificado, para cuidarse y cuidar al objeto, para no quedar atrapados en la pulsión de muerte, en la posición esquizo-paranoide.

El debate sobre la sexualidad femenina tuvo y tiene interés, dado que los autores posteriores se adhieren a una u otra escuela, o toman aspectos de alguna de ellas o de ambas en un intento de

conciliación o de coexistencia. Ahora bien, ambas escuelas, aunque toman en consideración el inconsciente, sostienen la idea de un mundo fantasmático surgiendo espontáneamente de un inconsciente endógeno. Muestran la dificultad para conciliar unos conceptos con otros, para discriminar niveles de análisis y sentido dispares. Se asocia la castración a una mutilación o a una insuficiencia genital, se la relaciona con un complejo o trastorno neurótico y se le atribuye un valor negativo. Se interpreta que sólo la mujer es víctima de dicha mutilación o insuficiencia (de forma que parece suscitarse la idea de qué sólo a ella le afecta, sólo ella ha sido merecedora de tal castigo y sólo en ella subyacen sentimientos de envidia) y, en consecuencia, se suscita la necesidad de medir quién tiene mayor o menor inferioridad física o moral. La polémica adquiere, así, en algunos momentos, tientes ideológicos reivindicativos de la distribución de poder, de preeminencia biológica, moral o social.

Ambas escuelas sostienen, además, la tesis de la existencia de un objeto que se adecua armónica y satisfactoriamente al deseo. En el caso de la mujer el hijo sería ese objeto ansiado. Se considera que la facultad fisiológica de la mujer de gestar en su cuerpo, es el modo en que la naturaleza puede compensar a la mujer por su deficiencia. Subyace la idea de una predisposición natural, biológica y psicológica hacia el hijo, en correspondencia con una feminidad esencial relacionada con la anatomía de su cuerpo.

Expondré, en la tercera y última parte de este *segundo capítulo*, la contribución de Marie Langer, autora que he considerado representativa de este intento ecléctico de acomodar las tesis kleinianas

con algunos aportes de los autores de la Escuela de Viena. Hay que decir, que esta autora, al igual que los psicoanalistas estudiados, constata que la fertilidad, la concepción, el aborto, el embarazo, el parto, la crianza del hijo, así como la menarquia, la menopausia, el coito son objeto de estudio no sólo de ginecólogos y obstetras. Percibe los elementos fantasmáticos implicados. No obstante, a la hora de encontrar una respuesta no logra separarse de concepciones prepsicoanalíticas y apela a argumentos psicológicos y sociológicos.

...o0o...

En el *capítulo tercero: La aportación de Lacan y el falo como significante del deseo*, analizaré la lectura que hace de la obra de Freud, especialmente en lo referente a los conceptos de falo, complejo de Edipo y castración. El falo es asimilado a un puro significante de la potencia vital, compartido en igualdad de condiciones por hombres y mujeres; lejos de sus connotaciones anatómicas, remite a una función simbólica. La potencia fálica está articulada con el deseo que es lo que estructura la identidad sexual sin privilegiar un género en detrimento de otro. Su interés se centra pues en el análisis del sujeto sexuado y de su deseo. El deseo de un hijo, siendo de especial relevancia para la mujer, no es para Lacan lo que define qué es una mujer o qué ha de desear. La teorización lacaniana del estadio del espejo y la distinción de tres registros psíquicos son paso obligado para entender la forma de concebir este autor qué es una madre, un padre y el deseo de un hijo.

Si los psicoanalistas de las Escuelas de Viena y los de la Escuela de Londres señalan la importancia de la familia (esto es del

padre y de la madre, de sus excesos o carencias) en lo que atañe a la constitución de un sujeto deseante, Lacan va a subrayar la trascendencia de la estructura. Lacan entiende la castración como una limitación al goce, a la satisfacción absoluta que afecta a todo ser que nace en la cultura. Pero siempre resta algo de ese exceso al que jamás se renuncia. Paradoja pues de ese goce que es imposible de alcanzar pero también imposible de reducir. Lacan centra su estudio en la economía del deseo y el goce. El falo deja de tener connivencias con el pene para transformarse en un significante: el de la falta y el deseo. Este autor, a diferencia de los psicoanalistas ya mencionados, acentúa la falta de objeto como algo estructural en el ser humano y diferencia tres modalidades de falta -privación, frustración y castración- que posibilita entender la dinámica del deseo.

La distinción de los conceptos frustración, castración y privación permitirá, además, determinar que la relación con la madre (y con el padre) concierne a más aspectos que a la mera presencia física de ambos, o a los cuidados materiales que otorgan al hijo. Los conceptos madre, padre e hijo son estudiados más como posiciones simbólicas y como lugares psíquicos a ser ocupados.

El hijo por nacer ya es (o debiera ser) “algo” en el universo mental de sus padres, o en el decir de éstos. Viene a ocupar un lugar en el deseo de la mujer, pero también un deseo que no finaliza en el hijo. Lacan señala esa falta estructural que funda el deseo y va a traer al primer plano ese deseo de la madre como mujer. El significante del “nombre del padre” o la metáfora paterna señala esa diferencia. Pero además, la mujer participa, para Lacan, de un goce-otro más allá del

hombre o del hijo, un goce no fálico, un goce imposible de decir, que a su vez, que no puede ser aprehendido por el nuevo ser que nace y que dará pié al enigma y a la producción fantasmática de éste. El hijo, como veremos, no es para la madre ese objeto que la colma so pena de quedar como mero objeto y alienado en la posesión de la madre.

...o0o...

Finalmente, expondré en *el capítulo cuarto y último* las conclusiones de mi trabajo. El deseo de un hijo en la mujer no nace de un supuesto instinto ni de una esencia femenina. Como todo deseo, se crea por efecto de una falta estructural que instauro el inconsciente y sus fantasmas y que se imaginariza y simboliza en la diferencia sexual anatómica. El hijo, para la mujer, es una de las formas imposibles de ansiar obturar dicha falta. La ley de prohibición del incesto viene a recordar la prohibición de algo que ya resulta imposible, pero que permite simbolizar, explicarlo. En el ser humano que entra en la cultura no es posible la satisfacción sin límites y la adecuación de un objeto que vengana a paliar dicha falta. Pero también es por esa carencia estructural que se genera todo el movimiento deseante. La plenitud sería más nociva que la insatisfacción. No existe armonía ni adecuación posible entre lo que se desea y lo que se obtiene. El imaginario que identifica a la mujer con la madre, entiendo que forma parte de esa pretensión de hallar un objeto que sí se ajuste, que permita lograr un goce pleno. Anhelo imposible que de lograrse lejos de constituir un estado de plenitud mítico, dejaría al ser humano prisionero del goce de la madre. El hijo no constituye la causa del deseo de la mujer, aunque pueda venir a paliar parte de él. La madre

como imagen de mujer desvivida y entregada amorosa y absolutamente al hijo, respondería más a la imagen de la muerte para el hijo. Quizá por ello la muerte tenga esa representación femenina.

CAPÍTULO PRIMERO: LA TEORIZACIÓN FREUDIANA **SOBRE EL DESEO DE UN HIJO**

1. Introducción: Freud sostiene una concepción de la sexualidad que no es equiparable a la genitalidad y que excede a las metas puramente reproductivas. La sexualidad humana no responde tampoco a un instinto biológico ni tiene un objeto predeterminado. Ahora bien, en el caso de la procreación humana, ¿está el deseo de un hijo predeterminado? Nos proponemos rastrear en los textos freudianos la forma de entender el deseo de un hijo por el creador del psicoanálisis para lo cual necesitamos sustentarnos en su teorización del sujeto deseante, en su concepción del psiquismo y de la sexualidad humana.

La reproducción humana es una función trascendental que garantiza la posibilidad de perpetuar la especie, mantener la cultura y sostener una sociedad política. Esto es, cumple unas funciones absolutamente necesarias para nuestra supervivencia. El hecho de que la procreación tenga lugar en el cuerpo de la mujer ha podido inducir a pensar que sea también una realidad natural a la que corresponde un deseo y un saber propio de la naturaleza femenina. Sin embargo, desear y criar un hijo no responde a un instinto maternal preformado genéticamente como lo muestran las angustias, dificultades y

aspiraciones que se juegan en el deseo de ser y ejercer como padres y madres y en la trascendencia que tiene para la salud mental de todos los implicados. (Salvo que creamos en la generalización de los trastornos del instinto procreativo o, incluso, en la ausencia patológica de dicho instinto en algunas mujeres, en cuyo caso no podríamos eludir afrontar el por qué de dicha alteración o anulación).

A pesar de que Freud cuestiona el instinto y sostiene la conflictividad del deseo humano y la falta de armonización entre naturaleza y psiquismo, no dedica ninguna obra a abordar el deseo de un hijo. ¿A qué se debe esta dejación? ¿Acaso no tiene entidad suficiente como para reflexionar acerca de él? ¿Podemos pensar que la creencia en la naturalidad incuestionable de este deseo ha relegado su estudio? Sean cuales fueran las razones de esta desatención, nuestro objetivo es rastrear en los textos freudianos la forma de entender el deseo de un hijo por el creador del psicoanálisis para lo cual necesitamos sustentarnos en su teorización del sujeto deseante, en su concepción del psiquismo y de la sexualidad humana.

En lenguaje psicoanalítico cuando hablamos del “deseo de un hijo” nos estamos refiriendo a la concepción freudiana del ser humano como sujeto de deseos. Ahora bien ¿a qué nos referimos cuando hablamos de sujeto deseante? Freud subvierte el concepto de sujeto respecto de las nociones que lo preceden, el sujeto de la filosofía, de la psicología o de la lógica. Adelantaré que la noción de sujeto en Freud, si bien llegar a delimitar esa pregunta obliga a exponer cómo concibe este autor el aparato psíquico y cómo se produce, a raíz de la primera vivencia de satisfacción, el propio desear del recién nacido y la más

primaria distinción entre un “afuera” y un “adentro”. El recién nacido es un ser desvalido que precisa de la madre para proporcionarle las atenciones mínimas para su supervivencia. De las necesidades del bebé y de la forma en que este se procura alucinatoriamente la satisfacción o busca ajustarse a la realidad, en el contexto de la satisfacción y excitación proporcionada por la madre, nace el propio desear.

El pensar tampoco es algo que venga dado. La primera actividad psíquica es alucinar, autoproducirse un placer y evitarse un dolor o frustración. Pero este modo de funcionar primitivo ha de ir cediendo a una actividad psíquica más adecuada a la realidad. Expondré a continuación, cómo son las dos formas de funcionamiento del aparato psíquico y cómo se impone, paulatinamente, la capacidad de juzgar bajo el principio de la realidad. Sin embargo, este logro no supone la exclusión del funcionamiento psíquico primitivo regido por el principio del placer, y del más arcaico aún, el principio de la inercia de la pulsión de muerte. De modo que el sujeto consciente no puede dar cuenta absoluta de sí, sino que formula demandas explícitas que están sustentadas en deseos inconscientes. Desear un hijo no puede, por consiguiente, ser explicado apelando a las demandas conscientes que el ser humano formule. Además, Freud descubre que el inconsciente tiene un funcionamiento propio caracterizado por el libre fluir de las representaciones, de acuerdo con una lógica y unas leyes diferentes a las que rigen en el sistema consciente. Sólo bajo esa lógica es posible entender las equivalencias simbólicas inconscientes que se establecen entre términos como pecho-heces-pene-hijo-regalo y la persistencia como “roca base” de determinados deseos irreductibles.

Nos detendremos en explicar la primera teorización freudiana del funcionamiento del aparato psíquico.

Pero hasta alcanzar el estatus de sujeto deseante requiere un largo recorrido. En ese recorrido va a ir conformando sus distintos objetos hasta concluir con el objeto de amor. Pero, ¿qué es el objeto que se busca? Afrontaremos las diversas formas de entender el objeto, desde el objeto de la pulsión al objeto de amor, así como las formas de relación con él. No obstante, y a pesar de que hablemos de sujeto y de objeto, ambas no son realidades nítidamente separadas, el propio aparato psíquico, concebido desde la segunda tópica, se construye por interiorización de los otros a lo largo de su evolución libidinal. De modo que en el sujeto adulto que desea un hijo subyace toda una historia configurada en relación con sus propios padres y con el modo de ubicarse como hijo. Interiorización de los otros que permite construir, además de un ello pulsional y energético, la imagen de un yo unificado gracias a la narcisización de que es objeto por la madre y la formación de una instancia moral, el superyo. Admitir la interdicción del incesto funda una nueva forma de funcionamiento, no exenta de conflicto, que pone orden al deseo sexual, limitando éste de acuerdo con unas leyes. Es decir, en ese recorrido libidinal se va a conformar la propia subjetividad sexuada. Ahora bien, el deseo inconsciente no es algo que derive naturalmente del ser biológico, sino que es precisamente la intromisión de la cultura lo que provoca el movimiento deseante. Expondré la forma de entender Freud la evolución libidinal en el niño y en la niña. Esto es, cómo en un cuerpo anatómicamente diferenciado, se instaura la cultura y se construye, así, una subjetividad conflictiva, deseante y sexuada. Ahora bien, este “devenir sujeto” no

es un proceso lineal, meramente cronológico, sino que experiencias posteriores van a incidir remodelando otras previas.

A lo largo de este largo y complejo proceso, y en virtud de las experiencias particulares que cada ser humano –en tanto que hijo- ha tenido o ha fantaseado con sus padres, va incorporando su propia forma de desear y de ubicarse frente a la sexualidad y a la procreación. Experiencias originarias, que aunque hayan sido resignificadas por efecto del complejo de Edipo y la prohibición del incesto, siguen presentes en el inconsciente y son concitadas ante situaciones y experiencias posteriores. De modo que lo primigenio infantil sigue presente en el adulto que desea y que realiza proyectos de futuro –entre ellos el desear un hijo-. Por último, expondré cómo Freud hace derivar el deseo de un hijo en la mujer de los avatares de la libido. La temprana ligazón con la madre, la percepción de la diferencia anatómica, la envidia de pene y el complejo edípico, son cuestiones capitales para comprender la instauración de este deseo de procreación.

Freud ubica el deseo de un hijo en la mujer no como un instinto pero sí como un paso obligado en la construcción de la feminidad y como el deseo por excelencia y, al hijo como aquello que puede colmarlo plenamente. Podemos pensar que pese a su consideración teórica acerca del deseo como algo imposible de satisfacer y como movimiento deseante, persiste la suposición de la maternidad como el anhelo más elevado e incuestionable de la mujer, el único, y ajeno a todo sentimiento agresivo.

2. Concepto de sujeto. Los descubrimientos freudianos subvierten la noción de sujeto vigente en la filosofía y en la psicología de la consciencia. El sujeto freudiano está escindido y no puede dar cuenta de sí, de sus actuaciones y padecimientos. No coincide tampoco con el individuo biológico. Sin embargo, Freud supone un sujeto con una intencionalidad inconsciente que guía sus deseos.

En el Diccionario de Lengua de la Real Academia Española se define “*sujeto*” como “*Persona innominada. Usase frecuentemente esta voz cuando no se quiere declarar la persona de quien se habla, o cuando se ignora su nombre*” (1992, p. 1918). En filosofía (Ferrater Mora, 1971, p. 745) el término alude al espíritu humano considerado en oposición al mundo externo. El sujeto es definido como el hombre mismo en tanto que fundamento de sus propios pensamientos y funciones. Es la esencia de la subjetividad humana en lo que tiene de universal y singular. En la acepción gnoseológica, propia de la filosofía occidental, el sujeto es el sujeto del conocimiento, del derecho, de la conciencia, sea esta conciencia empírica, trascendental o fenoménica. Es decir, es el sujeto cognoscente. Esta perspectiva será dominante desde el siglo XVII hasta el siglo XIX. A veces se ha confundido los puntos de vista gnoseológico y psicológico, al intentar reducir el sujeto del conocimiento a un sujeto psicológico e, incluso biológico.

Todos los sentidos indicados se conservan en nuestros días. No obstante, fue a partir de “*El discurso del método*” de Descartes, en el siglo XVII¹, cuando el sentido gnoseológico adquirió mayor relevancia. Así, la categoría de *sujeto* cognoscente se convierte en uno de los hilos que ha guiado la configuración de la modernidad. Durante este período los sistemas filosóficos han buscado afanosamente el papel fundamental del sujeto frente al teocentrismo regulador y explicativo del mundo.

Descartes consciente de la insuficiencia de la filosofía escolástica para integrar la “nueva ciencia” impulsada por Copérnico, Kepler, Galileo y Harvey busca un sólido apoyo desde el que poder afrontar decididamente y fuera de toda sospecha los nuevos retos que esos cambios han suscitado. Receloso de todas aquellas verdades que se han presentado como incuestionables durante siglos, encuentra como único fundamento para acceder a la verdad y para ordenar la existencia, partir su propia capacidad de pensar. Formula así su famoso “*Cogito ergo sum*” (1974, p. 120). De este modo, Descartes ubica en el centro de la filosofía al sujeto y la pura conciencia de su capacidad de dudar, de cuestionar, de pensar. Desplaza así la concepción teocéntrica para hacer recaer sobre el sujeto que piensa la posibilidad de intervenir y dominar la realidad.

Por su parte, en 1781, Kant en su obra “*Crítica de la razón pura*” refuerza más la capacidad de raciocinio del sujeto, del cual

¹ Publicado en 1701 muchos años después de ser escrito y con posterioridad a su muerte.

parten los elementos imprescindibles para el conocimiento sensible (formas “a priori” de la sensibilidad) y, así mismo, los elementos inteligibles (categorías o conceptos puros del entendimiento) para alcanzar el conocimiento de los objetos. La única posibilidad de sintetizar la exterioridad caótica en objetos con sentido reside en el propio sujeto (Kant, 1973, p. 262). Sin embargo, entre ambos autores se ubica Spinoza del que, según Fernández García (1985, 131), podemos decir que será quien vea en la capacidad de pensar del hombre no sólo la posibilidad de alcanzar la autenticidad y la verdad sino también de actuar por uno mismo, con lucidez y libertad. Ello permitirá a Spinoza en su obra mostrar cómo se entrelazan la dinámica del conocimiento y del deseo hasta poder afirmar que de esta unión nace la esencia del hombre.

El sujeto pasa, así, a estar dotado de una multitud de atributos (conciencia, razón, emancipación, actividad, deseo, libertad). Marx y Nietzsche dan al traste con estas ilusiones de la modernidad al presentar al sujeto como alienado o sometido. Finalmente, el estoque de muerte al orgullo y al narcisismo, vigente durante siglos, es la consideración freudiana del ser humano como un ser dividido, que no puede dar cuenta de sí mismo. Freud instala el conflicto en el centro mismo del ser, como algo estructural. La enaltecida capacidad de razonar es objeto de una sospecha permanente, en la medida en que por efecto de la represión de sus deseos, encubre tanto como descubre. Ahora bien, ¿quién desea? ¿Quién reprime? ¿Quién razona? ¿Qué o quién es, entonces, el sujeto?

Freud a lo largo de su obra, apenas utiliza el término sujeto y cuando lo hace² es para referirse a situaciones clínicas, a descripciones del aparato psíquico, al soñante, etc. Es decir, el vocablo se desdibuja al ser usado para hablar de individuo, ser humano, paciente o aparato psíquico. Parece, por tanto, ajustarse a la definición de persona innominada. Pero también parece ser utilizado este término para hablar de individuo biológico, para aquel organismo que como consecuencia de la intromisión de sexualidad del otro, se transformará en un sujeto humano con una sexualidad pulsional inconsciente. Ahora bien, aunque no hay en Freud un concepto diferencial del término sujeto, su teorización sí que está esbozada tanto en su obra clínica como en la teórica y en la relativa a la técnica psicoanalítica. Será Lacan quien a partir de la obra de Freud, desarrolle y profundice en el concepto de sujeto y en concreto refiriéndolo a “sujeto del inconsciente”.

La concepción de Freud acerca del inconsciente, haciendo supeditar la conciencia respecto al psiquismo inconsciente supone una profunda confrontación con las concepciones de la época y una auténtica revolución copernicana respecto a las ideas acerca de la mente humana.

² El empleo del término “sujeto” está más presente en la traducción de López-Ballesteros de la Editorial Biblioteca Nueva, que en la traducción de Etcheverry de la Editorial Amorrortu donde apenas aparece. Si aparece en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915, pp. 123 y 125) para referirse al sujeto en tanto que actor, al sujeto que ejecuta la acción, o bien al “sujeto ajeno” cuando es el otro el que se encarga de realizar la acción. Sin embargo, Strachey en la nota 18 a pié de la página de este texto (1915, p. 123) dice que el sujeto, por regla general, se utiliza por Freud para designar a la persona en quien se origina una pulsión (u otro estado psíquico) y objeto a la persona o cosa a la cual aquella se dirige. Es decir, un individuo biológico que a causa del implantamiento de la pulsión, se transformará en un sujeto con una sexualidad pulsional inconsciente.

Ahora bien, hablar de pensamientos, afectos o actos inconscientes, por más aislados que éstos estén, supone una cierta intencionalidad, un deseo y un protagonista de los mismos, es decir, un sujeto. El sujeto alude a un individuo cuyas actuaciones, padecimientos, producciones están mediatizadas o directamente provocadas por el inconsciente. Supone, por tanto, un sujeto de ese inconsciente.

Ya en los primeros escritos de Freud podemos deducir esta nueva acepción del término sujeto. En 1894 en "*Las neuropsicosis de defensa*" Freud se refiere al sujeto como un ser en relación al inconsciente y en contraposición al sujeto de la conciencia. En este caso, el sujeto, a diferencia del Yo, es protagonista del olvido no intencionado ni consciente de una representación dolorosa para evitar un sufrimiento (Freud, 1894, pp. 48-50 y 57). En esta obra habla de pacientes que se ven impelidas, por un deseo no reconocido, a hacer algo que no pueden eludir. Encontramos también el término junto con el de paciente cuando se refiere a la clínica, al hablar del funcionamiento mental y del aparato psíquico.

En "*La Interpretación de los sueños*" (1900) habla de sujeto para referirse a lo soñado por un individuo, a lo que éste interpreta de su sueño o a las asociaciones concomitantes al mismo (1900, p. 124). En esta obra plantea la naturaleza psíquica del desear y va a presentar la organización tópica del aparato psíquico. La tesis central de Freud es que el sueño es una realización, un cumplimiento de deseos³. Una

³ En 1911 Freud agrega en la nota número 10 (1900, p. 150) el considerable papel que las fuerzas pulsionales sexuales desempeñan en la actividad psíquica del soñar también en el caso de los niños. Además, el deseo es propuesto como un movimiento

acción psíquica de pleno derecho (1900a, pp. 527-29 y 556-64), orientada –como la alucinación- a la satisfacción del deseo. Pero ¿la satisfacción de qué⁴ o de quién? La idea de un sujeto inconsciente subyace en toda su elaboración teórica acerca del deseo. Freud descubre un sujeto de ese inconsciente y en esta obra da cuenta de él. En “*La interpretación de los sueños*” explica cómo el sueño da testimonio del funcionamiento primario del aparato psíquico, esto es de los mecanismos de condensación, desplazamiento y los procedimientos de figuración de los contenidos (1900, pp. 285-343 y 1900a, 578-88). Expone la forma en que el pensamiento consciente actúa censurando o modificando el sueño y dando lugar al olvido del mismo o a su recuerdo bajo una “elaboración secundaria”, deformada, más tolerada para la conciencia (pp. 485- 503). Relaciona también el deseo con signos infantiles indestructibles (pp. 556-59). Por primera vez expone una concepción en la que trata de articular el funcionamiento psíquico, el deseo, el inconsciente, la oposición entre proceso primario y secundario y una idea de la represión.

En 1915 de su obra “*Lo Inconsciente*” también podemos inferir su concepción de sujeto al referirse al total desconocimiento de un individuo respecto de sus actos o procesos inconscientes. En este texto

ligador a un conglomerado representacional en el momento en el cual el displacer - derivado de una excitación- emerge. Un movimiento que tiende, mediante un trabajo, a ligar la energía sobrante de una representación o un conjunto de representaciones (1900a, pp. 557-58). A partir de 1920, como veremos más adelante, no sólo hablará del deseo como un movimiento ligador, sino que incluirá la pulsión de muerte como aquello que se opone a toda ligazón.

⁴ La cuestión de qué la abordaremos más adelante al explicar la vivencia de satisfacción y su relación con el nacimiento del deseo. Pero evidentemente, como se ejemplifica con el análisis de todos los sueños, es que no se trata de la pura satisfacción biológica.

habla del doble estado de conciencia, que era lo que hasta la fecha era admitido por los médicos de la época. Allí hace una proposición de “otra conciencia” cuestión que ya era admitida por Charcot y expuesta en sus sesiones de hipnosis. Freud (1915a, pp.168-176) propugna la existencia de fenómenos, procesos y contenidos latentes que son completamente desconocidos y extraños para el propio ser que los produce. Sostiene que hay toda una serie de actos, afectos, sentimientos que tampoco son reconocidos como propios. Son inconscientes y permanecen como tales por efecto de una censura que les niega el acceso al reconocimiento por la conciencia. Los sueños, los actos fallidos, pensamientos, soluciones intelectuales y, sobre todo, numerosos síntomas en la clínica, quedan sin sentido si se entiende el psiquismo solamente como consciente. Sin embargo si se tiene en cuenta un inconsciente es posible comprender y ordenar todas estas manifestaciones de la clínica y de la vida cotidiana.

En “El Yo y el Ello” (1923) define con nitidez la relación entre la conciencia y el inconsciente y sostiene que *“el psicoanálisis no puede situar en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino que se ve obligado a considerar la conciencia como una cualidad de lo psíquico que puede añadirse a otras cualidades o faltar”* (Freud, 1923, p.15). Pero además, afirma que existen representaciones que han sido reprimidas y de las que no se tiene conciencia. Tales representaciones no pueden ser conscientes porque cierta fuerza se resiste a ello, la represión.

Sin embargo, no se puede entender al sujeto como el Yo. En esta última obra, apoyándose en Groddeck, Freud (1923, p. 25) afirma:

“lo que llamamos nuestro <<yo>> se comporta en la vida de manera esencialmente pasiva, y somos <<vividos>> por poderes ignotos, ingobernables”. Freud (1923, pp. 21-59) utiliza esta idea para designar al Ello en su segunda tópica, según la cual se distinguen las instancias del aparato psíquico (Ello, Yo, Superyo, Ideal del Yo y Yo Ideal). Por tanto, el sujeto no es el Yo. En Freud el sujeto estaría más próximo al Ello, aunque tampoco se identifica con él. Así, utiliza el término “individuo” y dice *“Un individuo es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido e inconsciente, sobre el cual, sobre una superficie, se asienta el yo”* (Freud, 1923, pp. 25-26).

En *“Construcciones en psicoanálisis”* Freud (1937a, p. 262) habla del “analizado” o “sujeto del análisis”⁵ como aquel al que se dirige la interpretación o la construcción para que ésta produzca efectos sobre él. De modo que el analizado pueda recuperar para su conocimiento parte de su pasado reprimido, o bien resistirse a la aceptación de dicho contenido.

El fin de un análisis sostiene Freud (1938, pp. 173-82) en *“Esquema de Psicoanálisis”* tendría como cometido lograr que adviniera ese sujeto del inconsciente. Es decir, que la persona fuera capaz de reconocer y tolerar los efectos de las significaciones que a lo largo de la vida ha ido dejando fuera del reconocimiento. De modo que parece que fuera también el ello, en tanto que inconsciente, lo que debiera ser recuperado para la conciencia y entendido como el sujeto inconsciente. Así, al finalizar la *“31ª Conferencia: La descomposición*

⁵ En la edición de Amorrotu se habla de “analizado”, mientras que en la de Biblioteca Nueva (1937, p. 3367) se habla de “sujeto del análisis”

de la personalidad psíquica” (Freud, 1933, p.74) dice: “*Donde Ello era, Yo debo devenir*”. Pero tampoco sería sólo el Ello el objeto del análisis, puesto que el Yo también tiene componentes y actuaciones, resistencias, desconocidas para el analizado (Freud, 1937, pp. 236-242). Haciendo referencia al final del recorrido analítico, en “*Análisis terminable e interminable*” (1937) habla del “sujeto analizado” o del “analizado”⁶ el cual ha vivido una experiencia que lo sitúa en una posición respecto del inconsciente que le permite continuar atento a sus efectos. Dice: “*Los procesos de recomposición de su yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir*” Freud (1937, p. 250). Experiencia analítica que le capacitará para ser analista. Por tanto, lo que deviene de un análisis adecuadamente terminado es un sujeto analizado que no es sólo un Yo, o un Ello. Ese sujeto va adviniendo durante el análisis en la medida en que es capaz de reconocer y tolerar los efectos de las representaciones que han ido dejándose fuera de la conciencia. Es, en consecuencia, el sujeto del inconsciente.

En síntesis, los descubrimientos freudianos representaron un cambio radical en la concepción de la naturaleza del ser humano. La noción de inconsciente rompe con la idea de un sujeto auto-consciente, dueño de sus actos y de su voluntad. El sujeto, en psicoanálisis, es el sujeto del deseo que Freud descubre y explica fundamentalmente en “La

⁶ Nuevamente “el sujeto analizado” remite a la Edición de Biblioteca nueva (1937, p. 3362) mientras que se utiliza el término “analizado” en la de Amorrortu (1937, p. 250)

interpretación de los sueños” y “Lo inconsciente”, que está presente en sus historiales clínicos y a lo largo de toda su obra. El sujeto de ese deseo inconsciente se manifiesta en las formaciones de éste: sueños, síntomas, equivocaciones, etc. Se está hablando de un sujeto del inconsciente, como aquel que produce estas formaciones y del que el sujeto, en tanto que individuo o persona, no puede dar cuenta. Hay que distinguirlo, pues, tanto del individuo biológico, con su carga instintiva y sus necesidades orgánicas, como del sujeto de la comprensión. Freud plantea la existencia de un sujeto profunda y estructuralmente escindido. Éste es el que interesa al psicoanálisis como objeto de estudio; lo que no implica que se ignore al individuo biológico o al sujeto consciente.

3. Las dos teorías del aparato psíquico: Para explicar el funcionamiento psíquico, Freud propone la noción de aparato psíquico. En una primera época (hasta 1920), diferencia tres sistemas, cada uno de los cuales con su modo de funcionamiento específico. A partir de 1920, distingue tres instancias: el Ello, el Yo y el Superyo.

A partir de las hipótesis de Charcot de las parálisis histéricas provocadas por una lesión dinámica y funcional, respecto de las cuales

no se ha podido encontrar huellas de organicidad alguna, Freud en *“Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”* (1893) trata de buscar el mecanismo psíquico explicativo fuera del campo de la medicina. Emprende el estudio de la histeria, y de la neurosis en general, y considera que en la histeria se trata de una alteración funcional sin lesión orgánica asociada. Tanto su etiología como los mecanismos de funcionamiento los remite a la esfera de la vida psíquica (Freud, 1893, pp. 207-209). Freud está interesado en encontrar una explicación psicológica a los fenómenos que se encuentran en la clínica.

Los *“Estudios sobre la histeria”* constituyen, desde la clínica, una primera propuesta explicativa del funcionamiento psíquico situado en el plano de la representación –la palabra, los recuerdos-. En sus construcciones teóricas iniciales va perfilando un aparato psíquico que desarrolla un sistema de defensa frente a un exceso de excitación insoportable para el Yo, cuyo resultado es la neurosis. Esta la concibe, en este momento, como una defensa ante la suma de excitación. Recuérdese que en este período la noción de “inconsciente” es equivalente a “reprimido”. Freud describe lo inconsciente como una organización en capas entre distintos grupos de representaciones. Estas están ordenadas en una estratificación concéntrica, en torno a un núcleo patógeno y según el contenido de pensamiento están enlazados por hilos lógicos siguiendo caminos irregulares y múltiples vueltas. Es un ordenamiento dinámico, no morfológico. Además considera que puede existir más de un núcleo (Breuer y Freud, 1893, pp.292-296).

Si los “*Estudios sobre la histeria*” constituyen un intento de dar una explicación psicológica a los fenómenos de la clínica, el “*Proyecto de una psicología para neurólogos*” (1895), constituye el otro antecedente de su primera concepción del “aparato psíquico”. En esta obra construye una ficción de un aparato psíquico que localiza en el cerebro y que describe con el lenguaje neurobiológico de su tiempo. Su propósito es brindar una psicología de ciencia natural (1895, p.339). En este proyecto Freud intenta explicar no exclusivamente las funciones psicopatológicas sino las funciones psíquicas normales, en virtud de la anatomía y la fisiología del sistema nervioso.

Freud desechó este proyecto, pero retomó algunas de las ideas esbozadas en él para reformularlas en términos propiamente psicoanalíticos en el capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*” (1900), en donde aborda cómo el inconsciente proporciona durante el sueño la fuerza impulsora para la realización de deseos y considera que su concepción del aparato psíquico permitirá esclarecer la naturaleza del desear. En el “*Proyecto de una psicología para neurólogos*” (1895) podemos rastrear lo que constituye los orígenes de la primera concepción tópica del “aparato psíquico”, pero es en el capítulo VII de la “*La interpretación de los sueños*” (1900) donde encontramos su exposición en términos exclusivamente psíquicos o, más exactamente, metapsicológicos⁷. En esta obra presenta el primer modelo tópico del aparato psíquico en el que distingue entre inconsciente, preconsciente y consciente.

⁷ Freud acuñó este término, que evoca la metafísica, para diferenciar su teoría, que pretende dar cuenta de lo que sucede en el psiquismo, desde una triple perspectiva: tópica, dinámica y económica (o energética) más allá de la conciencia, de la psicología clásica, que tomaba a la conciencia como objeto de estudio.

Freud está tratando de describir el funcionamiento del psiquismo. El “aparato psíquico” es una representación espacial del funcionamiento mental, en tanto se entiende éste como la realización de un trabajo. Trabajo que exige un “aparato” con el que llevar a cabo dicho cometido. La palabra “aparato” sugiere, por tanto, la idea de una tarea a realizar con él. Su primer modelo supone una diferenciación de ese aparato en diversos sistemas, caracterizados por otros modos de funcionamiento y situados como “lugares psíquicos”, según un ordenamiento particular. La separación entre Inconsciente y Preconsciente-Consciente es inseparable de la concepción dinámica, según la cual los sistemas se hallan en conflicto entre sí.

Este primer modelo parte de observaciones clínicas referidas a experiencias, recuerdos, representaciones, deseos, de los que el sujeto no dispone conscientemente. Se habla de “grupos psíquicos separados” o “cuerpo extraño” que no se hallan a disposición del sujeto, pero que ejercen un efecto patógeno. La técnica psicoanalítica consistía en lograr provocar el recuerdo, la descarga de ese núcleo patógeno traumático retenido o la toma de conciencia o reintegración de los recuerdos inconscientes en el Yo.

Más adelante, esta primera concepción topográfica del psiquismo dividido en tres lugares: inconsciente, preconsciente y consciente, se evidencia como insuficiente cuando Freud se va introduciendo en los vericuetos del alma humana, al encontrarse con las resistencias insuperables en ciertos análisis. Pero también los avances teóricos acerca del Yo: el concepto de narcisismo y la

constatación del Yo como una instancia donde también opera lo inconsciente, le obligan a elaborar una segunda construcción teórica explicativa del aparato psíquico, en donde distingue, además de un Yo, un Ello y un Superyo. Este segundo modelo topológico no es superponible a los tres lugares psíquicos, consciente, inconsciente y preconscious.

Ahora bien, la pregunta es: ¿cómo se genera el deseo y en qué consiste el hecho de desear? Para responder a esta cuestión me voy a ocupar de cómo considera Freud, en su primera teoría, el aparato psíquico y cómo hace derivar el movimiento deseante de la primigenia vivencia de satisfacción. Si bien constatamos que Freud utiliza una terminología neurológica, señala también la importancia de la represión, de un Yo que se defiende frente a una excitación dolorosa o insoportable. Cabe pensar que Freud está intuyendo “algo más” que antecede al propio individuo que nace y que moviliza tanto el deseo como las defensas del Yo incipiente. Es decir, no se parte de una concepción endógena en donde todo se inicia en el propio ser.

3.1. La primera teoría del aparato psíquico: La primera teoría del aparato psíquico ofrece un modelo espacial compuesto por tres sistemas: inconsciente,

preconsciente y consciente, derivados de las huellas mnémicas.

Freud desde 1895 está dedicado, en gran medida, al problema teórico fundamental de la relación entre la neurología y la psicología. En este período está absolutamente interesado en la elaboración de una psicología que, como él mismo expresa en una carta dirigida a Fliess el 25 de mayo de 1895, “*le ha hecho desde tiempos inmemoriales su lejano y cautivante llamado*” (Freud, 1895, p.326). Todas sus cavilaciones y conjeturas culminan en 1895 con el “*Proyecto de una psicología para neurólogos*”, manuscrito que arroja a un cajón, al considerarlo un esfuerzo fallido, y queda olvidado ahí hasta resurgir unos cincuenta años más tarde. Aunque la obra nunca quiso ser publicada por el propio Freud, sin embargo, como señala Strachey (1950, p. 326), no está exenta de gran valor, por varias razones. En primer lugar, esta obra contiene en sí el núcleo de gran parte de las ulteriores teorías psicológicas de Freud. Ayuda, asimismo a comprender gran parte del capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*” (1900). Constituye un esbozo de lo que será su obra posterior. También hallamos en “*El Proyecto*” una primera tentativa del Yo estructural que emerge en “*El yo y el ello*”.

En el “*Proyecto de Psicología para neurólogos*” el acento está puesto en el efecto que el ambiente ejerce sobre el organismo y en la reacción de éste frente a él. Pues bien, en este texto y en el capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*” describe y explica cómo se construye el aparato psíquico, qué es y cómo tiene lugar el hecho de

“desear”. Es decir, cómo se erige, a partir de un organismo vivo, un cuerpo dotado de un aparato psíquico pensante y deseante.

Al exponer esta primera construcción teórica me centraré primero en cómo se inscriben en el organismo las primeras huellas mnémicas. En segundo lugar abordaré cómo esas inscripciones se van reorganizando retroactivamente en sucesivos sistemas, de modo que se van constituyendo los tres sistemas inconsciente, preconsciente y consciente, con un funcionamiento distinto.

3.1.1. Las primeras huellas mnémicas y su función estructurante del psiquismo: Las primeras experiencias de placer y displacer se inscriben en forma de huellas mnémicas que se van ordenando por efecto de la represión en tres “sistemas”: inconsciente, preconsciente y consciente. Así se va estructurando el psiquismo en una primera organización (y reorganización continua) a la que denominamos “sustrato simbólico”.

El ser humano cuando nace es un organismo inmaduro, que precisa para su supervivencia de la intervención de otro que lo alimente, lo cuide y le proporcione las atenciones que por sí mismo no

puede procurarse. Por otra parte, habrá de pasar de ser un mero organismo biológico lleno de necesidades físicas a un ser pulsional con unos deseos y sentimientos, que lo constituyen como humano. Esto se produce a través de un largo camino que tiene lugar durante los primeros años de su vida y que van a configurar su estructuración psíquica y a constituirle como sujeto de deseo.

Freud se plantea en “*Proyecto de Psicología para neurólogos*”, en la “*La carta 52*” dirigida a Fliess desde Viena el 6 de diciembre de 1896 y en el capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*”, qué es el aparato psíquico. Toma como punto de partida la idea de que la actividad de todo organismo vivo obedece al principio de inercia, que consiste en que un estímulo que llega del exterior excita las células sensitivas y se produce una descarga motriz, restableciendo el estado de reposo inicial. Sin embargo, quiere demostrar que este esquema explicativo es insuficiente para explicar el funcionamiento psíquico, debido al desamparo e inmadurez original del recién nacido, a su incapacidad para producir la descarga motriz y a la imposibilidad de sustraerse a la estimulación que le viene del interior, las necesidades urgentes para la vida -hambre y sexualidad-. Ahí la descarga no puede ser automática, la huida de la excitación displacentera no es posible. Por consiguiente, es preciso un rodeo, abandonar su primitiva tendencia a la inercia y aprender a tolerar la acumulación de cierta carga suficiente para cumplir las demandas de la acción específica (Freud, 1895, pp. 340-41 y pp.362-64 y 1900a, pp. 557-58). Lo que conlleva una forma secundaria del funcionamiento del aparato psíquico.

En el caso del hambre, se inscribe una huella del estado de displacer, otra vinculada con aquel objeto capaz de procurar la satisfacción, el pecho y, una tercera huella ligada a la satisfacción o la descarga. Al articularse estas tres inscripciones, después de la primera impresión y tras la primera satisfacción, la imagen de ese objeto que procura la satisfacción queda investida fuertemente con esa especie de movimiento reflejo que condujo a la descarga. De modo que en una segunda ocasión, cuando se suscite nuevamente el apetito, se intenta reproducir la imagen de ese movimiento articulado en la memoria, pero eso terminará en una alucinación, hasta que no se adapte al principio de realidad y pueda obtener la satisfacción real del hambre. Ahora bien, esas inscripciones dejan una “huella mnémica”. En el caso de la experiencia de tensión, de dolor, va acompañada de una tendencia a desprenderse, lo más rápidamente posible, de dicha imagen mnémica hostil, constituyéndose así lo que Freud (1895, p. 364-67) denomina *atracción de deseo* en relación a la experiencia de satisfacción y *defensa primaria* o *represión* respecto a la vivencia de dolor.

Ahora bien, la huella mnémica de la excitación, de tensión, derivada de una necesidad es de carácter displacentero, crea una repulsión, queda investida adoptando un valor negativo. Por el contrario, la huella mnémica atrayente, investida, en tanto representa al objeto de deseo capaz de satisfacer esa necesidad y disminuir la tensión, toma un valor positivo. Por tanto, y como hace notar Campamá (2005, p. 35), a pesar del lenguaje neuronal que existe en el *Proyecto*, Freud está señalando ya la dimensión simbólica que atraviesa la experiencia del sujeto desde los inicios de la vida. El valor positivo o negativo que toman estas representaciones psíquicas

constituyen una primera forma de oposición simbólica, y esos signos son los que permitirán al sujeto una estructuración de sí mismo, de un Yo incipiente, y del mundo exterior (1895, pp. 408-436). Por otra parte, Freud (1895, pp. 362-64) está ya hablando no de un mundo instintivo, sino de cómo la actuación de un adulto que interviene produciendo la acción específica que ayuda al bebé desvalido genera la primera dinámica psíquica.

En “*Proyecto de psicología para neurólogos*” Freud (1895, pp. 343-45) describe el aparato psíquico con dos posibilidades. Percibir o retener. Llama neuronas *fī* (ϕ) a aquellas que dejan pasar toda excitación como si no tuvieran ninguna barrera-contacto, neuronas pasaderas, que tienen la posibilidad de percibir, sin retener nada. La posibilidad de retener dependería de aquellas otras, no pasaderas que denomina neuronas *psi* (ψ) y que son portadoras de memoria y de los procesos psíquicos en general⁸.

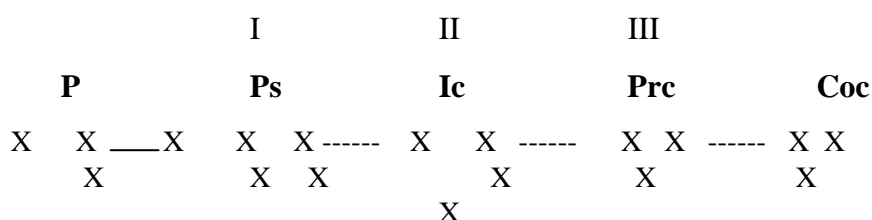
En la “*Carta 52*” dirigida a Fliess en 1896 y en “*La interpretación de los sueños*” Freud sigue investigando un modelo de aparato psíquico topográfico en el que distingue inconsciente, preconsciente y consciente. Aborda la cuestión referida a esas huellas mnémicas y de la memoria. Freud (1896, pp. 274-75) plantea un modelo en el que las inscripciones se estratifican sucesivamente siguiendo determinadas leyes de simultaneidad y en función de las propiedades de cada estrato (percepción, inconciencia y

⁸ Incluso con este lenguaje neurológico Freud ya está diferenciando unas neuronas portadoras de memoria, dotadas de procesos psíquicos, neuronas *psi* (ψ) diferentes de las neuronas *fī* (ϕ) que se relacionarían más con un funcionamiento automático de carácter senso-perceptivo o fisiológico exclusivamente.

preconciencia). De tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento, una retranscripción.

Freud (1896, pp. 275-277) ilustra con el esquema de la Fig. 1 cómo se *reordenan*, se transcriben estas huellas según determinados nexos y describe cómo se va constituyendo un aparato psíquico en virtud de la forma en que se traduzcan o no determinados materiales. La no traducción de éstos porque podrían producir displacer, la denomina *represión* y encuentra que es una de las razones que explica las peculiaridades de las psiconeurosis. Ya en esta obra anuncia la naturaleza sexual como condición de dicha defensa patológica o represión.

(Fig. 1. Freud, 1896, p. 275)



P es el lugar donde se generan las percepciones a que se anuda la conciencia. En sí no conservan huella alguna de lo acontecido

Ps signos de percepción

Ic inconciencia

Prc preconciencia

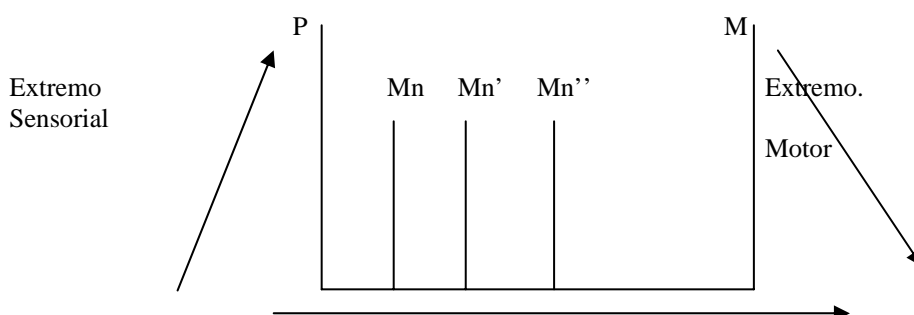
Las percepciones que impresionan el sistema P se transcriben, en primer lugar, como signos de percepción (Ps), por completo

insusceptibles de conciencia, articuladas por asociaciones de simultaneidad. Realizan una segunda inscripción, inconsciente (Ic), ordenada ahora de otra forma, con nexos tal vez causales, que resultan inasequibles a la conciencia. Las huellas Ic quizá correspondan a recuerdos de conceptos, también inasequibles a la conciencia. La tercera retranscripción, preconciencia, (Prc), a la que también llama “Conciencia-pensar secundaria” está ligada a representaciones-palabra y corresponde al Yo oficial. El aparato psíquico se concibe así como un aparato de memoria compuesto por diferentes sistemas de huellas mnémicas que suponen la transcripción de las mismas de un sistema a otro. El pasaje de un sistema a otro, como vemos, está planteado como una traducción de un elemento de un sistema anterior a otro⁹. En palabras de Freud (1896, p. 276): “*La denegación de la traducción es aquello que clínicamente se llama <<psiconeurosis>>*”. Es decir, la represión sería un fracaso en la traducción o una imposibilidad de simbolizar, algo que no puede pasar. De modo que se establece una fijación. Ahora bien ¿por qué no es posible su traducción o simbolización? Lo veremos

Es en “*La interpretación de los sueños*” donde Freud (1900, pp. 530-32) elabora su primera concepción del aparato psíquico compuesto por diferentes sistemas, enlazados entre sí según una secuencia fija. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones. Por ello al aparato psíquico se le asigna un extremo sensorial, perceptivo y un extremo

⁹ Estos trabajos de “traducción” dejan siempre unos residuos o restos que no pueden ser integrados en el procesamiento psíquico del sistema consciente-preconsciente. Restos que actúan como fueros autónomos, anacrónicos respecto a este sistema y, que constituyen la represión originaria (Freud, 1896, p. 176)

motor, el de la respuesta. El proceso psíquico transcurre, desde la percepción hasta el extremo de la motilidad. El sistema perceptivo (sistema P), no retiene ningún estímulo, tan sólo los recibe, carece por tanto de memoria. Ahora bien, de las percepciones que llegan a un niño a partir de su nacimiento, en el aparato psíquico queda una huella mnémica (Mn), unas marcas en el psiquismo. Freud está hablando de la memoria como el lugar donde son contenidas estas huellas mnémicas de los estímulos. Las huellas mnémicas son alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos del sistema. Suponen modificaciones del aparato psíquico. No sólo perdura el contenido de estas percepciones, sino que estas se entrelazan configurando redes asociativas. Estas huellas se enlazan entre sí en la memoria por la simultaneidad que en su momento tuvieron, es decir, por asociación (Mn Mn' Mn''). En consecuencia la excitación seguirá los caminos trazados por estas redes.



(Fig. 2. Freud, 1900, p. 532)

Ahora bien, como ya dijimos el sistema P, carente de memoria, no puede conservar las huellas para la asociación. Este sistema P está constituido por neuronas pasaderas que no operan ninguna resistencia, no retienen nada y sirven a la percepción (sistema de neuronas $\bar{f}\bar{i}$ (ϕ), y

neuronas no pasaderas, aquejadas de resistencia y retenedoras de carga energética, que son portadoras de la memoria y de los procesos psíquicos en general (sistema de neuronas *psi* (φ))¹⁰. Los elementos del sistema P se verían entorpecidos para ejercer la función perceptiva si tuviesen que mantener las huellas mnémicas y sus enlaces con otras. Freud (1900a, p. 533) entiende que el sistema P, está así dispuesto a absorber todo tipo de estímulos, y brindar a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales. A la inversa, todos nuestros recuerdos son inconscientes. Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones. Y señala cómo son precisamente aquellas que han actuado más intensamente, esto es aquellas que tuvieron lugar en los primeros momentos de la vida, las que se no se hacen conscientes casi nunca. Podemos hacer conscientes parte de estas huellas pero no muestran la misma cualidad sensorial que tuvieron en las percepciones.

En 1915 en “*Lo inconsciente*” expone cual es la diferencia entre una representación consciente y una inconsciente. “*Ellas no son como creíamos, diversas transcripciones del mismo contenido en lugares psíquicos diferentes, ni diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar, sino que la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola*” (Freud, 1915a, p. 198). Las primeras inscripciones lo son de representaciones-cosa de los objetos, son por ello inconscientes. El sistema preconscious nace cuando esta representación-cosa es sobreinvertida

¹⁰ Freud (1895, p. 353) supone también un tercer tipo de neuronas (sistema de neuronas ω) que serían las responsables de captar las diferentes cualidades de la percepción. Serían las responsables de las sensaciones conscientes.

por el enlace con las representaciones-palabra, lo que produce una organización psíquica más alta y posibilita el relevo del proceso primario por el secundario propio del preconscious. Freud da por tanto un valor fundamental y estructural a la palabra, al discurso, ya que todo el pasaje de lo primario a lo secundario aparece ligado a ella. *“El pensar se desenvuelve dentro de sistemas tan distanciados de los restos de percepción originarios que ya nada han conservado de sus cualidades y para devenir conscientes necesitan de un refuerzo de cualidades nuevas”* (1915a, p. 199) dirá para explicar que las representaciones-objeto no pueden devenir conscientes simplemente desde sus restos perceptivos, si no es por intermedio del lenguaje. Es decir, las huellas mnémicas sólo podrán ser “reatrapadas” al ser investidas por el lenguaje. Los restos que no se dejan “atrapar” constituirían la energía constitutiva del inconsciente.

Vemos, por tanto, cómo desde el punto de vista tópico, inconsciente y preconscious son sistemas mnémicos constituidos por grupos de representaciones diferentes. La única forma en que una representación inconsciente pueda acceder a la conciencia es mediante su asociación con elementos verbales. Lo reprimido puede entenderse como aquellas representaciones que no pueden acceder a la formulación verbal. El inconsciente, entonces y como lo entiende Laplanche (1981, pp. 130-46) apoyándose en Lacan, no es biológico sino que existe porque hay un mundo del lenguaje que precede. Y porque el lenguaje actúa como contracarga, creando en el mismo movimiento el sistema inconsciente separado del preconscious. Ahora bien, ese mundo de significados que precede al bebé, sostiene Laplanche (1987, pp. 93-150) es introducido por el adulto cuidador,

que interviene desde su sexualidad inconsciente de la que él mismo es ignorante. Un adulto que propone, al atender al recién nacido, unos significantes verbales y no verbales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes que constituyen para el “infans” lo que Laplanche (1987, p. 128) denomina “*significantes enigmáticos*”. Un adulto capaz de lapsus, olvidos, actos fallidos, que interviene emitiendo mensajes que él mismo rechaza y no puede reconocer. Es decir, que interviene proporcionando cuidados autoconservativos en los que no están ausentes sus fantasías inconscientes. O como dice Bleichmar (1984, p. 48), apoyándose en la tesis de Laplanche, un adulto que introduce la pulsión la cual “*no es un ente abstracto, biológico, definido en sí mismo, sino que es el efecto de la intrusión sexualizante del otro humano, desprendida de la biología común a todos los hombres y enraizada en una historia singular de la sexualidad del sujeto psíquico*”. Un adulto que, como veremos más adelante, sexualiza al niño, instauro un sistema de prohibiciones, da respuestas e impone silencios y proporciona las representaciones con las cuales contraccargar al inconsciente. Como dice esta autora (1984, p. 49) un adulto que es el que produce ese desfase entre la palabra y el acto, entre el inconsciente y el preconscious, entre la representación-cosa y la representación-palabra.

Freud en su obra “*La represión*” (1915c, pp. 142-43) explica que represión e inconsciente son correlativos. Supone la existencia de una “represión primordial”, como primera fase de la represión¹¹ que deniega el acceso a lo consciente a la agencia representante psíquica de

¹¹ Esa imposibilidad o fracaso en la traducción que he mencionado

la pulsión, estableciéndose una fijación y persistiendo ésta inmutable. Con posterioridad a esta represión originaria, que ejercerá como un polo de atracción o como un “esfuerzo de dar caza”, aparecerá otra, que denomina “represión” propiamente dicha. Ahora bien, si existe una represión primordial u originaria quiere decir que el inconsciente no existe sino con posterioridad a su intervención. Esto es, la represión primordial u originaria es la que crea el inconsciente separándole del resto del psiquismo. La represión es por tanto la que crea el clivaje inicial en dos sistemas psíquicos, inconsciente y preconsciousiente. ¿Pero qué crea esa represión originaria? No la atracción del sistema inconsciente que no existe con anterioridad a la represión originaria, sino como dice Freud (1915a, p. 178): *“la contrainvestidura es el único mecanismo de la represión primordial”*. Sin embargo, esta contrainvestidura no se establece de forma natural, endógena, sino que se produce por lo que Bleichmar explica como contracarga introducida por la intrusión de representaciones inconscientes que subyacen a la acción de ese “otro”. Ese adulto que alimenta, asea, atiende al niño, esto es por el mundo de significaciones, de normas, de prohibiciones, etc. que pre-existe al niño y que ese adulto tiene incorporado¹². Esto es, por un mundo simbólico y cultural que le es transmitido desde el inicio de su vida, que no admite traducción –puesto que el propio adulto desconoce su significado-, y que exige al niño el esfuerzo por dar sentido¹³ a dichos “mensajes

¹² Un adulto, además, que lleva consigo al niño que fue y que perviven en su inconsciente. Como dice Laplanche (1987, p. 107) *“el niño que tiene delante convoca a lo infantil en él”*. Esto es, criar a un hijo remueve lo más originario y reprimido de uno mismo.

¹³ Para Laplanche (1981, p. 131) esta tentativa del bebé de dar sentido a estos mensajes se relaciona con la compulsión de repetición y con la pulsión de muerte que rige en el inconsciente.

enigmáticos” que se le ocultan tras los comportamientos del adulto (Laplanche, 1981, p. 130).

Freud descubre la profunda división que existe en el ser humano. Desde los inicios de su investigación sobre la histeria, y gracias al método hipnótico, detecta cómo estos pacientes podían rememorar algunos recuerdos que faltaban de su memoria cuando se encontraban en estado de vigilia. Freud se da cuenta de cómo determinados recuerdos permanecen inconscientes, ajenos a la conciencia, reprimidos, organizándose en nuevas inscripciones ordenadas de forma diferente a las primeras según diferentes series asociativas. La representación viene a investir, a reavivar, esas huellas, esas inscripciones constantes.

Freud va a formular una teoría de la memoria articulada con una teoría del aparato psíquico. Dicha construcción se realiza en la relación con un adulto que, desde su sexualidad, provoca una vivencia de placer y displacer marcando así huellas en la memoria que quedan como representación-cosa y nunca llegan a ser conscientes y no pueden recuperarse. La representación-cosa carece de significado, es anterior a la relación con la palabra. Es sólo la inscripción de una huella que no puede ser simbolizada. El inconsciente está constituido por representaciones-cosa. Y el sistema preconsciente-consciente por representaciones-cosa asociadas a la palabra. Freud da un valor trascendental a las

palabras. Pero no es sólo la palabra en sí misma, sino el conjunto de significados, lo que se piensa, se dice, se teme, se prohíbe, etc., lo que solemos denominar “universo simbólico”. Éste actúa como contracarga que procura la represión originaria y el clivaje del aparato psíquico en dos sistemas. Por tanto, el inconsciente no es algo biológico, dado o engendrado de forma natural (como tampoco lo es el sistema consciente). La represión y escisión se origina por acción de lo que Laplanche denomina “significantes enigmáticos” que el adulto introduce en el niño.

Es la intromisión de un adulto escindido, con su sexualidad constituida, ejerciendo funciones de maternaje, el que va a desencadenar la aparición de un “aparato psíquico” en una cría dotada de un organismo biológico prematuro (en el sentido de precisar para su supervivencia de otro experimentado). No es el organismo biológico en sí, ni su inmadurez para sobrevivir sólo¹⁴, lo que posibilita la aparición de lo psíquico. Y este nuevo aparato anímico que se construye se ordena desde el principio como algo escindido. Es precisamente esa escisión la que incita su desarrollo. La aparición del inconsciente es un acontecimiento no inscrito en un programa genético. El hijo deseado en el inconsciente no puede obedecer, por tanto, a unas pautas genéticas preestablecidas.

¹⁴ El ser humano no es el único que necesita la ayuda adulta para subsistir. Muchos animales necesitan de esta ayuda durante un tiempo más o menos prolongado.

3.1.2. El problema de los recuerdos y el concepto de retroactividad: La construcción del psiquismo no se realiza de forma evolutiva y lineal sino en continua resignificación de lo ya vivido y significado, de tal manera que lo acontecido solo permanece re-significado retroactivamente. Freud señala, además, el contenido sexual, prematuro y traumático de lo recordado. Desear un hijo pasa por las experiencias como tal, por su recuerdo y por la forma en que retroactivamente se elaboran ambas.

He expuesto cómo cada inscripción psíquica supone una reordenación, cómo de tiempo en tiempo las huellas mnémicas experimenta una retranscripción. Las experiencias, impresiones y dichas las huellas no permanecen inalterables e idénticas a como se produjeron, sino que son modificadas posteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. De modo que esta reordenación, esta modificación a posteriori, implica una nueva consideración de la temporalidad y causalidad psíquica. No se puede hablar de la historia de un sujeto determinada linealmente, es decir, como el producto de la acción del pasado sobre el presente, dado que el individuo elabora retroactivamente los acontecimientos pasados.

Desde sus primeras obras, Freud destaca cómo experiencias vividas sin efecto inmediato significativo puedan tomar un sentido nuevo desde que son reorganizadas, reinscritas ulteriormente en el

psiquismo. Una escena experimentada precozmente en una forma bastante neutra podrá tener valor de trauma cuando, un segundo acontecimiento, vivido después de la pubertad, le dé a esta primera escena un sentido nuevo, desencadenando un afecto sexual displacentero. Es también una forma de concebir la idea de *trauma*.

Estudiando la represión histérica (Freud, 1895, pp. 400-404), muestra cómo la represión supone dos acontecimientos claramente separados temporalmente. El primero en el tiempo no ocasiona ninguna experiencia traumática, está representado por una escena sexual (seducción por un adulto), que no tiene para el niño tal significación sexual. Este primer tiempo enfrenta al sujeto, no preparado, con *algo* cuya significación no puede ser asimilada. Algo que permanece en espera enquistado. Un segundo acontecimiento, posterior a la pubertad, es el que reaviva el recuerdo del primero. Pero ahora, el primer hecho retroactivamente adquiere un significado diferente, adquiere valor displacentero y traumático, y es reprimido. Se reprime pues un recuerdo que sólo con efecto retardado ha devenido trauma. Es decir, la segunda escena es la que confiere a la primera su valor patógeno. Ahora bien, lo que libera displacer no es la percepción, sino la huella mnémica. El hecho deja de tener un carácter patogénico inmanente para constituirse como tal después. Hay algo que media que lo estructura como patológico. Se trata pues de dos tiempos. En el primero acontece algo que produce una excitación somática. En el segundo tiempo la representación, el recuerdo, puede tener un efecto mucho más excitante y también más traumático. Ahora es atacado desde el interior, por un recuerdo, no por un acontecimiento.

Freud en “*La etiología de la histeria*” (1896c, pp. 202-11) advierte nuevamente del carácter sexual de ese primer traumatismo - bien relacionándolo con juegos sexuales infantiles, experiencias con un adulto perverso o de prácticas sexuales perpetradas por nodrizas y niñeras con lactantes- que incide a posteriori en la producción de síntomas neuróticos. Un niño que vive una “*experiencia sexual prematura*”¹⁵ (p. 202) –que Freud (p. 211) no se atreve a fechar en una edad determinada pero que sitúa en un primer tiempo-, como consecuencia de haberse enfrentado pasivamente a la irrupción de la sexualidad adulta. Experiencia que será excluida de la conciencia por represión pero volverá en forma de “retoños” que muestran la eficiencia primera del inconsciente, pero que sólo con posterioridad emergerán produciendo síntomas. “*La escena posterior debe su fuerza determinante de síntomas a su concordancia con las experiencias tempranas*” (p. 214) dirá Freud, sin que ello signifique restar importancia a la segunda escena aparentemente intrascendente. Pero tampoco hay una correspondencia directa entre el hecho real acaecido y lo recordado (pp. 212-16) ya que además de estar los síntomas sobredeterminados está montados sobre “enlaces falsos” y sobre múltiples eslabones intermedios. Casi al final del texto (p. 218) citando a Breuer menciona aquello “*insusceptible de conciencia*” que opera

¹⁵ Experiencia sexual prematura que Laplanche (1987, p. 110-32) va a relacionar con la seducción originaria provocada por la intromisión de un adulto no ya perverso, sino un adulto dotado de un inconsciente que excita y angustia al niño al proponer unos significantes enigmáticos, que le exigen una “traducción” que no se puede lograr. Y no se puede lograr porque son *opacos* (p. 130) al propio adulto. Una seducción que siguiendo a Freud (1896, pp. 274-77) en la “*Carta 52*” dirigida a Fliess el 6 de diciembre de 1896” es interpretada en términos primera transcripción de las percepciones, de signos o indicios de percepción (Ps). Pero que, como ya vimos en el epígrafe anterior son imposibles de traducción o insusceptibles de conciencia. Impresiones que han quedado a la deriva, puras huellas, previas a la representación-cosa.

en los procesos de pensar que requiere ser estudiado para entender la forma en que inciden generando síntomas.

En “*La interpretación de los sueños*” vemos como utiliza Freud (1900, p. 218), para ilustrar el aspecto de la posterioridad en el mecanismo de las psiconeurosis, la anécdota de un comentario realizado por un joven en el que la conversación recae sobre la bella nodriza que lo amamantaba y que le hace exclamar: “*¡Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión!*”. El joven reinterpreta la función de dar el pecho de la nodriza, e imagina retrospectivamente todo lo que, de haberlo sabido, habría podido obtener él eróticamente de tal situación. El recuerdo nunca brota de una vivencia real que se reproduce tal cual sucedió, sino que se organiza y estructura una y otra vez, a posteriori.

También en “*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*” (1909b, pp. 84-98) Freud invoca a este mismo concepto de retroactividad. Freud relata como la amenaza de castración altera muchas de las anteriores experiencias, pasando su recuerdo a constituirse en un núcleo patógeno. En otro historial clínico “*A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las ratas)*” (1909a, pp.162-163) nuevamente sostiene esta idea de dos acontecimientos. Postula que los recuerdos infantiles se consolidan en un periodo posterior, sufriendo una remodelación. El pasado se ve a la luz del presente y sólo puede ser visto a través de esa luz. Asimismo, en 1918 “*De la historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos)*”, también apela al efecto retardado, pero en este caso, sitúa a la edad de un año y medio el momento en que el niño recoge unas

impresiones relativas al coito de sus padres, que sólo, posteriormente, pudo comprender gracias a su desarrollo, a su excitación y curiosidad sexual (Freud, 1918, p. 98).

Freud abandona por un tiempo este concepto, para centrarse en el descubrimiento de la sexualidad infantil desde otra perspectiva más empirista o psicologista¹⁶. Será después, cuando conceptualice el Edipo y la Ley de Prohibición del Incesto como la estructura fundante de la humanidad y del sujeto, cuando se recupere la importancia de esa retroactividad o acción diferida. Lo bueno y lo malo, ligado a la experiencia evolutiva-empírica, quedará subvertido y resignificado cayendo el aparato placer-displacer bajo el peso categorial de la Ley. En adelante lo malo será lo incestuoso y lo bueno la renuncia a los deseos edípicos. El amor o el odio no serán buenos o malos por sí mismos, sino en tanto respeten o no dicha Ley. Es decir, el amor a alguien inadecuado puede transformarse en malo. Cambia la concepción de tiempo cronológico a favor de un tiempo lógico, así como la relación directa, la referencia inmediata entre el recuerdo y el hecho real.

Freud construye una teoría del aparato psíquico no evolutiva ni puramente madurativa, sino en continua resignificación de lo ya vivido. Tampoco le basta con una explicación empirista de los acontecimientos, ni considera que haya una correspondencia directa entre los hechos, tal y como

¹⁶ Esta perspectiva más psicologista y empirista será retomada por muchos de sus discípulos cuando estudien el deseo de un hijo.

sucedieron, y lo recordado. Apela al fenómeno de la retroactividad para explicar el funcionamiento psíquico inconsciente.

Esta teoría del après-coup o del efecto retardado postula que nada se inscribe en el inconsciente si no media la relación de, por lo menos, dos acontecimientos separados uno del otro en el tiempo por un momento de mutación. Lo que permite u obliga al sujeto a reaccionar de una forma diferente ante la segunda experiencia que ante la primera, o mejor, ante el recuerdo que frente a la experiencia misma. Los hechos dejan de tener un carácter patogénico inmanente para constituirse como patógenos después. Pero, además, se establecen “falsos enlaces” de modo que no existe una correspondencia directa entre lo acaecido y lo recordado traumático.

Algo que caracteriza a la obra freudiana es la ruptura con el pensamiento que le precede, no sólo en la forma de concebir al ser humano como escindido e ignorante de su deseo, sino también en cuanto a la consideración de las categorías temporales y de la causalidad. Considerar como causales unos hechos porque sucedieron primero en el tiempo, desde una perspectiva evolutiva exclusivamente, implica no tener en cuenta este efecto retroactivo y el significado fundante que Freud dará al Complejo de Edipo y a la castración. Orden cultural que provoca en el bebé una profunda alteración

estructural y una reinterpretación de lo vivido. Pero tendremos que volver a ello más adelante.

Por otra parte, Freud subraya el carácter sexual prematuro de lo insusceptible de conciencia que opera desde el primer momento aunque no sea reconocido entonces como sexual. Muestra también, que no son sólo los hechos acontecidos los que inciden en la dinámica psíquica, sino el recuerdo de una huella mnémica que pasado un tiempo adquiere retroactivamente un significado distinto y traumático. Por tanto el trauma no implica siempre una experiencia que excita desde el exterior, sino de algo que ha quedado interiorizado y ejerce desde dentro una influencia, aunque sea ignorada por el propio sujeto. Puede suceder que un acontecimiento trivial traiga a la memoria esa primera experiencia sexual prematura y retroactivamente producir ese efecto.

El deseo de un hijo no puede explicarse apelando exclusivamente al deseo de reproducir las experiencias reales vividas con los padres –o al recuerdo idéntico de las mismas-, desde una concepción psicológica, sociológica y desde una causalidad puramente lineal y cronológica. Los recuerdos desempeñan un papel excitante y traumático. Y las experiencias ulteriores más o menos triviales o alejadas de la sexualidad –si bien asociadas a ese recuerdo- pueden despertar, a posteriori, angustia, reproche, vergüenza, culpa,.. Esto es, un significado distinto a las primeras experiencias. La procreación está en

relación con la sexualidad, con el coito, con el parto, con la crianza, amamantamiento, aseo del bebé, -y del niño que cada sujeto ha sido y permanece dentro-. Tanto estas experiencias como el deseo de tener un hijo están afectadas por esa resignificación a posteriori. Es precisamente de lo prematuro sexual como primera experiencia humana, de la seducción originaria, de donde surge el conflicto. Ser madre o desear serlo activa el recuerdo de lo vivido y deseado y reprimido como hija.

La idea de una resignificación après-coup, o de retroactividad nos aparta, así, de una concepción ingenua del psicoanálisis según la cual siempre lo históricamente anterior determinaría lo que es posterior¹⁷. Esta retroactividad supone, además de una concepción diferente del recuerdo, una profunda alteración de la temporalidad cronológica. Lo que tendrá un valor trascendental en la polémica en torno a la cuestión de si lo definitorio para la construcción de la subjetividad femenina¹⁸ y la configuración de su deseo son las experiencias tempranas referidas a la vinculación dual madre-

¹⁷ Que ha llevado a los psicoanalistas (Rank, 1924 y la Escuela Kleiniana) a remontarse cada vez más lejos ubicando el destino del ser humano en los primeros meses de la vida o, incluso, en la vida intrauterina.

¹⁸ Muchas de las investigaciones llevadas a cabo por psicoanalistas (Irigaray, 1974, 1977 y 1980; Dinnestein, 1976; Kristeva, 1979, 1983; Mitchell, 1982; Chodorow, 1984; Dio Bleichmar, 1991 y 1997 y Ferro, 1991) subrayan ese enfrentamiento entre dar prioridad a lo dual, a la figura de la madre, a lo materno y a lo femenino en la constitución del deseo de la mujer, frente a la figura del padre, lo dimensión triangular, o a lo patriarcal en la constitución de su deseo. Olvidando que lo primero es inseparable de lo segundo, que resulta alterado retroactivamente y alcanza una nueva significación, o bien, que lo segundo estructural, lo edípico, puede preceder a lo primero vivencial.

hijo, la situación edípica triangular, o la dimensión simbólico-estructural.

3.1.3. Los tres sistemas del aparato psíquico: Los sistemas inconsciente, preconscious y consciente se constituyen a partir de los efectos de huellas mnémicas. Cuando una huella mnémica pasa a “ocupar” un lugar en el sistema inconsciente se denomina “representación-cosa” y está regido por el proceso primario. El sistema preconscious nace cuando a esta representación-cosa se le enlaza la representación-palabra, esto es, significaciones de percepciones acústicas. Se genera así un nuevo modo de funcionamiento regido por el proceso secundario. Tanto el proceso primario como el secundario interactúan en el psiquismo. Los efectos de esta interacción son los que interesa investigar al psicoanálisis. Es desde el funcionamiento inconsciente y las representaciones-cosa como cabe entender las equivalencias de términos o imágenes (heces, pene, niño, etc.).

Los conceptos inconsciente, preconscious y consciente forman parte del primer modelo del aparato psíquico elaborado por Freud. Ahora bien, a lo largo de su extensa obra, fue modificando la forma de definirlos, en función del progreso tanto de su práctica clínica como de su elaboración teórica. El primer modelo, que presenta en “La

interpretación de los sueños” (1900) parte de las observaciones clínicas referidas a las experiencias, recuerdos, representaciones, deseos, de los que el sujeto no dispone conscientemente, pero que producen efectos, tal y como ya se había apreciado mediante la hipnosis y la sugestión trabajando con Charcot.

Freud en el capítulo VII de este texto fundamental, en el que expone la psicología de los procesos oníricos, dice que *“es imposible explicar la formación del sueño si no osábamos suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-conciente”* (1900a, p. 534). Sitúa esa instancia criticadora, que en este momento considera mantiene estrechas relaciones con la conciencia, en el extremo motor. Freud explica con un esquema, que reproducimos en la figura 3, donde ubica ambas instancias. Al último de los sistemas, situados en el extremo motor, lo llama “Preconsciente” y es el sistema de la motilidad. Al sistema que está detrás, es decir al anterior, lo denomina “Inconsciente”, porque no tiene acceso alguno a la conciencia si no es por vía del preconsciente. Lo inconsciente se configura a partir de las inscripciones que conforman diferentes sistemas de memoria y, como he expuesto, por efecto de la contracarga que supone la represión originaria.

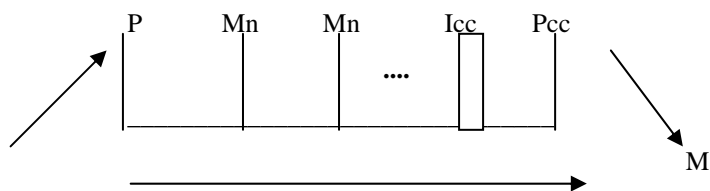


Fig. 3

(Freud, 1900, p. 534)

Esta instancia criticadora o censura se sitúa, como una pantalla, entre el Icc y el Pcc. Censura que proviene del Yo. Freud (1895, pp. 368-80) identifica, en su primera teoría tópica, lo Consciente con el Yo. Al Inconsciente se le opone un Yo, capaz de juzgar y de realizar una serie de funciones como inhibir la descarga, gobernar la motilidad, reprimir y generar la censura onírica. Freud está utilizando la palabra inconsciente como sustantivo, esto es, en sentido tópico. Inconsciente y preconscious pueden entenderse como redes de huellas mnémicas que se diferencian desde el punto de vista topográfico por su posición respecto a la conciencia. Y desde de el punto de vista dinámico-económico, lo veremos más adelante, se diferencian según modos de funcionamiento diferentes, a los que Freud (1911, pp. 224-227) denomina proceso primario y secundario.

Posteriormente, Freud (1912b, p. 277 y 1923, p. 15) además de designar uno de los sistemas del aparato psíquico en el marco de su primera teoría, va a distinguir otros dos usos a la palabra inconsciente, el descriptivo y el dinámico. En su artículo *“Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis”* de 1912 Freud da cuenta de la existencia de procesos psíquicos inconscientes y expone las diversas acepciones del vocablo “inconsciente”. Constitutivamente lo inconsciente funda nuestra actividad psíquica. Todo acto psíquico comienza como inconsciente y puede permanecer tal o avanzar hasta la conciencia, según tropiece o no con una resistencia (Freud, 1912b, p. 275). Esta resistencia o esa fuerza represora que impide que los contenidos inconscientes accedan a la conciencia proviene del Yo. Identifica al Yo con la conciencia y con la defensa. Pero

posteriormente en “*El yo y el ello*” va a reconocer que el Yo es también inconsciente, que se comporta simultáneamente como lo reprimido (1923, p. 19). Freud, a partir de 1920, se ve obligado a elaborar su segunda teoría del aparato psíquico en que distingue el Ello, el Yo y el Superyo, pero que no coincide con las instancias inconsciente, preconscious y consciente. No son teorías que se excluyan, sino que se complementan.

En sus obras “*Lo inconsciente*” (1915) y “*El yo y el ello*” (1923) distingue entre las representaciones inconscientes y las preconscious. El sistema inconsciente contiene las investiduras cosa de los objetos y son las primeras y genuinas. El sistema preconscious nace cuando a esa representación-cosa (esencialmente visual)¹⁹ se le enlaza las representaciones-palabra y se genera, así, un modo de organización psíquica más alta. Cabe ahora el relevo del proceso primario por el proceso secundario (Freud, 1915a, p. 198). Estas representaciones-palabra tienen un origen sensorial, son restos mnémicos, por lo general de percepciones acústicas²⁰. Una vez fueron

¹⁹ Freud (1915a, pp. 197-98) define la “representación cosa” como “*la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ellas.*”. La representación se distingue de la huella mnémica. La huella es una inscripción de un acontecimiento, mientras que la representación es la recarga (investidura), el reavivamiento de esa huella.

²⁰ La representación-palabra implica, por tanto, la verbalización y la toma de conciencia. No puede reducirse a la supremacía de lo auditivo sobre lo visual. De hecho, Freud en el capítulo VII de “*La interpretación de los sueños*” (1900a, p. 536-40) y en “*Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*” (1917a, pp. 226-27), explica cómo ciertas frases pronunciadas en estado de vigilia se someten a la condensación y al desplazamiento de igual forma que las representaciones-cosa. Es decir, la representación-palabra puede ser tratada como representación-cosa en el inconsciente (tal y como se muestra en los sueños o en la psicosis). Cuestión que es preciso considerar para entender la asociación que se establece en el inconsciente entre pene=pequeño=niño (por el lado de la asociación verbal) o entre heces=pene

percepciones y sólo puede devenir consciente aquello que una vez fue percepción consciente, excepción hecha con los sentimientos²¹. Para que los sentimientos, para que aquello que proviene de adentro se haga consciente tiene que trasponerse en percepciones exteriores, es decir, nuevamente precisa que quede asociado a huellas mnémicas (Freud, 1923, p. 22). La representación consciente abarca, por tanto, representación-cosa y representación-palabra, mientras que la inconsciente es exclusivamente la representación-cosa (Freud, 1915a, p. 198). Sólo por medio de palabras se pueden hacer aprehensibles algunas representaciones. El pensamiento es posible, en parte, por esta asociación.

Freud, como he dicho, utiliza también el término “inconsciente” en un sentido dinámico, según el cual se le atribuye una particular función y una eficiencia (1900a, pp. 602-05; 1912b, pp. 272-74; 1915a, p. 177 y 1923, p. 16). En este último sentido, señala que el inconsciente no es una forma de funcionamiento psíquico debilitada que sólo adquiere fuerza cuando se hace consciente, sino que este inconsciente es perfectamente eficiente, esto es, produce efectos.

Freud eleva, pues, lo inconsciente a categoría psíquica que exige, como mínimo, la misma atención que el estudio de la conciencia. No se trata de algo residual. Este inconsciente

(por el lado de la imagen visual) o regalo=heces=pene=niño, (por el lado de lo que puede ser donado por amor), etc. Lo veremos más adelante.

²¹ Los sentimientos o afectos expresan cualitativamente las variaciones cuantitativas de la excitación. Representa el aspecto energético de la pulsión (quantum de afecto) (Freud, 1915a, pp. 173-76). El afecto no se halla ligado obligadamente a la representación como lo mostraron sus primeros estudios sobre la histeria realizados en colaboración con Breuer (Breuer y Freud, 1893)

dinámico es el objeto de estudio del psicoanálisis. El sistema consciente y el inconsciente no sólo difieren topográficamente por el lugar que ocupan o porque intervenga una censura, sino que son sistemas de inscripción diferentes y funcionan con leyes distintas.

Las representaciones-cosa presentes en el inconsciente provienen de huellas mnémicas anteriores, inscripciones de acontecimientos reavivados (investidos) posteriormente. Las representaciones-palabra son de origen sensorial acústico, pero para que se transforme en representación-palabra exige que adquiera una significación. En el inconsciente –regido por el proceso primario- sólo operan las representaciones-cosa. Y en el sistema preconsciente-consciente –regido por el proceso secundario- opera la representación-cosa enlazada a la representación-palabra.

Sólo la imagen mnémica al asociarse con la imagen verbal puede adquirir índice de cualidad y hacerse consciente. Es decir, la toma de conciencia implica la posibilidad de que se verbalice la representación-cosa, o de que queden asociadas ambas representaciones. Ahora bien, las representaciones-palabra pueden en el inconsciente ser tratadas como representaciones-cosa si no se ha tomado conciencia de ellas, si son meras imágenes acústicas. Cuestión que, como veremos más adelante, permite entender que en el inconsciente pueden quedar asociadas, y tratadas como equivalentes por el lado de la asociación lingüística: pene-pequeño-niño; o por el lado de

*lo que se dice que se ofrece por amor: heces-regalo-pene-niño;
o por el lado de la imagen: heces-pene.*

3.1.4. La vivencia de satisfacción origina el deseo inconsciente el cual, ineludiblemente, tiene una dimensión conflictiva: El desvalimiento del recién nacido exige que sea un adulto el que intervenga para poner fin al estado de tensión causado por una necesidad orgánica. La acción específica realizada por un adulto que percibe la indefensión, provoca una vivencia de satisfacción y desencadena la pulsión. La búsqueda infructuosa y repetitiva de aquella primera experiencia de satisfacción, en cuanto ha dejando en el psiquismo su huella, constituye el origen del deseo inconsciente. El aparato psíquico se pone en movimiento para tratar de repetir esa primera experiencia placentera, lograrlo a través de los sueños, repetirla por medio de la alucinación o por otra vía más adecuada. El deseo adquiere una dimensión que va más allá de la adaptación biológica.

Freud, en el primer momento de su concepción del aparato psíquico enuncia el principio de la inercia (Freud, 1895, pp. 340-41, 1900a, p.557), postulando que las neuronas tienen a evacuar

completamente la cantidad de energía que reciben. Pero además, también busca mantenerse alejado de las fuentes de excitación. Ahora bien, podemos diferenciar los estímulos externos que impresionan nuestro sistema sensorial de los estímulos endógenos. Desde el esquema del acto reflejo cabe explicarse cómo los estímulos externos que inciden en el organismo desde afuera pueden generar una acción que suponga la descarga automática. Esta acción es “acorde al fin” por el hecho de que sustrae a la sustancia estimulada de la influencia del estímulo. Sin embargo, no ocurre igual con los estímulos que provienen del interior del organismo. En “*Pulsiones y destinos de pulsión*” Freud (1915, pp. 114-5) distingue entre estímulos pulsionales, que operan desde el interior del propio organismo y los estímulos exteriores. Entiende la pulsión como una fuerza constante que opera desde el interior, frente a la cual no cabe la huida. Denomina “necesidad” al estímulo pulsional y “satisfacción” a lo que cancela esa necesidad. Señala Freud que la satisfacción sólo puede alcanzarse mediante una modificación -apropiada a la meta- de la fuente interior del estímulo. Observa en esta obra cómo el ser vivo puede ir adquiriendo, así, un asidero desde el que separar un “afuera” de un “adentro” (1915, p. 115).

Pues bien, respecto de las excitaciones internas, el principio de inercia no puede funcionar sin experimentar una modificación, ya que no es posible huir del estímulo. Es decir, el organismo no puede sustraerse de estos estímulos endógenos como hace con los estímulos externos. Freud (1915, p. 116) infiere, por lo tanto, que son las pulsiones y no los estímulos exteriores los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso a su actual nivel de

desarrollo. En efecto, para descargar la tensión y librarse de las excitaciones endógenas, distingue Freud (1895, pp. 362-63 y 1900a, p. 557) dos modos de hacerlo. Bien sea, mediante reacciones inespecíficas, gritos, llantos, pataleos, etc. que no suponen una respuesta adecuada ya que las excitaciones continúan. O bien, mediante una *acción específica*. Por ejemplo, si tiene hambre sólo le calmará la acción específica de proporcionarle el alimento. Esto requiere la intervención desde el mundo exterior.

“El organismo humano es incapaz de llevar a cabo esa acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior (por ejemplo, el berreo del niño), un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, de la comunicación, y el inicial desvalimiento del ser humano es la f fuente primordial de todos los motivos morales” (Freud, 1895, pp. 362-63).

Y continúa Freud (1895, p. 363):

“Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, éste es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo”²².

²² Como señala Bleichmar (1993, p. 35), apoyándose en Laplanche (1970, pp.28-68, 1987, pp. 96-114 y 1992, pp. 23-40) es el todo. Esto es, “*lo que se inscribe no es la disminución de la tensión de necesidad, sino la experiencia en la cual el objeto ofrecido por el otro humano es inscrito*”.

Se requiere, por tanto, un otro, adulto experimentado, capaz de advertir el estado del niño, que auxilie, que asista, y el niño pueda, ahora, obtener la satisfacción que dicha acción específica procura. ¿Cómo conseguir que este otro, ese auxilio ajeno actúe?, mediante una descarga de la motricidad, mediante el llanto, los gritos, etc. El niño hace así una “llamada” hacia el “otro”, hacia el entorno. Esta vía de descarga tiene la función de comunicación con el prójimo (Freud, 1895, pp. 414-15).

Ahora bien, estos movimientos reflejos, esta acción inespecífica, se convertirán en llamada cuando el objeto responde, cuando hay alguien que responde a esos gritos, pataleos, llanto, etc., y les da el significado de llamada. Alguien, generalmente la madre, que codifica sus gritos y les confiere un significado. En este momento la satisfacción de la necesidad empieza a ser *algo más* que biológico. En el ser humano la satisfacción de la necesidad exige una llamada y una respuesta. La indefensión original, como hemos visto, se convierte en la fuente de todas las motivaciones morales. Entramos en cuestiones relativas al amor, el desamor, la frustración, el odio, etc.

El desamparo del recién nacido implica una prolongada e intensa dependencia respecto del otro, cuyo valor para la vida del lactante aumenta en forma proporcional a su carencia. La “omnipotencia” de la madre es un factor decisivo para la organización del sujeto psíquico, que no se produce de una manera espontánea o autónoma, sino que se constituye en relación con el otro, lo que da lugar al anhelo de ser amado que acompaña al ser humano a lo largo de su existencia. Dicha existencia se sostiene en relación con la alteridad.

Con ocasión de los primeros cuidados, el otro inscribe en su cuerpo marcas de placer y de displacer. Es decir un “mapa erógeno” que configuran los primeros elementos de una identidad subjetiva. Cuestión que abordaré al hablar de la evolución de la libido.

Para paliar una necesidad interna, el bebé precisa, por lo tanto, de un auxilio ajeno que suprima la excitación interna y produzca una experiencia de satisfacción. Esta vivencia de satisfacción consiste, por lo tanto, en el apaciguamiento de una tensión interna procedente de una necesidad orgánica, el hambre, gracias a la intervención desde el exterior de la madre o persona que realice dicha función nutricia. El bebé hambriento, como hemos visto, no puede provocar la acción específica capaz de suprimir la tensión. Exige la intervención de un adulto experimentado que “interprete” esa acción inespecífica del infans y la teorice como necesitando algo²³. Pero junto con esta acción que alivia la tensión, el adulto introduce la pulsión, es decir otra fuente de excitación que no tiene objeto alguno que apacigüe²⁴.

Hay que tener en cuenta que Freud (1895, pp. 340-41) no está hablando de la mera necesidad biológica, puesto que ésta puede ser descargada a cero –se puede obtener un nivel de saciedad desde el

²³ Silvia Bleichmar (1993, pp. 17-62) expone cómo el adulto crea la pulsión, la tensión al proporcionar los cuidados autoconservativos, pero al dar sentido a los gritos inespecíficos del bebé, ayuda a que éste pueda ligar no sólo por la vía de la conservación, sino por otras colaterales, lo que ha quedado desgajado de la necesidad.

²⁴ Una fuente de placer y displacer que Freud (1896, p. 277) en la “Carta 52” dice proviene de una experiencia sexual prematura, que incita a la compulsión y a la represión, y que derivará en perversión. Freud está señalando lo que podríamos entender como el advenimiento del autoerotismo y el surgimiento del niño “perverso polimorfo”.

punto de vista biológico- . De modo que el principio de la inercia sólo es aplicable a los modos de evacuación de lo autoconservativo, pero no para aquello desgajado de la necesidad biológica, no para aquello que constituye un *plus irreducible*, que obliga a modos de derivación de otro orden. Así, Freud (1895, p. 341) dice que “*el principio de inercia es quebrantado desde el comienzo por otra constelación*”. Es decir, está percibiendo además de las grandes necesidades –hambre y respiración- otro estímulo: la sexualidad. Es decir, a la vivencia de satisfacción –derivada de la aportación de elementos nutricios por otro experimentado- le acompaña *algo más* que no permite la descarga²⁵. Laplanche (1987, pp. 93-149) explica cómo ese *algo más* proviene de la sexualidad inconsciente del otro. ¿Por qué no puede descargarse a cero? ¿Por qué un estímulo, la sexualidad, se convierte ahora en una excitación que no admite apaciguamiento? ²⁶

²⁵ En “*Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar*” (trabajo realizado conjuntamente con Breuer) Freud, al tratar de explicar los síntomas histéricos, había señalado ya cómo se instaura -por efecto de un agente provocador- un trauma psíquico a modo de un “cuerpo extraño” interiorizado que actúa persistentemente desde dentro (Breuer y Freud, 1893, pp. 31-33). Ese cuerpo extraño nos indica ya un inconsciente, como dice Laplanche (1992, p. 23) “*ajeno a mí, y aún metido en mí por el ajeno*”. Teoría de la seducción, que cómo sostienen Laplanche y Pontalis (1969, pp. 117) al ser abandonada por Freud (1897c, p. 301) le desvía hacia explicaciones de orden prioritariamente biológico.

²⁶ Silvia Bleichmar (1993, pp. 31-68) apoyándose en la teoría de la seducción originaria de Laplanche (1987) sostiene que es inmetabolizable para psiquismo incipiente porque queda librado a unas inscripciones que son efecto de la sexualidad del otro. Es decir, porque el niño no dispone de un sistema que le permita ligar, fijar la huella del objeto hostil. Sin embargo, y como veremos más adelante, la madre al investir narcisísticamente al niño, al considerarlo como un todo, posibilitará que la pulsión intrusiva (lo externo-interno atacante) encuentre formas de ligazón. La madre crea una imagen de totalidad. Proporciona vías colaterales de descarga al dar un sentido, al teorizar lo que le sucede al niño, al brindar unos códigos. Al interrogarse acerca de lo que desea el infans abre la vía del deseo del bebé más allá de la satisfacción pulsional.

Freud en “*Pulsiones y destinos de pulsión*” (1915) explica cómo hay *algo* que, apuntalándose primero en la necesidad biológica ha quedado desgajado de ella, algo que se ha constituido en un plus irreducible y que obligará a modos de derivación de otro orden, a reprimir, sublimar, sustituir en su destinos (1915, pp. 121-134). *Algo* que se rehúsa a ser descargado a cero y que irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento. Freud está hablando de la pulsión. Está estableciendo también el lugar por el que el “otro” humano se introduce en el recién nacido²⁷. Asistimos, así, al momento en que una energía somática deviene energía psíquica. La pura satisfacción de las necesidades autoconservativas, no permitirá satisfacer esa nueva excitación psíquica.

Pero, además, la vivencia de satisfacción tiene hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo. Se produce una descarga de la tensión y del displacer, que queda asociada a la imagen de un objeto que satisface y también a la de un movimiento reflejo (Freud, 1895, pp. 363-64, 1900a, pp. 557-68). Es decir, la satisfacción de dicha necesidad, acompañada de una experiencia placentera, de la huella de esta experiencia, remite por asociación, por simultaneidad, a la imagen o la huella de un objeto externo que satisface y que aplaca la tensión interna, se asocia a la huella de la insatisfacción y queda unida, también, a la huella del acto

²⁷ Laplanche (1987, pp. 93-149) señala cómo Freud descubre –pero también descuida– que en ese otro humano que auxilia al bebé existe una sexualidad inconsciente que no deja de estar presente en el momento de prestarle los cuidados autoconservativos.

motórico reflejo necesario para producir la descarga. No obstante, hay algo que va a quedar siempre desligado²⁸.

De modo que cuando sobrevenga nuevamente la necesidad, debido al enlace que ya se ha establecido con la huella de un objeto que satisface, el aparato psíquico querrá volver a encontrar la imagen mnémica de este objeto, buscará repetir la experiencia placentera. “*A una corriente de esa índole producida dentro del aparato, que arranca del displacer y apunta al placer, la llamamos deseo*” (Freud, 1900a, p. 588). El objeto de deseo es esa huella, esa percepción. El deseo es esa tendencia a repetir, con la esperanza de encontrar esa primera huella, esa identidad de percepción. Es tratar de encontrar una percepción idéntica a la del objeto que produjo la satisfacción. El deseo, por tanto, pone en marcha el aparato psíquico (Freud, 1900a, p. 557-58). Subrayamos la repetición²⁹ como motor de la vida, la búsqueda de un objeto perdido, de la huella de esa primera satisfacción, de la identidad de percepción, del restablecimiento de esa primera situación.

²⁸ En el aparato psíquico se ha inscrito algo, signos de percepción insusceptibles de conciencia, meros indicios de un objeto. Para que hagan signo y estén significando algo, se requiere una labor de traducción. Trabajo de traducción que siempre deja unos residuos (“relictos” dirá Freud, 1896, p. 276) que no quedan integrados en el procesamiento psíquico del sistema consciente-preconsciente.

²⁹ La repetición sería aquí entendida como asociada a la búsqueda de la satisfacción pulsional, a evacuar totalmente la cantidad de excitación. Posteriormente, Freud se ve obligado a dar explicación a la compulsión a la repetición que observa en múltiples fenómenos psicopatológicos y también desde edades muy tempranas, por ejemplo en el juego del carretel. En *Más allá del Principio del Placer*” (1920) introduce la pulsión de muerte para explicar la tendencia a la reducción absoluta de las tensiones. La compulsión a la repetición tendría que ver con esa tendencia a la reducción absoluta de las tensiones. Esta pulsión de muerte estaría situada más allá del principio del placer, es decir, antes de que éste se instaure. Y se relacionaría con el proceso primario, con la energía no ligada, con esa excitación pulsional que el otro ha introducido en el momento de satisfacer la necesidad orgánica. Sería por tanto lo más pulsional de toda pulsión.

El objeto de deseo, he dicho, es esa huella, esa percepción. El deseo es la búsqueda de esa percepción y la reaparición de esa percepción es la realización del deseo. Freud supone que la primera actividad psíquica del ser humano es alucinar, esto es, lograr algo perceptivamente idéntico a la vivencia de satisfacción, repetir aquella percepción vinculada a la satisfacción de la necesidad. Así, afirma:

“Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una identidad perceptiva, o sea, repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad” (Freud, 1900a, p. 558).

Es decir, tras esa primera vivencia de satisfacción, cuando aparezca un nuevo estado de tensión, aparecerá un impulso psíquico que recargará la imagen del objeto que satisface y provocará nuevamente la percepción de dicho primer objeto de satisfacción. De este modo, el aparato psíquico del bebé produce algo similar a la percepción, esto es, una alucinación, una imagen idéntica a la huella del objeto. El primer deseo, supone Freud, debió de ser, por lo tanto, una reactivación del objeto y producir algo similar a la percepción, es decir, una alucinación.

En esta fase precoz del desarrollo, el bebé no es capaz de discernir si el objeto está o no realmente presente. La imagen del objeto se le presenta como real, exactamente igual que si se hubiera producido una percepción y se produce una satisfacción alucinatoria del deseo. Es la primera actividad psíquica del bebé, que tiende a una

identidad de percepción, esto es a la repetición de una percepción enlazada a la satisfacción de la necesidad.

En síntesis, el recién nacido, es capaz de tener la imagen mnémica de un objeto que satisface, de reproducirlo mediante una alucinación en su ausencia y de satisfacerse también mediante la alucinación. En ese sentido es omnipotente y narcisista. No precisa de nada ni de nadie.

Que el deseo se satisfaga alucinatoriamente o en los sueños (Freud, 1900a, pp. 557-58), implica una diferencia entre la satisfacción de una necesidad orgánica y la realización de un deseo. No existe complementariedad entre el sujeto humano y su adaptación vital. Nos estamos introduciendo en un campo que incluso puede ser contrario a la conservación de la vida. Puede obtenerse la satisfacción, como acabamos de decir, alucinatoriamente, o en el sueño. La satisfacción buscada en la realización del deseo es lo contrario de la adaptación del organismo al medio (Freud, 1920, p.10). El deseo inconsciente no va en la línea de la satisfacción de la necesidad, de la conservación de la vida, de la adaptación al medio. La búsqueda de la realización del deseo lo encamina hacia una búsqueda infructuosa de esa “primera vez”, ese primer encuentro entre el sujeto y el objeto. Esto es lo que nos mantiene en actividad. En el mundo exterior lo que encontramos nunca es idéntico. Desear es ese intentar encontrar *eso* que satisfizo primeramente.

Freud en “*La interpretación de los sueños*” y en “*Proyecto de Psicología*” está mostrando una nueva dimensión del placer, algo

diferente de la mera biología. El deseo de encontrar esa huella mnémica produce el olvido del camino de la satisfacción de la necesidad, condena al organismo a la desadaptación. La huella mnémica es el objeto de deseo, no el objeto en sí. Además, Freud establece una tesis sobre el deseo como un estado de falta en relación a la imagen de un objeto deseado. Este es un objeto perdido³⁰, pero no porque se perdiera, sino porque nunca hubo objeto de deseo, lo que hubo fue el poder que tuvo la asistencia ajena de transformar la urgencia de la vida en una vivencia de satisfacción. Ésta quedó asociada a la imagen de un objeto, por lo que en el deseo habrá una tendencia a su realización, en la búsqueda de ese otro inolvidable y perdido desde siempre. El objeto de deseo es pues inalcanzable, nunca es un complemento del sujeto. Es siempre un sustituto del objeto perdido. Los demás objetos que aparezcan, el objeto pulsional y el objeto de amor vienen a ser sustitutos de esa pérdida y esas sustituciones nunca son las que buscamos, siempre se produce un desplazamiento, una metonimia. El deseo así concebido es siempre un deseo insatisfecho.

Aunque el primer desear pueda haber sido esta carga alucinatoria del recuerdo de la satisfacción, no podemos decir que este

³⁰ Perdido también en la medida en que, como hemos señalado, queda escindido para siempre del mero objeto de “autoconservación” (que aplaca la necesidad) para transformarse, simultáneamente, por la acción del otro auxiliador, en un “objeto pulsional” (que excita). Freud (1905, p. 203) había señalado cómo *“el trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general, la madre– dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho”*

primer objeto de deseo constituya el fantasma más primitivo³¹, la primera organización de la vida fantasmática. La cuestión es más compleja. En la vida fantasmática están ya presentes operaciones defensivas, las escenas son más organizadas, el sujeto está siempre implicado, lo representado no es simplemente un objeto, sino una secuencia de escenas y se manifiesta prohibido (Laplanche y Pontalis, 1968, pp. 146-47). Sin embargo, es en ese desfase entre el objeto que produjo la primera satisfacción, pero también la primera insatisfacción y tensión, y el objeto que se le ofrece como sustituto, en donde se originará la fantasía inconsciente.

Pero hay otra razón para explicar la conflictividad del deseo humano: La coincidencia entre el deseo primario y la defensa primaria. Freud explica en que consiste la defensa:

“Del estado de deseo se sigue directamente una atracción hacia el objeto de deseo, respectivamente su huella mnémica; de la vivencia de dolor resulta una repulsión, una desinclinación a mantener investida la imagen mnémica hostil. Son estas la atracción de deseo primaria y la defensa primaria” (Freud, 1895, p. 367).

Pues bien, el deseo es la búsqueda de la satisfacción placentera, entendida como disminución de la excitación. Pero también hay una repulsión a llegar a ese punto, porque se experimentó como displacer el momento del encuentro con la diferencia entre lo esperado –lo alucinado- y lo hallado. El sujeto está, pues, en permanente

³¹ El fantasma se refiere a las fantasías inconscientes que buscan el cumplimiento y la satisfacción actual del deseo inconsciente. Pero implica una organización más compleja. No obstante, señalo el hecho de que es en el marco imaginario y en el de los recuerdos, y no necesariamente en el de la realidad física, donde opera el inconsciente.

conflicto, puesto que busca placer y huye del displacer, con la paradoja de que ambos se encuentran en el mismo punto. Pero también hay otra razón para explicar esa conflictividad, que sostienen Laplanche (1970 y 1987, pp. 96-137) y Bleichmar (1984, pp. 48-49), porque es en ese mismo punto donde se implanta algo que excita y no puede encontrar descarga. Ese *algo* que provoca esta nueva estimulación es la acción misma del adulto, que interviene con sus fantasmas inconscientes respecto al hijo, a su cuerpo y al propio, respecto al mero hecho de tocar, nutrir, etc. Es decir, vemos el carácter altamente paradójico del objeto en el momento del apaciguamiento de la pulsión. El soporte del agente satisfactor de la necesidad es el mismo que el del agente de excitación sexual. Se genera, dice Laplanche (1980b, pp. 72-73 y 1987, pp. 133-49), así como Bleichmar (1984, pp. 58-59), un externo-interno, objeto fuente, derivado de la estimulación sexual precoz a la cual el niño está expuesto por los cuidados antinaturales maternos³².

Freud repetidamente (1900a, pp. 558 y 588-89; 1917a, p.230; 1920, p. 10 y 1925, pp. 255-56) explica que la percepción alucinada del objeto está abocada al fracaso. La satisfacción no se produce y perdura la necesidad. Esta primera actividad psíquica tiene que ir cediendo a otra actividad psíquica secundaria más capaz de adecuarse al fin. Será necesario que la energía psíquica busque por otra vía más

³² Si hablamos de “antinatural” es porque el bebé es tomado como una mera cría humana pero va a ser transformado en un producto de la cultura, un producto sexualizado, subvertido en su instinto, guiado a partir de esa intromisión por un mundo cultural, humanizador. El objeto autoconservativo que satisface la pura y exclusiva necesidad biológica queda imbricado con un objeto que excita en tanto que conlleva unos mensajes enigmáticos, esto es lo sexual enigmático introducido por el otro. El bebé se transforma, por la intromisión de un adulto (generalmente la madre) con una sexualidad inconsciente, en un “perverso polimorfo” que no persigue la mera satisfacción de la necesidad. Si bien es cierto que gracias a esos cuidados “antinaturales” es posible que la cría se transforme en humana.

adecuada. A partir de esa huella mnémica, ha de buscar la identidad deseada en el mundo exterior. Es decir, se requerirá la prueba de realidad. Aquí ya está operando un segundo modo de funcionamiento del aparato psíquico. Este segundo modo de funcionamiento psíquico implica una inhibición y dilación de la respuesta, para permitir discernir el objeto real del objeto alucinado y provocar la acción adecuada. Es ya un funcionamiento psíquico más desarrollado. Exige, como veremos más adelante, una acumulación de experiencias y un yo más desarrollado. Constituye el origen del pensamiento.

Freud (1900a, p. 558) explica que la percepción alucinada del objeto que satisface se produce por vía regresiva. Es decir, cuando sobreviene nuevamente la excitación producida por la necesidad, por el enlace anteriormente ya establecido, se suscitará un impulso psíquico que querrá investir, reavivar, de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir la percepción misma. Se busca la identidad de percepción, la repetición de aquella percepción por el breve camino regresivo en el interior del aparato psíquico (en el gráfico de la figura 3 siguiendo la dirección opuesta de la flecha).

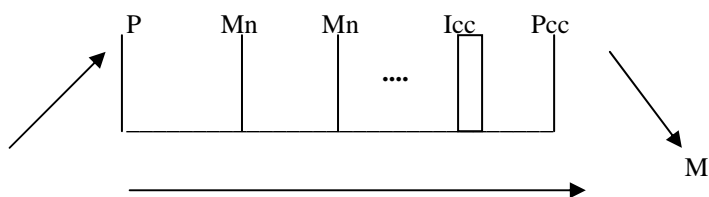


Fig. 3

(Freud, 1900, p. 534)

Ahora bien, como la satisfacción no se produce, este objeto así percibido no se asocia con la satisfacción. Para alcanzar un

aprovechamiento más adecuado de la energía psíquica ha de detener la regresión, de manera que no vaya más allá de la huella mnémica, y pueda buscar, partiendo de ella, por otros caminos la existencia de ese objeto en la realidad. Es decir, es menester una prueba de realidad. Esta inhibición de la regresión es un cometido de un segundo sistema psíquico que gobierna la motilidad voluntaria. Se trata de realizar un rodeo para el cumplimiento del deseo. En esto consiste el acto de pensar, en la sustitución del deseo alucinatorio. El sueño conserva, por vía regresiva, esta realización de deseos y nos muestra este funcionamiento primario del aparato psíquico, que fue abandonado por inadecuado para la satisfacción de las necesidades. Y también son cumplimiento de deseos los síntomas psiconeuróticos, aunque no es objetivo nuestro entrar a explicarlos.

La propia experiencia, formación y maduración del yo, ayudará a resolver este primer fracaso del bebé en distinguir entre una alucinación y una percepción. Pero de momento, dejo aplazada la elaboración teórica que hace Freud acerca de la construcción del yo.

Podemos concluir, por tanto, que Freud no está hablando de la necesidad biológica, puesto que ésta puede ser satisfecha, sino de “algo más” que es introducido por el otro en el momento de realizar la “acción específica”, es decir, está refiriéndose a la pulsión. En segundo lugar, Freud está explicando el deseo como un movimiento hacia la repetición de una experiencia placentera, pero no se busca un objeto concreto que satisfaga, sino el recuerdo, la huella mnémica de dicho objeto. Por tanto no hay objeto de deseo que complemente el deseo. En tercer

lugar, que la satisfacción se puede provocar alucinatoriamente, reavivando dicha huella, o bien en los sueños. Esto es, no hay en el deseo inconsciente una búsqueda adaptativa de un objeto, ni la pulsión es una necesidad biológica que tenga un objeto adecuado. Y por último, no podemos hablar de un deseo instintivo, que provenga de la propia biología y fluya espontáneamente del recién nacido. Es la intervención de otro adulto que, con sus cuidados, desencadena en el recién nacido todo un movimiento deseante.

Por tanto, el deseo inconsciente tiene —desde sus orígenes— una dimensión conflictiva que va más allá de la biología y de la adaptación. Conflictividad que, además, es introducida desde el inicio de la vida del infans por los cuidados “antinaturales” de la madre, esto es porque la madre que nutre y asea no está exenta de fantasías inconscientes, o dicho de otra forma, porque no alimenta e higieniza siguiendo un mandato meramente instintivo. Y como vemos, lo que da lugar a la aparición de un funcionamiento psíquico no se deriva de forma natural y espontánea por el puro “saber hacer” de los instintos. Dicho de otra forma, unos cuidados puramente instintivos, autoconservativos, no permitirían la aparición de un aparato psíquico humano. Lo humano es esa dimensión conflictiva.

Por tanto, si el deseo desde el origen tiene esa dimensión desadaptada y conflictiva, el ulterior deseo de tener un hijo no sólo no es ajeno a esta incipiente conflictividad humana, sino que, como veremos, ésta se irá haciendo más compleja. Tratar

de explicarlo apelando al puro instinto materno sería -cuando menos- ignorar la existencia del inconsciente y su funcionamiento.

3.1.5. Los dos principios del funcionamiento psíquico: El aparato psíquico, en su funcionamiento se rige por dos principios: el del placer y el de la realidad. El primero caracteriza al sistema inconsciente y el segundo al sistema consciente. El principio de la realidad, que gobierna el funcionamiento secundario, pretende garantizar el del placer, modificándolo y tomando en consideración las condiciones del mundo exterior. Ambos principios están siempre presentes en toda actividad humana.

He explicado cómo la primera actividad psíquica consiste en, por vía regresiva, alucinar la percepción del objeto deseado y la satisfacción. Actividad que viene pues regida por la búsqueda del placer y la evitación del dolor. Ambos aspectos son motor de la actividad psíquica. Efectivamente, Freud (1900a, pp. 589-90) en el capítulo VII de *“La Interpretación de los sueños”* al hablar de la experiencia de satisfacción, aborda también su contrapartida, la vivencia de terror frente a algo exterior. Cuando sobre el organismo del bebé actúa un estímulo perceptivo doloroso, el aparato psíquico primitivo, busca de forma desordenada y prolongada, una respuesta

motriz adecuada, de huida y evitación, pero no reaviva por vía alucinatoria o por cualquier otra vía la percepción de la fuente del dolor. Por el contrario, trata de sortearla. Este aparato psíquico primario se inclina a abandonar la imagen mnémica penosa tan pronto como la evoque de algún modo. Este extrañamiento que el aparato psíquico realiza fácil y regularmente respecto del recuerdo de lo que alguna vez fue penoso es el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica. Represión que como vimos se erige desde el propio Yo y en relación con aquellos significantes que no pueden adquirir un significado pero que constituyen una fuente de tensión interna, pulsional.

Como vemos, el aparato psíquico primitivo está centrado en proporcionar, a toda costa, experiencias placenteras y en eliminar todas las dolorosas. Este modo de funcionamiento se debe a la acción de un principio que Freud denominará “*principio del placer*”³³. El proceso primario es el modo primitivo de funcionamiento del aparato psíquico primitivo que actúa, pues, bajo el principio del placer. La excitación recorre el camino que conduce del deseo a la alucinación. Pero, evidentemente, ninguna alucinación puede satisfacer la necesidad, de modo que esta forma primaria de funcionamiento psíquico está

³³ Freud (1895, pp. 340-41) habla inicialmente de principio de la inercia como aquel consistente en reducir totalmente la tensión. Pero sostiene que este principio es quebrantado desde el comienzo de la vida. Si todo el aparato psíquico funcionara según este principio de inercia, con una evacuación total de la energía quedaría inerte. El principio de la inercia, es considerado como incompatible con la vida, por lo cual Freud habla de un segundo principio, el de constancia, como aquel que persigue mantener la tensión en un grado que haga posible la actividad psíquica, pero no provoque displacer. Es decir un principio que se oponga al de la inercia y lo corrija, a fin de que el aparato conserve un remanente de energía para poder realizar las funciones vitales. Sin embargo, años después, en “*Más allá del principio del placer*” (1920) volverá a hablar de este principio tan contrario al mantenimiento de la vida, presentándolo como principio de nirvana en relación con la pulsión de muerte.

abocada al fracaso. Freud en “*La interpretación de los sueños*” (1900a, p. 558) y más sistematizado en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*” (1911, pp. 224-28) expone cómo estos primitivos procesos psíquicos, residuos de las fases más tempranas del organismo humano, habrán de ceder a un funcionamiento psíquico capaz de representarse la realidad y de procurarse las modificaciones necesarias para la obtención del placer. De modo que se introduce así un nuevo principio en la actividad psíquica, que trata de representarse, no ya lo que es placentero, sino lo que es real, aunque fuese desagradable. Esto es, el “*principio de la realidad*” comenzará a gobernar el aparato psíquico, y ello tendrá consecuencias trascendentes (Freud, 1911, p. 225):

En primer lugar, esta necesidad de regirse por la realidad, exige una mayor capacidad de los órganos sensoriales y de la conciencia acoplada a ellos para capturar las sensaciones provenientes de la realidad. En segundo lugar, se desarrolla la atención como función activa dispuesta a salir al encuentro de impresiones sensoriales. En tercer lugar, es probable que se introdujese un sistema de registro que deposite los resultados de esta actividad de la conciencia, lo que llamamos memoria. En cuarto lugar, en vez de la represión de las representaciones desagradables, de alucinar una percepción deseable, lo que aparece es la capacidad de discernir entre una representación acorde con lo real o no. Para ello no se produce la descarga motora inmediata como medio para eliminar lo desagradable, sino que se emplea para intervenir, mediante una acción adecuada, sobre la realidad. Se aplaza la descarga por la intervención del pensamiento. Consecuentemente, al pensar se le dota ahora de más cualidades. No

será un mero representar, referido prioritariamente a las impresiones del objeto, es decir, un pensamiento inconsciente, sino que al enlazarse con el lenguaje, con representaciones verbales, puede ser perceptible a la conciencia. Se añade un nuevo funcionamiento psíquico, el pensamiento consciente.

De una energía libre, bajo la égida del principio del placer, se pasa al proceso secundario, que rige el sistema percepción conciencia e implica una energía ligada, bajo la égida del principio de la realidad. Freud diferencia así, dos principios reguladores –el principio del placer y el de realidad- que dominan, respectivamente, los procesos psíquicos primario y secundario.

Freud en “*La interpretación de los sueños*” (1900a, pp. 588-91) ya había expuesto cómo estos dos modos de funcionamiento psíquico son el germen del Inconsciente y del Preconsciente respectivamente en el aparato plenamente constituido.

Desde el punto de vista económico, en el caso del proceso primario la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según unos mecanismos de desplazamiento y condensación. La actividad del primer sistema (ϕ) tiende a la libre derivación de las cantidades de excitación, mientras que el segundo sistema provoca una coerción de la libre derivación, es decir, la energía ha de ser primeramente ligada antes de fluir libremente. En el funcionamiento del proceso secundario, las representaciones son cargadas de forma más estable, la satisfacción es aplazada, permitiendo experiencias mentales y guiándose por el principio de la realidad y la

identidad de pensamiento. Inhibe, pues, la respuesta hasta que ha realizado su actividad de pensamiento y, una vez llevada a cabo la labor examinadora, levanta la coerción y el estancamiento de las excitaciones y las deja fluir hasta la motilidad. El proceso secundario busca, antes de actuar, verificar si lo percibido se ajusta o no a la realidad, para ello detiene el proceso regresivo. Al proceso secundario pertenecen las funciones propias del pensamiento vigil, la atención, el juicio, el razonamiento, etc. Sin embargo el proceso primario tiende a cargar plenamente las representaciones ligadas a las experiencias de satisfacción constitutivas del deseo, es decir, a producir la alucinación primitiva. No se produce una detención en el proceso regresivo y se reavivan nuevamente las imágenes perceptivas, produciendo la alucinación, reavivando, como real, la propia percepción. La comparación de las representaciones actuales con las huellas mnémicas dejadas por la experiencia hace posible discernir si aquéllas son verdaderas o falsas, en ello consiste el funcionamiento secundario del aparato psíquico.

Desde el punto de vista tópico, el proceso primario es el que caracteriza el sistema inconsciente, mientras que el proceso secundario pertenece al sistema preconsciente-consciente. El primero se rige por el principio del placer y busca la identidad perceptiva y el segundo se opone a este primero, y se guía por el principio de la realidad y busca la identidad de pensamiento. Se reconoce así un funcionamiento mental muy diferente de los procesos de pensamientos observados por la psicología tradicional. Inconsciente y consciente se entienden como redes de huellas mnémicas que se diferencian, topográficamente, por

su posición respecto a la conciencia, pero desde el punto de vista dinámico-económico, según modos de funcionamiento diferentes.

El psiquismo, como vemos, no opera desde el nacimiento como lo hace en la vida adulta. Sino que sufre transformaciones. De hecho, los términos “primario” y “secundario” tienen una connotación temporal. El proceso primario alude a la forma primitiva de funcionamiento psíquico, mientras que el proceso secundario es una modificación que hace posible un nuevo tipo de funcionamiento. El proceso secundario se va constituyendo poco a poco en el curso de la vida, inhiben a los primarios y se les superponen.

Dice Freud:

“A consecuencia de ese advenimiento tardío de los procesos secundarios, el núcleo de nuestro ser, que consiste en mociones de deseos inconscientes, permanece inaprensible y no inhibible para el preconscious, cuyo papel quedó limitado de una vez y para siempre a señalarles a las mociones de deseo que provienen del inconsciente los caminos más adecuados al fin. Estos deseos inconscientes constituyen para todos los afanes posteriores del alma una compulsión a la que tiene que adecuarse, y a la que tal vez pueden empeñarse en desviar y dirigir hacia metas más elevadas. Un ámbito de material mnémico permanece también inasequible a la investidura preconscious a raíz de esa demora” (Freud, 1900, pp. 592-93).

Se está refiriendo al inconsciente, a mociones de deseos sexuales indestructibles y no inhibibles que provienen de lo infantil, y que se oponen al proceso secundario (Freud, 1900, p. 595). Por esa misma razón el sistema preconscious no tendrá nunca acceso a una gran parte de los recuerdos más tempranos. Es decir, toda actividad

psíquica, “todo afán posterior del alma” es indisoluble del deseo inconsciente.

Posteriormente y, por efecto de la actividad de los procesos secundarios, el cumplimiento de estos deseos inconscientes ya no produce un afecto placentero, sino uno de displacer. Intervendrá además la represión secundaria, produciendo esta mudanza del afecto. Esto es, determinadas representaciones, por efecto de la represión, originaria y secundaria, tendrán un destino separado de la conciencia y se seguirán rigiendo por las leyes del proceso primario. Se asocia lo reprimido a lo inconsciente. No obstante, aunque el proceso secundario aparezca con posterioridad no lo sustituye, sino que se le superpone. De hecho, el proceso primario sigue dominando en una actividad, el fantasear, que queda así disociada del resto y sigue regida por el principio del placer y, por tanto, expuesta a la intervención de la represión. El análisis de los sueños y el estudio de la formación de los síntomas le permitieron a Freud enunciar los mecanismos y leyes propios de ese funcionamiento primario inconsciente, no caracterizado por una ausencia de sentido, sino por un desplazamiento del sentido.

Estas implicaciones temporales y genéticas de los procesos psíquicos primarios y secundarios se acentúan más en el marco de la segunda teoría del aparato psíquico. En ella, el Yo es el resultado de una diferenciación progresiva con respecto al Ello (Freud, 1923, pp. 21-27), y el Superyo, deviene también por diferenciación del Ello y del Yo (Freud, 1923, pp. 30-40; Freud, 1930, pp. 130-40). La instauración del Superyo ahonda más todavía la distancia entre el sistema inconsciente y el preconscious, y la fuerza de la represión originaria se

incrementa con la represión secundaria derivada de la prohibición del incesto y la angustia de castración. Abordaré más tarde la construcción de esta consideración del aparato psíquico.

Finalmente quiero señalar dos cuestiones:

El principio de la realidad, en última instancia tiende a la consecución del placer y a la realización del deseo, pero de modo eficaz y no meramente imaginario. Sin embargo, el pensamiento tiene una función económica en el aparato psíquico, en tanto forma parte de los procesos de placer y displacer y nunca es independiente de ellos. Por tanto, las representaciones no son neutras, conciernen al placer, al displacer y a la angustia. El pensamiento se origina en la tendencia a comparar lo percibido con el objeto que se desea –o no- recuperar.

En segundo lugar, el proceso secundario no sustituye totalmente al primario. Este sigue dominando en el fantasear, que queda así dissociado del resto de la actividad mental, y ajeno a la realidad. Ahora bien, Freud (1895, p. 421 y 1900a, p. 607) muy tempranamente reconoce los deseos inconscientes y la realidad psíquica como una forma particular de existencia. Freud (1911, pp. 226-227) otorga un lugar a la fantasía en su metapsicología. La fantasía va adquiriendo protagonismo en la economía libidinal. Esta fantasía ya se inicia en los juegos infantiles, continúa en los ensueños diurnos y también compensa las insuficiencias de la vida real aportando una satisfacción fantasmática sustitutoria. En “Lo Inconsciente” (1915a, pp. 187-188), las fantasías subyacentes, el fantasma empieza a tener una entidad y organización propia.

En síntesis, Freud describe un aparato psíquico que en sus orígenes funciona de acuerdo con el proceso primario que persigue la descarga absoluta de toda excitación y que procura el libre fluir de una representación a otra –por asociación– mediante un constante desplazamiento. Pero este modo de funcionamiento está abocado al fracaso y el Yo se ve obligado a inhibir la descarga y satisfacción inmediata y ejercer cierto aplazamiento, lo que permitirá diferenciar la alucinación de la presencia real de un objeto. Un modo de funcionamiento más eficaz y acorde con el principio de realidad. Este segundo modo de funcionamiento contribuye a limitar ese libre fluir, a aplazar y limitar la satisfacción y desarrollar las funciones de atención y memoria. Contribuye también al desarrollo del pensamiento consciente y de la conciencia. Es decir, a examinar y discernir la realidad externa y procurar una respuesta eficaz acorde a un fin. Ahora bien, esto no significa que el primer modo de funcionamiento desaparezca, por el contrario, Freud sostiene que sigue vigente en el inconsciente. Y éste, recordémoslo, no es meramente un estado pasajero o un periodo de desactivación de las representaciones o huellas mnémicas.

De modo que el razonamiento, el juicio, la percepción, la atención, etc., a pesar de estar regidos por el principio de la realidad y el proceso secundario, están también bajo sospecha de unas motivaciones inconscientes. En el núcleo de nuestro ser, los deseos inconscientes, siguen ocultos buscando una nueva forma de satisfacción más tolerada. Evidentemente, en las teorizaciones infantiles acerca del origen de la vida, de la

diferencia sexual, etc., hay, también, una distorsión guiada por otros intereses libidinales primarios, que van a ser objeto de represión, y que es menester tener presente.

Pero también en el fantasear –como en cualquier otra actividad humana-, aunque esté presente una forma de razonar, más o menos coherente, está implicado el proceso primario y, aunque en menor grado, es objeto de represión. Es decir, el fantasear es una actividad del proceso secundario guiada por intereses del proceso primario. Las insuficiencias de la vida real y la sexualidad buscan una satisfacción fantasmática sustitutiva. Y especialmente el fantasma –fantasías inconscientes-, tiene una entidad trascendental en las motivaciones que es preciso no olvidar y tomar en consideración. ¿Cuál es la realidad que interesa al psicoanálisis?

3.1.6. La realidad psíquica y la realidad material. La concepción freudiana del aparato psíquico es indisociable de una teorización de la realidad que exige tener en cuenta la dialéctica entre la realidad objetiva y la subjetiva, entre la verdad histórica y la fantaseada. Lo que interesa prioritariamente al psicoanálisis es la realidad del deseo inconsciente y su expresión más verdadera: la fantasía. El deseo de un hijo ha de ser estudiado no sólo atendiendo a la realidad subjetiva –o

a las condiciones reales- sino a las fantasías que subyacen.

El proceso secundario se encarga de inhibir la respuesta inmediata propia del proceso primario, que llevaría a producir la alucinación. Posibilita, por tanto, el pensar consciente y observador, más acorde con la realidad, que no reaviva la huella mnémica deseada, sino que le ayuda a discernir entre ambas. Es decir, diferenciar entre la realidad externa y la alucinada. Sin embargo, la diferenciación entre realidad externa y realidad psíquica –o alucinada- es una cuestión más compleja que la que puede deducirse hasta aquí. No se trata sólo de que el pensamiento propio del proceso secundario permita acceder y discriminar la realidad externa frente a la alucinación o la realidad deseada. Freud, a partir de la práctica clínica, va construyendo una teoría del psiquismo indisociable de una consideración de la realidad.

Aunque en sus inicios Freud creía en la dimensión real y objetiva del trauma causante de la sintomatología histérica, tempranamente se ve obligado a diferenciar dos órdenes de realidad, la realidad psíquica, cuyo estatuto es de ficción e inmaterial, de la realidad material exterior, objetiva, fáctica. Es la experiencia clínica con la histeria la que le lleva a afirmar en su “*Carta 69*” a Fliess, del 21 de septiembre de 1897 su famosa frase “*Ya no creo más en mi <<neurótica>>*”, y dice “*en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida de afecto*” (Freud, 1897c, pp. 301-02). Este abandono de la

teoría traumática tiene consecuencias positivas para el psicoanálisis, como son el reconocimiento de la sexualidad infantil, de las fantasías y del complejo de Edipo³⁴. Le permite a Freud descubrir la importancia de las fantasías y sus efectos.

No es fácil, pues, determinar qué valor tiene esa realidad psíquica, en relación con la verdad material o con la realidad física, e incluso entre aquello que pueda pertenecer a la realidad interna, el adentro, exponente del mundo interior y de la subjetividad y la realidad externa, el afuera, referido al mundo exterior y a la objetividad.

En “*El Proyecto*” constata Freud (1895, p. 421) dos tipos de realidad no necesariamente coincidentes, la pensada y la realidad externa, o dicho con sus palabras “*signos de la realidad del pensar, pero no de la externa*”. La realidad psíquica aparece bajo la expresión de “realidad del pensar”, vinculada al lenguaje, pero también contrapuesta a la realidad externa.

En la “*Carta 61*” Freud (1897a, p. 288) diferencia entre verdad vivencial y verdad material. La primera se refiere a una construcción del sujeto en función de las “cosas oídas”, constituye la vertiente subjetiva de la verdad. Mientras que la verdad material remite a los hechos realmente acaecidos. Freud ya considera que las fantasías son construcciones defensivas, derivadas del recuerdo y relacionadas

³⁴ Si bien como apuntan Laplanche y Pontalis (1969, p. 117) también acarreo consecuencias negativas que hicieron “extraviar” al psicoanálisis hacia consideraciones biologicistas y endógenas acerca del origen de la pulsión y de las fantasías. Consecuencias que, cómo veremos más adelante, siguen vigentes en las diversas Escuelas psicoanalíticas.

con situaciones sexuales vividas muy tempranamente, para las cuales el sujeto no tiene traducción al lenguaje.

Al abandonar su teoría de la seducción (la idea del traumatismo psíquico como un acontecimiento real) pasa a dar importancia al papel de la fantasía, al tiempo que descubre que las fantasías son el producto de las manifestaciones espontáneas de la actividad sexual infantil. En 1906 en *“Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”* Freud (1906, pp. 265-66) duda del “abandono de su neurótica” pero, sin embargo, sigue señalando la importancia de las fantasías sexuales infantiles. Más tarde, en 1914 al resumir la historia de su pensamiento Freud en *“Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”* señala nuevamente el carácter sexual de las fantasías al hablar de los traumas inventados y de las escenas que fantasean los histéricos. Afirma:

“Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica. Pronto siguió la intelección de que estas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Así tras las fantasías, salió al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance” (1914a, p. 17).

Las fantasías tienen una razón de ser sexual y además han de ser apreciadas como cualquier otra realidad práctica³⁵.

³⁵ Fantasías que muchos años después en su 33ª Conferencia sobre *“La feminidad”* las relaciona no con el padre sino con la madre, pero con la seducción real ejercida por ésta, *“quien a raíz de los menesteres de cuidado corporal provocó sensaciones*

Sin embargo, no es fácil determinar si los recuerdos relatados por los pacientes son fantasías falsas o remiten a acontecimientos verdaderos. Es más, en “*La 23ª Conferencia: Los caminos de la formación de síntoma*”, sostiene que pueden ser las dos cosas o una mezcla de ambas. Pero, en cualquier caso, entiende que las fantasías “*poseen realidad psíquica, por oposición a una realidad material, y poco a poco aprendemos a comprender que en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva*” (Freud, 1916d, p.336).

Esta dificultad para diferenciar la realidad exterior de la fantasía también había sido señalada por Freud un año antes en “*Lo inconsciente*”. Sostiene que los procesos inconscientes están sometidos al principio del placer, sin miramiento por la realidad. Resume cómo el sistema inconsciente se califica como “*ausencia de contradicción, proceso primario (movilidad de las investiduras), carácter atemporal y sustitución de la realidad exterior por la psíquica*” (Freud, 1915a, p. 184). Y señala cómo las formaciones de la fantasía, -tanto en normales como en neuróticos-, que ha individualizado como etapas previas en la formación del sueño y de los síntomas, a pesar de su alta organización permanecen reprimidas y no pueden devenir conscientes. Es decir, la represión actúa sobre las fantasías. Pero éstas, además, son consideradas como “mestizos” por su carácter contrapuesto y por la imposibilidad de discernir radicalmente en ellas lo que pertenece al sistema consciente y al inconsciente. Han aprovechado todas las

placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera” (1933b, p. 112)

adquisiciones del sistema consciente, pero son también inconscientes e insusceptibles de devenir conscientes (Freud, 1915a, pp. 187-88).

Es en el período comprendido entre 1906 y 1909 cuando la fantasía suscita numerosos trabajos³⁶ y se le reconoce una eficacia inconsciente. Sin entrar en el problema del estatus metapsicológico de la fantasía y en el de su pertenencia tópica, voy a hacer una difícil diferenciación utilizando la palabra “fantasía” para referirme prioritariamente a las fantasías conscientes o preconscious, más vinculadas con la ensoñación diurna. Y “fantasma” para aludir a aquellas fantasías que constituyen el contenido primario de los procesos mentales, es decir, que guardan una relación mucho más íntima con el inconsciente y, para referirme a las fantasías primordiales u originarias³⁷.

En lo que respecta a la forma de articular los tres sistemas de la primera concepción del aparato psíquico, inconsciente, preconscious y consciente, y la noción de realidad psíquica, Freud en “La

³⁶ “El delirio y los sueños en la <<Gradiva>> de Jensen” (1907a); “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908a); “El creador literario y el fantaseo”(1908c); “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908d); “La novela familiar de los neuróticos” (1909) y “Apreciaciones generales sobre el ataque histérico” (1909c)

³⁷ Sin embargo, esta distinción no es tan nítida puesto que, como hemos visto, la fantasía puede encontrarse en la conciencia, en el preconscious y en el inconsciente. Así por ejemplo, en el sueño, los sueños diurnos utilizados para la elaboración secundaria pueden estar en conexión directa con el fantasma inconsciente que constituye el núcleo del sueño. Y como dice Freud en su obra “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”: “Las fantasías inconscientes pueden haberlo sido desde siempre, haberse formado en lo inconsciente, o bien –caso más frecuente- fueron una vez fantasías conscientes, sueños diurnos, y luego se las olvidó adrede, cayeron en lo inconsciente en virtud de la <<represión>>” (Freud, 1908d, p. 142). De forma que la fantasía inconsciente sería un retoño de la que antaño fue consciente.

interpretación de los sueños” afirma que lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, que nos resulta tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior. Sólo lo podemos conocer a través de la conciencia, pero de forma tan incompleta como las indicaciones que nos proporcionan los órganos sensoriales acerca del mundo exterior (Freud, 1900a, p. 600).

Pero tampoco el inconsciente remite a todo el mundo psíquico subjetivo. Freud afirma:

“Yo no sé si a los deseos inconscientes hay que reconocerles realidad; a todos los pensamientos intermedios y de transición, desde luego, hay que negársela. Y si ya estamos frente a los deseos inconscientes en su expresión última y más verdadera, es preciso aclarar que la realidad psíquica es una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad material” (1900a, p. 607).

Es decir, la realidad psíquica inconsciente no se refiere a todo el campo de la psicología, a todo lo subjetivo, sino sólo a un núcleo heterogéneo dentro de lo subjetivo, el único verdaderamente real por oposición a la mayor parte de los fenómenos psíquicos. Esto es, al deseo inconsciente y su expresión más verdadera: la fantasía.

De otro lado, es importante señalar que la publicación de *“La interpretación de los sueños”* provoca un giro que marca la inauguración del discurso analítico propiamente dicho. A partir de 1900 el interés de Freud se vuelve en el estudio amplio y detallado de las formaciones del inconsciente –sueños, lapsus y actos fallidos- o bien en las fantasías y los síntomas. Así, publica *“Psicopatología de la vida cotidiana”* (1901) y *“El chiste y su relación con lo inconsciente”*

(1905a) que le permite extender a la vida anímica normal sus descubrimientos en relación con las neurosis. Postula que es posible descubrir los determinantes psíquicos inconscientes aún en los más ínfimos detalles de los procesos anímicos. Freud (1901, p. 233) dice:

“Si a ciertas insuficiencias de nuestras operaciones psíquicas –cuyo carácter común precisaremos enseguida- y a ciertos desempeños que parecen desprovistos de propósito se les aplica el procedimiento de la indagación psicoanalítica, demuestran estar bien motivados y determinados por unos motivos no consabidos a la conciencia”.

Además se vislumbra que los sueños tienen la misma estructura que los síntomas neuróticos, que son mensajes cuyo sentido último remite al deseo sexual del sujeto.

Traslada la naturaleza de los procesos psíquicos al campo del lenguaje, del sentido y la significación. Este viraje supone un cambio en la concepción del aparato psíquico. Desaparece la dimensión material y fisicalista para introducir la simbólica. Freud descubre un ámbito psíquico nuevo más allá también de la biología, de las necesidades físicas para introducirnos en otros motivos que guían la conducta. Pero tampoco queda prendado de la realidad psíquica consciente. El interés del psicoanálisis no es, prioritariamente, lo psíquico, lo subjetivo, ni las fantasías conscientes, sino el deseo inconsciente y su expresión más auténtica: el fantasma (fantasía inconsciente). No es tampoco la psicología lo que hay que tener en cuenta, sino el ámbito del deseo inconsciente. Saber acerca del deseo inconsciente pasa por el análisis de las formaciones del inconsciente. Esto es, por los síntomas, los sueños, los fantasmas, actos fallidos, etc.

Estudiar el deseo inconsciente de un hijo obliga, pues, inevitablemente, por el análisis de esos fantasmas infantiles que subyacen al deseo manifiestamente expresado o a las conductas observables. Ahora bien, también el deseo consciente de un hijo puede manifestarse como una fantasía, un sueño, un síntoma o una forma de actuar que oculta el fantasma inconsciente.

El mundo de las fantasías en esta primera teorización freudiana parece situarse en el marco de la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo, entre el mundo interior que tiende a la satisfacción por ilusión y un mundo exterior que progresivamente se impone al bebé por la mediación del sistema perceptivo y del principio de realidad.

La noción de realidad psíquica, para el psicoanálisis, designa en un principio al conjunto de pensamientos y fantasías vinculadas a los deseos que subyacen a los síntomas neuróticos, y que también se muestra en los “lapsus”, actos fallidos y torpezas de cualquier persona. Pero no se trata de todas las fantasías sino sólo de las fantasías inconscientes (el fantasma). Fantasías que tienen siempre un cometido sexual, destinado a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Fantasías que subyacen en cualquier conducta del adulto.

Lo esencial es su capacidad para producir efectos reales en la vida del individuo. Lo que centra el interés de Freud, por tanto, no es tanto la realidad que tiene que ver con la teoría del conocimiento, ni la del sistema percepción-conciencia, o la relacionada con el Yo, sino la realidad del inconsciente, esa realidad psíquica efectiva. Freud descubre una nueva realidad más allá de la biología y la psicología. El fantasma, en tanto que expresión última y más verdadera del deseo inconsciente, se transforman en el objeto específico del psicoanálisis; lo cual no es fácil dado que las fantasías se presentan enlazadas a acontecimientos reales vividos, lo que hace difícil su diferenciación.

Por tanto, para preguntarse acerca del deseo inconsciente de un hijo es insuficiente apelar a la subjetividad o al instinto biológico. Porque lo subjetivo mismo, la imaginación, y como ya vimos, los deseos manifiestos, esto es, la conciencia oculta un sentido. Es preciso tomar en consideración el fantasma en tanto que es el vehículo de expresión del deseo inconsciente.

Pero ¿qué es el fantasma? ¿De dónde deriva? ¿A qué se refiere?

3.1.7. Las fantasías son escenificaciones imaginarias mediante las cuales el sujeto expresa la realización de un deseo inconsciente. Sea cual fuera la experiencia personal de cada individuo, existen unos “fantasmas” que son universales y que remiten a los enigmas que todo ser humano se plantea acerca del origen de la sexualidad, de la vida y de la diferencia sexual. Fantasmas originarios que inevitablemente son concitados en el deseo de procrear y que atañen a un objeto.

Desde los “*Estudios sobre la histeria*” en 1895 Breuer y Freud están trabajando con el material de las fantasías, con hechos imaginarios que se consideran la causa de las neurosis. Con aquellos elementos fantaseados que han quedado disociados de la conciencia y que culminan con la formación de un núcleo psíquico inconsciente. Fue la histeria la que abre el camino para comprender la relación entre los síntomas y traumas psíquicos experimentados durante la vida infantil. Trauma que Freud relaciona, inicialmente, con la seducción paterna y, posteriormente, con las propias producciones imaginarias de las pacientes.

Así, Freud en “*Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*” (1906) dice: “*he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unas intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual*”

(*masturbación infantil*) (p. 266). Y un poco más adelante hablando del mecanismo de formación de los síntomas histéricos, expresa:

“Ya no aparecían más como retoños directos de los recuerdos reprimidos de vivencias sexuales infantiles, sino que entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (invenciones de recuerdos) de los enfermos, casi siempre producidas en los años de la pubertad. Estas se construían, por un lado a partir de los recuerdos infantiles, rebasándolos, y por el otro se trasponían directamente en los síntomas” (p. 266).

Las fantasías aparecen como una producción imaginaria. Una fantasía se convierte en recuerdo real y una actividad sexual se trasmuda, por efecto de las defensas, en una escena de pasividad. Pero también quedaban asociadas a las conductas actuales.

Pero, además, el fantasma guarda relación con el deseo, en la medida en que éste tiene su origen en la vivencia de satisfacción y el desear constituye una carga alucinatoria del recuerdo de la satisfacción (Freud, 1900a, p. 588). Momento en que aparece la sexualidad como algo separado de todo objeto natural. Tiempo en que irrumpe la fantasía y se provoca esa disyunción de la necesidad orgánica. Tiempo en que se inicia el autoerotismo³⁸. Ahora bien, como señalan Laplanche y Pontalis (1968, pp. 146-47) incluso en las formas menos elaboradas del fantasma aparece una mira intencional del sujeto que desea. Esto es, una apertura hacia un objeto.

³⁸ Autoerotismo estrechamente ligado a la excitación de zonas erógenas específicas. Excitación que nace y se aplaca en el mismo lugar. Pero no se alcanza un placer global sino desmembrado, -placer de órgano-, no integrado todavía en un todo.

En “*El creador literario y el fantaseo*” (1908c, pp. 129-30) Freud sostiene que los “*deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad*”. Pero no se refiere sólo a los deseos actuales reflejan también los más arcaicos. De modo que pasado, presente y futuro se anudan como “*las cuentas de un collar engarzado por el deseo*” (p. 130). La actividad del fantasear está presente en todo ser humano, tanto en los juegos infantiles, como en los sueños, los síntomas, la creación literaria, etc., desde donde el deseo se procura su satisfacción.

Además, Freud explica en “*Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*” (1908d, p. 141), que “*las fantasías son unos cumplimientos de deseo engendrados por la privación y la añoranza*”. Las fantasías inconscientes mantienen un vínculo muy importante con la vida sexual de la persona y con la actividad masturbatoria. Ésta se compone de dos fragmentos, la fantasía y la acción que persigue la satisfacción autoerótica. Y un poco más adelante afirma que originariamente la acción estaba relacionada con el autoerotismo puro, destinada sólo al placer de órgano, “*hasta que se fusionaron con una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba*” (p. 143). De modo que las fantasías no remiten sólo a un deseo arcaico, sino que también son la matriz de los deseos actuales en la medida en que se asocian con el objeto de amor y buscan al menos una satisfacción parcial.

La indagación psicoanalítica persigue llegar desde los síntomas hasta las fantasías inconscientes escondidas. Si bien, deja claro Freud (1908d, p. 144) que el nexo entre ambos no es sencillo, como tampoco lo es el que se establece entre los pensamientos oníricos latentes y los elementos del contenido manifiesto del sueño. Y, tampoco, se puede establecer una correspondencia lineal de forma que a un síntoma le corresponda una única fantasía inconsciente, sino de acuerdo con unas leyes que Freud ya había estudiado en *“La Interpretación de los sueños”*. Freud se detiene, después, en una serie de fórmulas explicativas de la naturaleza de los síntomas histéricos. En las que enuncia el síntoma cómo un sustituto de vivencias traumáticas, expresión de cumplimiento de deseo, realización de una fantasía inconsciente al servicio del cumplimiento del deseo, al servicio de la satisfacción sexual, retorno de una satisfacción sexual real y reprimida y, un sustituto de diversas mociones inconscientes no sexuales, pero siempre con un significado sexual. Es decir, el deseo inconsciente persiste y se manifiesta bien en los sueños, bien en los síntomas, bien en las fantasías diurnas, y como ya vimos, también en los “lapsus”, y buscan actualizarse de forma disfrazada en cualquier otra conducta.

Sin ánimo de identificar el deseo de un hijo con un síntoma histérico, si que cabe abordar el deseo consciente de un hijo como un síntoma, -como una fantasía, o como cualquier otra manifestación verbal o de la conducta- que exige tener en cuenta, el fantasma, el deseo inconsciente que subyace.

Freud en *“Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”* introduce la idea de “fantasías originarias” para

referirse a escenas que repetidamente, neuróticos o normales, relatan (1915b, pp. 268-69). Fantasías que se refieren a la observación del comercio sexual entre los padres, a la seducción por una persona adulta y a la amenaza de castración. ¿De dónde proceden estas fantasías típicas? En “La 23ª Conferencia: Los caminos de la formación de síntoma” (1916) Freud afirma taxativamente “no cabe duda de que su fuente está en las pulsiones, pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido” (1916d, p. 338) y opina que “estas fantasías primordiales –así las llamaría, junto a algunas otras- son un patrimonio filogenético” (p. 338)³⁹.

Freud (1916d, p. 335) subraya la importancia de lo escuchado (amenazas de castración, ruidos que le remiten al acto sexual de sus padres) y apunta también que las fantasías son una construcción imaginaria, una forma de encubrir su propia historia infantil al modo en que los pueblos crean la historia olvidada. Pero, a pesar de que pueden tener cierto grado de realidad, Freud (1916d, pp. 336-38) defiende que no puede atribuírsele toda la verdad ya que el niño construye sobre la base de unos indicios, sus propias fantasías. Es decir el niño historia esos indicios y construye un relato, unas escenas en las que él está presente⁴⁰. En palabras de Freud:

³⁹ Recordemos que la pulsión –a pesar del extravío endogenista de Freud- él mismo había señalado como diferente del instinto, e introducida por el adulto. De modo que las fantasías habría que pensarlas como originadas por la intromisión del adulto, y el término “filogenético” habría que entenderlo como lo estructural transmitido por los padres a través de la seducción originaria. Esto es, el sujeto está inserto en una estructura de intercambio, pero ésta le es transmitida por el inconsciente parental. (Laplanche y Pontalis, 1969, pp. 126-143).

⁴⁰ Cuestión que Freud aborda en “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908a) y en “La novela familiar de los neuróticos” (1909), y sobre todo en “Pegan a un niño”

“Si están contenidos en la realidad, muy bien; si ella no los ha concedido, los establece a partir de indicios y se los completa mediante la fantasía. El resultado es el mismo, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponda mayor participación a la fantasía o a la realidad” (1916d, pp. 337-38).

Es decir, la fantasía tiene el mismo poder que la realidad y constituye una escenificación.

¿Qué se persigue con estas fantasías? Freud (1916d, pp. 338-40) dice que con ellas se pretende explicar todo lo originario. El origen de la sexualidad mediante el fantasma de la seducción, el origen de la vida, mediante la fantasía del comercio sexual entre los padres, y la comprensión acerca del origen de la diferencia sexual, mediante la fantasía de la castración. Así, mediante el fantasma de la seducción pretende encubrir su actividad autoerótica y llenar lagunas de la verdad individual. Y estas fantasías, aunque sujetas también a la represión, gozan de mayor tolerancia. Como los mitos colectivos intentan aportar una representación, una solución a lo que al niño se le aparece como un enigma.

Como señalan Laplanche y Pontalis (1969, p. 128) los fantasmas originarios traducen por medio de una escenificación imaginaria, la inserción de lo simbólico en lo real del cuerpo. La escena primitiva representa la conjunción entre el hecho biológico de

(1919) para referirse a los fantasmas originarios. Asunto que, desde otra perspectiva, subyace también en su análisis del cuento de Jensen *“La Gradiva”* (1907a) y en *“El creador literario y el fantaseo”* (1908c)

la concepción (y del nacimiento) y el hecho simbólico de la filiación; entre el acto del coito (fantaseado como un “acto salvaje”) y la existencia de una tríada madre-niño-padre. Y en las fantasías de castración, esta conjunción entre lo real del cuerpo y lo simbólico se hace más evidente: el deseo está limitado por la prohibición incestuosa.

El fantasma pasa a constituir el objeto específico del psicoanálisis. En la cura, lo que pretende el psicoanalista es descubrir el fantasma subyacente tras las producciones del inconsciente, como el sueño, el síntoma, las conductas repetitivas. ¿Qué puede representar desear un hijo? ¿Simplemente la expresión de un instinto? ¿Es un deseo que no instiga ningún otro, que no remite a nada?

Podemos entender que el deseo de un hijo, despierta inevitablemente las experiencias que se tuvo como hijo y los fantasmas originarios relativos a la sexualidad propia –derivada de esos indicios vinculados a la seducción originaria producida por el adulto cuidador⁴¹–; evoca fantasmas relativos a su actividad autoerótica percibida, ahora desde la posición de adulto, como algo prohibido. Pero también, en tanto que padre o madre, el sujeto que desea y se

⁴¹ Freud en “*Pegan a un niño*” (1919) elabora, como he dicho, el origen del fantasma y de la sexualidad humana. Distingue tres tiempos en el fantasma de la flagelación. De los cuales el tercero (pegan a un niño) corresponde a un síntoma reconocido, y los otros dos sólo pueden ser descubiertos en el curso del trabajo analítico y son pura fantasía, remiten a la representación imaginada. El primero (mi padre pega al niño que yo odio) puede ser rememorado, pero el segundo (mi padre me pega) sólo puede ser reconstruido porque, como señala Laplanche (1970, pp. 132-40) nunca tuvo existencia real, es pura fantasía, es tiempo del autoerotismo y del masoquismo originario, constituye el momento de implantación de la sexualidad por el otro y de producción de la fantasía originaria. Momento en que se enlaza la fantasía, la sexualidad y el inconsciente. Momento que refleja la posición pasiva del niño respecto a la sexualidad del adulto que hace intrusión en él.

relaciona con el hijo se ubica, ahora, en el papel de adulto seductor. Desear un hijo pasa, también, por plantearse o revivir el fantasma sobre el origen de la vida, la filiación, el comercio sexual entre los padres y la problemática edípica, fantasma concitado, ahora, desde otra posición. Y por último, desear un hijo obliga a tomar en cuenta el fantasma de la castración y la aceptación de la diferencia de los sexos.

Las fantasías son el escenario en que se teatraliza el cumplimiento de un deseo inconsciente. Estas fantasías pueden ser conscientes, preconscientes o inconscientes, implicar a uno o más personajes y ponen en escena, más o menos disfrazado, un deseo. Son, por tanto, el vehículo de un deseo inconsciente que busca el cumplimiento actual y está presente en todas las formaciones del inconsciente, en los síntomas, en los sueños diurnos y en la conducta en general del sujeto, pero deformada por efecto de las defensas.

El fantasma no es sólo efecto de un deseo arcaico, sino la matriz de los deseos actuales. Los deseos inconscientes buscan así una forma, más o menos parcial, de realizarse en la vida concreta del sujeto. Y lo hacen alterando las percepciones, los recuerdos, produciendo sueños, juegos, lapsus, novelando la propia historia y se expresan en esos sueños diurnos, pero buscan actualizarse, de manera disfrazada, por medio de comportamientos actuales, de elecciones, del establecimiento de relaciones afectivas y sexuales del sujeto.

Todo ser humano relata su propia experiencia, tratando de resolver enigmas que desde el origen de la vida se le presentan, debido a la excitación ocasionada por la seducción originaria de la que ha sido objeto a través de los cuidados maternos. Y lo hace mediante un guión y escenificaciones imaginarias en las que él está más o menos presente, y que encubren su propia sexualidad, bien sea autoerótica, bien en relación con un objeto. De modo que existen unos fantasmas “típicos” que conciernen siempre a todo sujeto, con independencia de las experiencias personalmente vividas. Es decir, al origen de su sexualidad (fantasma de la seducción originaria), al de su concepción y filiación (fantasmas de la escena primaria y novela familiar) y al de la diferencia sexual (fantasmas de la castración). Fantasmas originarios que expresarían la existencia de una estructura humana transmitida a través de los padres.

Desear un hijo remueve automáticamente lo más primario de estos fantasmas originarios, en la medida en que concita en el adulto que desea un hijo su propia experiencia y su manera de habérsela “fantasmaticado”, teorizado o “novelado”.

Desear un hijo, como cualquier deseo, surge de esa búsqueda repetitiva e imposible de una satisfacción. La búsqueda de un lugar o de un reencuentro con el objeto perdido. Una búsqueda incitada por la actuación de un adulto y por intromisión de la sexualidad de éste. Deseo originario

que va a encontrar en las fantasías, disfrazado por la defensa, su vehículo de expresión. De modo que este deseo desfigurado en esas fantasías –fantasmas arcaicos inconscientes- o en fantasías diurnas va a pujar por obtener una satisfacción, al menos, parcial. Una satisfacción, no sólo en los sueños, en los síntomas, en los “lapsus”, etc., sino en todas las actuaciones, elecciones y decisiones del ser humano. Y desear un hijo no es una excepción. Como cualquier elección, como cualquier conducta exige desvelar el deseo inconsciente que subyace y del que está impregnado.

Vemos que el deseo inconsciente está presente siempre en la constitución del fantasma. Bien sea en el de los padres que inciden en la introducción de la pulsión en la cría humana y, en consecuencia, en el origen del deseo y del fantasma de la seducción del bebé; bien sea en los fantasmas posteriores que empieza a crear el bebé, el niño pequeño, el púber o el adulto, para dar cuenta de su historia. Pero las fantasías, incluso las más originarias, -las que pretenden dar cuenta del origen de la pulsión- partiendo de indicios, remiten a la representación de un objeto. ¿De qué objeto se trata?

Si partimos de que el deseo no está activo desde el origen, no surge espontánea o instintivamente, el objeto tampoco está ahí predeterminado, definido por un instinto. ¿Qué es el objeto entonces para el psicoanálisis?

3.1.8. Tres concepciones de objeto en Freud: El objeto en Freud no tiene una referencia unívoca, ya que emplea el concepto para referirse a diferentes cuestiones con sus correspondientes desarrollos teóricos. Tres concepciones de *objeto* se diferencian a lo largo de su obra: el objeto de deseo, el pulsional y el de amor.

Antes de proseguir con la construcción del sujeto y su actividad psíquica, considero importante entrar a matizar los diferentes aspectos desde los que Freud considera el objeto y cómo elabora esta noción a lo largo de toda su obra. Rabinovich (1988, p. 59) distingue tres formas de conceptualizarlo, a) el “objeto de deseo”, que es el que aparece en sus primeras concepciones, b) “el objeto pulsional” y c) “el objeto de amor”.

A su vez, dos series se derivan, según esta misma autora (1988, pp. 5-9) de estas formas de entenderlo. La serie pulsional y la de la elección de objeto. El autoerotismo es el punto de partida común de las dos series, la pulsional y la elección de objeto de amor.

La serie pulsional, con sus estadios, toma al otro como parcial, como mero apoyo, buscando en esa parte, propia o ajena, lo que Freud (1915, p. 121) denomina “placer de órgano”. La elección de objeto remite a un “otro” definido en tanto que persona, es decir el otro percibido en su totalidad, como un otro sexuado. Pero hasta alcanzar la

elección del objeto de amor, hay que transitar desde ese autoerotismo inicial, pasando por el narcisismo y culminar en la elección de objeto. Ambas series convergen en la fase fálica, en la que las pulsiones parciales se reúnen bajo la primacía del falo, permitiendo el acceso a la sexualidad adulta, a lo que se llama genitalidad. El complejo de castración permite articular las dos series entre sí y con el complejo de Edipo. Freud lo aborda en 1923 en “*La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)*”. Pero esta apretadísima síntesis la desarrollaré paulatinamente. Comenzaré por explicar las distintas acepciones de objeto en la obra de Freud.

El objeto es aquello a lo que el sujeto apunta en el deseo, en la pulsión y en el amor. No remite a un objeto “objetivo”, sino que lo fantaseado es el carácter prioritario de éste. Puede designar a uno mismo, a un objeto parcial (parte de uno mismo o de otra persona), -vinculado al autoerotismo-, o al otro en su totalidad -relacionado con la elección de un objeto de amor-.

3.1.8.1. El deseo inconsciente es aquello que se moviliza con ocasión de la primera “vivencia de satisfacción”; una experiencia placentera y excitante que incita una búsqueda de algo que supuestamente aplacará toda tensión. Ese algo, objeto de deseo, no es más que un objeto mítico, imposible o perdido de esa supuesta satisfacción absoluta. No es un

objeto material. El objeto-hijo es una de las formas de materializar ese deseo.

Lo que define al “*objeto de deseo*” es el objeto perdido, que ya expuse al hablar de la primera experiencia de satisfacción⁴² y que Freud trata inicialmente en *El Proyecto* y en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*. El paradigma es pues el objeto oral en su articulación con la experiencia de satisfacción. El otro es concebido a partir de la huella dejada por una primera vivencia de satisfacción que intentará reencontrar. Esa huella que intentará recuperar lo es de un objeto que ya no está, pero que moviliza el deseo. El objeto de deseo es aquel, perdido desde el inicio, que inaugura la dimensión del sujeto deseante. Aquel objeto que lleva al sujeto a su búsqueda, que le anima a desear reencontrar aquello perdido que sin embargo, dejó una huella.

Que el sujeto esté animado por el deseo inconsciente no hay que confundirlo con un anhelar objetos de la realidad objetiva. El objeto de deseo no coincide, tampoco, con aquellos que pueden satisfacer una necesidad. Freud presenta el psiquismo humano como movido por un impulso hacia la realización del deseo y no, como en el mundo animal, por una tendencia hacia el objeto del medio que calma la necesidad. Para que este “objeto de deseo” sea operativo para el psiquismo, el sujeto lo debe haber inscrito como faltante. De esa manera se constituye para el ser humano la realidad psíquica. En 1925 en “*La negación*” dirá Freud (p. 255): “*El fin primero y más*

⁴² Ver epígrafe 3.1.4.

inmediato del examen de realidad (de objetividad) no es, por tanto, hallar en la percepción objetiva (real) un objeto que corresponda a lo representado, sino reencontrarlo, convencerse de que todavía está ahí”.

El ser humano es, por tanto, deseante y lo que califica a ese objeto que para el sujeto es deseado no es ninguna de las características de los objetos de la realidad. Aunque intervenga el proceso secundario para inhibir la alucinación, no quiere decir que el objeto sea uno de la realidad, sino que el vivir en la realidad es animado, sostenido por el deseo mismo, por el anhelo del reencuentro. Por tanto, las personas realizan diversas actividades de la vida sostenidos por un deseo inconsciente. Deseo inconsciente que subyace detrás de las diversas actividades humanas sin que las personas lo sepan explícitamente y sin que se confunda con lo que conscientemente creen querer desear. No se trata de un querer consciente. El sujeto desconoce lo que desea, pero sin embargo este deseo le mueve. En palabras de Freud:

“El núcleo de nuestro ser, que consiste en mociones de deseos inconscientes, permanece inaprensible y no inhibible para el preconscious (...). Estos deseos inconscientes constituyen para todos los afanes posteriores del alma una compulsión a la que tienen que adecuarse, y a la que tal vez pueden empeñarse en desviar y dirigir hacia metas más elevadas” (Freud, 1900, p. 593).

O, como dice en “*El creador literario y el fantaseo*” (1908c, p. 130):

“El trabajo anímico se anuda a una impresión actual, a una ocasión del presente que fue capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil las más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el cumplimiento de ese deseo, justamente el sueño diurno o la fantasía, en que van impresas las huellas de su origen en la ocasión y en el recuerdo. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo”.

La satisfacción es sólo posible en los sueños, en las fantasías. Pero el deseo inconsciente está movilizado tratando inútilmente de encontrarla buscando objetos sustitutos. El deseo es, por tanto, un movimiento ligador de un conglomerado representacional. Cuando surja el displacer proviniendo de una excitación el deseo busca ligar la energía sobrante a una representación o conjunto de representaciones.

De modo que, el propio hecho de desear un hijo, aunque recaiga sobre un objeto real y aunque remita a una posibilidad fisiológica, la reproductiva, no puede verse como la pura expresión de un instinto humano que busca un objeto físico: la cría. Porque ni el deseo responde a un instinto ni su objeto tiene entidad material, aunque si buscará que la tenga.

En síntesis, la constitución primitiva del psiquismo se realiza en torno al deseo y no en torno a la adaptación a los objetos de la realidad. Aunque después opere el proceso secundario para atenerse a las exigencias de la realidad necesarias para la conservación de la vida y se evite llegar a la alucinación, el proceso primario, como ya expuse con

anterioridad, no deja de actuar. La condición humana, para Freud, implica pues un conflicto estructural entre sus deseos inconscientes y las exigencias de la vida. El deseo que mueve al ser humano no le conduce hacia la adaptación a la realidad. El objeto deseado no es –necesariamente- el que conviene al organismo. No hay adecuación del hombre a la naturaleza. Y, además, las actividades que el ser humano desea conscientemente y realiza están movilizadas por un deseo inconsciente subyacente, un deseo inconsciente que desconoce lo que desea, pero que es el que le mueve. Desear es un movimiento ligador.

Desear un hijo, aunque recaiga sobre un objeto real, no deja de ser una forma fantasmática de intentar materializar ese anhelo de satisfacción imposible.

Aunque la reproducción sexual pase por la posibilidad fisiológica, aunque la mujer pueda embarazarse, desear un hijo no responde a un mero instinto reproductivo. No hay correspondencia en el ser humano entre el deseo y el instinto, como tampoco entre el objeto deseado y el objeto del instinto. Ni, como ya vimos, entre el deseo consciente y el inconsciente.

Por tanto, tampoco desear conscientemente procrear tiene que ser coincidente con la existencia de un deseo inconsciente de un hijo, y a la inversa. Ni el disponer de la capacidad y la madurez reproductiva implica obligadamente desear un hijo. Sobre el objeto de deseo “hijo” se ha

depositado “algo” (entramos en el campo de la fantasía inconsciente) que hace pensar que “él” será lo que produzca la satisfacción absoluta y mítica.

Ahora bien, si no hay objeto de deseo, si es una pura ficción ¿A qué remite éste, entonces?

3.1.8.2. El objeto de la pulsión es aquello mediante lo cual se satisface ésta. Es un objeto fantasmático, variable, autoerótico y puede ser permutable por otro en virtud de sus posibilidades de procurar satisfacción y de su valor simbólico. Ha de entenderse como un objeto facilitador de una satisfacción parcial, pero no como un objeto adecuado o coordinado instintivamente con alguna necesidad. El hijo, como cualquier otro objeto, podría servir a la satisfacción pulsional

El otro aspecto bajo el que se considera el objeto es como correlato de la pulsión, es decir, como aquello mediante lo cual se puede satisfacer ésta. Si la condición de objeto perdido desde el inicio es lo que lo convierte en causa del deseo, al hablar de objeto pulsional lo que se debe tener en cuenta es la relación del objeto con las satisfacciones reales que se da el ser hablante en tanto que viviente. Y que tienen que ver con su propia historia personal y con el fantasma.

Freud elabora la concepción de objeto pulsional en 1905, en los “*Tres Ensayos*” y en 1915 en “*Pulsiones y destinos de pulsión*”. Explica el objeto pulsional como aquello que sirve a la satisfacción de la pulsión. Define la pulsión como “*un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal*” (1915, p. 117). Y distingue entre esfuerzo, meta, fuentes y objetos de la pulsión. Por esfuerzo entiende su factor motor, la medida de la exigencia de trabajo que ella representa, implica siempre un grado de actividad, de tal forma que no puede hablarse de pulsiones pasivas. La meta de la pulsión es siempre la satisfacción, es decir, la cancelación de la estimulación en la fuente misma de la pulsión. Ahora bien, aunque la meta siempre es la satisfacción, ésta puede alcanzarse por diversos caminos o incluso podemos hablar de pulsiones de “meta inhibida”, cuando sólo se permite avanzar un trecho a los procesos que llevarían a la satisfacción pero que después experimentan una inhibición o una desviación. La fuentes de la pulsión es el proceso somático que tiene lugar en el interior de un órgano o parte del cuerpo.

En “*Tres ensayos para una teoría sexual*” Freud ubica los orígenes de la sexualidad adulta en la vida infantil. En el bebé, desde el chupeteo, se advierte la presencia de una acción encaminada hacia una satisfacción que no se agota con la actividad nutricia propiamente, sino que se extiende más allá. Al hablar de la vida pulsional y sexual Freud estudia una satisfacción que el viviente percibe como exigencia, como esfuerzo pulsional y como anhelo por restaurar un placer

perdido. “La acción del niño chupeteador⁴³ se rige por la búsqueda de un placer ya vivenciado y ahora recordado” (1905, p. 164). De modo que a partir de una primera satisfacción cuyo objeto puede ser la leche que brota del pecho de la madre en la alimentación, lo sexual se separa de lo nutricional para convertirse en satisfacción autoerótica. Un poco más adelante, para referirse a la sexualidad infantil dice:

“Esta nace apuntalándose en una de las funciones corporales importantes para la vida; todavía no conoce un objeto sexual, pues es autoerótica, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena. Anticipemos que estos caracteres son válidos también para la mayoría de las otras prácticas de la pulsión sexual infantil” (Freud, 1905, pp. 165-166).

Esto es, hace derivar las pulsiones sexuales apoyándose en las funciones corporales y las caracteriza como autoeróticas. Que la pulsión nace apuntalándose en funciones corporales quiere decir que los orificios corporales comprometidos en las necesidades fisiológicas son los primeros en constituirse en zonas erógenas. Es decir, en lugares de intercambio y de cuidados. Zonas que representan un espacio intermedio entre lo interior y lo exterior del organismo, o vías de entrada de lo externo, del otro (por lo general la madre) en el cuerpo,

⁴³ Freud al hablar de chupeteador que no “succionador” alude a que no es la leche lo que el niño persigue, sino satisfacer *algo* desconocido, la tensión nueva, mediante el acto de chupetear. El objeto de la necesidad (leche) se ha perdido y en su lugar, a través del fantasma, se busca otro tipo de satisfacción en un objeto fantasmático (labios, pulgar, pecho...), es decir aparece otro objeto: el pulsional. Se ha producido un deslizamiento, por contigüidad con la leche y, en su lugar aparece otra cosa como sustituto. El autoerotismo es movilidad, es tiempo psíquico, implica una cierta posibilidad de establecer ligazones, sustituciones.

dando lugar a un interno-externo, a unas primeras huellas mnémicas que se inscriben en el cuerpo del recién nacido⁴⁴.

La pulsión no es por tanto endógena, en el sentido de ser una fuerza que se origine por sí en el propio niño. Dicho de otro modo, de la fuente (zona erógena) no brota espontáneamente la sexualidad infantil. Algo ajeno, externo, viene a implantarse en esas zonas a través de los cuidados que la madre otorga. Lo sexual inconsciente de los

⁴⁴ Aunque reconoce que también cualquier otra parte del cuerpo puede adquirir esa cualidad erógena, basta con que sea apto para producir sensaciones placenteras, esto es sea susceptible de excitabilidad. Incluso los órganos internos del cuerpo también podrían tener esa característica (Freud, 1905, p. 167 y pp. 198-99). Por tanto, la pulsión no nace de una fuente endógena genéticamente determinada, sino que cualquier movimiento mecánico al que se someta al niño, cualquier parte del cuerpo, e incluso toda actividad humana puede contribuir a la excitación de la pulsión sexual. Incluso los afectos penosos (miedo, espanto, angustia, dolor) contribuyen a desencadenar la sexualidad (1905, pp. 182-87). Cuestión que señalo por su posible relación con el embarazo y el significado que tanto el embrión como el feto pueden adquirir y, en segundo lugar, por su relación con el origen del sadismo o el masoquismo como forma de goce sexual. Es decir, entiendo que Freud está hablando de la forma en que el cuerpo se erogeniza, en que adquiere un significado que va más allá de lo real biológico. Y se erogeniza porque el cuerpo –como puro organismo– se va cargando de significaciones inconscientes y transformándose en un cuerpo humano. Por apuntalamiento en las funciones de autoconservación, en funciones vitales, va a surgir la sexualidad como algo diferente. Pero la sexualidad no brota de forma natural de una fuente erógena natural.

De otro lado, se entendería, así, otra vía de entrada de lo externo excitante, la vagina que, sin embargo, y si apelamos únicamente a la posibilidad de contacto físico, de manipulación por la madre –y no al valor simbólico inconsciente que esta parte del cuerpo infantil tiene para el adulto cuidador– quedaría excluida como zona erógena en la infancia (André, 2002, pp. 36-46). (Salvo que tomemos en cuenta la co-excitación a través de la pared recto-vaginal que apunta Freud en 1917 en su texto “*Sobre las trasposiciones de la pulsión en particular del erotismo anal*”). André (2002, pp. 119-20), apoyándose en Freud, sostiene que además de la manipulación de esa zona, la mirada, los gestos, los afectos –guiados por los fantasmas paternos– contribuirían a erogenizar la vagina. Es decir, la vagina no se erogeniza sola, desde el interior, por su propia sensibilidad, en la pubertad, sino por la intromisión de un adulto, por el fantasma de éste, y por la asociación entre ano-vagina derivada de las fantasías infantiles subyacentes en el adulto. El problema del conocimiento o ignorancia de la vagina, de si existe sensibilidad en ella, de cuál es el origen de esta sensibilidad, dará pie a arduas discusiones acerca de su importancia o no para la constitución de la sexualidad femenina. Discusiones que ocupan tanto a las Escuelas de Viena y Londres, como a los estudios de las psicoanalistas (Irigaray, 1974, 1980 y 1080a; Dinnerstein, 1976; Lemoine-Luccioni, 1976; Montrelay, 1977; Kristeva, 1979, 1983; Chodorow, 1984 y Vegetti, 1992) posteriores a Lacan que han abordado el tema de la feminidad y el deseo de un hijo.

padres viene a introducirse junto con los cuidados y atención que el niño requiere para su supervivencia. Lo sexual de lo que ellos mismos no saben. Laplanche (1993, pp. 70-71) cita del protocolo 159, de las *“Minutas de la Sociedad psicoanalítica de Viena”*, un texto de la reunión del 24 de enero de 1912 dedicada a la cuarta discusión sobre el onanismo, del cual entresaco estos párrafos:

“Como el onanismo infantil es un fenómeno tan extendido y tan poco mencionado, debe de tener un equivalente en la vida psíquica. Encontramos en efecto este equivalente en el fantasma que aparece en la mayoría de los pacientes, a saber, que fueron seducidos por su padre en la infancia. (...) El núcleo de verdad que contiene este fantasma reside en el hecho de que el padre ha despertado efectivamente, por sus ternuras inofensivas, en la primera infancia, la sexualidad de la niña. Lo mismo vale para el varón respecto de su madre. Son los mismos padres tiernos los que se esfuerzan después en deshabituarse al niño de la masturbación, de la cual habían devenido inocentemente la causa”.

Cuestión que ya había expuesto en *“Tres ensayos de teoría sexual”* al hablar del objeto sexual del período de lactancia (1905, pp. 203-04) en donde especifica cómo los cuidados de la persona que cuida del niño son una fuente continua de excitación y de satisfacción sexual y cómo tras los sentimientos tiernos de los adultos hacia el niño lo que se esconde es la sexualidad inconsciente adulta. Es decir, es el adulto auxiliador el que con su sexualidad introduce la pulsión, algo distinto a la necesidad biológica, algo que se divorcia de la nutrición, algo que despierta el fantasma.

“Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo” dice Freud (1905, p.

173), primera forma de manifestarse la sexualidad infantil. Las excitaciones provienen de múltiples fuentes que no se conjugan todavía y persiguen cada una por separado su meta, que no es otra que obtener placer. Un placer desmembrado, estrictamente localizado en zonas. *“De ello inferimos, por consiguiente, que en la niñez la pulsión sexual no está centrada y al principio carece de objeto, vale decir, es autoerótica”* (1905, p.213). Es el adulto⁴⁵ quien genera esta sexualidad infantil descentrada, no ubicada en los genitales, autoerótica. El origen de este autoerotismo está pues en ese momento en que la sexualidad se desprende de un objeto natural y se ve librada a la fantasía.

De otro lado, Freud (1915, p. 119) distingue, inicialmente, dos grupos de pulsiones primordiales las yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. Sostiene que estas últimas son numerosas y brotan de múltiples fuentes orgánicas⁴⁶, actuando, al menos en sus orígenes y antes de alcanzar su síntesis, independientemente unas de otras. Sólo cuando alcanzan esa síntesis entran al servicio de la función de reproducción (Freud, 1915, p. 121). Existen, por tanto, múltiples fuentes de la pulsión y la satisfacción esta ligada a estas diferentes partes del cuerpo. La meta es “el placer de órgano”, es decir el placer adscrito a un órgano específico del cuerpo. Freud destaca que el objeto pulsional es variable, y lo dice explícitamente:

⁴⁵ Aunque Freud (1905, pp. 172-73) niega que se requiera la seducción para despertar la vida sexual del niño se está refiriendo a la seducción proveniente de un adulto perverso, pero no a la derivada de los cuidados tiernos, de sexualidad de meta inhibida, de unos padres normales y amorosos.

⁴⁶ Ya he señalado que la idea de una fuente de donde brota naturalmente la sexualidad no es aplicable al ser humano. Sin embargo, si es aplicable en lo que respecta a lo autoconservativo.

“El objeto de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles” (Freud, 1915, p. 118).

Por tanto, el objeto no está enlazado originariamente con la pulsión y puede ser cualquiera que proporcione satisfacción. Que el objeto no esté vinculado desde el principio con la pulsión, quiere decir que la pulsión misma deviene de lo autoconservativo, pero no se relaciona directa y obligadamente con el objeto que satisface la necesidad. Hay “algo más” que se ha producido, la pulsión, la sexualidad autoerótica que el niño busca satisfacer fantasmáticamente por varias vías y a través de muy diversos objetos. El objeto que satisface no es el de la necesidad, se ha deslizado y se busca otro sustitutivo. De ahí que pueda hablarse de que el objeto se ha perdido para siempre.

No se habla de relación con el otro, sino de la satisfacción propia. Es decir, el objeto pulsional lo define el autoerotismo. Puede tratarse de una persona, pero no necesariamente, o de un objeto parcial. Puede ser un objeto real o fantaseado. La condición es que la pulsión logre su fin. Es factible pensar, entonces, que incluso el hijo (o el feto), pueda ser ubicado fantasmáticamente en esa posición de objeto pulsional, puede no ser reconocido como persona, sino como un objeto parcial, pulsional. Que se constituya para la madre en un objeto de goce autoerótico o que no sea capaz de investirlo como un todo, y que

sólo le vea como un compuesto de partes: una boca a saciar; un cuerpo a asear, etc. sobre el que desempeñar funciones dirigidas a la conservación.

El objeto de la pulsión puede ser un objeto parcial: pecho, pene y muchas otras partes del cuerpo, pero también muchos otros elementos relacionados con lo vivido corporal (excrementos, niño...) que tienen en común el rasgo fundamental de ser, real o fantaseadamente separados o separables. En “*Carácter y erotismo anal*” (1908) y años después en “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” (1917) dice Freud que el objeto de la pulsión puede ser permutado por otro, ya que se trata de objetos parciales, entre los cuales pueden establecerse equivalencias simbólicas. Establecer dichas equivalencias es un movimiento de ligazón, de unir representaciones⁴⁷. Que el objeto pulsional se preste al canje lo explica Freud (1908, pp. 155-58 y 1917, p. 118), bajo el paradigma del erotismo anal, por las posibilidades lingüísticas y simbólicas⁴⁸. Así, en 1917 para referirse al destino de las pulsiones anales expresa:

“Puede servir como punto de partida de estas elucidaciones la impresión de que en las producciones de lo inconsciente –ocurrencias, fantasías y síntomas- los conceptos de caca (dinero, regalo), hijo y pene se distinguen con

⁴⁷ Ligazón como característica fundamental de la pulsión de vida opuesta a la pulsión de muerte en la segunda teoría pulsional que Freud presenta en “*Mas allá del principio del placer*” (1920).

⁴⁸ Quiero recordar que mucho tiempo antes ya había Freud apuntado la importancia lingüística que está presente en el funcionamiento del inconsciente. En la “*Carta 79*” escrita a Fliess el 22 de diciembre de 1897 (Freud, 1897g, p. 314-15) y, por supuesto, en “*La interpretación de los sueños*”.

dificultad y fácilmente son permutados entre sí. (...) Repitamos, pues, de una manera menos expuesta a objeciones, que esos elementos a menudo son tratados en lo inconsciente como si fueran equivalentes entre sí y se pudieran sustituir sin reparo unos por otros”. Y prosigue: “Esto se aprecia mejor respecto de los vínculos entre <<hijo>> y <<pene>>. Tiene que poseer algún significado el hecho de que ambos puedan ser sustituidos por un símbolo común tanto en el lenguaje simbólico del sueño como en el de la vida cotidiana. Al hijo y al pene se los llama el <<pequeño>> {<<das Kleine>>}” (Freud, 1917, pp. 118-19).

Freud apunta al valor simbólico que acompaña al objeto pulsional⁴⁹. Pero también es preciso subrayar la importancia de que pueda producirse ese desplazamiento y sustitución de unos objetos por otros.

¿Podemos pensar que ese canje de un objeto por otro, en virtud de las experiencias particulares de un sujeto, pueda tener lugar bajo una simbolización patológica, como una fijación a lo real del objeto pulsional, como una simple reduplicación de lo mismo? O, de otra forma, ¿que no sea posible establecerse sustituciones y se fije la pulsión a un único objeto?

La pulsión, como vemos, es algo generado por un mundo simbólico que está presente en los adultos que se encargan del bebé, y que, en virtud de su fantasma inconsciente, de las prohibiciones, temores, deseos inhibidos, etc., actúan provocando en el niño una estimulación adicional a la que ya éste tenía por razones de necesidad orgánica. Por tanto, aunque la estimulación y satisfacción pulsional es

⁴⁹ Freud descubre la relación entre heces=dinero=regalo=hijo (1905, p. 169). Y de ahí deriva el valor positivo que para la niña tendrá el hijo. ¿Cabe pensar que se produzca también una asociación de heces = hijo, y que el hijo, igual que las heces, se desee retener para la propia satisfacción?

algo real que se da en el propio cuerpo, también afecta a la relación del viviente con el mundo simbólico que lo recibe, de modo que cada época y cultura inciden en las satisfacciones consintiendo algunas y desautorizando otras. Esto puede hacer que las cosas se compliquen en lo que respecta al deseo de un hijo. Si el objeto pulsional se presta al canje, por ejemplo heces-dinero-pene-hijo. Y puesto que la cultura identifica maternidad y feminidad, considera el deseo de un hijo como expresión última de un instinto, idealiza el amor maternal por el hijo, o imagina que el hijo es lo máspreciado para una mujer, puede producirse que bajo ese deseo de maternidad no se descubra que, también, el hijo, apenas investido como un todo, podría no ser más que un objeto pulsional de goce autoerótico.

Freud (1905, pp. 136-141) en el capítulo I de los “*Tres ensayos*”, relativo a las aberraciones sexuales, y específicamente en el que aborda las trasgresiones anatómicas, habla de la “sobrestimación sexual” que rara vez se hecha de menos respecto del hijo dado a luz por ella. Más adelante (p. 139) señala cómo puede producirse un desborde sexual hacia otros lugares del cuerpo, de modo que otras partes del cuerpo puedan ser –además de sobrestimados sexualmente– tratadas como genitales. El objeto sexual normal puede ser sustituido por otro relacionado con él, pero totalmente inapropiado: el fetiche. Cabe pensar, entonces, que el niño, en cuanto que una parte separada del propio cuerpo, sobrestimado sexualmente, todo él, puede transformarse en fetiche. En esta sustitución interviene ese factor de sobreestimación sexual, pero tiene que darse algo más, que la persona quede adherida, fijada a ese modo de satisfacción, que éste remplace a la meta sexual normal, y que el fetiche se desprenda de esa persona

determinada y pase a ser un objeto sexual por sí mismo. Fijación que Freud relaciona con “*la significatividad de las impresiones sexuales tempranas*” (p. 140)⁵⁰.

Finalmente, y volviendo al tema de la pulsión, Freud en “*Pulsiones y destinos de pulsión*” (1915, pp. 121-22) expresa cómo estas pulsiones pueden tener distintos destinos (transformación en lo contrario, vuelta hacia la persona propia y represión)⁵¹ y cuando se reúnan en una síntesis y entren al servicio de la función de reproducción pueden obtener satisfacción por otras vías muy alejadas de las que originalmente tuvieron, mediante la sublimación. La pulsión se desexualiza y se sublima dirigiéndose hacia un fin y un objeto valorados socialmente. Pero esto sólo sucede cuando se ha logrado cierta unificación de las pulsiones al servicio de la reproducción y ha sido posible también la elección de un objeto de amor unificado. ¿A qué se refiere Freud con objeto de amor?

⁵⁰ Fijación que Freud en “*Tres ensayos de teoría sexual*”, aunque relaciona la constitución orgánica, también la explica por el mayor peso que tienen en la vida anímica las huellas mnémicas en comparación con las impresiones recientes y por las “*incitaciones accidentalmente vivenciadas de la sexualidad infantil. Estas (seducción por otros niños o por adultos, sobretudo) aportan el material que, con ayuda de aquellos factores, puede ser fijado como una perturbación permanente. Buena parte de las desviaciones respecto de la vida sexual normal que después se observan han sido establecidas desde el comienzo, así en neuróticos como en perversos, por las impresiones del período infantil, supuestamente exento de sexualidad*” (Freud, 1905, pp. 221-22). Es decir, por seducción provocada por un adulto, o por la madre, de forma más o menos inconsciente, que toma al hijo como un objeto sexual.

⁵¹ Los destinos de pulsión son pues ya formas de elaboración psíquica, de ligazón, de derivación de lo sexual, por tanto estructuraciones sucesivas del psiquismo. Mientras que la pulsión de muerte, de la que hablaré más adelante, se podría explicar como la imposibilidad de elaboración psíquica, de encontrar ningún destino, de limitarse a una descarga repetitiva y autodestructiva en un lugar único, en aquel en donde se ha producido la intromisión de la pulsión misma (Laplanche, 1993 y Bleichmar, 1993, pp. 56-58)

En síntesis, la pérdida del objeto real de la satisfacción posibilita el desarrollo de la vida pulsional que se caracteriza por ser autoerótica. El objeto de la pulsión es el instrumento del que ésta se sirve para lograr la satisfacción. Es variable e intercambiable. Puede proceder de la exploración azarosa del propio cuerpo o de algún objeto que el niño encuentre que tenga esa aptitud. Basta con que facilite esa satisfacción. Un mismo objeto puede satisfacer pulsiones distintas. En el recorrido pulsional, la satisfacción se da en el propio cuerpo, no busca una satisfacción en el otro. No existe un objeto pulsional determinado, un objeto real que se ajuste adecuadamente. Se trata de un orden distinto al de la satisfacción de la necesidad orgánica, un funcionamiento donde la satisfacción se independiza de la búsqueda inicial del alimento para convertirse en placer de órgano. Freud caracteriza este orden pulsional como sexual y autoerótico. La satisfacción es parcial, esto es, no tiene la dimensión totalizante o unificante que caracteriza al objeto de amor, del que hablaré en el epígrafe siguiente.

Pero la pulsión no brota del propio cuerpo, sino de una experiencia sexual prematura que, como ya vimos, incita a la compulsión y a la represión. Experiencia sexual prematura originada por la intromisión inconsciente y seductora del adulto y que genera la búsqueda de una satisfacción más allá de la de la necesidad. Una satisfacción que se busca en la

misma zona –incluso puede que en el mismo objeto de la necesidad- en donde surgió la excitación y la satisfacción primera, pero que no coincide con la que proporciona el objeto de la autoconservación. Una satisfacción que da pie al niño "perverso polimorfo", buscador de múltiples objetos capaces de producirle placer en diversas partes de su cuerpo.

El objeto pulsional suele ser una parte del propio cuerpo y su destino ulterior es variable. Que sean objetos intercambiables está aludiendo a la posibilidad de sustituirse unos por otros, está hablando de objetos con un valor simbólico. El hecho de que cualquier parte del cuerpo sea susceptible de constituirse en una fuente de excitación muestra que las pulsiones, y el erotismo humano en su conjunto, no se circunscriben ni se localizan en el marco restringido de los órganos genitales y que su fin excede a la función reproductora. El niño, o el adulto, puede hallar satisfacción en actos y situaciones que en apariencia están desvinculados de la sexualidad. La variabilidad del objeto de la pulsión demuestra, así mismo, que la sexualidad no está definida por un modelo uniforme y normativo. El objeto pulsional es producto de la historia de cada sujeto. El concepto de pulsión sexual difiere también del de instinto sexual. Freud aporta una concepción de la sexualidad en absoluto coincidente con la reproducción o con la sexología. La sexualidad en el ser humano no está orientada necesariamente –o normativamente- a la procreación.

Ahora bien, el hijo es uno de los objetos pulsionales dentro de la cadena de posibles sustitutos, puede ser considerado por la madre como un puro objeto de la pulsión, no verlo o no investirlo como un objeto totalizado. Pero también, sobre el objeto “hijo” se deposita “algo” (entramos en el campo de la fantasía inconsciente) que lo transforma en un objeto sobreestimado sexualmente y que hace pensar que “él” será lo que produzca la satisfacción absoluta y mítica. Todo él puede ser considerado un objeto sexual suficiente y único para asegurar la satisfacción.

Si partimos de la naturalidad de la maternidad o de un imaginado instinto maternal, o de la adecuación del objeto-hijo a un supuesto instinto de autoconservación de la especie y no tomamos en cuenta el concepto de sexualidad, de pulsión y de fantasma que Freud descubre, estaríamos ignorando una parte del funcionamiento psíquico, el inconsciente y encontrando inexplicables determinados comportamientos. Máxime si se tiene en cuenta la aportación ulterior que Freud hace con la definición de pulsión de muerte.

Ahora bien, el que las pulsiones puedan ponerse al servicio de la reproducción, y no exclusivamente al servicio del placer de órgano, sólo puede lograrse si se dan dos condiciones, la unificación de éstas y la posibilidad de elegir un objeto de amor unificado. ¿A qué se refiere Freud cuando habla de objeto de amor?

3.1.8.3. El objeto de amor se refiere a la forma de relación afectiva con el otro. Designa aquello que constituye para el sujeto objeto de atracción libidinal, casi siempre una persona. Implica unificar los diferentes objetos pulsionales y sustituirlos por un objeto único, ajeno al propio cuerpo. Remite, en última instancia, a la elección de una persona como objeto amado y como partenaire sexual; paso necesario, aunque no suficiente, para la constitución de la “normalidad” y para desear un hijo como objeto de amor.

La tercera forma de conceptualizar el objeto es como correlato del amor. Se trata ya de la relación de la persona total, con un objeto al que se percibe como totalidad, teorizará Freud (1915, p. 132) en *“Pulsiones y destinos de pulsión”*. Implica la síntesis de todas las pulsiones parciales de la sexualidad bajo el primado de los genitales y al servicio de la función de la reproducción. Es radicalmente distinto de los otros dos objetos. Freud habla de elección de objeto de amor. Partiendo de la pulsión y su satisfacción autoerótica en el propio cuerpo, pretende llegar a explicar las relaciones con el semejante. En esta misma obra para hablar del amor, dirá *“Naturalmente somos reacios a concebir el amar⁵² como si fuera una pulsión parcial de la sexualidad entre otras. Más bien querríamos discernir en el amar la*

⁵² Freud unas páginas después define el amar como *“la relación del yo con sus fuentes de placer”* (1915, p. 130).

expresión de la aspiración sexual como un todo” (1915, p. 128). Si bien en cuanto al contenido este puede ser susceptible de oposiciones distintas. Y, así, dice que *“El amar no es susceptible de una sola oposición, sino de tres. Además de la oposición amar-odiar, hay la que media entre amar y ser-amado, y por otra parte, amar y odiar tomados en conjunto se contraponen al estado de indiferencia”* (p. 128). Pero recordemos también que amar tiene otros componentes: el erótico, sensual o sexual; la ternura: como inhibición de lo anterior y el componente narcisista. Matizaciones que son clave tanto para entender la propia construcción del yo (derivada de la posibilidad de ser amado por otro y amarse a sí mismo como el otro le amó y no de la indiferencia), como para entender, también, la compleja relación que se va a establecer con el objeto amado -y odiado-, y con la simultaneidad entre el amar, ser amado. Cuestiones que habrá que tomar en consideración al referirse al deseo de un hijo como objeto de amor, de odio, como objeto indiferente o, como objeto pulsional parcial.

La constitución del objeto de amor se desarrolla en un proceso que, como resume Freud en su *“21ª Conferencia: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”* tiene dos metas:

“En primer lugar, abandonar el autoerotismo, permutar el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único. Esto sólo puede lograrse, desde luego, cuando dicho objeto único es a su vez un cuerpo total, parecido al propio” (Freud, 1916c, p.300).

Es decir, se precisa alcanzar dos objetivos: Integrar el autoerotismo y la satisfacción fragmentada en un todo unificado, en un cuerpo integrado, en una unidad. Y un segundo objetivo, sustituir la satisfacción centrada en uno mismo y buscarla en un cuerpo ajeno, reconocido como un otro total. El objeto de amor no es el objeto pulsional.

Este nuevo objeto designa aquello que constituye para el sujeto motivo de atracción libidinal, de amor (o de odio), casi siempre una persona (aunque también si tomamos en cuenta la sublimación tendría que ver con una entidad, un ideal, etc.). Tampoco se relaciona exclusivamente con la corriente sensual, incluye también a la corriente tierna, resultante de la inhibición de la anterior. Es decir, elegir un objeto externo –totalizado– sobre el que depositar el conjunto de deseos eróticos y desexualizados. Pero el objeto de amor, además, no remite exclusivamente al partenaire sexual. Remite al otro, al investimento libidinal de objetos exteriores⁵³, alude, por tanto, también al hijo como objeto de amor⁵⁴, o incluso, al hijo “en el útero”⁵⁵.

⁵³ Remite también a la posibilidad de establecer transferencia.

⁵⁴ Tal y como Freud repetidamente lo aborda en los “*Tres ensayos*” (1905, pp. 203-04) pero también en “*Introducción del narcisismo*” (1914 p. 86) cuando expresa “*Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto*”. Si bien cabe hacerse una pregunta respecto a lo que expresa ese “permanecer frías hacia el hombre”. ¿Qué carecen de interés por un objeto externo? ¿Quiere ello decir que es posible un amor de objeto por el hijo sin pasar por un amor de objeto por el hombre?

⁵⁵ El feto puede tener estatuto de objeto de amor en la medida en que se le atribuyen, expectativas, intencionalidad, etc. (que hace formular a la madre frases del tipo: “pega muchas patadas porque va a ser futbolista”, “le gusta la música”, “yo le hablo”, etc.). Esto es, en la medida en que es considerado un proyecto de ser humano, se le da atributo humano, de totalidad y se le inviste. Y de objeto externo (aunque en el

Elegir un objeto de amor, de otro lado, exige invertir al objeto. No es posible elegir un objeto indiferente. Como mencioné Freud (1915, p. 128) contrapone el amar y odiar al estado de indiferencia. En el narcisismo la elección de objeto de amor recae sobre uno mismo. ¿Cómo salir de esa indiferencia hacia todo lo que no sea uno mismo? ¿Cómo se produce el descubrimiento del otro al que amar? Responder a estas cuestiones –y a otras- va exigiendo a Freud la necesidad de apelar a una nueva tónica explicativa del psiquismo.

Ahora bien, como veremos, la elección del objeto de amor se realiza de dos modos, que afrontaré en el epígrafe 3.1.8.3.1.2. Pero antes vamos a ver las implicaciones de esa elección y lo que caracteriza a ese objeto de amor elegido.

El empleo de la palabra “elección” supone que el sujeto está concernido activamente en el proceso. Por tanto, el objeto elegido no se trata del que encuentra –como en esa primera vivencia de satisfacción que genera el objeto de deseo-, ni del uso instrumental de cualquier objeto que el azar haya posibilitado como adecuado para la satisfacción autoerótica de la pulsión. La elección de objeto conlleva el intento por parte del sujeto de compatibilizar las exigencias pulsionales con el lazo social. Las diversas modalidades de satisfacción pulsional sexual que correspondían a las etapas oral, anal y fálica, van a dar lugar a la construcción de un objeto que culminará primero en la

interior del cuerpo de la madre), en la medida en que sea considerado un niño por nacer y no un conglomerado de células internas.

elección de un objeto incestuoso, correspondiente al complejo de Edipo, y a su resolución posterior (Freud, 1916c, pp. 300 y 302-07).

En “*Tres ensayos*” Freud describe cómo surge –a partir de esa constitución perversa polimorfa que se ha instalado en el niño por los cuidados de la madre- el amor libidinal del niño por las personas que de él se ocupan.

Desde el comienzo las pulsiones parciales, aunque autoeróticas y desconectadas, envuelven a otras personas en calidad de objetos (Freud, 1905, pp. 169-174). Pero el punto de llegada para la vida sexual normal del adulto, dice Freud (1905, p. 179), ha de ser la consecución del placer al servicio de la función de reproducción. Las pulsiones parciales habrán de ponerse bajo el primado de una zona erógena única, formando una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno. Aunque, como deja claro Freud este supuesto ideal no se consiga alcanzar plenamente, puesto que está sujeto a inhibiciones y perturbaciones (p. 179).

Y un poco más adelante continua: “*A menudo, o regularmente, ya en la niñez se consume una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta*” (p. 181). Freud señala que la única diferencia entre esta primera elección y la que ulteriormente se realice en la pubertad “*reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta.*”

Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual” (1905, p. 181).

Sin embargo, ya en la infancia se efectúa una elección incestuosa de un objeto de amor. Pero la cultura impone preceptos morales que excluyen expresamente a dichas personas. Y como consecuencia de dicha prohibición del complejo de Edipo se imponen una serie de barreras morales. El paso por el complejo de Edipo durante la infancia decidirá el destino de determinadas satisfacciones pulsionales consideradas como incestuosas. Freud está hablando de cómo el proceso civilizador incide sobre el recién nacido, provocando pulsiones y ordenando la vida en común de las personas y las satisfacciones permitidas. El complejo de Edipo, del que hablaré más adelante, es el patrón humanizante por excelencia⁵⁶. En él se articula la identificación a uno de los sexos, el amor, el deseo sexual, la rivalidad, la ambivalencia, lo posible y lo prohibido. El paso por el complejo de Edipo y la aceptación de la prohibición incestuosa será obligado para el acceso a la normalidad. Desear un hijo antes de este momento humanizador es posible, pero no desde la normalidad.

Pero antes de elegir un objeto de amor ajeno, Freud en 1911 va a destacar una fase intermedia en la que el yo se toma a sí mismo como objeto de amor. Así, en *“Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un*

⁵⁶ Ello incluye la seducción materna y los cuidados “antinaturales” que, cómo ya vimos, constituyen la primera forma de humanizar a la cría. Seducción materna derivada de la imposibilidad de limitarse a unos cuidados autoconservativos puros, sino atravesados por un inconsciente y por la interdicción del incesto. Pero, para acceder a la normalidad el niño –y en consecuencia, el futuro padre o madre-, precisa vivir la experiencia subjetiva edípica e incorporar él personalmente dicha prohibición

caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente” en el que analiza el caso Schreber, destaca la importancia de un estadio narcisista, normal, en la evolución libidinal intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto (Freud, 1911a, p. 56).

El paso del objeto pulsional, parcial, al objeto de amor, total, como acabo de mencionar, es simultáneo al proceso de integración de las pulsiones parciales y a su organización bajo la primacía de lo genital. Proceso que tiene lugar durante el desarrollo psicosexual o libidinal del niño/a. Durante este recorrido el objeto pasa a ser reconocido en todas sus cualidades e independencia, lo que a su vez exige la construcción previa de un yo. El objeto pulsional se transforma en objeto de amor⁵⁷. Ya no es sólo el correlato de la pulsión. Pero, aunque el objeto total se plantee como la fase final de un itinerario, como ya anticipé nunca se concluye plenamente, nunca es ajeno a las implicaciones narcisistas. El objeto total, objeto de amor, está constituido por un precipitado de objetos parciales. El propio yo también es un precipitado de objetos internalizados. La elección del objeto de amor es el campo de las identificaciones, idealización y del narcisismo.

⁵⁷ Ahora bien uno de los destinos de la pulsión, dice Freud es (1915, p. 122) la transformación en lo contrario, y “*La mudanza de una pulsión en su contrario (material) sólo es observada en un caso: la transposición de amor en odio. Puesto que con particular frecuencia ambos se presentan dirigidos simultáneamente al mismo objeto, tal coexistencia ofrece también el ejemplo más significativo de una ambivalencia de sentimientos*”. Es decir una oscilación de sentimientos de amor y odio

En síntesis, aunque Freud emplea el mismo término “objeto” para hablar de objeto de deseo, pulsional y de amor, sin embargo se está refiriendo a conceptos diferentes. Puede decirse que el objeto de la pulsión y el del amor son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo. Ahora bien, el objeto de amor posee características totalizantes y engloba como en un todo, tanto al objeto en sí,- que se puede asimilar ahora al concepto de persona-, como a las pulsiones que hacia él se dirigen. Éstas pierden esa característica de parciales para aparecer, al menos en teoría, como unificadas y bajo la primacía genital.

El proceso hasta llegar a la elección de un objeto de amor, entendido como una persona, se va produciendo desde la niñez hasta la vida adulta con la elección de la pareja sexual. Implica la relación de una persona total con otra reconocida también en su totalidad. Las satisfacciones pulsionales sufrirán una serie de cambios para hacerlas compatibles con una ligazón duradera con el otro. Freud descubre dos fases en este proceso: La primera culmina con el complejo de Edipo, el abandono de las metas sexuales de la pulsión y el refuerzo de los sentimientos tiernos hacia los padres. La segunda tiene lugar en la pubertad cuando se produzca el desarrollo hormonal. Pero siempre restan aspectos de esa primera forma de satisfacción de la sexualidad infantil, que perduran en el inconsciente y constituyen una fuente continua de conflicto.

Esta unificación de la vida pulsional para acceder a la satisfacción en la relación con el otro se puede entender como el efecto de la cultura sobre las satisfacciones pulsionales del viviente. La cultura ordena, prohíbe y regula las satisfacciones que son compatibles con el lazo social, descartando las que se consideran contrarias. La elección de un objeto de amor admitido, hacia quien dirigir sentimientos y deseos sexuales tolerados, es un paso necesario para la normalidad. Si bien la normalidad no está exenta de conflicto.

La posibilidad de buscar un hijo y el reconocimiento de éste como objeto de amor implica la posibilidad de reconocerlo como otro ajeno, unificado y deseante. Pero para ello es preciso una serie de logros personales previos. Es menester la integración previa de uno mismo como un todo –amado y al que amar-, la integración de las pulsiones. Esto es, la estructuración de un yo gracias a la acción “narcisizante” de la madre. Pero exige, también, la admisión de la prohibición de los deseos incestuosos hacia el hijo. Ese amor de la madre por el hijo, que posibilitará la aparición de su yo, ha de estar limitado y ordenado por la cultura. Pero esto es aplicable tanto al hijo que se busca y se ama, a la vinculación que se establecerá con él, como a la madre que lo busca, dado que ella estuvo en posición de cría. Su historia remite a la de sus propios padres. Desear un hijo no es, pues, una cuestión que implique sólo a la madre que lo anhela, o a la pareja sexual padre de ese futuro hijo, sino que es un deseo en el que están presentes la generación antecesora, los abuelos del hijo por

nacer. Y están presentes, no física o moralmente, sino, en la medida en que ellos han constituido los primeros esbozos del inconsciente materno y paterno, de la pulsión, del autoerotismo. Esto es, en la forma en que esos padres han sido amados como hijos, han estructurado su yo y su Edipo. De modo que, el hijo por venir es un proyecto sexuado en el que intervienen los fantasmas paternos y especialmente el materno. Cuestión que habrá que matizar más.

Es decir, desear, buscar un hijo como objeto de amor, es un deseo originado, ordenado y regulado por la cultura y no una tendencia natural hacia el producto del cuerpo. Amar al hijo no responde a un instinto de protección de la cría, ni deriva de un saber instintivo de los cuidados requeridos para la supervivencia física de la misma, ni desear un hijo responde a un “instinto de amor” o de conservación de la especie.

Ahora bien, hemos visto que para la constitución del objeto de amor se precisa la unificación de la satisfacción pulsional, del autoerotismo y la elección de un objeto total fuera de uno mismo ¿Cómo se produce esto? ¿Cómo incide ese proceso civilizador? ¿Cómo y por qué se unifican e integran las pulsiones en un yo? ¿En qué consiste esa etapa intermedia narcisista? ¿Por qué se elige un objeto externo?

3.1.8.3.1. La elección de objeto de amor es un proceso que se consuma, idealmente, en la vida adulta, con la elección de una persona o de un tipo de persona, como pareja sexual. Dicho proceso, que se lleva a cabo en dos tiempos, es simultáneo a la construcción del propio Yo y al narcisismo. Entraña dos modos de elección: una de tipo narcisista y otra de tipo objetal.

El objeto de amor es algo que ha de construirse. No existe un objeto predeterminado instintivamente. No hay nada que nos indique que existe un objeto sexual predeterminado o que la pulsión sexual esté centrada. Por el contrario, el recién nacido carece de objeto y éste se va construyendo (Freud, 1905, pp. 202-214). Por el hecho de nacer con una anatomía y unos órganos sexuales no está definido cuál es el objeto que satisface su sexualidad, ni por supuesto, cuál es su objeto de amor. El objeto de amor es el producto de la evolución libidinal, de la relación con los padres, del proceso de identificación, de la identidad sexual y del lenguaje. No existe una armonía pre-establecida, no hay “el hilo y la aguja” que diría Lacan (1956-57, p. 51). Se requiere un largo período hasta la elección del objeto de amor.

Este período pasa por dos tiempos claramente diferenciados por el período de latencia. Suele elegirse fundamentalmente de dos maneras y, además, se establece una forma peculiar de vinculación. Esto es, debemos pues tener en cuenta:

1. Dos tiempos en la elección de objeto
2. Dos modos de elección de objeto
3. El tipo de relación de objeto

3.1.8.3.1.1. Dos tiempos en la elección de objeto: La elección del objeto de amor se lleva a cabo en dos tiempos separados por el período de latencia. En el primero, se elige un objeto incestuoso y finaliza con la declinación del Edipo y la aparición de sentimientos de ternura hacia los padres. En el segundo, tras el período de latencia, se reavivan los sentimientos incestuosos y culmina con la elección de un objeto de amor conforme a la cultura. Las tendencias sexuales edípicas se canalizan en sentimientos tiernos hacia los padres, los hermanos, o en un futuro, hacia los hijos, pero nunca las primeras están ausentes del todo.

La elección de objeto de amor se hace en dos tiempos que Freud explica en “*Tres ensayos de teoría sexual*” (Freud, 1905, pp. 181-82). El primer tiempo se realiza en la infancia. El segundo en la pubertad. El primero se inicia entre los dos y los cinco años, constituyendo la etapa edípica, y marca el camino hacia el segundo. Este primer tiempo queda detenido o, incluso, retrocede por el período de latencia. No obstante, los resultados de esta elección infantil de objeto se prolongan hasta una época tardía, o bien se los conserva tal

cual o, experimentan una renovación en la época de la pubertad. Estos objetos infantiles están abocados a la represión o son inaplicables.

Durante la latencia se produce la represión y consiguiente amnesia infantil. Las metas sexuales, como veremos más adelante al tratar la evolución libidinal del niño, se atemperan o inhiben, transformándose en ternura. Esto es, parte de esas pulsiones sexuales, dirigidas hacia los primeros objetos pulsionales, siguen presentes aunque inhibidas bajo la apariencia de sentimientos tiernos. Esta corriente tierna se mantiene hacia aquellas primeras personas que integraban la familia y que cuidaron del niño, fundamentalmente la madre. Actitud que conlleva componentes eróticos, esto es, que no es independiente del primer placer obtenido unido a la satisfacción de la pulsión de autoconservación. Esta corriente tierna continúa presente a lo largo de toda la infancia y durante el resto de la vida, tomando consigo los componentes eróticos derivados de sus metas originarias.

Freud señala también en “*Tres ensayos*” cómo esta corriente tierna que persiste en la madre, ya adulta, es dirigida hacia su hijo, originando a su vez en el recién nacido el deseo sexual y sus sucesivas sustituciones, primero por objetos pulsionales y más tarde por el objeto de amor. Dice Freud:

“El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona- por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. La madre se horrorizaría, probablemente, si se le esclareciese que con todas sus muestras

de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad” y un poco después “Pero ya sabemos que la pulsión sexual no es despertada sólo por excitación de la zona genital; lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas genitales” (1905, pp. 203-04).

Pues bien, lo más inmediato para el niño y la niña sería escoger como objetos sexuales a las personas a quienes desde su infancia ama, pero en virtud del retraso en la madurez sexual, se gana tiempo para que la barrera del incesto y la asunción de los principios morales, impongan la prohibición de la elección de objeto edípico, que excluye la posibilidad de escoger como objeto sexual a parientes consanguíneos. La barrera del incesto se erige como una adquisición e imperativo cultural (1905, pp. 205-06). Si bien, Freud, en una nota añadida en 1915 a los “*Tres ensayos*” (1905, pp. 205-06), apunta la enorme frecuencia que, en el plano de las fantasías o en el de la realidad, se transgrede esta prohibición.

En el segundo tiempo de elección de objeto, durante la pubertad, deberá renunciarse a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente sensual. Sin embargo, y como acabo de exponer, siempre en la corriente sensual está presente el arquetipo materno conformado en estos primeros momentos de la vida de una persona. “*Ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo a su influencia*” advierte Freud (1905, p. 208). Pues bien, aunque nunca deje totalmente de tenerse en cuenta los primeros objetos, la barrera del incesto impone el afán de hallar un objeto ajeno, más apropiado a la satisfacción real de la vida sexual. Sobre este nuevo objeto de amor se deposita la corriente tierna,

confluyendo así las dos corrientes, la tierna y la sensual. Es decir, se mantiene algo de estas fijaciones tiernas, y del investimento de los primeros objetos de la elección infantil primaria.

Ahora bien, la elección de objeto en la pubertad se despliega primero en las fantasías o representaciones no destinadas a llevarse a cabo. Estas fantasías, aunque se mantengan inconscientes, prosiguen la investigación sexual abandonada en la infancia. Como ya vimos, sobresalen entre ellas por su universalidad, una serie de ellas: las fantasías de espiar el comercio sexual de los padres, las referidas a la seducción temprana, las concernientes a la amenaza de castración, es decir fantasías originarias, y la construcción, por parte del adolescente, de su novela familiar (Freud, 1905, p. 206; Freud, 1909, pp. 217-20; Freud 1909a pp. 162-63).

Finalmente, al menos en teoría, se renuncia al objeto de amor incestuoso, lo que conlleva un doloroso, necesario y difícil desasimiento de los progenitores, en lo que respecta a su autoridad y en lo tocante a lo emocional. Desasimiento que, caso de no producirse, dificultaría el acceso a otros objetos sexuales y la posibilidad de obtener placer sexual. Ahora bien, hemos visto que en teoría, porque aunque los objetos sexuales posteriores atraen hacia sí la ternura dirigida hacia los objetos primitivos, nunca se consigue plenamente, siempre quedan fijaciones hacia los objetos primitivos. El amor aparece, en parte, como un subrogado de la madre, o como un relevo sucesivo de una serie interminable, puesto que nunca se encuentra el objeto que produjo la primera satisfacción (Freud, 1905, p. 182), o,

como expresa Freud (1905, p. 203), el encuentro del objeto es en realidad un “reencuentro”.

Freud aporta la idea de una fijación⁵⁸, de la persistencia de formas anacrónicas de satisfacción o metas sexuales provisionales (Freud, 1905, pp. 221-22) o también, la fijación a ciertas características del objeto (Freud, 1905, pp. 207-08), lo que produciría, como he dicho, la imposibilidad de desasirse de los padres como objeto de amor y de acceder a una pareja sexual de modo que, en el caso de la mujer, permanecería anestésica sexualmente.

Si tenemos en cuenta, no obstante, que en *Introducción del narcisismo* (1914, p. 86) Freud dice que incluso para las mujeres que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. Y ese camino es a través de la maternidad, esto es, a raíz del amor por el hijo al que dan a luz. Pareciera que Freud sostuviera la idea de que es posible acceder al amor de objeto total sin pasar por el amor de objeto por el hombre, o al menos, sin interés por el placer sexual y el orgasmo, o con dificultades para unificar las pulsiones sexuales parciales. Varias preguntas quedan abiertas ¿Por qué la mujer permanecería fría hacia el hombre? ¿Sería por fijación a objetos anteriores? ¿Sería por la dificultad en aunar las pulsiones sexuales parciales? ¿Hacia quién o qué se dirigiría la corriente sensual?

⁵⁸ Freud en “*Cinco conferencias sobre el psicoanálisis* (1910a, p. 14) y en la “*18ª Conferencia: La fijación al trauma, lo inconsciente*” (1916a, pp. 250-61) habla de fijación al trauma. Si bien, admitirá Freud en su “*21 conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*”, sí se produce un cierto “cierre” de esa movilidad ya desde la infancia (Freud, 1916c, p. 300). En “*Más allá del principio del placer*” (1920, pp. 43 y 51-61) Freud se referirá de nuevo al concepto de fijación al trauma como uno de los hechos que no se explican por la persistencia de un modo de satisfacción libidinal, sino por la compulsión a la repetición, por la pulsión de muerte y la imposibilidad de ligazón.

¿Qué inhibiría esa corriente sensual? ¿No se orientaría toda ella –junto con la corriente tierna- hacia el hijo? ¿Bastaría el hijo para satisfacer ambas corrientes? ¿Qué pasaría con la vida sexual de esas madres anestésicas? ¿Estaríamos ante una excepción a la idea sostenida en “*Tres ensayos de teoría sexual*” (Freud, 1905, p. 179) en donde dice “*El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno*”? ¿El punto de llegada para la vida sexual normal de la mujer sería conseguir el placer en el hijo? O por el contrario, ¿se trataría de algo no normal?

En los trabajos sobre el amor “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*” (1910) y “*Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*” (1912a) da cuenta Freud de las dificultades, tanto en personas sanas como neuróticas, para llevar a cabo este anudamiento de las dos corrientes- la sensual y la tierna- al elegir su objeto amoroso. Y advierte de cómo los rasgos característicos de este nuevo objeto o las condiciones⁵⁹ que este ha de reunir para ser atractivo, brotan del arquetipo materno. Las fijaciones tiernas del niño a ese primer objeto continúan a lo largo de la infancia. Y repite nuevamente que sólo los obstáculos de la barrera del incesto harán que

⁵⁹ Una de las condiciones fantaseadas que ha de tener el objeto de amor es el de ser rescatado. Y Freud en “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*” (1910, pp. 165-67) explica que fantasmáticamente rescatar para el varón puede significar “hacer un hijo” o para la mujer “parir un hijo” o “ser madre” o si la fantasía de rescate se dirige hacia el padre, quiere expresar “el deseo de tener por hijo al padre o tener un hijo que sea como el padre”. Así en “*Sueño y Telepatía*” (1922, pp. 202-06) Freud analiza un sueño de este tipo.

se busque otros objetos ajenos, “*con los que pueda cumplirse una real vida sexual*” (1912a, p. 175)

Ahora bien, en este mismo trabajo de 1912 explica cómo “*la <<ternura>> de los padres y personas a cargo de la crianza, que rara vez desmiente su carácter erótico*” (<<el niño es un juguete erótico>>), contribuye en mucho a acrecentar los aportes del erotismo a las investiduras de las pulsiones yoicas en el niño y a conferirles un grado que no podrá menos que entrar en cuenta el desarrollo posterior, tanto más si ayudan algunas otras circunstancias” (1912a, p. 174) y se refiere después a las fijaciones tiernas del niño que continúan a lo largo de toda la infancia y que persisten en la vida adulta, como lo evidencia ese trato erótico que se da al bebé. Es decir, Freud muestra que en el amor hacia el hijo están presentes vivencias que provienen del erotismo materno –y paterno– que contribuyen, a su vez, a despertar el del hijo, y a conformar su propio yo. La experiencia como hijo resulta no sólo ineludible, ni contingente, sino que es algo necesario y fundamental para la constitución del ser humano. Determina la aparición de la sexualidad, la conformación de su yo, la elección del objeto de amor, el deseo de tener hijos y la consideración que de éstos se tenga. Pero se requiere algo más para que el hijo no sea ubicado en una posición incestuosa, para que la corriente sensual no finalice en él.

En síntesis, como vimos al describir la vivencia de satisfacción, el deseo nace de dicha experiencia. Es la tendencia a repetir con la esperanza de volver a encontrar esa huella de ese objeto que produjo la satisfacción. El objeto de

deseo es esa huella, esa percepción y el deseo, esa búsqueda mítica. Ahora bien, si hablamos de objeto de amor, estamos dando un gran salto. Evidentemente, y como vimos al precisar el concepto de objeto en Freud, no podemos hablar de un objeto de amor desde el principio de la vida del bebé, pero sí de que, desde el comienzo, las pulsiones parciales, aunque autoeróticas y desconectadas, envuelven a otras personas en calidad de objetos.

En un principio, este objeto buscado tiene que ver con las diversas zonas erógenas y con pulsiones parciales aisladas. Nos referimos al objeto pulsional, a los objetos primitivos y al autoerotismo. Y no hay propiamente relación con un objeto, si entendemos este como una persona total. Sólo más tarde, podremos hablar de objeto de amor con propiedad, cuando, al menos hipotéticamente, se logre la cooperación de todas las pulsiones parciales y la subordinación de todas las zonas erógenas al primado de lo genital.

Por otra parte, la elección de objeto de amor se hace en dos fases. Una primera hasta el período edípico.- Después, en el período de latencia se produce la represión y transformación de los deseos incestuosos en sentimientos tiernos. Los deseos edípicos volverán a recrudecerse nuevamente con el advenimiento del desarrollo sexual de la pubertad. Es, en este segundo momento, cuando se admiten las diferencias sexuales y las distintas funciones de cada sexo. Se renuncia a la elección incestuosa y se busca, fuera del ámbito familiar su objeto

sexual. La pulsión sexual se pone también al servicio de la reproducción y la corriente sensual se integra, al menos idealmente, con la corriente tierna, coincidiendo sobre el objeto de amor.

Pero no se trata de un proceso evolutivo en el que unas formas de vinculación anulen otras anteriores, o en donde dejen de existir el objeto de deseo y el objeto pulsional. La renuncia a los primeros objetos, nunca se logra totalmente. Siempre la elección del objeto de amor se configura según los arquetipos paternos. Nadie se sustrae por completo a su influencia. Esta primera elección incestuosa inconsciente subyace en toda relación tierna, también en la vinculación de la madre hacia su hijo, aunque ella no la pueda identificar debido a la represión. La experiencia como hijo es fundamental para la constitución del ser humano y sus deseos. Este no podría erigirse como tal fuera del ámbito humano (cultural). La pura maduración biológica no permitiría la aparición de una sexualidad humana. Las condiciones que el ser humano pone al objeto para ser atractivo evidencian que no viene definido instintivamente, sino en virtud de una serie de acontecimientos, más o menos contingentes, vividos o fantaseados en su infancia en relación con la madre y con el padre.

La elección de objeto sexual se hace, como acabamos de ver, en dos fases interrumpidas por el período de latencia y por la imposición de las barreras contra el incesto. El punto de

llegada es la vida sexual llamada normal, es decir la consecución del placer al servicio de la función reproductiva. Sin embargo, Freud cuando habla de la mujer parece entender que es posible, para la mujer frígida, lograr el pleno amor de objeto frente al hijo. Es decir la maternidad podría ser tan placentera que la madre no requiriera ningún otro objeto con el que cumplir una vida sexual real. De modo que, en su caso, el interés por la sexualidad se centraría en el hijo y no en el partenaire. O dicho de otra forma, el hijo colmaría su sexualidad. ¿Se trataría de algo normal? ¿Sería el hijo el objeto de su deseo sexual? Pero vayamos a ver con más detenimiento los dos modos de elección de objeto de amor.

3.1.8.3.1.2. Dos modos de elección del objeto de amor: Entre el autoerotismo y la elección de un objeto de amor externo, Freud descubre una fase narcisista que contribuye a la unificación y conformación del Yo, así como a la elección de objeto de amor. Ahora bien, elegir un objeto de amor puede hacerse de dos modos. La de tipo narcisista consiste en elegir un objeto similar a uno mismo y la modalidad de apuntalamiento, en buscar un objeto parecido a las personas que cuidaron de uno. La experiencia como hijo media en ambos tipos de elección. El amor al hijo es la vía fundamental –si bien no la única- por la que la mujer accede al pleno amor de objeto. Y en el hijo que se desea

concurren ambas modalidades de elección, así como la posibilidad de reconstruir en el presente las prerrogativas del pasado.

Nos hemos referido a dos tiempos en la elección del objeto de amor. Ahora bien, ¿cómo se lleva a cabo dicha elección de objeto y qué modalidad adopta? ¿Qué tipo de relación se establece con el objeto? Aunque esta elección lleve un largo recorrido, dividido por el período de latencia, no se construye de golpe, ni de la misma forma para todos. Comenzaré explicando cómo la madre juega un papel trascendental tanto en el desencadenamiento de la pulsión y el autoerotismo como en la unificación del niño en un todo y la identificación con una imagen amada que le refleja la madre. Cómo se lleva a cabo una primera elección narcisista para después poder elegir un objeto fuera de uno mismo. En el próximo epígrafe a analizaré qué tipo de relación, o mejor de interrelación se establece con el objeto.

He expuesto como el autoerotismo inicial no es endógeno ni parte del propio niño⁶⁰ He presentado cómo la madre⁶¹ con su acción genera ese autoerotismo infantil, una sexualidad fragmentada, perversa, no ligada ni unificada en sus zonas ni en sus objetos, tal y

⁶⁰ A pesar de los extravíos biologizantes que advierte Laplanche (1993) y que hacen a Freud desviarse de lo que podría ser su objeto de estudio por excelencia para perderse en lo biológico (Gutiérrez Terrazas, 2002).

⁶¹ En tanto que ser con una sexualidad inconsciente que desconoce los mensajes que emite al niño a través de sus gestos, sus cuidados, sus palabras, en definitiva en función de su fantasma inconsciente, y suscita en el niño un objeto externo-interno atacante, algo que no se evacua a través de la mera satisfacción de la necesidad.

como Freud la describe en sus “*Tres ensayos*” y, muchos años después, en “*Más allá del principio del placer*” (Freud, 1920, pp. 28-36) la relacionará con la “pulsión de muerte”⁶². Una sexualidad que disgrega al cuerpo en zonas erógenas y funciona según el proceso primario. La madre, atravesada por su inconsciente, es la que produce ese remanente excitatorio imposible de ligar, la que hace surgir la pulsión. La sexualidad es por tanto “desligazón” y, como vamos a ver, sólo podrá ligarse mediante la intervención del yo.

Freud en “*Tres ensayos*” habla de autoerotismo, es decir, de cómo el niño es capaz de satisfacerse a sí mismo, prescindiendo de un objeto ajeno (1905, pp. 164-65). Las pulsiones sexuales, inicialmente autoeróticas encuentran su objeto por apuntalamiento (1905, pp. 179 y 202-03). Es decir, apuntaladas en las funciones de autoconservación. Pero todavía no se conoce un objeto sexual. Al hablar de autoerotismo, lo hemos visto, se refiere a pulsiones parciales, al objeto pulsional y a zonas erógenas aisladas. Aunque ya se apunte hacia personas, sin embargo, no se trata de personas reconocidas como tales, y tampoco se muestra necesidad de ellas, puesto que puede satisfacerse solo. No obstante, se observan componentes que envuelven a otras personas, como por ejemplo, dice Freud (1905, p. 174), las pulsiones de ver y de exhibir o las de crueldad. Construir y elegir un objeto sexual apropiado lleva un largo proceso que implica, según acabamos de ver en el epígrafe anterior, dos tiempos. El punto de llegada, al menos

⁶² Fuerza de desligazón que sólo busca la repetición, que surge como consecuencia de excitaciones traumáticas provenientes del exterior [de un externo-interno atacante dirán Laplanche y Pontalis (1969, pp. 112-13)] que tiene la intensidad suficiente para provocar la ruptura de la protección antiestímulo (Freud, 1920, pp. 28-36). Algo que Freud ya había bosquejado en el “*Proyecto*” (1895, pp. 359-361)

idealmente, es el hallazgo del objeto sexual y el establecimiento de una relación con un objeto total, un objeto de amor.

Ahora bien, antes de elegir un objeto de amor ajeno, Freud en su trabajo sobre el caso Schreber (1911) destacaba una fase intermedia en la que el Yo se tomaba a sí mismo como objeto de amor, un estadio narcisista que considera normal e intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. Dice que cuando el sujeto reúne sus pulsiones sexuales, hasta entonces autoeróticas, el primer objeto que se le ofrece en función de esta unificación misma es su propio cuerpo. Esto es, el narcisismo:

“Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena. Una fase así, mediadora entre autoerotismo y elección de objeto, es quizá de rigor en el caso normal; parece que numerosas personas demoran en ella un tiempo insólitamente largo, y que de ese estado es mucho lo que queda pendiente para ulteriores fases del desarrollo. En este sí-mismo tomado como objeto de amor puede ser que los genitales sean ya lo principal. La continuación de ese camino lleva a elegir un objeto con genitales parecido; por tanto, lleva a la heterosexualidad a través de la elección homosexual de objeto” (Freud, 1911a, p. 56).

Es decir, la primera elección del objeto de amor es narcisista. Freud normaliza el narcisismo y le da un estatuto de fase dentro del desarrollo regular. Pero establece también una primera elección homosexual previa a la heterosexual. De modo que la secuencia sería:

autoerotismo, narcisismo, elección de objeto homosexual⁶³ y elección de objeto heterosexual, con las consiguientes posibilidades de fijación.

Pero antes de abordar la elección de un objeto externo voy a detenerme en el narcisismo como ese modo previo a la elección de objeto homo o heterosexual

Es en 1914 en “*Introducción del narcisismo*” donde Freud desarrolla los dos modos de elección del objeto de amor, la narcisista, anterior a la elección de un objeto total y ajeno a uno mismo siguiendo el propio modelo y, la elección de objeto por apuntalamiento. Así, dirá:

“Todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario, que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto” (1914, p. 85).

El primer camino hacia el objeto, también el más corto, será la elección narcisista. Esta elección presenta un carácter organizador de la vida sexual. La omnipresencia de la imagen propia condiciona el acercamiento al otro en función de las semejanzas. El Yo introduce esta imagen de sí, cautivante para que la pulsión –parcial y autoerótica– aparezca como unificada, como sexualidad unificada en torno al amor de objeto, en este caso amor a la imagen del Yo. El narcisismo captura

⁶³ Homosexualidad que aborda en “*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*” (1910c, pp. 92-93) y que también relaciona con una ligazón erótica muy intensa con una persona del sexo femenino, por regla general la madre, favorecida por la hipernutrición de la madre. Homosexualidad presente, por tanto, en todas las personas, también en las normales.

para sí la libido sexual. Este proceso por el que se libidiniza el Yo es anterior a la elección de los objetos. El Yo se ofrece como objeto de amor unificador y a partir de este momento captura la libido anteriormente desorganizada de las pulsiones sexuales (1914, p. 74). El Yo se transforma en reservorio de la libido y será el encargado de balancear las investiduras libidinales de objeto y las narcisistas (1914, p. 82). Es decir, la primera elección de objeto se centra en el propio Yo.

Pero este Yo no surge de uno mismo, no es un producto biológico. Lo psíquico no es un epifenómeno de lo orgánico. En el ser humano lo somático está sustentado y significado enteramente en lo pulsional. La energía del Yo no es orgánica, sino del orden libidinal o pulsional.

Freud defiende que no existe una unidad comparable al Yo desde el inicio, sino que éste ha de ser desarrollado. *“Las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya”* (p. 74). Es decir, es algo que se agrega al autoerotismo, una nueva acción psíquica la que tiene lugar y permite la constitución del narcisismo. ¿En qué consiste esta nueva acción psíquica estructurante?

Silvia Bleichmar (1984, pp. 156-59) apoyándose en Lacan (1949) indica que es madre la que propicia ese “acto único” que instaure un primer narcisismo estructurante. Si la madre primero fue la que generó el autoerotismo, es también la que va a posibilitar una vía

de descarga de ese primer remanente excitatorio imposible de ligar. Es decir, procurará una imagen identificatoria y una unificación imaginaria. Dicho remanente excitatorio, derivado de la introducción de la pulsión, tenderá a la descarga o a la ligazón –tal y como lo entiende esta autora (1993, pp. 41-44), siguiendo a Freud en el “*Proyecto de Psicología*” (1895 pp. 368-69)- bajo el modo de un investimento colateral de representaciones o vías de facilitación conexas. Investimento que sólo la madre podrá realizar ya que, no sólo está atravesada por un inconsciente que agita, sino que posee al mismo tiempo, representaciones yoico-narcisistas que le hacen posible ver al bebé como un todo, como un ser humano. Es decir, “*A través de los cuidados tempranos que la madre prodiga, de las ligazones que ella propicia a partir de la disrupción misma que su sexualidad instaure*” (Bleichmar, 1993, p. 46). Esto es, la madre primero desliga, pero también propicia ligazones. Y esta capacidad de generar condiciones de ligazón en el niño, se deriva de la forma en que la madre se aproxima al bebé; de la posibilidad de establecer representaciones totalizantes, narcisistas, viéndolo como un todo deseado, amado, y suponiéndole necesidades e interrogándose por las intenciones de sus gritos, movimientos, llantos, etc. Es decir, el narcisismo no se instaure solo, igual que la pulsión, es también un producto de la cultura; es efecto de una transformación pulsional a partir de otro que lo inviste como parcial o como un todo, es decir, es efecto del narcisismo parental. Freud (1914, pp. 87-88) al final del capítulo II de “*Introducción del Narcisismo*” articula el narcisismo primario del niño con el narcisismo de los padres.

La madre ha de ser capaz de ligar, lo que exige que pueda invertir al niño como un todo, y no como un objeto parcial. Su mirada ha de ir más allá de las distintas zonas corporales o de las necesidades físicas del bebé que requieren atención, requiere atenderle como un todo y suponerle deseos. Depende, pues, de la unificación narcisista de la madre y del valor narcisista que ese niño tenga para la madre (Bleichmar, 1993, pp. 44-53), cuestión que no está garantizada por el hecho de embarazarse y parir un hijo, cuestión que, entiendo, afecta también al significado que se le dé al hijo por nacer. Es decir, el niño puede no ser investido o serlo de forma anómala. Si la madre tiene dificultades, si ella ha sido mal o insuficientemente investida o si su propia conformación psíquica es anómala por ese motivo, no podrá invertir correctamente al niño. ¿Qué es, o cuál es, entonces, la forma de invertir al hijo? Será una cuestión que de momento aparcaré para abordarlo más adelante.

El narcisismo constituye la cristalización de una primera organización del psiquismo. Ahora bien, se trata de un tiempo segundo en la constitución del aparato psíquico, si tenemos en cuenta el autoerotismo que le precede⁶⁴. Sin embargo, es un tiempo primero en la constitución del Yo. Laplanche (1980, pp. 305-06) entiende este

⁶⁴ Freud mantiene dos acepciones del narcisismo primario. Por un lado afirma que se trata de algo que viene a agregarse al autoerotismo por efecto de una nueva acción psíquica (Freud, 1914, p. 74). Es decir viene después de un tiempo anterior. Concepción exógena del psiquismo. Pero también lo entiende como un tiempo primero, un primer estado de la vida, anobjetal –cuyo arquetipo sería la vida intrauterina–, un narcisismo absoluto que se origina dentro del individuo y de ahí parte hacia los objetos (Freud, 1916f, pp. 378-79). Una conceptualización endógena y biologicista que de tiempo en tiempo se percibe en la obra freudiana, buscando sustentar sus descubrimientos en un paradigma de mayor tradición, pero perdiendo de vista lo pulsional y confundiéndolo con lo autoconservativo (Gutiérrez Terrazas, 2002, pp. 134-137).

narcisismo primario, constituyente del Yo, como una forma de identificación. Narcisismo e identificación narcisista serían lo mismo. Lo abordaré más adelante al hablar de la génesis del Yo.

La elección de objeto al modo narcisista, exige un “sí mismo”, un Yo constituido como tal unidad, un narcisismo primario que eventualmente podrá manifestarse en su elección de objeto. Un Yo, que como muestra Laplanche (1993, pp.108-109) engloba y contiene lo autoerótico, lo totaliza, liga las pulsiones. Un Yo que se transforma en objeto amado, pero también en amante. Esto es, no puede elegirse al modo narcisista si no existe un narcisismo constituido. Narcisismo primario que se precipita en la imagen unificada de un Yo y en esa elección de objeto. Es decir, que ambos se precipitan juntos. Un Yo amado (gran reservorio de la libido), un Yo ligador (capaz de unificar, reunir las pulsiones autoeróticas, contenerlo en un todo, englobarlo y totalizarlo).

Pues bien, en la elección de objeto narcisista, se ama, dice Freud en *“Introducción del narcisismo”* (1914, p. 87), a lo que uno mismo es (es decir, a sí mismo), a lo que uno fue, a lo que querría ser y a la persona que fue parte de sí-mismo propio. Es decir, la elección de un objeto parecido a la propia persona, mejor dicho, a la imagen o al ideal de uno mismo. Se elige a alguien bajo este modelo, aunque no exista una correspondencia total. Sin embargo, no significa necesariamente, una elección homosexual o la elección de alguien idéntico. El motor de esta elección se encuentra siempre en alguna identidad oculta. Detengámonos en estas famosas fórmulas.

Amar a lo que uno mismo es, esto es a sí mismo, conllevaría la no elección de un objeto exterior, y sería propio de la personalidad narcisista. Pero también amar a otro bajo el modelo de lo idéntico a uno mismo, o a alguien elegido por algún elemento que le es idéntico. No implica necesariamente la homosexualidad sino que habla de que en la motivación siempre se encuentra algún tipo de identidad. El amor por el hijo participaría de esta característica. El hijo completa a la madre.

Elegir un objeto de amor según lo que uno mismo fue, alude a la forma en que fue amado por la madre. Es decir, se trata de una reproducción de lo experimentado. En el caso del amor por el hijo, supone ubicarse en posición de madre, teniendo en cuenta lo vivido como hija. El hijo devuelve la imagen de uno mismo, permite atribuirle intenciones, sentimientos, en virtud de los que uno mismo tuvo.

Amar a lo que uno querría ser, apela a los ideales y al aspecto narcisista de la idealización. Implicaría amar de otra manera a como fue amado, para evitar lo no logrado. Esto es, amar como le hubiera gustado haber sido amado. Nos habla de la posibilidad de reconstruir la experiencia de otra forma. Amar en el hijo no lo que uno fue, sino lo que hubiera querido ser. El hijo proporciona la oportunidad para restituir el aspecto fallido de la historia de amor con sus padres.

Por último, amar a la persona que fue una parte de sí mismo remite al amor de la madre hacia el hijo, en tanto que éste formó parte del propio cuerpo, pero también en función del valor simbólico que se le atribuya. Amar a la persona que fue parte de uno mismo abre la

puerta, dice Laplanche (1980, p. 306), a la relación con el objeto parcial y a la identificación fálica. El hijo como algo propio, como algo deseable, como objeto sobrestimado sexualmente.

Amar según el modo narcisista lo relaciona Freud con el amor de los padres hacia el hijo y con la sobreestimación de éste por los padres. Así, dice Freud:

“La actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado. La sobreestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo” (p. 87).

Y continúa:

“Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo, y a renovar a propósito de él la exigencia de prerrogativas a que se renunció hace mucho tiempo” (p. 88).

Es decir, frente al hijo se revive el narcisismo propio y todo aquello a lo que hubo de renunciar, vuelve ahora a resurgir con la esperanza de que las cosas funcionen de otra manera, con la expectativa de volver a gozar de esas ventajas. Y prosigue:

“El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. <<His Majesty the Baby>>,”

como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados de sus padres. El varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre”.

E insiste:

“El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al objeto de amor revela inequívoca su prístina naturaleza” (1914, p. 88).

Vemos en esta larga cita, el valor y el significado que un hijo adquiere para sus padres. Freud descubre cómo sobre el hijo pueden depositarse todas las fantasías y los anhelos reprimidos. Cómo se puede volver a pretender satisfacer los deseos inconscientes largamente gestados, sin límite cultural alguno. Cómo se espera que el hijo consiga los ideales sociales vigentes –ser un héroe, casarse con un príncipe⁶⁵-. Ahora bien, cabe pensar también, que el hijo pueda transformarse en un objeto parcial con el que poder revivir el goce pulsional. O cómo el hijo es, puede ser, un objeto fálico, una forma de negar la castración y la muerte propia. Volveré a ello.

Es decir, Freud está abriendo un camino que permitirá establecer la correlación entre el deseo materno implicado en la relación con el hijo y la salud o la patología de éste.

⁶⁵ Por cierto que, a pesar de la importancia –incluso prioridad– que Freud atribuye a la maternidad para la mujer, aquí habla de “casarse con un príncipe” como ideal para la niña, y no que sea “la madre de un príncipe”. Entiendo que el ideal que subyace es el de que elija el partenaire más deseable (al menos desde el punto de vista económico y social).

Pues bien, elegir al modo narcisista implica, como apunta Laplanche (1980, pp. 306-07) una rigidez y una gran fragilidad. Una rigidez en tanto que falta flexibilidad, adaptación a las contingencias del objeto. Es necesario que el objeto se ajuste a la imagen esperada, el objeto ha de entrar en un cuadro preciso. Y fragilidad en el sentido de que frente a la menor carencia, frente a la menor falla, frente a la menor inadecuación a lo esperado, puede provocar un repliegue y un abandono del objeto. De modo que el hijo, ya antes de nacer, es un objeto de elección narcisista valorado, pero también está sometido a las presiones de la madre para que se ajuste a lo esperado por ella. Está en una posición de ser devorado por los anhelos maternos.

La otra forma de elección de objeto, la de apoyo o apuntalamiento, está relacionada con la desprotección y la dependencia del lactante. La elección no está, en este caso, marcada por la identidad con el otro, sino por la relación vital con el otro, una relación ligada a la autoconservación, por una suerte de complementariedad. En este segundo tipo se elige bajo el modelo de las figuras parentales, en la medida en que estas proporcionaron los cuidados y atenciones necesarias para su supervivencia. Es decir, se ama a alguien que nos recuerda a la primera persona que nos cuidó. Se elige como objeto de amor a la mujer nutricia y al padre protector, o bien a las personas sustitutivas, formando series en cada uno de esos caminos.

Estas dos formas de elección de objeto entiendo no son rotundamente opuestas, sino que hasta cierto punto se complementan. La elección de objeto está condicionada por la experiencia que se ha

tenido como hijo. Se trataría de reproducir la experiencia propia, bien por vía de la identificación con los padres o por vía de repetir en otro lo vivido uno mismo, o de conseguir mediante el otro –el hijo– lo anhelado en uno.

Es decir, Freud (1914, p. 85) apunta que no se trata de que existan dos tipos de personas, sino de dos vías que encuentra abiertas el individuo, en tanto tiene dos objetos sexuales primitivos, él mismo y la mujer que lo alimenta. Freud expresa también la idea de que existen dos formas típicas de elección de objeto en el hombre y la mujer si bien esta distinción no es definitiva ni intrínseca. La elección de objeto narcisista en la mujer la entiende como una consecuencia de las restricciones que la sociedad le impone y como la única vía que le queda a la mujer para resarcirse: la complacencia consigo misma, especialmente con su cuerpo. Así dice:

“Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobreestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto” (Freud, 1914, p. 85).

Por tanto, esta elección “típica” de la mujer no es algo intrínseco de ella, sino que tiene que ver el modo en que la sociedad limita las elecciones de la mujer o con las oportunidades de elección

que se le ofrecen⁶⁶. Pero sí apunta a la importancia que cobra para ella el cuerpo. Podemos pensar también que el hijo en tanto que producto del cuerpo.

De hecho Freud sostiene que el amor hacia el hijo es la vía fundamental por el que la mujer puede acceder al pleno amor de objeto. Así, dice:

“Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” (Freud, 1914, p. 86).

¿Qué quiere decir Freud con esto? ¿A qué se refiere con “mujer narcisista”? ¿A saciarse siendo amada? ¿A la autocomplacencia e inaccesibilidad narcisista? ¿A la imposibilidad de una sobreestimación sexual de un objeto ajeno a ella misma? ¿A la frigidez frente al varón? ¿Al desinterés por un objeto sexual ajeno: adulto varón? ¿Quiere ello decir que sería a través del amor al hijo como podría lograrse el amor de objeto? Freud expone a continuación:

⁶⁶ Podemos hipotetizar aquí una de las razones por las que en la actualidad en países donde se ha incrementado la libertad y la igualdad jurídica de la mujer, puede estar disminuyendo el deseo y la voluntad de tener hijos. Al existir una sociedad que limite menos las elecciones de la mujer puede que no se busque el hijo como forma prioritaria y exclusiva de elección y satisfacción narcisística. De hecho en *“El Malestar en la cultura”* reconoce como el trabajo de cultura es considerado un asunto de varones mientras que la mujer ve relegada sus opciones a la familia y los hijos. De modo que las posibilidades de sublimación son escasas para la mujer (Freud, 1930, pp. 99-101). Por tanto, los cambios sociales pueden estar incidiendo en otros modos de elección no guiados prioritariamente por el modo narcisista.

“Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario)”⁶⁷ hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se desarrollaron como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la feminidad, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron” (1914, pp. 86-87).

Freud sugiere que el anhelo de ese ideal de masculinidad perdida es lo que también contribuirá al acceso al amor de objeto. No sólo el deseo de un hijo conformará la sexualidad femenina. Volveré a ello más adelante.

En síntesis, Freud establece la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor de objeto: el narcisismo primario. Y diferencia dos formas de elección de objeto, la narcisista y la objetal. Esto es, elegir un objeto amoroso similar a uno mismo, a lo que uno fue, al ideal de lo que querría ser, o a quien ha sido parte de sí (aludiendo al hijo). O elegir a la persona que satisfizo las funciones de autoconservación y que proporciona el amor que confirma el narcisismo. De modo que estas dos formas de elección, opuestas, sin embargo, coinciden en el componente narcisista que impera en toda elección de objeto de amor.

⁶⁷ Pienso que esta matización de secundario hay que entenderla dentro de doble consideración del narcisismo que está presente en su obra. Como ya expuse, el primer narcisismo remite al del niño que se toma a sí mismo como objeto de amor, primer momento estructural. Pero, Freud lo denomina secundario, frente a la idea de un estado de la vida, narcisista, bajo el arquetipo de la vida intrauterina, que sería considerado narcisismo primario. Considero que aquí Freud está hablando de secundario, frente a esta idea de un narcisismo originario, para señalar que no se trata de un tiempo primero en la vida sino secundario al autoerotismo.

El primer camino hacia el objeto es la elección narcisista, se busca en el objeto el camino de regreso al narcisismo, al narcisismo primario, constituyente, posterior al autoerotismo, que posibilita la unificación en un todo, en un Yo. Ese narcisismo primario implica una ligazón de la sexualidad y una represión del cuerpo fragmentado. Se ama la imagen unificada de uno mismo, la imagen amada por la madre. De modo que se instaura un Yo amado y capaz de amar, de elegir un objeto de amor. ¿Cómo se elige éste?

En la elección de objeto por apuntalamiento, apoyada en las experiencias de satisfacción proporcionadas por las personas encargadas de la atención y cuidados del niño, éste busca lo que no encuentra en sí mismo, lo que le falta. Hay un movimiento metonímico de alejamiento, una búsqueda de otro.

En la elección de objeto narcisista, por el contrario, se trata de un amor a lo idéntico, hay una simetría entre el Yo y el objeto que mantienen una relación especular recíproca. Tiene que ver con la identificación con la madre y con el nuevo objeto amado.

En el hijo, dice Freud, encuentra la mujer ambas posibilidades, alguien parecido a sí misma y alguien que puede proporcionarle lo que le falta. Se aúna en un solo objeto la posibilidad de amarse a sí misma y amar a otro. Entrevemos, también, el valor pulsional –si estuviera mal instaurado su Yo– y podemos anticipar el valor fálico del hijo. Dependerá de

cómo y de dónde se ubique a sí misma y al hijo. Pero siempre, en el objeto amado, hijo, está presente la experiencia previa que se tuvo como hija. Desear un hijo está intrincado con la constitución del Yo, con el lugar que ocupó para sus padres y con el lugar en que ahora se posiciona. Es un deseo en el que se moviliza la experiencia propia, bien por vía de la identificación con la madre o con el hijo –en tanto que uno lo fue-, pero también un deseo movilizad por lo que se anhela conseguir en ese otro y por lo que éste significa. Algo bastante más complejo que la consecuencia de un instinto procreativo. Freud intuye cómo el deseo de la madre se correlaciona con la salud o la patología del hijo.

Ahora bien, la elección narcisista implica cierto riesgo de rigidez y fragilidad. El objeto elegido ha de plegarse de una forma más o menos inflexible, a un modelo ya constituido para no defraudar. La flexibilidad a las contingencias del objeto está limitada. El objeto puede no ajustarse a lo esperado, no reunir las características que lo hacen atractivo o provocar la decepción y el abandono del otro. El hijo, en tanto que objeto de amor narcisista, está ubicado, desde antes de nacer, en esa posición frágil y sometido a las presiones del deseo materno. Un objeto deseado y amado, pero también subyugado a la madre, a sus modelos y anhelos incumplidos.

Para la mujer, el hijo como objeto deseado y amado tiene especial pregnancia en la medida en que el embarazo tiene lugar en su cuerpo, y en la medida en que es la opción

preferente que la sociedad le ofrece. Ahora bien, Freud no dice que el hijo sea la única vía de acceso a la elección objetal, apunta también al anhelo de lograr el ideal masculino - continuación del ser varonil que una vez fue-. Es decir, al deseo de ser varón, tener pene o –en su defecto- un sustituto. Habrá que volver a ello cuando aborde la sexualidad femenina.

3.1.8.3.1.3. La relación de objeto alude a las significaciones simbólicas y fantasmáticas que dominan la vinculación del sujeto con el objeto de su elección. Si nos centramos en el hijo en tanto que objeto deseado, tampoco el significado y las relaciones que se establecen con él están exentas de estos fantasmas gestados en virtud de las experiencias que la madre tuvo cuando fue hija.

He mencionado los dos tiempos en los que se constituye el objeto y las dos formas de elegirlo. Resta desarrollar cómo es el tipo de relación que el sujeto humano establece con sus objetos. Dicha vinculación es indisociable de las fantasías inconscientes que la acompañan, que definen e interpretan la realidad material y que modelan su relación con los otros. Laplanche y Pontalis (1968, pp. 374-75) definen la relación de objeto como el modo en que el sujeto se relaciona con su mundo. Relación que es el complejo resultado de una determinada forma de estructurarse la personalidad y de una aprehensión más o menos fantasmática de los objetos y de unos tipos

de defensa prominentes. Subrayan también estos autores cómo aunque se habla de relación, sin embargo también los objetos modelan la actividad del sujeto, de modo que se trataría más bien de una interrelación.

Es menester hacer notar que aunque el acento parece recaer en la vida relacional del sujeto, del individuo, no se trata de las relaciones reales, materiales, que establece. Se trata de las relaciones fantasmáticas inconscientes que establece con sus objetos que determinan su forma de aprehender la realidad y los actos que, en consecuencia, se derivan. Por tanto, no se trata, sólo, de tomar en consideración las relaciones sociales o las experiencias reales con las personas.

Freud utiliza pocas veces los términos “relación de objeto”⁶⁸, no obstante el concepto de objeto es central en su obra. Utiliza los términos “elección de objeto” (de la que ya hemos hablado) “libido de objeto” (constituida por la elección de un objeto exterior), “catexia de objeto” o “investimento de objeto” (para referirse a la energía psíquica que se une y deposita en un objeto) e “identificación con el objeto” (para referirse al modo en que el Yo se hace con el objeto amado y abandonado). Sin embargo, la teoría de la relación de objeto fue desarrollada por autores postfreudianos y va a cobrar auge en estos autores.

⁶⁸ Es en “*Duelo y melancolía*” donde Freud (1917b, p. 246) utiliza la expresión “vínculo de objeto” estos términos al hablar de los procesos de investidura, identificación y de pérdida de los objetos. De las relaciones ambivalentes que establece con ellos.

Como expuse, el término “objeto” no posee en psicoanálisis un significado unívoco. La relación de objeto exige ser estudiada en dos niveles articulados entre sí. Por un lado existe una relación con el objeto pulsional, también denominado parcial, que caracteriza a las etapas del desarrollo libidinal. Freud (1905, pp. 166-69) destaca dos objetos parciales prototípicos, el pecho y el excremento, en torno a los cuales se genera una dinámica que influiría en ciertos rasgos de carácter, en los síntomas, y sobre todo, en las peculiaridades de la vida sexual. En este caso la relación es autoerótica. Pero está hablando de objetos pulsionales, fantaseados, no objetivos.

Por otra parte existe una relación con un objeto total que no se ubica fuera, sino que se centra en sí mismo, hablamos de relación narcisista. En ambos casos todavía no hay un descubrimiento de un objeto exterior, sin embargo sí que se produce una unificación de las pulsiones parciales en un todo integrado, el Yo.

El otro tipo de relación de objeto se establece a partir del reconocimiento del Yo como una unidad integrada y la unificación de las pulsiones singulares sustituidas por un objeto único. Es decir se accede a la primacía fálica pero también a la elección de un objeto situado afuera. Tampoco en este caso la elección obedece a impulsos instintivos.

Respecto al “objeto pulsional” Freud (1915, p. 118) lo considera lo más variable de la pulsión. Afirmación que encierra una profunda subversión de todo cuanto la psicología, las ciencias naturales y la opinión corriente ha concebido acerca de la sexualidad

humana. Significa que para la satisfacción la pulsión requiere de un objeto con el que no se halla vinculado de forma natural y automática, como sería en el caso del instinto, que busca un objeto específico determinado genéticamente. Los objetos parciales prototípicos –pecho y heces- pueden ser sustituidos por una serie interminable de sucedáneos que pueden funcionar de forma equivalente. Sin embargo, llega un momento en que dichos objetos alcanzan cierta fijación, una exigencia de la pulsión hacia un objeto determinado que deberá reunir o cumplir una serie de condiciones. Las fantasías inconscientes asociadas muestran también una fijeza, heredada de la adherencia de ese modo de satisfacción sexual del sujeto y de la indestructibilidad del deseo⁶⁹.

Sin embargo, la unificación del objeto parcial y su integración en un todo unificado, en un objeto total, amado, implica una ligazón. De modo que, como argumenta Laplanche (1987, p. 147) dicha ligazón también contribuye a que esa serie interminable de sustituciones de objetos parciales sea ahora menos inestable. El objeto, integrado en una totalidad, para ser sustituido exige otro que tenga también una cierta articulación interna, exige que el desplazamiento se haga conforme a cierta analogía, ciertas semejanzas, exige una sustitución metafórica y no un mero desplazamiento de objetos por contigüidad. La pulsión de vida, que Freud desarrolla en su segunda teoría pulsional, tendría que ver con esa tendencia a establecer conexiones,

⁶⁹ Fijación que Freud en *“Más allá del principio del placer”* (1920, p. 13) relacionará con algo más que con la persistencia de un modo de satisfacción libidinal, con la pulsión de muerte que impele a la compulsión repetitiva del trauma. Y que Laplanche (1987, pp. 146-149), al teorizar lo traumático de la seducción materna originaria, ubica también en un tiempo previo a la instalación del principio del placer.

frente a la pulsión de muerte más relacionada con una sexualidad fragmentada y fragmentante, inestable y desestructurante.

Hemos visto también que aunque se hable de objeto pulsional, parcial y de satisfacción autoerótica, esto no quiere decir que el bebé no establezca una relación con las figuras primordiales encargadas de su cuidado. Que el niño manifieste un comportamiento autoerótico en el plano de la pulsión no significa que sea indiferente en el plano de la relación con los semejantes (Freud, 1905, pp. 169 y 174)⁷⁰. La relación con esos primeros semejantes, objetos sexuales, está mediatizada o instrumentalizada por el objeto pulsional. Es una relación constituida a partir de la vivencia de satisfacción, de los objetos pulsionales, de la sexualidad. Cuando el bebé va asociando la satisfacción obtenida o la frustración si no la obtiene, con “algo”, que proporciona esos cuidados o esa satisfacción, comienza a establecer así el objeto primordial de amor y la relación con él. Esto es, la relación con un objeto primordial. Pero no se trata sólo de la relación real que establece con la madre, sino que todo el juego fantasmático, de significados inconscientes están presentes en esa relación.

En relación con la pulsión, Freud (1905, p. 165) señala cómo la sexualidad surge en el niño por apuntalamiento sobre las pulsiones de autoconservación. Tiempo en que surge el autoerotismo y entra en juego el fantasma. Momento en que del mundo de las necesidades (relacionado con objetos reales capaces de satisfacer éstas) se destaca

⁷⁰ Así, la pulsión de ver, exhibir o la de crueldad envuelven a otras personas a las que ver, mostrar o atacar (Freud, 1905, pp. 174-76). Obedecer o desafiar a la madre solícita con la limpieza (1905, p. 169), etc.

otra cosa, la sexualidad disgregada, la pulsión y la relación fantasmática con este nuevo objeto. Es decir, en la relación con el pecho que procura el alimento, el objeto de la conservación es la leche, mientras que el pecho es el objeto sexual.

Laplanche (1993, pp. 62-65) aquilata cómo el encuentro con el pecho se produce por contigüidad, en una relación metonímica, en la que la leche es sustituida por el pecho, el contenido por el continente. En adelante, el bebé busca ya no sólo la leche, sino la satisfacción pulsional⁷¹. La meta pulsional ya no es la meta de la autoconservación, sino que se produce una metaforización y una fantasmaticización de la meta alimenticia. Si la meta alimenticia es la ingestión, la meta sexual deviene la incorporación. Lo que implica una metabolización, una elaboración psíquica. Es decir interviene la fantasía o el fantasma. Pero no por derivación natural sino por la simbolización que le acompaña. Aparece el fantasma de la incorporación canibállica. La relación con la madre, aunque no sea captada todavía como un objeto total, está matizada por toda esta fantasmaticización.

En la fase oral, o canibalística, de la evolución libidinal, que desarrollaré más adelante, el objeto que procura la satisfacción condiciona un tipo de relación del sujeto con el objeto, la incorporación. Laplanche y Pontalis (1968, pp. 203-04) definen la incorporación como el proceso en virtud del cual el sujeto, de un modo más o menos fantasmático, introduce y guarda un objeto dentro

⁷¹ Esto es, la descarga de *aquello otro* que no puede lograrse, que queda desligado atacando desde dentro, que proviene de la sexualidad genital e inconsciente del adulto, que no admite traducción o representación porque tampoco la tiene para el propio adulto.

de su cuerpo. Dos significados podemos dar a la incorporación, obtener un placer y destruir el objeto. Efectivamente en esta fase de organización de la libido, el dominio amoroso sobre el objeto coincide con el aniquilamiento de este. Cuestión que Freud aborda en los “*Tres Ensayos*” (1905, p. 180), en “*Tótem y Tabú*” (1913a, p. 143) y en “*Pulsiones y destinos e pulsión*” (1915 p. 133) en donde señala también el carácter ambivalente que impregna esa vinculación. La incorporación constituye un fin pulsional y un modo de relación de objeto característico de esta fase. Y este tipo de relación es prototípica de todas las demás actividades del sujeto.

Pero además, podemos atribuirle otra significación a la incorporación del objeto, la de asimilar las cualidades del mismo, conservándolo dentro de uno mismo. Así, la incorporación es el paradigma de la identificación, como lo expresa en “*Tres Ensayos*” (p.180), en “*Duelo y Melancolía*” (1917b, pp. 244-47) y ulteriormente en “*Psicología de las masas y análisis del Yo*” (1921, p. 99) y en “*El yo y el ello*” (1923, p. 33). También hace notar Freud en “*Carácter y erotismo anal*” (1908, pp. 153-58) que algunos rasgos de carácter se constituyen como continuación de determinadas formas de relación con los objetos pulsionales y de satisfacción de estas pulsiones originarias (1908, pp. 153-58). El propio Yo se construye por identificación con los objetos. Hablaré más adelante de este Yo que se cimienta en la relación con los objetos

Aunque he presentado como prototípica la relación con un objeto pulsional oral, Freud (1905, pp. 168-69) expone, también, la relación con otro objeto autoerótico relativo a la zona anal. Pero aquí

menciona también el valor simbólico que estos objetos parciales adquieren. No se trata, sólo de la relación con un objeto real, por ejemplo, las heces, sino con el significado fantasmático que éstas adquieren. El valor de regalo, por medio del cual el bebé se vincula con la madre. De este modo, Freud (1905, p. 169, 1908, pp. 153-58 y 1917, p. 117-23) va introduciendo las distintas trasposiciones y significados que dichos objetos van adquiriendo. Heces, regalo, hijos, asociados por diversas conexiones simbólicas (vía teoría infantil sobre la función fisiológica, valoración narcisista, estimación como regalo, expresión de amor o premio, consideración erótica, asociación lingüística, etc.). La relación con y entre estos objetos reales se ve alterada por el valor y significado simbólico inconsciente. La vinculación del niño con las personas que le cuidan está mediatizada por esos significados simbólicos e inconscientes que se entretajan.

He descrito la vinculación con el objeto desde el lado del niño en proceso de constitución de su psiquismo. Pero la pulsión no surge espontáneamente en el recién nacido. La pulsión, hemos visto, es producida por la seducción originaria materna. El bebé interacciona con la madre. Y ésta, desde su sexualidad, interviene proporcionando cuidados y generando la sexualidad pulsional en el niño. La madre que ofrece el pecho al bebé para alimentarlo, no puede prescindir del valor sexual que el propio pecho tiene para ella. El pecho no es sólo un órgano destinado a alimentar al hijo también es un órgano sexual. Matiz que Laplanche (1992, p. 37) destaca y que había sido ignorado por Freud. La vida sexual de la mujer parece haber sido escotomizada por Freud⁷².

⁷² Asunto que, no sin frecuencia, advertimos en otros momentos de su obra. Freud parece por un lado desexualizar a la madre, adjudicarla -en relación con el hijo- el

Pues bien, la madre proporciona calor, soporte, contacto, aseo, y al proporcionar los cuidados corporales, en aquellas zonas especialmente sensibles –labios, ano, órganos genitales externos, orificios urinarios, en última instancia, todas las mucosas se transforman en la fuente de esa nueva excitación de algo que viene ahora del exterior, o de un externo internalizado. El fantasma de la madre -o su sustituto- que asea, alimenta, brinda cuidados está presente y todos sus gestos llevan implícitos fantasías inconscientes. A su acción se le suma siempre unas fantasías. El cuerpo del bebé es embebido de los fantasmas del adulto⁷³.

Freud destaca, en una nota agregada en 1920 al primero de sus “*Tres ensayos para una teoría sexual*” (1905, p. 137) la sobreestimación sexual del hijo dado a luz por ella. También en el tercero de sus “*Tres ensayos*” subraya el valor de “juguete erótico” que adquiere el hijo para la madre, en el que la mujer satisface un anhelo infantil reprimido (1905, p. 203). La pulsión sexual que se introduce en el niño va acompañada, es indisociable, de toda una fantasmaticación inconsciente. Por tanto, el objeto pulsional oral no es un derivado natural de la leche, es también una metaforización. Y tanto

ejemplo más puro de “*una ternura inalterable, no turbada por ninguna clase de reparo egoísta*” (1916, p. 188) verla exclusivamente como madre amorosa y tierna (1930, p. 110) con un interés prioritario en el hijo frente a cualquier otro anhelo (1930, p. 99), obteniendo de él “*una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas*” (1933b, p. 124), relegando o excluyendo de la madre el interés por el partenaire sexual adulto de suerte que “*con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí*” (1933b, p. 124). Es decir, parece sostener que la satisfacción sexual para la madre se centra en el hijo que recibe lo que debería ir dirigido hacia su pareja.

⁷³ Fantasmas del adulto que, como veremos al hablar de la pulsión de muerte, no están exentos de hostilidad y angustia.

el pecho como el niño para la madre están cargados de significados inconscientes.

De modo que la relación del adulto, de la madre hacia su hijo no se puede entender como una relación real, objetiva, o exclusivamente psicológica. Ahora bien, del lado del hijo, la relación que establece con esos primeros objetos, está también embebida del fantasma derivado de esa seducción originaria y de esos mensajes enigmáticos. Este comportamiento parental constituye para el niño un espectáculo traumatizante que exige un trabajo de interpretación, traducción o simbolización (Laplanche, 1992, pp. 37-39). Los mensajes maternos resultan enigmáticos para el bebé al no ser transparentes tampoco para el propio adulto que los emite.

El objeto pulsional es proporcionado por el otro, pero no es el otro. Puede ser algo referido a esa persona, una parte del cuerpo de esa persona, o bien puede ser una parte cualquiera del propio cuerpo erogenizado por el otro. Cuando se produce la unificación de las pulsiones parciales en un todo integrado -el Yo-, la relación de amor se dirige hacia ese Yo integrado. Se produce así una libidinización y narcisización del Yo. Se habla de una relación de objeto narcisista, en donde el objeto con el que se relaciona es uno mismo o alguien similar a uno, o alguien que formó parte de uno mismo, en la famosa fórmula descrita en 1914 por Freud en *"Introducción del narcisismo"*. El niño, para los padres, pero sobre todo para la madre, dirá Freud (1914, p. 86) es un objeto narcisista. O como expresa Laplanche (1993, p. 95) en lo biológico es un derivado metonímico, pero desde este aspecto narcisista es un derivado metafórico, un objeto cargado de

significaciones sexuales para la madre, un objeto, también, a imagen de la madre y el padre. La relación entre la madre y el hijo está mediatizada por el fantasma de la madre y por el que el hijo está constituyendo.

La tercera forma de relación de objeto es la que se establece con un objeto total y exterior a uno mismo, es decir la que se deriva de la elección de objeto. Hemos visto que dicha elección, además de no tener un carácter instintivo, es en primer lugar de carácter incestuoso. El complejo de Edipo es la relación en la que se condensan todos los aspectos de la relación con el objeto, tanto en su valor parcial como narcisístico. En esta compleja red de relaciones que constituye el Edipo, Freud descubrirá la importancia del falo como símbolo que ordena y dinamiza la relación madre-hijo. Si el niño se convierte en un objeto que centra la atención libidinal de la madre, no lo hace a título propio, sino en la medida en que representa algo, es decir aquello que inconscientemente anhela. Lo veremos más adelante.

Sólo con la aceptación de la prohibición del incesto, la represión y tras el período de latencia se establecerán los diques -asco, vergüenza, reclamos ideales estéticos y morales- que impedirán la elección incestuosa y dicha elección se dirigirá hacia un objeto aceptado culturalmente. La pulsión derivará hacia otros fines, como son la formación reactiva y la sublimación. (Freud, 1905, p. 11).

No obstante, Freud es consciente de que la aceptación de la prohibición del incesto nunca se hace plenamente. Siempre persisten rasgos de esta primera elección incestuosa que se detectan en los

rasgos y condiciones que ha de tener el objeto de amor o partenaire sexual elegido y en el tipo de relación que se establezca con él. Freud en sus artículos sobre el amor “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*” (1910) y “*Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*” (1912a) menciona cómo el objeto puede ser un subrogado dentro de una serie interminable, en donde se hecha de menos la satisfacción ansiada. El tipo de relación actual viene condicionada por las primeras elecciones y relaciones, si bien entorpecidas por la barrera del incesto. No se trata pues de relaciones derivadas de un mero instinto.

En estos textos aborda el valor simbólico que el deseo de un hijo puede tener tanto para el hombre como para la mujer (Freud, 1910, pp. 165-67) y sostiene nuevamente el carácter erótico que subyace tras la ternura de los padres hacia el niño (Freud, 1912a, p. 174). Evidentemente Freud no está describiendo un tipo de relación consciente ni con sus objetos en tanto que partenaires sexuales, ni tampoco con el hijo. Lo que está señalando es cómo en la elección de objeto y en el tipo de relación que se establece con los objetos de amor, y en lo que nos interesa para nuestros objetivos, con el hijo, se ocultan latentes significados y fantasías inconscientes. Ahora bien, Freud no está hablando sólo del valor erótico que para la mujer tiene el hijo, sino que expresa:

“<<La ternura>> de los padres y personas a cargo de la crianza, que rara vez desmiente su carácter erótico (<<el niño es un juguete erótico>>), contribuye en mucho a acrecentar los aportes del erotismo a las investiduras de las pulsiones yoicas en el niño y a conferirles un grado que no podrá menos que entrar en cuenta en el desarrollo posterior, tanto más si

ayudan algunas otras circunstancias. Estas fijaciones tiernas del niño continúan a lo largo de la infancia, tomando consigo cada vez más de un erotismo que, por esa vía, es desviado de sus metas sexuales” (1912a, pp. 174-75).

Freud está hablando de cómo los padres con su sexualidad seducen inconscientemente al niño.

El niño tiene ese valor erótico para ambos hombres y mujeres. Podemos preguntarnos ¿existe alguna diferencia en la consideración, en el valor del hijo y/o en el modo de desear un hijo para un hombre o para una mujer? Evidentemente la diferencia sexual anatómica, la posibilidad de la mujer de gestar en su propio cuerpo no son cuestiones que se puedan ignorar. Lo contrario sería una negación de la realidad. No se niega la existencia de las diferencias anatómicas del cuerpo, sino que es menester tomar en consideración los fantasmas inconscientes. De hecho en “*Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*” (1912a, pp. 166-67) Freud habla de las diferentes formas de fantasear un hijo por el varón o por la mujer. Para el varón se fantasea bajo la pretensión de rescatar a la madre y obsequiarla o hacerle un hijo semejante o igual a uno mismo. Ser su propio padre. Para la mujer “rescatar” alude a confesarse madre de aquel a quien se rescata. Rescatar al varón o al padre expresaría el deseo de tener por hijo al padre o tener un hijo que sea como el padre. Freud no niega la fisiología como ámbito de estudio, sino que busca el suyo propio: los fantasmas inconscientes que subyacen en el deseo de un hijo. Cuestión que dejo por el momento aplazada.

En resumen, aunque el término relación de objeto aparece pocas veces en la obra de Freud sin embargo se

emplea para hablar del tipo de relación del sujeto con su mundo autoerótico, narcisista u objetal. Se trata de la forma en que cada persona interacciona con sus objetos, en las distintas acepciones que Freud atribuye al término objeto.

La sexualidad no brota de forma natural en el ser humano, sino que nace por la intervención de un adulto que ofrece los cuidados y atenciones necesarias para la conservación de la vida. Adulto que actúa desde sus propias fantasías inconscientes, erogeniza el cuerpo del recién nacido y genera él mismo -con sus mensajes, sus preocupaciones, miedos, con sus deseos inconscientes- la pulsión y los propios deseos sexuales infantiles. No se habla de relaciones reales, objetivas, sino de relaciones mediatizadas por el fantasma. La matriz de toda relación de objeto, sea ésta cual sea, se encuentra en el lazo del sujeto con el objeto de su fantasía inconsciente, y esa fantasía dirige, modela y comanda toda la relación ulterior con los objetos de la elección amorosa y sexual. El interés del psicoanálisis está en determinar el modo singular en que cada sujeto se relaciona con sus semejantes, inventa fórmulas de articulación entre su satisfacción y el lazo social.

En lo que respecta a la consideración del hijo, en lo biológico, puede entenderse como un derivado metonímico, una parte del cuerpo de la madre. Sin embargo, si atendemos a los modos de elección y a las distintas acepciones del concepto de objeto, la cuestión se nos complica mucho más. El hijo puede

ser visto como un objeto pulsional sobre el que hacer recaer o esperar obtener -sin reconocerle como objeto total- las satisfacciones pulsionales autoeróticas. Pero también puede entenderse como un derivado metafórico, en la medida en que se constituye a imagen de la madre o de los padres o como aquello que podría elegir la madre buscando en otro lo que le falta, vivir en otro lo que anhela para sí, o pretendiendo ofrecer a ese otro lo que hubiera deseado para sí. Dependerá de cómo haya sido ella investida, de cómo haya construido sus propios fantasmas en relación con los de sus progenitores.

Todo el proceso desde el autoerotismo hasta la elección de objeto está atravesado por la relación con la madre. La madre constituye el punto de convergencia y de divergencia y desempeña un papel en esas tres formas de objeto, aunque de modo diferente en cada una de ellas. La madre es la seductora y la que provoca la vivencia de satisfacción, causa del deseo, pero también es de quién parte el deslizamiento que hace posible la aparición de la pulsión. El autoerotismo del chupeteo de los labios conlleva un elementalísimo fantasma inconsciente y deriva -por desplazamiento, contigüidad y retorno sobre sí- de un placer y tensión provocada por la leche (surgida del pecho y de los fantasmas maternos que la succión del bebé reaviva en ella). Pero también es ella quien posibilitará la unificación de las pulsiones al narcisizar al bebé, al darle entidad de ser humano. Ella se constituirá también en la primera elección de objeto total, aunque prohibido por incestuoso. Y con ella –aunque evidentemente no

sólo con ella- se establece el conflicto edípico. Ineludiblemente, todo el proceso de desear ser madre, hacerse madre o actuar como tal está atravesado por la relación originaria y fantaseada de toda mujer con su madre y con estas primeras vivencias que persisten en su inconsciente.

La vinculación con el hijo no está exenta de esa relación fantasmática. El hijo –nacido o por nacer- no es simplemente un objeto biológico derivado del cuerpo de la madre, ni el feto un conjunto de células. Saber acerca del significado y del valor simbólico del hijo para los padres, para la madre, nos puede ayudar a entender por qué una mujer puede desear tener hijos. No podemos apoyarnos en la idea de que la posibilidad fisiológica, el cuerpo, el útero, determinen ese deseo por instinto, si como Freud sostiene, los deseos y las relaciones que el ser humano establece están embebidos de fantasías inconscientes. Ahora bien, estamos hablando de hombres de mujeres, sin embargo, nos resta por determinar cómo se construye la identidad sexual, cómo se desea desde una posición sexuada, teniendo en cuenta las instancias ideales. Freud construye una segunda teoría del funcionamiento psíquico para explicar el deseo humano y sus complejos vericuetos.

3.2. La segunda teoría del aparato psíquico elaborada por Freud a partir de 1920 distingue el Ello, el

Yo y el Superyo. En este segundo modelo teórico –que no excluye el primero- Freud introduce el narcisismo y agrega el concepto de pulsión de muerte para comprender determinados fenómenos psíquicos. El deseo se presenta ahora asociado con componentes tanáticos. El deseo de un hijo, los sentimientos de amor y de odio hacia él se entienden mejor desde esta segunda conceptualización.

La primera concepción de la estructura psíquica es correlativa a la hipótesis del inconsciente y a la teoría de la libido. Nace para explicar las neurosis pero amplía el campo haciéndolo extensivo al funcionamiento psíquico en general. La experiencia clínica con la perversión y la psicosis compele a Freud a introducir modificaciones a esa primera conceptualización y desarrollar el concepto de narcisismo que recoge en 1914 en *“Introducción del narcisismo”*. En dicha obra Freud (1914, pp. 90-92) incorpora el concepto de “Ideal del yo” e intuye lo que unos años después será la instancia del Superyo. Afirma que la represión parte del Yo debido al establecimiento en su interior de un ideal en relación al cual se mide el Yo actual. De modo que la formación del ideal sería la condición de la represión⁷⁴. La hipótesis del narcisismo permite a Freud, además de explicar fenómenos clínicos, entender un estado infantil, narcisista, caracterizado por un

⁷⁴ Represión entendida como “represión en sentido estricto”, o “represión propiamente dicha” o un segundo tiempo de la represión (1911a, p. 62 y 1915c, p. 143). En la que estaría actuando, además de la atracción derivada de la represión primordial, la repulsa generada a raíz de esta formación de instancias ideales.

Yo Ideal⁷⁵, sobrevalorado sexualmente, onnipotente, en posesión de todas las perfecciones y carente de todo límite, pero también le faculta para profundizar en aspectos de la vida amorosa. Si el Yo en la primera teoría era el encargado de inhibir la realización alucinatoria de deseos, examinar la realidad y defenderse frente al peligro que ha supuesto la introducción de la pulsión, a partir de *“Introducción del narcisismo”* la concepción del Yo pasa a ser mucho más compleja. En la teoría del narcisismo el Yo pasa a ser considerado un objeto, y como tal, investido por la libido sexual. Además, sirve de asiento al sentimiento de identidad o de sí mismo (Freud, 1914, pp. 94-95).

Por otra parte, como consecuencia de los efectos devastadores de la Primera Guerra Mundial, de la evidente tendencia destructiva del ser humano, -inexplicable en términos de libido- y a raíz del estudio de las neurosis de guerra y de las resistencias insuperables encontradas en ciertos análisis, así como del estudio de los fenómenos compulsivos de repetición, se ve obligado a agregar otra novedad trascendental en su metapsicología, el postulado de la pulsión de muerte, como una fuerza demoníaca, autodestructiva, indomable. Freud en *“Más allá del principio del placer”* (1920, pp. 35-36) hace derivar dicha fuerza de esas huellas mnémicas reprimidas, no ligadas e insusceptibles de conciencia; de las vivencias del tiempo primordial, y busca fundamentar dicha fuerza pulsional prioritariamente desde la biología. El deseo ya no cabe explicarlo exclusivamente desde la perspectiva libidinal, desde

⁷⁵ Aunque Freud no distingue entre “Yo ideal” e “Ideal del Yo, está implícita tal distinción. Sobre el “Yo Ideal” hace recaer el narcisismo primario en el que el niño es *“His Majesty the Baby”*, dotado de todas las perfecciones y grandezas. El “Ideal del Yo” viene a sustituir al “Yo Ideal” minorado por la cultura. Convertido, ahora, en un ideal cultural y ético, transmitido por los padres, con el que medirse. Mutado en una conciencia moral censuradora y autocrítica desde el interior de uno mismo (Freud, 1914, pp. 82-93).

Eros. Freud defiende la tesis de la búsqueda de una satisfacción pulsional plena, irrestricta, ilimitada, autodestructiva, una descarga a cero de toda tensión, fuerza expresiva de la pulsión de muerte (Tánatos) que se opondría a Eros, o pulsiones sexuales o de vida, encaminadas a ligar, a establecer conexiones cada vez más amplias. Dualismo pulsional que va a relacionar con el masoquismo primario, con el sadismo y el deseo de gozar dañando al objeto de amor, o bien con la posibilidad de cuidarse o cuidar al objeto.

Los avances en torno a la psicología del Yo, correlativos a la hipótesis del narcisismo, junto con el postulado de la pulsión de muerte, son, como acabo de expresar, los que hacen patente la insuficiencia de la primera tópica para dar cuenta del psiquismo. Así, veinte años después de la construcción de su primer modelo, Freud se ve empujado a producir otro que permita responder al nuevo panorama teórico-clínico. En un breve trabajo *“Consideraciones sobre el Inconsciente”*, escrito en 1922, Freud preanuncia el contenido que desarrollará después en *“El Yo y el Ello”* (1923). En este último texto elabora un segundo modelo típico del aparato psíquico en el que diferencia tres instancias: Ello, Yo y Superyo.

Dicho modelo surge también de la constatación clínica de que los sistemas opuestos Inconsciente y Consciente, no corresponden unívocamente con los términos del conflicto psíquico que está en la base de la neurosis: lo reprimido y el Yo. Es decir la equiparación de lo inconsciente -parte reprimida- opuesto a lo consciente -parte represora- resulta insuficiente. Existen defensas inconscientes ejercidas por un Yo. Por tanto el Yo no puede identificarse sólo con lo consciente, dado

que incluye aspectos inconscientes que actúan como lo reprimido, produciendo efectos sin hacerse consciente. Pero el inconsciente tampoco coincide con lo que en la primera tónica se identificaba con lo reprimido. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido. Lo inconsciente se convierte ahora en una cualidad de múltiples sentidos. El inconsciente es parte también la instancia represora. No hay razones para considerar el sistema inconsciente como el sector anímico ajeno al Yo (Freud, 1923, pp. 19-20).

Pero además, las resistencias que ofrece el paciente al intentar hacerle consciente su inconsciente pueden provenir no sólo del Yo sino también del Superyo. De modo que ambas instancias Yo y Superyo son también inconscientes. En *“La 31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica”* pasa a denominar Ello a ese inconsciente dinámico que se sustrae del conocimiento del Yo y que proviene de él. Describe, así, el Superyo, el Yo y el Ello como los tres ámbitos en que se descompone el aparato anímico de la persona (Freud, 1933, pp. 63-67). El Superyo sería el heredero del complejo de Edipo y corresponde a la interiorización de prohibiciones y la instauración de la conciencia moral que inhibe los deseos. El adulto que desea un hijo, que se vinculará con él, posee un aparato psíquico, dotado de tres instancias, que se sustraen a su propio conocimiento.

En esta segunda teoría se subraya más el matiz genético, en donde el aparato psíquico se erige por la aparición y paulatina diferenciación de estas tres instancias a partir de un sistema inconsciente que concibe como hundiendo sus raíces en lo biológico.

Sin embargo, no es biológico, puesto que como ya vimos, el inconsciente se constituye tras la represión originaria y ésta es inseparable de la pulsión y del mundo simbólico.

En la nueva concepción del aparato psíquico, se acentúa el papel que desempeña la identificación con las personas de su entorno en la constitución de la propia personalidad y el de las formaciones permanentes que aquellas depositan en el seno de la persona. Como mencionan Laplanche y Pontalis (1968 pp. 455-56) el campo de lo intrasubjetivo tiende a concebirse según el modelo de las relaciones intersubjetivas y los sistemas tienden a representarse como personas relativamente autónomas dentro de la persona, si bien teniéndose en cuenta la forma fantasmática en que el sujeto se concibe a sí mismo.

Resumiendo, la primera concepción del psiquismo resulta insuficiente. Los fenómenos estudiados exigen una teorización más compleja que Freud trata de sistematizar en esta nueva tópica en la que distingue tres nuevas instancias: Ello, Yo y Superyo. En esta segunda concepción del aparato psíquico, además de explicar las tres instancias que lo constituyen, trata de dar cuenta de cómo se articula en el inconsciente la pulsión, lo cultural y lo psíquico. Lo cultural se encarna en el interior del sujeto humano y actúa desde adentro, primero como pulsión indomeñada, pulsión de muerte, pero más tarde atemperada por los ideales sociales interiorizados, por el Superyo.

Freud propone un nuevo dualismo pulsional –pulsiones de vida y pulsiones de muerte- que estaría presente en la relación con el objeto y que habremos de retomar para entender la dialéctica del deseo, y por consiguiente, la del deseo de un hijo.

El campo del deseo, teniendo que ver con lo biológico, lo social y lo psicológico, no remite a estos tres ámbitos separadamente sino que están profundamente intrincados en el aparato psíquico. Alude a la incidencia de las relaciones establecidas con los otros primigenios, los padres, y al mundo de los ideales y las fantasías inconscientes de éstos. Lo intersubjetivo se incorpora –no miméticamente- como intrasubjetivo. Los modos de ser de las personas significativas de la infancia, y los ideales del grupo social al que éstas pertenecen pasan a constituir un modelo para el sujeto. Pero también formarán parte del sujeto mismo al instaurarse, por identificación, dentro de él como Yo o como Ideal del yo. El Yo se constituye sobre el modelo de esos otros. En el deseo de un hijo, hay que tener en cuenta, por tanto, también esos modelos que en cada momento la sociedad propugna para la mujer y que se incorporan, se encarnan, como propios en el psiquismo y en la subjetividad a través de los padres. Hay que explicarlo.

Comenzaré exponiendo este nuevo dualismo pulsional que impera en el deseo humano para proceder después a exponer estas nuevas instancias que permiten entender el funcionamiento del aparato psíquico como una dialéctica

intrasubjetiva entre sus tres componentes: el Ello, el Yo y el Superyo.

3.2.1. La pulsión de muerte, presente en toda persona, se opone e intrinca con las pulsiones de vida. Si las primeras tienden a volver a lo no organizado, a la desaparición de toda tensión, estas últimas tienden a la conservación de la vida y al establecimiento de lazos. En el hijo que se desea subyace un afán de inmortalidad y un anhelo narcisista. Ambas aspiraciones impelen a una dialéctica de vida y muerte hacia el hijo como algo propio pero también algo ajeno y amenazante.

En “*Introducción del narcisismo*” (1914) Freud traza una nueva distinción entre “libido yoica” y “libido objetal” (p. 73). Las investiduras energéticas que el Yo dirige hacia los objetos constituirían la libido de objeto, mientras que aquellas dirigidas hacia el Yo constituirían la libido yoica. La división se establece ahora en el campo libidinal o de la psicosexualidad. A pesar de la crisis suscitada por Jung⁷⁶ Freud insiste en el dualismo pulsional entre pulsiones del Yo o

⁷⁶ La dificultad de Freud para diferenciar entre el Yo en tanto organismo psicobiológico, dispuesto a la autoconservación y el Yo en cuanto que instancia intrapícnica de orden pulsional; la demora en establecer nítidamente estos dos campos y, por otra parte, la aparente coincidencia en un sólo grupo de las pulsiones sexuales y las de autoconservación, darán pie, como hace notar Gutiérrez Terrazas (2002, pp. 120-134) a las disidencias de Adler y Jung. Controversias mantenidas con

de autoconservación y pulsiones sexuales, pero la consideración del narcisismo como investimento libidinal del Yo, tras el autoerotismo, hace que el plano de la libido y el de la autoconservación parezcan coincidentes. Freud ha de encarar cuál es el dominio específico del conflicto psíquico, no perder de vista que éste es de orden pulsional o sexual y nunca autoconservativo. Es decir, que el cuerpo es investido libidinalmente, que el conflicto ya no está entre lo autoconservativo y lo pulsional, entre el cuerpo y lo psíquico, por más que sean las funciones del organismo las que padezcan el conflicto⁷⁷. Pues bien, si la autoconservación es subsumida por la pulsión sexual, es decir, si las pulsiones sexuales toman a su cargo a las de autoconservación al investir al Yo como objeto totalizado y amado, uno de los dos polos pulsionales desaparece. Pero como el conflicto psíquico no se puede explicar sin un dualismo pulsional, Freud ve tambalear su teoría. Ahora bien, la libido de objeto y la del Yo suponen una ligazón (al Yo o al objeto), una unificación y totalización (tanto del Yo como del objeto). Freud para resolver el problema apelará a la pulsión de muerte –como lo indomable, lo anárquico y desligado de la psicosexualidad– opuesta a las pulsiones de vida –referidas a la ligazón–. Ubica, así, al

estos autores que amenazan, el primero la tesis de una psicosexualidad infantil no de origen orgánico y Jung con dar al traste con la tesis del dualismo pulsional siempre defendida por Freud.

⁷⁷ Los ejemplos que Freud presenta a lo largo de su obra en el análisis de los síntomas en la histeria y específicamente en *“La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”* (1910b, pp. 211-215), así lo muestran. Aunque sea sobre el terreno de un órgano y su función, como en el caso de la ceguera hística, -o en otros casos al andar, tocar el piano o al escribir- sin embargo no es la función visual y su finalidad autoconservadora lo que forma parte activa del conflicto, sino la significación sexual que se aúna a la función. Cuestión importante si la relacionamos con la imposibilidad y/o dificultad para embarazarse, -o la facilidad para abortar- como consecuencia del significado sexual que se asocie a la función fisiológica, al feto, al varón embarazador, etc.

conflicto entre lo sexual parcial o anárquico y lo pulsional total o conjuntado.

Otra de las preocupaciones que llevan a Freud a introducir la pulsión de muerte, lo acabamos de ver, es su preocupación por el fenómeno de la repetición⁷⁸. En su artículo de 1919 “*Lo ominoso*” Freud analiza los efectos siniestros del doble, del retorno de lo semejante o del retorno involuntario a un mismo. Freud afirma:

“En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso” (Freud, 1919a, p. 238).

El efecto siniestro se relaciona con esa compulsión interior a la repetición, que un año más tarde denominará “pulsión de muerte”. La tendencia a repetir compulsivamente se entiende ahora como la esencia misma de la pulsión. Anuncia así lo que será su tesis en “*Más allá del principio del placer*”: una parte de la vida humana no obedece al principio del placer. Presenta la faz destructiva de las pulsiones. La repetición muestra la vida erótica contaminada por un propósito de muerte.

⁷⁸ El fenómeno de la repetición, como analiza Gallano (2005, pp. 287-298) ocupa el interés de Freud desde los orígenes de su pensamiento. Bien sea el descubrimiento de la repetición como inherente a la constitución del inconsciente y a la memoria de huellas que quedan excluidas del pensamiento consciente, como fijación, presente en los síntomas, como opuesta a la rememoración, relacionada con la transferencia y la resistencia. Es un concepto que representa las transformaciones de la teoría freudiana hasta llegar, en 1920, al análisis de la compulsión a la repetición como pulsión de muerte.

En 1920 Freud en esta última obra cuestiona, como acabo de decir, el principio del placer como el único motor de los procesos anímicos. Revisa la teoría de las pulsiones y expone en esta obra que existe una fuerza que entiende es más originaria, más elemental que el principio del placer, la pulsión de muerte (1920, pp. 22-23). Pulsión que no es exclusiva de la patología sino que se encuentra en la vida de cualquier persona no neurótica (1920, pp. 21-22) y que consiste en una tendencia a rebajar, mantener constante o suprimir la tensión interna provocada por el estímulo. Una predisposición a volver a un estado anterior no afectado por fuerzas perturbadoras (1920, p. 54).

La compulsión de repetición remite a la imposibilidad de ligar las huellas mnémicas insusceptibles de conciencia.

“El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón podría establecerse el imperio irrestricto del principio del placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio del placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta” (Freud, 1920, p. 35).

Es decir, Freud está hablando de un primer afán de eliminación de la tensión que se manifestaría al comienzo de la vida anímica, antes de que se implante el principio del placer y que se mostraría en esa compulsión de repetición.

Freud rechaza también la idea de un instinto natural al orden, al perfeccionamiento, al intercambio, o a la vida más elevada, sino que

esta tendencia no es más que “*resultado de la represión de las pulsiones, sobre la cual se edifica lo más valioso que hay en la cultura humana*” (1920, pp. 41-42). Sostiene que la cultura sólo es posible por la represión pulsional. Sin embargo, la pulsión reprimida no cesa nunca de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de la vivencia primaria de satisfacción. El deseo es pues insatisfacción, falta en su esencia, y factor impulsor del movimiento. Vemos así una compulsión a la repetición presente en el deseo. Y sólo la posibilidad de entrar en una estructura de intercambios, en dónde un objeto podría suplir o admitirse como equivalente, podría sacar al sujeto de esa compulsión repetitiva. Sin embargo, todas las formaciones sustitutivas, todas las sublimaciones son insuficientes para cancelar la tensión asociada a esa primera satisfacción. La diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, dice Freud (1920, p. 42) citando a Mefistófeles en “Fausto”: “*Acicata, indomeñado, siempre adelante*”. Es decir, persisten las dos tendencias simultáneamente, el afán de repetir y la represión, la ligazón y búsqueda objetos sustitutivos.

Quiero señalar que aunque Freud para hablar de la pulsión de muerte se apoya en la metáfora de los componentes de la sustancia viva de los trabajos de Weismann, en la que distingue una mitad mortal (relacionada con el cuerpo en sentido estricto, el *soma*) y otra inmortal (relativa a las células germinales en cuanto *potencia* o posibilidad de desarrollare un nuevo individuo), deja claro que él no está hablando de la sustancia viva, sino de las fuerzas que actúan en ella, distinguiendo las dos clases de pulsiones “*las que pretenden conducir la vida a la*

muerte, y las otras, las pulsiones sexuales, que de continuo aspiran a la renovación de la vida, y la realizan” (1920, p. 45)⁷⁹. Ahora bien, dado que la pulsión es un efecto de la sexualidad del otro entrometida en el nuevo ser, entiendo que hay un componente sexual (relativo a la intromisión del adulto) pre-sexual (en lo que respecta al recién nacido) en esa tendencia a la muerte. Es decir, recordemos que la pulsión se instala por la intromisión del adulto sexualmente constituido, que provoca una excitación, unos signos de percepción por completo insusceptibles de conciencia, articulados por asociaciones de simultaneidad, que impelen a una búsqueda y a una descarga total imposible. De modo que la pulsión de muerte, además de ser la pulsión por excelencia, -aquello que impele a la repetición y no halla descarga-, no es tampoco instintiva o endógena. Aunque es cierto que Freud está influido por el modelo biológico en el que está tratando de sustentar sus descubrimientos o buscando metáforas biológicas para explicar esta nueva dualidad pulsional.

La pulsión de muerte tendría que ver con ese “externo-interno-atacante”, con esa sexualidad desligada implantada por el adulto, con ese momento en que la función vital pierde su objeto natural y con la búsqueda absoluta de la reducción de toda tensión. Tiempo de instauración de lo sexual del que habla Laplanche en *“Vida y muerte en psicoanálisis”* (1970) y de evacuación compulsiva de una energía

⁷⁹ Freud se apoya en un modelo biológico para describir algo nuevo que está descubriendo, para lo cual no sólo carece de terminología sino de matriz explicativa. Busca analogías desde las que entender fenómenos que se apoyan en las necesidades orgánicas, inciden en el cuerpo, producen efectos físicos y comportamentales, pero no son exclusivamente biológicos ni psicológicos.

inevacuable⁸⁰. Tiempo previo a todo destino de ésta y por tanto, anterior al autoerotismo. La pulsión de muerte alude a esos movimientos compulsivos evacuativos, a la repetición autodestructiva que no permite ligar nada y que deja fijado a una única forma de búsqueda de satisfacción imposible de lograr. Es decir, la libido tendría un componente, podríamos decir “viscoso”, tendente a la repetición de lo mismo, aunque ello no incluya placer o implique incluso displacer.

Ahora bien, como he dicho, el deseo implica esa doble manifestación. Una tendencia tanática a repetir y buscar lo mismo y otra erótica encaminada a ligar, a buscar nuevas representaciones, a entrar en una estructura de intercambios. Es decir, Freud defiende la hipótesis de que *“las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida”* (1920, p. 55) y con *“la necesidad de restablecer un estado anterior”* (p. 56), de forma que amparándose en el mito del amor desarrollada por Platón en “El banquete” describe cómo, a raíz del desgarramiento que supuso la animación de la sustancia viva, estas pequeñas partículas disgregadas buscan reunirse por medio de las pulsiones sexuales. Es decir, desde la implantación en el niño de una sexualidad adulta, algo se ha desencadenado (la pulsión) que busca la posibilidad de ligar lo que ha sido desligado, de reunir lo disgregado (pulsión de vida), o de descargar a cero la tensión habida (pulsión de muerte), es decir volver a un estado anterior en que no existía tensión alguna.

⁸⁰ Inevacuable dado que no puede descargarse la tensión por vía somática ni mediante un objeto autoconservativo porque su carácter es pulsional-sexual y no del orden vital. Por más que se sacie la necesidad, la pulsión no alcanzaría satisfacción. Podría intentarse compulsivamente repetir la satisfacción orgánica, pero siempre quedaría ese remanente de excitación.

La actividad psíquica se rige ahora por dos tendencias: Un movimiento ligador que posibilita unir representaciones, que introduce en un mundo de intercambios, que permite buscar un objeto sustitutivo y, aunar éste en un todo al que amar, pero también un movimiento de desligazón, consistente en evacuar toda posible tensión, movimiento que impide el establecimiento de un todo unificador, de un Yo, aún a costa de poner en peligro la propia supervivencia. El deseo ya no puede explicarse sólo desde la búsqueda del placer, sino también desde ese componente tanático, indomeñado e indominable, que persigue su descarga absoluta (principio del Nirvana) pero que queda fijado en esa tensión excitante y autodestructiva, de la que no se puede deshacer. Cuestión que había sido esbozada por Freud en el “*Proyecto de Psicología*” (1895, pp. 340-41; 362-64 y 373-75) y en “*La interpretación de los sueños*” (1900a, pp. 556-58).

En el capítulo V de “*Más allá del principio del placer*” reflexionando sobre los fenómenos vitales, -el origen, los caminos y la meta de la vida- y utilizando la metáfora de los organismos elementales y el funcionamiento de las células germinales, escribe:

“Hay como un ritmo titubeante en la vida de los organismos; uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia delante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto” (1920, p. 40).

Freud está hablando de la pulsión de muerte que lleva como objetivo el final de la vida, la vuelta a lo inorgánico por la vía más rápida, pero también de la pulsión de vida, relacionándola con la

sexualidad y con la tendencia a volver a iniciar todo el camino para prolongar la vida. Entiendo que mediante la pulsión de vida se buscaría generar un nuevo ser que permita a los genitores volver al estado inicial de sus vidas, vivir en el hijo la propia historia desde sus orígenes, prolongarse en ellos, y de alguna forma, retrasar la propia muerte. De modo que la sexualidad estaría al servicio de la pulsión de vida y contribuiría a la conservación de la especie, pero también, subjetivamente a intentar postergar –o negar– la muerte propia. La sexualidad llevaría a ese momento inaugural de la vida por una vía regresiva. El deseo de un hijo hablaría del deseo de vivir, de esa negación de la muerte, y el hijo se transformaría en un objeto de amor narcisista tal y como Freud había expuesto en *“Introducción del narcisismo”* años antes. Pero también, como veremos más adelante, un objeto ajeno, que introduce la relación materno-filial en una dinámica de dos narcisismos enfrentados.

El objeto pulsional suele ser una parte del propio cuerpo y su destino ulterior es variable. Por lo general, es sustituido por otros a lo largo del desarrollo, aunque los objetos sustitutivos representen de modo inconsciente al objeto inicial. De modo que el hijo deseado es un sustituto de otra cosa, pero que alude a aquello inicial. Como veremos más adelante, el hijo remite a la aceptación de la diferencia anatómica y se transforma en objeto de intercambio frente a otro previamente deseado. Pero en el inconsciente también recuerda que no es lo ansiado. No deja por ello de tener un componente decepcionante.

La otra vía para alcanzar la distensión total, en ese ritmo titubeante en la vida de los organismos, del que habla Freud es la

búsqueda de la meta final de la vida. Mediante la muerte se obtiene un desenlace similar, sólo que opera con mayor rapidez y eficacia, pero en este caso, en una línea progresiva hacia lo inorgánico, hacia un estado anterior, por un atajo directo. De modo que la sexualidad puesta al servicio de la pulsión de muerte conduciría hacia la autodestrucción del organismo biológico pero también imposibilitaría la construcción de un Yo o impelería a su autodestrucción. Si la pulsión de vida no atempera la pulsión de muerte sería imposible ligar las pulsiones parciales en un todo. Dicho de otra forma, si el otro no inviste libidinalmente al niño como un todo, el Yo no puede constituirse. Y, además, si el Yo no es investido libidinal y narcisistamente, como un objeto al que amar, quedaría al arbitrio de la pulsión de muerte. Y si no puede amarse a sí mismo no puede tampoco construirse ni protegerse o cuidarse. Investir narcisistamente al hijo contribuye a construir el narcisismo del recién nacido y su Yo. Pero, de otro lado, ese narcisismo del hijo “topará” con el narcisismo materno.

La pulsión de muerte alude a la tendencia a la descarga absoluta de la excitación, correspondiente a la energía libre y al modo de funcionamiento del proceso primario. De modo que aludiría a la esencia misma del inconsciente, a lo irreducible, a lo más radical en el deseo inconsciente. Y esta tendencia mutaría por efecto de otra fuerza, Eros, que va a favorecer la cohesión, la ligazón, -crear y mantener unidades cada vez mayores-. De modo que en los estados normales, ambas pulsiones alcanzarían un cierto equilibrio, que Freud describe como intrincación, un enlace que atempera –que no anula- la tendencia aniquiladora de la pulsión de muerte. Pero en ciertas patologías la pulsión de muerte actuaría independiente del freno de Eros.

Ahora bien, la pulsión de muerte bien puede dirigirse al propio sujeto o descargarse hacia el exterior, bajo la forma de agresión y destructividad. La heteroagresividad sería una salida una cierta ligazón al otro⁸¹. En una nota a pie de página al final del capítulo VI, explica como en lugar de la oposición entre pulsiones yoicas y de objeto, de naturaleza libidinosa, en su lugar *“surgió una nueva oposición entre pulsiones libidinosas (yoicas y de objeto) y otras que han de estatuirse en el interior del yo y quizá pueda pesquisarse en las pulsiones de destrucción. La especulación convirtió esta oposición en la que media entre pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte”* (p. 59). De modo que en el Yo (libidinal y autoconservativo u organismo biológico) se habría también instalado no sólo una fuerza tendente a la vida, al amor, sino que también habitaría una tendencia a la destrucción.

En 1923 en el segundo artículo *“Teoría de la libido”* escrito para la enciclopedia Freud resume las dos clases de pulsiones, bajo la analogía de anabolismo y catabolismo, como Eros o pulsiones de vida y

⁸¹ Laplanche (1970, pp. 116-169), interpretando a Freud, diferencia entre agresividad (para referirse a lo autoconservativo, que no apunta todavía a la subjetividad del otro, ni al dolor, ni al fantasma), y sadismo (para hablar de los componentes sexuales implicados en dicha agresividad). Sadismo y masoquismo tendrían que ver con la actividad relacionada con el fantasma inconsciente. Dicha agresividad fantasmática podría dirigirse hacia uno mismo en forma de masoquismo o autoagresividad o, posteriormente, hacia el otro como sadismo o heteroagresividad, identificándose con el otro que goza de la excitación sexual que acompaña al dolor (Freud, 1915, p. 124). A partir de 1920 Freud considera como primer tiempo el reflexivo, el masoquista, del cual derivaría el sadismo y más tarde el masoquismo perverso (encontrar a otro que me haga sufrir y gozar de la tensión asociada al dolor). Pero hay que tener en cuenta que dicha distinción no está en la terminología de Freud, pero si podría deducirse. Cuando aquí hablamos de agresividad, nos estamos refiriendo a la agresividad no como puro instrumento autoconservativo, sino a la implantación de lo sexual, al fantasma, por elemental que sea éste. Desde esta perspectiva habría primacía de la autoagresión, del tiempo reflexivo autoerótico, sobre la heteroagresividad.

Tánatos o pulsiones de muerte. Estas últimas saldrían a la luz como tendencia a la destrucción. Ahora bien, tanto las pulsiones eróticas como las de muerte estarían mezcladas en amalgamas regulares, pero también serían susceptibles de desmezclarse. La vida consistiría en la interferencia de ambas clases de pulsiones, de vida y de muerte. La muerte expresaría el triunfo de Tánatos, de las pulsiones de destrucción, pero la reproducción sería el triunfo de Eros. No obstante, ambas trabajarían una en contra de la otra desde la génesis misma de la vida (Freud, 1923a, pp. 253-54).

También en “*El yo y el ello*” (1923) defiende que en los estados normales ambas pulsiones alcanzan un cierto equilibrio, una intrincación, un enlace mutuo que hace que se atempere la tendencia aniquiladora de la pulsión de muerte manifestándose en el progreso desde las fases anteriores a la genital o bien en la desmezcla en la regresión libidinal (1923, pp. 41-48)⁸². Se atempera la pulsión de muerte, pero no desaparece. De modo que Eros y Tánatos conviven juntos.

“La experiencia clínica nos enseña que el odio no sólo es, con inesperada regularidad, el acompañante del amor (ambivalencia), no sólo es hartas veces su precursor en los vínculos entre los seres humanos, sino también que, en las más diversas circunstancias, el odio se muda en amor y el amor en odio” (1923, pp. 43-44).

⁸² Para Gutiérrez Terrazas (1996, pp. 83-84) lo pre-edípico podría pensarse como lo que se contrapone dialécticamente a la integración y ordenación edípica, aquello que pretende atacar e impedir que el ordenamiento estructural edípico imponga su ley, como aquello que permanece como resto pese a la instalación de las instancias ideales. Como el lugar donde reina la búsqueda de un goce absoluto anterior a la implantación limitadora del principio del placer.

Tanto la pulsión masoquista como la sádica aluden a la compulsión de repetición. La sádica dirigida al daño del objeto, la masoquista dirigida al daño del propio cuerpo. Pero ambas intervienen en la vida erótica, se conectan con Eros. En el masoquismo femenino⁸³ - descrito por Freud en “*Pegan a un niño*” (1919) y en “*El problema económico del masoquismo*” (1924, pp. 168-70)- subyace el deseo de ser poseído sexualmente y de parir. En las renunciaciones y esfuerzos en la crianza del hijo habría un componente de pulsión de muerte que anudado a Eros permitiría a la mujer parir, disfrutar y ejercer las funciones sexuales y maternas⁸⁴. La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora y lo hace desviándola y dirigiéndola, en buena parte –hacia afuera, hacia los objetos del mundo exterior, transformándola en pulsión de dominio o en voluntad de poder (1924, p. 169). Si bien insiste en que nunca se encuentran en estado puras ambas pulsiones, sino intrincadas en una proporción y combinación muy vastas⁸⁵.

Entonces, el sadismo y la pulsión de dominio sería expresión de un masoquismo dirigido hacia fuera o atenuado por la libido, pero en el inconsciente ¿podemos pensar que persiste, además de ese masoquismo femenino, algún componente relacionado con el sadismo y la pulsión de

⁸³ Freud utiliza en “*Pegan a un niño*” (1919, pp. 180-200) y en “*El problema económico del masoquismo*” (1924, pp. 168-71 y 175) el término femenino no para referirse exclusivamente a la mujer, sino también al varón. La fantasía de ser golpeado por el padre se relaciona con el deseo de entrar con él en una vinculación sexual pasiva (femenina).

⁸⁴ Helene Deutsch (1952, pp. 224-258 y 1960, p. 26) subraya los componentes masoquistas que permiten a la mujer gozar de la maternidad.

⁸⁵ También en 1926 en “*Inhibición, síntoma y angustia*” defiende que “*casi nunca nos las tenemos con mociones pulsionales puras, sino, todo el tiempo, con ligas de ambas pulsiones en diversas proporciones de mezcla*” (Freud, 1926, p. 119).

dominio que esté profundamente reprimido? ¿Persistiría algo de la pulsión de muerte dirigida hacia fuera por la atemperación de Eros o habría desaparecido totalmente? Freud habla de que una mezcla y combinación entre ambas pulsiones se da siempre en proporciones muy variables, pero también por efecto de ciertos factores puede producirse una desmezcla (p. 170).

En 1938 en capítulo II del texto *“Esquema del psicoanálisis”* dedicado a la doctrina de las pulsiones, Freud (1938, p. 146) afirma que la meta última de la pulsión de muerte es la destrucción. Correspondería al Yo la función de velar por una satisfacción más favorable y menos peligrosa. De modo, que es precisamente ese Yo, derivado de esa “acción única” que permite identificarse con una imagen totalizadora y amada, lo que posibilita un primer límite a la satisfacción irrestricta.

En este texto insiste Freud, en que ambas pulsiones se mezclan y que la alteración en la proporción de esta mezcla tendría consecuencias. De modo que *“un fuerte suplemento de agresión sexual hace del amante un asesino con estupro; un intenso rebajamiento del factor agresivo lo vuelve timorato o impotente”* (p. 147). Y prosigue explicando cómo la agresividad vuelta hacia uno mismo puede conducir a la muerte del propio individuo. La tendencia a la destrucción sería la expresión del principio más radical del funcionamiento psíquico. También en este texto explica cómo a raíz de la constitución del Superyo pueden fijarse montos considerables de pulsión de agresión en el interior del Yo y allí ejercer efectos autodestructivos.

Estamos hablando de Yo, de Superyo, estamos entrando en la segunda conceptualización tópica del aparato psíquico, que será preciso explicar, pero que por el momento dejo en espera, dado que antes quisiera matizar alguna cosa más.

En “*El malestar en la cultura*”, escrito en 1930, Freud postula la agresividad como una fuerza constitutiva del ser humano que intenta mitigar mediante el establecimiento de lazos sociales. Freud deduce que el individuo necesita dirigir al mundo exterior una parte de la pulsión de muerte y que lo hace en forma de agresión. En el ejercicio de esta pulsión aniquiladora trata de eliminar al otro. Pero ese movimiento destructivo sirve también para proteger la propia vida, puesto que el otro está también dispuesto a la agresión. De forma que la pulsión destructiva es así “*compelida a ponerse al servicio de Eros*” (1930, p. 115). Eros y Tánatos se entrelazan también al servicio del individuo y de la especie. El Eros de cada individuo se defiende pactando con la pulsión agresiva contra el semejante. Esta agresividad será tenida a raya, a su vez, por las normas de la sociedad. Ya no se trata sólo de que se opongan, también pueden trabajar juntas⁸⁶.

⁸⁶ La agresividad en este caso es vista como una tendencia derivada del odio y opuesta al amor. Odio y amor, que como expone Freud en “*Pulsiones y destinos de pulsión*” tienen un origen y un recorrido distintos antes de constituirse en opuestos (pp. 128-134). El amor proviene de la satisfacción de las pulsiones, autoeróticas, narcisistas o por último ligadas al objeto. Mientras que el odio, proviene de la repulsa que el Yo opone al comienzo al mundo exterior y a los estímulos que de él provienen. (p. 132). Freud afirma “*El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuentes displacenteras... Y aún puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del Yo por conservarse y afirmarse*” (p. 132). Aunque parece, pues, asociar el odio con la pulsión de autoconservación o pulsiones yoicas, también la va a relacionar con la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior y manifestada como agresión hacia el otro.

El amor y la ternura de los padres hacia sus hijos no son una excepción. El odio y el deseo de muerte les acompañan, aunque el ser humano se vea impelido a desmentir tales sentimientos. Freud ya había señalado la hostilidad inconsciente que subyace tras los sentimientos tiernos, si bien prioritariamente relacionada con los deseos parricidas del complejo de Edipo. En *“De guerra y muerte. Temas de actualidad”* (1915d, pp. 283-89) relaciona estos deseos de muerte con el impulso hacia la destrucción contrario al mantenimiento de la cultura y también pasa ahora a plantearse el deseo en términos tanáticos (pp. 290-301). Pero, además, señala que la muerte propia no puede ser representada en el inconsciente, pero sí la del otro, la muerte ajena, la de los extraños (pp. 300-01). Y sólo podríamos hacernos idea de ella por identificación ambivalente con la persona amada, cuya muerte deseamos y tememos. Ahora bien, los deseos de muerte no se dirigen exclusivamente a los enemigos sino a las personas amadas y entre ellas, al hijo. Freud analiza los sentimientos ambivalentes que provocan los seres queridos, y refiriéndose a los sentimientos frente a la muerte dice:

“Es que cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio yo, de su amado yo. Pero por otra parte esa muerte la consideraba merecida, pues cada una de las personas amadas llevaba adherido también un fragmento de ajenidad. La ley del sentimiento de ambivalencia, que todavía hoy preside nuestros vínculos afectivos con las personas a quienes más amamos, reinaba por cierto aún más incontrovertible en épocas primordiales. Así, esos difuntos queridos habían sido también unos extraños y unos enemigos que despertaron en él una porción de sentimientos hostiles” (1915d, p. 294).

O un poco más adelante expresa:

“El más tierno y más íntimo de nuestros vínculos de amor, con excepción de poquísimas situaciones, lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconsciente de muerte” (p. 300).

Señala también cómo ante la propia muerte imposible de ser asimilada sólo cabe la denegación, la desmentida (p. 296). Quizá podamos pensar que los deseos de muerte hacia el hijo –objeto ajeno pero también fragmento de uno mismo y expectativa de revivir en él nuestros sueños de inmortalidad- estén oscurecidos por esa desmentida de la muerte propia que ha permitido el estudio de los deseos parricidas pero no el de los filicidas, o que ha tolerado el estudio de los deseos de Edipo, pero ha relegado al olvido los de Layo. Deseos inconscientes que, como otros, no han desaparecido sino que siguen presentes en el inconsciente y en nuestro Superyo bajo el mandato de “no matarás”⁸⁷.

Deseo de muerte de los padres hacia el hijo que puede ser entendido también como el no reconocimiento de un sujeto de deseos. Esto es, la captura del niño en el deseo absoluto de la madre o en el colmamiento mutuo de la madre por el hijo, presentado no obstante por Freud, como un absoluto de perfección ideal, como el único amor no ambivalente que satisface plenamente a la madre; o como dice Freud:

“Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo

⁸⁷ “No matarás” que puede entenderse como la prohibición del deseo de muerte física, pero también como el deseo amoroso ilimitado, el goce absoluto del hijo, que llevaría a su muerte psíquica, a la imposibilidad del hijo en constituirse en un otro, en un sujeto con deseos. Y que se formularía como “no reintegrarás tu producto”.

aquello que le quedó de su complejo de masculinidad” (1933b, p. 124).

Ideal de colmamiento de la madre por el hijo del que también habla Freud en “13ª Conferencia de Introducción” (1916, p. 188), en “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (1921, p. 96) y en “*El malestar en la cultura*” (1930, p. 110), que implica la negación del otro como un todo autónomo, como un sujeto deseante. El deseo de un hijo encarnaría una especie de duplicación del deseo propio. Deseo alguien que desee, pero que lo haga como yo, que me proporcione la ocasión de lograr mis anhelos, conseguir lo que no me fue posible, en ese narcisismo que se refleja en el amor parental hacia el hijo, en ese afán incontenible de obtener las prerrogativas a que hubo de renunciarse, ese afán de inmortalidad del Yo que Freud (1914, pp. 87-88) había señalado en “*Introducción del narcisismo*”.

Además, si tenemos en cuenta los deseos edípicos de muerte hacia los progenitores (deseos reprimidos por efecto de la cultura, pero sepultados en el inconsciente) entiendo que éstos van a ser concitados con ocasión de la relación con el hijo. El hijo, al que se le atribuyen, en virtud de la experiencia propia, esos mismos deseos de muerte, es – además de un objeto de amor deseado–, un objeto amenazante como el que constituye Edipo para Layo, despertando en él deseos filicidas. Se establece así una dialéctica entre los deseos de muerte desde ambos lados, percibidos de diferente forma por unos y por otros, y amalgamados con los sentimientos libidinales de amor. Una dialéctica que implica la muerte del otro para proteger la vida propia, o una

lógica de dos narcisismos confrontados⁸⁸. Desear un hijo es expresivo de la pulsión de vida, pero no es ajeno a la pulsión de muerte. Las pulsiones libidinales contribuyen a atemperar la pulsión de muerte, pero también han de ponerse al servicio de protección de la propia vida, colisionando no sólo con la pulsión agresiva paterna, sino también con la propia pulsión de vida de los progenitores. La pulsión de vida del hijo se opondría al Eros de los progenitores y viceversa. Pero la dialéctica no sería sólo intersubjetiva, sino que por efecto de la incorporación de las instancias ideales sería también intrasubjetiva. El deseo y la relación con el hijo no puede explicarse sólo desde vínculos amorosos, desde una tendencia natural puesta al servicio de la especie, sino como una dinámica conflictiva entre el interés de la especie y el interés yoico, entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte, entre Eros y Tánatos.

Con la introducción de la pulsión de muerte, se postula un nuevo dualismo pulsional, esta vez referido a Eros (que designa el conjunto de pulsiones de vida, aquella acción o fuerza que integra, que tiende a reunir y mantener la cohesión, a formar unidades cada vez más extensas para conservar la vida) frente Tánatos (fuerza disgregadora opuesta a la pulsión de vida y que tiende a volver a lo inanimado, a lo no organizado, al

⁸⁸ Simone de Beauvoir (1949, pp. 290-96) apoyándose en el psicoanálisis presenta la vivencia de la maternidad no como un deseo natural ni exclusivamente gozoso. Describe la alienación que, desde su punto de vista, constituye el embarazo para la mujer. El feto no es considerado sólo como algo propio, sino también como algo ajeno que ataca desde adentro, como una oposición entre su ser como sujeto y el del feto. La vida o el nacimiento del hijo es entendida como la muerte de los padres. Señala los componentes masoquistas y la hostilidad que subyace oculta bajo el mito de la placidez absoluta y del amor de la madre.

desligamiento y fragmentación). Un conflicto entre fuerzas de ligazón, integración y organización yoica (Eros) y fuerzas de desligación, de sexualidad fragmentada, anárquica, desorganizada que sólo busca la eliminación de toda tensión según el principio del Nirvana (Tánatos). Pulsiones de vida que incluyen parte de las pulsiones sexuales (las que permiten la supervivencia de la especie) y también parte de las pulsiones yoicas (las que permiten la supervivencia del individuo), opuestas a pulsiones de muerte que incluyen otra cara de las pulsiones sexuales dirigida exclusivamente a disminuir toda excitación, aunque ello implique la fragmentación y autodestrucción. Si la pulsión de vida alude a la sexualidad ligada a un objeto total, a un objeto amado (sea amor a sí mismo o amor a otro), la pulsión de muerte, opera deshaciendo conexiones, como fuerza disgregadora que no permite la constitución del Yo. Se trata de una fuerza desestructurante cuyo origen es también sexual.

La pulsión de muerte se manifestaría en esa compulsión a repetir la primera experiencia de satisfacción, a evacuar la tensión introducida por el otro al satisfacer las necesidades del niño, a fijarse en un único objeto de satisfacción, a no admitir objetos sustitutivos equivalentes, sino a tratar de librarse de la tensión por el camino más rápido. Sólo la posibilidad de ligar y entrar en una estructura de intercambios de unos objetos por otros podría sacar al sujeto de la pura repetición compulsiva, de la pulsión de muerte. Y aunque ello se logre, siempre persiste el

factor pulsionante constitutivo del deseo. Este no es ajeno a la pulsión de muerte.

Ambas pulsiones, no obstante, no se presentan en estado puro, sino entremezcladas. De forma que se equilibran mutuamente. Eros consigue neutralizar la pulsión de muerte desviándola hacia el exterior, convirtiéndola en pulsión de destrucción o agresividad y el masoquismo expresivo de la pulsión de muerte también derivaría en sadismo. Es necesario que se mantenga un cierto compromiso entre ambas fuerzas energéticas. Así, por ejemplo, es necesaria cierta acometividad en la elección de la pareja sexual o cierto masoquismo para ayudar al fin vital de la reproducción. Pero Freud alerta también del riesgo de que los dos componentes pulsionales se desvinculen y la mezcla pulsional pierda su influencia estabilizante.

De esta nueva oposición, Freud deriva dos tendencias: una, representada por Tánatos, encaminada a alcanzar rápidamente, por un atajo, la meta final de la vida, la vuelta al estado originario ausente de toda tensión. La otra perseguiría alcanzar esa misma meta, el principio de tensión cero por una vía más larga, retrasando en todo lo posible alcanzar ese fin último, el estado inerte, la muerte. Para ello perseguiría revivir la experiencia y repetirla desde el principio, pero a través de la vida de otro. El deseo de un hijo hablaría del deseo de vivir, del anhelo de inmortalidad, de Eros.

Pues bien, la madre que auxilia al bebé desvalido intervino con su sexualidad inconsciente fragmentando, instaurando la pulsión, generando tensión. Pero ha de mediar también, desde Eros, haciendo uso de esa posibilidad de cohesionar, de establecer ligazones, para que el hijo no quede librado a la pulsión de muerte. El Yo sólo puede instaurarse si el niño es investido, amado, por la madre como un todo unificado al que se le atribuyen deseos. Ese objeto amado por la madre, podrá constituirse en el Yo del hijo, unificado y capaz de amar.

Ahora bien, como veremos más adelante, si los deseos edípicos no excluyen deseos de muerte de los progenitores, y si el Edipo es una experiencia universal, para todo padre o toda madre, sus propios deseos incestuosos sepultados en el inconsciente impelen a reconocer los deseos agresivos de su hijo hacia ellos, percibidos desde la posición de genitores como una amenaza. Deseos parricidas que podemos pensar susciten inconscientemente en los padres deseos filicidas, de muerte del hijo. El hijo, además de un objeto deseado es también un objeto rival y puede constituirse en un objeto amenazante. El hijo deseado es y será para la madre parte de ella misma, posibilidad de revivir todo aquello a lo que hubo de renunciarse, parte a la que amar narcisistamente, pero también ajenidad, extraño que despierta sentimientos hostiles expresivos de la pulsión de muerte. Narcisismo infantil que colisiona con el materno. Las pulsiones de vida –sexuales o yoicas- pueden entrar en confrontación con las propias del hijo, de modo que habría de utilizarse a favor de la vida las propias pulsiones de

muerte dirigidas hacia el otro. La pulsión de muerte, manifestada en el masoquismo femenino, por otra parte, contribuiría a favorecer las renunciaciones y esfuerzos que conllevan las atenciones al recién nacido. Eros y Tánatos se oponen, pero también operan juntas, intrincadas.

No nos referimos sólo al deseo de muerte física, sino al desconocimiento o el rechazo del otro como sujeto de deseos, al deseo de hijo como objeto que ha de colmar y satisfacer todos los anhelos maternos. Ahora bien, podríamos decir “hay amores que matan” de los que habría que protegerse por amor a uno mismo. Podríamos decir incluso que el amor ha de ser atemperado, limitado, precisamente para preservar la vida, de forma análoga a como ha de ser atemperada la pulsión de muerte por la de vida.

El deseo de vida, el amor, no está separado del odio y deseo de muerte. El amor de los progenitores por sus hijos no es una excepción, por más que resulte una realidad insoportable y por ello objeto de desmentida. El campo del deseo, relacionado con lo sexual no es ajeno a la pulsión tanática. Pero si dicha realidad resulta insoportable es porque “algo”, desde adentro, así lo hace saber. Un principio imperativo, “no matarás”, que pasa a encarnarse en el psiquismo, en la conciencia. No se puede hablar de un instinto reproductivo de la especie que lleve asociado el deseo subjetivo de procreación; ni de un principio biológico de conservación que lleva al genitor a preservar a la cría. Ese imperativo moral

instiga también a limitar el amor absoluto por el hijo. Un precepto internalizado en un Superyo que genera inhibiciones, angustias, culpa de las que el Yo no puede dar cuenta, pero que está presente en el adulto que desea, espera y cuida al hijo recién nacido. Un principio ético que, como veremos más adelante, limita también el amor señalando cómo ha de ser ese deseo, a quién no se puede desear, de quién no cabe esperar un hijo.

He hablado de un Yo que no puede dar cuenta de unos deseos sepultados en el inconsciente, de un imperativo moral internalizado. Freud se ve obligado a establecer una nueva tópica psíquica capaz de dar cuenta de esta conflictiva y nueva dinámica intrasubjetiva, constituida a partir de las relaciones con los otros primigenios, que es preciso explicar.

3.2.2. El Ello: Es una de las tres instancias de la segunda concepción tópica del aparato psíquico. Designa un lugar totalmente inconsciente, reservorio de las pulsiones, pero no es todo lo inconsciente, dado que también el Yo y el Superyo, que de él derivan, tienen aspectos inconscientes. Es sede de lo pulsional si bien no puede identificarse con lo biológico.

El término “Ello” es tomado de Groddeck (Freud, 1923, p. 25 y 1933, p. 67) y pensado por Freud a partir de la reestructuración que realiza durante los años 1920-23, de su concepción del aparato psíquico, al establecer una segunda teoría explicativa. Llama “Yo” a la esencia que parte del Sistema Percepción, que es primero preconsciente “y el <<ello>> a lo otro psíquico en que aquel continúa y se comporta como inconsciente” (1923, p. 25). “Un individuo es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido {no discernido} e inconsciente, sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema P como si fuera su núcleo” (1923, pp. 25-26). Con un gráfico y bajo un modelo biológico Freud (1923, p. 26) explica que el Yo no envuelve al Ello por completo, ni está tajantemente separado del Ello, sino que confluyen. Lo reprimido se comunica con el Yo a través del Ello y éste coincide con lo reprimido, pero no es todo lo reprimido.

En esta segunda teoría el Ello viene a ser equivalente al lugar que ocupa el sistema inconsciente en la primera tópica. Es equivalente, pero no coincidente. El Ello no es lo único ni todo lo inconsciente sostendrá Freud en “El yo y el ello” (1923, pp. 21-40) y en *La 31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica* (1933, p. 70).

Para describir el proceso de identificación y construcción del Yo y diferenciarlo de las investiduras de objeto, Freud dirá que estas últimas parten del Ello “que siente las aspiraciones eróticas como

necesidades. El yo, todavía endeble al principio, recibe noticia de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión” (1923, p. 31). Es decir, Freud está hablando de un Ello constituido por aspiraciones eróticas, vividas como necesidades de un “otro psíquico no conocido” que vimos en la cita anterior. No está refiriéndose a necesidades biológicas, ni a una sexualidad instintiva. Un poco más adelante para referirse al origen del Superyo dice que éste no es “*simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello*” (p. 36). El Ello por tanto busca un objeto. También para explicar la génesis del Superyo apela a la idea de dos factores biológicos, pero para decir que es el “*desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia, y el hecho de su complejo de Edipo que hemos reconducido a la interrupción del desarrollo libidinal por el período de latencia y, por tanto, a la acometida en dos tiempos de la vida sexual*”. Por tanto, si tiene importancia lo biológico no es por sí mismo sino por esa dependencia de otro, por la influencia de éste, por las relaciones edípicas y sus consecuencias, que median entre esos dos tiempos.

Freud (1933, pp. 68-70) para describir el Ello utiliza la imagen de un caos, de una caldera llena de excitaciones borboteantes. El Ello está en conexión con lo somático de donde obtiene la energía, pero no tiene ninguna organización, salvo que actúa bajo el principio del placer. Dentro de Ello no hay organización temporal ni alteración del proceso anímico por el transcurso del tiempo. En él no hay nada que pueda equipararse a la negación, tampoco rige el principio de contradicción y, por supuesto, no conoce valoraciones o moral alguna (1923, p. 54 y 1933, p. 69). Es el factor económico o cuantitativo,

ligado como acabamos de mencionar al principio del placer, que gobierna todos sus procesos. Es como un gran receptáculo pulsional desorganizado, caótico, que si no fuera por la intervención del Yo, estaría bajo el ciego afán de satisfacción pulsional. La energía de las mociones pulsionales que habitan el Ello es movable y susceptible de la descarga con una ligereza mucho mayor que en las otras instancias. Se producen fácilmente desplazamientos y condensaciones. Desde el punto de vista energético se concibe, pues, al Ello como el gran reservorio de la libido (Freud, 1923, pp. 63-66). Incluye las pulsiones de vida y de muerte. La energía del Yo proviene del Ello, si bien resignando las metas sexuales, mediante la sublimación y desexualización (Freud, 1923, pp. 32 y 45-48). Por tanto, y como hacen notar Laplanche y Pontalis (1969, p.113) y Laplanche (1992, p. 106) no es sólo una energía biológica, sino una energía pulsional, una energía suscitada por ese algo externo que ha sido implantado desde afuera y que ahora actúa desde adentro.

Desde el punto de vista tópico los límites del Ello no son tan claros como los que se atribuyen, en la primera tópica, a la censura existente entre el sistema inconsciente y lo consciente. Por el contrario, en relación con el Yo, el Ello no está netamente separado sino que confluye con él. Lo reprimido, aunque está separado del Yo mediante las resistencias de represión, puede comunicar con él a través del Ello (Freud, 1923, pp. 25-26 y 1933, pp. 73-74). De hecho, genéticamente, el Yo procede del Ello por influencia directa del mundo exterior y hace valer sobre el Ello el influjo del mundo exterior (Freud, 1923, pp. 25; 41-47 y 1933, pp. 70-71). Así, el Yo pretende remplazar el principio

de placer⁸⁹, que es el que rige exclusivamente en el Ello, por el principio de realidad (Freud, 1923, p. 27). Mediante esta sustitución, el Yo cuida del Ello, trata de poner límite a ese ciego afán de satisfacción pulsional del Ello, que sin consideración alguna por la realidad externa no escaparía a su propio aniquilamiento. El Yo asume entonces la función de observar el mundo exterior, llevar a cabo el examen de realidad y por encargo del Ello, gobernar los accesos a la motilidad, intercalando entre la necesidad y la acción, el pensamiento (Freud, 1933, pp. 70 y 82-83). El Yo está, pues, al servicio del Ello. Es el encargado de realizar los propósitos del Ello, organizándose para satisfacer lo mejor posible sus intenciones, pero teniendo en cuenta las circunstancias externas.

Pero también el Superyo proviene del Ello y se sumerge en él. Lo más elevado del alma humana y aquello que procura nuestra más alta valoración, emana del Ello (Freud, 1923, pp. 37-38 y 1933, pp. 72-73). Ahora bien, el Ello no puede vivenciar o experimentar si no es por medio del Yo (Freud, 1923, p. 39 y 1933, p. 73). Tampoco podemos establecer una distinción nítida entre el Ello y el Yo, porque, como hemos visto, es un sector del Ello diferenciado, y a su vez, las vivencias del Yo, si se repiten con frecuencia e intensidad en muchos individuos a lo largo de generaciones, pasan a formar parte del Ello y se conservan por herencia. El Ello atesora partes de experiencias-yo y el Superyo resucita de este Ello estos restos o plasmaciones yoicas más antiguas mediante una herencia (Freud, 1923, pp. 39-40 y 49-50). Una herencia filogenética que no tiene tanto que ver con una herencia

⁸⁹ Aquí hay que entender el principio del placer como la búsqueda de la descarga absoluta de la tensión implantada por la sexualidad del otro.

biológica sino con una transmisión compleja que se realiza a través del Yo, del complejo de Edipo y del Superyo (1923, p. 56).

El desvalimiento y dependencia biológica de la especie humana es la causa de la construcción psíquica, la fuente de todas las motivaciones que diría Freud. Ahora bien, esto implica que el aparato psíquico no puede construirse sólo desde el cuerpo, por pura madurez. Si bien es cierto que el recién nacido viene dotado de capacidades y recursos biológicos, lo que posibilita su desarrollo psíquico es precisamente su necesidad de otro que lo cuide.

El Ello, a pesar de que parece describirse como una fuente natural de energía, sin embargo se explica también como un gran receptáculo pulsional desorganizado, caótico y sin límites. Pero hemos visto que quien introduce las pulsiones es el otro. Por tanto, aunque las imágenes sean biológicas, lo que se está describiendo no es sólo el aspecto biológico del ser humano viviente, sino algo alterado por la presencia de otro. El Ello está en íntima conexión con la necesidad biológica pero también con lo pulsional. Y lo pulsional lo introduce el otro. Así pues, en el Ello hay algo ajeno implantado por otro dentro de uno mismo, formando parte de uno mismo. No es algo exclusivamente biológico.

Además, el Ello no es ajeno al Yo. Existe una transmisión hereditaria, filogenética, de los Yo de las

generaciones precedentes sobre el Ello del nuevo ser. ¿Cómo es esa transmisión filogenética? ¿Está hablando Freud de una herencia biológica o es otro tipo de herencia? Si nos atenemos al concepto de pulsión que establece Freud, claramente diferenciado del término instinto, evidentemente no está hablando de una transmisión genética o hereditaria, sino de otro tipo. Freud se está refiriendo a los efectos que la cultura y el otro -ya constituido- producen sobre el nuevo ser nacido o que ha de nacer.

La constitución del Yo se derivaría de ese Ello por influjo de la realidad externa y de los otros, pero tampoco están nítidamente separados. También el Superyo se erige por influencia de los otros y de la cultura, pero hunde sus raíces en el Ello. Lo veremos.

3.2.3. El Yo: Designa la parte consciente, pero también posee aspectos inconscientes relacionados con su función defensiva. Sirve de asiento al sentimiento de identidad del sujeto y es vivenciado, a pesar de su condición de objeto compuesto, como una unidad. Tiene una función reguladora entre el Ello y el Superyo y de ligazón de los procesos psíquicos. Para su comprensión es preciso

tomar en consideración los puntos de vista económico, dinámico y tópico.

He venido aludiendo al Yo como aquella parte del aparato psíquico denominada la conciencia-pensar secundaria, o preconsciente, ligado a las representaciones-palabra, que produce la censura entre el sistema inconsciente y el consciente. Se identifica, en la primera tópica, lo consciente con el Yo. También he mencionado cómo la propia experiencia, la formación y maduración del Yo, ayuda a resolver el fracaso del infante en distinguir entre una alucinación y una percepción y a desempeñar la función de examen de realidad. Asimismo, he expuesto cómo a este Yo, que se opone al inconsciente, se le atribuye las funciones críticas de juzgar, inhibir la descarga, regir la motilidad, censurar y reprimir. He explicado las razones que llevan a Freud (1920, p. 19; 1923, pp. 19 y 25 y 1933, pp. 68-74) a reconocer que este Yo es también inconsciente y se comporta simultáneamente como lo reprimido. Esto es, que se trata de un Yo escindido. Ahora bien, considero necesario exponer la forma, nada sencilla en que Freud concibe el Yo.

Cronológicamente, Freud elabora el concepto de Yo, inicialmente en *“Estudios sobre la histeria”* (Breuer y Freud, 1895), en el capítulo IV que trata *“Sobre la psicoterapia de la histeria”* señala la íntima conexión existente entre la conciencia y el Yo. La palabra Yo es utilizada para explicar una teoría de la cura y el modelo conflictivo defensivo del aparato psíquico. Esto es, apunta la idea de

que el Yo es la causa de la censura, de las defensas y resistencias frente a representaciones inconciliables (Breuer y Freud, 1895, pp. 275-76, 284-96 y 303-04). En “*El proyecto*” (Freud, 1895, pp. 368-80) se le atribuye un papel moderador e inhibidor en el sistema preconscious necesario para distinguir la realidad de la alucinación, entre percepción y recuerdo, capaz de inhibir la investidura de deseo y realizar el trabajo de pensar y juzgar. En “*La interpretación de los sueños*” (1900, pp. 588-90 y 549-50) vuelve a señalar el carácter defensivo del Yo, la función moderadora e inhibidora sobre el proceso primario y su intervención en la formación de los sueños.

En relación con su adaptación a la realidad, en “*Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*” (Freud, 1911, pp. 225-28) expone cómo el aparato psíquico se ve obligado a sustituir el principio del placer por el de la realidad, cómo por influencia de la realidad exterior se aprende a discernir las cualidades de los objetos, se incrementa la atención, la memoria y se va instalando la capacidad de inhibir la respuesta motriz y entra en funcionamiento el pensar. Es decir, cómo se desarrollan las cualidades y funciones del Yo. Explica cómo en las actividades de la conciencia está más presente el modo de funcionamiento secundario frente al funcionamiento primario más propio del fantasear. Y diferencia un Yo realidad que pretende ajustar al Yo placer, que no puede más que desear, para garantizarse un placer más seguro, más acorde al principio de la realidad (1911, p 228-29).

Su teorización prosigue centrándose en los procesos de constitución progresiva de esta instancia yoica. Así, en “*Introducción*

del narcisismo” en 1914 (pp. 73-75) la define como una unidad que se ofrece como objeto de amor, al mismo nivel que un objeto exterior. En 1917 en *“Duelo y melancolía”*, explica mediante la incorporación cómo desde el principio el Yo estaría determinado por los procesos identificatorios (1917b, pp. 247-48) y considera la identificación narcisista como la más originaria. En 1921 en *“Psicología de las masas y análisis del yo”* subraya cómo las identificaciones ocupan un lugar determinante en su conformación (Freud, 1921, pp. 99-104). Pero, además, en 1923 en *“El yo y el ello”* nos dice que la conciencia depende del Yo y que de él parten las represiones a raíz de las cuales ciertas aspiraciones anímicas quedan excluidas de la misma. Ahora bien, no todo el Yo tiene que ver con la conciencia. También en el Yo hay aspectos inconscientes y se comporta exactamente como lo reprimido. De modo que la escisión ya no es entre lo consciente y lo inconsciente, sino entre el Yo coherente y lo reprimido escindido de él (Freud, 1923, pp. 18-20). Además, el Yo no es sólo el mediador entre la realidad exterior y la interior, sino también entre las diversas instancias interiores (Freud, 1923, pp. 49-59). Pero como sostendrá en la *“31ª Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica”* (Freud, 1933, p. 54), tampoco es una entidad integrada.

Sin embargo, el Yo es considerado, en ocasiones, de forma poco precisa, como sinónimo de sujeto, de personalidad o de sí mismo, tal y como sucede en *“Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto”* (Freud, 1925a p. 135) y en *“El malestar en la cultura”* (Freud, 1930, pp. 66-69), lo que no quiere decir que sea una “entidad” unitaria, coherente y autónoma. Por el contrario esta

apariencia no es más que un engaño (Freud, 1923, pp. 18-19 y 1930, p. 67).

Desde el punto de vista tópico, el Yo está en una relación de dependencia tanto respecto de Ello como del Ideal del yo, de los imperativos del Superyo y de las exigencias de la realidad (Freud, 1923, p. 40). Aunque tiene una serie de funciones y, aparentemente, representa los intereses de la persona, esto no es más que mera apariencia ya que no existe unidad, ni autonomía, ni coherencia en el Yo. Por otra parte, el Ello no puede vivenciar la realidad exterior si no es a través del Yo. De hecho, éste último es una parte del Ello diferenciada por efecto de la realidad externa. El Superyo, como veremos, también hunde sus raíces en el Ello, del que toma su energía. Que el Yo tenga los límites bien diferenciados es, pues una ilusión. Además de hundir sus raíces, sin una frontera tajante con el mundo interior, con el Ello, del que el Yo es como su fachada, tampoco están claros sus lindes con el mundo exterior (Freud, 1930, pp. 66-67). Y por supuesto, desde una perspectiva genética, esta frontera no existe en los orígenes.

Desde el punto de vista dinámico el Yo es un mediador que se halla sometido y amenazado por una triple servidumbre, el mundo exterior, la libido de Ello y la severidad del Superyo. Intenta actuar de intermediario entre el mundo y el Ello. Pretende lograr que el Ello obedezca al mundo y que el mundo se adapte al deseo de Ello, incidiendo a través de la acción en él (Freud, 1923, pp. 56-59 y 1933, p. 72-73).

En la primera tónica se distinguía con toda claridad el inconsciente del Yo. Ahora, en esta segunda, el Yo es descrito como inconsciente. Como expresa Freud en *“Más allá del principio del placer”* al hablar de las resistencias provenientes del Yo en la cura, la oposición no se produce sólo entre lo consciente y lo inconsciente sino entre el Yo coherente y lo reprimido. Y señala también que en el interior del Yo es mucho lo inconsciente (Freud, 1920, p. 19). El Yo es una entidad escindida. Por otra parte, el Yo también tiene que mediar con las instancias ideales que derivan de él (Ideal del Yo y Super-yo). Pero la división entre Ideal del yo respecto del Yo tampoco se mantiene de manera permanente y realiza involuciones temporarias. *“A pesar de todas las renunciaciones y restricciones impuestas al yo la regla es la infracción periódica de las prohibiciones”* (Freud, 1920, p. 124). Es decir, el Ideal del yo que impone unas restricciones no es respetado siempre. De hecho *“siempre se produce una sensación de triunfo cuando en el Yo algo coincide con el Ideal del yo”* (Freud, 1920, p. 124). El Yo no es, entonces, una entidad cerrada perfectamente delimitada. Y además *“el Yo está sometido a la acción eficaz de las pulsiones lo mismo que el Ello, del que no es más que un sector particularmente modificado”* (Freud, 1923, p. 41). El Yo está sometido tanto a las pulsiones como a los ideales.

En definitiva, Freud distingue una segunda tónica que no invalida la anterior. En ésta el Yo tiene muchas más funciones: control de la motilidad, de la percepción, prueba de realidad, anticipación, ordenación temporal de los procesos mentales, pensamiento racional, pero también desconocimiento, deformación, racionalización, resistencia y supresión de ellas, sometimiento a las pulsiones, etc. Es

decir, las funciones del Yo podrían exponerse de modo antinómico (oposición a las pulsiones y satisfacción de las pulsiones, lugar de conocimiento y de desconocimiento, conocimiento objetivo y deformación sistemática, heteronomía y autonomía, etc.). Estamos hablando de la dinámica de ese Yo.

Desde el punto de vista económico, es un factor de ligazón o de reunión de los procesos psíquicos. Ya vimos como en el funcionamiento primario, la energía tiende a la descarga inmediata y completa siguiendo el principio de la inercia pero, en el proceso secundario, la energía se encuentra ligada por la acción del Yo. Desde esta perspectiva económica el Yo es también el gran reservorio de libido, de donde ésta es enviada hacia los objetos y que se halla siempre dispuesto a acoger la libido que refluye a partir de los objetos (Freud, 1917c, pp. 130-31 y 1923a p. 252), siguiendo la imagen del cuerpo de la ameba y sus pseudópodos que se orientan hacia el mundo exterior pero se repliegan nuevamente para restablecer la forma del protoplasma (1914, p. 73; 1916f, p. 379 y 1923, pp. 63-66). Una corriente centrípeta que convive, y no es incompatible, con otra corriente centrífuga. Que es el reservorio de libido no quiere decir que desde los orígenes estuviera allí esa libido, sino que esa libido ha tomado al Yo como objeto y se ha cargado de sexualidad. Y esa sexualidad no brota por sí misma, sino que nace apuntalada en la autoconservación pero en virtud de la sexualidad y del fantasma de los padres.

El Yo es un concepto que está presente desde los orígenes en el pensamiento de Freud. Concepto que va precisando a lo largo de su obra, tanto en lo que se refiere a las funciones que le atribuye, como a la génesis y relación con otras instancias del aparato psíquico concebido desde una segunda teorización, esto es, con el ello y el superyo. El punto de inflexión para la delimitación del concepto lo constituye su obra “Introducción del narcisismo”. Podríamos anticipar dos aspectos fundamentales a tener en cuenta respecto al Yo. Uno, en tanto que mediador entre el mundo exterior o realidad y el Ello o, si se quiere, la idea de un Yo como el aspecto más adaptativo, racional y negociador. Y otro aspecto, el narcisista, relacionado con la elección de objeto de amor y el interés libidinal.

Sin embargo, aunque ese Yo pueda verse como el aspecto más racional y como un aparato de regulación y de adaptación, Freud habla también del Yo como un lugar de desconocimiento, de conflicto y de defensas. La sensación de un Yo coherente no es más que una ilusión. Un Yo escindido desde sus orígenes y con dos funciones opuestas que realizar, alucinar la satisfacción -función primaria- y, juzgar si es oportuno o no provocar la respuesta motriz -función secundaria-. Además, está escindido en la medida en que debe estar atento a todo signo de realidad pero, como no es ajeno a catexias desiderativas, puede producir un falso conocimiento de las percepciones. Ha de alcanzar éxito reprimiendo los deseos que le resultan inaceptables, aunque esto implique

enajenarse de algo que le atañe y que, en cualquier momento, puede retornar nuevamente dando lugar a síntomas que lo limitan. El Yo está, pues, profundamente escindido, y esta división es algo consustancial, que tan sólo ilusoriamente adoptará la impresión de ser una forma integrada.

Expondré a continuación su génesis en relación con la realidad, el narcisismo y las identificaciones. Posteriormente, en el epígrafe relativo al Superyo, afrontaré la diferenciación dentro del propio Yo de ciertos componentes ideales, diferenciando el Yo Ideal, el Ideal del Yo y el Superyo.

3.2.3.1. Origen y formación del Yo: Freud plantea la génesis del Yo desde dos perspectivas. Una, como resultado de una diferenciación progresiva del Ello, bajo la influencia del mundo exterior y como una función adaptativa a la realidad, y otra como efecto de las identificaciones, la primera de las cuales produciría la libidinización del Yo. Identificación, narcisismo y diferenciación dentro del Yo de componentes ideales son tres conceptos inseparables en la constitución del Yo.

“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que

ser desarrollado” (1914, p. 74) lo dice explícitamente Freud en 1914 en su *“Introducción del narcisismo”*. En esta obra expone la idea de un Yo que se desarrolla a raíz de una *“nueva acción psíquica”* que viene a agregarse al autoerotismo para que se constituya el narcisismo. Narcisismo que consistiría en *“una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos, empero considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite”* (1914, p. 75). Es decir, Freud está hablando de cómo para constituir un Yo es necesario un investimento libidinal, amarse a sí mismo. Volveremos a ello al hablar de la constitución de ese narcisismo.

Pero también, más tempranamente, Freud había considerado al Yo como una función adaptativa frente la realidad o como una función inhibidora. Como ya expuse el Yo interviene para evitar la alucinación del objeto de la satisfacción, para inhibir el proceso primario, para poder acceder a la realidad, para distinguir un “adentro” de un “afuera”. Se ha constituido a partir del Ello en virtud del contacto con la realidad exterior y por su asociación con las representaciones-palabra. El Yo se afana por remplazar el principio del placer -que rige al Ello- por el de la realidad y se encarga del control de la motilidad (Freud, 1923, pp. 22-27). Ejerce una función de síntesis, de reunión, de unificación, que no se da en absoluto en el Ello. Es el representante de la razón y prudencia por oposición al Ello que es la sede de las pasiones (1933, p. 71). Pero tampoco podemos decir que sea solo lo juicioso y lo equilibrado, ya que, en ocasiones, al Yo no le queda más remedio que dejarse llevar por donde el Ello le marca (Freud, 1923, p. 27 y 1933, pp. 70-72).

Además de la percepción sensorial externa también las sensaciones provenientes del interior del cuerpo ejercen su influencia sobre la génesis del Yo y su separación del Ello. Freud (1923, p. 27) se vale de la imagen psicofisiológica de la experiencia dolorosa generada por una enfermedad para explicar cómo adquiriríamos una representación del propio cuerpo. *“El cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas. Es visto como un objeto otro, pero proporciona al tacto dos clases de sensaciones, una de las cuales puede equivaler a una percepción interna”* (Freud, 1923, p. 27). Y explica cómo a raíz de esta experiencia dolorosa, logramos conciencia de determinados órganos del cuerpo. De igual forma adquiriríamos una representación del propio cuerpo. Sostiene, entonces, que *“El yo es sobretudo una esencia-cuerpo, no sólo una esencia superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie”* (p. 27). Es decir, es también la proyección al interior de una superficie. Y en la nota 16 especifica más aún al decir que el Yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. *“Cabe considerarlo como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes la superficie del aparato psíquico”* (1923, p. 28, n.16)⁹⁰. El Yo, dirá Freud *“es sobre todo un yo-cuerpo”* (1923, p. 29). De modo que el único acceso que el ser humano tiene a su cuerpo pasa por el Yo. Lo cual quiere decir que la percepción del cuerpo está condicionada por el Yo y éste no es ajeno a distorsiones y al principio del placer.

⁹⁰ En esta idea del Yo-cuerpo se basará Lacan (1949, pp. 11-18 y 1960a, pp.305-338) para atribuir un estatuto imaginario al Yo y su constitución la relaciona con esa “nueva acción psíquica” de la que habla Freud en *“Introducción del narcisismo”* (1914, p. 74) que permite integrar en un imagen las sensaciones autoeróticas y constituir el narcisismo. Es decir, investir libidinalmente al Yo.

La cuestión de la génesis y funcionamiento del Yo es compleja. No puede explicarse sólo desde la adaptación a la realidad, dado que el Yo tiene funciones claramente antinómicas y, bajo la ilusión de coherencia y racionalidad, también ejerce la de distorsionar y rechazar lo que le resulta inaceptable. Las percepciones externas o las sensaciones internas permiten la constitución de un Yo corporal que tampoco es ajeno a las catexias desiderativas del Yo. Pero, además, Freud da otra explicación a la génesis del Yo. Lo explica desde el narcisismo primario. Dar cuenta de la constitución del Yo desde el narcisismo obliga a relacionar y abordar esta noción junto con el concepto de identificación. Proseguiré explicando la relación entre narcisismo y la constitución del Yo para posteriormente explicar la relación entre la constitución del Yo y la identificación, así como las instancias ideales que se erigen en su interior.

3.2.3.1.1. Autoerotismo, Narcisismo y constitución del Yo: El autoerotismo constituye una forma primaria del comportamiento infantil en el que la pulsión empuja a la satisfacción en el propio cuerpo sin recurrir a un objeto externo. El narcisismo es una etapa intermedia entre el autoerotismo y la plena capacidad de volverse hacia objetos externos. Se caracteriza por el investimento libidinal del Yo

que permite la unificación de las pulsiones sexuales y constituye –por identificación con el otro- un primer esbozo del Yo, el “Yo Ideal”, objeto de amor, dotado de todas las perfecciones y depósito de la libido. Este narcisismo primario será perturbado dolorosamente por el complejo de castración. Pero nunca llega a abandonarse totalmente dicha posición sin que reste la pretensión de volver a gozar de esa plenitud. Tener un hijo proporciona una segunda oportunidad de alcanzarla, de amar a otro que al tiempo constituye parte de uno mismo.

He expuesto como el autoerotismo inicial no es endógeno ni parte del propio niño, sino que es generado por la madre. Ella con su acción genera una sexualidad fragmentada, perversa, no ligada ni unificada en sus zonas ni en sus objetos, tal y como Freud la describe en sus *“Tres ensayos”* y, muchos años después, en *“Más allá del principio del placer”* (Freud, 1920, pp. 28-36) la relacionará con la “pulsión de muerte”. Una sexualidad que disgrega al cuerpo en zonas erógenas y funciona según el proceso primario. Pero también la madre, con sus cuidados, sus palabras, su investimento, supondrá un todo unificado al que atribuir intencionalidad, deseos, y que contribuirá a formar, mediante una primera identificación estructurante, un Yo ideal en el niño. Un objeto propio al que invertir y amar narcisistamente.

El término Narcisismo remite al mito que relata Ovidio (1972) y que da cuenta de la captura mortífera que ejerce sobre Narciso la imagen propia de la cual no se puede desprender. En su ceguera autoerótica Narciso es ajeno a la diferencia sexual y a las palabras. En

el mito no hay relación social alguna. No se ha producido la herida que le permita salir de esa completud imaginaria, sentirse faltante de algo y en consecuencia desear fuera de él. Es decir, no se ha producido la castración que dará entrada a otro mito que recoge Freud, el de Edipo. Pues bien, Freud en *“Introducción del narcisismo”* (1914, p. 71) toma de Näcké el término narcisismo para designar aquella conducta por la cual un individuo da a su propio cuerpo un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual. *“Lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias a estos manejos alcanza satisfacción plena”*. Pero Freud no sólo lo relaciona con perturbaciones psíquicas sino que lo considera como estructural, esto es le da *“un sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre”* (Freud, 1914, p. 71).

Freud plantea en ese texto el pasaje del autoerotismo a la libido del Yo y de ahí, posteriormente a la libido de objeto. Y este pasaje se realiza por ese acto único que instaura una instancia catetizada representante del sujeto. Desde el punto de vista de la génesis del Yo, se concibe éste como un precipitado de imágenes de los otros primigenios que conforman la imagen propia. Las pulsiones autoeróticas iniciales precisan de una nueva “acción psíquica” para que el narcisismo se constituya dirá Freud (1914, p. 74). Este narcisismo es coetáneo a una primera unificación del sujeto en un Yo. Se toma como objeto la imagen unificante del cuerpo. Es, pues, un momento estructurante del Yo posterior al autoerotismo. La identificación especular con la imagen del otro que dirá Lacan en *“El estadio del espejo como formador de la función del yo [”je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”* (Lacan, 1949, pp. 11-18); la

que permite la unificación en un Yo del cuerpo fragmentado en zonas erógenas. Situación nueva en la que, como expuse, el Yo se define como una unidad en relación con el funcionamiento anárquico y fragmentado que caracteriza el autoerotismo⁹¹. Se establece un primitivo esbozo del Yo como imagen unificada del sujeto antes de dirigir su libido a objetos externos. Se obtura el carácter despedazante del autoerotismo con esta primera constitución del sujeto psíquico, del Yo (Bleichmar, 1984, pp. 156-58). El cuerpo es investido en su totalidad. Es un momento de ligazón de la libido al procurar una imagen identificadora, una unidad imaginaria. Implica una noción totalizante, pero también una unidad investida. Es decir una imagen amada, cargada de potencial energético (Freud, 1914, pp. 72-74). Pero este narcisismo no significa que el niño esté cerrado sobre sí mismo, sino que esta primera unidad psíquica se constituye como imagen del propio cuerpo mediante la identificación con el otro. En este sentido el narcisismo no es un estado en el que faltaría toda relación intersubjetiva, sino que se trata de la interiorización de una relación. Como dice Laplanche (1980a, p. 70) *"El narcisismo es una relación de sí mismo consigo mismo por intermediación de una cierta imagen del sí"*.

Este Yo así constituido es considerado como dotado de todas las perfecciones (Freud, 1914, pp. 86-87 y 91). El niño se siente un objeto valorado, sobreestimado por la madre, un objeto narcisista para ella, con el que la madre logra su pleno amor de objeto (Freud, 1914,

⁹¹ Autoerotismo como el momento en el que se implanta la represión originaria y el clivaje que organiza dos campos el del Ello y el del Yo, o el del Inconsciente y el sistema Preconsciente (Bleichmar, 1984, p. 162). Lugar desde donde parten las defensas frente al sistema inconsciente.

p. 86). Este “engrandecimiento del Yo” concierne a ese primer delineamiento del Yo, un “Yo ideal”, un ideal de omnipotencia narcisista. Se trata de una formación por identificación primaria con la madre, con el otro primigenio, concebido como un todo perfecto, cargado de potestad absoluta y de completud. Un objeto al que los padres, por otra parte, atribuyen todo tipo de bondades. Alguien que hace renacer el narcisismo de los padres y sobre el que se deposita la esperanza de que todas las conquistas e imposiciones culturales hayan de ceder. Así, dirá Freud:

“El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a las necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. <<His Majesty the Baby>>, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre⁹². El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del Yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño” (Freud, 1914, p. 88).

El niño se identifica e interioriza estos deseos, esa relación. Pero como vimos, esta posición de objeto narcisista para la madre, está

⁹² No debemos pasar por alto la transmisión de esos “irrealizados deseos de los padres” que para Freud, en el caso de la niña, se relacionan con el casamiento con un príncipe. Más allá de reflejar lo que pudiera ser el supuesto por Freud sueño ideal de una mujer, es menester reconocer la influencia que los cambios sociales pueden ejercer en esos deseos irrealizados de los padres y que serán interiorizados por la niña.

sometida a una enorme fragilidad en virtud del riesgo a no adecuarse, a no satisfacer ese modelo ideal materno, a defraudar esas expectativas más o menos rígidas, de la madre⁹³.

El narcisismo es entendido como la valoración que el sujeto hace de sí mismo, de su imagen. No se trataría de una condición originaria, sino influida por el exterior⁹⁴. Es decir, esa captación amorosa del sujeto de esa imagen, ese primer esbozo del Yo, esa “nueva acción psíquica” se produciría a raíz de las identificaciones e incorporaciones de los objetos originarios y en virtud del significado y valoración que los padres hagan de ese nuevo ser. Incluye, por tanto, la confluencia del narcisismo naciente del niño y del narcisismo renaciente de los padres. El hijo tiene pues un valor narcisista para los

⁹³ Ver epígrafe 3.1.8.2.1.2.

⁹⁴ Freud ofrece, no obstante, dos concepciones del narcisismo. Una que es la que venimos explicando, en la que el niño se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores. Pero, en la elaboración de la segunda tópica, designa narcisismo primario a un estado precoz del niño, anterior incluso a la constitución del Yo, y cuyo arquetipo sería la vida intrauterina (Freud, 1915, p. 129 y 1916f, p. 378-79). Desaparece la distinción entre autoerotismo y narcisismo y parece designar un estado anobjetal e indiferenciado sin escisión entre un sujeto y un mundo exterior. (Definición que no sería aceptada por Melanie Klein que defenderá que desde el origen se instituyen relaciones objetales y sí podría hablarse de estados narcisistas caracterizados por un retorno de la libido hacia los objetos interiorizados) Sin embargo, Freud tampoco excluye la otra definición. Es decir, se tienen en cuenta ambos sentidos, el de un estadio indiferenciado, autoerótico y anterior a la formación del Yo, que supondría una etapa original de autosatisfacción del sujeto infantil consigo mismo, de omnipotencia, de sentimiento de perfección, que va cediendo por las propias desilusiones que le vienen del exterior y, por otra parte, la aceptación del narcisismo como una fase precoz o momento de aparición de un primer delineamiento del Yo catetizado por la libido. Laplanche y Pontalis (1968, p. 242-43) eligen el término de narcisismo primario para referirse a esta fase fundadora que constituye ese primer bosquejo del Yo y su catexis de libido, que no quiere decir que sea el primer estado del ser humano, y el secundario como un estado posterior construido sobre la base del narcisismo primario, en el que influirían los ideales.

padres, la posibilidad de revivir el narcisismo primario, una nueva posibilidad de acceder a un goce ilimitado y evitar o soslayar todas las prohibiciones éticas, la enfermedad, la castración, la muerte. Y esa valoración tiene especial significación e importancia para la mujer, apunta Freud (1914, p.86). Pero no sólo el hijo podrá brindar a la mujer la oportunidad para el amor de objeto, también la identificación con ideales masculinos (p. 87), volveremos a ello cuando hablemos de la identificación y de la constitución de la identidad sexual.

El narcisismo primario del niño no puede observarse directamente, sino inferirse de la actitud de los padres tiernos hacia sus hijos. *“El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza”* (Freud, 1914, p. 88). Freud con esta frase muestra que el ideal narcisista del niño es el reflejo, o como dice Laplanche (1980, p. 291) -la proyección- del ideal de omnipotencia (destronada) que los padres depositan en él. Es ese investimento del hijo como un todo amado el que va a permitir a éste ligar en esa formación única, el Yo, ese cuerpo fragmentado por la intromisión sexualizante de la madre.

El Yo rudimentario del narcisismo primario, encarna un reflejo del objeto, se modela sobre la imagen del objeto, pero también esta imagen constituye una imagen sexualmente investida. El Yo incipiente almacena esta energía libidinal, de la cual es el primer objeto, pero a continuación, este reservorio se comporta, respecto a los objetos exteriores como una fuente, puesto que de él emanan todas las

catexias. Esto es, las primeras investiduras se dirigen al Yo, pero posteriormente se orientarán hacia los objetos (Freud, 1914, p. 73). Aunque existan catexias de objeto no anulan las del Yo, sino que hay un equilibrio entre las dos, como el cuerpo de un animal unicelular respecto a los seudópodos que emite. Así, el envío de libido a los objetos sería los seudópodos y la masa principal de la libido puede permanecer en el interior del Yo. La libido narcisista o yoica constituye la fuente, la gran reserva desde la cual se puede emitir investiduras de objeto y a la cual vuelven a replegarse (Freud, 1905, pp. 198-99; 1914, pp. 73-74 y 1916f, p. 379 y 1917c, pp. 130-31). Dicho en palabras coloquiales, *no es posible amar a otro si uno no se ama primero a sí mismo, pero para ello es preciso haber sido previamente amado por otro*⁹⁵. Lo vimos al hablar de la pulsión de muerte.

Por otra parte, Freud (1914, pp. 72-73) utiliza la expresión de narcisismo secundario para referirse al que se produce tras las investiduras de objeto. Este nuevo narcisismo que consiste en la retirada de la libido de las personas y cosas del mundo exterior y conducirla hacia el Yo es un narcisismo secundario, ya que se aposenta sobre el primario. Observamos ahora un delirio de grandeza una sobreestimación del poder de sus deseos y actos psíquicos, una omnipotencia de pensamientos, una creencia en la magia de sus palabras, deseo o pensamientos que no es nuevo, sino que no es más

⁹⁵ Estamos hablando de amor, aún a sabiendas de que no es quizá la terminología más apropiada, dado que no hay todavía una reunión de las pulsiones sexuales al servicio de la reproducción ni un objeto total de amor propiamente.

que la ampliación y despliegue de un estado que ya antes había existido, esto es, del narcisismo primario.

Pero, ¿por qué sale el niño del narcisismo primario? Por la confrontación de la omnipotencia narcisista infantil con las pruebas de realidad y, sobretodo, por el complejo de castración (Freud, 1914, p. 89). El bebé se ve confrontado entre sus capacidades efectivas, sus carencias y un “Yo ideal” imaginariamente dotado de todas las perfecciones, que no reconoce sus propias limitaciones. Quiéralo o no va siendo sometido a las exigencias del mundo que lo rodea, exigencias que se traducen simbólicamente a través del lenguaje. Su madre le habla, pero también le exige y se dirige a otros. Su madre se ausenta, no está siempre disponible para él. Queda así el bebé librado a sus necesidades, temores o deseos sin posibilidad de aplacarlos o satisfacerlos. El niño comprende entonces que su madre también desea fuera de él y que él no es todo para ella. Que es imposible satisfacer todos los afanes de la madre, que no puede mantenerse en esa posición de objeto narcisista, pleno, para la madre. Esta es la herida, no la única, inflingida al narcisismo primario del niño. Su imagen ideal, amada, unificada, investida sufre un daño, una amenaza a su integridad narcisista, a su ideal narcisista de perfección y totalidad. En adelante, el objetivo será hacerse amar por el otro, complacerlo para reconquistar su amor, pero esto sólo se puede hacer satisfaciendo ciertas exigencias, las del “Ideal el yo”, las representaciones culturales y sociales, los imperativos éticos; es decir, aceptando las prohibiciones y, más concretamente, la Ley estructurante básica, la prohibición del incesto. El niño sale de este narcisismo primario, según Freud (1914,

pp. 90-93) cuando su Yo se encuentra confrontado a un ideal con el cual debe medirse, ideal que se forma en su exterior y, que desde ahí, le viene impuesto.

El narcisismo primario es perturbado, pues, por el complejo de castración, que impone a ambos sexos el reconocimiento de su falta de plenitud. La castración constituirá nuevamente una amenaza a su narcisismo, amenaza como hemos dicho a su integridad, al despedazamiento de esa imagen, pero también amenaza por la pérdida de su nivel energético de base, de quebranto de una parte altamente estimada para él. El narcisismo primario herido ha de encontrar una imagen idealizada en la que refugiarse, puesto que al ser humano le resulta difícil renunciar a una satisfacción ya gozada alguna vez y a la perfección que creyó haber poseído. El “Ideal del yo” le sirve de referencia para apreciar sus realizaciones efectivas. *“Sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal, que como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas”* (Freud, 1914, p. 91). Aparece así un narcisismo secundario. Si no puede tener la perfección narcisista de la infancia, lo querrá recobrar como “Ideal del Yo”. Este nuevo ideal es *“el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal”* (p. 91). “Ideal del yo” o “Superyo” que se origina a través de las identificaciones con las figuras parentales y que se encargan de velar por que el Yo rechace los impulsos o deseos que entran en conflicto con las representaciones éticas y culturales. Cuestión que abordaré más adelante al tratar la prohibición del incesto y el complejo de castración.

En síntesis, el otro introduce la pulsión, altera, desorganiza el instinto, produce una instancia psíquica el Ello, caótica y pulsionante que busca anárquicamente descargar dicha tensión, pero también el otro liga, aúna, contribuye a la formación de otra instancia psíquica el Yo. Y es también el otro quien provoca la instauración de las instancias ideales con las que medirse este Yo recién construido. El otro es quien construye nuestro psiquismo y lo ajeno se constituye como propio.

El autoerotismo deviene de esa alteración del instinto y de esa búsqueda del placer en partes de uno mismo. El narcisismo se posibilita por el amor del otro. Ser <<His Majesty the Baby>> invulnerable, no sujeto a restricción alguna, por encima de toda ley y consideración moral, inmortal y todopoderoso es una condición necesaria para la constitución del Yo. En dicha posición narcisista se sitúa el bebé, también por lo que significa para sus padres y, más específicamente, para la madre. Podemos decir que este recién nacido es un derivado de sí misma, una parte del cuerpo de la madre desprendida de él, pero también, un objeto ajeno, cargado de significación para la madre y constituido a imagen suya. Un objeto, por otra parte, del que a la madre le cuesta desanudarse y renunciar, en tanto que revive su narcisismo, integridad y perfección perdida.

El hijo nacido y, aún antes de nacer, es ubicado en una posición (necesaria para ligar lo anárquico de la pulsión) de objeto narcisista. Este lugar narcisista implica una enorme fragilidad y la posibilidad de decepcionar. La formación del Yo

incluye también la amenazante tutela del Ideal del Yo, o de la conciencia, instancia que reprime y normaliza socialmente las apetencias desenfrenadas en el sentido de ilimitadas, propias de una demanda que no se restringe ni siquiera para proponerse la determinación de un objetivo. Ahora bien, dicha presunción de divinidad, expresiva de ese narcisismo primario, nunca es extirpada plenamente. Tener un hijo ofrece una nueva oportunidad de alcanzarla.

Para Freud el origen del Yo está en esa nueva acción psíquica que lleva a la instauración de una imagen integrada del cuerpo y cargada libidinalmente. Se trata de una imagen cargada de cierto potencial energético. La elección de objeto está ligada a la satisfacción libidinal y la primera satisfacción es narcisista. El bebé sale del narcisismo en el momento en el que se establece una separación, cuando los objetos de satisfacción ya no forman parte de él, sino del mundo exterior. Cuando se produce una pérdida.

Pero, ¿por qué se establece esa separación, por qué buscará la satisfacción en objetos externos a él? El narcisismo primario está condenado, dolorosamente, a desaparecer por la castración. Lo abordaré más adelante. Sin embargo, el desarrollo del Yo consiste en alejarse de este narcisismo primario para aspirar intensamente a reencontrarlo; por eso, para ganar el amor y la perfección narcisista deberá pasar por la mediación del Ideal del yo. El Yo se va haciendo una organización más compleja, dotada de ideales interiorizados con los que medirse. Podríamos decir que lo que se pierde es la inmediatez del amor. El amor pasará a estar mediado por los

ideales, por los imperativos éticos, por la Ley. El amor primero le viene dado sin que él haga nada por merecerlo –o padecerlo-, y este amor posibilita la constitución y libidinización de su Yo, de una imagen amada e integrada de sí mismo. Esa libido centrada en el Yo se decantará también hacia el objeto. El niño elige sus objetos sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción al modo narcisista o por apuntalamiento. Pero tiene que hacer algo si quiere acceder a un amor suyo. Ese amor objetal inicial, exterior a su propio Yo, le va a estar vedado porque el acceso al amor pasa por la admisión de la cultura. Tiene que hacer algo, tiene que ganárselo, tiene que respetar la Ley.

Desde el punto de vista tópico, el “Yo Ideal” es una formación narcisista primaria, mientras que el “Ideal del yo” supone una formación narcisista secundaria, en la que convergen el narcisismo infantil y las identificaciones con los padres, sustitutos o ideales colectivos. Constituye el modelo al que el sujeto intenta ajustarse. Ese narcisismo secundario es, pues, una manifestación del primer narcisismo pero domeñado por la cultura. No obstante, siempre resta algo de ese deseo de recuperar las satisfacciones una vez gozadas, de eludir los imperativos culturales, pero ahora, producen sentimientos de culpa. La castración impone un cambio fundamental: Algo ha cambiado que impide gozar de esos deseos pulsionales e incestuosos. El narcisismo secundario se transforma en algo estructural. El intento de recuperar al narcisismo primario ya no será nunca igual, ni se hará desde la misma posición. El narcisismo secundario no es una etapa evolutiva, ni designa

tampoco exclusivamente ciertos extremos de regresión, como la esquizofrenia, sino que constituye una organización permanente.

El Yo, deviene de ese amor de la madre hacia el hijo que permite identificar a la cría como un ser humano, con deseos, en virtud de su propia experiencia como hija. Una madre que con sus intuiciones y reflexiones acerca de lo que ese nuevo ser desea, contribuye a que el bebé pueda ligar y construir ese primer esbozo del Yo. Un Yo que, como vimos también en el epígrafe anterior, tiene la capacidad de inhibir, pensar, percibir, reflexionar, pero también se protege, reprime, se defiende. Es, además, un Yo corporal y un Yo que también distorsiona, que no quiere ver lo que amenaza su integridad o su narcisismo, un Yo capaz de construir teorías acerca de lo que percibe.

Ahora bien, la cuestión de la génesis del Yo es más compleja aún. He hablado de que el bebé interioriza y se identifica con sus padres. El Yo es, por tanto, la sede de identificaciones imaginarias. La identificación es pues una cuestión capital que es preciso tomar en consideración.

3.2.3.1.2. La Identificación en relación con la instauración del Yo: El Yo no es sólo una parte diferenciada del Ello, es también una instancia que se

asemeja a otro. Es la sede de las depositaciones, interiorizaciones de vínculos y relaciones establecidas con sus objetos. La identificación es el proceso por el que el Yo asimila un rasgo, una propiedad o la totalidad de otro y la hace suya. Se constituye sobre el modelo de ese otro. La primera modalidad de identificación se produce antes del Edipo y es la expresión del primer lazo afectivo con otra persona. En la segunda, la identificación se relaciona con la elección e introyección del objeto perdido en el Yo. Implica la distinción entre el objeto y el Yo. Y un tercer tipo de identificación se basa en la posibilidad de ubicarse en una situación idéntica. Estas tres modalidades de identificación contribuyen a instaurar el deseo subjetivo de un hijo y hacerlo coincidente con la perpetuación de la especie y los intereses de la cultura.

El concepto de identificación adquiere paulatinamente un valor central en la obra de Freud. Fue abordado muy pronto en relación con los síntomas histéricos en su correspondencia con Fliess (Freud, 1897b, p. 298 y 1897, pp.289-90) y en la *“Interpretación de los sueños”*, donde entiende que la identificación no es una mera imitación sino una apropiación basada en una misma etiología o en la posesión inconsciente de un elemento común, del fantasma (1900, pp. 164-68 y 1905b, pp. 73 y 93-94), o como consecuencia de los deseos ambivalentes hacia los padres (1897b, p. 296). En *“Introducción del narcisismo”* Freud expone la dialéctica que enlaza la elección de

objeto narcisista con la identificación y muestra cómo se van constituyendo dentro del Yo los ideales, por identificación con las figuras parentales (Freud, 1914, pp. 90-98).

A partir de 1913 en *“Tótem y Tabú”* señala la identificación como una forma originaria de vinculación con un objeto. Describe el mito del asesinato del padre terrorífico de la horda primitiva y la identificación ligada a la apropiación de algo que está fuera, llevándolo al interior (1913a, pp. 85 y 143-44); identificación relacionada con el complejo paterno y que dará lugar al Superyo. Esta cuestión también es abordada en 1918 en la *“Historia de una neurosis infantil. El hombre de los lobos”*. En el agregado de 1915 sobre las fases de desarrollo de la organización sexual, a su obra *“Tres ensayos de de teoría sexual”* Freud (1905, p. 180) habla de cómo en la primera organización sexual pregenital, que denomina oral o canibálica, la meta sexual consiste en la incorporación del objeto pulsional; ésta se transforma en el paradigma autoconservativo de la primera identificación, la identificación primordial.

Pero es en el capítulo VII de *“Psicología de las masas y análisis del Yo”* (1921, p. 101) donde Freud realiza una síntesis y distingue tres modalidades de identificación:

- a) La identificación como la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto

b) Como sustitución de una ligazón libidinal con un objeto, vía regresiva, incorporándolo dentro del Yo, y

c) Como la percepción o reconocimiento de algo en común con otra persona que no es objeto de interés sexual.

Respecto a la primera modalidad, Freud (1921, p. 99) dice: “*El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo*”. Se refiere a la forma más primitiva de vinculación con el objeto, que en sus orígenes tiene un carácter ambivalente. El objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal. Hemos visto anteriormente como la incorporación era el proceso en virtud del cual el sujeto, de un modo más o menos fantasmático, introduce y guarda un objeto dentro de su cuerpo. Incorporar, devorar, es compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado. El término incorporación sería usado para referirse a una identificación primordial cuando, por vía oral, el objeto queda introducido y asimilado como formando parte desde siempre del sujeto, es decir, antes de toda diferenciación posible. Quisiera ser como él y lo incorpora para asimilar sus cualidades. Freud (1921, p. 100) distingue entre la identificación y la elección de objeto. En el primer caso, dice, la identificación se refiere a lo que uno “querría ser”, mientras que la elección remite a lo que uno “querría tener”. La identificación sería el proceso por el cual algo externo sería incorporado dentro del Yo. En palabras de Freud: “*La identificación aspira a configurar el yo propio*”

a semejanza del otro, tomado como <<modelo>>” (1921, p. 100). Es decir, el Yo por tanto no se erige sólo por derivación del Ello en contacto con la realidad, sino por la incorporación de unos modelos. El otro nos constituye.

En “*El yo y el Ello*” describe cómo la identificación con los padres primigenios, antes de tener noticia de la diferencia sexual entre ellos, “*no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata {no mediada}, y más temprana que cualquier investidura de objeto*” (1923, p. 33). Es decir esta identificación primordial precede a la investidura de objeto.

También en 1933 en su “*33ª Conferencia: La feminidad*” aborda la cuestión de la identificación, previa a la diferencia sexual, para explicar el deseo de un hijo como expresión de identificación con la madre con el propósito de sustituir la pasividad por actividad (Freud, 1933b, p. 119). Es decir, esta identificación con la madre no es expresiva de feminidad⁹⁶. De hecho todos, niños o niñas, participan de esta identificación temprana e indiferenciada y de igual modo, como se desprende del análisis del caso Juanito, también los niños se identifican con la feminidad y con la capacidad de ser madres (1909b, pp. 73-74). Podríamos entender que esta primera identificación es una forma de ligar lo anárquico y desligado originado por la seducción materna sufrida pasivamente por el niño. Una forma activa de establecer ligazones, de construir el propio Yo. Se puede anhelar un hijo desde esta posición originaria tan elemental en lo que al funcionamiento del

⁹⁶ De una feminidad genital que tiene admitida la percepción de la diferencia sexual.

psiquismo se refiere, pero evidentemente por la insuficiente estructuración del aparato psíquico, tendría efectos nocivos para el ser así deseado. Además, ese deseo de un hijo hablaría más de la necesidad de construir una identificación, de la construcción de uno mismo que de la búsqueda de un objeto de amor. Se trataría de un deseo –si es que se puede utilizar este término– previo a la diferenciación entre sujeto y objeto, a la posibilidad de investirlo como un objeto de amor totalizado, a la asunción de la diferencia sexual anatómica, a la admisión de los distintos papeles que cada sexo cumple en la reproducción y a toda norma cultural.

La segunda forma de identificación consiste en que ésta reemplaza a la elección de objeto. La elección de objeto ha regresado hasta la identificación, de modo que el Yo toma sobre sí las propiedades del objeto (Freud, 1921, pp. 100-01). La investidura de objeto es reemplazada por una identificación. Implica por tanto la posibilidad de elegir uno objeto externo, que tras su pérdida se pretende erigir dentro. En “*Duelo y melancolía*” escrita en 1917, Freud explica cómo tras haberse producido por parte del sujeto una elección de objeto o investidura libidinal hacia una persona determinada, un desengaño o una afrenta de parte de la misma, hace que tal investidura se cancele. El sujeto retira de ese objeto el interés libidinal, y esa libido libre, en vez de desplazarse a otro objeto, se vuelve sobre el Yo; es allí donde se establece una identificación del Yo con ese objeto resignado, abandonado. De modo que la retirada lleva consigo el objeto –o al menos una parte de él– al interior. Vemos así un proceso que va de la elección narcisista a la identificación narcisista, la pérdida del objeto y una ulterior identificación con el objeto perdido.

Una nueva identificación, secundaria, que Freud (1917b, p. 246) expresa en esa frase: “*La sombra del objeto cayó sobre el yo quien en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como el objeto, como el objeto abandonado*”. El conflicto entre el Yo y la persona amada, entre el Yo y el objeto amado –la madre- que desasiste, se traduce ahora en una bipartición entre el Yo crítico y el Yo alterado por identificación. Es decir, es un conflicto interiorizado, intrasubjetivo.

Pero esto que Freud elabora para explicar la melancolía, en “*El Yo y el Ello*” advierte que tiene un sentido mucho más amplio y que viene a ser algo que atañe a la conformación del Yo y que contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter (1923, pp. 30-31). Nuevamente vemos que no se trata de algo patológico, sino algo estructural del ser humano. Freud da otra explicación a la génesis del Yo. El Yo es la sede de las depositaciones, de interiorizaciones de vínculos y relaciones establecidas con sus objetos, de identificaciones con ellos. En este sentido el Yo se constituye, por identificaciones, o incorporaciones, a raíz de las relaciones que el sujeto establece con los objetos, a lo largo de su evolución libidinal (Freud, 1923, pp. 30-31). O bien, el Yo se identifica con los objetos que pierde. Sustituye al objeto perdido en el propio Yo, conformándolo y contribuyendo a formar su carácter. El objeto perdido se vuelve a erigir en el Yo (Freud, 1917b, p. 246; 1923, pp. 30-31 y 1933, p. 84). De este modo conserva algo del objeto. Cuando el Yo cobra los rasgos del objeto, se impone él mismo al Ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida. Es como si le dijera: “*mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al*

objeto...” (Freud, 1923, p. 32). Esto es, el Yo se ofrece al Ello como objeto de amor. Muda la libido de objeto por libido narcisista.

Por otra parte, Freud, además de concebir el Yo como un objeto de amor, y de entender el narcisismo y la identificación como fenómenos constitutivos del Yo, expone cómo se van instaurando por diferenciación dentro de éste ciertos componentes ideales (Freud, 1923, p. 30). El término de “Yo ideal”, concebido como un ideal narcisista, megalomaniaco, supone una identificación con la omnipotencia⁹⁷ que atribuye a sus cuidadores. Esa especie de “delirio de grandeza” del que hemos hablado. Y sobre este “Yo ideal” recae el amor hacía sí mismo. Se trata de un Yo que está en posesión de todas las excelencias, de todas las perfecciones narcisistas (Freud, 1914, pp. 90-91). De este “Yo ideal” derivará el “Ideal del yo”, instancia dentro del Yo, que surge tras la resolución del complejo edípico y que resulta de la convergencia entre esa idealización del Yo, ese narcisismo

⁹⁷ Omnipotencia que atribuye a sus cuidadores, y que en virtud de esa capacidad para detectar el inconsciente del otro que Freud menciona en *“El tabú de la virginidad”* (1918a), podemos relacionarla con la percepción por parte del niño de los deseos de la madre de ajustarle mortíferamente a ese modelo narcisista materno, o con la percepción de los deseos filicidas maternos. Deseos maternos sentidos por el hijo como omnipotentes y percibidos tanto más mortíferos cuanto que el niño está en un estadio en donde la pulsión de muerte no está atemperada por la de vida, o donde no se ha establecido esa capacidad para ligar y establecer uniones más amplias capaz de mediar en sus propios deseos agresivos, o cuando en el niño no están sus vivencias mediadas por los Ideales culturales interiorizados. De modo que la persona que tutela y protege al niño de los peligros (la madre) es también fuente de peligro. Cuestión que plantea Freud en 1930 en *“El malestar en la cultura”* donde al hablar de la angustia frente a la pérdida de amor dice: *“Si pierde el amor del otro, de quien depende, queda también desprotegido frente a diversas clases de peligros, y sobre todo frente al peligro de que este ser hiperpotente le muestre su superioridad en la forma de castigo”* (1930, p. 120). La madre es un objeto amado, pero también temido. ¿Qué se teme de la madre, además del castigo? ¿Qué provocaría el castigo materno? ¿El no someterse a las expectativas maternas? ¿Los deseos de muerte hacia ella?

primario y las identificaciones con los padres, sus subrogados, o los ideales colectivos (Freud, 1914, p. 90-93). Este “Ideal del yo” es el modelo con el que el sujeto trata de medirse en lo sucesivo.

En “*El Yo y el Ello*” (1923, pp.33-35) y en la “31ª Conferencia: *La descomposición de la personalidad psíquica*” (1933, pp. 57-60) Freud expone cómo la resolución del complejo de Edipo va a incidir en los procesos de identificación. Caben dos posibles salidas a la situación edípica, la identificación-padre o la identificación-madre. En ello influye la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales, esto es de la bisexualidad original. Pero el complejo de Edipo completo, es doble, positivo y negativo, en virtud de dicha bisexualidad. Los procesos de identificación, si tenemos en cuenta este duplicado del drama edípico, son muy complejos. Estamos hablando de una identificación en la que ya incide la percepción de la diferencia sexual y la posición desde la que cada uno se ubica respecto al objeto de deseo sexual y al objeto de amor. Es decir, de la identificación posterior al complejo de Edipo.

En la “33ª Conferencia” y al ocuparse de la cuestión de la feminidad Freud (1933b, p. 124) habla de la identificación-madre de la mujer, dentro del proceso edípico, reconociendo dos estratos, el pre-edípico, relacionado con la incorporación de las instancias parentales y con la identificación-madre que persigue ser activa, identificación relacionada con la del primer tipo expuesto anteriormente. Y la identificación posterior al Edipo en el que la niña quiere eliminar a la

madre, ser ella y ocupar su lugar, para dirigirse amorosamente hacia el padre.

Por otro lado, a este Yo así configurado, se enfrenta y opone el Ideal del yo o Superyo, como una parte del propio Yo que se ha visto alterada. Este Superyo adopta una actitud reactiva, prescriptiva y prohibidora. Como señala Freud (1923, p. 36) el propio Yo erige dentro de sí el obstáculo a sus deseos edípicos y toma prestada, la fuerza del padre para lograrlo. El Ideal del yo es la herencia del complejo de Edipo y expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del Ello. La institución del Superyo es fruto de la identificación con la instancia parental. Ante la liquidación del complejo de Edipo, renuncia a esas investiduras de objeto y como resarcimiento por esa pérdida de objeto se refuerzan dentro del Yo las identificaciones con los progenitores. Después irán añadiéndose las identificaciones con aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, educadores, maestros, personas influyentes y arquetipos ideales (Freud, 1933, p. 60 y 1933a, p. 84). En el influjo de los progenitores, resumirá Freud:

“No sólo es eficiente la índole personal de estos, sino también el influjo, por ellos propagado, de la tradición de la familia, la raza y el pueblo, así como los requerimientos del medio social respectivo, que ellos subrogan. De igual modo, en el curso del desarrollo individual el superyo recoge aportes posteriores continuadores y personas sustitutivas de los progenitores, como pedagogos, arquetipos públicos, ideales venerados en la sociedad” (1938, p. 145).

Es decir, el influjo del pasado asumido por otros se instaura en ese Superyo, aunque no haya sido vivenciado personalmente. Y es preciso tener en cuenta, como muestra Tubert en *“Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología”* (1991) y en *“Figuras de la madre”* (1996), que la mayor parte de las culturas identifican la feminidad con la maternidad.

El Yo por lo tanto es hijo o efecto de la ley, no es sólo un efecto del desarrollo adaptativo, sino que tiene un componente simbólico. Ahora bien, no hay identificación sin identificación primaria, pero ésta sólo la conocemos por sus efectos, esto es por las secundarias, identificaciones mediadas por la ley de la prohibición del incesto, de la castración.

Respecto a la tercera de las tres modalidades, Freud en *“Psicología de las masas y análisis del yo”* (1921, p. 101) entiende que la identificación puede prescindir por completo de la relación de objeto con la persona copiada. El mecanismo de la identificación en este caso se produce sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación. Esto es, por una comunidad de intereses que liga e identifica a los individuos de la masa. Lo ejemplifica con el caso de una muchacha que recibió en el pensionado una carta de su amado secreto que provocó en ella un ataque histérico y algunas de sus amigas enteradas de la situación, también sufrirían ese ataque. Ellas quisieran tener esa misma relación secreta, y bajo el influjo del sentimiento de culpa, aceptan también el sufrimiento aparejado. Uno de los Yo percibe en el otro una importante analogía en un aspecto, y

crea una identificación en ese mismo aspecto. La identificación por el síntoma es un indicio de un punto de coincidencia inconsciente entre los dos Yo. Este tipo de identificación puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales. *“Mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y, así, corresponder al comienzo de una nueva ligazón”* dice Freud (1921, p. 101). De modo que la ligazón recíproca entre los individuos de esa masa se produce por una identificación. Podemos pensar en una identificación de este tipo que se podría generar en la mujer derivada de la comunidad constituida por las mujeres-madre. Por la coincidencia de un punto común: el hijo.

Freud (1921, pp. 102-04) expresa que la identificación está en la base de lo que en psicología se denomina “empatía” y supone la posibilidad de comprender el yo ajeno, el de las otras personas, así como la posibilidad de adoptar una actitud frente a la vida anímica de otro. La identificación contribuye a que se restrinja la agresión hacia la persona con la que uno se ha identificado, se la perdone y ayude.

Freud distingue tres modos básicos de identificación, de los cuales dos son estructurantes. El primero de ellos es una identificación por parte del niño y una proyección por parte de los padres de su propio ideal narcisista destronado. Este modo está fundado en el tipo de relación con el objeto característico de la oralidad y es la base de las identificaciones ulteriores. La identificación secundaria, también estructurante e idealmente

acorde al sexo biológico, se produce por una transformación del amor, de la investidura de objeto en identificación tras la pérdida de aquel. Se instaura el Ideal del yo, la asunción de las normas y la conciencia moral. La tercera modalidad está basada en la posibilidad de colocarse en una situación idéntica.

Pues bien, la identificación primordial está relacionada, como hemos visto, con la incorporación oral en donde el objeto interiorizado es el mismo que el objeto investido. No existe todavía elección de objeto, dado que entre él y el objeto aún no se ha producido separación alguna. La identificación es radical. Freud la define como la identificación con el padre de la prehistoria, entendiendo ésta como lo pre-edípico, como previo a la historia del sujeto, anterior, por tanto, a la constitución de un sujeto con deseos. Esta identificación está, también, referida a la asimilación e incorporación de las cualidades del objeto externo en un interior, si bien lo íntimo y lo externo no están claramente diferenciados. Identificación que remite, también, a la constitución de un Yo pero ajena a la diferencia sexual y a los distintos papeles que el padre o la madre juegan en la gestación de un hijo. Una identificación relacionada con un narcisismo primario y con el Yo ideal. En esta primera identificación, el niño o la niña (ya que todavía no perciben su diferencia anatómica) aspiran a ser la madre y el padre indiferenciadamente. Se incorporan rasgos de ambos, pero repito, no se puede hablar de un sujeto con deseos puesto que

este Yo recién constituido es ajeno a toda limitación y carencia. Sin embargo, y si hablamos de maternidad, sí que determina que se interioricen atributos y cualidades relacionados con ella, en parte debido a ese afán por transformar en activo -ejerciendo de madre- lo que se ha sufrido pasivamente en la posición de hijo. Pero también debido a esa identificación con ella, él quiere lo que ella quiere, esto es, ser madre o desear serlo, como ella desea.

En la segunda forma de identificación ésta remplace a la elección de objeto. El objeto perdido se introyecta en el Yo. El Yo se separa del objeto y, para compensarse por la pérdida, toma sobre sí las propiedades del objeto, se repliega e identifica con él. Incorpora simbólicamente algo que ya no está o no es posible y lo erige dentro del Yo. Da lugar a la identificación con determinados síntomas neuróticos pero, sobre todo, a la resolución del drama edípico y a la instauración del Superyo. Es decir, para recuperar el objeto prohibido y el narcisismo perdido por efecto de la castración, se identificará con el padre y la madre, tratará de ajustarse a unos ideales generados por la aceptación de la Ley interdictora, a un mundo mediatizado por la castración, por el Ideal del Yo y por la aceptación de una Ley fundante. Se ha producido una separación entre el sujeto y el otro, entre interior y exterior, entre el objeto de la identificación primera y las posteriores elecciones o investiduras de objeto. Ante la renuncia edípica y pérdida del objeto la investidura o el amor dirigido a dicho objeto regresa a una identificación en el Yo.

Se erige el Ideal del Yo y el Super-Yo crítico y ulterior o, conjuntamente a esta identificación con los padres, se le unirán las identificaciones con los ideales culturales. La identificación está mediatizada por una Ley que determina la posición que cada uno ha de ocupar, tanto como hijo como respecto a sus deseos sexuales y a su ubicación social.

La identificación tiene que ver, ahora, con una determinada posición sexual: desear como varón o como mujer. La identificación con la madre o la identificación con el padre implica el reconocimiento de la diferencia anatómica. Ahora bien, el deseo de un hijo no se explica sólo desde la identificación con la madre, exige tomar en consideración la conflictividad edípica y la castración. No obstante, respecto a la mujer, la cultura patriarcal trasmite unos ideales que colocan la maternidad como el modelo o la identidad prioritaria, cuando no exclusiva. La identificación no se produce sólo con la realidad personal de los padres o con las conductas de éstos, sino con el Superyo de ellos y con esos ideales y temores culturales transmitidos, primero a través de esos padres y, después, a partir de toda la serie de sustitutos.

Hay que tener en cuenta que las experiencias anteriores quedan modificadas por la constitución de esa nueva instancia dentro del Yo, cobran un sentido nuevo. No se trata simplemente de una adicción o incorporación de elementos al Yo, sino que el pasaje por el complejo de Edipo produce un

efecto nuevo que afecta retroactivamente a todo lo anterior. El pasado sólo puede verse y enjuiciarse en virtud de la nueva estructura y de las instancias ideales que se han configurado. Lo desarrollaré al hablar del complejo de Edipo.

La tercera forma de identificación es la que nace a partir de cualquier comunidad de intereses, de fantasmas inconscientes o de un rasgo común. Y ya he mencionado cómo el hijo puede ser el rasgo común que define a la comunidad de las madres. La mujer puede identificarse a aquellas otras a las que les supone algo deseable y algo de qué o con lo que gozar: el hijo. Y la cultura trasmite un ideal único para la mujer: ser madre.

A través de los procesos identificatorios, lo ajeno se instaaura dentro de uno permitiendo todo el juego del transítivismo fantasmático. En la mujer puede reactivarse, con motivo de la presencia de un hijo o frente a la posibilidad de tenerlo, todo aquello que sintió y anheló cuando fue hija –la creencia en la omnipotencia materna, el deseo de recibir, el resentimiento de no haber recibido, el odio, los deseos de muerte, etc.-, siendo capaz de ubicarse en esa antigua posición y atribuir a los gestos y gritos del recién nacido intencionalidades comunicativas humanas, pero también de despertarse en ella los miedos, deseos y ambivalencias ha mucho cancelados y sepultados en el inconsciente.

3.2.4. El Superyo: Es una instancia, heredera del complejo de Edipo, que surge dentro del propio Yo. Tiene, además de la función protectora, un doble carácter paradójico: por un lado, toma el valor de un imperativo categórico y por otro, una significación de prohibición. Tiene también una dimensión compulsiva, expresiva de la pulsión de muerte y de los deseos libidinales inconscientes reprimidos. Es el representante en el psiquismo de los ideales de la humanidad. Una de sus funciones es la de ejercer como conciencia moral midiendo la desviación del Yo en relación a dichos ideales interiorizados. El deseo de un hijo queda interiorizado en la mujer como un ideal propio, pero regulado por la prohibición del incesto. Se transforma en un anhelo no exento de conflicto y las relaciones con el hijo quedan impregnadas de sentimientos inconscientes encontrados.

Hemos visto como el Yo es la sede y centro de las identificaciones, y también como se van a diferenciar a partir de él las instancias llamadas ideales, -Yo ideal, Ideal del yo y Superyo-. Aunque Freud no distingue los términos “*Ideal del Yo*” y “*Yo Ideal*”, está implícita en su obra la distinción. Comenzaré exponiendo las diferencias entre estos dos términos, admitidas por algunos autores (Laplanche y Pontalis, 1968, p. 491), para distinguir ulteriormente el concepto de Superyo.

En “*Introducción del Narcisismo*” Freud presenta la formación de una instancia ideal y dice:

“Sobre este yo ideal⁹⁸ recae el amor de sí mismo que en la infancia gozó el Yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal⁹⁹ que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal” (1914, p. 91).

Freud da el nombre de “Yo Ideal” al sustituto del Yo infantil, de ese Yo real y narcisista. Pero también denomina como “Ideal del Yo” a esta formación que sustituye al Yo infantil en posesión de todas las perfecciones. Es decir, utiliza dos términos para referirse a lo mismo. Siguiendo a Lacan (1949, pp. 11-18)¹⁰⁰, entiendo que ese Yo real alude a esa perfección narcisista de la que gozó en su infancia, en la que él fue su propio ideal, un Yo al que no le afecta la enfermedad ni la muerte. Perfección a la que no quiere renunciar, esto es, se trata del

⁹⁸ Aunque empleó “Yo Ideal” entiendo que se está refiriendo a un “Ideal del Yo” que viene a imponerse sobre el yo real previo. En este caso, Yo real hace referencia al “Yo ideal” dotado de toda perfección.

⁹⁹ Aquí está utilizado, también, el término “Yo ideal” como sinónimo de “Ideal del Yo”.

¹⁰⁰ Lacan (1949, pp. 11-18) diferenciará ese Yo ideal como una formación narcisista cuyo origen estaría en el estadio del espejo y que pertenecería al registro de lo imaginario.

Yo Ideal, diferente del Ideal del Yo que se constituye, posteriormente tras la renuncia al narcisismo.

También en 1917 en su “26ª Conferencia: *La teoría de la libido y el narcisismo*” Freud (1916f p. 390) establece una distinción entre el Yo actual, el Yo Ideal y la Instancia observadora que compara ambas. Relaciona este Yo Ideal con el narcisismo infantil perdido y recuperado ahora después de las afrentas sufridas. Esto es, aunque lo denomina Yo Ideal, se trata de una nueva formación sustitutiva de ese Yo Ideal narcisista perdido, por tanto no es lo mismo. Es decir, es un ideal nuevo, una construcción posterior erigida para restaurar el Yo Ideal perdido. El término “Yo ideal” es un atributo del Yo, no hay separación entre el Yo y el ideal. Mientras que el “Ideal del Yo” es algo a lo que el Yo aspira, sí hay separación.

Freud, posteriormente, en “*Psicología de las masas y análisis del Yo*” (1921, pp. 122-26) desarrollará el concepto de Superyo a partir de este Ideal del Yo entendido como un grado dentro del Yo. Se instaura en el Yo un nuevo ideal con el que medirse y una instancia autocrítica, el Superyo. Pero es en 1923 en “*El yo y el ello*”, y en 1930 en los capítulos VII y VIII de “*El Malestar en la cultura*”, donde Freud afronta el concepto de “Superyo”, aunque ya antes la clínica le había llevado a tener que abordar esta función crítica, inconsciente, que daba lugar a la censura, a la angustia, a la conciencia moral y a los sentimientos inconscientes de culpa (Freud, 1896b, pp. 169-74 y 1907, pp. 106-8).

Ideal del yo y Superyo son considerados términos sinónimos (1923, p. 30), si bien en algunos trabajos Freud (1933, p. 60) diferencia al Ideal del yo como una subestructura particular dentro del Superyo. El Ideal del yo es aquello que constituye un modelo al que el sujeto intenta ajustarse (1914, p. 90 y 1916f, p. 390), mientras que el Superyo encarnaría una ley y su prohibición. Es decir, el Superyo es la entidad encargada de lograr ese Ideal del yo bajo una ley.

El origen de esta instancia crítica se remonta al período de la declinación del complejo de Edipo. La prohibición de realizar el deseo incestuoso que los padres imponen al niño se transformará en el Yo en un conjunto de exigencias morales y de prohibiciones que, en adelante, el sujeto se impondrá a sí mismo. En el niño, el complejo de Edipo choca inevitablemente con la amenaza de castración y le sucede el Superyo (1933a, p. 80 y 1933b, pp.119-20). En el caso de la niña, dice Freud en *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* (1924a, p. 186), en *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”* (1925b, pp. 275-76) y en su *“33ª Conferencia: la feminidad”* (1933b, pp. 119-120) la castración posibilita la aparición del complejo edípico. La niña permanece por más tiempo en dicho complejo y sólo lo supera más tarde y de forma incompleta. Su Superyo no alcanza la potencia ni la independencia que adquiere en el varón¹⁰¹, no obstante, también se erige en ella por identificación con las figuras parentales esta instancia.

¹⁰¹Ahora bien, masculinidad y feminidad, como veremos más adelante, no son realidades asociadas inexorablemente al sexo anatómico, por tanto, Superyo femenino y Superyo masculino no son necesariamente coincidentes con el Superyo de la mujer y el del varón, dado que masculinidad y feminidad no son formaciones

El Superyo es, por tanto, esa autoridad parental internalizada en el momento del Edipo y diferenciada en el Yo como una de sus partes. Es mediante la identificación como se instaura el Superyo (1933, pp. 57-60). Se produce, como hemos visto en el epígrafe anterior, una sedimentación en el Yo de una serie de identificaciones que genera una alteración del propio Yo (Freud, 1921, pp. 99-103; 1923, pp. 31-39 y 49 y 1938, pp. 144-45). Y este Yo, así modificado, se enfrenta ahora como Superyo al contenido del Yo. Se enfrenta como una instancia observadora, con una doble función prescriptiva, (debes ser o tienes que hacer como), y prohibitiva (no debes ser o no tienes que hacer como). El Superyo deriva, pues, de las identificaciones con los padres y de las formaciones reactivas contra los deseos incestuosos y conserva a lo largo de toda la vida, este valor de imperativo (Freud, 1923, p. 49; 1924a, p. 173; 1930 pp. 119-29 y 1933, pp. 58-59 y 62). Si bien no se trata sólo de la identificación con los padres, sino con el Superyo de éstos, constituido a su vez por identificaciones con sus propios padres y con los preceptos, deseos inconscientes, etc., a los que ellos mismos se someten. El Superyo del niño se llena del mismo contenido que el de los padres, de sus sustitutos y deviene, así, portador de la tradición y de los valores perdurables a lo largo de las generaciones (1933, pp. 62-63).

puras, sino que interviene la disposición bisexual de ambos, y que como apunta Freud (1925b, p. 276), son construcciones teóricas de contenido incierto. De otro lado, Jacques André (2002, pp. 60-66) cuestiona esta concepción de un Superyo femenino más débil que el masculino al sostener –desde su tesis de la feminidad psicosexual originaria– la intensidad de la represión en esta fase y que, en el caso de la niña, se refleja en el complejo de masculinidad tan difícil de ser abandonado.

Los sentimientos éticos brotan, por tanto, del complejo de Edipo, de la prohibición del incesto, de la represión de los deseos incestuosos, y, desde ahí, deviene la normativización de la sexualidad. Estos sentimientos morales se fundan, pues, en la incorporación de las normas e ideales sociales, de las críticas y limitaciones que impone la cultura (Freud, 1923, pp.33-35; 1930, pp. 127-140 y 1938, pp.144-45). La Ley tiene pues que individualizarse dentro del propio Yo. Es decir, el Yo individualiza la ley a través del Ideal del yo (1923, pp. 30-49).

El Superyo es por tanto la huella psíquica y duradera de la solución del conflicto edípico. Este conflicto se sitúa entre la Ley y la satisfacción de esos deseos. Lo que la Ley prohíbe es el goce incestuoso, el goce absoluto. Pone un límite a ese deseo. Una parte del Yo toma el lugar de Ley interdictora y al hacer suya esa prohibición garantiza desde dentro la renuncia al goce prohibido. El deseo sigue vivo, pero acceder a ese goce sin ley, además de estar prohibido, es peligroso. Supone una amenaza para la integridad física del niño o para el amor en el caso de la niña (1933a, pp. 80-81). Una parte del Yo –el Superyo- se identifica con la figura prohibidora, pero sigue presente también esa otra parte del Yo -el Ello-, en la que perviven esos deseos (1923, p. 49). Es decir, en el ser humano están presentes tanto la Ley que prohíbe como el deseo. El Superyo es la garantía de que esos deseos no obtendrán satisfacción y es signo también del vigor del deseo. El Superyo mantiene duradera afinidad con el Ello, está profundamente sumergido en el Ello y de él obtiene su energía (1923, pp. 49-53 y 1933, p. 73). *“Lo que en la vida anímica ha pertenecido a lo más profundo deviene lo más elevado del alma humana”* (Freud, 1923, p. 38). El deseo incestuoso, por tanto, no cede aunque esté

prohibido¹⁰². De ahí la dimensión compulsiva presente en el Superyo. El Ideal del Yo es una formación reactiva precisamente contra estos deseos del Ello (1923, p. 56). En “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” expone Freud (1924a, p. 184) cómo las aspiraciones libidinales pertenecientes al complejo de Edipo, son desexualizadas y sublimadas, inhibidas en su meta y transformadas en mociones tiernas.

No obstante, y como hemos expresado, la severidad del Superyo que desarrolla el niño no refleja fielmente la severidad del trato que ha experimentado, sino que el niño reacciona también, en virtud de un arquetipo filogenético¹⁰³. Sobrepasa la reacción justificada en lo actual, refleja el padre temible de la prehistoria, el padre muerto de la horda primitiva, el padre odiado y amado (Freud, 1913a, p. 145 y 1930, pp. 126-29). No se constituye sólo en virtud del trato real y de las experiencias cotidianas que los padres establecen con sus hijos. Además, la severidad del Superyo refleja la insistencia de unos deseos irrestrictos que son juzgados como intolerables por el sólo hecho de experimentarlos. Recordemos que, en el inconsciente,

¹⁰² Lo que tendría que ver con el sentimiento inconsciente de culpa y con la severidad y crueldad del Superyo propio de la reacción terapéutica negativa, de la neurosis obsesiva y de la melancolía. Esto es, con la pulsión de muerte instalada también en el Superyo. Si el Ello es inmoral, el Superyo puede ser hipermoral y volverse tan cruel como el Ello, en esto influiría la desmezcla de las pulsiones de vida y de muerte. El Yo quedaría expuesto a la agresión de un Superyo y a la angustia de muerte (Freud, 1923, pp. 50-59).

¹⁰³ Freud busca fundamentar lo humano de la sexualidad bajo un esquema hereditario. La filogénesis explicaría la transmisión genética del simbolismo, de los “fantasmas originarios”, del guión de la horda primitiva y del Edipo, del Ello, del Superyo, etc. Se trata, una vez más, de la línea más endógena del pensamiento freudiano, donde vuelve a aparecer la idea de lo instintivo y lo adaptativo, al haber abandonado la teoría de la seducción (Laplanche, 1987, pp. 38-46; 1992, p. 109 y 1993, pp. 17-18).

realidad psíquica y realidad material no se diferencian. Los deseos inconscientes prohibidos pueden adquirir estatuto de actos realizados.

Ahora bien, si tenemos en cuenta los deseos edípicos de muerte hacia los progenitores (deseos reprimidos por efecto de la cultura, pero sepultados en el inconsciente) entiendo que éstos van a ser concitados con ocasión de la relación con el hijo. El hijo, al que se le atribuyen, en virtud de la experiencia propia, esos mismos deseos de muerte, es – además de un objeto de amor deseado-, un objeto siempre decepcionante (en la medida en que es sustituto de otro objeto, del pene) y amenazante como lo que constituye Edipo para Layo, despertando en los progenitores deseos filicidas. Se establece así una dialéctica entre los deseos de muerte desde ambos lados, percibidos de diferente forma por unos y por otros¹⁰⁴, y amalgamados con los sentimientos libidinales de amor. Una dialéctica que implica la muerte del otro para proteger la vida propia. Dialéctica entre el odio y el amor de la que Freud habla en “*El yo y el ello*” (1923, pp. 43-44) y que no es ajena a las relaciones entre padres e hijos, pero que es mantenida a raya por las normas de la cultura interiorizadas ahora en el Superyo y puesta al servicio de fines culturales más elevados, tal y como expresa Freud en “*El malestar en la cultura*” (1930, pp. 95 y 119-40).

¹⁰⁴ Freud en su tercer trabajo sobre contribución a la psicología del amor “*El tabú de la virginidad*” (1918a, pp. 196-203) explica los temores del varón frente a la mujer apelando a la percepción del varón de la hostilidad anárquica e inconsciente de ésta. La hostilidad por la desfloración sería el peligro del que el varón precisa defenderse. Análogamente cabría pensar en los temores y reacciones inconscientes percibidos mutuamente entre la madre y el hijo o hija.

Desear un hijo es expresivo de la pulsión de vida, pero no es ajeno a la pulsión de muerte tal y como vimos en el epígrafe 3.2.1.. Las pulsiones libidinales contribuyen a atemperar la pulsión de muerte, pero también han de ponerse al servicio de protección de la propia vida, colisionando no sólo con la pulsión agresiva paterna, sino también con la propia pulsión de vida de los progenitores. La pulsión de vida del hijo se opondría al Eros de los progenitores y viceversa, lo sostiene Freud en *“El malestar en la cultura”* (1930, p. 115). Pero la dialéctica no sería sólo intersubjetiva, sino que por efecto de la incorporación de las instancias ideales sería también intrasubjetiva. El deseo y la relación con el hijo no puede explicarse sólo desde vínculos amorosos, desde una tendencia natural puesta al servicio de la especie, sino como una dinámica conflictiva entre el interés de la especie y el interés yoico, entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte, entre Eros y Tánatos.

La génesis del Superyo, es pues el resultado de dos componentes, uno biológico, el desvalimiento y la prolongada dependencia del ser humano, y un factor histórico y cultural, el complejo de Edipo y su represión, que conlleva la interrupción del desarrollo libidinal por el período de latencia y, consecuentemente, el desarrollo de la vida sexual en dos tiempos. Mediante la instauración del Superyo, se enlaza lo biológico y lo cultural, el pasado y el presente. Lo que constituye lo más profundo de la vida anímica, lo pulsional, se articula con lo cultural y se instaure dentro del ser humano como lo más elevado: la conciencia moral y ética, los sentimientos sociales. Como escribe Freud (1930, p. 137) *“los dos procesos, el del desarrollo cultural de la multitud y el propio del*

individuo, suelen ir pegados". De este modo se articula lo biológico, lo social y lo individual. Lo que resulta necesario para la supervivencia de la especie, de la sociedad y de la cultura se encarna como algo ineludible dentro del propio sujeto. El Ello y el Superyo, a pesar de su diversidad, coinciden en que representan los influjos del pasado. En el Ello, el pasado hereditario¹⁰⁵, en el Superyo, el pasado asumido por los otros, mientras que el Yo está comandado por lo que uno mismo ha vivenciado, lo más accidental y actual (Freud, 1938, pp.144-45).

Si tomamos el término Ideal del yo como diferenciado del Superyo, entonces a este último sólo compete la función de reconocimiento de la ley y de prohibición de la trasgresión. Ahora bien, si mantenemos el término Superyo en un sentido amplio, comprende las funciones prohibidoras derivadas de la declinación del complejo de Edipo y de las identificaciones con los objetos y, simultáneamente, abarca también la función modélica, de ideal, derivada del Yo ideal, de las primeras identificaciones con los padres, sus sustitutos y de los ideales colectivos. Es decir, incluye al Ideal del yo. De modo que la interiorización de esta instancia psíquica se manifiesta en la culpabilidad y también en órdenes estrictas: tienes que ser así,

¹⁰⁵ Cuando se indica que en el Ello está lo hereditario –o se habla de herencia filogenética-, como acabo de mencionar, no cabe entenderlo como una transmisión biológica exclusivamente, sino que hay que tener en cuenta cómo los padres, y más específicamente la madre, con su psicosexualidad adulta influye en el recién nacido y provoca la pulsión, ayuda a establecer ligazones y fomenta el establecimiento de identificaciones estructurantes. Hay herencia, pero no exclusivamente biológica. En el Ello está lo biológico, pero lo hemos visto, también el legado cultural implantado desde afuera y actuando desde adentro.

o no tienes derecho a ser así. El Superyo genera una alteración del propio Yo. El pasado cultural se actualiza y perdura en el presente de cada nuevo ser constituyéndole como humano, limitando el goce y regulando las relaciones humanas y el deseo sexual dentro de la Ley de prohibición del incesto.

En el Ideal del yo está comprendido aquello que resulta valioso para la supervivencia de la especie, de la sociedad y de la cultura. Podemos pensar, entonces, que el deseo de un hijo, como una necesidad social, queda interiorizado y regulado en la mujer como un ideal propio, sustituto del Yo ideal narcisista. Cabe pensar que no se trata de un mero “instinto biológico” sino de la reproducción de un modelo ancestral, asumido y transmitido a través del Superyo de las figuras parentales internalizadas, esto es, de un legado cultural.

De otro lado, la constitución del Superyo no anula la existencia del Ello. La severidad del Superyo refleja la insistencia de esos deseos irrestrictos, juzgados ahora como intolerables. Es decir, la pulsión y los deseos incestuosos inconscientes persisten, en el mejor de los casos, sublimados. En la mujer, el deseo inconsciente e incestuoso de tener un hijo, derivado del complejo edípico y sustituto del deseo irreducible de un pene -como veremos un poco más adelante- persistirá y podrá reprimirse o devenir en un deseo sublimado, si renuncia a la realización y satisfacción incestuosa. Puede transformarse en energía sublimatoria o puede transformarse

en mera reduplicación de lo mismo, en compulsión de repetición, si no se produce desplazamiento o sustitución simbólica.

No obstante, la pulsión de muerte no está ausente del deseo de un hijo y de los ideales culturales. Aunque sea desmentida –como todo aquello que no puede ser admitido– sigue presente en la relación que se establece con el hijo y en los deseos filicidas de la madre hacia el hijo. Pero sí puede ser puesta al servicio de Eros, de la cultura y de la especie.

Ahora bien, estamos hablando de pulsiones sexuales, de Eros, de la energía que moviliza la constitución del Ello, del Yo y del Superyo y la construcción del objeto y sus sustitutos. Estamos hablando de la libido. Pero ¿en qué consiste, de dónde emana, cómo evoluciona, qué relación guarda con el deseo de un hijo?

4. La libido es una energía y designa el aspecto psíquico de la pulsión sexual. Representa para Freud el deseo sexual, fuente del conflicto psíquico y condición de la conducta humana. La libido emana de las zonas erógenas pero a lo largo de la vida se desplaza –aunque también se fija o regresa– de unas a otras y sufre transformaciones desde

una libido autoerótica, narcisista y objetal. Ubicarse como sujeto sexuado deseante pasa por la evolución de una libido única. Ésta constituye una fuerza de ligazón, pero no se relaciona sólo con la sexualidad puesto que puede inhibirse en su fin o desexualizarse.

Me he detenido en explicar cómo concibe Freud al sujeto, los dos esquemas topográficos explicativos del psiquismo, el hecho de desear, y su compleja noción de objeto. He descrito cómo para Freud el fantasma y la realidad psíquica cobra una importancia mayor, si cabe, que la realidad material. He expuesto el largo proceso hasta llegar a construir un Yo y las instancias ideales. Hemos visto cómo Freud considera que el objeto perdido ha de ser “reencontrado” y erigido como sustituto. Resta por determinar, cómo se construye la identidad sexual, esto es, cómo se desea desde una posición sexuada. Hasta ahora he hablado del deseo y el sujeto que desea, pero desear y tener un hijo implica, al menos hasta la fecha, asumir la diferencia sexual y los distintos papeles implicados en la función de procrear. Ahora bien, para el psicoanálisis esto no es algo que venga dado. Exige un vasto proceso, a lo largo del cual se construye el sujeto deseante y el objeto deseado.

Aunque el ser humano está fisiológicamente capacitado para cumplir con la reproducción de la especie, sin embargo, la sexualidad humana tiene unas características que convierte esta posibilidad en algo que requiere un desarrollo temporal largo y complejo no exento

de obstáculos. Es preciso un tiempo para que cada sujeto se sitúe de un lado o del otro de la división sexual, puesto que la anatomía o la simple identificación a un género –masculino o femenino-, como veremos, resultan insuficientes. Las tesis freudianas, tal y como he venido exponiendo, eliminan la idea de un instinto sexual dado que gobierne la sexualidad humana; echan por tierra la noción de un objeto sexual adecuado y acorde con la anatomía de cada individuo. Esto es, no hay en el deseo inconsciente una búsqueda adaptativa de un objeto, ni la pulsión es una necesidad biológica que tenga un objeto adecuado. El deseo inconsciente tiene una dimensión conflictiva que va más allá de la biología y de la adaptación. Ni la identificación a un género – desde una perspectiva sociológica- ni la percepción de la realidad anatómica sirven, por sí mismas, para ubicarse como hombre o como mujer. ¿Cómo se construye, pues, esa posición humana sexuada desde la que desear como hombre o como mujer? Y desde ahí ¿Por qué vericuetos pasa el alma femenina hasta desear un hijo?

Freud elabora su teoría de la sexualidad a partir de la práctica clínica, otorgándola un valor central en la vida psíquica de todo individuo. A pesar de apoyarse, a menudo, en palabras llenas de contenido biológico y de hablar de zonas corporales precisamente delimitadas, lo importante son los significados psíquicos que cada momento del desarrollo sexual va aportando a la constitución global del sujeto. Por ello es más preciso hablar de evolución psicosexual o libidinal. La libido representa para Freud el deseo sexual, fuente de conflictos y condición de la conducta humana. El concepto ha ido evolucionando desde un modelo energético, una división y oposición entre libido del Yo y libido de objeto y una primera organización

libidinal en zonas erógenas diferentes. Finalmente, en la segunda tópica, Freud deriva hacia una dualidad pulsional, pulsión de vida y de muerte. Ahora bien, lo que se constata a lo largo de su obra es la idea de la libido como fuerza, empuje sexual, manifestación dinámica y de ligazón, mientras que la pulsión de muerte sería una fuerza opuesta a la pulsión de vida, fuerza de desligazón. Así lo explicita Freud (1938, p. 146) en su último resumen “*Esquema del psicoanálisis*”.

El término “*libido*” es utilizado por Freud (1894, p. 232) por primera vez en 1894 en el “*Manuscrito E*” en el que está abordando el problema de la génesis de la angustia y, en 1923 en el artículo “*Teoría de la libido*” que Freud (1923a) escribe para la enciclopedia, dice haberlo tomado de A. Moll y que se trata de una energía que proviene de las pulsiones que tiene relación con todo aquello que puede designarse con la palabra amor. Así, expresa: “*La libido era la exteriorización de fuerza del amor, en idéntico sentido que el hambre lo era de la pulsión de autoconservación*” (1923a, p. 250). Es decir, se refiere a las pulsiones sexuales, pero también, como expone en “*Psicología de las masas y análisis del yo*” :

“*El núcleo de lo que designamos <<amor>> lo forma, desde luego, lo que comúnmente llamamos así y cantan los poetas, el amor cuya meta es la unión sexual. Pero no apartamos de ello lo otro que participa de ese mismo nombre: por un lado, el amor a sí mismo, por el otro, el amor filial y el amor a los hijos, la amistad y el amor a la humanidad; tampoco la consagración a objetos concretos y a ideas abstractas*” (1921, pp. 86-87).

Es decir, Freud se refiere a las pulsiones sexuales, pero también a las de meta inhibida, a Eros como fuerza de cohesión.

Ahora bien, la excitación sexual no sólo proviene de los genitales, sino que deriva de todos los órganos del cuerpo. En sus *“Tres ensayos de teoría sexual”* publicada en 1905 -pero modificada cada cinco años hasta 1925 a medida que progresaba su experiencia-, define la libido *“como una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual”* (Freud, 1905, p. 198) y unas líneas más abajo *“esa excitación sexual no es brindada sólo por las partes llamadas genésicas, sino por todos los órganos del cuerpo”*.

Desde un punto de vista cualitativo la libido no se refiere a todo el campo pulsional, ya que Freud diferencia pulsiones yoicas o de autoconservación y pulsiones libidinales (Freud 1916f, p. 377 y 1916b, pp. 285-86). Igualmente, (Freud, 1914, pp. 72-73) diferencia también libido objetal y libido del yo o narcisista, según se dirija ésta hacia los objetos externos o hacia uno mismo. Finalmente va a distinguir entre libido y pulsión de muerte. Entre Eros y Tánatos (1920, pp. 50-53; 1921, pp. 84-88 y 1937, pp. 243-48). Desde esta perspectiva cualitativa, se considera que la libido puede sufrir cambios en el sentido de una aparente desexualización, como por ejemplo, en los fenómenos sublimatorios.

Por otra parte, Freud en *“Tres ensayos de teoría sexual”* (1905, p. 200) afirma *“la libido es regularmente, y con arreglo a la ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer”* y a través de una larga nota a pié de página, tras comentar lo confusos que resultan

los términos masculino y femenino, defiende que entiende masculino como activo, es decir *“la libido se define como activa, pues la pulsión lo es siempre aún en los casos en que se ha puesto una meta pasiva”* (p. 200) y cuestiona las acepciones biológicas y sociológicas de masculino y femenino¹⁰⁶. Freud sostiene, por tanto, la tesis de una libido única y no un dualismo sexual¹⁰⁷.

En el segundo de estos *“Tres ensayos”* Freud (1905, pp.157-88) sostiene la existencia de una sexualidad desde el comienzo de la vida infantil, autoerótica, carente de un objeto predeterminado, no circunscrita a la actividad genital ni dirigida hacia la reproducción. Una sexualidad en la que intervienen zonas corporales erógenas que no son sólo genitales y cuya única finalidad es producir placer. Al intentar rastrear los orígenes de la pulsión sexual Freud (1905, pp. 182-88) cita varias fuentes de excitación sexual. Las primeras se apuntalan en otras satisfacciones vivenciadas a raíz de otros procesos orgánicos, es decir, unida a la satisfacción de necesidades de alimentación, a la satisfacción de la defecación, etc. Otras fuentes vienen a ser la estimulación periférica de las zonas erógenas, los órganos sensoriales, toda la superficie de la piel, las excitaciones mecánicas, actividad muscular y los procesos afectivos e intelectuales mismos. De modo que la estimulación puede producirse bien en la lactancia misma, en el aseo,

¹⁰⁶ El término “masculino”, resulta enormemente conflictivo y ha suscitado numerosas controversias, a pesar o quizá por haberse identificado y asociado a “activo”. Ha estado y sigue presente en todos los debates sobre la sexualidad femenina entre las diversas Escuelas psicoanalíticas.

¹⁰⁷ Tesis que será cuestionada fundamentalmente por Melanie Klein y la Escuela de Londres, si bien, también otros autores que se ubican en las mismas posiciones de Freud, al tratar la sexualidad femenina, terminan cayendo en un “esencialismo” que viniera determinado por un dualismo sexual biológico.

en la manipulación, en las palabras que oye, en los sentimientos que experimenta, etc. (Ya vimos cómo el hijo, al que se trata con ternura, es el depositario del narcisismo y los deseos sexuales inconscientes de la madre, que satisface en él su libido de meta inhibida y erotiza el cuerpo del bebé generando la pulsión).

Pero, recordemos que la sexualidad no brota espontáneamente de las zonas erógenas, sino que nace apuntalada en las funciones de autoconservación y por la intromisión de la sexualidad conflictiva del adulto. *“El quehacer sexual se apuntala primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella”* dice Freud (1905, p. 165) y unas líneas más adelante *“La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar el alimento”*. Y el autoerotismo no es un estadio originario, cerrado y carente de objeto, sino una forma de ligazón de la pulsión, un tiempo “auto” de retorno o vuelta hacia la persona propia, un destino pulsional tal y como recoge Freud en *“Pulsiones y destinos de pulsión”* (1915, p. 122)

La vida sexual atraviesa diferentes etapas relacionadas con el predominio de distintas zonas erógenas, de las que hablaré los siguientes epígrafes, y cada fase puede constituir un punto de fijación al que regresará la libido cuando las tendencias sexuales encuentren obstáculos. La fijación consiste en el anclaje a un modo de satisfacción pulsional propio de primeras etapas de la organización sexual, pero designa también el modo de inscripción de ciertos contenidos, de ciertas experiencias o fantasías que persisten en el inconsciente de forma inalterada. Así en *“Tres Ensayos de teoría sexual”* Freud (1905,

pp. 141-5 y 193) además de hablar de la fijación en las conductas perversas infantiles, también remite a la fijación a objetos parciales, a metas, a actividades, etc. Freud (1910a, p. 14) en la primera de las “*Cinco conferencias sobre psicoanálisis*” y más tarde en (1916a, pp. 250-261) en “*La 18ª Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente*” resume el valor etiológico que da a la fijación como responsable de distintas patologías. Pero después lo generaliza explicando que siempre hay fijación de la pulsión parcial a los estadios precoces sin que tenga que ser considerado como algo anormal. De forma que Freud amplía la noción de fijación a la economía de la libido y al carácter de la persona. De modo que constituye una forma de inscripción inconsciente¹⁰⁸ que mantiene una eficacia actual y permanente en los comportamientos del sujeto.

A partir de “*Más allá del principio del placer*” la idea de fijación al trauma se explicará no sólo como un modo de satisfacción libidinal sino como una compulsión a la repetición expresiva de la pulsión de muerte, de aquello que no puede metabolizarse y que conduce a una repetición autodestructiva.

La libido, como vimos¹⁰⁹ va a sufrir una serie de transformaciones en cuanto al objeto (libido del yo u objetal), a la meta (ser activa o pasiva, reprimirse, inhibirse, volverse sobre la propia persona, sublimarse, etc.) y a la fuente de excitación preeminente (zonas erógenas), y puede estar atravesada por fijaciones y regresiones. No es por tanto una energía sexual instintiva que sigue una evolución

¹⁰⁸ Ver epígrafe 3.1.1.

¹⁰⁹ Epígrafe 3.1.8.3. y siguientes, y 3.2.3.1.1.

única, prefijada, que disponga de un objeto dado y persiga una meta única. Se puede observar una cierta secuencia en dicha evolución libidinal, pero los avatares de la historia de cada ser humano, su constelación familiar, etc., determinarán su peculiar evolución y formas de expresión de su libido.

La libido se define como la energía de la pulsión sexual. Freud defiende la tesis de una libido única –sea de metas activas o de metas pasivas- frente a las tesis de un dualismo sexual instintivo. Esta concepción da testimonio de una contradicción estructural entre el orden psíquico y el orden anatómico. La libido, activa o masculina, es la energía de la pulsión sexual que constituye un elemento de ligazón e integración. Determina tanto la constitución de uno mismo como la búsqueda y descubrimiento de los objetos y la relación con los demás. Es, pues, un determinante de la psique humana presente desde la más temprana infancia. Un deseo sexual que trata de satisfacerse fijándose en los objetos, sean estos ajenos o no al propio cuerpo.

Freud muestra que la sexualidad humana puede tener apariencia de un instinto, pero es el resultado precario de una evolución histórica subjetiva que en cada nueva etapa puede bifurcarse por otros caminos para dar nacimiento a todo tipo de aberraciones. No tiene un objeto predeterminado –el otro sexo-, ni su fin –la unión sexual- viene dado, ni su origen es interno, ni aparecería en la pubertad sobre la base de la

maduración fisiológica. Freud privilegia la dimensión subjetiva de la sexualidad frente a la biológica.

Al no existir un objeto adecuado que satisfaga la pulsión sexual, la libido constituye un motor de búsqueda y ligazón, puede desplazarse, cambiar de objeto y de fin. Así, la ternura hacia el hijo está imbuida de un deseo sexual, de meta inhibida. El hijo es objeto de manipulaciones, palabras, atenciones no exentas de deseos sexuales inconscientes depositadas por los padres, que le ubican como un objeto deseado. Deseos que influyen en la erotización del cuerpo, crean la pulsión y estimulan la libido del hijo. Los padres sitúan al hijo -en tanto que objeto más o menos deseable-, en un lugar enigmático y conflictivo que moviliza la psique infantil, configura su propia forma de desear y determina, como ya expuse al hablar de la constitución del objeto y de la segunda teoría topológica, sus más primitivas identificaciones. La madre ha estado en posición de hija y desde ahí -en relación con su historia, sus fantasmas, su mundo inconsciente, su constelación familiar-, constituye su forma de ubicarse en el mundo y su propia manera de desear.

Ahora bien, aunque la libido no tiene una evolución preestablecida y está sujeta a fijaciones y regresiones, sí que puede observarse una cierta secuencia teórica e ideal. En cada estadio del desarrollo libidinal se privilegia una zona erógena, un tipo de objeto, unos fantasmas, un tipo de representación, una economía libidinal, unos rasgos de carácter. En los

epígrafes que siguen vamos a abordar cómo se va organizando, al menos idealmente, esa libido infantil hasta configurarse en su forma adulta.

4.1. La organización pregenital: La libido abarca toda la vida del ser humano y todo su cuerpo, pero su organización no es la misma. Freud diferencia una primera *organización pregenital* de la libido y una *organización genital*. La primera es esencialmente autoerótica, las pulsiones parciales aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta y las zonas genitales no han alcanzado su función hegemónica. Sin embargo, aunque es autoerótica, implica a otras personas en calidad de objetos sexuales, pero no hay unificación en un objeto de amor. La organización pregenital –subdividida en fases oral, anal y fálica– desempeña un papel importante en las primeras identificaciones. Antes de la organización genital se produce un período de latencia, influido por el complejo de Edipo, en donde aparecen las barreras morales. En la organización genital parte de la pulsión es desviada del fin sexual y se busca un objeto de amor no incestuoso.

En “*Tres ensayos de teoría sexual*” (1905, pp. 166-176) describe la constitución del cuerpo erógeno en función de la primacía

de determinadas zonas y explica las formas en las que el niño se refiere a sus primeros objetos. Inicialmente describe las actividades orales o anales como actividades sexuales precoces, pero sin hablar propiamente de una organización. Este mundo pregenital es descrito como carente de organización y el objeto definido como parcial en tanto no se ha podido integrar en una totalidad.

Ahora bien, como hemos descrito, el cuerpo erógeno no surge espontáneamente en el niño, sino que la pulsión se instala desde otro. La madre implanta un mapa erógeno en el cuerpo del bebé, introduce la pulsión y origina en él unos enigmas que pone en movimiento todo un mundo fantasmático, un conjunto de actividades anárquicas y autoeróticas, gobernadas por la pulsión de muerte. Pulsión de muerte que, como vimos, constituye un intento de descarga total de la tensión. Pero también la madre contribuye a establecer conexiones, da pie a la pulsión de vida, a la tendencia a ligar lo anárquico, a producir representaciones, fantasmas que subyacen al autoerotismo, a la unificación del objeto de amor y del yo en una unidad narcisista.

Freud habla de fases que suponen una organización libidinal infantil. En 1913 en *“La predisposición a la neurosis obsesiva”* define la fase anal y en la edición de 1915 de *“Tres ensayos”* la fase oral. En *“La organización genital infantil”* (1923) describe la fase fálica y por último en 1938 en *“Esquema del psicoanálisis”*, publicada en 1940, habla de una última fase, la genital, que no se alcanza hasta la pubertad y que supone la organización final más allá de la cual no se producen modificaciones en la organización de la libido. Cada organización se centra en una forma específica de actividad sexual en función de una

zona erógena. Ahora bien, no se trata de fases que evolutivamente vayan sustituyéndose, sino que se van integrando unas en otras coexistiendo juntas (Freud, 1938, pp. 150-54).

La actividad sexual infantil tiene una organización diferente de la adulta, ya que no se centra en los genitales ni va encaminada al coito. Freud distingue diferentes fases en la evolución libidinal, que a su vez se subdividen en dos grandes períodos o etapas. La fase pregenital -oral y anal y la posterior fase fálica-, a la cual le sucede la metamorfosis de la pubertad, tras un período de “latencia”. En este último período, dice Freud (1905, pp. 160-62 y 182) se edifican los poderes anímicos contra la pulsión sexual que se van a emplear a favor de la cultura y de la normalidad psíquica, desviando su uso sexual y utilizándola para otros fines. Además de la atemperación de las metas sexuales, dejando como efecto la *corriente tierna* de la vida sexual, también las pulsiones se desvían hacia otros fines no sexuales, mediante la sublimación y la formación reactiva. Se produce también la amnesia de la sexualidad infantil como consecuencia de la represión que actúa sobre las pulsiones sexuales. “*La amnesia infantil convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir <<prehistórico>>, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual*” (Freud, 1905, p. 159).

Es el complejo de Edipo, la angustia de castración y la imposición de la prohibición del incesto lo que va a provocar esa amnesia infantil y el establecimiento de las instancias ideales que ayude a implantar los preceptos morales que excluyen la elección de parientes consanguíneos como objetos sexuales. Complejo nuclear,

constituyente y constitutivo de la relación con las figuras parentales y determinante en la elección posterior del objeto amoroso sustitutivo del incestuoso. Lo expondré más adelante.

Dentro de la evolución libidinal Freud, como he dicho, en su obra *“La organización genital infantil”* (1923b) reconoce dos etapas, la organización pregenital, esto es, previa a que las zonas genitales alcancen su papel hegemónico y la organización genital propiamente dicha. (1923b, p. 146). La primera se caracteriza por la prevalencia del falo. Con el desarrollo hormonal de la pubertad se accede a la organización genital, momento en que la estructuración del sujeto termina de ajustarse a los moldes de la diferencia sexual, de la masculinidad y feminidad.

Inicialmente Freud (1905, pp. 163-76) consideraba que la falta de organización de la sexualidad infantil era lo que la diferenciaba de la adulta, es decir, las pulsiones parciales son anárquicas y el niño sale de esta desorganización cuando se establece la primacía de la zona genital en la pubertad. Pero años después, en el agregado a *“Tres Ensayos”* realizado en 1915 (1905, pp. 179-80); en la *“21 conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”* (1916c, p. 298) y en *“La organización genital infantil”* (1923b, pp. 146-49) defiende que no sólo a la zona genital le corresponde el privilegio de organizar la libido. Introduce la noción de fase fálica y reconoce así, la existencia de una verdadera organización de la sexualidad en la infancia. Para ambos sexos tiene importancia un sólo genital, el masculino. Por tanto se trata de una primacía fálica, no genital. Fase en la que predomina la creencia en la universalidad del pene, esto es del falo, puesto que se

trata de una concepción teórica infantil, no de la realidad anatómica. Esta fase es común para niños y niñas y en ella se desconoce todavía la diferencia de los sexos.

Sin embargo, aunque se habla de fases, no se entiende que éstas tengan una delimitación temporal, en el sentido de que se sucedan desapareciendo la anterior. Cada fase viene a agregarse a la anterior, superponiéndose entre si y coexistiendo juntas. De forma que se establece un estado en el que se conservan muchas investiduras libidinales tempranas, otras son acogidas dentro de la función sexual como actos preparatorios y otras son excluidas, bien por represión o bien pasan a tener una aplicación diversa dentro del Yo, como constituir rasgos de carácter o contribuir a la sublimación por el desplazamiento respecto a la meta (Freud, 1940, p. 153) y, además, como ya indiqué¹¹⁰ las experiencias e impresiones o huellas mnémicas son modificadas, retroactivamente, en función de otras ulteriores, adquiriendo un nuevo sentido. La necesidad de dos tiempos en la constitución del trauma, la acometida en dos tiempos de la sexualidad, y el establecimiento de la prohibición del incesto contribuyen a ello. De modo que esa primera organización pregenital quedaría reconvertida e impregnada por la organización ulterior. Pero no se trata sólo de una consideración acumulativa y evolutiva, sino de un nuevo orden estructurante, una nueva escritura que altera lo anterior. O como sostiene Freud (1909a, p. 162) en “*A propósito de un caso de neurosis obsesiva*” el pasado solamente puede verse a la luz del presente.

¹¹⁰ Ver epígrafe 3.1.2.

La evolución libidinal compromete, además de a una zona erógena rectora, al predominio de un tipo de relación con el entorno. El punto final, al menos en teoría, de ese desarrollo es alcanzar el nivel genital de intercambio sexual recíproco y el reconocimiento del objeto total, heterosexual. Ahora bien, quiero recordar que la evolución de la libido, en lo que respecta a la elección de objeto es, en una primera etapa, autoerótica en el sentido que ya he expuesto en los epígrafes 3.1.8.3. a 3.2.3.1.1. Y, antes de llegar al reconocimiento del objeto total y a la elección del mismo como objeto de amor, se pasa por una fase intermedia, el narcisismo, en la que el individuo se toma a sí mismo como objeto de amor.

Este desarrollo libidinal tiene lugar a lo largo de un proceso en el que se va constituyendo no sólo la sexualidad humana, sino todo su desarrollo psíquico. Es decir, la construcción de la sexualidad humana es indisociable de la construcción de su propio psiquismo. Como hemos visto, no existe un objeto pre-establecido. Por el hecho de nacer con una anatomía y unos órganos sexuales determinados, no está definido cuál es el objeto que satisface la sexualidad ni, por supuesto, cuál es su objeto de amor. A través de la evolución psicosexual se va construyendo el objeto –no exento de componentes narcisistas-. Freud diferencia dos modos de organización de la libido, una infantil o pregenital, relacionado con una sexualidad fragmentada y no centrada en los genitales, un yo no constituido, una diversidad de objetos parciales y otra organización adulta o genital. Sólo en este segundo orden se

alcanza a comprender las diferentes funciones que cada sexo ha de cumplir en la reproducción.

Sin embargo, el primero va a contribuir a las identificaciones precoces, a erogenizar el cuerpo y las funciones vitales, a determinar rasgos de carácter y al tipo de funcionamiento psicosexual inconsciente y reprimido por efecto de las barreras impuestas por la interdicción del incesto. Tiempo prehistórico en la vida psíquica, sometido a la amnesia infantil, pero activo desde el inconsciente. Tiempo de constitución de los fantasmas originarios y tiempo primero, desde el punto de vista cronológico, pero modificado retrospectivamente por influencia de las instancias ideales.

4.1.1. La fase oral, determina un modo de organización de la vida sexual. Aunque es autoerótica alude también a un objeto pulsional y a un prototipo de relación de objeto. Contribuye a la formación del Yo y la de un objeto externo fantasmático. Constituye el momento donde se establecen las identificaciones más tempranas.

Un primer momento de la evolución libidinal lo constituye la fase oral. En ella la pulsión sexual se satisface apuntalada en la función vital de la nutrición, adquiriendo paulatinamente autonomía respecto

de ella. La necesidad de repetir dicha satisfacción sexual se separa de la necesidad de buscar alimento¹¹¹. Ya lo vimos al hablar de la experiencia de satisfacción, del origen del deseo y del objeto pulsional. Los destinos pulsionales, o defensas frente a la intromisión de la pulsión, expone Freud en “*Pulsiones y destinos de pulsión*” (1915, p. 122) son, además de la represión y la sublimación, la vuelta hacia la persona propia y la transformación en lo contrario. La fase oral es un tiempo, que podemos entender siguiendo a Laplanche (1970, pp. 16-37), de constitución del fantasma, del autoerotismo y de transformación de lo sufrido pasivamente en activo fantasmáticamente. Momento en que comienza a estructurarse el aparato psíquico. Se pierde el objeto de la autoconservación, -la leche- y se vincula por contigüidad con otro -el pecho fantaseado-. Se produce un deslizamiento de uno al otro. Es decir, la idea de que el hallazgo del objeto sea propiamente un reencuentro (Freud, 1905, p. 203) hay que entenderla cómo que lo que se reencuentra no es el objeto de la necesidad sino un sustituto. Y este nuevo objeto lleva componentes fantaseados, autoeróticos. Es decir, desde el punto de vista de la sexualidad el objeto es autoerótico, aunque no quiere decir que se carezca de interés por objetos externos (Freud, 1905, p. 174).

Si el fin de la función alimenticia es la ingestión, el de la sexualidad es la incorporación. Aquí entra en escena la fantasía. El hecho de que la sexualidad se apunte en funciones orgánicas hace que estas últimas puedan ser objeto de alteraciones por efecto de la represión y el conflicto sexual. Cuestión que Freud señala en este texto de “*Tres ensayos*” (1905, p. 165), y también recogerá más tarde en

¹¹¹ Ver epígrafe 3.1.8.2.

1910 en “*La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*”, y que debe hacernos pensar que también por el lado de la madre, tanto su propio cuerpo como el del hijo están impregnados de significados sexuales reprimidos. Por tanto, nutrir y ser alimentado no son meras actividades relativas a funciones fisiológicas, exentas de fantasías y de conflicto. Desde el origen, en todo ser humano se instala una sexualidad conflictiva que baña e inunda todo el cuerpo y todas las funciones orgánicas. La sexualidad infantil se caracteriza por el hecho de que no hay separación respecto a las actividades o funciones de autoconservación.

La actividad nutricia marca el tono y la voracidad de la relación de objeto propia de esta fase. Para el niño la experiencia de comer algo encuentra en el fantasma su traducción inversa: ser comido, bien por la madre o por el padre. En esta etapa la modalidad del amor es compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado y puede denominarse ambivalente. Entiendo que Freud está explicando que sujeto y objeto son intercambiables. No hay separación.

La meta sexual, dice Freud en “*Tres ensayos*” es la incorporación del objeto (1905, p. 180). Incorporación que implica también, fantasmáticamente, el introducir y guardar, de un modo más o menos fantasmático, el objeto pulsional dentro del propio cuerpo y tiene, además, la significación de asimilar cualidades del objeto, conservándolo dentro de uno mismo.

Se hace pasar, fantasmáticamente, de “fuera” a “adentro” los objetos y sus cualidades. Constituye el paradigma de la identificación que Freud elabora en el mito de la devoración del padre prehistórico (1913a, pp. 85 y 143-44). Sobre esta incorporación se asienta la identificación primaria forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto tal y como ya explique¹¹². O como en 1917 dice Freud en *“Duelo y melancolía”*: *“la identificación es la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto. Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibállica del desarrollo libidinal”* (1917b, p. 247). Identificación en la que no hay separación entre el Yo y el objeto.

Freud en *“Psicología de las masas y análisis del yo”* (1921, pp. 99-100) al hablar de la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con el otro distingue entre la identificación y la elección de objeto. En el primer caso, dice, la identificación es directa e inmediata. Se refiere a lo que uno “querría ser”, mientras que la elección remite a lo que uno “querría tener”. Identificarse con su objeto, desear lo que el objeto desea. Sobre esta identificación primaria se instalarán las posteriores identificaciones. El niño o la niña querrían ser en todo como la madre, esto es, ser madre. Pero en esta primera identificación con la madre, recordémoslo, no supone todavía una distinción de ella. Se identifica con ella, incorpora y hace suyos rasgos de ella. Identificación no carente de conflictividad y que permitirá el ponerse en el lugar del otro, ver fantasmáticamente

¹¹² Ver epígrafe 3.2.3.1.2.

por los ojos del otro, suponerle deseos y sentimientos similares a los propios.

En este primer momento de la vida del recién nacido, la madre fija su atención en determinadas zonas del cuerpo del hijo que constituyen puntos de interés y cuidados prioritarios pero, también, totaliza al niño en tanto que lo ve como una unidad, como un ser amado al que le supone unas necesidades, una intencionalidad y unos deseos. Lo ve no sólo como un organismo biológico, sino como un individuo psicológico. Liga lo que previamente había sido desligado con sus cuidados. Contribuye a constituir esa imagen amada y unificada por el propio niño, el narcisismo primario, el Yo ideal.

La boca constituye una zona de intercambios no sólo biológicos, sino también de interrelación con la madre. Zona de cuidados maternos, pero también zonas que comprometen las fantasías de la madre concitadas ahora en relación al hijo.

La etapa oral está relacionada con la pérdida originaria del objeto de la necesidad y la intromisión de la pulsión. Experiencia traumática que lleva al intento de desembarazarse de esa tensión inmetabolizable, pero también a buscar objetos sustitutos con los que buscar la satisfacción pulsional. Pero una búsqueda de objetos que pueden ser sustituidos por otros con los que están en continuidad o contigüidad y cuya única condición es estar fantasmáticamente vinculados todos al autoerotismo, al ejercicio pulsional directo. Es una fase ambivalente y no exenta de conflicto.

Del objeto vital –leche- se pasa al objeto sexual –el pecho-, pero también de la succión al chupeteo, es decir al autoerotismo, o de la función alimenticia a la función sexual. El objeto está embebido de fantasía, -es un objeto fantaseado-, puede ser los labios, el pulgar, cualquier otra parte del propio cuerpo o un objeto externo. Y el fin también se ha visto alterado puesto que ya no es la ingestión sino la incorporación y la identificación. Hay dos movimientos el de desviación, que permite pasar de un objeto a otro conexo y de un fin a otro, y el de la vuelta hacia uno mismo, que posibilita la fantasía. Las funciones vitales están en íntima conexión con la sexualidad en este estadio.

Esta primera fase de la evolución libidinal conforma la identificación más temprana de niños y niñas y los primeros rasgos de su carácter. Está en íntima relación con el autoerotismo, su represión y con la construcción del narcisismo primario. Momento en que se instaura la imagen, amada y cargada de potencial energético, un Yo ideal en posesión de todas las perfecciones, como la madre. Ser como ella, dotada de toda su omnipotencia y cualidades -entre ellas la cualidad de ser madre-, constituye la primera forma de relación con el objeto, anterior a la investidura de objeto. Se trata de una primera y elemental forma de estructuración psíquica, de dominar y ligar el mundo pulsional pero no hay un sujeto separado y diferenciado de la madre. No hay distinción

entre el Yo, recién constituido, y un objeto externo. Pero sí sustrato para el mundo fantasmático.

4.1.2. En la fase anal, también autoerótica, la relación de objeto está impregnada de significaciones ligadas a la función de la defecación y al valor simbólico de las heces. Éstas se representan como un objeto separable del cuerpo y como algo valioso que puede ser retenido o regalado por amor. La corriente pasiva de esta fase pregenital y la sensibilidad de la zona cloacal contribuirá a la receptividad femenina y a erogenizar la vagina de la niña.

La fase anal es descrita por Freud en las secciones 4 y 6 en el segundo de los *“Tres Ensayos”*, en *“La predisposición a la neurosis obsesiva”* (1913) y también entre 1915 y 1917 en la 21ª de las *“Conferencias de introducción al psicoanálisis”*.

Freud (1905, pp. 168-70) señala cómo la zona anal es apta para proporcionar el apuntalamiento de la sexualidad en otra función corporal. Se pueden experimentar dos sensaciones casi simultáneas, tensión y placer, pero también de aceptar o rehusar hacer uso de la función excrementicia cuando la persona encargada de la crianza lo desee. Las heces son apreciadas como una parte de su cuerpo de la que

no le resulta fácil separarse. Y si lo hace es como forma de expresar obediencia, amor. Cabe la posibilidad de fantasear un objeto como separable, pero también como intercambiable.

“El contenido de los intestinos, que, en calidad de cuerpo estimulador, se comporta respecto de una mucosa sexualmente sensible como el precursor de otro órgano destinado a entrar en acción sólo después de la fase de la infancia, tiene para el lactante todavía otros importantes significados. Evidentemente lo trata como a una parte de su propio cuerpo, representa el primer <<regalo>> por medio del cual el pequeño ser puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo. A partir de este significado de <<regalo>> más tarde cobra el de <<hijo>>, el cual, según una de las teorías sexuales infantiles, se adquiere por la comida y es dado a luz por el intestino” (Freud, 1905, p. 169).

Freud expone, además de las teorías oral y cloacal sobre el origen y nacimiento de los bebés, el valor simbólico de las heces y, cómo los niños adquieren la noción e imagen de una parte del propio cuerpo como separable y precursora de otro órgano, del pene. Cuestión que abordará más detenidamente en su artículo *“Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”* (1917, pp. 117-123) y en el historial del hombre de los lobos escrito en 1914, pero publicado en 1918 bajo el título *“De la historia de una neurosis infantil”* (1918, pp. 75-78).

Si en la fase anterior la polaridad fundamental se expresaba en términos de sujeto-objeto en ésta:

“Se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero no se puede hablar todavía de masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo. La actividad

es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden” (Freud, 1905, p. 180).

Esta división de opuestos que atraviesa la vida sexual no puede entenderse todavía como masculino-femenino, puesto que el niño desconoce la diferencia sexual.

Ahora bien, Freud en la “21ª Conferencia: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales” afirma que la corriente pasiva –libido de meta pasiva- es alimentada por el erotismo oral y, sobretodo, por el anal (1916c, p. 298). Por otra parte, ya había señalado en “*La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*” que la sensibilidad de la vagina deriva de esta corriente pasiva y de la erogeneidad de la cloaca (1913, p. 345). Cuestión que vuelve a plantear en “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” (1917). De modo que niños y niñas tendría un conocimiento de la vagina derivado de la excitabilidad y sensibilidad anal y asociada a la cavidad del intestino. En palabras de Freud:

“El nexo entre el pene y el tubo de mucosa llenado y excitado por él encuentra ya su prototipo en la fase pregenital, sádico-anal. El bolo fecal –o el <<palo de caca>>, según la expresión de un paciente- es por así decir el primer pene, y la mucosa excitada es la del recto. Hay personas cuyo erotismo anal ha permanecido intenso e inmutado hasta la época de la prepubertad (diez a doce años); en ellas se averigua que ya durante esta fase pregenital había desarrollado, en fantasías y juguetes perversos, una organización análoga a la genital en que pene y vagina

estaban subrogados por el palo de caca y el intestino” (Freud, 1917, p. 121).

Y un poco más adelante explica: *“Si luego en la investigación sexual se averigua que el hijo ha nacido del intestino, él pasará a ser el principal heredero del erotismo anal, pero el predecesor del hijo había sido el pene, tanta en este como en aquel sentido”*. Es decir, Freud, por una parte, hace derivar la sensibilidad vaginal del erotismo cloacal receptivo y el hijo sería el heredero de un pene interno que excita la mucosa¹¹³, pero no habría una veraz diferenciación sexual y, por otra, Freud menciona el valor del fantasma; es decir, no se trata sólo de la excitabilidad biológica, sino de los fantasmas que transforman las heces en regalo, en pene o en hijo, el intestino en cavidad para alojar a un hijo, etc.

Ahora bien, las pulsiones parciales, tanto en la etapa oral como en la anal, apuntan o muestran componentes que envuelven a otras personas en calidad de objetos sexuales (Freud, 1905, p. 174 y 1915, pp. 122-28). *“El trato con la persona que lo cuida es para él fuente constante de excitación y satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas”* dirá Freud (1905, p. 203). Es decir, las pulsiones parciales apuntan a otras personas en calidad de objetos sexuales tal y como expuse en el epígrafe 3.1.8. sobre la noción de objeto. Hablar de objeto de amor alude al aspecto anímico de las aspiraciones sexuales y hallar el objeto es un proceso bastante complejo que se culmina en el Edipo.

¹¹³ Sin embargo en *“La feminidad”* (1933b, p. 119) el hijo es heredero de un pene externo envidiado

La pulsión de ver y la de saber también se despiertan con fuerza en esta fase (Freud, 1905, p. 174; 1913, p. 344; 1916b, p. 289 y 1916c, p. 298) como una forma de sublimación de la pulsión de apoderamiento. Se despierta el interés por mostrar sus genitales (Freud, 1900, pp. 254-55 y 1909b, pp. 18-19), ver a los otros llevando a cabo sus funciones excrementicias o interesándose por los genitales en tanto órganos relacionados con la emisión de orina (Freud, 1905, p. 175 y 1909b, pp. 8-20). Y en estas investigaciones percibe la diferencia anatómica sexual, que tantas consecuencias tendrá para su posterior desarrollo y que abordaremos más adelante.

En resumen, el objeto en esta fase de la organización es todavía parcial y no está escindido plenamente del de la autoconservación. El fin no es exclusivo y es inseparable de un tipo de actividad que no es real sino fantaseada: retener, expulsar, dominar.

Se establece una modalidad de vinculación fantasmática que implica no sólo la destrucción del objeto por la ingestión, sino la posibilidad de retener lo que había sido ingerido. Se podría hablar de incorporación oral, pero también de incorporación, recepción y retención anal. También supone una forma de intercambio de objetos parciales que se dan o se retienen.

Esta segunda fase de la organización pregenital contribuye a las primeras identificaciones, a la conformación del

narcisismo primario y al establecimiento de cualidades del carácter. Se pueden, por tanto, adquirir rasgos que tengan que ver con posiciones de género, pero todavía no se distingue la diferencia sexual. La corriente libidinal pasiva será utilizada posteriormente por la niña en la búsqueda del placer por una vía receptiva y en la erogenización de la vagina: meta libidinal pasiva que adquirirá una extraordinaria importancia en la configuración del objeto de amor de la niña y en el deseo de recibir un hijo.

A la actividad de la defecación se le unen valores simbólicos de donación y de rechazo. Las heces constituyen una parte valiosa, separable del cuerpo. Pero también representan un objeto que se da o se retiene. De aquí va a surgir la equivalencia simbólica que iguala heces, hijo y regalo –algo que se pide, se ofrece, se niega como expresión de amor o desamor- pero también la que permite prefigurar una parte del cuerpo como separable; es decir, la que posibilitará la asociación entre pene y heces y ambos con la castración.

4.1.3. La fase fálica-genital centra la vida sexual infantil en los órganos genitales: el pene para el niño y el clítoris para la niña. Ambos órganos son equivalentes –activos y masculinos- en tanto que zona erógena rectora. Solo hay una representación de la diferencia sexual, el falo. De modo que

no existe la oposición masculino-femenino, sino fálico-castrado. Se produce la unificación del objeto de amor que confluye en los deseos edípicos y la interdicción del incesto.

En 1923 Freud describe por primera vez la última fase del desarrollo libidinal infantil, en su artículo *“La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad”*. En 1924 incorpora a los *“Tres ensayos”* una nota a pie de página (Freud, 1905, p. 181) que implica una revisión a lo escrito en las ediciones anteriores. En este mismo año trata también el tema en *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* (1924a) y, un año después, en *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos”* (1925b).

La actividad sexual autoerótica descrita hasta ahora es para niños y niñas de carácter activo, masculino, según expuse en el epígrafe 4. *“La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino”* dice Freud (1905, p. 200) y un poco más adelante *“en la niña la zona erógena rectora se sitúa sin duda en el clítoris, y es por tanto homóloga a la zona genital masculina, el glande”* (p. 201). Freud está hablando de la función libidinal que desempeña tanto el pene como el clítoris y, a ambos, los califica de órganos activos, masculinos. Entiendo que no se está refiriendo al órgano anatómico, sino a la idéntica función rectora que ambos genitales, a pesar de ser

diferentes, desempeñan para niños y niñas¹¹⁴. En ese sentido considera que se trata de la existencia de único órgano, en tanto que se trata de una única zona erógena. Sin embargo, y como veremos, la percepción de la diferencia anatómica en otro ser semejante, marca un momento clave para el desarrollo psicosexual de ambos.

Las pulsiones sexuales se unifican en torno a la zona genital, aunque, como hemos visto, aún no se reconoce la diferencia de los sexos. Sólo un único genital es el que cuenta para ambos sexos, el masculino. Por lo tanto, y es lo que sostiene Freud en 1923 en “*La organización genital infantil*” (1923b, p. 146), en estricto sentido, hay que hablar de fase fálica u organización genital infantil. Esto es, estamos todavía dentro de una organización pregenital propiamente dicha, puesto que no se perciben los genitales, sino exclusivamente el masculino. Dicho de otra forma, es una forma de organización de la sexualidad, diferente a la del adulto. Freud la denomina fase fálica. No se trata de una primacía genital, sino de la primacía del falo (Freud, 1923b, p. 146 y 1940, p. 152). El primado del falo no es el de un órgano, sino de una creencia del niño en esta fase¹¹⁵.

¹¹⁴ Pero recordemos que no se trata sólo de la anatomía, de la función fisiológica o del grado mayor o menor de desarrollo embriológico, se trata del campo del fantasma.

¹¹⁵ Será Lacan (1958, pp. 279-289) en la conferencia pronunciada el 9 de mayo de 1958 “*La significación del falo*” y en su “*Seminario 5. Las formaciones del Inconsciente*” de 1957/58 el que desarrollará el concepto de falo evidenciando la diferencia entre el órgano anatómico, el falo imaginario y el simbólico, al establecer su nuevo esquema tópico. Sostiene que el falo no es un objeto –parcial, interno, bueno o malo–, ni una fantasía y menos aún el órgano que simboliza. Lo entiende como un significante.

La diferenciación sexual, en esta etapa, es establecida por la oposición entre fálico o no fálico. Sin lugar a dudas, los niños han percibido diferencias entre hombres y mujeres, pero no lo atribuyen a la diferencia de sus genitales, sino que suponen que todos los seres vivos poseen un genital igual al suyo. Ambos, niños y niñas, desconocen la existencia de la vagina. Y cuando descubren la diferencia anatómica, se empieza a entender, clasificar y simbolizar la realidad en estos mismos términos: fálico o no fálico. Freud en *“Análisis de la fobia de un niño de cinco años”* explica cómo el niño a las cosas inanimadas, los seres vivos, humanos y animales, les atribuye una forma análoga a su miembro (Freud, 1909b, p. 10). El par antitético, activo-pasivo que predominaba en la fase anterior, se transforma ahora en un nuevo par, fálico-no fálico. No se ha accedido todavía a la oposición masculino-femenino.

El interés de los niños se centra ahora en esta parte suya del cuerpo, tan preciada y tan excitable. Se despierta su curiosidad sexual y su esfuerzo investigador. En el curso de sus indagaciones, de su curiosidad e interés por las funciones excretoras, llegan a sospechar que hay algo distinto, o bien, a observar los genitales del otro sexo. La diferencia anatómica se les presenta como un enigma. Sin embargo, el varón se niega a reconocer la falta de pene¹¹⁶. A pesar de todo, los niños creen verlo. Concilian la contradicción entre lo observado y el prejuicio, con la idea de que el pene de la niña es aún pequeño y le va a

¹¹⁶ Freud no se está refiriendo propiamente al pene o a la percepción de “no pene”, ya que la ausencia no se percibe. Sino a una teorización previa –un prejuicio- acerca de la existencia ineludible de algo. Si se percibe una ausencia es porque hay una teoría sobre lo que debía haber en lugar de la ausencia. Esto es, se trata del falo. Por ello, además, habla de fase fálica y no de fase peneana.

crecer (1909b, p. 12). Finalmente llegan a la conclusión de que la niña lo tuvo y se lo quitaron. Aportan una solución al enigma y conciben la falta de pene como el resultado de una castración¹¹⁷. El niño se ve confrontado a la Ley que prohíbe el incesto y a la posibilidad de su propia castración. Es decir la oposición fálico-no fálico, caracterizada por la oposición presencia-ausencia puramente lógica, pasa a una oposición derivada de la vida pulsional, de la experiencia afectiva, de la angustia que se enlaza a la percepción de una ausencia donde se esperaba debería haber algo. La oposición es ahora entre fálico-castrado. En el caso de la niña la reacción es diferente.

Aunque Freud ya había señalado en 1924 en su obra *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* que también a la niña hay que atribuirle una organización fálica y un complejo de castración¹¹⁸, sin embargo afirma que las cosas no suceden de igual manera para ella que para el varón (1924a, p. 185). En *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”* (1925b) Freud describe los efectos que la percepción de la diferencia de órganos genitales produce

¹¹⁷ La castración no es sólo el efecto de una percepción, es también una explicación a un fenómeno observado: la heterogeneidad o la diferencia, pero relacionada con una amenaza y una ley. Elaborar una teoría explicativa exige algo más que la mera percepción. Por otra parte, negarse a percibir una ausencia obliga a pensar en una razón que justifique ese no querer saber nada de lo que se ha percibido. Es decir, alude a *algo* que pueda constituir una amenaza o que despierte angustia. No se trata sólo de un problema perceptivo.

¹¹⁸ Es cierto que Freud (1908a, pp. 193-94) busca apoyo en la anatomía real para justificar la analogía pene=clitoris que explica la teorización infantil de la presencia del falo en la mujer, o para justificar la bisexualidad (1933b, p. 105). Esto dio lugar durante mucho tiempo, no sólo a severas críticas de las feministas, sino también, al intento de buscar el apoyo de la fisiología o la anatomía de dichas tesis. Pareciera que el hecho de que Freud descubra las concepciones infantiles acerca de la organización fálica infantil supusiera que Freud, como adulto, sostuviera la misma tesis infantil. Él está defendiendo la existencia de una teoría infantil.

en la niña. El tiempo que este reconocimiento implica, los efectos y la conclusión en términos de diferencia sexual es distinto para ella que para el niño. Freud (1925b, p. 275) dice: “*Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último*”. Establece el nexo entre el complejo de Edipo y el de castración, mostrando la oposición fundamental entre los dos sexos. En la niña se producirá la envidia de ese falo ausente en su cuerpo y determinará una serie de cambios que permitirán inhibir esa masculinidad originaria y promover la feminidad y el deseo de un hijo (Freud, 1925b, p. 272-75).

Ahora bien, si las oposiciones anteriores son excluyentes, esto es sujeto-objeto, activo-pasivo, la tercera de estas polaridades la de fálico-castrado nos introduce en la lógica de la inclusión, falo no es igual a no castrado. Se establece una estructura radicalmente diferente. Se constituye una alternativa en la cual el sujeto no puede ocupar ningún lugar que le permita eludir la castración. Ambos, niños y niñas están concernidos, si bien de diferente forma, por esa Ley que prohíbe el incesto, por esa estructura que organiza la sexualidad humana.

De otro lado, Freud en “*Tres ensayos*” (1905, p. 181) y en “*La organización genital infantil*” (1923b, p. 145) menciona cómo en esta fase fálica tiene lugar una elección de objeto sexual, es decir todas las tendencias y los afanes sexuales del niño se dirigen y convergen en una sola persona buscando en ella su satisfacción. El complejo de Edipo no se refiere sólo a una relación afectiva (amor, odio, celos,...). Freud aún la sexualidad y los sentimientos por el objeto. En el Edipo converge el objeto sexual y el objeto de amor –o de odio. Lo único que

diferencia la sexualidad infantil de la conformación definitiva de la vida sexual que se presentará después de la pubertad, es la unificación de las pulsiones sexuales parciales y su subordinación al primado de los genitales. La instauración de ese primado al servicio de la reproducción sexual (Freud, 1923b, pp. 145-46).

Es decir, Freud se está refiriendo a una sexualidad que todavía no está plenamente integrada sino fragmentada. Está hablando de cómo el objeto ligado a la pulsión, a esa sexualidad fragmentada, es también parcial y tiene un carácter separable y puede ser objeto de intercambios –como explica Freud en 1917 en el artículo “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*”-. El pene, como el pecho, las heces o el hijo, es un objeto parcial del que se puede privar a alguien, que se puede perder por castración, se puede regalar por amor o puede adquirirse tardíamente. Freud descubre en el “*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*” (1909) el complejo de castración como una forma infantil de simbolizar la diferencia sexual.

Complejo de Edipo, percepción de la diferencia anatómica, complejo de castración (en el varón) o envidia de pene (en la mujer) – amenaza o castigo frente a la prohibición del incesto- son tres fenómenos que confluyen en esta etapa y son definitorios en el desarrollo psicosexual del ser humano, y por supuesto, en la posición sexual que ambos adopten. Cuestiones que han de abordarse más detenidamente.

En síntesis, el niño accede a este estadio en el que cobran importancia sus genitales. El interés se centra en esa parte suya, tan preciada y excitable. Los órganos genitales pasan a ocupar el primer plano. Ahora bien, Freud considera que pene y clítoris son equivalentes no en lo anatómico sino en que ambos se constituyen en zona erógena predominante. Ambos son órganos aprehendidos en la experiencia de la masturbación activa, masculina. Se trata de una fase fálica que habla de un placer localizado en un órgano: pene o clítoris y la creencia en que todos los seres tienen un órgano similar. El florecimiento de la sexualidad infantil se realiza bajo la “primacía del falo”.

Al descubrir la diferencia anatómico-sexual, ésta es interpretada no en términos de masculino o femenino, sino en términos de genital masculino o castrado. No existe un atributo positivo que defina al sexo femenino, sino la ausencia del órgano masculino. El falo es un elemento clasificatorio. Su ausencia despierta angustia porque está relacionada con los fantasmas incestuosos prohibidos y con el castigo subsiguiente. Las reacciones que este descubrimiento provoca no son las mismas en el niño que en la niña. Se trata de un momento clave en el desarrollo psicosexual de ambos.

También en esta fase, los deseos amorosos –y los hostiles- coinciden en una persona, la madre, desembocando en el complejo de Edipo. Es decir, confluyen en esta etapa tres elementos trascendentales: la percepción de la diferencia

anatómica, los deseos edípicos y el complejo castración, en el caso del varón, o la envidia de pene en la niña. Complejo de castración o envidia de pene que sólo podemos entenderla si la concebimos como una forma infantil de simbolizar y hacer inteligible la diferencia sexual anatómica en relación con una ley que prohíbe el incesto y si partimos del carácter separable e intercambiable del objeto parcial pene. La normalidad de la vida sexual será fruto de un largo desarrollo en el que convergen estos elementos. Ubicarse en una posición femenina que permita el acceso a la sexualidad y a la maternidad exige un largo y difícil trayecto regulado por la cultura.

4.1.3.1. El complejo de Edipo –en sus versiones positiva y negativa- articulado con la percepción de la diferencia anatómica e interdicción del incesto produce un efecto organizador del psiquismo y de las relaciones. El sujeto se ubica en una posición deseante eligiendo un objeto de amor en virtud de su historia y experiencias. La satisfacción de las pulsiones sexuales queda regulada y no regida exclusivamente por el placer. La sexualidad no es un mero instinto al servicio de la reproducción ni el hijo un producto natural derivado del coito. El deseo y las relaciones paterno-filiales pasan a estar reguladas. De modo que las tendencias incestuosas, las parricidas y las filicidas quedan prohibidas, pero no dejan de existir en el

Al descubrimiento del complejo de Edipo llega Freud por varios caminos. *En primer lugar* a partir del trabajo clínico con sus pacientes neuróticos. Freud descubre que el progenitor es un seductor que ama a su hija con un amor sexual. Como expresa Laplanche (1969-70, p. 150) descubre el complejo de Edipo de manera inversa: los sentimientos de los padres hacia los hijos. Después, vislumbra los deseos hostiles hacia los progenitores. Así, por ejemplo, en el Manuscrito N anexo a la carta 64 dirigida a Fliess (Freud, 1897b, p. 296) aparece el primer atisbo del complejo de Edipo. Y en la carta 69 también dirigida a Fliess (Freud, 1897c, p. 301), le comunica que ha dejado de creen en la teoría de la seducción como explicativa de la neurosis. A partir de ahí se plantea que quizá no se trate de una seducción real, sino de una fantasía de sus pacientes. Aunque, como ya vimos¹¹⁹, la realidad psíquica no tiene un valor inferior y produce efectos, entre ellos, todos los síntomas que había estado investigando. Una vez descubierto que no se trata de hechos reales, lo que cabe es buscar una explicación acerca de esas fantasías que tomaban a los padres como protagonistas (Freud, 1916d, pp. 334-38).

Otra vía de acceso fue para Freud su propio autoanálisis. En la carta 70 (Freud, 1897d, pp. 303-04) y con toda nitidez en la 71 (Freud, 1897e, p. 307) podemos conocer cómo se va encontrando con sus propios sentimientos edípicos, a los que considera como un suceso

¹¹⁹ Ver epígrafe 3.1.6 y 3.1.7

universal que acontece en la temprana niñez. Freud descubre sus tendencias y sus mociones pulsionales hostiles y tiernas hacia los padres.

En tercer lugar, mediante el análisis de la literatura y de los sueños. En “La interpretación de los sueños” (Freud, 1900, pp. 258-76) al hablar de los sueños típicos, como el sueño de muerte hacia personas queridas, expone específicamente los deseos infantiles incestuosos hacia uno de los padres, apoyándose en la saga de Edipo Rey y en el drama de Sófocles del mismo nombre y considerándolo como un fenómeno normal en los niños (pp. 269-70) pero también presente en los sueños de los adultos (p. 400 nota 60 agregada en 1911) que expresan la envidia hacia el hijo y los deseos filicidas de ambos progenitores (1900, pp. 170-72; 258-59, 266 y 552)

La primera vez que utiliza los términos “complejo de Edipo” en una obra publicada fue en 1910 en el texto titulado “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)*” (Freud, 1910, p. 164). Sin embargo no existe un texto en el que haga una exposición sistemática de este complejo.

Freud en el apartado sobre el hallazgo del objeto, del segundo de sus “*Tres ensayos*”, explica cómo la madre toma al hijo como un objeto “*lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho*” (Freud, 1905, p. 203). El niño accede a la sexualidad a través de la seducción de la madre¹²⁰.

¹²⁰ Cuestión que toca también en 1910 en “*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*” (1910c, p. 109).

Seducción inconsciente de la que la propia madre, nos lo advierte Freud, se horrorizaría si se le esclareciera sus orígenes y efectos. Es decir, el hijo, tomando en consideración el Edipo de la madre y como veremos más adelante, es un objeto sustituto susceptible de ser intercambiado, derivado de su envidia de pene. Es un objeto para la madre. Está ubicado en posición de falo equivalente al pene inconscientemente deseado por ella en virtud de su propio Edipo.

De modo que el trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, de esas zonas de apertura entre lo externo e interno, que son también lugares de interrelación y foco de atención de los cuidados maternos. La madre, como acabamos de ver, dirige sobre el niño sentimientos que brotan a su vez de su vida sexual. Pues bien, también en esta última obra Freud (1905, pp. 181-82 y 205) expone cómo el conjunto de los afanes sexuales del niño se dirigen a una única persona y en ella quieren alcanzar su meta. De forma que lo más natural es que el niño escoja por objeto sexual a la persona a quien ama desde su infancia.

Al comienzo, en esa primitiva fase oral, la identificación es la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, constata Freud en *“Psicología de las masas y análisis del yo”* (1921, p. 99), siendo imposible distinguirla de la investidura de objeto¹²¹. Estas primeras identificaciones son universales y duraderas. El “yo

¹²¹ Freud (1921, p. 100) diferencia entre identificación (“lo que uno querría ser”) de investidura (“lo que uno querría tener”). De suerte que en esa primera identificación el niño querría ser el objeto de deseo de la madre, el objeto de intercambio, el objeto regalado, etc. Pero el niño no es todavía un sujeto sino un objeto.

ideal” proviene de esta primera identificación con ambos progenitores¹²². Es una identificación directa e inmediata, no mediada, más temprana que cualquier investidura de objeto (1921, pp. 99-100)

Ahora bien, también se desarrolla una investidura de objeto hacia la madre que tiene su origen en el pecho materno y muestra un tipo de elección de objeto por apuntalamiento, dirá Freud en *“El yo y el ello”* (1923, p. 33). He hablado de ello. El niño se apodera del padre por identificación, toma al padre como su ideal, querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Esto transcurre así por un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí, hasta que por el refuerzo de los deseos sexuales hacia su madre y, por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, surge el complejo de Edipo normal o positivo. La identificación-padre toma una tonalidad hostil y se transforma en un deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto a la madre. Se produce una actitud ambivalente hacia el padre y una postura tierna hacia la madre (Freud, 1921, pp. 99-100 y 1923, pp. 33-34).

El complejo de Edipo se descubre primero en su forma simple y positiva, pero Freud (1923, pp. 34-35) hace observar, que esa forma no es más que una simplificación o esquematización. También puede producirse que se tome por objeto al padre en una actitud femenina y se espere de él la satisfacción de las pulsiones sexuales. Es decir, el complejo edípico es doble, positivo y negativo, en función de la bisexualidad originaria del niño.

¹²² Ver epígrafe 3.2.3.1.2.

Un año después en “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” afirma:

“El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando. En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas; pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano. No tuvo aún ocasión alguna para dudar de que la mujer posee un pene. Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo” (Freud, 1924a, p. 184).

Durante la fase fálica el complejo de Edipo alcanza su acmé y lo que en el niño lleva a pique este complejo es la amenaza de castración. Desaparecen las dos modalidades del complejo de Edipo: la directa y la invertida. Queda prohibida toda posibilidad de realización edípica. En esta última obra Freud (1924a, pp. 182-84) matiza que no es esta amenaza exclusivamente la que cobra visos de realidad, sino su articulación con la percepción de la diferencia sexual anatómica; es decir, cuando se le hace representable la pérdida del propio pene, y sobretudo, a raíz de la aceptación de la castración de la madre. El niño, haya sido o no explícitamente objeto de dicha amenaza, la hace suya bajo su conocimiento de que el fantasma incestuoso que subyace a la satisfacción autoerótica está prohibida y bajo la impresión del descubrimiento de la falta en la niña.

“La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niñita, y no puede menos que convencerse de la falta de pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad” (Freud, 1924a, p. 183).

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, el niño entra inexcusablemente en un conflicto entre el interés narcisista por esa parte suya del cuerpo y la investidura libidinal de los objetos parentales. El niño se aparta del complejo de Edipo en tanto triunfa el interés narcisista por la integridad corporal; es decir, se inclina finalmente por la renuncia al goce incestuoso y protege narcisistamente su propio pene. Finaliza esta primera etapa y se inicia el período de latencia; como consecuencia las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificaciones. Se configura el Superyo y la prohibición del incesto se incorpora al propio aparato psíquico¹²³. Se interioriza además del mensaje “así como el padre debes ser”, la prohibición “así como el padre no te es lícito ser” y el propio Yo del niño también se ve alterado por estas identificaciones padre-madre. El Yo queda alterado al erigirse el Superyo dentro de él.

Ahora bien,

“Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente acontezca con toda transposición en

¹²³ Ver epígrafes 3.2.3.1.2. y 3.2.4.

identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. Con ello se inicia el periodo de latencia que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño” (Freud, 1924a, p. 184).

Pero también explica que esto sólo puede producirse idealmente y que siempre quedan restos de estos primeros deseos incestuosos, si bien matizados o repudiados por las barreras que se han interpuesto por mediación del Superyo e Ideal del Yo (Freud, 1924a, p. 184-85). De modo, que una buena resolución del complejo de Edipo garantiza cierto grado de normalidad psíquica, si bien nunca es nítida la frontera que separa lo normal de lo patológico. O, como había dicho varios años antes, *“ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo de su influencia”* (Freud, 1905, p. 208)¹²⁴.

Es menester señalar cómo Freud en el descubrimiento del Edipo oscila entre la idea de un complejo que antecede al niño y que se expresaría en los deseos sexuales de los padres hacia el hijo (es decir, en la seducción perversa paterna, o bien, en la seducción inconsciente materna) y la idea de un complejo de Edipo surgiendo del niño hacia los padres¹²⁵. Así, por ejemplo, en *“Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”* Freud dice: *“Aún en la más dichosa pareja joven, el padre siente que el hijo, en particular el varoncito, se ha convertido en su*

¹²⁴ Ver epígrafes 3.1.5. relativo a los dos principios de funcionamiento psíquico y los epígrafes 3.1.8.3 y 3.1.8.3.1. referidos a la elección del objeto de amor.

¹²⁵ El abandono de la teoría de la seducción originaria, como hace ver Gutiérrez Terrazas (2002, pp. 53-57), repercute en la conceptualización del Edipo, el cual va a ser pensado bien surgiendo espontáneamente del hijo hacia los padres o bajo unos esquemas universales de orden antropológico, transmitidos filogenéticamente.

competidor, y de ahí arranca una enemistad con el preferido, de profundas raíces en lo inconsciente” (1910c, p. 109).

En “*Tótem y Tabú*” (1913a, p. 143-145) sostiene la tesis de que la historia individual de cada sujeto es repetición de la historia de la humanidad. Y el origen de esta última estaría en el mito de la rebelión de los hijos contra el padre tiránico que se apoderaba de todas las hembras deshaciéndose de ellos en tanto que posibles rivales. Tras el asesinato y devoración de este padre despótico –pero también amado- se produce el arrepentimiento y la creación de un nuevo orden social instaurado sobre la exogamia (la renuncia a la posesión de las mujeres del clan) y el totemismo basado en la prohibición del asesinato del sustituto del padre, del tótem. El padre muerto se vuelve, de esta manera, más fuerte de lo que lo fuera en vida. La religión, la cultura, las limitaciones éticas tendrían aquí su origen. El complejo de Edipo, sería la expresión de dos deseos reprimidos: el incestuoso y el asesino. Se trata de un universal puesto que traduce las dos grandes prohibiciones fundamento de la cultura. Toda sociedad nace de ese deseo de magnicidio, que conlleva la sanción y la reconciliación con la imagen del padre, y que permite la interiorización de la autoridad en la conciencia y la represión de los deseos incestuosos y hostiles puestos, ahora, al servicio de la cultura.

El mito del Edipo no hace más que recoger lo que está instaurado estructuralmente en todo ser humano y ha sido transmitido por sus padres. El triángulo edípico incluye a su vez la red de triángulos previos relativos al Edipo paterno y materno, en sus dos versiones, directo e invertido. El complejo de Edipo encierra una

compleja red de vínculos, es una estructura prohibida y remite a una ley que regula y castiga, pero no alude sólo a relaciones de amor y odio, de celos y rivalidad entre dos o tres miembros, en donde uno se siente excluido o marginado.

Freud, al crear este mito sobre el origen del orden cultural humano y del sentimiento de culpa, defiende la existencia de una estructura que precede a todo ser humano. Estructura que está ya presente en la madre que desea un hijo y se embaraza, que es transmitida por los padres e interiorizada subjetivamente en cada nuevo ser. Lo pre-edípico se referiría a ese período previo hasta que el niño hace suya esa estructura, pero no significa que exista un orden humano pre-edípico. De manera que el Edipo no surgiría espontáneamente en el niño y no sería, tampoco, una creación natural derivada de la relación – de amor, odio y celos- entre los tres miembros del triángulo: padre-madre-hijo/a, sino una estructura fundante de regulación de las relaciones humanas, estructurante del propio psiquismo. Ahora bien, el sentimiento natural de repulsa hacia el incesto no es algo natural, dado que si así fuera no exigiría una prohibición.

Rascovsky (1981) sostiene la tesis de que los deseos filicidas de todo adulto hacia sus hijos rivales, precedería a los deseos parricidas de éstos últimos. Apoyándose en las tesis kleinianas de la fase esquizo-paranoide y en la mitología, la Biblia, la historia, la literatura y la antropología y, tomando en consideración el mito del padre despótico de Tótem y Tabú y la saga de Edipo, investiga los componentes sádicos presentes en todo vínculo afectivo parento-filial. Invierte la tesis de Freud y sostiene que los deseos de matar al padre no

son sino un efecto de las inclinaciones filicidas de los padres hacia sus hijos. Tendencias que encierran satisfacciones instintivas disimuladas y distorsionadas que se presentan como racionalizaciones conscientes en términos de educación, corrección, o formas de socialización¹²⁶. El sadismo paidofílico para Rascovsky (1981, pp. 143-149) es una perversión universal y universalmente negada. En ocasiones ejercida directamente contra los propios hijos, o bien desplazarse hacia la infancia en general y manifestarse mediante actitudes pedagógicas que no excluyen el placer obtenido en el sometimiento del niño –o del joven. Hostilidad derivada del desplazamiento que la propia espera y llegada del hijo despierta en el progenitor. Y el parricidio, para este autor, tiene su raíz en la identificación del hijo con la actitud agresiva previa de sus padres.

Sin embargo, estos sentimientos hostiles paternos habrían sido escotomizados, olvidados, negados -o relegados a ser descritos muy marginalmente como sueños de deseos de muerte hacia seres queridos-. Da la impresión de que Freud se olvidara de los deseos filicidas e incestuosos de Layo –y por supuesto de Yocasta- para centrarse en el parricidio de Edipo.

¹²⁶ Bajo razones religiosas o tradicionales se justifican mutilaciones (como la circuncisión, ablación) u otras actitudes sádicas como ritos de iniciación, pruebas de valor, penitencias, ayuno, castigos, cuya etiología es el beneficio placentero o de otra índole que obtiene el agresor mediante su acción sobre la víctima. La guerra sería la expresión última de esas tendencias filicidas inconscientes, en donde son las generaciones previas las que determinan que sean los jóvenes quienes han de llevarlas a cabo físicamente y en donde el enemigo se convierte en el depositario de aquellas partes disociadas de uno mismo. Los ritos de iniciación se han transferido a una organización sistemática de la guerra que irrumpe periódicamente (Rascovsky, 1981, pp.56 y 242-246).

No obstante, el mismo Freud parece darnos alguna explicación acerca de ese olvido de los deseos hostiles hacia los hijos. En 1915 en *“De guerra y muerte: temas de actualidad”* aborda la desmentida de la muerte, y afirma que *“en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad”* (1915d, p. 290). Es decir, la muerte propia no puede concebirse. Podemos pensar que la hostilidad hacia el hijo, la muerte de éste, -en tanto que fragmento de uno mismo-, es también, objeto de desmentida. No puede ser admitida.

Sin embargo, también Freud (p. 294) sostiene que la muerte de los seres queridos -en tanto que llevan adheridos un fragmento de alteridad- puede ser considerada merecida frente a la idea de la muerte propia. Es decir, aunque la muerte del hijo sea dolorosa y difícil de admitir, en la medida en que este es también un ser ajeno, extraño a nosotros, su muerte es preferible a la nuestra. Freud (1915d, p. 298) habla de la ambivalencia de nuestros vínculos afectivos, que pervive, a pesar de haber sido objeto de represión. En nuestro inconsciente *“eliminamos día tras día y hora tras hora a todos cuantos nos estorban en el camino, a todos los que nos han ultrajado o perjudicado”* e inmediatamente continúa: *“<< ¡Qué la muerte se lo lleve! >>, es en el interior de nuestro inconsciente un serio y poderoso deseo de muerte. Y más: nuestro inconsciente mata incluso por pequeñeces”* (p. 298). Y un poco más adelante prosigue: *“El más tierno y más íntimo de nuestros vínculos de amor, con excepción de poquísimas situaciones, lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconsciente de muerte”* (p. 300).

Pero la muerte del otro –máxime si es la del hijo- no hace sino recordarnos la posibilidad de la propia. Y por ello mismo el reconocimiento de la muerte de ese otro, el hijo, es en cierto modo un alivio (es el otro el que ha muerto, no yo), si bien, evoca la muerte propia (una parte de mí ha muerto) impide la renegación de la misma (igual que el otro ha muerto yo puedo morir) y despierta sentimientos de culpa y angustia. Los deseos filicidas aluden, inevitablemente, además de a la muerte del hijo, también a la muerte propia, ambas imposible de concebirse. Es decir, podemos pensar que los deseos de muerte hacia el hijo serían objeto de desmentida y no reconocidos como existentes, a pesar de que –el hijo en tanto que extraño y ajeno- es inevitable que hubiera sido objeto de sentimientos hostiles fuertemente negados. Recordemos que el deseo no es ajeno a la pulsión tanática tal y como vimos en el epígrafe 3.2.1.

Y aunque estoy hablando de deseos de muerte fantaseados y no reales, Freud nos recuerda también en este mismo texto que “*sería equivocado restar a esta realidad psíquica todo valor por comparación con la fáctica*” (1915d, p. 298). Freud (p. 300) advierte que el lego pueda mostrarse horrorizado¹²⁷ frente a la posibilidad de

¹²⁷ Hay dos textos en los que Freud habla de renegación o desmentida {*verleugnung*} y no de represión. En “*De guerra y muerte: Temas de actualidad*” (1915d, p. 292) lo hace para referirse a nuestra actitud frente a la muerte. Ésta es relegada a la categoría de contingencia y no de necesidad. En su lugar se crea la idea de inmortalidad del “alma”, o de los “espíritus” y se inventa otro mundo del que venimos o al que iremos para garantizar eternidad y la pervivencia después de la muerte aparente. Es decir la inmortalidad como renegación frente a lo intolerable de la muerte. Y el otro trabajo es “*El fetichismo*” (1927, p. 148) frente a la percepción de la diferencia anatómica entre los sexos. El niño rehúsa darse por enterado de un hecho de su percepción, que la mujer no posee pene. Y en su lugar coloca un “fetiché” que viene a ser un sustituto del falo de la mujer, más concretamente de la madre, en el que había creído y al que no quiere renunciar. La actitud hacia el objeto fetiche es ambivalente, ternura y

tales sentimientos, pero no deja de señalar nuevamente que esto tiene lugar en la vida anímica normal. Sin embargo, y como he dicho, son escasísimos los momentos en que Freud aborda los deseos filicidas, y menos en el caso de la madre, a la que atribuye una relación con el hijo exenta de toda ambivalencia. Lo veremos más adelante.

Respecto a dicho sentimiento de horror, Freud en 1919, en su trabajo “*Lo ominoso*” acomete el estudio de aquello que excita angustia y horror, explicando que siempre hay sentimientos ominosos, terroríficos, en todos los seres humanos. Se refiere a aquello que nos resulta familiar pero permanece oculto dentro de uno mismo y que provoca un afecto desasosegante. Entre los ejemplos típicos de lo que produce esos sentimientos de consternación, menciona la repetición y la presencia del doble. Y dentro de este, la posibilidad de identificarse con otra persona hasta el punto de equivocarse sobre el propio Yo o situar el Yo ajeno en el lugar propio. Esto es, la duplicación, división o permutación del Yo (1919a, p. 234). El hijo puede ser pensado, si tenemos en cuenta el valor narcisista que tiene para los padres, el narcisismo irrestricto que pervive en el amor de los padres por sus hijos, cómo una oportunidad para “duplicarse”, ubicarse en el lugar de otro que formó parte de uno mismo, y desmentir la castración¹²⁸ y la muerte propia. El hijo como seguro de supervivencia. Sobre ese doble pueden depositarse las aspiraciones no alcanzadas pero también

hostilidad se mezclan. Castración y muerte, en ambos casos, la percepción persiste pero se emprende una acción enérgica para mantener su desmentida.

¹²⁸ El recurso al doble es señalado por Freud (1919a, p. 235) en este texto cómo una forma de expresar la castración mediante la duplicación o multiplicación del símbolo genital, pero ya había sido apuntado también en “*La interpretación de los sueños*” (1900a, p. 363).

reflejar aquellos deseos no tolerados, pero persistentes en el inconsciente.

Los deseos de muerte, tan familiares, ocultos y reprimidos, pueden ser atribuidos a ese otro que formó parte de uno mismo. Pero, también, la evocación o la mera sospecha de estos conocidos sentimientos en otro pueden ser experimentados como la duplicación de los propios y como terroríficos. Freud (1919a, p. 241) explica que la naturaleza secreta de lo ominoso descansa en *“algo familiar de antiguo en la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión /.../ algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz”*. Y un poco más adelante señala que es precisamente la relación con la muerte lo que menos ha variado desde nuestra infancia. Es decir, la intensidad de nuestras reacciones afectivas originarias y la imposibilidad de representarnos nuestra propia muerte o la del hijo, en tanto que parte de uno mismo.

La idea del filicidio, fantaseado, real o mitigado puede despertar ese sentimiento terrorífico derivado de la repetición de tendencias prohibidas, angustiantes y secretas. Sentidas, además, en el período animista infantil como omnipotentes. Aquellas que producen daño en secreto y que, pese a que no creemos en ellas, siguen acechando desde el inconsciente. El efecto ominoso se produce *“cuando se borran los límites entre fantasía realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico”* (p. 244). Lo ominoso es también *“lo familiar-entrañable que ha experimentado una represión y retorna desde ella”* (p. 245). Freud expresa como

“Tan pronto como en nuestra vida ocurre algo que parece aportar confirmación a esas antiguas y abandonadas convicciones, tenemos el sentimiento de lo ominoso, que podemos completar con este juicio: <<Entonces es cierto que uno puede matar a otro por el mero deseo, que los muertos siguen viviendo y se vuelven visibles en los sitios de su anterior actividad>>, y cosas semejantes.” (1919a, p. 247).

El disgusto que uno puede experimentar al toparse con la imagen de nuestra propia persona –o, añadido, con aquello que vemos en otro y refleja o evoca algo nuestro- puede entenderse como una atenuación de ese sentimiento de horror. Lo ominoso del relato del arenero y del “sacamantecas”, nos hablaría también de la prohibición “no matarás” que alude al parricidio, pero también a los deseos filicidas si nos ubicamos del lado del que está implicado en la acción y en los sentimientos. Los deseos de muerte del hijo, entiendo, constituyen un ejemplo de lo ominoso que explicaría que hayan quedado relegados en su estudio.

En síntesis, el complejo de Edipo –descubierto tempranamente por Freud aunque no analizado en ninguna obra específica- desempeña un papel trascendental que radica en las funciones fundamentales que Freud le atribuye:

1) La elección de objeto de amor. El objeto de amor, después de la pubertad, viene condicionado por las investiduras de objeto y las identificaciones secundarias derivadas del conflicto edípico y por la prohibición del incesto. Por ello, ya no vale cualquier objeto, sino que éste tiene que reunir unas

condiciones específicas determinadas a lo largo de cada historia. Se decanta así la propia identidad sexual. No hay un objeto de amor instintivo que se ajuste al deseo sexual.

2) El acceso a la genitalidad. En función de todo lo que he expuesto, no podemos decir que la genitalidad esté garantizada por la pura maduración biológica. La organización genital adulta supone una organización previa fálica, que sucumbe al resolverse la crisis edípica por vía de la identificación. La sexualidad no se relaciona obligada y exclusivamente con los genitales.

3) La estructuración del aparato psíquico. La autoridad de ambos progenitores es introyectada en el Yo, formándose el núcleo del Superyo y el Ideal del yo. La prohibición del incesto pasa a formar parte de la propia estructura del sujeto. Se perpetúa lo social en lo individual. Desear incestuosamente se transforma en algo prohibido por uno mismo. Se renuncia al incesto y se adquiere la ley que regula la vida anímica. Esto es, la interdicción deja de ser una problemática interpsíquica para transformarse en algo estructural e intrapsíquico. Parte de los deseos libidinales se dirigen, mediante la sublimación y la inhibición en su fin, hacia otras metas que posibilitan una actividad creativa o se transforman en ternura. No obstante, el conflicto inconsciente está siempre presente en el ser humano.

El Edipo, además de constituir una compleja red de relaciones prohibidas, es estructurante. Prohíbe el incesto y

obliga a buscar en otra parte. Es una exigencia civilizadora que contribuye a la formación de ideales y a la normalidad.

4) Se produce la limitación del goce y la orientación del deseo. Se cierra la puerta a una satisfacción naturalmente buscada y se unen de modo inseparable el deseo y la ley. El complejo de Edipo es una estructura mental compleja iniciática de lo social que implica el paso del sujeto de la naturaleza a la cultura. El ser humano se conforma como una estructura que encarna lo social y conlleva un derecho, pero dentro de unas limitaciones. Quedan, así, interiorizadas una ley interdictora y su correspondiente castigo, en caso de que se transgreda: la castración. La sexualidad conlleva siempre insatisfacción.

5) El conflicto es inherente al ser humano. No cabe hablar de un funcionamiento armónico. Lo que puede resultar placentero para una instancia psíquica se transforma en angustiante para otra. No se trata sólo de un conflicto por las presiones morales o por la realidad social exterior, sino que es constitutivo, sea o no consciente, se exteriorice o no.

6) No importa quién lleve a cabo la función de prohibición del incesto. Es independiente de la influencia real ejercida efectivamente sobre el niño por la pareja parental. Lo trascendental es que haya alguien –una persona o una institución– que regule las relaciones, los deseos, alguien que ponga límite al goce pulsional. Su eficacia deriva de que hace intervenir una prohibición, una ley que cierra la puerta a la satisfacción natural.

En ese sentido, es una estructura universal -independiente de las diversas modalidades de familia- que regula los intercambios y relaciones sexuales.

7) Lo pre-edípico sólo cabe entenderlo como aquel período anterior a la actualización o admisión de la interdicción incestuosa por el niño, puesto que la estructura edípica prohibida está presente antes de que el niño nazca. Es decir, le precede, pero ha de instalarse en su subjetividad. Ubicarse en calidad de sujeto conlleva normativizar su deseo. Y en adelante, dadas las identificaciones, la interiorización de las prohibiciones, la instauración del Superyo, el pasado será reinterpretado desde este nuevo ordenamiento psíquico.

8) La sexualidad resulta siempre enigmática y traumática para el ser humano y no puede entenderse como un mero instinto al servicio de la reproducción. El hijo no es simplemente un derivado natural del innato instinto sexual. Está implicada una organización cultural que regula las relaciones paterno-filiales, que prohíbe y preceptúa los deseos. El deseo de un hijo no es indiferente al orden cultural y a la historia psicosexual que cada sujeto ha vivido.

9) Aunque Freud incide en los deseos parricidas que subyacen en el complejo de Edipo, sin embargo, parece relegar a un segundo término los sentimientos hostiles que anidan inconscientemente en el Edipo de los padres y que suscitan en ellos deseos filicidas. Considero que la renegación de la muerte

propia y la del hijo –percibido como parte de uno mismo- y los sentimientos terroríficos que despiertan esos antiguos y familiares impulsos y fantasías reprimidas, pueden haber influido en ese olvido de las tendencias hostiles presentes también en el deseo de un hijo.

Ahora bien, las primeras teorizaciones freudianas sobre el Edipo fueron hechas bajo el modelo del niño varón, pero la introducción de la fase fálica en 1923 y la constatación de la importancia de la primera y larga vinculación de la niña con la madre le hicieron cambiar de idea. No obstante, antes de proceder a exponer la evolución de la libido en la niña, me voy a detener a explicar la otra experiencia psíquica inconsciente que Freud articula con el complejo de Edipo y la percepción de la diferencia anatómica.

4.1.3.2. El complejo de castración resulta de una teoría infantil en respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia anatómica de los sexos. Aunque remite a los genitales, sólo es posible entenderla si se parte de la concepción fálica infantil que considera que todos los seres poseen un genital idéntico al propio. La diferencia se interpreta en términos de cercenamiento del pene en la niña como consecuencia de la ley que prohíbe el incesto y el castigo subsiguiente. Fantasía que en el niño provoca una

intensa angustia. La admisión de la castración ejerce una función de normalización y produce efectos en la determinación del objeto de amor, en la diferenciación sexual masculino-femenino y en la ubicación sexual de ambos. Antes de ello existe el deseo de tener hijos, pero también la creencia en que ambos –hombres y mujeres– pueden tenerlos. No se conoce la complementariedad en el acto sexual ni sus consecuencias: la procreación.

Si bien el complejo de Edipo se le aparece muy tempranamente a Freud en su producción teórica, no ocurre lo mismo con el complejo de castración. Freud lo descubre en 1905 a propósito del análisis del caso Juanito, trabajo publicado en 1909. Pero es un año antes, en 1908 cuando publica *“Sobre las teorías sexuales infantiles”* donde emplea por primera vez los términos “complejo de castración”, fundamentándose en dicho historial clínico. Este complejo está articulado con el edípico. Y su estudio le va a llevar a plantearse la diferencia en la evolución libidinal entre los niños y las niñas.

En 1914 en *“Introducción al narcisismo”* Freud no atribuye todavía al complejo de castración un valor universal. Pero, en una nota a pie de página de su trabajo *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”* (Freud, 1925b, p. 272), ya lo considera una cuestión central en su teoría.

En 1917 en “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” y un año después, en su trabajo “*De la historia de una neurosis infantil*” donde expone el caso clínico conocido como “el hombre de los lobos”, desarrolla en sus diferentes dimensiones el complejo de castración.

En el período comprendido entre 1923 y 1925 Freud diferencia la fase fálica de la sexualidad infantil. Dado que el niño –varón o hembra- está instalado en la creencia en la universalidad del pene sólo puede explicarse, en esta etapa, la diferencia anatómica de los sexos por efecto de una castración. El carácter separable e intercambiable del objeto autoerótico, parcial, no unificado, -ligado a la pulsión parcial-, contribuye a que el niño elabore esta teorización.

Freud constata la importancia de ciertas experiencias tempranas que van preparando el terreno para la castración. Es decir, la creencia en ella estaría apuntalado en vivencias previas y efectivas de pérdidas y separaciones reales, en el ámbito de la lactancia y la defecación¹²⁹. Así, en 1923 en una nota agregada al caso Juanito “*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*” (1909b, pp. 9-10), también en otra nota a pié de página en “*La organización genital infantil*” (1923b, pp. 147-48) y en “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” (1924a, p. 183) Freud menciona cómo el niño adquiere la representación de un daño narcisista a raíz de la pérdida del pecho después de mamar y por

¹²⁹ De hecho todo niño ha estado ubicado en una posición simbólica de falo, es decir ha nacido bajo esa equivalencia pene=niño por el propio complejo edípico materno. Pero la realidad cotidiana le muestra que de ahí ha de verse expulsado, lo que es constatado por las múltiples y reiteradas experiencias de ausencia, separación, corte o pérdida del objeto. Es obligada e inevitable la separación.

la experiencia cotidiana de la deposición de las heces. Experiencias precursoras de la castración¹³⁰. Sin embargo, estas primeras experiencias de pérdida (el desprendimiento de la madre en el nacimiento, la retirada del pecho materno, el destete definitivo, la diaria separación del contenido de los intestinos, etc.) son resignificadas y adquieren el significado de castración al enlazarse con los genitales (Freud, 1909b, p. 9).

La falta de pene es entendida como resultado de una castración y como consecuencia de un castigo (Freud, 1923b, pp. 147-48). O como dice Freud *“La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos”* (1924a, p.183) y prosigue unas líneas después *“con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad”*. Es decir, pese a todas esas experiencias previas, la castración se juega en un plano completamente distinto: el de la diferencia sexual. *“Solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo”* (1923b, p. 147). Esto es, teniendo en cuenta la primacía del falo y el reconocimiento de la ley. Por tanto, no se trata de un problema con la percepción de la diferencia anatómica o la heterogeneidad de los sexos sino con la teoría que da cuenta de esa diferencia. Ésta se explica desde la ley que prohíbe el incesto y amenaza con una sanción: la castración. La

¹³⁰ Esto ha dado pie a un tipo de interpretación acerca de la universalidad del complejo y/o de la angustia de castración basándose en la idea de estas experiencias de “castración pregenital”, tesis que apela a la génesis individual de la angustia de castración,, y a una concepción cronológica y lineal del desarrollo, concepciones asociadas fundamentalmente a las Escuelas de Londres y Viena, pero cuestionada por Lacan.

castración es, por tanto, una estructura que ordena la percepción de acuerdo con un determinado orden. Aquel que rige las relaciones humanas y que prohíbe el incesto. No es pues un miedo natural e innato¹³¹.

Freud (1924a, p. 182) explica que no es obligado que la amenaza de castración –generalmente proveniente de las mujeres pero invocando la autoridad del padre- haya sido formulada de manera brutal, clara o mitigada o bastan meros indicios que le hagan ver que los adultos no están de acuerdo con su obrar, con la masturbación. También Freud en *“De la historia de una neurosis infantil (el hombre de los lobos)”* recurre a la filogénesis para explicar esa amenaza captada por el niño. Y la filogénesis puede ser entendida como la transmisión del simbolismo, de los “fantasmas originarios”, del guión de la horda primitiva, más allá de los hechos acaecidos o de las experiencias reales vividas por el niño. Esto es, los fantasmas del niño estarían en relación con una trama de experiencias, con la estructura transmitida por los progenitores y que remite a la autoridad paterna (Laplanche y Pontalis, 1969, pp. 124-143 y Laplanche, 1980a, p. 77).

Quiero subrayar la resignificación que adquieren determinadas vivencias con posterioridad a la experiencia edípica y la angustia de castración. Freud desde un principio¹³² y como apunté en el epígrafe

¹³¹ En la “25ª Conferencia de introducción al Psicoanálisis: La angustia” Freud (1916e pp. 371-72) expone que el niño sobreestima sus fuerzas y desconoce los peligros. La angustia infantil tiene poco que ver con un temor realista. El niño no viene dotado de un instinto que proteja su vida

¹³² En la Carta 52, del 6 de diciembre de 1896 escribe: “nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material

3.1.2. constata que el individuo elabora retroactivamente los acontecimientos pasados. Aunque la amenaza haya sido formulada explícitamente, solo cobrará visos de realidad al anudarse retroactivamente a la percepción de la diferencia anatómica, o a la inversa, la percepción de la heterogeneidad cobra significado cuando se asocia a una ley y un castigo: la castración. El complejo de castración nos habla, pues, de una estructura que determina una forma de teorizar las diferencias anatómicas. La oposición que rige en esta etapa no es entre masculino y femenino, sino entre genital masculino o castrado (1923b, p. 149). Ahora bien, la castración fantaseada no es una mutilación real de los genitales, aunque afecte a la imagen de estos. Para el niño lo que está en juego es el pene, no las glándulas genitales (testículos u ovarios). Por lo tanto, la castración alude no sólo a la imaginación sino que supone una modificación profunda de lo real, un fantasma que conlleva una elaboración, una teorización infantil y una angustia.

Freud en “*La organización genital infantil*” (1923b) defiende la universalidad de la fase fálica y la trascendencia del complejo de castración. Toda una serie de inquietudes y angustias se despiertan al percibir la diferencia sexual, la *presencia de una falta*, de algo que “atenta” contra su concepción infantil de la universalidad del pene y su desconocimiento de la diferencia de los sexos. En el caso del niño, su primera reacción, ya lo he mencionado, es negar lo que ha percibido. Negar algo que es amenazante. En segundo lugar, elaborar una

preexistente de huellas mnémicas experimentan un <<reordenamiento>> según nuevos nexos, una <<retranscripción>>. (Freud, 1896, p. 274)

teoría¹³³, la de que lo tendrá en un futuro. Finalmente, concluye que lo tuvo y se lo quitaron. Estamos dentro de la lógica del objeto parcial, separable e intercambiable. Pero como descubre Freud (1923b, p. 148-49) no generaliza su observación a todas las mujeres. Sólo algunas mujeres no tienen pene, sólo aquellas que son culpables. Sólo aquellas merecedoras de un castigo por haber sentido los mismos impulsos prohibidos que él experimenta; impulsos que tienen que ver con sus prohibidos deseos incestuosos y edípicos. Pero, por supuesto, esto no le acontece ni a su madre ni a aquellas otras mujeres que como su madre son respetables. Por lo tanto, ser mujer no coincide todavía para el niño con la falta de pene.

Cuando, más tarde, en la pubertad el niño se enfrente con el problema de la génesis y el nacimiento de los niños y deduzca que sólo las mujeres pueden parir hijos, reconocerá a la madre como desprovista de pene y la polaridad sexual coincidirá con masculino y femenino. Sólo entonces la vagina será apreciada como albergue del pene y recibirá la herencia del vientre materno (Freud, 1923b, p. 149).

Ahora bien, en “*Sobre las teorías sexuales infantiles*” Freud había dicho:

“Si esta representación de la mujer con pene se ha <<fijado>> en el niño, si ella resiste todos los influjos de la vida posterior y vuelve incapaz al varón de renunciar al pene en su objeto sexual, entonces el individuo, aún siendo normal su vida sexual en los demás aspectos, se verá precisado a

¹³³ Esta es la primera teoría infantil, Freud en 1908 escribe “*Sobre las teorías sexuales infantiles*”, la segunda es relativa al nacimiento y la tercera sobre el coito (1908a, pp. 189-201)

convertirse en un homosexual, a buscar sus objetos sexuales entre hombres que por otros caracteres somáticos y anímicos recuerden a la mujer. La mujer verdadera, como más tarde la ha discernido, permanece imposible para él como objeto sexual pues carece del encanto sexual esencial, y aún, en conexión con otra impresión de la vida infantil¹³⁴, acaso sienta horror hacia ella” (1908a, p. 193).

Es decir, el objeto sexual y de amor viene determinado no de forma natural, sino por su historia previa y por su experiencia frente a la castración.

Hasta la pubertad, por tanto, el niño no adquirirá la distinción entre lo masculino y lo femenino, aunque tenga establecida una diferencia de género. Evidentemente el niño ha percibido cierta diferencia entre su padre y su madre, entre hombres y mujeres (por el peinado, las ropas, los roles, gestos, actitudes, relaciones etc.) pero ello no despierta de entrada y espontáneamente deseo de saber acerca de dicha heterogeneidad. No tiene valor pulsional, no desencadena el fantasma. Como constató Freud en “*Sobre las teorías sexuales infantiles*” este esfuerzo de saber no se despierta de forma espontánea ni por una necesidad innata de conocer las causas, sino afectado por las pulsiones egoístas que le gobierna (1908a, p. 189). El niño busca dar una explicación acerca de aquello que constituye un enigma y un peligro. La diferencia anatómica observada lo es en la medida en que la relaciona con la comprensión de una Ley que prohíbe y castiga sus deseos incestuosos y su actividad autoerótica. Investiga también acerca del origen de los niños, en tanto que un nuevo hermano constituye un

¹³⁴ Se refiere Freud (1908a, p. 193) a la castración y al terror que suscita la posibilidad de perder su pene. La visión de los genitales femeninos evocarían dicha amenaza y despertaría horror en vez de placer.

riesgo de pérdida de amor, etc. La incitación a saber surge cuando se agrega un elemento pulsional y los celos. La diferencia anatómica se explica en función de un único signo: el pene (órgano de placer y autoerótico) o su ausencia (por efecto de la castración). Y las funciones sexuales y procreativas, al no diferenciar en esa etapa fálica entre masculino y femenino sólo pueden explicarse tomando como punto de partida sus experiencias anteriores y las equivalencias simbólicas que establece entre distintos objetos y partes del cuerpo, alimento, las heces, el pene, el niño.

El niño va construyendo complejas teorías para explicar el trueque del pene por un hijo en una etapa en la que desconoce la existencia de la vagina, tal y como ya había descrito Freud en 1908 (pp. 189-201) en ese mismo trabajo. El niño, en sus investigaciones, lo más que puede llegar es a elaborar teorías sobre la concepción sádica del coito, o teorías sobre la fertilización de la madre por vía oral, o que los niños viven en el intestino materno, o que son paridos por el ano, etc. Pero desear y parir un hijo, en su concepción infantil, sí ha podido ser fantaseado como una posibilidad para el varón (Freud, 1908a, p. 195)¹³⁵. Nada impide al varón o a la niña embarazarse, tener hijos en el intestino y parirlos. La aceptación de la castración será un principio ordenador.

En “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” (1924a) describe cómo finaliza el complejo de Edipo. Como consecuencia de su

¹³⁵ Existiría un estrecho vínculo entre el erotismo anal y una actitud femenina en el varón sobre el que Freud (1918, pp. 75-78) llama la atención en “*De la historia de una neurosis infantil*” al analizar al “hombre de los lobos”.

actividad autoerótica genital y sus fantasías incestuosas y a raíz de la percepción de la diferencia anatómica, el niño empieza a contar con la posibilidad de su castración. Pero es la aceptación de la castración propia y la intelección de que la mujer carece de pene, lo que pone fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo, ya que ambas conllevan la pérdida de pene. Si se ubica como rival del padre se arriesga a la castración y si desea ser amado por él habrá de aceptar primero la precondition de haber sido castrado. Freud ha descubierto las modalidades femenina y masculina en todo complejo edípico (1924a, p. 184). El niño renuncia a la satisfacción e investidura libidinosa del objeto e introyecta la autoridad del padre y de ambos progenitores en el superyo.

En resumen, la castración como teoría infantil permite elaborar la diferencia de los sexos, hasta la pubertad, en términos de fálico-castrado. Y esta diferencia se explica por un cercenamiento que abre la vía a un proceso de restitución o incluso a una promesa de intercambio¹³⁶. Es decir, se perfila la importancia de una Ley que prohíbe un tipo de relaciones pero permite otras. No es la sexualidad en su conjunto la que es prohibida, sino la actividad sexual incestuosa, el fantasma edípico en sus versiones positiva e inversa. Ambas, como acabamos de ver, conllevan la pérdida de pene en calidad de castigo o de premisa. La admisión de este posible cercenamiento como ley introduce al niño en un mundo de relaciones humanas reguladas.

¹³⁶ Así lo descubre Freud (1909b, p. 81) con ocasión del sueño de fin de análisis en el “caso Juanito”, en donde el instalador ofrece un nuevo trasero y un “hace-pipi”. La aceptación de la castración abre la vía a un proceso de restitución o de promesa de intercambio. Podrá ser como su padre.

En definitiva, el niño no puede superar el complejo de Edipo y alcanzar la identificación con el padre si no ha atravesado esta crisis de castración. Sin embargo, ¿cómo explicar que las niñas puedan sentirse amenazadas en la realidad de perder algo que no poseen? “¿puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración?”, se pregunta Freud (1924a, p. 185). La respuesta, dirá Freud, es afirmativa pero las cosas no suceden de igual manera que en el varón. Es menester explicarlo.

El niño percibe la heterogeneidad sexual pero espontáneamente no le despierta inquietud o deseo de saber. La diferencia anatómica cobra, además, un interés pulsional y narcisista cuando la actividad autoerótica se asocia con la ley que prohíbe el incesto y el castigo subsiguiente: la castración. La investigación se desencadena también cuando aparece un peligro: el nacimiento de un nuevo hermanito y cuando queriendo prevenir este amenazante advenimiento se plantea el origen de los niños. La amenaza de pérdida de amor suscita ese afán de saber. ¿Quién puede tener hijos? ¿De dónde vienen? ¿Por dónde salen? No existe un conocimiento natural acerca del coito ni de la procreación. Pero –antes de que quede establecida la diferencia de los sexos de una forma adulta- sí aparece el deseo de tener niños y la creencia en que todos pueden tenerlos.

El niño llega a la fase fálica en la que cobran importancia sus genitales, sin embargo, a pesar de observar la

diferencia sexual, y como he dicho, no establece la oposición entre masculino y femenino, sino entre genital masculino o castrado. Ahora bien, no se trata de una mera percepción, sino que si se percibe una ausencia, si se colige que hay una “ausencia” es porque se supone previamente que ineludiblemente ahí debería haber algo. Es decir, existe un prejuicio que hace ver “nada” o que algo falta. Sin embargo, dicha “percepción” es amenazante para el niño, porque alude a la ley que prohíbe el incesto y, por ello, rehúsa reconocer la realidad y elabora una teoría explicativa. La falta de pene como producto de una castración genera angustia y conecta la experiencia de satisfacción sexual con la culpa.

El complejo de castración resulta, pues, de la confrontación entre un dato perceptual y una concepción infantil (todos deben tener falo y si alguien no lo tiene es porque le han sancionado por transgredir la ley). Igualmente, la castración no se refiere a una pérdida real, no es el órgano lo que está en juego, sino el pene como representación. No se distingue la diferencia de los sexos, sino que se entiende ésta en virtud de una representación: fálico o castrado. El falo -o el pene como imagen que lo representa- además, es concebible como un objeto parcial, separable del cuerpo: algo que puede estar o no, puede crecer, ser cortado, etc., de modo similar a otras experiencias previas de separación.

Las pasadas experiencias de ausencia, pérdida o separación de los anteriores objetos son resignificadas cuando

se asocian a los genitales y, sólo entonces, al articularse con el complejo de Edipo y la interdicción del incesto, adquiere la castración un valor estructural definitivo.

Ahora bien, la castración que produce efectos estructurantes es la de la madre. Esto hace ver que las dos modalidades del Edipo están amenazadas. Si desea convertirse en rival del padre, se expone al castigo de la castración y si desea ser amado por él, deberá admitir como condición previa haber sido castrado. Pero, no se admitirá la castración de la madre hasta pasada la latencia, al llegar a la pubertad, cuando la organización fálica sucumba definitivamente y pueda admitirse la diferencia sexual como masculino y femenino. Es decir, ubicarse como varón –o como mujer, lo explicaré en los siguientes epígrafes- , sólo puede alcanzarse cuando finalice esta fase fálica o esta primera organización genital infantil y pueda accederse a una organización genital adulta.

Hasta entonces, nos movemos dentro de la temática fálica, no en el terreno de lo real, sino de las fantasías, de los objetos parciales e ilusorios, en donde puede haber, faltar, o haber donde no hay. Cabe representarse la imagen del hermafrodita, de la mujer con pene, o el horror frente a la ausencia de pene en la mujer. Estas cuestiones incidirán en la elección del objeto sexual y junto con la identificación con los progenitores determinarán la posición sexual que el adulto adopte.

La aceptación de la castración entraña el ingreso en un orden diferente al del instinto, en un orden que prohíbe ahora y crea una condición de apertura al futuro como ser humano, sometido a una estructura organizadora. ¿Sucede lo mismo con la niña?

4.2. La evolución libidinal en la niña está marcada por una prolongada relación con la madre, por una reacción distinta a la percepción de la diferencia anatómica y por el cambio tanto de zona erógena rectora como de objeto. El complejo de Edipo de ella difiere por la forma en que se inicia, por el contenido, la función que desempeña y por el motivo y momento en que finaliza.

Aunque Freud estuvo siempre interesado en la sexualidad femenina, durante mucho tiempo consideró que la evolución libidinal de niños y niñas era simétrica. A partir de su obra *“La organización genital infantil”* (1923) en la que propone y analiza la fase fálica, la cuestión va a cambiar y reconoce honestamente que carece de comprensión acerca de lo que acontece en la niña pequeña (Freud, 1923b, p. 146). No es sino un poco después en *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* (Freud, 1924a, p. 185) donde se refiere a la

diferente evolución libidinal de ambos. En 1925 en su obra “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*” reformula y condensa sus concepciones sobre el desarrollo psíquico de la mujer¹³⁷. Cuestión que también trata en “*Sobre la sexualidad femenina*” (1931) y en donde acomete de forma decidida el estudio de la sexualidad del lado femenino, como sujeto deseante y su elección de objeto. Apenas dos años después en 1933 retoma Freud en “*La feminidad*” algunos de los temas anteriores pero centrándose en el análisis de los rasgos psicológicos identificados como femeninos.

Aunque existen similitudes con la evolución del niño, varios son los aspectos en que difiere la construcción de la sexualidad femenina de la masculina. *En primer lugar*, en cuanto al intenso y prolongado enlace con el primer objeto sexual, la madre. *En segundo lugar*, por la respuesta frente a la diferencia anatómica, con la aparición del complejo de castración y la envidia de pene. *En tercer lugar*, dado que se produce un cambio de zona erógena a favor de una nueva, la vagina. Y *en cuarto*, por el cambio de objeto -de la madre al padre- que ha de producirse para entrar en el Edipo positivo. Respecto a la castración, la reacción de la niña la conduce a tres posibles salidas.

¹³⁷ No obstante, ya en la carta 75 a Fliess de 14-11-1897 Freud, (1897f, pp. 311-13) había abordado muy incipientemente las peculiaridades específicas del desarrollo sexual de las niñas. También en “*Sobre las teorías sexuales infantiles*” (Freud, 1908a, pp. 193-94) se ocupa de la envidia de pene por parte de la mujer y del complejo de castración. En “*Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico*” Freud (1916g, p. 322) alude al daño narcisista que el complejo de castración causa a la niña y la lleva a experimentar resentimiento contra su madre. En “*Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*” Freud, 1915b, pp. 267-69) y en “*Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*” (Freud, 1920a, pp. 137-64) plantea la importante, intensa y prolongada vinculación entre la niña y su madre en la fase preedípica. Sin embargo, todavía en “*El yo y el ello*” mantiene Freud (1923, pp. 34-35) la analogía entre los complejos de Edipo del niño y la niña.

De todo ello se deduce un complejo de Edipo diferente al del varón, tanto por la forma en que se inicia, como en la manera en que se desenvuelve y el momento en que finaliza. Todas estas cuestiones las afrontaré a continuación.

4.2.1. La fase de ligazón exclusiva con la madre o de Edipo negativo en la niña es más larga e intensa que en el varón. En ella se producen las primeras identificaciones y se desea activamente tener o parir un hijo como la madre. Dicha fase puede ser entendida como dual, ajena a la presencia del varón, o como triangular, edípica, en la medida en que es preparatoria del Edipo positivo. Esta etapa está condenada a desaparecer pero su influencia se deja ver en la posterior vinculación con el padre.

Freud en el breve pero condensado artículo “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*” (1925b, p. 270) y también en sus obras “*Sobre la sexualidad femenina*” (1931, pp. 227-29) y “*La feminidad*” (1933b, p. 111) habla de la especial significación que para la mujer adquiere la fase preedípica. Mucho mayor, tanto por su riqueza e intensidad como por su duración y secuelas de lo que correspondería al niño. El complejo

de Edipo positivo es en la mujer el resultado final de un proceso. En estos dos textos apela al largo período de vinculación exclusiva con la madre para explicar numerosas características peculiares de la feminidad y del desarrollo sexual de la mujer. Sin embargo, aunque subraya la especial relevancia de este primer enlace pre-edípico, no renuncia a su teoría del complejo de Edipo como un momento fundante del psiquismo. Sostiene la existencia del complejo de Edipo negativo de la niña que precede al positivo y cuyo objeto es la madre. Esto es, defiende la idea de que sobre este primer vínculo con la madre se instaura la ulterior ligazón con el padre y que para entender esta relación con él es menester no olvidar el lazo primitivo con la madre (Freud, 1931, p. 232). Pero también hace extensiva la etapa Edípica a todos los vínculos que unen a la niña con sus progenitores (Freud, 1931, p. 228)¹³⁸.

¹³⁸ Al hablar de fase preedípica, Freud está dando paso a dos posibles interpretaciones. *Una* alude a la consideración de un tiempo anterior al complejo de Edipo, donde prevalece la relación con la madre, ajena todavía a la presencia rival del padre y a toda vinculación triangular. La *otra*, dará pie a las ideas de la existencia de un Edipo temprano o de una presencia precoz del padre en el fantasma del pene paterno contenido en el cuerpo de la madre. Esto es, el padre estaría presente indirectamente a través de la madre (tesis defendidas por Melanie Klein). También Laplanche, como he mencionado, sostiene la tesis de la presencia de la prohibición edípica en el inconsciente del adulto que atiende al bebé y le seduce al proporcionarle los cuidados dirigidos a la conservación de la vida y que por ello, introduce en el niño la pulsión. Por su parte, las psicoanalistas feministas (Irigaray, 1974, 1977 y 1980; Dinnerstein, 1976; Kristeva, 1979; Chodorow, 1984 y Levinton, 2000) tratarán de ahondar en esta primera relación con la madre, previa a la presencia del padre, para encontrar la “esencia” de los deseos femeninos, supuestamente al margen de toda influencia patriarcal. Desde mi punto de vista no se tiene en cuenta que las experiencias posteriores, la castración, inciden sobre los recuerdos alterando no las experiencias -que en sí mismas son irrepetibles e irrecuperables- sino la forma de recordarlas e interpretarlas. De modo que, en el supuesto de que fuera posible unas vivencias no patriarcales, no podrían ser reconocidas como tales, sino por los recuerdos transformados por la experiencia de la percepción de la diferencia anatómica y la envidia de pene. Recordar no es reproducir sino construir.

La intensa vinculación de la niña con la madre está cargada de ambivalencia y no tiene límites. Sus exigencias de amor son insaciables. El amor infantil es desmedido y pide exclusividad, no se contenta con parcialidades y, además, carece de meta dice Freud (1931, p. 233). Por dicho motivo es incapaz de una satisfacción plena. Está condenado a desembocar en desengaño y hostilidad. Junto al amor intenso siempre está presente una no menos grande inclinación agresiva¹³⁹. Cuanto más apasionadamente ama el niño a su objeto, tanto más sensible será para los desengaños y denegaciones. Es imposible que la educación y la relación con la madre no produzca algún tipo de limitación a los reclamos imperiosos de satisfacción y goce. Por tanto, a este amor no le queda más remedio que sucumbir a la propia hostilidad acumulada. Es decir, este primer vínculo está condenado a su desaparición porque es imposible. La hostilidad hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad del complejo de Edipo, sino que es anterior. Es decir, pertenece a esta primera relación – profunda y ambivalente- con la madre, un complejo de Edipo negativo, en el que el padre no es mucho más que un molesto rival. En el complejo de Edipo positivo ulterior se refuerza esta hostilidad.

¿Qué demanda la niña pequeña a la madre?, se pregunta Freud (1931, pp. 237-40).

Las metas sexuales de la niña junto a su madre son, además de ambivalentes, de naturaleza activa y pasiva y están comandadas por las

¹³⁹ Hostilidad, voracidad oral, relacionada con deseos y temores sádico-orales y sádico-anales, germen de una intensa angustia que, también, nace apuntalada en la hostilidad inconsciente de la madre hacia ella, captada por la niña (Freud, 1931, pp. 229 y 239).

fases libidinales por las que atraviesan los niños. Es decir, la actividad sexual de la niña se exterioriza siguiendo la secuencia de las aspiraciones orales, sádico-anales y, finalmente, fálicas. Las primeras son de naturaleza pasiva. Niños y niñas desean ser amamantados, vestidos y aseados por la madre. Parte de la libido queda adherida a estas experiencias y obtiene su goce pulsional, pero otra se transforma en activa. Ambos tratan de vivir activamente aquello que han experimentado pasivamente. Hacen por sí mismos lo que antes se les hacía, o repiten en forma activa sus vivencias pasivas en el juego, o toman a la madre como objeto y se sitúan frente a ella como un sujeto activo (Freud, 1931, p. 238 y 1933b, p. 111).

Aunque no es fácil darse cuenta de esos tempranos deseos sexuales –orales, anales y fálicos, sean activos o pasivos, hostiles o tiernos- por la interpretación que a posteriori¹⁴⁰ reciben, sin embargo, *“el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico”* (1933b. p. 111). Ahora bien, Freud (1931, p. 238) había señalado cómo la niña deseaba ocupar el lugar de la madre y lo representaba, por lo general, en el juego de la muñeca, cuyo objetivo es transformar en activo lo que ha vivido pasivamente, manifestando de este modo la actividad de la feminidad.

¹⁴⁰ Es preciso mencionar que Freud (1931, pp. 238-39) advierte de la importancia de la retroactividad. Esto es cómo determinados acontecimientos que acaecieron primero cronológicamente, sin embargo, son alterados por las experiencias posteriores, adquiriendo su recuerdo un significado diferente y emergiendo con formas de expresión que no tuvieron en su origen.

Aunque se habla de la pasividad de esta primera relación con la madre, Freud (1931, pp. 229-230) expone el elemento activo en la actitud de la niña hacia la madre y en la feminidad en general. Actividad que relaciona con la fase fálica y que fundamenta por la bisexualidad de los seres humanos, pero más nítida en la niña. El clítoris es un órgano activo, fálico y por ello análogo al genital masculino. Mientras que la vagina es un órgano pasivo-receptivo, específicamente femenino, desconocido en esta primera fase¹⁴¹. De modo que poco importa si la vagina es o no oscuramente sospechada – o confundida con el conducto anal-, lo que interesa es que el órgano rector que procura el placer autoerótico, en esta fase, es el aparato externo, el clítoris.

En la fase fálica, estas mociones activas se dirigen también a la madre y, el fantasma y quehacer sexual culmina en la masturbación del clítoris. Con la llegada de un hermanito, dice Freud (1931, p. 240), *“la niña pequeña quiere haber sido la madre de este nuevo niño, en todo como el varón, y también es la misma su reacción frente al acontecimiento y su conducta hacia el niño”*. Esto es, el deseo de un hijo no es diferente al deseo del que participa también el niño varón en

¹⁴¹ Gutiérrez Terrazas y Cinello (1995, pp. 33-44), apoyándose en el artículo de Freud *“Pegan a un niño”* (1919) y tomando en consideración las tesis de Laplanche (1987) y de J. André (2002) sostienen que la ignorancia y descubrimiento tardío de la vagina por parte de la niña sólo puede sostenerse si no se toma en consideración la fantasmática penetradora del otro. Intromisión del adulto, que ubica al bebé efractado en una posición femenina originaria, pasiva y, que por sus excesos, cae bajo los efectos de la represión. La ignorancia de la vagina sería producto de una represión temprana. Y por otra parte, se diferencia entre una pasividad originaria, relativa a la intromisión de la pulsión por el otro y no en lo que afecta a las respuestas autoconservativas. Y una actividad pulsional fálica.

De modo que habría una pasividad originaria, relativa a la intromisión de la pulsión por el otro y no en lo que afecta a las respuestas autoconservativas. Y una actividad pulsional fálica.

esta fase. Si bien teniendo en cuenta que el “hacer niños” hay que entenderlo en esta etapa, según las teorías infantiles sobre la concepción del embarazo y el parto puesto que la niña desconoce la existencia de la vagina (Freud, 1908a, pp. 189-201).

El varón, como vimos, parece deslizarse con toda naturalidad del apego pre-edípico por la madre al apego edípico, simplemente haciendo entrar la rivalidad con el padre. Pero el desarrollo de la sexualidad femenina, en comparación con el de la masculina se complica porque la niña para configurar su posición edípica, su Edipo positivo, necesita sustituir el primitivo objeto materno por el paterno. Es decir, requiere apartarse de la madre con la que ha establecido su primera ligazón. ¿Por qué se produce este alejamiento de la niña respecto a su madre?

Todas las razones que pretenden explicar el alejamiento de la niña de su madre –postergaciones, desengaños de amor, celos, seducción y su subsiguiente prohibición- se dan también en el niño y, sin embargo, no le apartan del objeto madre (Freud, 1933b, p. 115). Es decir, existe un profundo enlace similar, si bien más breve, en el niño. Un ansía de goce infinito imposible de satisfacer. El varón puede conservar esta primera vinculación con la madre y tramitar más fácilmente su ambivalencia hacia ella porque, dice Freud (1931, p. 237), deposita en el padre sus sentimientos hostiles. Pero a la niña le resulta más difícil desprenderse de esta ambivalencia dado que el padre se constituye en su nuevo objeto.

A pesar de todo, la niña abandona este primer objeto materno, aunque con posterioridad vuelva nuevamente a él. ¿Por qué se produce este primer alejamiento de la niña respecto a su madre? ¿Por qué la niña cambia de objeto e invierte al padre? ¿Por qué se aleja de la madre bajo el signo de la hostilidad y esa ligazón con ella acaba en odio? En definitiva ¿por qué se va a pique, si es que se va, esta potente ligazón-madre de la niña?

Resumiendo, en esta primera y larga relación con la madre, las exigencias de amor son insaciables y ese amor exige exclusividad, de modo que es imposible de satisfacer y genera inevitablemente decepción y hostilidad. No obstante, esta avidez es igual a la que siente el niño en esta etapa. Aunque existen mociones pasivas –ser alimentado, aseado, etc.-, también existe una actitud activa –fálica- hacia la madre. Esta vinculación temprana con la madre va asociándose a la zona genital. La libido de la niña es activa, fálica, masculina, dado que el clítoris desempeña el mismo papel rector que el pene. El padre apenas es vislumbrado más allá de un obstáculo, igual que sucede en el varón.

En este período, se producen las primeras identificaciones con la madre. Las niñas, como los niños, ansían tener un hijo como la madre, pero este deseo sólo expresa para Freud el anhelo de ser activos. Propiamente, no se puede hablar de un deseo sexual femenino, dado que todavía no existe esta distinción. Es un deseo relacionado con la

identificación temprana con la madre. Un anhelo que responde al deseo de “ser la madre” o “como la madre”, y querer lo que ella desea. Expectativa que se manifiesta también en ese deseo de ser “la madre de sus propios hermanos”. Podemos pensar, además, que en la niña el deseo de un hijo esté favorecido por la cultura que tiende a permitir y estimular esas primeras manifestaciones activas de feminidad en el juego de la muñeca.

Desear un hijo en este primer momento –oral, anal,- es ajeno a la admisión de la diferencia sexual, a la plena unificación del objeto, a la genitalidad y a la reproducción. Puede confundirse con un deseo innato, dado lo temprano que se manifiesta, pero está condicionado por la relación pulsional establecida con el primer objeto, con la seducción materna y con la identificación primaria con esta madre (no ajena a la cultura). Cabe pensar, también, que este deseo está bañado de fuertes componentes autoeróticos y/o narcisistas, puesto que remite a una primera identificación con el objeto de amor.

Sin embargo, Freud sostiene también la tesis de la actividad fálica de la niña en esta fase de Edipo negativo. La madre sería su primer objeto. La niña desearía activamente hacer un hijo a la madre. Pero, repito, este deseo sería previo a la comprensión de la diferencia sexual, a la posibilidad anatómica de llevarlo a cabo, pero sí subyace en el inconsciente.

Hay que decir que el hecho de que esta primera ligazón con la madre se entienda como dual y previa a la relación con el padre, ha dado lugar a investigar esta vinculación como la que puede ayudar a entender los más auténticos deseos femeninos, ajenos a toda influencia de varón; a considerar las relaciones materno-filiales como el campo propio de la feminidad y del más prístino deseo de un hijo, no tomando en consideración, en ocasiones, la influencia que la experiencia edípica posterior ejerce sobre los recuerdos e interpretaciones dadas a esos originarios anhelos.

Ahora bien, no puede obviarse que una de las condiciones necesarias para la posibilidad de la procreación no es sólo desear ser madre o hacer un hijo, es menester admitir la función sexual que como mujer ocupa en la reproducción. Es decir, también tiene que generarse el deseo de tenerlo o recibirlo de un varón, de admitir el pene en la vagina y el feto en el útero. ¿Qué transformaciones tienen que darse en su psicosexualidad para que esto pueda suceder? ¿Cómo y por qué se produce la permuta de la madre por el padre y el cambio que posibilite el deseo de recibirlo?

4.2.2. La percepción de la diferencia anatómica produce una serie de efectos trascendentales para la construcción de la psicosexualidad de la niña: Envidia del

pene, alejamiento de la madre, abandono de la actividad fálica y ascenso de las metas pasivas estimulando el reconocimiento de la vagina. Todo ello contribuye a la ubicación de la niña en una posición edípica femenina.

He expuesto diversas razones que encuentra Freud para justificar el abandono de la madre como primer objeto por parte de la niña. Sin embargo, a pesar de constatar toda una serie de factores que lo expliquen, sólo encuentra uno que es específico de la niña, la percepción de la diferencia anatómica y el resultado que ello produce sobre la niña. Ese factor específico, dice Freud:

“Reside en el complejo de castración. Y en efecto, la diferencia anatómica [entre los sexos] no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (1933b, p. 115).

Y Freud nombra las tres posibles orientaciones de su desarrollo que pueden derivarse a partir de este punto, siempre que no se produzca una negación de lo percibido: una la llevaría a la inhibición sexual o la neurosis; otra al complejo de masculinidad y, la tercera a la feminidad normal (1933b, p. 117).

Ya en su artículo de 1925 *“Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos”* había señalado que la reacción

de la niña frente a la percepción de esta diferencia no es igual a la del varón.

“Ella nota el pene de un hermano o un compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia de pene” (Freud, 1925b, p. 270).

Y prosigue un poco más adelante:

“En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo” (1925b, p. 271).

Es decir, la niña percibe y emite un juicio negativo acerca de su propio órgano en comparación con el del varón¹⁴². Lo vive como un perjuicio, como una condición de inferioridad y genera una herida

¹⁴² Quiero señalar dos cuestiones:

1º Freud habla de “discernir” o de “formarse un juicio”, lo que significa un acto de reflexión no sólo una percepción. O cuando habla de que la niña “*percibe que es <<demasiado corto>>*” (Freud, 1924a, p. 185) evidentemente se está refiriendo a un parecer, una valoración de la niña. A pesar de que en 1931 en su texto “*Sobre la sexualidad femenina*” diga “*en algún momento la niña pequeña descubre su inferioridad orgánica.*” (1931, p. 22) o “*cuando la niña pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino*” (1931, p. 234) y parezca sostener la inferioridad anatómica. Entiendo que Freud no sostiene una inferioridad real, sino que expresa ese “enjuiciamiento” de la niña. Más adelante en ese mismo texto (1931, p. 241) dice que para entender el desarrollo sexual femenino no cabe explicarlo desde factores biológicos exclusivamente, o afirma que resulta indiferente que en el cuerpo existan diversas sustancias que produzcan excitación sexual. Esto es, si hablamos de psicosexualidad no es el cuerpo, sino la interpretación que se haga de él lo que resulta definitivo. El cuerpo interviene pero hay un sujeto que lo piensa y lo experimenta.

2º La niña percibe en el varón el órgano anatómico del que ella carece, percibe una diferencia, pero no enjuicia “existe esto y yo tengo otra cosa, la vagina” como será sostenido por algunos críticos a Freud como Karen Horney. Sino que su juicio es “existe esto y yo no lo tengo, o es demasiado corto”.

narcisista (Freud, 1925b, p. 272). La reacción de la niña es muy distinta a la del varón. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quisiera tenerlo. La niña quiere paliar la diferencia observada. Es decir, el complejo de castración en la niña incluye dos elementos: la percepción de la diferencia (en ello coincide con el varón) y la envidia. La diferencia anatómica la niña no la atribuye a un cercenamiento activo, a un acto sangriento de cortar, ni se liga al horror que esto provoca. No es angustia sino envidia a lo que da lugar esa percepción. De esta percepción de la diferencia se derivan, como he anticipado, tres posibles consecuencias:

1) O bien sobreviene el proceso de desmentida en el que la niña rehusaría aceptar el hecho de su castración, manteniéndose en la convicción de que a pesar de todo posee un pene; esto es, como si la “castración” no existiera, en cuyo caso se produciría la psicosis (Freud, 1925b, p. 271).

2) *“Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho”* (Freud, 1924a, p. 186), es decir en lugar de la renegación atenúa lo observado, o bien, adquiere la esperanza de recibir alguna vez un pene, igualándose al varón. Esto es, aparece el complejo de masculinidad. La niña rehúsa aceptar la castración, mantiene su masturbación clitoridiana y se identifica con la madre fálica o con el padre. Pero aunque la niña, dice Freud:

“Al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino, y por último, también a la madre.

Su amor se había dirigido a la madre fálica, con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor” (1933b, p. 117).

Es decir, la niña no infiere de entrada su “falta” como un carácter sexual, sino como algo que sólo la sucede a ella. Es la admisión de la falta en la madre la que produce el giro hacia el padre.

3) La tercera consecuencia es la aparición de la “envidia de pene”. En este tercer caso, tras captar la universalidad de la “castración” (Freud, 1924a, p. 186), se derivan varias consecuencias de esta envidia:

a) Una, como acabo de exponer, es el aflojamiento de los vínculos con la madre. A ella se le hace responsable de haberla concebido, parido de forma insuficiente (Freud, 1925b, p. 273, 1931, pp. 233-36 y 1933b, pp. 113-15). Para Freud, como vimos en el epígrafe anterior, la serie de desengaños, decepciones, celos o frustraciones anteriores –orales, anales e incluso fálicas- y su imputación a la madre, no son lo decisivo para apartar a la niña de la madre; no hacen más que tapar, a posteriori, lo que en realidad sólo surge en un último tiempo, en la fase fálica que cierra la serie de fase pregenitales.

b) Otro efecto de esta “envidia de pene” es el rechazo a la masturbación del clítoris, propio de la fase fálica y el abandono de toda sexualidad en general (Freud, 1931, pp. 231-34). Esta tendencia contra el onanismo, que no responde sólo al influjo

pedagógico de las personas encargadas de la crianza, lo atribuye Freud (1925b, pp. 273-74 y 1933b, p. 118) a que su goce es malogrado por la herida narcisista ligada a la envidia del pene.

c) Pudiera, asimismo, retener la masculinidad amenazada, bajo la fantasía de ser a pesar de todo un varón, lo que daría lugar a una homosexualidad manifiesta (1931, pp. 273-74).

d) Otro resultado sería mantener firme la esperanza de obtener el pene, transformándose esta expectativa en el fin vital (1931, p. 231). El complejo de masculinidad implicado en estas dos últimas consecuencias (c y d) refleja una doble y opuesta actitud, renegar de la castración lo que daría lugar como hemos visto a la psicosis o a la homosexualidad o, establecer una relación de competencia y venganza hacia aquel al que se le supone más privilegiado, tal y como ya había descrito Freud en “*El tabú de la virginidad*” (1918a, pp. 195 y 199-200). En este texto Freud habla de la hostilidad hacia el varón derivada de la “envidia de pene” y del narcisismo de las pequeñas diferencias.

e) La percepción de la diferencia y la subsiguiente envidia de pene la conduce, también, a abandonar su “masculinidad”, esto es su onanismo activo, fálico, relacionado exclusivamente con el clítoris, y a encaminarse por nuevas vías que la llevarían al despliegue de la feminidad. Es decir, se renuncia a una porción de actividad y la niña vira hacia una nueva zona erógena: la vagina. La primitiva zona erógena directriz en la niña no es la

definitiva. La vida sexual de la mujer, Freud (1931, p. 230) la entiende dividida en dos fases –masculina (en relación a la predominancia del clítoris y de la actividad fálica) y femenina (que alude a receptividad y libido activa pero de meta pasiva)-.

f) Otra consecuencia es el desplazamiento de la libido de la niña hacia una nueva posición. Se toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo (Freud, 1931, pp. 232 y 242). Esto es, se genera el cambio de objeto, de la madre al padre. Se produce el Edipo positivo, de modo que éste es el resultado final de un desarrollo más prolongado. El padre hereda la vinculación primera de la niña con su madre. Este complejo de Edipo positivo tampoco viene acompañado por la hostilidad que sí se percibe en el niño-varón hacia el padre. Por ello, a la niña le resulta difícil tramitar la hostilidad hacia la madre dirigiéndola al padre. Pero, además, este Edipo positivo no es destruido, como en el varón por influjo de la castración, sino que es creado por el complejo de castración.

Pues bien, como decía, la percepción de la diferencia anatómica provoca el abandono del primer objeto preedípico y edípico de la niña. Freud lo explicita en su artículo *“Sobre la sexualidad femenina”*:

“Al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer” (Freud, 1931, p. 235).

Cuestión que ya había anticipado en 1916 en *“Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”* (Freud, 1916g, p. 322).

Ahora bien, no se trata meramente de un cambio de objeto, dirá Freud (1931, p. 240). Al descenso de las aspiraciones sexuales activas se le agrega un ascenso de las pasivas. De modo que:

“El tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente. Ahora queda expedito para la niña el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada” (Freud, 1931, p. 241).

Luego, en la pubertad, influirán además los factores biológicos para también utilizar las aspiraciones activas y derivarlas hacia la feminidad. Influirá sobre la libido activa, pero para la psicología –dice Freud a propósito de la maduración sexual o de lo que hoy entenderíamos como hormonal- no es lo definitivo.

“El psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas –y por tanto modalidades de satisfacción- activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema” (Freud, 1931, p. 241).

Por tanto, no hay una feminidad “natural”, instintiva, una libido femenina frente a una libido masculina. La cuestión de la feminidad está planteada en términos de libido activa de meta pasiva. Pero no

excluye la presencia de libido activa o, en términos más polémicos, de masculinidad¹⁴³.

He hablado de cómo la niña gira hacia el padre, pero “¿cómo llega la niña a resignarlo (el objeto madre) y a tomar a cambio al padre como objeto?” se pregunta Freud (1925b, p. 270).

En síntesis, la percepción de la diferencia anatómica provoca una reflexión en la niña que juzga su anatomía como inferior a la del varón y desencadena la envidia del pene. Aunque en un principio –como el niño varón- infiere que esta falta sólo atañe a las niñas, después generaliza su reflexión a todas las mujeres, incluida su madre. Admite así la castración como un hecho consumado, fruto de la omisión de la madre.

¹⁴³ André (2002, p. 113-40) defiende que Freud al abandonar la tesis de la seducción por parte del padre perverso (1897c) deja de lado la idea de la seducción y feminidad originarias (anterior al establecimiento de la diferencia sexual) y con ello queda sin explicación teórica algo que, no obstante, si se le presenta a Freud en la clínica, como es, el conocimiento inconsciente de la vagina y su profunda represión (1905b; 1918 y 1919). Sólo bajo esta concepción podría sostenerse la inscripción en el cuerpo y en el inconsciente de la vagina, su represión y conflictividad, así como la consideración de la sexualidad humana como dividida en dos tiempos –uno infantil y otro en el desarrollo puberal-. La niña, como el niño, por efecto de la acción del adulto cuidador, está en una posición femenina o pasiva desde el punto de vista pulsional – en el sentido de que se siente invadida por un exceso de excitación, que para dominarla le exige identificarse con el polo activo. Para André, la idea de que los procesos psicosexuales de la pubertad son repetición de lo infantil, de los dos tiempos en el desarrollo sexual del ser humano, entra en contradicción con la de que la vagina, zona organizadora de la sexualidad de la mujer adulta, conforme a la segunda tesis freudiana, carecería de anclaje en la sexualidad infantil. Esta tesis freudiana de la acometida en dos tiempos de la vida sexual, sostenida todavía en “*Esquema del psicoanálisis*” (Freud, 1938, p. 151), entraría, para André, en contradicción con la tesis del conocimiento de la vagina en una segunda fase de la evolución de la sexualidad. ¿Dónde se ubicaría el primer tiempo?

Ahora bien, la percepción de la diferencia sexual genera varias posibles salidas: la renegación de ésta y como consecuencia la posibilidad de constituir una psicosis; el rehusar admitir la diferencia y el consiguiente complejo de masculinidad que podría conducir a la homosexualidad; la reivindicación permanente del pene y hostilidad hacia el varón considerado privilegiado; la inhibición de toda la sexualidad y, en el caso más favorable, la renuncia a la masculinidad y la aceptación de la feminidad y la función reproductiva.

Varias consecuencias se derivan de esta interpretación de la anatomía que no tienen equivalencia en el varón:

a) No aparece angustia o temor al cercenamiento como un acto violento, sino envidia de pene.

b) La niña acusa a la madre como la responsable de su inferioridad y a la que se le imputan, además, todas las decepciones y frustraciones anteriores.

c) Su goce fálico es arruinado debido a esta comparación desfavorable, lo que puede influir aniquilando toda sexualidad o disminuyendo la “masculinidad”. En este último caso, el clítoris deja de ser la zona erógena rectora, descubriéndose la vagina.

d) Se incrementan las metas pasivas, lo que va a favorecer y esbozar la feminidad y receptividad de la niña.

e) Se aparta de la madre y traslada esa primera ligazón al padre, dando lugar al complejo de Edipo positivo.

Pero ¿por qué busca al padre? ¿Qué espera del padre?

4.2.3. El complejo de Edipo positivo en la niña viene derivado del complejo de castración y la envidia de pene. La niña espera recibir del padre el pene del que se siente privada por la madre o, al menos, algo que la resarza de esta frustración: un hijo. La decepción frente a esta expectativa la hace oscilar nuevamente a su posición masculina previa, sin renunciar tampoco a la posición femenina alcanzada. La prohibición del incesto y la imposibilidad de lograr dichas expectativas finalmente culminará con el abandono paulatino de este complejo de Edipo positivo. No obstante, la envidia de pene dejará un poso en el inconsciente que movilizará sus deseos.

La sexualidad femenina difiere de la masculina en lo referente al hallazgo del objeto. Las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos, niños y niñas (Freud, 1931, p. 230 y

1933b, p. 104). En el varón, su primer objeto de deseo, precursor del primer objeto de amor, se relaciona con la madre, en tanto es la persona que le suministra el alimento y los cuidados del cuerpo. No es extraño que el objeto de amor se apunte en la persona que se encarga de proporcionar las necesidades vitales y que introduce la pulsión. En el caso de la niña, también es la madre su primer objeto. La niña se aparta de la madre, fundamentalmente, a causa de la castración. Es decir, la niña acepta ésta como un hecho consumado, no como el varón que teme su realización. Esto es, acepta no que en ella ya ha tenido lugar el cercenamiento, sino que ella no lo tiene porque no se lo dieron.

Cuando la niña generaliza la castración a todas las mujeres, incluida su madre, acepta la castración como un hecho. Ante la envidia de pene provocada por la percepción de la diferencia anatómica, la niña se aleja de la madre y establece una ligazón con el padre con la intención de obtener el pene que la madre le ha negado. Para que se establezca su posición femenina falta todavía un nuevo paso. El deseo de pene ha de ser sustituido por el de un hijo. Como Freud ya había constatado en *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* (1924a, p. 186):

“La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza –a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos- del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo”.

Se sustituye el deseo de pene por el de un hijo y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. Alberga la esperanza de

recibir, como regalo un hijo del padre, parirle un hijo. Freud (1925b, p. 274), además, constata en su experiencia clínica que en este momento las niñas empiezan a tener conocimiento de la vagina. La madre se convierte en objeto de sus celos y la niña deviene así una pequeña mujer. Esto es, la niña accede al complejo de Edipo positivo, éste es una formación secundaria que viene precedida por el complejo de Edipo negativo y preparado por el complejo de castración.

Pero así como en el varón el complejo de Edipo finaliza debido al complejo de castración, el de la niña se instala a causa de dicho complejo (Freud, 1925b, pp. 274-75). De modo que la diferencia entre el varón y la mujer en lo relativo a su desarrollo sexual es una consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella. Cuando Freud (1924a, p. 185), parafrasea a Napoleón y dice *“la anatomía es el destino”* está hablando de cómo incide el cuerpo, pero nunca ajeno a la vivencia que de él se tiene o a la interpretación que se da de él. En el varón la castración es vivida como una amenaza, en la niña como un hecho consumado o como una omisión. A ella no se lo dieron y busca quién se lo puede proporcionar. La niña entra una estructura reguladora de intercambios. Estamos dentro de la dinámica de los objetos parciales equivalentes simbólicamente e intercambiables. La castración, dirá Freud (1925b, p. 275) actúa como inhibidor y limitador de la masculinidad y promueve la feminidad. Pero en el caso de la niña Freud en *“Inhibición, síntoma y angustia”* (1926, p. 135) y en la *“32ª de las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: Angustia*

y *vida pulsional*” (1933a, pp. 80-81) sostiene que la angustia de base de la niña no es la de castración sino la de la pérdida de amor¹⁴⁴.

Dado que la castración es un hecho que ya ha producido el efecto de vincular incestuosamente a la niña con el padre, falta en la niña el motivo para que finalice el complejo de Edipo. Por ello la demolición de este complejo no es igual que en el varón. ¿Cómo se produce el fin del complejo de Edipo en la niña?

La niña permanece en el complejo edípico durante un tiempo indefinido. Freud en “*Pegan a un niño*” (1919, pp. 184-86) y en “*Más allá del principio del placer*” (1920, pp. 20-21) había señalado como los celos, el sentimiento de pérdida de amor y el daño narcisista contribuyen a poner fin al florecimiento temprano de la vida sexual infantil. En “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” (1924a, p. 186) atribuye el fin del complejo de Edipo en la niña al temor a la pérdida de amor y al rechazo del que forzosamente la niña se siente víctima por parte del padre. Rechazo que puede experimentarse de formas diversas: bien en forma de cualquier reprimenda o afrenta inesperada; bien por los celos provocados por el indeseado nacimiento de un hermano –prueba indudable de la infidelidad del amado-. Es decir, por celos basados en la preferencia del padre hacia la madre (Freud, 1919, p. 185; 1920, pp. 20-21). O finalmente, aunque no ocurra ningún acontecimiento exterior específico que justifique el rencor, la desilusión y el alejamiento del padre se produce por la falta de

¹⁴⁴ Lo que es común también en el niño en la medida en que la pérdida del miembro viril, dice Freud (1933a, p. 81) tiene como consecuencia la imposibilidad de una reunificación con la madre o con su sustituto en el acto sexual. En las fantasías, frecuentemente, el regreso al seno materno es el sustituto del deseo de coito con ella.

satisfacción esperada, por el retiro inevitable de la ternura que le prodigaba, por las exigencias crecientes de la educación y, por la continua denegación del hijo deseado (Freud, 1924a, pp. 181-86). Motivos más que suficientes para que la niña se aleje de su inclinación al padre. Es preciso señalar que también la niña ha experimentado la prohibición de la masturbación (Freud, 1925b, pp. 274-75 y 1931, pp. 234-41) y, aunque la amenaza no conlleve como sanción la castración ni implícita ni explícitamente, sí remite al miedo ante la pérdida de amor, a la posibilidad de que el adulto que prohíbe le retire su amor. Esto es, la interdicción del incesto, que el padre en el mejor de los supuestos tiene interiorizada, va a actuar como un elemento decisivo que contribuya a separar al padre de la niña y, evidentemente, a la niña del padre. Pero no existe un final tan preciso y tajante del final del Edipo en la niña como el que se produce por la amenaza de castración en el varón.

Ahora bien, aunque el complejo de Edipo se abandone paulatinamente porque el deseo de obtener como regalo un pene, o el de parirle un hijo no se cumpla, sin embargo, en su inconsciente, ambos deseos permanecen con una fuerte investidura y contribuyen a preparar a la niña para su posterior papel sexual (Freud, 1924a, p. 186). Como dice en *“Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos”* Freud (1925b, p. 276): *“Puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer”* o incluso dirá más tarde (Freud, 1931, p. 232) cabe la posibilidad de que nunca supere totalmente su complejo de Edipo.

El complejo de Edipo no deja de ser una suerte de tramitación provisional, una posición de reposo, pero no segura, que tarda en abandonarse. La niña retorna a la ligazón-madre resignada a consecuencia de su desilusión con el padre, e incluso en el curso de su vida repetidas veces cambia de una actitud a otra (Freud, 1931, p. 242). Sea como fuere, la niña decepcionada nuevamente del padre, gira en busca de la madre. Al malograrse la ligazón-padre, vuelve a atrincherarse en una identificación-padre, con la cual regresa nuevamente al complejo de masculinidad y se fija en él (1925b, p. 274).

Finalmente, como consecuencia de la admisión de la prohibición del incesto y la demolición del complejo de Edipo, en el caso ideal, se desexualizan –transformándose en mociones cariñosas- y subliman parte de estas investiduras libidinales, se incorporan los objetos al Yo y se instaura el Superyo femenino, que Freud (1925b, p. 276) explica nunca resulta tan implacable como el masculino¹⁴⁵. La forma de insertarse en la cultura es pues también diferente para la mujer¹⁴⁶, pero

¹⁴⁵ Freud, a mi entender, está hablando del Superyo femenino, derivado de la interiorización de la prohibición del incesto en un sujeto que se posiciona como ser femenino, y lo diferencia de un Superyo masculino, propio de un sujeto en posición masculina. Puesto que unas líneas más abajo (Freud, 1925b, p. 2716) expresa “*todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto*”, entiendo que está hablando del Superyo femenino no del Superyo de la mujer. Por otra parte, desde su posición masculina, la niña identificada con un varón, interioriza también un Superyo prohibidor del incesto.

¹⁴⁶ Aunque sea diferente su forma de entrar en la cultura, sin embargo, la cultura impone a la mujer que represente los intereses sexuales y familiares, limitando los destinos de su pulsión a la transformación en lo contrario o a la sublimación circunscrita al ámbito familiar, -haciendo uso de sus pulsiones anales: a la higiene, orden-, o inhibiendo en su meta la sensualidad –cuidando los hijos-. Quizá el que en la actualidad existan más posibilidades tanto de gozar de su sexualidad como de

en virtud del ordenamiento o estructura cultural que le precede y del tipo de relaciones intersubjetivas se va a construir su aparato psíquico, tal y como vimos en el epígrafe 3.2. y al hablar de las identificaciones.

En resumen, defraudada por la falta que ha observado en su cuerpo en comparación con el del varón, por la herida narcisista que le supone, la niña se dedica a explorar qué otros objetos existen, iniciando la búsqueda en una serie simbólica de objetos equivalentes, intercambiables y sustituibles. Entra, así, en el complejo de Edipo positivo, buscando al padre y el pene.

Es al padre hacia quien se dirigen ahora las demandas que se encaminaban anteriormente a la madre. Ésta, reconocida como castrada, no puede darle aquello de lo que ella misma carece. La niña espera que sea el padre el que le pueda proporcionar el pene o, al menos, le dé como sustituto un hijo. El padre pasa a ser el heredero del complejo de Edipo negativo o de la vinculación originaria con la madre. Es decir, la niña se ubica en esta posición femenina –receptiva– en la que espera obtener como regalo un hijo del padre. La castración ha incidido en favorecer la feminidad. La niña abandona su posición edípica negativa y entra en el complejo de Edipo positivo por efecto de la castración. La antigua

sublimar fuera del ámbito doméstico, pueda explicar que el interés de la mujer no esté tan focalizado en conseguir el hijo, sino en participar y lograr otros fines que contribuyan al desarrollo de la cultura.

hostilidad hacia la madre se fortalece ahora al ser rival en la relación con el padre.

Sin embargo el padre –en la medida en que tiene interiorizada la prohibición del incesto- también la va a decepcionar al no satisfacer esos deseos. Es la madre, transformada en competidora, la receptora de las atenciones paternas. Decepcionada por el padre, retorna nuevamente a la madre. Pero esta madre está condenada a defraudarla nuevamente. No es posible obtener la satisfacción esperada. La madre no puede dar el pene porque no lo tiene. El padre tampoco. No es posible y, además, está prohibido. Pero no hay, como en el varón, un corte radical con el objeto edípico, provocado por la amenaza de cercenamiento activo. En el caso de la niña hay que hablar de una angustia ante la pérdida de amor más que de angustia de castración.

Es decir, asistimos a una serie de oscilaciones entre sus objetos de amor y en sus identificaciones. De la madre al padre y de éste nuevamente a la madre, si bien, no de la misma forma en que accedió primeramente a ella. Este nuevo investimento materno está teñido por el Edipo positivo. La niña se identifica con los objetos perdidos. Hay, por tanto, identificaciones madre-fálica, identificaciones-padre, identificaciones-madre-faltante. Ubicarse como mujer implica identificaciones masculinas y femeninas. Las primeras quedarán como condición para una posible sublimación (profesional o artística). Las segundas se constituirán a partir del complejo

de masculinidad, del deseo de recibir, primero un pene (sería la negación de su condición anatómica y de la feminidad), y después un hijo como objeto sustitutivo que la resarza. Se abrirá una vía para sublimaciones.

Ahora bien ¿por qué se produce este deslizamiento del deseo de un pene al de un hijo? ¿De qué se está hablando cuando se utiliza la expresión “envidia de pene”? ¿Qué es lo que se envidia y desea? ¿El pene anatómico? ¿Un pene en lugar del clítoris? ¿Un pene como negación de su realidad física? ¿Un hombre como apéndice del pene o que le proporcione éste? ¿Un hijo como fetiche? ¿El deseo adulto de gozar de un pene en el coito? Y, por otra parte, ¿el hijo sustitutivo deseado es expresión incuestionable de feminidad? o ¿El deseo de un hijo puede ser expresión de un complejo de masculinidad o incluso de negación de la castración? ¿Cómo diferenciar?

4.2.4. Del deseo de un pene al deseo de un hijo. El pene como representación de la plenitud narcisista y del goce fálico es envidiado por la niña. El desplazamiento inconsciente del deseo de un pene al de un hijo se sustenta en asociaciones lingüísticas o en sus experiencias libidinales en relación con la fase anal. Además, heces, pene, e hijo, en tanto que partes separables del cuerpo, participan de elementos comunes y son equivalentes en el

inconsciente. Se asocian a la idea de regalo que puede ser negado o dado por amor. El deseo incestuoso de un hijo del padre viene a ocupar el deseo previo de la posesión de pene. El proceso está surcado por múltiples desplazamientos y renunciaciones. Aunque la envidia de pene perviva en el inconsciente como “roca base”, la prohibición del incesto le otorga un significado estructuralmente distinto.

La tesis de la libido única contraviene la de la naturaleza instintiva de la sexualidad. La niña tiene que desprenderse de un primer objeto de su mismo sexo, la madre, para elegir otro de sexo diferente. Hemos visto también que la sexualidad infantil de la niña, como la del varón, se organiza en torno al falicismo. La percepción de la diferencia anatómica en un ser similar y el enjuiciamiento por parte de la niña de que su cuerpo es inferior, provoca una herida narcisista, el deseo de querer ser un varón y disponer de un pene como él.

El pene se transforma en un objeto idealizado -único y deseable- que concentra todos los valores y poderes. Y clítoris se convierte en un órgano devaluado. Lo que comienza como una relación de tener o no tener evoluciona hacia una relación de ser. La posesión de dicho órgano puede restablecer su condición de ser pleno, no dañado narcisísticamente, de un ser capaz de un goce ilimitado, de un ser evidentemente no castrado. Freud (1940, p. 301) en unas brevísimas notas tituladas “*Conclusiones, ideas, problemas*” dice “En

sustitución de la envidia de pene, identificación con el clítoris, buenísima expresión de la inferioridad, fuente de toda clase de inhibiciones". Entiendo que aparte de estar hablando de la inhibición, está mostrando cómo la no posesión o la pérdida del órgano idealizado se transforma en una identificación con el clítoris, lo que justifica su sentimiento de "ser inferior".

La niña entra en el complejo de Edipo por el descubrimiento de la castración (suya y de la madre) y la "envidia de pene" y, se manifiesta en el deseo de tener un hijo del padre. ¿Por qué se produce este deslizamiento? ¿De qué tipo de deslizamiento se trata?

Este desplazamiento inconsciente del pene al hijo ha sido abordada por Freud en varios textos. En primer lugar, en "*Tres ensayos de teoría sexual*" en un párrafo añadido en 1915 (Freud, 1905, p. 169). Pero donde lo afronta más detenidamente es en 1917 en su artículo "*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*". También en "*El sepultamiento del complejo de Edipo*" (1924a), donde explica, refiriéndose a la niña, como "*su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo*" (Freud, 1924a, p. 186); deseo que no se cumple nunca y que determina el abandono del complejo de Edipo, como he expuesto en el anterior epígrafe.

Sin embargo Freud subraya la idea de que "*ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en el inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al*

ser femenino para su posterior papel sexual” (1924a, p. 1186). En su breve y condensado artículo “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*” (Freud, 1925b, p. 274) vuelve a abordar esta equivalencia simbólica pene=niño y explica que al padre como objeto de amor se accede por el deseo libidinal y narcisista del pene. De igual modo, en la “32ª Conferencia: *Angustia y vida pulsional*” dice que en el inconsciente heces-dinero-regalo-hijo-pene son tratados como equivalentes y “*subrogados mediante símbolos comunes*” (Freud, 1933a, p. 93) y que en la niña “*el deseo de poseer un pene, enteramente afemenino, se trasmuta en el deseo de tener un hijo, y luego en el de tener un varón como portador del pene y dador del hijo*” (Freud, 1933a, p. 94).

Son varias las transformaciones que han de producirse y que es menester explicar. Del pene al hijo pero también, del envidiado pene - como posesión propia (libidinal y narcisista) que sustituya al devaluado clítoris- al pene en tanto que objeto libidinal ubicado en otro. Es decir, del anhelo de un pene propio al de un pene ajeno, pero también de un pene en el exterior del cuerpo (deseo masculino) a un pene en el interior, en la vagina (deseo femenino). Y de ahí, al padre como apéndice o portador del pene. O al menos, y esta es otra transformación, al hijo que ese otro –el padre- puede regalar como muestra de amor. Esto es, aquí también ha de producirse una mudanza, del pene al padre como objeto sexual, capaz de regalar por amor. De ese otro –el padre- a un varón no incestuoso. Y por último, ese hijo deseado inicialmente como objeto fálico y narcisista -pulsional- mero sustituto del pene, ha de ser cambiado en un hijo como objeto libidinal incestuoso, es decir, un hijo obsequiado primero por el padre y luego

transformarse en un hijo dado por un varón sometido a la ley de prohibición del incesto. Un hijo con el que deberá establecer también una vinculación sometida a la regulación de las relaciones paterno-filiales que la cultura impone. O sea, a la prohibición de mantener con él una relación incestuosa. Un hijo que, si bien en un primer momento ocupará ese lugar fálico y narcisista, deberá –tanto por el lado de la madre como por el del hijo- ubicarse en otro lugar. En todo el proceso hasta llegar a desear un hijo hay varios canjes y renunciaciones que realizar.

En la “33ª Conferencia: La feminidad” (1933b, p. 119) afirma que el deseo primigenio de tener un hijo de la madre –o de transformar en activo lo vivido pasivamente¹⁴⁷ - deviene deseo de un hijo del padre a través del deseo del pene. Y explica cómo el afán por un hijo se transforma en una meta del deseo femenino. Nuevamente en “*Análisis terminable e interminable*” (1937) también sostiene la idea de que el complejo de masculinidad influye de manera permanente sobre el carácter y explica que “*grandes sectores del complejo son trasmutados de manera normal para contribuir a la edificación de la feminidad; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene*”, pero también afirma que “*con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconsciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores*” (1937, p. 252).

Freud en el artículo mencionado de 1917 “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” al hablar

¹⁴⁷ Pasividad que como han señalado Laplanche (1992, pp. 105-06) y André (2002, pp. 126-30), se refiere al orden de lo pulsional, no a lo autoconservativo y que se transforma en activa como forma de dominar la intromisión que desborda al yo.

de las trasposiciones de la pulsión nombra otras que no atañen específicamente al erotismo anal. Así, dice:

“En las producciones de lo inconsciente -ocurrencias, fantasías y síntomas- los conceptos de <<caca>> (dinero, regalo), <<hijo y pene>> se distinguen con dificultad y fácilmente son permutados entre sí”.

Y unas líneas después continúa:

“Esos elementos a menudo son tratados en lo inconsciente como si fueran equivalentes entre sí y se pudiera sustituir sin reparo unos por otros” (Freud, 1917, p. 118).

Y casi de inmediato prosigue:

“Esto se aprecia mejor respecto de los vínculos entre <<hijo>> y <<pene>>” (p. 118).

Freud da un significado simbólico a estas equivalencias. Ambos términos se sustituyen por un símbolo común tanto en el lenguaje simbólico inconsciente del sueño como en el de la vida cotidiana. A ambos, y al genital femenino se les denomina “pequeño”. Freud, tempranamente, en “*La interpretación de los sueños*” (1900a, p. 367-69) había explicado ya un sueño que ilustraba ese símbolo común para “hijo” y “pene”. Se trata, por tanto, de algo que acontece en el inconsciente, siguiendo las leyes de éste. Se está refiriendo al funcionamiento del inconsciente de acuerdo con el desplazamiento típico del proceso primario.

Como acabo de exponer, Freud (1917, p. 120), a través de los sueños de las mujeres, constata esta equivalencia pene=hijo y explica cómo a partir de la envidia del pene, la niña aspira a un hijo como sustituto y de ahí la búsqueda de un varón que proporcione en el coito el pene. Es decir, el deseo de un hijo conduce al deseo del varón (p. 122) y no a la inversa. Idea que, como veremos en breve, es defendida también en otros textos. El deseo genital, el coito, es para Freud, fruto de varias sustituciones. En vez del pene envidiado, un regalo, un hijo. En lugar de éste o con medio para obtener éste, el pene en el coito. En otra serie de sustituciones, como alternativa al pene no otorgado por la madre, el que se esperaría del padre. Y en lugar del pene de este último, otro cambio, el pene de un varón no prohibido por el incesto.

Pero volvamos a la pregunta de ¿en qué consiste estas equivalencias y por qué se produce ese desplazamiento del pene al niño? Freud sostiene que no sólo existe una equivalencia simbólica y lingüística derivada de las palabras “pene” “hijo” ambas asociadas o denominadas como “el pequeño” (*das Kleine*). También proviene de la asociación entre las heces -investidas libidinalmente y desprendidas del cuerpo por el intestino- y el hijo -concebido vía oral y parido por el ano, según la teoría infantil de la cloaca-, de la que ya he hablado y que Freud expone en “*Sobre las teorías sexuales infantiles*” (1908a, p.195), en el análisis del caso Juanito y del hombre de los lobos. No se trata sólo de una mera sustitución simbólica (de una representación a otra), sino también de una sustitución cargada de afecto. El hijo es, por tanto, considerado también un objeto libidinal. Si una parte del interés libidinal por las heces se continúa en el afán por el dinero, otra se

transfiere al deseo de un hijo, coincidiendo así la moción anal-erótica y la genital (1917, pp. 120-21). Freud explica que

“Cuando el interés por la caca retrocede de manera normal, la analogía orgánica aquí expuesta (se refiere a los nexos entre el pene-bolo fecal-niño y entre mucosa anal-intestino-vagina) hace que aquel se transfiera al pene. Si luego en la investigación sexual se averigua que el hijo ha nacido del intestino, él pasará a ser el principal heredero del erotismo anal, pero el predecesor del hijo había sido el pene, tanto en este como en aquel sentido” (p. 121).

Es decir, el hijo es heredero de un pene interno que excita la mucosa.

Pero también se asocia a la idea de “regalo”, como lo refleja el uso lingüístico “recibir el regalo de un hijo”. El *“hijo puede concebirse como prueba de amor, como regalo”* (Freud, 1917, p. 123). El dinero ha sido para el niño un obsequio de sus padres o sus heces han sido concedidas a su madre como don y expresión de amor. El hijo es por tanto, inequívocamente, muestra de amor.

Freud (1917, p. 119) menciona cómo el deseo de un pene - expresivo de la disposición masculina de la niña- es sustituido por el de un hijo en unos casos, mientras que en otros no se registra en absoluto esta envidia de pene siendo ocupada directamente por el deseo del hijo. Y *“en otras mujeres, aún, se averigua que ambos estuvieron presentes en la infancia y se relevaron el uno al otro. Primero quisieron tener un pene como el varón y en una época posterior, siempre dentro de la infancia, apareció en su reemplazo el deseo de tener un hijo”* (p. 119). Y poco después explica que *“el*

deseo del pene sería en el fondo idéntico al deseo del hijo” (p. 119). Se trata, por tanto, de algo que forma parte del inconsciente y que fue reprimido como todos aquellos otros contenidos de esta etapa infantil. Sin embargo, no es que esté ausente, tal y como expuse en el epígrafe 3.1.5., el proceso primario, modo de funcionamiento del inconsciente, sigue dominando subyacente tras el funcionamiento del proceso secundario.

¿Cuál es el destino de ese deseo infantil de pene en aquellos casos en que en la vida posterior de la mujer no se desencadena la neurosis?, se pregunta Freud. *“Se muda entonces en el deseo del varón; el varón es aceptado como un apéndice del pene. Mediante esa mudanza, una moción contraria a la función sexual femenina se convierte en una favorable a ella”* (1917, p. 119). Se espera que, primero el padre y tras la interdicción del incesto, un varón le proporcione, por amor, el hijo. Entiendo que Freud está hablando del pasaje del deseo de un pene, al amor del varón que lo porta o del anhelo del hijo a la búsqueda del amor de un hombre. Pero también del anhelo de un pene propio y externo al de un pene ajeno del que gozar en el interior del cuerpo. Pasando por el deseo de un hijo en el interior y como parte de su propio cuerpo.

Es decir, como sintetizará Freud en *“Esquema del Psicoanálisis”*:

“La añoranza de poseer un pene, añoranza en verdad insaciable, puede llegar a satisfacerse si ella consigue totalizar el amor por el órgano como amor por el portador de este, como en su tiempo aconteció con el progreso del pecho materno a la persona de la madre” (Freud, 1938, p. 194).

El proceso continuaría en el pasaje del hijo regalado, desde el interior de su cuerpo al exterior en el parto; con la renuncia al hijo como parte de ella misma y la constitución del hijo como un cuerpo ajeno al que amar narcisistamente en la medida en que fue parte de uno mismo y objetivamente en la medida en que ya no lo es. Si bien el proceso no implica que no queden “flecós”, que no perdure la primigenia “envidia de pene”. El hijo es parte de uno y parte ajena; reemplaza a un objeto parcial envidiado y anhelado y ha de ser reconocido como un objeto total al que amar; alude a una herida narcisista y a la posibilidad de restituir el daño. Todo este conjunto de expectativas confina al niño a una posición de objeto de la madre, remite al padre prohibido y al varón elegido como objeto de amor ulterior; evoca la primigenia, intensa y ambivalente vinculación con la madre y obliga a una nueva separación y pérdida de aquella unión.

Freud (1917, p. 119) explica cómo, de este modo, le es posible a la mujer aunar el amor de objeto con el amor al modo narcisista. *“Ya hemos dicho que en otros casos es sólo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente, también en este punto el hijo puede ser subrogado por el pene”* (p. 119). Como expuse al hablar del narcisismo¹⁴⁸, una parte del propio cuerpo es tratada de un modo parecido al que se daría a un objeto sexual. *“Lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias a estos manejos alcanza satisfacción plena”* (Freud, 1914, p. 71). El hijo, producto exterior derivado del propio cuerpo, es tratado

¹⁴⁸ Ver epígrafe 3.2.3.1.1.

como un objeto sexual. Es ubicado como objeto libidinal, sustituto del pene, pero también un objeto narcisista, sobreestimado por la madre, alguien con el que la madre logra su pleno amor de objeto, alguien dotado de todas las perfecciones (Freud, 1914, p. 86). Es decir, alguien a quien no le afecta limitación alguna pero también, entiendo, alguien que haga sentir a la madre como plena, no castrada, inmortal, alguien que satisfaga el narcisismo materno o que tapone el complejo de castración o la inconsciente envidia de pene infantil. El niño es ubicado en el lugar del “falo” anhelado¹⁴⁹. No sin razón descubre Freud (1905, p. 203 y 1914, p. 71) que la madre ha sido la primera seductora tanto por los cuidados otorgados al bebé como por el fantasma que subyace en dichas atenciones.

También en esta conferencia de 1933 sobre la feminidad señala Freud que el hijo varón, en cuanto que portador de pene:

“Brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar la madre respecto de él” (Freud, 1933b, p. 124)¹⁵⁰.

¹⁴⁹ Si hablamos con precisión, ya lo he explicado, no es la envidia del pene en cuanto órgano real, sino el “falo” en tanto representación.

¹⁵⁰ Ya en la “13ª de las Conferencias de Introducción. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño” (1916, p. 188) y en la nota nº 2 a pie de página del texto “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (Freud, 1921, p. 96), también menciona que la relación madre-hijo varón, en razón de la vinculación narcisista en que se funda, es la única que no lleva aparejada rivalidad o ambivalencia. De igual modo en “*El malestar en la cultura*” señala cómo en toda relación humana está presente la agresividad como

Evidentemente Freud está hablando de la posición fálica en la que la mujer ubica al hijo. ¿Quién o qué pone límites a la madre?

He señalado cómo el deseo que hace buscar al padre es el del pene denegado por la madre. “*La situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo de un hijo*” (Freud, 1933b, p. 119). Ahora bien, Freud (1933b) en esta misma conferencia abunda en la idea de que en ese deseo de un hijo del padre lo prioritario recae sobre el hijo –por su equivalencia al falo- y no tanto en el padre. Así, afirma explícitamente “*en la expresión compuesta <<un hijo del padre>> muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre*”. De modo que “*el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia*” (p. 119). Cabe preguntarse ¿de qué depende entonces que sea un deseo femenino y no mera expresión de su complejo de masculinidad? ¿Sólo de que busque un varón que se lo proporcione? Pero ¿qué busca en ese varón? ¿obtener un hijo sustituto del pene, un pene real como don o el pene paterno en el coito, y llegado el caso retenerlo definitivamente dentro de sí?¹⁵¹

La percepción de la diferencia anatómica y la interpretación de ésta como una falta en ella –en la madre, en la mujer- hace entrar en una estructura edípica prohibida y en un orden simbólico de objetos

trasfondo de todo vínculo de amor y ternura, “*con la única excepción del vínculo de amor que une a su madre con su hijo varón*” (Freud, 1930, p. 110).

¹⁵¹ Como lo explica Freud en “*El tabú de la virginidad*” (1918a, pp. 199-200)

intercambiables que se dan o reciben por amor. La niña entra en el complejo de Edipo precisamente al transferir el deseo de hijo=pene al padre. ¿Cómo concluye finalmente ese deseo incestuoso de un hijo, sustituto del pene? Aunque Freud en su conferencia sobre “*La sexualidad femenina*” (1933b, pp. 116-23) expone que en esta situación la niña permanece por un tiempo indefinido y, que la castración –envidia de pene- que condujo precisamente hacia el padre no puede ser la causa de su terminación, también defiende que finalmente la niña abandona dicha posición, aunque de forma incompleta. Es decir, más que una resolución del Edipo lo que hay es un deslizamiento, un desplazamiento del padre a otro hombre. La envidia de pene es conservada en el inconsciente largamente -incluso aunque su conocimiento de la realidad le haga ver lo inalcanzable de tal deseo- y retiene una considerable investidura energética. Energía que puede ser utilizada para la sublimación. Ahora bien, como consecuencia del fin -o de la disolución más o menos lograda- del complejo de Edipo, y esto es lo fundamental, también en ella se producen identificaciones con el padre y la madre, también en ella aparece el Superyo. Y recordemos que en el “*El yo y el ello*” Freud dice: “*El superyo se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno*”¹⁵². *Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aún, de una sublimación*” (Freud, 1923, p. 55). Es a partir de este momento cuando los antiguos deseos libidinales son reprimidos, inhibidos en su meta dando lugar a los sentimientos tiernos, o utilizados para la sublimación.

¹⁵² Aquí paterno remite al superyo de ambos.

También Freud (1914, p. 86) en *“Introducción del narcisismo”* explica cómo el hijo amado, fruto del propio cuerpo materno, objeto del narcisismo primario, será reconocido como otro ajeno con el que establecer una plena relación objetal. El hijo, objeto sexual y narcisista, después sólo recibirá manifestaciones de esos deseos sexuales inhibidos en su fin, en forma de ternura. De modo que Freud (1914, p. 87) afirma *“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado”*. Y continúa explicando cómo permanecen siempre manifestaciones de esa ansia de inmortalidad y de narcisismo que se deposita en el niño. Cuestión que abordé en el epígrafe 3.2.3.1.1. No obstante, también en ese mismo texto Freud (1914, pp. 90-91) señala que este narcisismo originario cayó como consecuencia del complejo de castración y de la construcción en el interior de sí de un ideal con el cual medirse. Ideal que es el sustituto del narcisismo perdido de la infancia. Es decir, la madre –que primero fue niña- construyó un nuevo ideal sometido a unas normas culturales, lo que le ayuda a la sublimación.

La historia peculiar de ella influirá en su ulterior elección de objeto de amor. Podrá elegir un hombre siguiendo el ideal narcisista del varón que le hubiera gustado ser, o según el modelo paterno, o transferirá sobre él también la primitiva ambivalencia que experimentó en la relación con la madre. Pero, parte de estos anhelos centrados en el pene y en el hijo, sufrirán un cambio trascendental derivado de la

admisión de la prohibición del incesto y de la instalación del Superyo¹⁵³.

Tres cuestiones querría señalar:

En primer lugar, si el hijo constituye un equivalente fálico para la madre, si el hijo es un objeto narcisista y pulsional, el parto como señala Laplanche (1980a, p. 37) puede ser considerado fantasmáticamente una castración para la madre -en la medida en que es separada del niño- y quizá un precedente de la castración para el hijo¹⁵⁴. No por lo que biológicamente está en juego sino por cómo subjetivamente es vivido. En cualquier caso implica la renuncia al hijo como parte del propio cuerpo y admitir el desprendimiento de algo tan valioso, si bien la posibilidad de “disfrutarlo” afuera, en el hijo recién nacido.

¹⁵³ Freud (1931, pp. 238-39) insiste en la idea de la interpretación que con posterioridad adquieren experiencias previas. La percepción de la diferencia anatómica y la admisión de la universalidad de la castración provoca recuerdos e interpretaciones acerca de hechos que acaecieron antes, alterados por experiencias posteriores. No se trata sólo de un efecto acumulativo. Lo importante no es tanto la experiencia en sí –o las múltiples vivencias- como el recuerdo y lo que este despierte (tal y como expuse en el epígrafe 3.1.2.). Tras haber experimentado y no negado la envidia de pene, las vivencias primeras son recordadas e interpretadas de otra forma. Pero también tras la admisión de la prohibición del incesto y la instauración del Superyo lo que podía ser vivido como deseable produce angustia. Lo incestuoso pasa a ser considerado algo malo y la renuncia por el contrario es buena. Lo bueno y lo malo no coincidirán necesariamente con lo placentero y agradable.

¹⁵⁴ Rank (1924) ha señalado que el trauma del nacimiento como el precursor absoluto de la castración y la angustia infantil tendría su precedente en la angustia vivida en ese momento. El análisis tendría por objetivo superar dicha experiencia. Sin embargo Freud en los capítulos VIII y X de *“Inhibición, síntoma y angustia”* (1926, pp. 125-35 y 141-46) había criticado esta idea, al señalar que el bebé, aunque tuviera tal vivenciar fisiológico –constreñimiento, cambios de temperatura, asfixia parcial-, no podría haber memorizado dicha separación, sino que sería un vivenciar meramente fisiológico. Tal interpretación del parto se trataría más bien de una subjetivización posterior construida sobre esas experiencias fisiológicas.

En segundo lugar, que si es precisamente la equivalencia pene=hijo lo que busca la madre en el hijo, entonces ¿Por qué la madre no se transforma en una perversa y permanece fijada al hijo como objeto pulsional sexual u objeto fetiche¹⁵⁵? Si el deseo de un hijo repite el anhelo inconsciente de un pene, ¿puede expresar también la compulsión a la repetición y la dificultad para encontrar –y admitir– otra representación equivalente? ¿La relación con el hijo no podría mostrar también el goce mortífero que Freud en “*Más allá del principio del placer*” (1920, p. 61) califica como de mayor intensidad que el que procura el “principio del placer”? ¿No podría el deseo y la relación con el hijo responder a un goce repetitivo, ligado incluso al aumento de tensión, al dolor? ¿No podría indicar un goce perverso íntimamente relacionado con el masoquismo femenino? ¿Qué lleva a la madre a renunciar a esa relación altamente “satisfactoria” con el hijo? ¿O a prohibir esta vinculación sumamente intensa con la hija? ¿Por qué la madre, seductora en un primer momento, renuncia o prohíbe en otro tiempo posterior?

No podemos olvidar que la madre, en tanto que fue niña, vivió su propio proceso de separación de su madre, estuvo ubicada como “ideal narcisista” para ésta, hubo de abandonar la vinculación tan

¹⁵⁵ Freud aborda la cuestión del fetiche como un objeto que “desmiente” la distinción anatómica de los sexos y como falo de la mujer (de la madre), en varios textos. En “*La organización genital infantil*” (1923b), “*El problema económico del masoquismo*” (1924), “*La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*” (1924b) y en “*El fetichismo*” (1927). El fetichismo implica una escisión del yo del sujeto.

intensa que sostuvo con ella¹⁵⁶, admitir la diferencia anatómica y renunciar al amor incestuoso que vivió respecto a su padre. Es decir, la renuncia al hijo tendrá que ver con la posibilidad de que la madre haya logrado aunar y totalizar el objeto de amor, reconocer la diferencia sexual, abandonar la pretensión de colmar como “niño maravilloso” a la madre y desistir de las investiduras de objeto que había depositado en sus progenitores.

Depende, también, del modo en que la madre erija el Superyo e interiorice la prohibición del incesto. No en vano el Superyo se ha constituido como instancia con la función de ejercer de conciencia moral y de Ideal del yo. El Superyo actúa imponiendo esa limitación moral a sus deseos reprimidos. Es decir, la prohibición del incesto además de afectar al niño que se desarrolla, afecta también a una madre como sujeto deseante conformado en el seno de la cultura. La madre ha de hacérsela notar al hijo. Ha de mostrarle que su objeto sexual no es él. Como dice Freud en la 31ª de las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis *“La descomposición de la personalidad psíquica”*:

“Por regla general, los padres y las autoridades análogas a ellos obedecen en la educación del niño a los preceptos de su propio superyo. No importa cómo se haya arreglado en ellos su yo con su superyo; en la educación del niño se muestran rigurosos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia infancia, están contentos de poder identificarse ahora plenamente con sus propios padres, que en

¹⁵⁶ Serge Leclair (2001, pp. 9-29) en su obra *“Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte”* sostiene la necesidad ineludible de “matar” a ese niño ideal (o terrorífico) en la que todo ser estuvo ubicado, de salir de esa posición en la que el niño no es más que un objeto narcisista –fálico- para la madre.

su tiempo les impusieron a ellos mismos esas gravosas limitaciones” (1933, p. 62).

Y en tercer lugar, cuando Freud dice que la vinculación del bebé con la madre se va a pique precisamente a causa de la intensidad de dicha relación, de las inevitables decepciones y de la consecuente hostilidad y reproches hacia ella, cabe preguntarse ¿sólo del lado del hijo provienen las ambivalencias? Lo que se produce en el niño, con sus diferencias, ¿no sería de aplicación también a la madre? Si la vinculación de la madre con el hijo está atravesada por un proceso tan sumamente complejo y largo, pleno de sustituciones y renunciaciones ¿podemos pensar que no estará también inundada de decepciones, de hostilidad y reproches? Si se trata de una relación tan sumamente intensa y vital para la madre ¿no sería fácil también que se produzcan engaños que despierten la hostilidad materna? ¿Habría que ignorar la presencia de los componentes tánicos intrincados también en el deseo y en el amor?¹⁵⁷

Entiendo que Freud en un afán por subrayar la importancia de esa vinculación madre-hijo, está idealizando la maternidad y pasando por alto el cambio estructural que la Ley de interdicción del incesto, como fundamento de la cultura, impone. Pareciera que fijara -incestuosa o perversamente- la madre al hijo¹⁵⁸, o quizá sería más

¹⁵⁷ Tal y como expusimos en el epígrafe 3.2.1. relativo a la pulsión de muerte.

¹⁵⁸ Aunque Freud identifica la ecuación simbólica que conduce de la envidia de pene al deseo de un hijo, desde mi punto de vista, queda demasiado apegado a la igualdad real o imaginaria entre falo, pene e hijo. No termina de concebir el falo como representación del deseo, sino como del deseo específico de un hijo, de modo que más que hablar del deseo de la mujer afronta el deseo de la mujer sólo en tanto que

exacto decir, está percibiendo cómo se fija en el inconsciente de las mujeres un ideal cultural que pretende suturar el deseo de la mujer en un deseo único: tener un hijo.

Quiero apuntar, no obstante, que a pesar de que en muy diversas ocasiones Freud (1916 p. 188; 1921, p. 96; 1930, p. 110 y 1933b, p. 124) sostiene esta idea de la vinculación sexual, perfecta, irrestricta y plenamente satisfactoria entre madre e hijo, en 1908 en su obra *“La moral sexual <<cultural>> y la nerviosidad moderna”* al hablar de las mujeres, matiza *“a quienes les basta, sí, el lactante pero no el hijo crecido, como sustituto del objeto sexual”* (Freud, 1908b, p. 174). Sólo la relación madre-hijo varón no crecido, está exenta de toda ambivalencia. Entiendo que si Freud reduce a la relación con el hijo lactante, está señalando que “algo” ha sucedido después –la prohibición del incesto que ella tiene incorporada– que cambia la situación. De modo que la madre podrá auxiliarse de la sublimación para buscar otras formas de satisfacción no centradas en el hijo.

Sea de forma más o menos incompleta, los deseos libidinales hacia el hijo, si la madre hizo suya la interdicción del incesto, serán removidos, se manifestarán como ternura o serán utilizados en provecho de la cultura. Entonces, a pesar de que Freud considera en la mayoría de sus textos la relación madre-hijo la única totalmente satisfactoria, en *“El malestar en la cultura”* defiende que no es

madre. Cuestión que seguirá pendiente en los psicoanalistas posteriores tanto en los de la Escuela de Viena como en la de Londres y será fundamentalmente Lacan quien, al diferenciar tres ordenes distintos (real, simbólico e imaginario) y al señalar la importancia de la estructura del lenguaje en el ser humano, hará este señalamiento del falo como significante de una falta pero también del deseo.

posible un goce sin límite, sin normas. Es obligado el desplazamiento libidinal y la sublimación de las pulsiones presta su auxilio (1930 pp.77-79). Lo veremos.

En síntesis, la envidia de pene surge en una relación especular en la que la niña compara la imagen de su cuerpo con la de otro al que parece no faltarle nada. Como ya dije, la niña juzga como inferior su cuerpo y envidia aquello que considera le falta. Aunque resulte demasiado obvio decirlo, el cuerpo de la niña no es inferior ni carece de nada, Freud habla de la conclusión infantil que ella extrae a raíz de la comparación con la imagen corporal de otro. El pene, como órgano anatómico, representa la no carencia, la plenitud narcisista, el goce fálico absoluto. Lo que la niña envidia no es el órgano real, sino algo –simbolizado por dicho órgano– que pertenece al orden fálico. De hecho, cuando Freud habla de organización genital infantil alude a organización fálica, nunca habla de organización “peneana”. Freud está describiendo cómo la niña entra en un mundo simbólico, en la estructura cultural edípica al percibir la diferencia anatómica, la falta en la madre, en las mujeres, en su cuerpo, y ello provoca que busque objetos sustitutivos y equivalentes.

La niña ansía el pene para no sentirse inferior y espera obtenerlo del padre o, al menos, como compensación, un hijo. En el inconsciente hijo, heces y regalo son equivalentes, como lo son también pene e hijo. Esta equivalencia viene producida bien por asociaciones lingüísticas a un término común a ambos

“pequeño”, o bien en relación con la libido anal y la teoría de la cloaca acerca del origen de los bebés. También la renuncia libidinal a las heces por amor y como donación ofrendada a la madre contribuye a igualar regalo=heces=hijo. En virtud de estas equivalencias en el inconsciente se produce este deslizamiento del pene al hijo. La niña espera recibir como regalo un hijo, símbolo de amor. De modo que la envidia de un pene -relacionada con el complejo de masculinidad- se transforma en otro deseo que favorece el desarrollo de su feminidad. La niña, en primer lugar, habrá de admitir la diferencia anatómica. Y gracias al masculino deseo de un pene, y su posterior deseo de un hijo, buscará al padre como aquél que puede proporcionarle ambas cosas, si bien es prioritario en ella el deseo de un hijo. Podrá, así, ubicarse en una posición femenina. Después, tras la aceptación de la interdicción del incesto, dicho deseo será trasladado a otro varón.

Freud considera que el hijo es lo único que puede hacer feliz plenamente a la madre. En dicha posición el lactante podrá constituir su propio narcisismo, crecer y desarrollarse. Desde esta ubicación como falo, el hijo en tanto que objeto amado puede construir una imagen amada y unificada de sí, pero también ha de procurar toda la satisfacción; queda sometido y obligado a taponar las limitaciones de la madre, colmar todos sus anhelos, a proporcionar la inmortalidad. ¿Cuál es entonces, el lugar simbólico que ocupa el niño? ¿Es una especie de fetiche que sirve para negar la castración? ¿Es

un mero sustituto del falo? ¿Puede entenderse el parto cómo una castración de la madre? ¿De qué depende que el hijo sea algo más que un objeto sexual? ¿En qué consiste esta sustitución? Y, ¿por qué renuncia –si es que renuncia- la madre al hijo si esta relación es única y plenamente satisfactoria?

El hijo es un sustituto que reemplaza al pene envidiado, alude a una herida narcisista, remite al padre incestuoso prohibido, evoca la primigenia y ambivalente vinculación con la madre. El deseo y la vinculación con el hijo está constituido en un proceso laberíntico, lleno de sustituciones y renunciaciones y –podemos pensar que también de ambivalencia y reproches-. Un proceso que refleja la introducción de la niña en una estructura organizadora de intercambios permitidos o prohibidos. Sin embargo, Freud tiende a idealizar, -o a percibir la idealización de dicha relación materno-infantil- y a sostener que es la única que proporciona una satisfacción irrestricta, plena, exenta de ambivalencia; que el hijo es el deseo de la mujer.

Sobre este hijo, dice Freud, se depositarán los anhelos incestuosos y el irrestricto narcisismo originario. Narcisismo materno que, recordemos, contribuye también a considerar al hijo como un todo y como un sujeto similar a ella, con deseos propios. La aceptación de la Ley que prohíbe el incesto y la admisión de la diferencia anatómica, produce un cambio estructural. De modo que, en adelante, ya no se trata de que

un objeto venga a suplir, a duplicar, a ocupar el lugar de otro pero con el mismo significado. Mera expresión de la pulsión de muerte. Se produce un cambio cualitativo. Además del desplazamiento y sustitución de un objeto por otro, ahora, ese otro adquiere un significado diferente y representa algo distinto. Pene e hijo ya no son sólo lo mismo, como tampoco el varón elegido como objeto de amor es lo mismo que el padre, ni la posterior relación amorosa hacia el hijo es la misma. El amor, obligadamente, no será algo bueno en sí mismo. Sólo lo será si respeta la ley. Para ello, el Superyo y el Ideal del yo se lo van a recordar a la madre desde dentro.

Lo que antes era experimentado como placentero o deseable, es ahora, retroactivamente vivido como angustiante o culpabilizante. Lo que para una instancia –el Ello- puede resultar bueno, para otra –el Superyo- se transforma en malo. El deseo de un hijo del padre, experimentado como prohibido, se transfiere al deseo de un hijo no incestuoso, un hijo de otro varón. Es la admisión de la ley interdictora del incesto la que permite reprimir ese primigenio deseo de un pene, sustituirlo por un hijo y atribuirle un nuevo significado; la que obliga a inhibir en su meta la libido y transformarla en sentimientos tiernos. De modo que, el deseo de un hijo, ahora, podrá ser útil no sólo para la satisfacción narcisista y libidinal, como renegación de la castración o la muerte, sino utilizado en favor de la cultura y de la reproducción social. El complejo de Edipo articulado con la prohibición del incesto, el complejo de castración y la envidia de pene, se transforma así en una

estructura ordenadora que determina un nuevo sentido a las experiencias previas y las hace beneficiosas para la cultura. Lo bueno o lo malo dejan de ser categorías absolutas para estar reguladas por una ley.

Ahora bien, son precisamente los anhelos masculinos los que contribuyen a configurar la feminidad. La envidia del pene inicia el desplazamiento hacia el hijo. Si el hijo, en un primer momento, es el falo envidiado por la madre, después será ubicado en un lugar ambivalente. Permite a la madre revivir su narcisismo originario irrestricto pero no podrá volcar sobre él los deseos sexuales, sino que deberá inhibir en su meta la libido y –en el mejor de los casos- dirigir ésta hacia otro objeto sexual de pleno derecho.

Sin embargo, Freud, repito, sostiene que la envidia del pene es la roca base inmodificable y afirma que sólo el hijo –en tanto que portador de pene y en virtud de esa posición de falo de la madre- proporciona en el inconsciente a ésta una satisfacción plena y carente de todo sentido agresivo. Freud coloca la maternidad en un lugar central. La mujer aspira a convertir al esposo en hijo, dirá. Sólo la vinculación madre-hijo es perfecta para ella. Y sólo a través de la maternidad -y pareciera que temporal y parcialmente- aspirará al varón y se ubicará como sujeto deseante mujer. Su interés prioritario es ser madre. Freud deja de lado el pasaje al deseo femenino como deseo genital, correlativo al orgasmo vaginal. Me pregunto si no constituye esto una idealización de la

maternidad –o un reflejo de esa idealización cultural de la maternidad-; si no será un afán por sostener el fantasma infantil de una mujer, exclusivamente dedicada al hijo, sin otro interés prioritario más allá de él. ¿Cabe, además, una vinculación plenamente satisfactoria ausente de toda decepción, carente de todo sentimiento ambivalente, agresivo? ¿Una relación a través de la cual se logre la satisfacción pulsional total? ¿Sería el hijo un objeto adecuado que se ajustara perfectamente a la pulsión? ¿Qué movilizaría el deseo de la mujer si estuviera plenamente satisfecha en esa relación? ¿Dónde queda entonces la represión cultural? ¿Podríamos pensar que el Superyo de la mujer fuera tan débil que no ejerciera presión alguna sobre su relación con el hijo? ¿Se desarrollaría de forma espontánea en el niño esa prohibición de gozar de la madre? ¿Intervendrá sólo el Superyo del padre o el de todos los varones e instituciones culturales masculinas poniendo límite a los deseos incestuosos y narcisistas de la madre?

Precisamente porque en el inconsciente perdure como roca base el deseo de un pene, -más exactamente el del falo-, porque parte de la masculinidad pregenital siga presente, y porque el hijo no pueda satisfacer toda aspiración de la madre, podrá seguir deseando, podrá también auxiliarse de la sublimación de estas energías insatisfechas, además de disponer de una sexualidad genital.

4.2.5. El deseo de un hijo y la cultura. Bien sea a través de la sublimación de la masculinidad y de la envidia del pene, bien a través del amor genital y, sobretodo, del amor de meta inhibida, la mujer ha contribuido a la cultura para atender a las necesidades de reproducción de sus miembros, es decir, a través de la maternidad, o de actividades relacionadas indirectamente con ésta. Sin embargo ello no es constitutivo de su propia “esencia”.

Freud en *“Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos”* insiste en que a la niña no le es fácil desprenderse de la vinculación edípica:

“Todo analista ha tomado conocimiento de mujeres que perseveran con particular intensidad y tenacidad en su ligazón-padre y en el deseo de tener un hijo de él, en que esta culmina. Hay buenas razones para suponer que esta fantasía de deseo fue también la fuerza pulsional de su onanismo infantil, y uno fácilmente recibe la impresión de hallarse frente a un hecho elemental, no susceptible de ulterior resolución de la vida sexual infantil” (Freud, 1925b, p. 270).

Al hablar de la reacción de la niña frente a la diferencia anatómica dice: *“Las consecuencias psíquicas de la envidia del pene, en la medida en que ella no se agota en la formación reactiva del complejo de masculinidad, son múltiples y de vasto alcance”*. Y aunque él cita la herida narcisista y un sentimiento de inferioridad, ¿se puede pensar en que algo de ese deseo pueda ser utilizado para la

sublimación? Freud, unas líneas después dice: “*aunque la envidia del pene haya renunciado a su objeto genuino, no cesa de existir*” (p. 272) y persiste en la fantasía onanista de <<pegan a un niño>>; fantasía que, además de expresar el origen de la sexualidad humana¹⁵⁹, parece también ser un relicto del período fálico de la niña y que Freud (1925b, p. 273) interpreta como “*el niño golpeado-acariciado en ella no puede ser otro, en el fondo, que el clítoris mismo, de suerte que el enunciado contiene, en su estricto más profundo, la confesión de la masturbación que desde el comienzo de la fase fálica hasta épocas más tardías se anuda al contenido de la fórmula*”. La envidia de pene y el autoerotismo infantil de la niña se anudan.

También en “*Sobre la sexualidad femenina*” escribe: “*La esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos*” (1931, p. 231). Siempre persiste algo de esa masculinidad inicial. De hecho, al tratar los efectos que la comparación con el varón produce en la niña, habla de que ésta cesa en su quehacer fálico, pero también que renuncia a “*una buena parte de su virilidad en otros campos*” (p. 231), de modo que siempre permanece otra buena parte de esta virilidad, actividad, para ser utilizada en otras cosas. ¿Podemos pensar que constituye una fuente de energía para ser sublimada? ¿Cabe entender que ese deseo de

¹⁵⁹ Y, como ya he mencionado anteriormente, de la intrusión de la sexualidad adulta en la niña, sometida pasiva o femeninamente, a la experiencia traumática de la implantación de un cuerpo extraño interno, de aquello no integrado, no insertado en la trama de la memoria, de lo no ligado; de lo que Laplanche (1980, pp. 72-76) denomina objeto-fuente de la pulsión y de la elaboración del fantasma originario.

pene que adquiere la condición de fin vital puede transformarse en un importante motivo para la sublimación?

Tiempo antes, en 1917 en su artículo *“Sobre las trasposiciones de la pulsión en particular del erotismo anal”* además de mostrar la ecuación simbólica pene=heces=hijo y el desplazamiento del pene al hijo, expone:

“Tuve oportunidad de enterarme de sueños de mujeres tras sus primeras cohabitaciones. Revelaban inequívocamente el deseo de guardar consigo al pene que habían sentido, y por tanto, respondían, prescindiendo del fundamento libidinoso, a una regresión pasajera del varón al pene como objeto de deseo” (Freud, 1917, p. 120)¹⁶⁰.

Es decir, restos de la masculinidad no entorpecen su desarrollo puesto que permite acceder a una relación heterosexual no incestuosa. Freud indica que puede que al deseo de pene se acople como refuerzo libidinoso inconsciente el de un varón. De modo que *“el valor del proceso descrito reside en que trasporta hasta la feminidad un fragmento de la masculinidad narcisista de la joven y así lo vuelve inocuo para la función sexual femenina”* (p. 120). Pero, sin embargo, también se produce la regresión al pene como objeto de deseo. Objeto de deseo asociado, en parte al erotismo pregenital por la ya conocida ecuación simbólica que iguala pene=heces, que además pretende ser retenido.

¹⁶⁰ También en *“El tabú de la virginidad”* (Freud, 1918a, pp. 196-200) para explicar la relación paradójica hacia el marido tras el coito sostiene también esta misma idea, pero además añade que *“Tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las <<emancipadas>>”* (pp. 200-201).

Es decir, componentes pregenitales y perversos ayudan al desarrollo de la feminidad y a la función sexual, pero ¿qué sucede con el deseo de guardar el pene para sí? ¿Qué sucede con ese deseo pregenital de pene que permanece en el inconsciente? Una parte es desplazada hacia el deseo de un hijo que la compense de su falta¹⁶¹, de modo que se modificaría el objeto –del pene al hijo- y la meta –de ser una meta sexual se cambiaría a otra desexualizada- con una finalidad no relacionada exclusivamente con la satisfacción personal, sino útil a la conservación de la especie y valorada socialmente. Si tenemos en cuenta la definición de sublimación recogida por Laplanche y Pontalis (1968, p. 436) en donde expone que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados, el deseo y la crianza de un hijo sería una suerte de sublimación. La meta, el objeto y la energía sexual se habrían descualificado, desexualizado y puesto al servicio de actividades no sexuales. Pero el deseo anterior, el de un pene, no cae absolutamente bajo la represión. Se da así otra condición que Laplanche (1980b, p. 113) destaca al analizar qué es la sublimación, para diferenciar ésta última de los síntomas: la sublimación como un destino de la pulsión que permite escapar de la represión, pero que es correlativa a ella¹⁶². Sin embargo, Freud en *“Sobre las trasposiciones*

¹⁶¹ En el fantasma se produce una doble derivación, metonímica en cuanto al objeto, del deseo de pene al padre y posteriormente a otro varón y metafórica, en cuanto a la meta, del pene al hijo regalado por amor. Habría simbolización en la equivalencia entre pene y niño y sublimación en ese pasaje de lo sexual a lo no sexual.

¹⁶² Laplanche (1980b, pp. 136-40) explica que la sublimación tendría que ver con la sexualidad ligada a representaciones, esto es con la pulsión de vida y no con la compulsión de repetición. La sublimación precisa de la construcción del Yo, la integración de las pulsiones y del objeto total. La sexualidad ya no corre hacia la descarga total y el Yo habría tomado a su cargo sus intereses y los de la cultura.

de la pulsión, en particular del erotismo anal” dice: “*De pasada, no hay razón para que desaproveche la oportunidad de mencionar, si el contexto lo permite, algunas otras trasposiciones pulsionales que no atañen al erotismo anal*” (1917, p. 118) y pasa a explicar las permutaciones en el inconsciente entre dinero, heces, regalo, hijo y pene. Es decir, en el deseo de un hijo no podríamos hablar de una sublimación de la pulsión anal, pero sí cabría tener en cuenta los componentes pulsionales eróticos, perversos que pueden acompañar a esta transposición y que podrían ser objeto de represión, formación reactiva, transformación en ternura o sublimación.

Desear un hijo y dedicarse a él pasaría a formar parte de un deseo altamente valorado socialmente en tanto es necesario para la supervivencia de la especie. Entramos así en el ámbito de lo cultural. La vinculación con el hijo, el amor por el hijo habrá de “desexualizarse”, atenuarse e inhibirse en su fin, transformarse en ternura, es decir buscar otro tipo de meta distante de la satisfacción sexual, contribuyendo así a la sublimación. Sin embargo no queda claro si podemos entender esta desexualización de la relación con el hijo como sublimación, una mutación de la meta pulsional o si se trata de una detención en su meta, esto es deseos sexuales de meta inhibida. Si se trataría de una vía hacia la sublimación, pero no la sublimación en sí misma.

Freud afirma en “*La moral sexual <<cultural>> y la nerviosidad moderna*” que sólo la relación con el hijo varón, mientras es lactante (Freud, 1908b, p. 174) le basta a la mujer como sustituto del objeto sexual. Solo la relación madre-hijo varón no crecido, está

exenta de toda ambivalencia. Cuestión en la que incide nuevamente en *“Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”* (Freud, 1910c, p. 109) expresando: *“El amor de la madre por el lactante a quien ella nutre y cuida es algo que llega mucho más hondo que su posterior afección por el niño crecido. Posee la naturaleza de una relación amorosa plenamente satisfactoria, que no sólo cumple todos los deseos anímicos sino todas las necesidades corporales, y si representa una de las formas de la dicha asequible al ser humano ello se debe, no en último término, a la posibilidad de satisfacer sin reproche también mociones de deseo hace mucho reprimidas y que hemos de llamar <<perversas>>¹⁶³*. A través del hijo pequeño podría obtener satisfacción. Sin embargo, no podría ser una satisfacción total e ilimitada puesto que se ha incorporado la represión y la prohibición incestuosa y dado que el hijo es un “sustituto” del pene anhelado. Otra gran parte de esos deseos perversos, quedaría libre para, a través de la sublimación, obtener satisfacción.

De otro lado, Freud dice en *“Sobre la sexualidad femenina”* que *“el amor infantil es desmedido y pide exclusividad, no se contenta con parcialidades”* (1931, p. 233), el deseo de la niña del pene del padre, o de compensar mediante un hijo el falo del que se ha visto

¹⁶³ Freud (1910c, p. 109) se está refiriendo en esta cita a las madres insatisfechas que toman a su hijo como reemplazo de su marido. No obstante, recordemos, que no hay ajuste perfecto, que la sexualidad humana siempre conlleva insatisfacción, que no es un instinto con un objeto predeterminado, que el objeto de amor siempre es sustituto de otro y que siempre permanecen en el inconsciente esas “mociones de deseos hace mucho reprimidas y que hemos de llamar perversas” de las que Freud ya había hablado en *“Tres ensayos”* (1905, p. 203) y que ubican al hijo como “objeto fálico”. Deseos perversos de la madre que dan pie a la instalación de la pulsión en el bebé, al momento de implantación de la sexualidad y de aparición del fantasma originario, momento de instalación de ese externo-interno atacante o de ese cuerpo extraño interno que es concitado con ocasión de ejercer su función materna con su hijo.

privada, -o por lo que vemos el posterior deseo de gozar de un pene de un varón en el coito-, está investido también de ese afán desmedido, que transforma la envidia de pene en la “roca base”. La insaciabilidad oral o la voracidad de la libido infantil es tan grande que no cabe satisfacción (1931, p. 235-36). Por ello las decepciones son inevitables como lo son –salvo en la psicosis- asumir la prohibición del incesto y la renuncia al goce pulsional. Pero, precisamente por ese sustrato de insatisfacción cabe una vía, no patológica, la sublimación. Son precisamente los restos de las pulsiones pregenitales insatisfechas las que van a ser utilizadas por la sublimación. Podemos pensar que estas aspiraciones libidinales de meta activa inhibidas, esta masculinidad infantil reprimida, la oralidad frente a la madre y los sentimientos libidinales que le acompañan de tan larga duración y trascendencia para la niña, la erogeneidad anal, el pene en tanto que objeto fálico envidiado, el hijo como objeto libidinal y narcisista, parte de todo ello puede ser utilizado para la sublimación, transformándose en algo valioso para la cultura.

Pero, además, Freud en “*La feminidad*” (1933b) dice:

“Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. Al contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aún en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el incumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconsciente y ha retenido una considerable investidura energética. El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la mujer madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio intelectual) es

discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo reprimido” (1933b, p.116).

Es decir, la voracidad oral, el deseo de pene, la masculinidad insatisfecha puede colaborar con la cultura de otra forma no sólo por medio de la maternidad.

Como se ha podido ver la identificación-madre de la mujer está dividida en dos estratos, el preedípico, en el que toma a la madre como su arquetipo- y el posterior en el que entra en rivalidad con ella. De ambos estratos queda mucho pendiente para el futuro y Freud considera que incluso nunca se supera plenamente. La fase de ligazón preedípica tierna es decisiva. *“En ella se prepara para la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales”* (Freud, 1933b, p. 124). Freud señala cómo *“en esa identificación conquista también su atracción sobre el varón, atizando hasta el enamoramiento la ligazón-madre edípica de él. Sin embargo, con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí”* (p. 124). Esto es, dos aportes valiosos para la comunidad social, ser madre y ser atractiva para el varón¹⁶⁴.

¹⁶⁴Freud describe cual es la situación de la mujer dentro de un modelo familiar y social. Cabe pensar que esto sea una condición impuesta por la cultura a la mujer. Es decir, que sea un efecto derivado de una necesidad cultural, y aunque Freud en *“La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna”* (1908b, p. 174) afirme que sólo las mujeres son las portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano y por ello les es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión, también entiende (Freud, 1908b, pp. 174-80) que ello obliga al sacrificio de la mujer, en aras de las necesidades y valores sociales. Freud está hablando de cómo la sociedad ha vehiculizado una necesidad –la de perpetuación de la especie y el cuidado de las crías- haciendo recaer sobre la mujer todo el esfuerzo y responsabilidad. Freud está afirmando que es la cultura la que ha manejado su capacidad fisiológica y puesto a disposición de un orden social determinado.

Ahora bien, en “*El malestar en la cultura*” obra cuyo tema principal, aunque no el único, lo constituye el antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura, Freud (1930, pp. 77-80 y) expone cómo la cultura es fruto de la prohibición del incesto y de la limitación del goce pulsional. La posibilidad de sublimar deriva precisamente de esta limitación. Las energías no utilizadas para el goce autoerótico estarán disponibles para la cultura. Hombres y mujeres se construyen como tales en estas restricciones. Soportarlas exige procurarse distracciones, satisfacciones sustitutivas, reducir y controlar la propia vida pulsional. Freud (1930, pp. 79 y 95) afirma que la sublimación de las pulsiones presta también auxilio a las inevitables decepciones impuestas por la cultura. Las actividades artísticas, científicas e ideológicas así como el trabajo psíquico, intelectual, o profesional pueden contribuir a la sublimación, pero no a todos es accesible esta posibilidad –aunque tampoco garantice una protección perfecta contra el sufrimiento-.

También el amor –amar y ser amado- constituye una forma de buscar la satisfacción -por cierto típicamente femenina- aferrándose a los objetos (1930, pp. 81-82). De hecho reconoce Freud (1930, pp. 99-100) que el amor es una de las base de la cultura. Bien sea a través de los sentimientos filantrópicos (donde el deseo de ser amado se trasforma en el deseo de amar, el objeto de amor se desplaza a todos los seres humanos en general y el amor genital se aparta de la meta sexual cambiando la pulsión en una moción de meta inhibida), o bien a través del amor experimentado como sentimientos tiernos hacia los miembros dentro de la familia -hermanos, hijos- .

“Es que el amor de meta inhibida fue en su origen un amor plenamente sensual, y lo sigue siendo en el inconsciente de los seres humanos. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida, a <<fraternidades>> que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital; por ejemplo, a su carácter exclusivo” (Freud, 1930, p. 100).

Por otra parte, en este mismo texto Freud (1930, p. 102) afirma que la sociedad proscribía las exteriorizaciones de la vida sexual infantil y la elección de objeto del individuo genítalmente maduro es circunscrita al sexo contrario. Pero todavía la sociedad occidental, limita aún más la vida sexual prohibiendo determinadas prácticas.

“La cultura de nuestros días deja entender bien a las claras que sólo permitirá las relaciones sexuales sobre la base de una ligazón definitiva e indisoluble entre un hombre y una mujer, que no quiere la sexualidad como fuente autónoma de placer y está dispuesta a tolerarla solamente como la fuente, hasta ahora insustituída, para la multiplicación de los seres humanos” (p. 102).

Es decir, aunque la sexualidad es más que reproducción, la sociedad persigue limitarla a esta función. Y en ello la mujer juega un papel trascendental. El resto de las tendencias perversas y de las pulsiones pregenitales no puesto al servicio de la procreación, podrá ser objeto de sublimación.

Ahora bien Freud mantiene una cierta indefinición respecto a la sublimación. ¿Cabe la sublimación dentro de la familia? ¿Todo el

erotismo anal va a transformarse en rasgos de carácter¹⁶⁵? ¿Las actividades domésticas, los “hobbys”, la crianza de los hijos pueden ser consideradas objeto de la sublimación? ¿Puede la curiosidad sexual acerca del origen de la vida ser objeto de sublimación también para las niñas? Freud en “*La feminidad*” (1933b, pp. 124-25) sostiene que la aptitud para la sublimación de lo pulsional y los intereses sociales son más endeble en las mujeres que en el varón. Y lo justifica porque el interés de la mujer se circunscribe prioritariamente al amor y a la familia. Y el amor persigue bastarse a sí mismo y la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias. Entiendo que está hablando no de algo relativo a los intereses “esenciales” de lo que la mujer es y desea, sino describiendo cuáles son los alicientes exclusivos de la mujer en un modelo familiar y social determinado. Pero también parece rechazar que estos intereses “domésticos” sean algo valioso para la cultura considerándolos como un valor que sólo compete a la mujer. Resulta sorprendente que, a pesar de la importancia que da a la estructura familiar y a su función de transmisora del orden cultural humano y organizadora del psiquismo de cada nuevo miembro, la considere antagónica con la cultura. La cuestión de “valoración social” que es otro de los componentes que definen la sublimación resulta problemática. Como se pregunta Laplanche (1980, p. 32) ¿Qué determina la valoración social? Si se trata de la utilidad para la

¹⁶⁵ Freud en “*Carácter y erotismo anal*” (1908, p. 153-55) apunta la relación entre determinadas cualidades del carácter (orden, limpieza, escrupulosidad en el cumplimiento de las pequeñas obligaciones cotidianas, ahorro, tenacidad) y el erotismo anal y su posible utilización posterior para la sublimación o bien para dar pie a una formación reactiva. Y en “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” (1917, pp. 117-18) se pregunta ¿cual es el destino de las pulsiones anal-eróticas, se reprimen, se subsumen totalmente en la sexualidad genital, se consuman en cualidades del carácter o se subliman? Y señala (además de la transposición de heces-pene-hijo que no considera atañen al erotismo anal) que ninguno de estos destinos es excluyente.

sociedad, evidentemente habría que contestar que el deseo de un hijo y la vinculación con él –se reconozca o no su utilidad- es una aportación valiosa a la cultura. Si se trata del reconocimiento por el otro, es decir, del reconocimiento cultural, evidentemente habría que contestar que no.

Ahora bien, qué respuesta damos, por ejemplo, a la pregunta ¿Puede la curiosidad sexual acerca del origen de la vida ser objeto de sublimación también para las niñas? ¹⁶⁶

Freud (1930, p. 101) también sostiene que la cultura se ha ido transformando en asunto exclusivo de varones quedando la mujer en el ámbito de lo doméstico. Esto obliga a los hombres a grandes sublimaciones pulsionales a las que las mujeres no han llegado.

“Lo que (el varón) usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y de la vida sexual: la permanente convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlo de sus tareas de esposo y padre. De tal suerte, la mujer se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella” (1930, p. 101).

Se puede pensar, entonces, que la cultura ha priorizado a la madre frente a la mujer en aras de la reproducción de sus miembros, ha propiciado para ella un “Ideal del yo” profundamente asociado al

¹⁶⁶ Freud en “*Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*” (1917, p. 122) menciona para el varón la importancia de la investigación sexual del niño ¿Existe para la niña también una curiosidad que instigue la investigación sexual acerca del origen de los niños y que de pie también en ella a la sublimación?

deseo maternal¹⁶⁷, ha relegado a la mujer a los intereses exclusivos de la familia y a la vida sexual encaminada únicamente a la reproducción. Y si la participación en lo social es una actividad contrapuesta a la familia y a la paternidad, la incorporación activa de la mujer al mundo “de los varones” –educación y actividades artísticas, intelectuales, políticas, ideológicas- pueda explicar que la mujer esté buscando – además del ejercicio de la sexualidad independiente de la reproducción- vías de sublimación a sus pulsiones pregenitales, más allá del ámbito de lo doméstico y de los hijos, enajenándola también de sus tareas de madre y esposa. Pareciera que las mujeres hubieran descubierto lo que Freud (1930, p. 83) explicita “*la sabiduría de la vida aconseja no esperar toda satisfacción de una aspiración única*” declinando considerablemente la prioridad de ser esposas y madres o reduciendo el número de hijos. Las reivindicaciones de igualdad jurídica para las mujeres puede que hayan contribuido a que puedan plantearse sus deseos más allá de ajustarse a ese modelo único de ser madre y atractiva para su esposo.

En síntesis, la cultura -que busca perpetuarse- implica una regulación de las relaciones humanas y de la sexualidad. El psiquismo de cada ser humano se constituye dentro del orden cultural mismo. Y éste determina una limitación del goce y una domesticación de los deseos. Dicho orden cultural ha emplazado

¹⁶⁷ Lo cual no quiere decir que ello garantice la sublimación por esta vía, tal como dice Freud en “*Introducción del narcisismo*” (1914, p. 91) pero sí dice en “*Pulsiones y destinos de pulsión*” (1915, p. 91) que sólo es posible alanzar dicha posibilidad si se ha producido la síntesis de las pulsiones sexuales al servicio de la reproducción.

a la mujer en un lugar psíquico para que cumpla con una función social prioritaria, garantizar la reproducción de sus miembros y su atención y crianza.

Una parte del erotismo de la fase pregenital infantil resulta idóneo para ser aplicado en la fase del primado genital. El deseo de pene contribuye al deseo de un varón y con ello se ubica la mujer en una posición femenina necesaria para posibilitar la procreación sexual. También las identificaciones con la madre, propias de su etapa preedípica y la ulterior envidia del pene transformada en deseo de un hijo ayudan a satisfacer y garantizar la reproducción de los miembros de la sociedad y a que la mujer disfrute con ello. De modo que sólo el hijo puede “saciarla” o, en menor grado, el varón que pueda proporcionarle el hijo.

Sin embargo, la niña no abandona fácilmente el deseo de pene, al menos en el inconsciente. Cabe pensar, entonces, que si no desaparece quiere decir que insiste, pero no obligadamente de la misma manera; ni que se produzcan sustituciones u otras equivalencias simbólicas que impidan una apertura al mundo social. Es, precisamente, porque no se logra su satisfacción por lo que constituye un acicate. La persistencia en el deseo de pene fija a la mujer en una posición –masculina– que si bien la puede dificultar en su posterior desarrollo, también sus investiduras libidinosas pueden ser reprimidas, desexualizadas, resignadas y en parte sublimadas. Es decir, canalizar dicha energía hacia sublimaciones útiles a la cultura.

Si ello no ha sucedido así, o su contribución se ha visto limitada al ámbito de la familia y de los hijos, no es debido a una característica de su “esencia” como mujer, sino a los efectos que en ella ha creado, no tanto la cultura, como una cultura concreta. Y dichos efectos son descubiertos por Freud, no propuestos por él como un ideal para la mujer. Cabe pensar que los cambios sociales, jurídicos, tecnológicos que toleran y promueven una separación entre sexualidad y procreación no dejen de producir efectos para bien o para mal; ello depende de cómo la sociedad los asimile, de cómo incidan en la duradera asociación mujer = madre y de cómo se procuren otras posibles sublimaciones alternativas para la mujer, pero en cualquier caso hacen más evidente la pregunta acerca del deseo de la mujer más allá de una respuesta única: un hijo y una vida familiar.

5. Síntesis y conclusiones: El deseo inconsciente de un hijo está profundamente asociado a la constitución de la feminidad. Resulta de una interpretación fantasmática que la niña, inmersa en una estructura cultural, hace de la diferencia anatómica sexual. Se construye a lo largo de un laberíntico proceso de desplazamientos, sustituciones y renunciaciones. En el transcurso de dicho proceso, no exento de fijaciones, detenciones y regresiones, el deseo de un hijo se expresa de diferentes formas. Ello no implica que la

maternidad haya de ser llevada a la práctica obligadamente, puede ser sublimada y ejercida simbólicamente.

Cuando, desde el Psicoanálisis, se estudia el deseo de un hijo, no es posible olvidar que el interés de Freud se centra en los deseos inconscientes de un sujeto profundamente escindido que no puede dar cuenta de sí mismo. Tampoco el Yo es una entidad integrada. De modo que resulta insuficiente estudiar los deseos de un sujeto apelando exclusivamente a la psicología de la conciencia. El sistema inconsciente opera según unas leyes diferentes al sistema consciente. En el sistema inconsciente actúa el proceso primario y en el consciente el secundario, pero nunca se sustituye plenamente uno por el otro. No se puede recurrir únicamente a la conciencia, a la psicología, para explicar los deseos inconscientes.

Tampoco sostiene Freud¹⁶⁸ una teoría evolutiva-maduracionista de carácter endógeno que, a partir del mero crecimiento biológico, vaya suscitando movimientos psíquicos. Ni siquiera el desarrollo del niño puede explicarse como un movimiento autónomo desde el que espontáneamente vayan consiguiéndose logros en virtud de un desarrollo instintivo predeterminado. Freud señala muy tempranamente los efectos que el adulto genera en el niño, cómo la pulsión no coincide con el instinto; cómo ésta es creada por un

¹⁶⁸ Salvo que nos quedemos sólo con el Freud que se “extravía” en un visión más biologicista de la sexualidad tal y como ha subrayado Laplanche (1993)

adulto que interviene dada la dependencia y desvalimiento inicial del bebé.

Desde sus primeros escritos, apunta el valor de las huellas mnémicas sobre las experiencias vividas. De modo que son estas huellas, los recuerdos y las representaciones de éstas -no sólo las experiencias tal y como se produjeron- las que van estructurando el psiquismo. Ahora bien, las huellas mnémicas no pueden hacerse conscientes al actuar tempranamente la represión enajenando éstas de la conciencia, dejando así excluidas de toda posibilidad de recuerdo algunas percepciones, excluyendo o enajenando, pero no anulando su efecto. Por tanto, no es la realidad objetiva sólo la que hay que tener presente para entender el funcionamiento psíquico. Freud va a formular una teoría de la memoria articulada con un aparato psíquico complejo y no como un mero receptáculo pasivo o reproductivo. Una memoria que ni puede ser total, ni tampoco es lineal o cronológica. Freud señala el fenómeno de la retroactividad de las experiencias, esto es, cómo los acontecimientos primeros son revividos o recordados no tal y como se produjeron, sino alterados por las experiencias ulteriores. De tal modo que el pasado es resignado y adquiere una nueva significación.

El complejo de Edipo y el de castración, en ese sentido, son experiencias fundantes que producen una alteración estructural, una modificación radical en el aparato psíquico. Los hechos vividos, mejor dicho, los hechos recordados son interpretados “a posteriori” de una forma estructuralmente diferente. Lo que en un primer momento pudo ser deseable y producir placer, a partir de este otro estructural pasa a

ser intensamente reprimido dado el displacer, la angustia y culpa que, en este segundo momento, causa. El aparato psíquico queda profundamente dividido en una parte inconsciente y otra consciente: Un aparato psíquico escindido además muy tempranamente, por efecto de los cuidados que se le otorga; dividido por las sensaciones que origina esta intromisión del adulto sexualmente constituido, que interviene desde la realidad pero también desde sus fantasías inconscientes, atendiendo el desamparo del recién nacido. Un adulto que -desde una relación asimétrica- crea la pulsión, genera enigmas en el bebé y estimula una búsqueda de respuestas desde las más inmediatas a las más complejas y elaboradas. Esta asimetría es consecuencia de los efectos que la cultura ha procurado ya en el adulto, el cual actúa inexorablemente en función de un aparato psíquico que tiene interiorizadas en el Superyo e Ideal del yo, las consideraciones éticas, la regulación de las relaciones humanas en general y las paterno-filiales en particular.

El objeto de deseo se instaura como algo inexistente en la realidad, como una huella, un recuerdo que, sin embargo, moviliza el deseo. La satisfacción de éste no se busca, por tanto, obligadamente en la realidad. La adquisición del principio de la realidad que gobierna el proceso secundario pretende garantizar el placer tomando en consideración el mundo exterior y la realidad. Sin embargo, el proceso primario, como hemos visto, no se abandona, sigue presente en el deseo inconsciente, en el fantasear, e incluso en el propio pensar. El fantasma inconsciente subyace tras las motivaciones conscientes. Freud no propone una teoría adaptativa del psiquismo. Desde el inicio, el ser humano busca la satisfacción alucinatoria o en los

sueños; anhela la satisfacción buscando una huella de una sensación placentera asociada a un objeto. Si bien la necesidad biológica dispone de un objeto capaz de saciar, no ocurre así con la satisfacción de la pulsión. El objeto pulsional es aquello que, fantasmáticamente, ha quedado asociado a esa necesidad. La satisfacción biológica se separa de la psicológica. Freud habla de pulsiones y no de instintos.

Es menester tener también presente que la realidad psíquica no es sólo una realidad material, ni histórica, ni objetiva o externa, sino que es también una realidad fantaseada, subjetiva, e interna y, como acabamos de mencionar, una realidad compuesta por elementos conscientes e inconscientes.

Freud va a construir su teoría del funcionamiento psíquico a lo largo de muchos años y, a pesar de que en sus primeros escritos utiliza un lenguaje neurológico y parece desviarse hacia una concepción biológica e indagar en la pura realidad de los hechos acaecidos, siempre defiende la diferencia entre psicoanálisis, biología y sociología. Aunque reconoce los efectos de la sociedad en un momento histórico determinado y cómo interviene en un estilo de vida concreto, distingue lo que considera estructural y derivado de la existencia de la cultura en sí misma de lo que pueden ser sociedades concretas. Demuestra que es precisamente la introducción de la pulsión y la división de la vida sexual en dos tiempos, separados por el período de latencia y por la incorporación de las prohibiciones culturales, lo que diferencia la sexualidad animal de la humana.

Freud cuestiona la consideración de la sexualidad que la reduce a un instinto. Sus tesis echan por tierra las concepciones vigentes hasta entonces. Sustenta la idea de una sexualidad infantil que no se reduce a la actividad genital cuya finalidad sea la reproducción. Según las tesis freudianas, el objetivo de la vida sexual es, ante todo, obtener satisfacción. Pero ésta es paradójica ya que, como hemos visto, puede suscitar displacer y angustia en lugar de placer. Existe siempre un componente conflictivo en la sexualidad humana, algo que impide la satisfacción plena. Del mismo modo, no cabe la armonía absoluta en la vida del ser humano. Se trata de un ser escindido, en permanente conflicto intrasubjetivo, consciente o inconsciente. Aunque sostiene que la cultura impone una limitación al goce y produce efectos neuróticos, Freud no defiende una liberación sexual utópica que posibilite la obtención de una satisfacción placentera. La naturaleza misma de la pulsión lo impide.

Existe en Freud una concepción dualista de las pulsiones. En una primera conceptualización, dicho dualismo se establece entre las pulsiones de autoconservación y las sexuales o libido. A partir de 1920, introducirá un segundo dualismo consistente en la oposición entre pulsiones de vida y de muerte, Eros o Thánatos. Las primeras van mucho más allá de la genitalidad, remiten a la unificación de las pulsiones parciales, del Yo y del objeto de amor. Eros tiene como fin establecer conexiones, formar unidades cada vez más extensas para conservar la vida. Las segundas tienden a la descarga absoluta de toda tensión y por ello a la imposibilidad de establecer ligazón alguna y a la compulsión de repetición. La pulsión de muerte tendría relación con la tendencia auto y heterodestructiva. Ambas pulsiones

corresponden a aquello originario –que introduce el otro- que, o bien queda desligado en el inconsciente e insiste reiteradamente buscando una descarga (pulsión de muerte), o bien busca una elaboración, unirse a representaciones (pulsión de vida). De modo que en el deseo habría que tener en cuenta los componentes eróticos y los tanáticos.

En el deseo de un hijo están también presentes –en el mejor de los casos intrincadas- ambas pulsiones manifestadas a través de la búsqueda del hijo como parte o doble perfecto de uno mismo, como negación de la muerte propia y de la diferencia anatómica, como anhelo de inmortalidad, renegación de la castración o como regalo sustitutivo expresivo del amor del padre; como objeto narcisista, como afán de colmamiento absoluto de toda satisfacción, pero también como objeto ajeno amado y un todo integrado al que se le atribuyen deseos; como imagen de uno mismo y como rival edípico. Freud suele incidir más en los deseos parricidas que subyacen en el complejo de Edipo y parece relegar a un plano secundario los sentimientos hostiles de los padres que suscitan en ellos deseos filicidas, máxime si se relacionan con sentimientos de la madre. Considera que sólo el amor de la madre por el hijo varón y lactante puede ofrecer a ésta la satisfacción absoluta, ajena a todo sentimiento ambivalente. Ahora bien, al descubrir la complejidad de factores que están implicados en el proceso de desear un hijo, y que veremos enseguida, evidencia que no es un proceso natural que acarree de forma espontánea el reconocimiento, la aceptación, el amor y la protección de la cría. Y sobre el hijo se concentran no sólo los afanes amorosos y protectores maternos, sino también la decepción y animadversión.

Freud promueve una nueva concepción de la sexualidad mucho más amplia que la existente hasta la fecha, limitada a la fisiología y a la reproducción. Extiende la actividad de la pulsión sexual desde el momento del nacimiento. Al no reducir lo sexual a lo genital, sitúa la pulsión en las primeras experiencias de tensión y satisfacción. El placer de órgano se desarrolla en torno a zonas erógenas no propiamente genitales. La acción de la pulsión sexual es anterior a la expresión genital y a toda distinción e inscripción de la diferencia sexual.

Además, Freud respalda la tesis de una energía de la pulsión sexual, una libido única. Es decir, no concibe una libido masculina y otra femenina en correspondencia con el sexo anatómico. Esta libido – siempre activa, masculina o fálica- puede adoptar metas activas o pasivas. Ubicarse en una posición femenina implica aceptar la meta pasiva de una libido activa, pero no renunciar absolutamente a esta última.

Las pulsiones sexuales –nacidas, apuntaladas en las de autoconservación- se satisfacen inicialmente tomando como objeto alguna parte del propio cuerpo o la imagen completa del mismo. Se invierte el propio cuerpo como el primer objeto de amor constituyendo el narcisismo primario. Sólo más tarde descubrirá la existencia de un objeto ajeno –el objeto de amor- que será reconocido como un objeto total y al que se dirigen, integradas y puestas al servicio de la reproducción, las pulsiones parciales. Es decir, se unificará la vida pulsional en torno a la elección de un primer objeto incestuoso que corresponde al complejo de Edipo. En su resolución incide la

percepción de la diferencia anatómica, el temor al castigo y el complejo o la angustia de castración. No hay por tanto una concepción naturalista de la sexualidad. El objeto de amor, la persona amada -objeto sobrevalorado hacia la que el sujeto siente la atracción sexual- no viene determinada por el instinto, ni la heterosexualidad queda garantizada por disponer de unos genitales determinados.

La diferencia radical entre la sexualidad infantil y la organización sexual adulta estriba prioritariamente en que en la primera, para ambos sexos, todo gira en torno a un único órgano genital: el falo. La diferencia sexual se establece en términos de fálico o castrado. Niños y niñas ignoran la existencia de la vagina. Al no comprenderse plenamente esta diferencia ambos elaboran teorías acerca del origen de los niños y de las relaciones sexuales que son acordes con sus modalidades de satisfacción. Pero, ubicarse como ser sexuado y desear como tal implica el reconocimiento de la diferencia anatómica sexual. Supone admitir la existencia de otro ser semejante no dotado de un pene -de falo- en el caso del varón o bien, en el caso de la niña, reconocer su presencia en el cuerpo del otro y la ausencia en el propio. Cuestión que, en el caso de la niña, desencadena la “envidia de pene” de especial trascendencia para su evolución psicosexual en general y, específicamente, para el deseo de un hijo. La anatomía se revela como determinante puesto que interviene en el proceso que organiza en forma diferente para el hombre y la mujer la relación con la castración. Ubicarse en posición masculina o femenina tiene, también, que ver con las identificaciones primarias, secundarias y con la forma en que se incorpora la estructura organizadora edípica.

La vida sexual “normal”, para Freud, es aquella actividad en la cual es posible la conjunción entre la adquisición del placer y la reproducción. Esto supone la admisión de la diferencia sexual y la elección de un objeto heterosexual. Este posible destino ni está preprogramado y, menos aún, asegurado. La normalidad de la vida sexual es el fruto de un largo desarrollo en el que convergen el destino de las pulsiones, la estructuración del Edipo, el complejo de castración, la inscripción de la diferencia de los sexos y la elección heterosexual como elección dominante. La sexualidad está implicada, en este pasaje, del predominio de lo biológico al acceso al plano de lo psicológico, en la transformación de un organismo biológico a un cuerpo erogenizado, libidinal, esto es psíquico, y en alcanzar, simultáneamente, la constitución de un ser humano social, un producto cultural. Un ser capaz de aunar los cometidos necesarios para la reproducción de la especie, para la perpetuación de la cultura y para la satisfacción individual. Un ser humano que disfrute con los imperativos éticos. Pero no hay un paralelismo entre fisiología y psicología.

Aunque nos preexiste una estructura cultural es menester que ésta sea subjetivizada, incorporada por cada nuevo ser que nace para que se humanice. La sexualidad se determina para cada uno por las particulares experiencias de su vida infantil y por lo que los padres (sujetos a dicha estructura cultural) le han transmitido. Por tanto, no depende sólo de la herencia ni de los factores orgánicos y psicosociales. Este largo proceso no está exento de posibles

detenciones, fijaciones y regresiones. Ahora bien, la sexualidad y la reproducción no llegan a superponerse por completo.

Desear un hijo no es ajeno a este vasto recorrido. La noción de instinto, entendido como un saber programado genéticamente y, en el caso del sexual, dirigido al logro de la reproducción de la especie no es pertinente en el caso del ser humano. Aunque él está fisiológicamente constituido para cumplir con la función de la reproducción de la especie, acceder al deseo de un hijo no es un derivado natural de un instinto de procreación. Es más, para Freud, en el caso de la niña, el acceso a la heterosexualidad es mucho más compleja que en el varón y el deseo de un hijo surge tras un laberíntico proceso de deslizamientos, renunciaciones y sustituciones simbólicas.

Freud reconoce la existencia de un precoz deseo de un hijo por parte de la niña –y también del varón-, pero esta pretensión responde más a la identificación con la madre y a la intención de transformar en activo lo vivido pasivamente. Se trata de un deseo previo a la aceptación de la diferencia sexual. Freud considera que en ella –tras la aceptación de la diferencia anatómica y la siguiente envidia de pene- es el afán por un hijo el que la lleva a la búsqueda del varón y no el deseo de éste último el que deriva de forma natural en el hijo. Pero, además, entiende que al deseo de un hijo se accede por desplazamiento de la envidia y del deseo de pene a través de la ecuación simbólica heces=pene=regalo=hijo. El afán por un pene externo será abandonado por el deseo de gozar de un pene en el interior del cuerpo, de poseerlo interiormente, al menos

temporalmente. Es decir, la envidia de pene puede ser sustituida por otros deseos inconscientes como son el de tener un hijo o acceder a un hombre. Ella espera que sea un varón el que le done cómo expresión de amor el regalo de un hijo en sustitución del imposible anhelo del pene. Entra así, en virtud de la experiencia previa con objetos parciales, en una dinámica de intercambio, de búsqueda de objetos permutables. La niña ha de renunciar, en parte, a su libido de meta activa exclusivamente y admitir, además de la ausencia del pene en su cuerpo, la meta pasiva de su libido. Si su primer objeto era la madre – igual que para el varón- con este nuevo acontecimiento –la percepción de la diferencia anatómica- virará en busca del objeto padre. Y esperará recibir de él, como acabo de decir, el pene o el hijo. Luego, sólo habrá de renunciar al padre y buscar otro varón que no constituya un objeto incestuoso. Son los propios deseos masculinos – sobre todo la envidia del pene- los que van a propiciar el desarrollo de la feminidad.

La envidia de pene –como veremos- ha suscitado un gran número de críticas desde las propias filas del psicoanálisis. Freud la conceptualiza como un elemento positivo en el sentido de que suscita una serie de cambios favorables a la instauración de la propia feminidad de la niña. Pero, también, como un escollo negativo que dificulta no sólo la cura en el tratamiento psicoanalítico, sino además su propio desarrollo psicosexual. Puede presentarse bajo diversas formas: desde el deseo inconsciente de poseer un pene hasta las ganas de gozar del pene en el coito. En el primer caso, anclaría a la mujer en una posición masculina y probablemente homosexual. En el segundo, contribuiría a su ubicación heterosexual si es capaz de hacer el

desplazamiento del deseo de un pene al deseo totalizador del varón que lo posee. Pero dicho proceso pasa por otra sustitución: la que tiene lugar del pene al hijo. Sólo si apelamos al valor simbólico que Freud atribuye al pene es posible entender el desplazamiento de éste al hijo. La anatomía incide, pero no por sí misma, sino porque sobre ella se deposita toda una fantasmática inconsciente y se estructura un orden cultural. En el caso de la niña, la percepción de una “ausencia” en su cuerpo revive otra serie homogénea de experiencias de pérdidas, de separaciones, de falta, pero bajo una resignificación diferente que la introduce en la dinámica de búsqueda de objetos equivalentes.

El pene representa no sólo un elemento libidinal sino la plenitud narcisista. El pene –el falo- es envidiado por lo que representa. A pesar de las interpretaciones exclusivamente anatómicas que se han hecho del pene -y del clítoris-, no es el órgano anatómico lo fundamental, aunque la constatación de la presencia del pene en el otro sea lo que desencadena el movimiento psíquico. Freud habla de una ecuación simbólica que en el inconsciente hace equivalentes “pene” e “hijo”. El hijo representa, también esa posibilidad de satisfacción y de compensación narcisista. La envidia del pene tendría aquí su expresión positiva. Pero habría que diferenciar qué está en juego en este desplazamiento: si la mera pulsión de muerte, compulsión de repetición, insistencia mortífera en ese deseo imperdadero de un pene o un desplazamiento exitoso que pudiera, en parte, paliar y permitir una nueva satisfacción. Una sustitución marcada también por la interdicción del incesto.

El hijo viene a colmar narcisistamente todos los anhelos maternos y de generación en generación atestigua los sueños y deseos de los padres. Un hijo que deberá –tanto por el lado de la madre como por el suyo propio- renunciar a esa posición imaginaria para poder transformarse en sujeto de deseos y no en mero objeto para la madre. Podríamos decir que no hay posibilidad de vivir –de desear subjetivamente- si no se renuncia a dicha posición, o si no muere ese “ideal de niño” que colme a la madre. Y desear ser madre obliga a la renuncia de esa representación narcisista primaria, a sus fantasmas infantiles de ser todo para la suya, a realizar el duelo por el hijo fálico deseado, a abandonar la pretensión de que el hijo colme el deseo o realice todos los sueños de deseo incumplidos, a renunciar a la inmortalidad soñada, a reconocer el vacío y aceptar la propia muerte. Renuncias siempre parciales dado que persisten indelebles en el deseo inconsciente.

El hijo, en tanto que objeto de deseo, tiene una peculiaridad sobre cualquier otro objeto de deseo y es que forma parte del propio cuerpo de la mujer, un objeto por venir. Pero también constituye un objeto por perder del que la madre inexorablemente está obligada a separarse tanto física como psíquicamente. El hijo es un objeto metonímico proveniente del cuerpo materno, pero también un objeto cargado de significaciones para la madre, esto es un objeto metafórico. Freud en su teoría saca a la luz estos aspectos que sobrepasan la pura fisiología. El hijo es algo más que la consecuencia natural del coito. Puede suceder que el hijo, pretendidamente buscado –y su imposibilidad de lograrlo-, o el hijo tenido accidentalmente, exprese algo más que la consecuencia natural del coito y que el

empeño consciente puesto en ello. ¿Qué significado inconsciente puede estar subyaciendo a la pretensión de traer un hijo a este mundo? Es una pregunta que exige una respuesta única en cada mujer, pero que no puede obviarse bajo la presunción de un instinto maternal femenino.

El deseo de un hijo, del que Freud habla, no remite a la aspiración consciente ni a la voluntad deliberada de tenerlo. Freud está describiendo cómo se gesta el deseo inconsciente de procrear en la mujer. Cuestión diferente a que, con posterioridad, se plantee hacer realidad dicho deseo inconsciente o que el hijo venga al mundo de una manera accidental no buscada conscientemente. Tampoco alude, necesariamente, a un deseo que haya de materializarse en la traída de un hijo al mundo. El deseo inconsciente de un hijo, sustituto del irrestricto deseo de pene, puede también sublimarse y expresarse a través de otras vías sustitutivas. En este sentido, Freud da a la envidia de pene y a los deseos pregenitales el valor de ser útiles a la sociedad mediante la sublimación cuando se ha accedido a la unificación de las pulsiones y a la elección del objeto de amor. Sin embargo, Freud reconoce que la sociedad ha ubicado a la mujer en una posición en la que su función social –casi exclusiva– es la satisfacción de las necesidades sexuales del varón y cubrir las necesidades reproductivas de la especie, en detrimento de cualquier otro deseo y de su salud mental.

Por tanto, ubicarse como sujeto deseante mujer, según Freud, transcurre primero por el deseo de un hijo. Hay una visión “normativa” sobre la maternidad y la heterosexualidad. Como acabo

de señalar, la normalidad, para Freud, implica la conjunción del logro del placer –aspecto individual- y la reproducción –como especie-. Subyace, a pesar de todo, la idea de la adaptación del ser humano a su cometido como especie y una concepción idealizada de la maternidad en la que apenas se tiene en cuenta el componente tanático que puede estar oculto tras ella. Aunque, simultáneamente, también Freud sostiene que hubiera en dicha idealización de la procreación una presión de la propia cultura que, en el caso de la mujer, es mucho más enérgica, por no decir, preeminente.

Por último, entiendo, que la teoría freudiana se detiene más en estudiar el deseo maternal en la mujer que el deseo sexual y genital de un sujeto que se ubica en una posición femenina. O, dicho de otra forma, parece que Freud descubriera la valoración cultural de la mujer sólo en tanto que madre; un orden cultural que da preferencia a la madre frente a la mujer o bien, que olvida que la mujer pudiera desear algo más que un hijo. Pareciera que en el inconsciente sólo fuera posible vivirse como femenina a través de la maternidad, sea llevada a la práctica o ejercida simbólica y sustitutivamente a través de otros.

Podemos sospechar que en esta concepción cultural esté subyaciendo un deseo inconsciente infantil que prefiere pensar a la madre como una mujer “desvivida y gozosa” (con el riesgo que ello pudiera significar), exclusiva –o al menos prioritariamente- dedicada al hijo -varón- desprovista absolutamente de otro deseo. Cabe suponer, asimismo, que dichos deseos edípicos han obstaculizado el estudio del deseo de la mujer relegándolo casi exclusivamente al deseo

maternal. Quizá esta desatención a la vida sexual de la mujer -frente a su vida como madre- haya contribuido al desinterés por la seducción materna originaria constitutiva de la psicosexualidad.

Podemos pensar, quizá, que los cambios sociales y los nuevos modelos familiares estén sacando a la luz la prioridad del sujeto deseante mujer más allá de la maternidad y forzando a reflexionar acerca de su deseo. “¿Qué quiere una mujer?” sigue siendo una pregunta abierta que incita a la búsqueda permanente, a seguir escuchando.

Ahora bien, la lectura que he hecho de la obra freudiana deja de lado una visión más biológica, un determinismo fisicalista o endógeno. La obra de Freud no es lineal. Las oscilaciones entre lo que descubre y lo que abandona, la repetición, los olvidos que, sin embargo, siguen subyaciendo y retornan, las dificultades derivadas del propio objeto de estudio -el inconsciente- darán pié a diversas interpretaciones de su obra. Los escollos derivados de un nuevo campo de saber ocasionarán diferentes posicionamientos teóricos y fructíferos debates entre psicoanalistas. De ellos voy a hablar a continuación centrándome en lo que alude al deseo de un hijo.

CAPÍTULO SEGUNDO: EL DESEO DE UN HIJO EN LAS ESCUELAS PSICOANALÍTICAS DE VIENA Y LONDRES Y EL POSTERIOR INTENTO DE COEXISTENCIA

1. Introducción: El pensamiento freudiano no es un pensamiento lineal exento de vacilaciones y ambigüedades, lo que da pie a diversos posicionamientos teóricos entre los continuadores de su obra, que evidencian la dificultad del nuevo objeto de estudio y la preeminencia del paradigma biologicista. Freud hace derivar el deseo de un hijo de la envidia de pene en la mujer. Sin embargo, sorprende que sólo la envidia de pene haya sido objeto de aportaciones no exentas de controversia, en cambio el deseo de un hijo, que se hace derivar de ella, ha quedado en gran medida relegado al olvido. Estudiaré la noción de “deseo de un hijo” en las Escuelas psicoanalíticas de Viena y de Londres y el posterior intento ecléctico. Dadas las conexiones entre sexualidad, feminidad, maternidad y deseo de un hijo, resulta ineludible exponer la polémica suscitada en torno al concepto de castración de la mujer y su relación con este deseo de procreación.

He expuesto en el capítulo anterior la concepción freudiana acerca del deseo de un hijo alejada de consideraciones maduracionistas, biológicas, sociológicas e incluso psicológicas

haciendo una lectura de Freud desde la óptica de Laplanche. La sexualidad no se reduce a la actividad genital cuya finalidad sea la reproducción. Tampoco es un mero instinto o un saber predeterminado genéticamente que determine qué, cómo o a quién ha de desear un hombre y una mujer. Existe siempre un componente conflictivo en la sexualidad humana, algo que impide la satisfacción plena. De igual modo, no cabe la armonía absoluta en la vida del ser humano.

Sin embargo, el estudio de este nuevo campo del saber no se hace sin grandes dificultades. Las vacilaciones en el pensamiento freudiano van a dar pie a su vez a desvíos de otros psicoanalistas por aquellas vías abiertas por el mismo Freud. Así Freud sostiene también la tesis de un biologismo de la sexualidad y una predisposición hereditaria. “Extravío biologizante” que, como sostiene Laplanche (1993), se deriva del abandono por parte de Freud de la teoría de la seducción, lo que conlleva además el retorno a una concepción puramente endógena de la sexualidad y la defensa de un instinto anclado en la filogénesis. Extravío que no le impide –como hemos visto– perseguir su nuevo objeto de estudio e insistir en aquello que él está descubriendo y que está más allá de la fisiología.

Los descubrimientos freudianos suponen una revolución copernicana, pero también encontramos en Freud momentos ptolomeicos, como ha señalado Laplanche (1992), en que los descubrimientos de una sexualidad originada por la seducción del otro se abandona para volver a la idea del autoengendramiento. Freud (1897c, p. 301) en la “*Carta 69*” proclama no creer más en su neurótica –refiriéndose tanto a la seducción paterna de la que le hablan

sus pacientes neuróticas como al abandono de su teoría acerca de la seducción como causa de la neurosis-. Abandono que le permite dejar de buscar en los acontecimientos reales vividos por las personas y descubrir la importancia del fantasma. Pero este desentendimiento le desvía hacia consideraciones instintivas y madurativas de la sexualidad y da pie a la concepción endógena de las fantasías (surgiendo no por efecto de la vinculación asimétrica y de la intromisión sexualizante del adulto, sino suponiéndolas presentes desde el comienzo); esto es, una consideración de las fantasías de origen interno e innato, o como una manifestación psíquica natural transmitida filogenéticamente.

En esa misma carta Freud (1897c, p. 302) subyuga la importancia de la predisposición hereditaria y, en el mismo año, en la “Carta 75” (1897f, pp. 310-13) esboza la sucesión de estadios de la sexualidad infantil, que desarrollará posteriormente en “*Tres ensayos*”¹ y que parecen llevar hasta la idea de un camino preestablecido, de unos estadios jerarquizados en un orden temporal, de una secuencia ontogenética que reproduce una sucesión filogenética; una ruta que lleva indefectiblemente hacia una sexualidad adulta, transmisible por herencia, adecuada a un fin y ajustada a la supervivencia de la especie. Una secuencia evolutiva que será tomada de Abraham².

¹ Si bien hay que tener en cuenta que esta obra no está escrita linealmente sino que Freud va introduciendo epígrafes en años posteriores en correspondencia a sus investigaciones clínicas. De modo que entre 1910 y 1924 Freud agrega nuevas ideas, habla de zonas erógenas, de fases de desarrollo de la organización sexual –oral, anal, fálica, genital- que parecen sostener la tesis de una organización de la sexualidad predeterminada y de un proceso madurativo o una secuencia jerarquizada en un orden temporal preformado.

² Como reconoce Freud en su correspondencia con Abraham el 4-5-1915 (Freud-Abraham, 1907-1926, pp. 250-51)

El mito de la “media naranja”, de la partición del ser humano en dos mitades que aspiran a reunirse de nuevo en el amor, o del deseo sexual como reflejo de la unidad originaria perdida -expresiva de una sexualidad que garantiza la adecuación y el acoplamiento perfecto entre el hombre y la mujer- es apreciado de manera opuesta en ocasiones por el propio Freud. Así, en “*Tres ensayos*” (1905, pp. 123-24) lo rechaza evidenciando que la sexualidad no está predeterminada y que no es posible una armonía. Pero, posteriormente, en “*Más allá del principio del placer*” Freud (1920, pp. 35- 36 y 55-56) después de haber elaborado su teoría de las pulsiones de vida y de muerte, parece sostener la tesis de un origen preformado de las pulsiones de vida, o la idea de que todo estaba dado de antemano, diluyendo la diferencia entre pulsión e instinto. En la nota 36 a pié de página agregada en 1915a los “*Tres ensayos*” (1905, p. 147) y en la década de los veinte, por ejemplo en “*El yo y el ello*” (1923, pp. 38-41, 49-50 y 56) y en “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” (1924a, p. 182) apela a la filogénesis, al carácter hereditario de las pulsiones, de los guiones de la horda primitiva, de las fantasías y del Edipo. Existe pues, una oscilación en las tesis freudianas entre lo adquirido o lo hereditario que se refleja también en los psicoanalistas de las Escuelas de Viena y Londres.

La noción de instinto vuelve a cobrar auge relacionándose con tres elementos: un esquema de comportamiento de fijo e invariable, determinado biológicamente y adecuado a un fin. Un instinto sexual –reproductivo- que podría deteriorarse por efecto de la represión y de las condiciones sociales. Una sexualidad relacionada con lo autoconservativo y con la reproducción a la que se le asocia unas

fantasías inconscientes supuestamente connaturales a la anatomía y fisiología; una sexualidad originada desde el solipsismo del individuo.

La dificultad del campo de estudio y el descuido de la teoría de la seducción traumática provoca también que no sea siempre fácil hacer una distinción entre la actividad autoconservativa y la actividad representativa; entre el orden de lo autoconservativo o psicobiológico y el orden pulsional. Indiferenciación que implica concebir lo psíquico y la sexualidad emergiendo natural y paralelamente de lo biológico.

Pues bien, muchas de estas consideraciones -que subyacen en algunas reflexiones freudianas y que reflejan la preeminencia del paradigma biológico- no dejarán de tener efectos en los trabajos de los psicoanalistas contemporáneos a Freud sin llegar a producir obligadamente disensiones o abandonos. Dialogan y debaten conjuntamente aquellos aspectos que se están descubriendo y que suscitan dudas, interrogantes, obviando en numerosas ocasiones muchos de las aportaciones más revolucionarias del creador del psicoanálisis.

Además, como hemos visto en el capítulo precedente, Freud respalda la tesis de una energía de la pulsión sexual, una libido única. Es decir, no concibe una libido masculina y otra femenina en correspondencia con el sexo anatómico. Esta libido –siempre activa, masculina o fálica- puede adoptar metas activas o pasivas. Ubicarse en una posición femenina implica aceptar la meta pasiva de una libido activa, pero no renunciar absolutamente a esta última. Sin embargo, como veremos, los debates se establecen entorno a la existencia o no

de una libido única, si dicha libido evoluciona por razones biológicas, psicológicas o sociológicas de diferente manera en las mujeres y en los hombres. Es decir, sobre el establecimiento y características de la diferencia sexual; acerca de si existe o no conocimiento, fantasías o sensibilidad vaginal precoz que permita defender la existencia de una sexualidad femenina predeterminada.

Uno de los puntos más enigmáticos y controvertidos de la teoría psicoanalítica es precisamente el de la sexualidad femenina y más concretamente el suscitado por el complejo de castración femenino. Se preguntan acerca de qué entender por castración y/o “envidia de pene” (de la que se hace derivar el deseo de un hijo en la mujer)³; se busca argumentos desde la embriología, la anatomía, la psicología o la sociología que justifiquen dicha “envidia” femenina⁴ o que clarifiquen si se trata de algo previo o secundario a una represión. Pues bien, aunque el deseo de un hijo no haya formado parte directamente de la controversia suscitada por la envidia del pene, creo importante tener en cuenta las aportaciones de los autores implicados en este debate y ver las relaciones que guarda con este deseo de procreación. Mi objetivo es abordar la controversia, dadas las conexiones existentes entre feminidad y maternidad, entre feminidad y

³ Sorprende que sólo la envidia de pene haya sido objeto de controversias y no el deseo de un hijo que se hace derivar de ella. Parecería que la creencia en lo incuestionable de este deseo en las mujeres, el ser considerado algo natural profundamente asociado a la feminidad, hubiera dejado de lado la posibilidad de estudiarlo. En algunos casos nos encontramos con que se da por sentado que este deseo es algo instintivo y se pasa a estudiar cómo se constituyen los rasgos psicológicos asociados a la maternidad y que permiten los cuidados del niño.

⁴ O se busca contraponerla a los componentes “envidiosos” del varón en un afán de imponer justicia o ser equidistantes en la consideración de ambos mujeres y hombres.

masculinidad, y entre el deseo de un hijo y la sexualidad misma. Para ello me he servido en gran parte de la revisión y comentarios críticos que hace Silvia Tubert (1988) en su obra “*La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*” y en su tesis doctoral “*Significación de los aportes y controversias del psicoanálisis sobre la sexualidad femenina*” (1989).

Recordemos que en Freud (1909b, pp. 9-10, n.4; 1913a, pp. 131-48; 1923b, pp. 146-48 y 1924a, pp. 183-87), el complejo de castración modificó el significado del de Edipo y de la noción de bisexualidad, al tiempo que condujo a la articulación de la castración y la diferencia sexual como producto de una división y la incidencia de un orden histórico y simbólico. Desde 1905 Freud es contrario a describir la diferencia de los sexos a partir de la anatomía y defiende la tesis del monismo sexual o libido única, que entiende como activa o masculina⁵. Esta concepción está fundamentada en la experiencia clínica de las teorías sexuales infantiles. Freud (1908a, pp. 192-94) observa que los niños atribuyen a todos los seres humanos, incluido el sexo femenino, un pene, como el que ellos conocen a partir de su propio cuerpo. En 1923 en su obra “*La organización genital infantil*” y, un poco después, en 1924 en “*El sepultamiento del complejo de Edipo*” inserta el complejo de castración en el conjunto de su teoría y lo relaciona con el complejo de Edipo, reconociéndolo como universal.

⁵ La dificultad de Freud para discernir en el origen de la sexualidad humana entre el campo de lo pulsional (donde el niño es pasivo) y el de lo psicobiológico o autoconservativo (donde el niño es activo) y el abandono de la teoría de la seducción traumática, tal y como sostienen André (2002) y Gutiérrez Terrazas (2002, pp. 57-71), implica perder de vista el carácter pasivo, autoerótico y masoquista de la psicosexualidad humana en el momento de instalación de la pulsión y conlleva la teorización de la libido como activa, masculina y fálica. Concepción fálica que recoge la explicación que elabora el niño sobre la diferencia de los sexos.

Describe un estadio fálico caracterizado por la ausencia de representación psíquica del sexo femenino. La diferencia de los sexos se organizaba en torno a la posesión o no del falo (Freud, 1923b, pp. 146-49 y 1924a, p. 185). Si el agente de castración para el niño es el padre, en la niña es atribuida a la madre bajo la forma de privación de un pene. El complejo de Edipo en el varón desaparece por efecto del complejo de castración, mientras que en la niña éste último es el que hace posible su Edipo positivo. Desde la perspectiva de la libido única, masculina, se sostiene que ambos, niños y niñas ignoran la vagina y atribuyen al clítoris el papel de su homólogo el pene, lo que produce la impresión de poseer un órgano inferior, castrado (Freud, 1908a, pp. 194-95). En función de esta asimetría anatómica, articulada en torno a un polo único de representaciones, a un único símbolo -la posesión o no del falo- el complejo de castración no se organiza según Freud (1924a, pp. 185-87) de la misma manera en los niños que en las niñas. Las niñas quieren ser en todo como el varón, envidian el pene de éste y esperan recibir uno del padre. La sexualidad de la niña se organiza en torno al falo, a un símbolo.

La versión femenina del complejo de castración, vivida como “envidia del pene” produce el alejamiento del objeto materno para orientarse hacia el padre. La niña desea un pene y, si esto no es posible, espera recibir un hijo del padre (Freud, 1925b, pp. 270-75). El hijo está investido de un valor fálico. El complejo de Edipo, articulado con el complejo de castración genera la concepción de la diferencia sexual como producto de una división y de la incidencia del orden simbólico.

Sin embargo, el concepto de castración, en su vivencia femenina, la “envidia de pene”, despertó resistencias entre algunos de sus discípulos. Como apuntan Laurin (1964, pp. 15-54), Mitchell (1982, pp. 133-144), Tubert (1988, p. 45) y Roudinesco y Plon, (1998, p. 992), en el período situado entre las dos guerras mundiales aparecen los primeros comentarios de la mano de Lou Andreas Salomé (1916, p. 249), Van Ophuijsen (1917, pp. 87-103), Karl Abraham (1920, pp. 259-283) y Auguste Starcke (1921, p. 9); les siguieron luego Franz Alexander (1922 p.121), Otto Rank (1924), y Josine Müller (1931). Entre 1925-35, intervienen los analistas más relevantes en lo que respecta al debate en particular: Karen Horney, Melanie Klein, Lampl-de Groot, Ruth Mack-Brunswick, Helene Deutsch, Marie Bonaparte y Ernest Jones de los que hablaré a continuación. Ahora bien, muchas de estas primeras aportaciones son tenidas en cuenta por el propio Freud (1925b, p. 276 y 1931, pp. 242-244) aunque sin coincidir enteramente con ellas, y dan lugar a un intercambio fructífero de ideas. No obstante, la polémica surgida por el concepto “envidia de pene” divide a los psicoanalistas en lo referente al establecimiento de la diferencia de los sexos. Se perfilan dos posturas, la tesis freudiana defendida por la “Escuela vienesa” y, del otro lado, la “Escuela inglesa”, representada por Melanie Klein.

En 1927 Ernest Jones, en el Congreso de la International Psychoanalytical Association (IPA) en Innsbruck (Jones, 1927, pp. 459-472), elige como exposición el tema “*El desarrollo temprano de la sexualidad femenina*”, en el que condena como prejuiciosa y falocéntrica la concepción sobre la sexualidad femenina de Freud (Jones, 1927 p. 459) y se posiciona del lado de la Escuela británica

(Jones, 1927 p. 472). Se terminan de configurar las dos posturas; la de aquellos que mantienen los postulados de Freud (Helene Deutsch, Jeanne Lampl de Groot, Ruth Mack-Brunswick y Marie Bonaparte,) y los que se encuadran en los planteamientos de Jones (Melanie Klein y Karen Horney). Pero si bien la polémica se inicia con la cuestión referida al establecimiento de la diferencia de los sexos, termina siendo la propia diferencia lo que es estudiado. Unos y otros aportan lo que consideran peculiar y específicamente propio de cada sexo. El debate culmina centrándose en la búsqueda de las dos “esencias”, la de la masculinidad y la de la feminidad⁶.

Expondré en primer lugar, a los autores que participaron directamente en el debate, colocándose en una posición cercana a la de Freud. En segundo lugar, aquellos que ocuparon la otra cara de la polémica, la representada por los planteamientos de Ernest Jones. El debate tuvo interés al tratar de poner luz acerca de la compleja cuestión de la diferencia sexual y sigue teniéndolo, dado que los autores

⁶ Entiendo que en esa búsqueda de las “esencias” acaba confundiéndose lo que pueden ser rasgos de carácter, más próximos al concepto de género en sociología, con la idea de una “esencia” masculina o femenina originaria, relacionada directamente con la biología o la anatomía. Se hace recaer sobre la anatomía o la fisiología la “esencia” de la masculinidad o de la feminidad. Se considera el cuerpo biológico como determinante último de las características psíquicas que adquieren en el desarrollo la niña y el varón, ajenas a las marcas de los otros y de lo simbólico. Se desvirtúa la novedosa aportación de Freud de la construcción simbólica e histórica de la diferencia sexual. Concepción que no considera que se nazca mujer u hombre, que se tengan garantizada una identidad femenina o masculina por el hecho de tener una anatomía determinada, o que exista una “esencia” pura de virilidad o de la feminidad. Esto es, para Freud (1905, pp.200-202; 1925b, p.274 y 1931, p.230) masculinidad y feminidad no son puntos de partida, sino de llegada. Y ningún individuo está constituido de entrada ni como sujeto psíquico ni como sujeto sexuado. La subjetividad y la sexualidad son productos de la historia de las relaciones que el niño establece con los otros desde su nacimiento y aún antes, en el deseo de sus padres y en su proyecto.

posteriores se adhieren a una u otra escuela⁷, toman aspectos de alguna de ellas o de ambas en un intento de conciliación o de coexistencia Finalmente y en tercer lugar, abordaré también en este capítulo la postura de Marie Langer, que representa ese intento ecléctico de hacer compatibles las posiciones vienesas y londinenses. Como veremos la influencia del modelo biológico, la confusión entre el orden de lo autoconservativo y el de lo pulsional, y la profunda asociación entre maternidad y feminidad suscitará que el deseo de un

⁷ Sin embargo, y como veremos, incluso aquellos autores (Abraham, Deutsch, Lampl de Groot, Mack Brunswick y Bonaparte) que se sitúan en la misma órbita de Freud, no alcanzan a comprender, en toda su profundidad, la ruptura de su teoría sexual con los postulados epistemológicos existentes y con la sexología como ciencia natural del comportamiento sexual. Donde Freud diferencia lo que es una construcción, una representación subjetiva y cultural, un posicionamiento del sujeto respecto al deseo, muchos autores insisten y siguen viendo conceptos que se refieren al sexo como realidad anatómica, al instinto biológico heredado que responde a una finalidad preestablecida, a la procreación y mantenimiento de la especie. Aunque aceptan la existencia del inconsciente y de sus fantasmas como mediación entre la experiencia real y sus efectos, a veces, en sus reflexiones, no logran separarse de la pura experiencia observable.

Lacan, como veremos en el próximo capítulo, representa el afán de volver a Freud y respetar sus conceptos más revolucionarios oponiéndose a la coexistencia teórica entre las Escuelas. Su distinción de tres planos (real, simbólico e imaginario) permite un enorme avance en el impasse que se había creado en este debate previo. La corriente generada por este autor francés influye fundamentalmente a partir de los años sesenta, prolongándose sus efectos en la actualidad. Por último, se ha producido otro movimiento pendular, semejante al generado tras la exposición por Freud de sus trabajos sobre la sexualidad femenina. A partir de los años setenta, reparamos en una nueva polarización. De un lado aquellos autores que, desde una posición lacaniana (Lemoine-Luccioni, 1976, Mitchel, 1977, Kristeva, 1979; Tubert, 1991 y 1996), defienden al padre como figura que simbólicamente posibilita la aparición de la subjetividad. Del otro, una nueva posición representada por aquellos psicoanalistas que, en íntima conexión con el feminismo y más próximos a la obra de Klein (Chodorow, 1984; Chasseguet Smirgel, 1999 y Dinnerstein, 1976), sostienen que es la cultura patriarcal y la relación arcaica con la madre lo que hay que tener en consideración a la hora de entender el deseo de procreación. Se advierte nuevamente una polarización en donde subyace la polémica de quién ejerce más influencia en la generación del deseo, el padre o la madre. Renace el debate en torno a las propuestas de Freud, Lacan o Melanie Klein, así como un nuevo intento de conciliar y/o rebatir las tesis (Irigaray, 1974, 1977 y 1980; Montrelay, 1977; Vegetti, 1990 y 1992) y apoyarse en planteamientos prioritariamente sociológicos (Dio Bleichmar, 1991 y 1997, González de Chávez, 1988, Ferro, 1991; Levinton, 2000).

hijo apenas se investigue quedando como un instinto prioritario, natural y coherente con el instinto reproductivo. Un deseo incuestionable revelador de salud mental, de la armonía entre el individuo y la especie, y en el caso de la mujer, un instinto y un deseo que armonice con su función social y su capacidad gestante.

En síntesis, los psicoanalistas contemporáneos de Freud y condiscípulos suyos establecen un diálogo y un debate entre sí, en el que cada uno trata de aportar sus reflexiones y su experiencia clínica. Todo ello va permitiendo desvelar la complejidad del nuevo objeto de estudio: la realidad psíquica inconsciente. Freud entiende que es el deseo de un hijo el que conduce al deseo de un hombre y no a la inversa. No hay para Freud una atracción heterosexual dada, sino que ésta se establece en la historia sexual de la niña. Sin embargo, la sexualidad y específicamente la femenina es uno de los temas que suscitó más polémica. Aunque la sexualidad no es considerada un instinto por Freud, aunque ha de entenderse como más allá de la genitalidad y de su fin procreativo, aunque exige tomar en consideración el fantasma, sin embargo también subyace una consideración endógena y de autoengendramiento que lleva a los psicoanalistas a retomar las tesis maduracionistas, innatas y fisicalistas, a una consideración de la sexualidad siguiendo unos estadios en un orden temporal fijo, subordinados a la primacía de la zona genital y a la adaptación armónica entre los deseos individuales y la finalidad como especie. Se busca en la sociología y la psicología e incluso en la biología el origen de

las fantasías inconscientes y de las teorías sexuales infantiles, reflejando la dificultad para explicar las conexiones entre lo somático y lo psíquico. La envidia de pene de la que se hace derivar el deseo de un hijo va a ser objeto de cuestionamiento.

Al hijo, se le da un valor fálico y narcisista, se lo reconoce como asociado simbólicamente a funciones fisiológicas; no obstante, se juzga el deseo procreativo como profundamente asociado a lo autoconservativo, a lo natural e innato, en íntima conexión con la feminidad y la salud mental de la mujer, y lo que se estudia son los rasgos de carácter que van a permitir desear, criar o educar a los hijos.

El deseo de un hijo, agrega además una dificultad mayor dado que la gestación pasa por la anatomía y fisiología de la mujer, y dado que el feto formará una parte de su cuerpo de la que habrá de desprenderse no sólo físicamente, sino también psicológica y socialmente. El hecho de que en la maternidad esté comprometido tanto lo corporal como lo psíquico, lo consciente y lo inconsciente, va a obstaculizar el análisis del deseo femenino desde este nuevo campo del saber que constituye el psicoanálisis, apelando –como he dicho– a esquemas conceptuales previos al psicoanálisis y a paradigmas epistemológicos preeminentes. No obstante, los debates sobre la sexualidad femenina entre las dos posturas que se perfilan – Escuelas de Viena y de Londres– son un paso obligado y necesario para entender la complejidad del tema que nos ocupa. Las dos perspectivas siguen vigentes en los debates

actuales bien porque los psicoanalistas posteriores adoptan una posición ecléctica y de coexistencia (Marie Langer supone un prototipo de esta actitud), o bien porque se apoyan en argumentos de unos u otros para fundamentar sus nuevas reflexiones.

2. La Escuela de Viena: Su concepción de la castración, de la envidia de pene y del deseo de un hijo. Los autores de esta Escuela (Abraham, Deutsch, Lampl-de Groot, Mack Brunswick y Bonaparte) apoyan la idea de una masculinidad o feminidad originarias determinada por las diferencias anatómicas entre hombre y mujer. Desestiman la función que el complejo de castración juega en la construcción de la diferencia sexual y, por tanto, en el deseo de un hijo.

La contestación a la noción de “complejo de castración” y especialmente, en su vertiente femenina, la envidia del pene, por parte de los analistas más relevantes se produce entre 1925 y 1935⁸. La polémica alcanza su culminación en 1927 en Innsbruck, con la toma de postura de Jones, representando la Escuela de Londres, frente a los

⁸ Siguiendo la revisión de Juliet Mitchell (1982, pp. 133-144 y 299-363), Silvia Tubert (1988, pp. 45-96 y 1990, pp. 7-41) y Chasseguet-Smirgel (1999a, pp. 21-80).

autores de la Escuela de Viena que se pusieron del lado de Freud. Comenzaré exponiendo las aportaciones que estos últimos hacen al tema que nos ocupa.

Ahora bien, quiero anticipar que los autores que voy a exponer, en la pretensión de tomar al pie de la letra los textos de Freud terminan distorsionando bastante las propias tesis freudianas. Así, aunque desde la Escuela de Viena se habla de un “monismo sexual”, (esto es, de una sola libido, masculina, activa), sin embargo, frecuentemente se deslizan hacia una consideración constitucional diferente para hombres y mujeres. Subrayan de tal manera la predisposición natural y/o biológica como factor explicativo de la diferencia de los sexos y, por ende, del deseo de un hijo, que de hecho, despoja al complejo de castración de su papel crucial en la construcción de la diferencia sexual. En la mayoría de los autores que expondré se termina presuponiendo, explícita o implícitamente, la existencia de una masculinidad o una feminidad innatas que corresponden directamente a los deseos del hombre y de la mujer en tanto cuerpos anatómicamente diferenciados. Desde ahí, el deseo de un hijo en la mujer sería algo, en última instancia, determinado por su propia anatomía.

2.1. Karl Abraham: Sostiene que el complejo de castración de la mujer se manifiesta como hostilidad y envidia de pene a raíz de la percepción del genital masculino y de la inferioridad de su cuerpo. Tales

sentimientos sólo podrán ser compensados por una muestra de amor, mediante un regalo paterno: el hijo. La niña accede así al padre como objeto sexual, es decir al complejo de Edipo positivo. El deseo de obtener un hijo como regalo tiene que ser posteriormente disociado de su padre y, su libido, liberada, ha de encontrar un nuevo objeto. La envidia y el deseo del padre precisan ser sublimados, pero el deseo de un hijo queda como condición necesaria para alcanzar la normalidad. Sólo el hijo puede compensarla de verdad de la inferioridad corporal y ser “curada” de su complejo y envidia de pene. Sin embargo, no explica por qué o qué condiciones ha de tener la sustitución del pene por el hijo para promover la salud mental de la mujer.

Karl Abraham había ya mostrado, antes de la polémica, interés por lo pre-edípico y por la sexualidad femenina. En 1920 publica su artículo “*Manifestaciones del complejo de castración en la mujer*” como respuesta a “*El Tabú de la virginidad*” publicado por Freud en 1918⁹. Este autor, utilizando el material reunido en un amplio campo de la observación clínica, analiza los

⁹ En dicha obra Freud (1918a) plantea el horror del hombre frente a la castración y específicamente el temor a la mujer y a la hostilidad que inconscientemente proyecta en ésta. Explica también cómo las reacciones de la mujer frente a la menstruación, la desfloración y el coito pueden desencadenar una reacción de aversión al varón y cobrar formas patológicas de dependencia e inhibición en la vida amorosa. La hostilidad de la mujer, derivada de su castración y de la envidia de pene, sería percibida inconscientemente por el varón. Freud dilucida en esta obra, además del menosprecio del varón hacia la mujer, el temor generalizado hacia ella. El “tabú de la virginidad” proviene del riesgo psicológico de que se produzca esa respuesta ambivalente por parte de la mujer hacia el hombre que la ha desvirgado.

numerosos y multiformes fenómenos psicológicos atribuidos al complejo de castración femenino. Fenómenos que entiende resultan especialmente complejos por su conexión con procesos biológicos y fisiológicos. Expone que el deseo reprimido de ser varones es una realidad tan extraordinariamente frecuente que cabe pensar que tal deseo es común a todas las mujeres. El desagrado por ser mujer no puede explicarse sólo por las desventajas sociales reales que la niña encuentra en su infancia frente a los niños varones o por las limitaciones posteriores que la sociedad impone a las mujeres. Estos argumentos sociológicos son para Abraham (1920, p. 260) el resultado de una racionalización. La observación directa de las niñas y la clínica con mujeres, muestra inequívocamente que en un momento de su evolución éstas se sienten en desventaja frente al varón debido a la “inferioridad” de sus órganos genitales externos. De adultas una amplia proporción de mujeres no ha superado esta “desventaja” o, dicho en términos psicoanalíticos, no la ha reprimido y sublimado con éxito. La no posesión de un órgano masculino produce un efecto tan serio y duradero en la vida mental de la mujer que justifica el que se hable de un “complejo de castración”. Ahora bien, la niña no tiene originalmente un sentimiento de inferioridad respecto a su cuerpo. Es frente a la percepción del genital masculino (e incapaz de reconocer un “defecto primario” en su cuerpo), que concibe la idea de que ella también una vez tuvo uno pero se lo quitaron. Es decir, la niña *“se esfuerza por representarse el defecto cuya percepción es penosa, como una pérdida secundaria, resultante de la castración”* (Abraham, 1920, p. 260). Abraham está hablando de una representación simbólica,

de una forma de representarse su anatomía como inferior o como castrada. Expone cómo la niña, y después la mujer, consideran el órgano genital femenino como una herida y, en cuanto tal, representa un efecto de la castración. Coincide con Freud (1918a, pp. 197-203) en señalar la tendencia hostil de muchas mujeres contra el sexo masculino como un deseo de vengarse sobre el hombre privilegiado y castrarlo. El descubrimiento de los órganos genitales masculinos y el atribuir alguna ventaja en el otro, ofende su narcisismo y produce dos reacciones estrechamente asociadas: la hostilidad y un impulso a privarle de lo que posee. La unión de estas dos reacciones constituye la “envidia”, expresión que entiende como típica de la fase anal-sádica de la evolución libidinal¹⁰.

La niña espera en su fantasía inconsciente que su padre le dé esa parte del cuerpo de la que carece, si bien esta esperanza se desmorona después de un tiempo. Ella ha de realizar en su desarrollo psicosexual una adaptación que no precisa el varón. Tiene que reconciliarse con su cuerpo y aceptar su papel sexual femenino.

En su argumentación los conceptos de falta de pene y de regalo sustitutivo desempeñan un papel fundamental. Abraham

¹⁰ Abraham (1924, pp. 301-10; 1924a, pp. 365-381 y 1925, pp. 311-18) tiene una visión madurativa y solipsista del desarrollo libidinal, de estadios infantiles a estadios más adultos. De lo oral a lo anal hasta llegar a lo genital. De la boca receptiva, al ano y al descubrimiento de la vagina. Del objeto parcial al objeto total. Del autoerotismo al amor objetivo pasando por el narcisismo. Entiende “la envidia de pene” en términos de fijación al estadio oral y la hace derivar de la envidia oral del pecho. El interés libidinal y narcisista en el pene es concebido como una especie de “amor parcial”, etapa preliminar para el verdadero amor objetual.

(1920, pp. 262-264) incorpora el concepto de “don” o “regalo”. A los ojos de ambos, niños y niñas, una prueba de amor es casi lo mismo que un regalo. La primera prueba de amor que produce una impresión perdurable es el haber sido amamantado. La madre da al niño inicialmente la leche y éste le retribuye con sus evacuaciones, adaptándose a los deseos maternos. Sin embargo, y como Freud ha demostrado (1917, pp. 113-120), el niño considera sus excrementos como una parte de su propio cuerpo. El niño por identificación establece una estrecha relación entre las ideas de “excrementos” y “pene”. La ansiedad del niño varón respecto a la pérdida de su pene se basa en esta asimilación de ambas ideas. Teme que el pene se despegue de su cuerpo del mismo modo que los excrementos. En las niñas, en cambio, se presenta la fantasía de obtener un pene, bien sea por medio de la defecación (es decir, hacerlo ellas mismas) o recibirlo como un regalo otorgado por el padre. Se establece así una ecuación simbólica heces-regalo-pene. Decepcionada en sus pretensiones la niña dirigirá una intensa y duradera hostilidad contra aquellos de quienes en vano esperó el regalo. Abraham (1920, p. 263) apela a la ampliación de la ecuación simbólica descubierta por Freud (1917, pp. 113-23) en la que además de la idea de regalo, excremento y pene, hay otra que viene a identificarse con ellas y es la de un hijo. El hijo sí puede crecer, ser recibido y dado. La niña acaricia la esperanza de tener un hijo del padre como sustituto del pene que no se le concedió y en calidad de regalo. Convierte al padre en su objeto amoroso y, de este modo, entra la niña en su Edipo femenino y desarrolla, por identificación con la madre, impulsos maternos. Para Abraham (1920, p. 263) “*la deseada posesión de un hijo está destinada a*

compensar a la mujer por su defecto físico". La "envidia de pene" original de la niña es reemplazada por la envidia hacia la posesión de hijos de la madre en virtud de la identificación con ella. Los impulsos hostiles hacia ambos padres y las tendencias dirigidas hacia su padre deberán ser sublimados. Se establece, como en los varones, un período de latencia; y de un modo semejante, cuando llega a la pubertad, vuelven a despertar los deseos que se dirigieron hacia el objeto amoroso. El deseo de la niña de obtener un hijo como regalo tiene que ser dissociado de su padre, y su libido, así liberada, tiene que encontrar un nuevo objeto.

"La mujer adulta normal se reconcilia así con su propio papel sexual y con el del hombre, con la genitalidad masculina y femenina. Desea una gratificación pasiva y quiere tener un hijo. De este modo su complejo de castración no causa efectos perturbadores" (Abraham, 1920, p. 264).

La envidia y el deseo del padre tienen que ser sublimados, pero el deseo de un hijo queda como condición necesaria para alcanzar la normalidad. Sin embargo, también señala que con harta frecuencia no se consigue esta meta normal del desarrollo y ello es debido a otros factores que siguen recordándole la "castración". La menstruación, la desfloración y el parto, al asociarse con la pérdida de sangre y asemejarse a una herida, vienen a confirmar esta vivencia de castración. Entiende este autor (1920, p. 264) que siempre es posible encontrar en toda mujer huellas del complejo de castración, en mayor o menor grado.

La reacción ante la desfloración de la que hablaba Freud en *"El tabú de la virginidad"* no es en modo alguno rara en la

sociedad tal y como Abraham (1920, p. 265) deduce de su experiencia clínica. El complejo de castración de la mujer da lugar a dos salidas neuróticas:

Una, representativa del tipo vengativo, consistente en el rechazo inconsciente del papel femenino y en el deseo reprimido de vengarse del hombre privilegiado. Así, el inconsciente de la hija adulta ejerce una revancha póstuma por la omisión del padre de otorgarle a ella un pene. Sin embargo este desquite no se ejerce en la persona del padre, sino en la de la persona que ha sustituido a éste en la transferencia de la libido. La venganza persigue la castración del hombre -que puede ser reemplazada simbólicamente por otras medidas agresivas y despreciativas- y conseguir un pene, o robárselo al hombre.

La otra salida neurótica al complejo de castración consiste en la homosexualidad, o reacción del tipo de cumplimiento del deseo, es decir, adoptar el papel masculino, fantasear con la posesión de un pene. A este segundo tipo de reacción corresponderían aquellas manifestaciones sublimadas de estos deseos inconscientes de ser varón, que se observan en mujeres que persiguen empresas masculinas de carácter intelectual y profesional y otros intereses relacionados (Abraham, 1920, pp. 265-66).

Abraham en esta obra reúne numeroso material de su clínica y expone diversos síntomas, sueños y formas, neuróticas o no, de expresarse el complejo de castración femenino y distintas

modalidades de elección de objeto de amor. Muchas de estas manifestaciones corresponden al tipo de cumplimiento del deseo (1920, pp. 266-271) y otras son relativas a las manifestaciones del tipo vengativo¹¹, que incluye siempre ambos deseos, el de castrar y el de tomar por la fuerza el anhelado órgano (1920, pp. 272-279). Considera que, a veces, las mujeres logran superar el complejo de castración neurótico después de haber tenido un hijo. *“Por decirlo así, sólo se convierten en mujeres, en todo el sentido del término, por medio de los sentimientos maternales”* (1920, p. 276). Y lo explica diciendo que cuando la mujer tiene el hijo, recibe de verdad, el “regalo” esperado que compensaría a la niña por el pene perdido, y su herida es curada¹². Sin embargo, el deseo de algunas mujeres de obtener un hijo de un hombre contra la voluntad de éste, reflejaría esa tendencia inconsciente a quitarle el pene al hombre y apropiárselo en forma de un hijo¹³. El otro extremo de este grupo estaría representado por esas mujeres que

¹¹ Todo análisis profundo para Abraham (1920, p. 265) revela la estrecha conexión que hay entre estas fantasías de venganza y todos los acontecimientos anteriores – imaginarios o reales– que han sido equivalentes a la castración. La venganza remite a la injusticia sufrida a manos del padre, por la omisión del padre de otorgarle un pene. La actitud hostil y sádica con el fin de posesión deriva de motivos anales e impide la actitud de amor hacia el otro sexo y la búsqueda de gratificación genital.

¹² Me pregunto de qué herida habla Abraham y a qué se refiere al hablar de “curación”. Si se trata de una herida narcisística, una herida por la frustración de no haber recibido un pene o un hijo como regalo o una herida por castración. De otro lado, sea una u otra, si su herida es “curada”, quiere decir que estaría totalmente satisfecha y no habría signo alguno de castración en ella, idea que es contraria a Freud y a la teorización de la sexualidad humana como conflictiva.

¹³ En cuyo caso no parece que el deseo de un hijo “cure”. Me planteo ¿qué sucede con el deseo de un hijo? ¿por qué en ocasiones “cura” y en otras, por el contrario, representa la persistencia de la “envidia de pene” y el deseo de venganza? ¿de qué depende que el hijo sea una “buena” sustitución? ¿depende exclusivamente del acuerdo y el consentimiento de la pareja? ¿de qué tipo de sustitución se trata?

quieren a toda costa permanecer sin hijos, que declinan todo tipo de sustituto, y que no pueden ser madres sin recordar su feminidad como algo perturbador.

Abraham (1920, pp. 264-83) comprueba en la clínica diversas gratificaciones sustitutivas, además del hijo, que pueden tener para la mujer el significado de “pene”. Percibe que el deseo de un hijo no garantiza la normalidad. Sin embargo, no alcanza a explicar cuando y por qué estas sustituciones entorpecen o contribuyen a la salud mental de la mujer.

Como he expresado un poco más arriba, Abraham tiene el mérito de señalar algo del aspecto simbólico de la castración en tanto habla de que el niño o la niña se representan la anatomía; sin embargo, no queda claro si la idea de “defecto” o “inferioridad” son consideradas como representaciones o si entiende que es la propia anatomía, inferior o defectuosa, la que es representada simbólicamente como castración. En cualquier caso, para Abraham, es la percepción de la diferencia anatómica la que produce efectos. La percepción de la realidad material sería coextensiva con la representación psíquica de dicha realidad, no teniendo en cuenta los efectos que la intervención de un adulto cuidador genera en la construcción de esas primeras representaciones mentales.

Abraham sostiene que niños y niñas, debido a sus diferencias anatómicas, responden de manera diferente a la percepción de la falta de pene en la mujer. Para Freud (1924a, 177-187) la percepción de la diferencia anatómica en sí misma no constituye nada si no está mediatizada por la Ley de interdicción del incesto representada en el padre prohibidor. La prohibición tiene valor en función de una amenaza simbólica, correspondiente a un acontecimiento mítico en la historia de la humanidad, acontecimiento que nos atraviesa necesariamente para que podamos constituirnos como humanos. Esta Ley es la que hace que se interprete la diferencia anatómica en términos de castración. Según Abraham el complejo de castración es una experiencia temida esencial¹⁴ pero para un ser ya constituido como sujeto humano. Entiendo que este complejo para Abraham no tiene la relevancia que le da Freud ni el carácter simbólico. Aunque utiliza el término de castración, se está refiriendo a una frustración o a la dimensión imaginaria de este complejo. Basta la percepción anatómica para que se interprete la diferencia como castración de la niña y angustia de castración en el varón. Es la ausencia de pene para Abraham la que

¹⁴ Experiencia esencial en la medida en que ayuda a inhibir los sentimientos de envidia, celos y hostilidad hacia los progenitores y contribuye a avanzar hacia el amor objetivo. Se eliminan las huellas de estas primeras etapas del desarrollo y se accede así al más alto nivel de organización de la libido (Abraham, 1924a, p.324-81 y 1925, pp. 311-18). Abraham atribuye dicha transformación al complejo de Edipo y a la percepción de la diferencia anatómica. Sin embargo Freud (1913a) articula la percepción de la diferencia anatómica con la Ley que prohíbe el incesto como una experiencia que va más allá de la vivencia personal y de la formulación explícita por parte de los padres. Es decir, Freud subraya el aspecto simbólico y cultural de la castración mientras que Abraham apunta hacia la dimensión imaginaria de la castración, la representación e interpretación personal que los niños hacen de la diferencia anatómica.

ocasiona unas vivencias y deseos en la niña. Es la percepción del cuerpo en sí lo que indica e inicia la diferencia sexual y la que promueve la construcción del sujeto deseante.

Debo señalar tres cuestiones más:

En primer lugar, que el deseo de un hijo en la mujer, para Abraham, se deriva de la representación que ella se hace de las diferencias anatómicas y de los sentimientos de frustración y envidia de pene subsiguientes y de una serie de sustituciones. Ahora bien, no queda claro el tipo de sustituciones de que se trata. No se explica por qué se entienden como neuróticas aquellas sustituciones que puedan producirse, como por ejemplo, desear realizar actividades intelectuales, profesionales o tener otros intereses (Abraham, 1920, p. 266) y no otras, como el deseo de un hijo.

Aunque Abraham en su clínica capta esas sustituciones y habla de “ecuación simbólica”, entendemos que no termina de aprehender el significado de esa sustitución simbólica. Esto es, Abraham dice que el hijo, como regalo, puede compensar y/o curar a la mujer, sin embargo también señala (1920, p. 276) que a veces el deseo de un hijo puede ocultar precisamente su deseo de castrar, de vengarse, de arrebatarse algo a la fuerza, o de obtener un hijo ella sola, sin la necesidad del varón (1920, p. 271). Es decir, Abraham se da cuenta de que el deseo de un hijo no garantiza tampoco la superación de la envidia del pene. Intuye que el deseo de un hijo oculta

muchas cosas. No acaba de dar con la fórmula que permita distinguir por qué, cuándo o si es o no necesario el deseo de un hijo para hablar de “mujer adulta normal”. Desde mi punto de vista no puede encontrar la razón que lo explica. Intuye que hay algo simbólico, pero ¿dónde está lo simbólico, en la ecuación que equipara unos objetos a otros o en la sustitución? Para entenderlo es preciso distinguir de qué tipo de sustitución se trata. Cuando se habla de sustitución simbólica, se trata del canje de un objeto por otro, pero en ese reemplazo, el objeto intercambiado altera su significado, adquiere un significado distinto. No se trata de la mera sustitución de un objeto por otro, pero manteniendo el mismo significado, el pene en todas ellas, lo que no representaría más que la negación a admitir la diferencia de los sexos. Esto es, no es el hijo en sí y por sí lo que garantiza la superación de la envidia del pene. Es la sustitución marcada por algo más lo que determina el cambio de significado. Y lo que posibilita la sustitución simbólica del deseo de pene por otra cosa con un nuevo significado, una auténtica sustitución simbólica, es la castración. No es, por tanto, el deseo del hijo en sí, lo que mágicamente produzca efectos, sino el deseo marcado por la admisión de la castración simbólica. Es la admisión de la Ley de prohibición del incesto lo que posibilita que se produzcan sustituciones simbólicas. Al no distinguir entre frustración y castración Abraham no acaba de encontrar, desde mi punto de vista, la salida.

En segundo lugar, entiendo que Abraham sustenta la idea de que la feminidad normal tiene una condición necesaria

previa, desear un hijo. El deseo de un hijo es, y debe ser por tanto, el producto último y preceptivo de una serie de sustituciones que se derivan, como hemos visto, de la percepción y representación de la diferencia anatómica. Atribuye un carácter normativizante a esas sustituciones. El hijo debe de ser el valor último y el que realmente pueda satisfacer a la mujer. Abraham está viendo a la mujer exclusivamente como madre. Por otra parte, al afirmar: <<Por decirlo así, sólo se convierten en mujeres, en todo el sentido del término, por medio de los sentimientos maternales>> (Abraham, 1920, p. 276), parece sostener que la condición de mujer tiene un sentido determinado, claro y unívoco, que existe una “esencia” de la mujer.

Por último, Abraham tiene también el mérito de observar e intuir que la castración produce efectos decisivos y permanentes, pero la explica en términos negativos, de problema neurótico perturbador que genera toda una sintomatología más o menos observable. Considera que sólo aquellas mujeres que tienen un hijo pueden superar este negativo complejo, pueden restañar la herida de su anatomía. No alcanza a comprender el aspecto positivo de la castración como movilizador del deseo. Desde mi punto de vista, está excesivamente apegado a la idea de la castración como una representación simbólica de la anatomía y no como algo que significa entrada en el mundo social, regido por la Ley fundamento de lo humano.

2.2. Helene Deutsch: La feminidad y sexualidad de la mujer están indisociablemente asociadas a la maternidad. El hijo no es considerado como una compensación sustitutiva a la falta de pene. El deseo de un hijo en la mujer responde a un instinto biológico reproductivo, intrínsecamente ligado a la sexualidad genital, al que se van a ir agregando fantasías, en parte, asociadas a los prototipos orgánicos digestivos, y fantasías – prioritariamente masoquistas- de hostilidad y rivalidad edípicas. Distingue una prehistoria de este deseo, caracterizado por el afán de transformar en activo lo que se ha vivido pasivamente. La renuncia al complejo de Edipo y el acceso a la pubertad estimulan el deseo sexual y el de un hijo, ambos profundamente enraizados.

En 1949 Helene Deutsch publica su obra “*Psicología de la mujer*”, en la que recoge los artículos que, entre 1925 y 1933, ya había desarrollado acerca de la psicología de la mujer en relación con las funciones de la reproducción, el masoquismo, la sexualidad y la homosexualidad femenina. En esta obra, dividida en dos volúmenes y traducida al castellano en 1952 y 1960 respectivamente, aborda la psicología de la mujer y la maternidad. El material utilizado en ambos tomos no se limita a sus observaciones personales en el curso de tratamientos psicoanalíticos, sino que, como ella misma señala (1952, p. 11),

procede también de casos e historias clínicas recogidas por otros observadores –médicos y sociólogos- sin prejuicios a favor de alguna teoría psicoanalítica, de las historias rutinarias de las salas de hospital y de archivos de diferentes organizaciones de asistencia social. Debido a la abundancia de material, Deutsch afirma que a ella:

“Le resulta imposible ocuparse del problema central de la feminidad –la maternidad- dentro de los límites de un volumen. Por tanto la dualidad fundamental de la mujer queda formalmente dividida: el desarrollo individual y la personalidad de la mujer constituirá el tema del primer volumen, y su papel como sierva de la especie¹⁵ será el tema del segundo volumen” (1952, p. 13)

Esta autora (1952, pp. 224-258) destaca que tanto el varón como la niña luchan para adquirir actividad e independencia frente a su madre. En esta lucha el padre representaría al mundo exterior, a la realidad. La niña en determinado momento de su desarrollo, abandona a la madre y va hacia el padre, en búsqueda de ese mundo exterior más allá del ámbito materno¹⁶. Abandonar a la

¹⁵ Extraña, ya de entrada, que juzgue la maternidad como el problema central de la mujer, pero más aún que la considere como “sierva de la especie”, como si sólo a ella le incumbiera el papel de reproducción de la especie o como si no hubiera diferencia entre instinto y pulsión.

¹⁶ El padre es el representante de la realidad y del mundo exterior en el cual los niños desean vivir como adultos. La madre se percibe ligada a las antiguas satisfacciones infantiles, a la impotencia y dependencia infantil. Ser adulto, para Deutsch (1952, pp. 228-29) significa alejarse de ella. Es lo que representan el padre y la madre en la sociedad -los papeles sociales que ambos desempeñan- lo que interviene y produce el cambio de objeto de la madre al padre. Es la realidad social o las experiencias concretas las que actúan como movilizadoras del deseo inconsciente. Aunque Deutsch percibe el importante papel que juega el padre en la separación entre madre-hijo/a, lo interpreta en términos de experiencias reales o, como dice ella, la niña espera del padre “*principalmente una alianza contra la madre, a favor de la realidad*” (Deutsch, 1952, p. 228). Se impone la realidad frente al mundo de la

madre de la primera infancia significa, para ambos sexos, desarrollar actividad y cierta agresividad. Estos impulsos van ligados a tendencias eróticas. En el varón toman el aspecto de deseos de penetración agresiva de la madre y se vivencian en el pene¹⁷. ¿Cómo sería la situación correspondiente para la niña? Ella también se vuelve activa y el objeto primitivo de la actividad erótica es la madre, si bien la niña desde el principio es más pasiva que el varón. Por su parte la sociedad también ejerce una influencia inhibidora de la agresividad y actividad de la niña. Los efectos de esta tendencia inhibidora van a depender del vigor de su impulso activo y de la intensidad de la influencia del medio. El niño y la niña se vinculan con el mundo de la madre, que los ama e inhibe¹⁸ y, como vimos, les condena a la pasividad. Pero también

madre, más relacionado con las fantasías o con experiencias de dependencia e impotencia, en una visión adaptativa.

¹⁷ El orden autoconservativo no parece ser diferenciado del orden pulsional, o pareciera que Deutsch lo hace derivar de forma natural. La pulsión nace apuntalada en lo autoconservativo, en aquellas funciones corporales esenciales para la vida, pero no tiene un origen endógeno. Laplanche en *“Vida y muerte en psicoanálisis”* (1970) expone como el olvido de la seducción materna en Freud va a dar lugar a esa confusión entre estos dos órdenes y a la idea de la pulsión emergiendo desde el solipsismo del niño. El autoerotismo no es el tiempo primordial sino posterior a la pérdida del objeto. Debido al desvalimiento del bebé y a la necesidad de ser atendido por un adulto experimentado, el orden vital estará contaminado por el sexual pero también sostenido por él. Freud confunde o hace equivalentes el Yo como individuo o como organismo psicobiológico y el Yo del narcisismo entendido como un objeto de amor. Confusión que como señala Gutiérrez Terrazas (2002, p. 91) va a dar lugar a utilizar como sinónimos los términos “pulsiones del yo” (que son de autoconservación y no son pulsiones en estricto sentido) y “libido del yo” que correspondería a lo pulsional y al Yo del narcisismo (entendido como objeto de amor). En la agresividad como la actividad debiera distinguirse lo que es del orden de lo pulsional de lo que es del orden de lo autoconservativo, de lo biológico o incluso de lo sociológico. Distinción que no creo ver en Deutsch.

¹⁸ Dice Deutsch (1952, p. 230): *“La madre siente –y su sentimiento es apoyado por hechos objetivos– que la muchacha es más débil y necesita más ayuda que el muchacho, y que la muchacha no puede dirigir su impulso hacia la actividad sin exponerse a peligros. En resumen, la influencia inhibidora del medio se afirma sobre*

entran en relación con el mundo combativo y alentador de la actividad del padre. Los niños de ambos sexos piden al padre, como representante de la realidad, que les ayude a liberarse de la madre¹⁹. Esto, a veces, se concede a la niña en lo que se refiere a la actividad, pero jamás en lo relativo a la agresión. La niña inhibe su agresividad. Pero esta inhibición se vuelve contra ella y confiere carácter masoquista al estado pasivo de ser amada (1952, p. 234). Existen, pues, componentes masoquistas en la relación con el padre, pero también en la relación con la madre.

Respecto al deseo de un hijo Helene Deutsch (1960, pp. 61-79) diferencia una prehistoria del deseo, relacionada con las primeras experiencias libidinales que tanto los niños como las niñas han experimentado. Esta prehistoria, a su vez está dividida en dos fases: una, infantil, y otra, en la pubertad.

En la fase infantil, la ontogenia de las funciones sexuales femeninas sigue los mismos medios que los que utiliza el niño para la satisfacción y dominio de los impulsos somáticos elementales. Así, los niños pequeños de ambos sexos, identifican

la base de la estructura biológica de la muchacha". (El subrayado es mío). El amor de la madre conlleva inhibición del deseo de ser activos e independientes y esta tendencia materna a inhibir es mayor hacia la niña que hacia el varón no sólo por los sentimientos de la madre, sino por hechos objetivos, por la debilidad biológica de la hija. Ulteriormente, el resto de los miembros de la sociedad no hace más que repetir lo que se inicia con la madre.

¹⁹ Para Helene Deutsch aunque la madre constituye el primer objeto libidinal, sin embargo, los niños y niñas querrían abandonarla. Y ello se explica prioritariamente porque inhibe la actividad y favorece la dependencia. De forma natural, evolutiva, y no por la admisión de la castración de la madre, niños y niñas buscarían al padre, que, por el contrario, sería alguien deseable en tanto que representa la realidad externa.

el embarazo con la ingestión de alimentos y con los procesos digestivos, el feto con el contenido intestinal y el parto con la defecación. Los prototipos orgánicos de la infancia se relacionan con impulsos instintivos diversos que proporcionan un estímulo para sus fantasías, deseos y temores. Por tanto, todo lo que acontece durante la reproducción tiene su preludio en estas fantasías y sucesos infantiles.

Por otra parte, tanto los niños como las niñas en este momento se identifican con la actividad de la madre. Quieren ser activos como la madre, para librarse de la dependencia y de la pasividad de que son objeto por parte de ella. Ambos la imitan y desean ser madres, esto es, evolucionan de ser pasivos a ser activos. Pero la niña no persigue solamente invertir su papel maternal de pasivo a activo, sino que utiliza este papel para satisfacer sus impulsos agresivos edípicos. Al acceder al complejo de Edipo, en la vida fantasmática de la niña, aparece un deseo pasivo de recibir un hijo del padre (Deutsch, 1960, p. 68). El papel del padre se relaciona con ideas masoquistas y la madre se constituye en rival. Esta rivalidad que entra en juego provoca resentimiento hacia los hijos de la madre, deseos de expulsarlos, de eliminarlos. Por tanto, en el período infantil, existen dos fases que influyen en la maternidad posterior. Una primera, prototípica de la tendencia maternal activa, en donde la niña desea tener un hijo de la madre o engendrarlo por ella misma. Y una segunda, la edípica, que se caracteriza por el deseo pasivo de recibir un niño del padre (Deutsch, 1960, p. 68). Las primeras tendencias maternas responden, por tanto, bien al deseo de ser activa y

reproducir el trato que recibe de la madre, o bien de la necesidad de ocultar el resentimiento hacia la madre y la hostilidad edípica hacia los otros niños de ésta y simular una tendencia maternal. Se requiere un cierto tiempo hasta que las muchachas se liberen del complejo de Edipo y desarrollen un yo que las capacite para la maternidad (Deutsch, 1960, pp. 69-79).

Ahora bien, aunque la niña desconoce la existencia de la vagina y el útero, sin embargo, desarrolla una serie de fantasías y temores referidos a las funciones reproductoras que están relacionadas con el interior de su cuerpo. Estos temores son mayores en las niñas que en los niños porque éstos, por razones anatómicas y sociales, derivan más fácilmente sus intereses hacia el mundo exterior (Deutsch, 1960, pp. 64-65). *Es decir, entiendo que para esta autora la percepción de las diferencias anatómicas reales serían las responsables de las diferencias psíquicas y de las preocupaciones de la niña por las funciones reproductivas.*

El segundo acto de esta prehistoria del deseo de un hijo tiene lugar en la pubertad. En este período, en el que ya se han observado las diferencias anatómicas, se repiten los acontecimientos de la infancia en lo que se refiere a la función reproductora. El deseo de un hijo, la maternidad, dice Deutsch es ahora expresión del “*asalto biológico que impulsa a la muchacha en la dirección de la realización*” (1960, p. 69). *Considero que Deutsch identifica deseo sexual y deseo de un hijo, íntimamente relacionados y determinados por un incremento hormonal. El hijo es el derivado natural del coito.* Esta autora señala cómo en la

niña, ya desde la prehistoria de su deseo maternal, se observan actitudes abnegadas hacia los demás y tendencias maternas activas, que tras una maduración posterior, terminarán transformándose en comportamientos maternos más adecuados. Deutsch (1952, p. 144) llama “complejo de maternidad” a este grupo de emociones e ideas que constituyen la avanzada psíquica, que sirven de heraldo y preparan el siguiente desarrollo para el “instinto reproductivo”²⁰. Esta prehistoria o avanzada del deseo de un hijo no es más que una fantasía debida más a la imposibilidad interna -la pasividad- de realización que a la imposibilidad externa, real. A su vez, la pasividad incrementa la retirada a un mundo de fantasías, y hace a la niña más pasiva, en una especie de círculo vicioso (1952, p. 137). Esta predisposición maternal, por tanto, según Helene Deutsch (1960, pp. 69-70) puede inhibir la intuición infantil, su desarrollo intelectual y la capacidad de sublimación, dado que la niña se retrotrae a un mundo irreal. Sólo una mujer que parcialmente haya sublimado sus tendencias maternas durante el período de espera, llegará a ser una verdadera madre²¹. Sin embargo, sostiene esta autora (1952, p. 138), puede pasar que mujeres afectivamente infantiles lleguen a ser madres, sin estar preparadas y sólo alcancen el proceso de maduración durante el embarazo o con el nacimiento del niño (1952, p. 138).

²⁰ Deutsch habla de “instinto reproductivo” y de “maternidad”. En este último caso parece que se refiere al aspecto psíquico, a las actitudes y habilidades maternas frente al deseo de hijo al que le atribuye un sentido instintivo y fisiológico.

²¹ Se observa una contradicción. De una parte, Helene Deutsch señala que una predisposición temprana a la maternidad puede inhibir la sublimación en tanto retrotrae a la niña a un mundo fantástico y de otra, es precisamente la sublimación de de estas tendencias maternas las que posibilitan su maternidad posterior.

En la fase activa, como órgano ejecutivo de sus deseos agresivo-eróticos la niña dispone del clítoris, anatómica y embriológicamente parecido a un pene rudimentario. Para Helene Deutsch (1952, pp. 212-216) la envidia fálica es importante, pero no fundamental en el desarrollo femenino²². La niña comprueba que el clítoris es insuficiente como órgano ejecutivo de sus activas tendencias eróticas pues carece de la capacidad de penetración. Sin embargo, la reacción no es forzosamente de envidia, sino que convierte sus deseos activo-agresivos en pasivo-masochistas. Es decir, es la ausencia de un órgano activo lo que provoca el giro hacia la pasividad y el masoquismo. El deseo masculino-narcisista de tener un pene se sustituye por el deseo de ser castrada por el padre, deseo representado en fantasías eróticas de violación (Deutsch, 1952, pp. 237-240 y 1960, pp. 83 y 95).

El órgano sexual correspondiente a las tendencias pasivas es la vagina. Pero, como sostiene Deutsch (1952, pp. 213-215), hasta que se produzca el giro hacia la pasividad y la completa eficacia de la vagina, la niña no dispone de este órgano pasivo-

²² La concepción de Freud (1925b, pp. 272-276 y 1931, pp. 233-236) de la envidia de pene como un aspecto central explicativo de muchos conflictos de la mujer parece insostenible para esta autora (Deutsch, 1952, p. 212). Entiende que la envidia del pene se genera por la percepción del genital masculino, pero cree que esto es un trauma externo y accidental, por ello no puede desempeñar un papel fundamental en la personalidad femenina. No hay una concepción simbólica de la castración que altera profundamente sus relaciones intersubjetivas. La castración para Helene Deutsch (1952, p. 212) es vista como una frustración externa de la que no se derivan efectos estructurantes. Se trata más bien de una percepción y constatación. Al no atribuir a la castración un valor simbólico y cultural, entiende que es por efecto de las transformaciones evolutivas por las que se han producido los cambios que diferencian los deseos de la especie humana del instinto sexual y procreativo de los animales. Los cambios se deben a las presiones de la sociedad que contravienen el instinto natural (Deutsch, 1952, p. 208).

receptivo. De modo que si antes carecía de un órgano apropiado para realizar su sexualidad de fin activo, ahora le falta subjetivamente el órgano ejecutivo para su sexualidad pasiva. Experimenta, pues, dos veces, durante su desarrollo sexual infantil, la falta de un órgano genital apropiado. Esta doble falta, denominada por Deutsch (1952, p. 215) “trauma genital”, es responsable, en lugar de la envidia del pene, de la mayor parte de los trastornos neuróticos de la mujer. Este trauma obliga a retener la excitabilidad del clítoris y sus tendencias activas renacientes y a cargar, regresivamente, de nuevo con libido las zonas oral y anal, como sede de las tendencias receptivo-eróticas de carácter pasivo. Más tarde el desarrollo biológico instintivo de la pubertad lleva a la niña a despertar su sensibilidad vaginal. La vagina hereda ahora la excitabilidad pasiva de la boca y del ano. En definitiva, el conflicto básico de la niña no proviene de la envidia del pene, sino de la carencia definitiva de un órgano sexual activo y la falta temporal-subjetiva de un órgano receptivo-pasivo en el que centrará más tarde su sexualidad adulta. Las niñas en razón del trauma genital van dirigiendo sus intereses hacia la idea de un niño. La mujer ha de vencer el trauma genital y el deseo de un pene a lo largo de un complicado proceso, proceso dinámico que Deutsch (1960, p. 65) sostiene como biológicamente determinado.

Helene Deutsch (1952, pp. 206-258) centra, por lo tanto, la feminidad en la anatomía real, en el carácter pasivo y en el masoquismo instintivo de la niña. Entiende que hay una diferencia pulsional dada entre niños y niñas, y una disposición psíquica a la maternidad derivada del instinto y de dicha diferencia pulsional, a

la que se suman con posterioridad las presiones sociales. Estas actúan sobre algo instintivo previo. *Cabe plantearse de dónde procedería esa diferencia pulsional previa y qué entiende por pulsional si existe ya desde el origen. No parece que haya en Deutsch, por tanto, una clara distinción entre pulsión e instinto. Hablar de “masoquismo” instintivo, tal y como ha hecho ver Laplanche (1970, p.116-39) implica ignorar el carácter pulsional del mismo.*

La inhibición es el núcleo de lo femenino y es algo constitucional, así como la pasividad que también viene determinada por la anatomía. Pasividad biológica igual a la del óvulo frente al espermatozoide, correlativa a la pasividad del coito y que también se refleja en la necesidad de ser fecundada desde afuera (Deutsch, 1952, p. 210). La mujer solo puede ser claramente activa y afianzada cuando va a ser madre (Deutsch, 1952, pp. 136-138 y 1960, p. 26).

Es decir, esta autora (1952, pp. 214-15) fundamenta la diferencia sexual en la anatomía: el clítoris es inferior ya que carece de posibilidad de penetración. Es la cualidad biológica lo que le hace desfavorable; el desarrollo sexual es diferente para niños y niñas por instinto. La niña es pasiva y su actividad-agresividad proviene de una insatisfacción real derivada de la inadecuación de su órgano sexual. Órgano considerado anatómicamente rudimentario e inadecuado. Además, constitucionalmente es menos activa y agresiva que el varón.

El masoquismo está presente desde el inicio en la niña, si bien se incrementa con el trauma genital. Instintivamente tiende a asociar placer y dolor, y más en lo referente a las tendencias reproductivas. Se trata de un masoquismo normal en la mujer, diferente del masoquismo como perversión o del masoquismo moral producido por sentimientos inconscientes de culpa²³. Un masoquismo que lleva a la mujer a comportamientos abnegados y heroicos y que, a su vez, producen satisfacción narcisista. Esta actitud sacrificada se refleja en la maternidad. Se necesita ese masoquismo para aceptar las funciones femeninas y la compensación narcisista que se derivan de éstas la protege también de ese masoquismo. Sólo puede adaptarse a las funciones reproductivas si logra asociar el dolor y el placer (Deutsch, 1952, pp. 224-258). Los goces de la maternidad constituyen, pues, un generoso premio y una fuerza que neutraliza el masoquismo (Deutsch, 1960, p. 26).

Los contactos sexuales (Deutsch, 1960, pp. 81-106) son concebidos por los niños como sádicos. La niña o bien se identifica con el padre activo, o bien, masoquistamente, con la

²³ Deutsch está hablando acerca de la importancia del fantasma del masoquismo infantil. Aunque intuye algo de la diferencia entre un masoquismo normal presente en toda mujer –dado que estaría en todo recién nacido– y el masoquismo perverso, sin embargo y como ya he dicho considera el masoquismo como algo originario e instintivo en la mujer. No como el tiempo relacionado con el origen de la pulsión, tiempo de desligación por intromisión de lo sexual adulto, de aparición del “autoerotismo” frente al posterior masoquismo perverso consistente en encontrar e identificarse con un otro que haga sufrir. Laplanche (1970), como he dicho, en “*Vida y muerte en psicoanálisis*” sostiene que el masoquismo sería el primer tiempo en el ámbito de implantación de lo sexual, pero segundo en el orden de lo autoconservativo. Pero en ningún caso podría considerarse como algo endógeno e instintivo, salvo que consideráramos también la sexualidad como innata. Pero parece que esta autora sostuviera una concepción madurativa y endógena de dicho fantasma masoquista.

madre. La actividad verdaderamente pasiva de la vagina es una repetición de la fase oral en la que el sujeto y el objeto se fusionaban²⁴. El coito vaginal permite superar el trauma de la separación, del destete. En el coito se reconstruye la relación madre-hijo. Al mismo tiempo al hombre se le identifica también con el padre, el cual es incorporado fantasmáticamente y se convierte en el hijo guardado en el útero. La mujer ve en su padre y en su pareja sexual un hijo. El pene que penetra en el interior del cuerpo adquiere también el significado de un niño, y ella misma se experimenta como un niño (Deutsch, 1960, p. 94).

Por otra parte, la sociedad desarrollada está alterando el deseo de un hijo como una característica propia de la feminidad. Así, Deutsch afirma:

“Los componentes instintivos de la maternidad han sido sublimados, y la evolución desde “la sabiduría del instinto” hasta “espiritualización” ha sido muy complicada. Posiblemente, parte de la cualidad profundamente femenina de la intuición es un residuo de ese fuerte instinto, al cual, según hemos dicho, las mujeres debieron una vez su posición dominante en la sociedad primitiva. Como, en períodos ulteriores, la sociedad humana, a diferencia de la sociedad primitiva, no fue construida sobre los elementos instintivos, la mujer ha tenido que ceder su papel dominante. Ahora intenta

²⁴ Deutsch parece captar, aunque lo conceptualiza de forma muy diferente, la relación entre un masoquismo expresión del “más allá del principio del placer”, esto es el masoquismo como “goce”, como pulsión de muerte o expresión de la instalación de la pulsión por el otro, y de otro lado, su relación con ese resto que queda limitado por la admisión de la ley que prohíbe el incesto, con ese resto relacionado con la prehistoria del sujeto. Esto es, con ese estado en el que no habría diferenciación entre el objeto y el sujeto, de esa falta en ser. Cabría pensar que está hablando de ese “resto” o ese goce-otro del que habla Lacan en el Seminario *Aún* para referirse al goce de la mujer más allá del goce fálico.

reconquistar una mejor posición social por la vía de la inteligencia y mediante perfeccionamientos que le asemejan más al hombre, y esto implica necesariamente el peligro de perder cada vez más sus características femeninas específicas” (1960, p. 21).

¿A qué se refiere Deutsch cuando habla de una sociedad primitiva en la que prima el instinto? ¿Cabe hablar de una sociedad humana regida por instintos? ¿Es que éstos se pierden poco a poco? La pérdida de los instintos, ¿no supone una alteración cualitativa y estructural del ser? O hablamos de mundo natural e instintivo o hablamos de sociedad humana. No es posible una sociedad humana natural e instintiva. Si hablamos de sociedad, nos estamos refiriendo a un mundo regido por la Ley. Lo que nos constituye en humanos es nuestra respuesta a la Ley de prohibición del incesto. Para Deutsch parece que la feminidad fuera previa a la constitución de una sociedad humana. Sostiene la idea de que la sociedad constituye un peligro y amenaza de destrucción para la esencia misma de la feminidad. Entiendo que Deutsch da por sentado la existencia de un ser humano mujer, femenino e instintivamente maternal, con un papel dominante en esa sociedad primitiva, tiempo mítico, previo al complejo de Edipo. Es decir, la mujer, o su ser femenino, según esta autora, se constituirían naturalmente y no por efecto de la Ley de prohibición del incesto. Sin embargo, opino que aunque Helene Deutsch no acaba aprehenderlo, está percibiendo la trascendencia de una madre-fálica-todopoderosa-mítica, previa a la interdicción limitadora de la Ley del padre.

Existen dos traumas en el desarrollo infantil, el trauma del nacimiento y el del destete. En la mujer, como hemos visto, existe un tercer trauma (Deutsch lo denomina “genital”), que subjetivamente se vive como envidia del pene. El anhelo por superar el trauma de la separación original con la madre y la separación en el destete constituyen el motor para la búsqueda del acto sexual. Si el hombre realiza en el coito el deseo de volver al útero, Helene Deutsch (1960, pp. 104-106) sostiene que la mujer realiza ese mismo deseo por identificación fusional con el niño que lleva dentro. En el acto sexual, la mujer puede lograr la superación de este trauma genital. Puede tener el pene y descubrir la vagina como órgano funcionante.

La vagina llega a ser el receptáculo no del pene, sino del hijo y representa en el inconsciente al hijo mismo. De hecho se pregunta la autora si la vagina es un órgano creado por la naturaleza para la función sexual, ya que considera que es el órgano de la reproducción y que sólo por la intervención del órgano sexual masculino se despiertan sensaciones sexuales (Deutsch, 1952, pp. 215-218). Sólo se alcanza a ser mujer, si logra establecer la función maternal de la vagina y abandonar las reivindicaciones del clítoris.

Los motivos que impulsan al hombre y a la mujer al coito, dice Deutsch (1960, pp. 88-93), son diferentes. Para el hombre la función viril se acaba con la emisión de los productos sexuales. Pero la función femenina se realiza en dos tiempos. El placer sentido en el coito es el preludio del que experimentará en el parto.

El parto constituye una orgía de placer masoquista. El acto sexual no está acabado verdaderamente más que en el momento del parto. En la mujer, para esta autora, difícilmente puede hablarse de una tendencia a la descarga en el coito, la retención predomina y la descarga se demora para el futuro acto del parto. El coito es un acto de fecundación, que termina con el nacimiento del niño. *“Para la mujer sana normal el coito representa el primer acto de la maternidad”* (Deutsch, 1960, p. 108).

El hijo que la mujer lleva dentro representa una parte de su Yo y es también la encarnación del Ideal del Yo paterno. En ese proceso la libido se desexualiza y el hijo se convierte en instigador de sublimación en la madre. Si el hombre manifiesta sus tendencias a la sublimación a través del dominio social e intelectual, el hijo es para la mujer una sublimación en sí misma (Deutsch, 1960, pp. 142-160). Sin embargo, y como hemos dicho más arriba, esta autora también afirma que el hijo puede ser un obstáculo para la sublimación (1960, pp. 69-70).

La lactancia también permite restituir la fusión rota en el nacimiento y es la imagen del coito, en el cual el pecho es equivalente al pene. Todos los actos inherentes a las funciones femeninas permiten a la mujer superar una serie de traumas. La sexualidad y las funciones reproductivas son pues inseparables para esta autora. Los procesos psíquicos son paralelos a los físicos (Deutsch, 1960, p. 243). Como hace notar Chasseguet-Smirgel (1999a, p. 49) Deutsch conecta el masoquismo de la mujer con la preservación de la especie y lo considera como una sublimación en

sí mismo. Las mujeres no habrían nunca soportado ser apartadas de las instituciones sociales, de la sublimación y de las satisfacciones sexuales, si no hubiera sido porque en la reproducción encuentran satisfacción.

En síntesis, para esta psicoanalista el deseo de un hijo es algo instintivo, al que se van uniendo otra serie de factores. Helene Deutsch (1952, p. 257) hace derivar las funciones reproductivas de la tendencia masoquista y de la pasividad innatas²⁵. Por otra parte, ya en la fase fálica hay diferencias entre la niña y el niño, y ya la niña tiene interés por el hijo. En Freud (1923b, pp. 141-149), por el contrario, ambos niños tienen un desarrollo igual hasta que no interviene la castración.

Si bien Helene Deutsch señala que la maternidad no es el único destino posible para la mujer, y que sexualidad y maternidad pueden ser los polos de una contradicción absoluta (1952, pp. 144-145 y 1960, p. 28), no deja de suponer una raíz biológica a la tendencia maternal. Para esta autora (1952, p. 145 y 1960, pp. 81-105), como he dicho, en el inconsciente de la mujer se relacionan directamente acto sexual y reproducción. La mujer, según Helene Deutsch, tiene una tendencia a la retención derivada de la inhibición de la agresividad y de la pasividad constitucional. El coito es un

²⁵ Si bien tanto el masoquismo como la pasividad se ven estimuladas por la sociedad y por la actitud de la madre que percibe a la hija como más débil que el hijo varón.

acto de fecundación en el que predomina la retención. La tendencia a la descarga se produce en el parto. Ella habla de una esencia de la feminidad y le da un valor biológico, fisiológico y anatómico. La maternidad y el deseo de un hijo son vistos como aspectos esenciales de la feminidad, constitutivos de la misma y constitucionales. Sobre este deseo inciden posteriormente las presiones sociales. Es decir, habría una disposición a la maternidad que armonizaría con su papel en la reproducción (Deutsch, 1960, p. 25). Esta armonización es la salud mental. Idea contraria a la concepción de Freud (1930, pp. 85-96) en donde el conflicto es inherente al ser humano y no cabe armonización. La personalidad de la mujer, en su esencia, tiene, pues, un fundamento prioritariamente anatómico y fisiológico. La identificación en todas las culturas de lo femenino y lo pasivo se basa para Helene Deutsch en la constitución hormonal del cuerpo. Además, entiende la maternidad como normativa en la medida en que el deseo de un hijo es una condición para la normalidad de la mujer. Sin embargo, como hemos visto, queda sin explicar por qué el deseo de un hijo puede ser obstáculo para la sublimación o, por el contrario, favorecerla. ¿De qué depende? ¿Tiene algo que ver el significado simbólico del hijo o es el hijo como realidad física, en tanto que producto de su cuerpo, o en tanto que objeto que exige dedicación, el que arbitrariamente adquiere esa condición?

Esta autora no percibe el carácter innovador de la teoría psicoanalítica en lo que respecta a su concepción de la

vida pulsional. Detecta como los factores orgánicos y psíquicos son interdependientes y están profundamente intrincados. Hace notar que los descubrimientos psicoanalíticos han modificado el concepto de lo orgánico y lo psíquico (1952, p. 11). Aunque parece que, como Freud, capta algo de la distinción fundamental entre pulsión e instinto, sin embargo, desde mi punto de vista, y como ya hice notar con anterioridad, no alcanza a advertir en toda su profundidad las implicaciones de esta diferenciación. Sigue hablando de instinto reproductor o queda anclada en el biologicismo. Así, dice, por ejemplo:

“Aunque haya factores psicológicos no excluimos un fondo instintivo profundamente enraizado que influye en los procesos psíquicos” (Deutsch, 1952 p. 28), o

“El instinto maternal tiene un origen químico-biológico y yace más allá de la esfera psicológica. Sus formas primitivas están ocultas bajo la cultura” (Deutsch, 1960 pp. 26 y 27).

Helene Deutsch habla de instinto reproductor. Y la reproducción, entiende, es el objetivo esencial del acto sexual. Supone una raíz biológica a la tendencia maternal. Tiene el mérito de subrayar la importancia de las relaciones tempranas madre-hija/o y los procesos de identificación de la mujer encinta, las implicaciones psicológicas que entran en juego en la menarquia, la menopausia, las funciones reproductivas, el parto, la lactancia y las relaciones materno-filiales. Sin embargo, en sus reflexiones parece que intentara buscar explicaciones para justificar la asociación indefectible de maternidad y feminidad.

Aunque defiende la bisexualidad originaria termina hablando de los elementos que constituyen la “esencia” de la mujer. Así, recalca tres rasgos como esenciales de la feminidad: el narcisismo, la pasividad y el masoquismo (Deutsch, 1952, p. 13) y habla del factor constitucional y anatómico como base de ellos.

Otras diferencias con Freud estriban en: una concepción del psicoanálisis como una teoría evolutiva por excelencia (1952, p. 16); el llamar actividad al proceso de adaptación a la realidad y dominio del medio (1952, pp. 18-19) y entender la pasividad como tendencia a la fantasía (Deutsch, 1952, p.138). Por último, Helene Deutsch (1960, p. 65-69) considera que hay una gran confusión acerca de la identificación del pene y del niño. Critica la interpretación que se ha hecho de la transformación del deseo del pene en el deseo de un niño como una formación sustitutiva y no como un proceso dinámico biológicamente determinado. Argumenta que esa analogía proviene del viraje del interés de la niña, desde el exterior al interior de su cuerpo, y del hecho de que fantasmáticamente considere al pene como un órgano interno. Esto daría pie a que pene y niño puedan ser identificados al ser considerados como partes del cuerpo de la muchacha. Es decir, la razón estaría en que ambos, pene y niño, son considerados partes del propio cuerpo. Pero, más allá de entender que la niña fantasea con la posesión de un pene en el interior de su cuerpo y que la posesión de un niño, como el alimento, las

heces y la defecación, se relacionan con la digestión y también están en el interior de su cuerpo, no explica por qué se produce la identificación pene-niño. Incluso ella misma expresa:

“No creo, sin embargo, que todas las muchachas consideren al niño como una compensación de la inferioridad anatómica, pues durante la infancia y la pubertad las cosas no existentes no pueden ser una compensación, y durante la fase de la reproducción el niño adquiere una significación nueva que brota de otras fuentes” (Deutsch, 1960, p. 66).

Entiende que este deseo de un hijo expresa un esfuerzo instintivo para una posesión, equivalente al deseo de posesión de un pene real, anatómico. Y la envidia, la frustración y la imposibilidad de cumplir ambos deseos provocan también esa afinidad entre el pene y el niño (Deutsch, 1960, p. 66).

“Esta parte de la prehistoria infantil de la maternidad está más cerca de la esfera de la biología que de la psicología” (Deutsch, 1960, p. 66)²⁶.

El deseo de vivir activamente las experiencias pasivamente recibidas de la madre, su identificación con ella y el posterior deseo de recibir un niño del padre para esta autora están biológicamente determinados (Deutsch, 1960, p. 66).

Desde mi punto de vista, Helene Deutsch capta la importante función paterna referida a la separación de la madre y a la prohibición de que el bebé esté, pasivamente,

²⁶ Es de suponer, entonces, que en esta afirmación Deutsch está tomando la libido como prioritariamente biológica

sometido a la arbitrariedad del deseo materno. Pero al explicarla desde una perspectiva realista, sociológica o adaptativa, pasa por alto el aspecto simbólico que esa función paterna representa. Por último, no distingue entre la primera identificación con la madre –madre fálica, omnipotente- de una identificación posterior –madre castrada, deseante-.

2.3. Jeanne Lampl-de Groot: Señala la asimetría en el desarrollo sexual de niños y niñas. La niña atraviesa primero por el Edipo negativo y es la percepción de la diferencia anatómica la que provoca el giro hacia el padre y determina el complejo de Edipo positivo. El deseo de recibir un hijo (dado que sólo las mujeres pueden tenerlos) es la única forma de compensación narcisista por la falta de pene que, a su vez, garantiza la perpetuación de la especie. La mujer ha de ser pasivo-receptiva en la medida en que ha de recibir al compañero, el pene o el hijo o de la misma forma en que el óvulo ha de esperar ser fecundado por el espermatozoide. Es el papel que biológicamente le toca jugar a cada uno de los sexos en la reproducción el que determina sus rasgos psicológicos

Jeanne Lampl de Groot en el artículo “*La evolución del complejo de Edipo en las mujeres*” de 1928, difiere de la idea de

la evolución de la sexualidad femenina y masculina como simétricas y se adelanta a Freud (1931) al considerar que el Complejo de Edipo negativo de la niña no siempre declina y que la niña puede quedar ligada a la madre y negar la castración. Entiende el complejo de castración como una formación secundaria, presidido por el complejo de Edipo negativo, análogo al complejo de Edipo positivo del niño (Lampl de Groot, 1928, pp. 61-62).

Freud (1931, pp. 228-229 y 1933b, p. 121) tomará en cuenta estas observaciones, asumirá también la noción del Edipo positivo femenino como formación secundaria y reconocerá la importancia de la fase pre-edípica de vinculación con la madre²⁷.

Jeanne Lampl de Groot (1928, pp. 55-58), como acabo de mencionar, coincide con Freud (1931, p. 241) al considerar que el desarrollo de niños y niñas es similar hasta llegar a la fase fálica, – el clítoris es considerado un órgano masculino-. La niña ingresa en la fase fálica y en el complejo de Edipo negativo orientando sus deseos hacia la madre con el anhelo de eliminar al padre, a quien considera como un rival. Experimenta sentimientos de inferioridad cuando percibe la diferencia anatómica de los sexos y reacciona con la suposición de que alguna vez tuvo pene, del que se la privó como castigo por sus deseos prohibidos hacia la madre. El complejo de castración, percibido como un hecho consumado,

²⁷ El debate de este período no supone un enfrentamiento entre autores (Freud, Abraham, Helene Deutsch, Lampl-de Groot, Brunswick, Bonaparte, Klein) sino una investigación compartida por varios profesionales contribuyendo desde sus experiencias clínicas a un mismo objetivo.

acaba con el complejo de Edipo negativo y conduce a la niña al complejo de Edipo positivo.

La temprana ligazón libidinal-objetal con su madre se transformará, de esta manera, en una identificación de la niña con ésta, eligiendo al padre como objeto amoroso. Surge en este momento el deseo de un hijo en lugar del deseo de un pene. *“El hijo propio adquiere para la niña un valor narcisista similar al que posee el pene para el varón; pues sólo una mujer, y nunca un hombre, puede tener hijos”* (Lampl-de Groot, 1928, p. 56).

Además, se ve obligada a abandonar la tendencia activa y de conquista así como la práctica de su onanismo clitoridiano. Esto es, pasa de activa a pasiva, lo que ahora busca es “dejarse amar” y esto la permite ser completamente femenina. La niña reprime también el onanismo fálico, puesto que éste le recuerda la primera decepción amorosa y el dolor concomitante.

Es frecuente, que se obstaculice la declinación del complejo de Edipo negativo. Por ejemplo, si la niña se aferra al primer objeto, la madre, y rehúsa abandonar esta posición masculina. Si, más adelante, el deseo amoroso por el padre sufre una segunda decepción, tratará de regresar a su situación previa y volverá a asumir una actitud masculina (Lampl-de Groot, 1928, p. 58).

También puede obstaculizarse por la intensa represión de los deseos sexuales que traería como consecuencia la frigidez o la homosexualidad.

Así, dice que:

“Quizá sea más común otro proceso. La niña no niega del todo la realidad de la castración, sino que busca una sobrecompensación por su inferioridad corporal en un plano distinto del sexual (en su trabajo, su profesión). Pero al hacerlo ella reprime por completo los deseos sexuales, es decir, permanece sexualmente insensible. Es como si quisiera decir, <<ya que no puedo y no debo amar a mi madre, renunciaré a cualquier otro intento de amar en absoluto>>. Su creencia de que posee un pene se ha desviado así a la esfera intelectual; en este campo, la mujer puede ser masculina y competir con el hombre” (Lampl de Groot, 1928, p. 59).

De otro lado, en el artículo *“Problems of Femininity”* publicado en 1933 Jeanne Lampl de Groot parte de la bisexualidad en hombres y mujeres y sostiene que no se puede identificar actividad con masculinidad y pasividad con feminidad. Asocia la actividad con las catexias de objeto y la pasividad con las catexias narcisistas. Poder amar exige un Yo cargado de libido narcisista y cuando el narcisismo decae, es preciso recuperarlo dejándose amar. Un individuo, hombre o mujer, ama a su objeto con masculinidad y permite ser amado con feminidad. Sin embargo, estima, que es el papel que biológicamente le toca jugar a cada uno de los sexos en la reproducción el que determina sus rasgos psicológicos (1933, p. 490-499 y 512-514). Sostiene, como Deutsch, la idea de que son precisas dosis de masoquismo para alcanzar y desempeñar las funciones femeninas (1933, p. 494). El hombre, dice Lampl de Groot (1933, pp.507-512), es activo en tanto conquista el objeto sexual. Asocia la pasividad a la mujer por

la necesidad biológica de ser fecundada, de recibir el pene o el espermatozoide. Y la actividad se vincula al varón por la necesidad biológica de poner la célula fecundante en la mujer. Así, Lampl de Groot sostiene que el hombre es activo en tanto ha de conquistar al objeto sexual y la mujer pasivo-receptiva en la medida en que ha de recibir al compañero, como el espermatozoide ha de conquistar activamente al óvulo²⁸.

La diferencia esencial entre el hombre y la mujer reside en esta oposición entre actividad y pasividad. El hombre ama y la mujer se deja amar. Puesto que la sexualidad de la mujer normal exige pasividad, sus pulsiones agresivas, mediante la transformación en lo contrario se orientan contra su propia persona determinando una posición masoquista.

El onanismo fálico, que es el que produce la fantasía originaria de “pegan a un niño” (Freud, 1919), está asociado a la prohibición y el castigo por ser expresión de un deseo genital censurado. Deseo concerniente, bien a esa primera relación con la madre o a la posterior y regresiva relación con ella. El onanismo, además, queda asociado a la idea de castración, puesto que es la condición para que el padre la ame (Lampl-de Groot, 1928, pp. 60-61).

Jeanne Lampl-de Groot tiene el mérito de señalar la importancia en la niña del Edipo negativo (como formación

²⁸ Claro que cabría también la posibilidad de interpretar que el óvulo es activo puesto que ha de permitir la entrada del espermatozoide y el espermatozoide pasivo en tanto ha de sufrir la espera y la elección del óvulo...

primaria) y el Edipo positivo (como formación secundaria), lo cual da una significación capital a la temprana y exclusiva relación madre-hija.

Ahora bien, para esta autora el cambio de objeto de la madre hacia el padre se debe a la percepción de la diferencia anatómica. Pero ¿por qué abandona a la madre como objeto libidinal? ¿Por qué desistir del deseo de que la madre le dé el hijo? ¿Qué hace que la niña busque el hijo en el padre? Parece que el Edipo fuera una “fase” natural a la que se llega, que la relación primigenia con la madre estuviera prohibida y sería castigada si permanece en ella. Ahora bien, si ya está castigada –castrada-, ¿por qué abandonar a la madre primigenia? Esta autora lo explica por el lado del significado narcisista del hijo. Sólo el hijo puede compensar a la mujer de su falta de pene, porque sólo las mujeres pueden tener hijos.

Además, Lampl de Groot también entiende la relación sexual como absolutamente relacionada con la reproducción. Al asociar la sexualidad masculina y femenina, activa o pasiva, con la necesidad biológica de fecundar o ser fecundada, establece una concepción biológica del deseo de procrear, que se liga ulteriormente con la psicología femenina-pasiva o masculina-activa. Como ya he advertido, Freud (1933b, pp. 106-107) cuestiona el asimilar masculinidad con actividad y feminidad con pasividad.

El problema, además, reside en cómo explicar que la conducta de la mujer sea pasiva y la del hombre activa, si aceptamos que no hay más que una libido en ambos sexos. Es decir, Freud habla de actividad y pasividad relacionada con las metas de la libido. Cuando da importancia al cuerpo, no se refiere a la anatomía en sí, sino al cuerpo pulsional. Y la pulsión es mucho más que el instinto, que la anatomía y que las células sexuales.

Cuando esta autora afirma que la niña, tras el abandono libidinal del objeto-madre en el complejo de Edipo negativo, se identifica con ésta y elige al padre como objeto de amor, cabe preguntarse, ¿por qué el deseo no se quedaría en el de obtener un pene a través del coito? ¿Por qué la niña no podría identificarse con el deseo sexual de la madre por el padre? Seguimos sin saber por qué surge el deseo de un hijo. Por qué se produce en el inconsciente la sustitución del pene por el hijo. La explicación que encuentra Jeanne Lampl de Groot referente a que sólo el hijo tiene ese valor narcisista similar al del pene para el varón, dado que únicamente las mujeres pueden tener hijos, plantea, al menos, dos interrogantes. En primer lugar, sólo a la mujer le es posible tener un pene en su vagina ¿no constituye esta posibilidad exclusiva de la mujer un valor narcisista? Y en segundo lugar, en ese momento desarrollo infantil tanto los niños como las niñas creen que pueden tener hijos ¿Por qué entonces sólo para la niña el hijo tiene ese valor narcisista? Entiendo que el problema no pasa

exclusivamente por el plano del tener o no tener, tiene que haber “algo más” que explique esa sustitución.

Me pregunto, además, ¿por qué determinadas sustituciones o compensaciones del deseo de un pene –por ejemplo su interés por un trabajo o una actividad “masculina”- dificultan el acceso a la feminidad, y por qué exclusivamente el deseo de un hijo permite a la niña acceder a su feminidad? ¿Por qué entender que determinados trabajos – como por ejemplo el de maestra- (Lampl de Groot, 1933, p. 513) pueden satisfacer sus deseos masculinos sin acarrear problemas a su feminidad y en cambio otros trabajos constituyen una rémora para su desarrollo?

Es evidente cómo, a veces, la ideología, los ideales sociales y el predominio de un paradigma biologicista obstaculizan el análisis del deseo de un hijo. Este se da por sentado en virtud de la capacidad biológica de la mujer y se busca –bajo una concepción teleológica- encontrar los argumentos que justifiquen, no tanto el deseo del hijo en sí, sino los rasgos psicológicos de hombres y mujeres que se precisan para ejercer la función reproductiva. Función de la especie que, se supone, sólo la mujer tiene asignada.

2.4. Ruth Mack Brunswick: Aporta la idea de un deseo de hijo previo a la envidia de pene y al establecimiento de la diferencia sexual y fruto de una temprana identificación con la madre activa. Deseo al que la niña renuncia por la imposibilidad real de llevarlo a cabo y por la identificación con las tendencias pasivas de la madre castrada.

El trabajo de Mack Brunswick *“La fase pre-edípica del desarrollo libidinal”* publicado en 1940, tiene gran valor en el debate que nos viene ocupando puesto que es el resultado de la colaboración e intercambio con Freud desde 1930. Vemos nuevamente cómo en esta época los autores están contribuyendo entre sí, suscitando críticas, preguntas, etc., transformándose en un acicate y una permanente demanda a explicarse con más precisión, a clarificar conceptos y apoyarlos en experiencias clínicas. Dice esta autora que el complejo de Edipo ha sido admitido por todos los psicoanalistas y no así el concepto de complejo de castración que ha puesto en cuestión la adhesión de algunos psicoanalistas. Se trata de un trabajo de aproximación esquemática a un período oscuro y lleno de obstáculos derivados de la imposibilidad de verbalizar las experiencias, de la represión y de los efectos retroactivos que las experiencias ulteriores ejercen sobre esta fase más arcaica (1940, p. 295).

Señala esta autora (1940, p. 296) la importancia de la fase pre-edípica, diferente en duración para niños y niñas. En los niños la vinculación con la madre es más corta y se confunde con la vinculación edípica que se liquida por la castración. La castración acaba también con este complejo negativo y activo en las niñas e inaugura su complejo de Edipo positivo y pasivo. El padre pasa a ser el nuevo objeto de amor y la madre la rival.

Durante este período pregenital, los niños no reconocen la diferencia sexual entre las personas, ambos creen que su constitución sexual es universal. La diferenciación se establecerá sobre la base de las oposiciones que rigen la vida pulsional. El inicio de la vida se caracteriza por la oposición pasividad-actividad. El lactante es pasivo, y va desarrollando una actividad cada vez mayor gracias a la identificación con la madre activa. Cada acto de identificación con la madre activa hace a ésta menos necesaria para el niño. El niño desempeña el papel de la madre no sólo con respecto a sí mismo, sino también con otros niños, animales, juguetes e incluso con la madre misma (Mack Brunswick, 1940, p. 298).

En la fase fálica se establece una nueva antítesis: fálico-castrado. El varón renuncia al deseo pasivo de dar a luz a un hijo, mientras que persiste su fantasía de fecundar a la madre. El complejo de Edipo se derrumba cuando el niño reconoce la castración de la madre, pero sobre todo ante la amenaza de la castración propia por obra del padre (1940, p. 303). En el caso de la niña la admisión de la castración de la madre significa además el

desmoronamiento de las esperanzas de poseer alguna vez un pene. Son las tendencias pasivas las que, a través de la identificación con la madre castrada, se transfieren al padre en la fase edípica. Las tendencias activas son sublimadas y reaparecerán en la relación con su propio hijo, produciéndose la identificación completa y final con su madre activa (1940, p. 303) ²⁹.

Mack Brunswick (1940, p. 309) considera que el deseo de tener un hijo es anterior a la envidia del pene. Habría un deseo primitivo de tener un bebé, basado en la identificación de los niños de ambos sexos con la madre activa y omnipotente. Niños y niñas quieren ser en todo como la madre, tener todas las posesiones de ella y hacer todo lo que ella hace. En su anhelo de volverla pasiva

²⁹ ¿Podemos preguntarnos por qué es pasiva la fantasía de tener y dar a luz un hijo y activa la de fecundar? ¿No cabe la posibilidad de pensar que no se trata sólo de “recibir” sino también de embarazarse, de admitir al espermatozoide y la implantación de un embrión, de acoger un feto durante nueve meses, de parir activamente un niño? ¿El deseo de un hijo, no puede ser considerado activo, en tanto que como todo deseo, significa una búsqueda y movilización hacia algo? O ¿Es sólo el movimiento físico lo que determina la actividad? En términos muy sencillos y por analogía ¿es el hierro el que se desplaza activamente hacia el imán o es el campo energético del imán el que atrae determinados cuerpos? ¿No están los conceptos de actividad y pasividad mediatizados por consideraciones sociales e ideológicas? Y de otro lado, da la impresión de que no se diferencia entre el orden vital, autoconservativo y el de la sexualidad y el fantasma. Los términos activo y pasivo habría que distinguirlos en un dominio u en el otro.

Por otra parte, ¿No estará pesando una fantasía que sobreestima la figura del varón y que podría resumirse así: “puesto que anatómicamente tiene todo y no le falta nada, también tiene la potestad de dar” y, referida a la mujer: “puesto que anatómicamente está en falta, también está necesitada de recibir”? ¿No es ésta una consideración de la castración como una cuestión exclusivamente anatómica? ¿Consideramos, entonces, que al hombre no le falta nada y que sólo él tiene la potestad de generar la vida? Juzgamos, como Aristóteles, que la mujer es materia – madre- y es el hombre, sólo él, el que tiene el principio germinativo de la vida ¿No están muchas de estas consideraciones cargadas de valoraciones ideológicas?

desean darla un niño. Este primer deseo es anterior al establecimiento de la diferencia de los sexos.

En la fase anal, con el nuevo concepto del dar y recibir, el deseo de hijo adquiere un segundo fundamento: el niño y la niña desean recibir un bebé de la madre. Este deseo, en su origen, como todos los otros, es pasivo, asume después una forma activa, el deseo de regalar un bebé a la madre.

Los niños de ambos sexos, en su intento de identificarse con la madre, desean tener un bebé, como ella. Ambos, niños y niñas, luchan para adquirir cierta actividad e imponerle a la madre el papel pasivo. Para su desarrollo es importantísimo lograr una identificación feliz con la madre activa. Más tarde la situación de niños y niñas se diferencia. Los niños abandonan el deseo pasivo gracias al incremento de su actividad y a la sustitución de la primera identificación con la madre activa por la identificación edípica con el padre. Esto es, con el desarrollo del complejo de Edipo, la identificación con el padre reemplaza a la identificación más temprana con la madre activa. Por su parte, las niñas abandonan su deseo activo de un bebé cuando alcanzan y aceptan su propia castración y consecuentemente su incapacidad para embarazar a la madre. El deseo pasivo se retiene y se transfiere normalmente de la madre al padre, donde adquiere una gran importancia. La normalidad exige que el niño abandone su deseo pasivo de un bebé y la niña su deseo activo (1940, pp. 309-310).

La niña renuncia a su deseo activo frente a la madre, se inclina hacia el padre y espera recibir un hijo de él. Pero ¿por qué la niña abandona a la madre y se dirige al padre? Ruth Mack Brunswick (1940, pp. 314-15) menciona, en primer lugar las decepciones inevitables derivadas del destete, los celos por las atenciones de que es objeto un nuevo hermano, la prohibición de la masturbación a pesar de haber sido ella la primera seductora, y finalmente, la envidia del pene y el sentimiento de inferioridad causado por la falta, pero también le reprocha falta de amor al haberla hecho con un genital insuficiente que no le servirá para conquistarla. Frente a la madre no puede aceptar la castración, por significar separación de ella, pero la acepta frente a su padre, identificándose con la madre castrada pero amada por él. De este modo, si acepta su feminidad, puede recuperar a su madre a través de la identificación y conseguir a su padre como objeto de amor. Renuncia a su deseo de tener un pene, volviendo al deseo anterior y más legítimo del hijo. Se conforma con la espera de recibir (de su padre o de su compañero sexual más tarde) el pene durante el coito.

Aunque es la madre la que, casi invariablemente, expresa la amenaza de castración, sin embargo, para el chico es el padre el agente de la castración. En el caso de la niña la castración por el padre viene a ser la segunda edición de la originaria castración por la madre (Mack Brunswick, 1940, p. 315).

Ruth Mack Brunswick (1940, pp. 310-311) dice que no es el deseo de pene lo que se cambia por el deseo de un niño, sino que éste último le precede. En el curso del desarrollo normal se

abandona lo imposible y se retiene lo posible. El deseo activo, narcisista, por la posesión plena y permanente de un pene, ha de cambiar por el deseo pasivo del pene, esto es, de recibir un pene del hombre en el momento del coito. Por este medio podrá recibir un hijo. Así ambos deseos, el del pene y el del niño terminan por unirse. La castración se libidiniza al admitir la niña su propia falta de pene y tomar como objeto de amor a alguien que lo posee y por cuyo amor vale la pena sufrir o aceptar la castración.

Desde mi punto de vista Mack Brunswick explica cómo se lleva a cabo esa transposición del pene por el hijo desde una concepción muy apegada a la anatomía y a la fisiología real asociada a fantasías psíquicas. Es la realidad la que hace renunciar a la niña a sus fantasías. Hay una concepción adaptativa del psiquismo. Es la materialidad imposible, la que, según esta autora, obliga a desistir. Creo que esta sustitución sólo puede entenderse si nos desprendemos de una visión bio-psicológica y apelamos al concepto de falo en toda su dimensión e implicaciones. Además, el hijo obtenido como sustituto del pene, ¿viene a negar la castración?

La niña, dice Mack Brunswick (1940, pp. 311-316), reprime mucho más que el varón su actividad sexual, por la decepción sufrida y para olvidarse de su supuesta mutilación. Pero también porque la masturbación clitoridiana activa de las primeras fases está íntimamente ligada a las fantasías dirigidas hacia la madre. Cuando la niña, desilusionada, la abandona como objeto

amado, renuncia a menudo simultáneamente al clítoris. Desprecia, por inservibles, tanto el genital materno como el suyo.

Mack Brunswick (1940, p. 313) también defiende la existencia de cierta excitabilidad vaginal durante la infancia, que tendría su origen en la excitabilidad anal. El ano transfiere a la vagina parte de su sensibilidad pasiva. Pero esta sensibilidad vaginal es menor y secundaria respecto al clítoris como órgano de la sexualidad de la niña. Solo en la pubertad la vagina volverá a atraer la excitabilidad sexual. En el placer vaginal reviven viejas sensaciones placenteras de origen receptivo oral y anal.

Mack Brunswick en este trabajo que ella define como esquemático, desde mi punto de vista, recoge la idea importante de que existe un deseo de tener hijos anterior a la diferenciación sexual, a la envidia del pene en la niña o a la angustia de castración en el varón. Deseo libidinal asexual –en el sentido de previo a la percepción de la diferencia sexual– fruto de la identificación de ambos, niños y niñas, con una madre omnipotente y fálica. Ahora bien, no podría hablarse todavía de un sujeto constituido, de un sujeto deseante, pero sí de una identificación temprana que queda como sustrato a las otras identificaciones posteriores.

Tiene el mérito señalar cómo esta fase pre-edípica, de especial relevancia en el caso de la niña, es inarticulable desde el punto de vista del lenguaje –podríamos decir que no simbólica– y cómo la represión ha actuado mutilando y

destruyendo los recuerdos haciéndolos irreconocibles. Intuye, también, que no se trata sólo del descubrimiento de la castración propia, sino que es la aceptación de la castración de la madre la que determina el abandono de la madre como objeto de amor.

Ruth Mack Brunswick da mucha importancia a la antítesis activo-pasivo que gobierna al principio de la vida en el período pre-edípico. Si bien, y como dije un poco más arriba, estos conceptos en gran parte correlativos, son, como ya señaló Freud (1905, p. 200), altamente confusos y susceptibles de estar cargados de atribuciones arbitrarias socialmente admitidas. Por otra parte, la evolución de los niños y niñas de pasivos a activos, además de ser producto de la identificación y posibilitar su propio desarrollo y adaptación, se relaciona, para esta autora, con la posibilidad real, anatómica, de penetrar y de fecundar. La niña deja de ser activa por identificación con la madre castrada, y por ello pasiva, y por la imposibilidad real de embarazarse. Como ya comenté, no nos queda claro que embarazarse sea algo pasivo y fecundar algo activo, que anhelar un hijo no sea un deseo activo. Tampoco se explica por qué desear un hijo, en el caso del varón, es activo y se excluye el aspecto pasivo de dicho deseo. Esto es, de obtenerlo de una mujer.

Cuando habla de castración sigue bastante apegada a la castración como manifestación de la anatomía, como la ausencia real del pene. Así, a pesar de que habla de castración

simbólica, Ruth Mack Brunswick al referirse al concepto de “madre fálica” dice:

“Dado que la madre activa y la castrada existen de hecho, la madre fálica es pura fantasía, es una hipótesis infantil elaborada después de descubrir el pene y su posibilidad de ausencia o pérdida en la mujer” (Mack Brunswick, 1940, p. 304).

Por otra parte, y como ya he apuntado, esta autora sostiene una concepción adaptativa en la que se renuncia a lo imposible en favor de lo posible. Concepción que es contradictoria con las tesis freudianas que hablan de un funcionamiento, no sólo regido por el principio de la realidad y el del placer (Freud, 1911), sino también por la compulsión de repetición y pulsión de muerte (Freud, 1920).

Mack Brunswick tiene una concepción triangular, de rivalidad edípica. El niño o la niña, estrechamente ligados a uno de sus padres y en rivalidad con el otro. Concepción psicológica en términos de afectos y sentimientos, en la que se pierde la dimensión simbólica por la que Freud articula la constitución del ser humano como sujeto sexuado, deseante, a través de la prohibición, con el orden cultural e histórico.

Finalmente, la castración por el padre, en el caso de la niña, no constituye más que la segunda edición de una más temprana por parte de la madre y es ésta la que en la medida en que carece de pene no proporciona dicho genital. Podemos preguntarnos, entonces, en ¿qué consiste la castración?

2.5. Marie Bonaparte: Busca en la anatomía el fundamento de la libido y de la feminidad psíquica. Entiende ésta indisociablemente asociada a la maternidad. El deseo de un hijo, relacionado con el de un pene, ha de evolucionar desde un deseo cloacal hacia un deseo vaginal. Este cambio estimula la sensibilidad vaginal y el desarrollo erótico.

Marie Bonaparte en su obra *“La sexualidad de la mujer”*, publicada en 1951, estudia las causas de la frecuente inadaptación de la mujer a lo que ella define como “función erótica”, esto es la satisfacción sexual, y pone el acento en las raíces biológicas de este problema (Bonaparte, 1974, pp. 13-20). Esta autora distingue tres tipos de mujer: las “aceptadoras” (aquéllas que han sustituido rápidamente el deseo de pene por el de un hijo y se convierten en verdaderas mujeres, normales, vaginales y maternas), las “renunciadoras” (aquéllas que abandonan la actitud de rivalidad con el hombre tras haber constatado la inferioridad de sus armas y renuncian a toda sexualidad objetal; es decir, aquéllas que se repliegan en la realización psíquica y social, en el plano de la especie humana, y que Bonaparte juzga equiparables a las obreras en los hormigueros y las colmenas), y un tercer tipo del que se va a ocupar prioritariamente en esta obra, que denomina las “reivindicativas” (aquéllas que a despecho de la realidad no han querido aceptar, niegan y se aferran a los rasgos de virilidad psíquica y orgánica observables en toda mujer, esto es al complejo

de virilidad y al clítoris). Dentro de este tercer grupo distingue a su vez otros dos, las de aquéllas que no renuncian ni a su primer objeto de amor ni a su zona erógena y se convierten en homosexuales y un segundo grupo, constituido por aquéllas que a pesar de sustituir a la madre por el padre como objeto de amor, conservan tenazmente la zona erógena dominante fálica y aman y desean con este órgano masculino inadecuado a la función femenina (Bonaparte, 1974, pp. 9-10). De este último grupo se ocupa en esta obra, y considera, según su experiencia clínica, que constituye el grupo de mujeres más difíciles de curar y de adaptarse a su función erótica femenina.

Bonaparte sostiene la idea de la masculinidad primaria de la niña. Dicha masculinidad se funda en la existencia anatómica de un órgano masculino truncado: el clítoris. Éste es determinante en el destino libidinal de la niña. Apoyándose en la obra *“La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales”* de Gregorio Marañón (1930)³⁰, esta autora afirma que la mujer puede ser considerada como un hombre detenido en su desarrollo. Las

³⁰ A través de numerosos capítulos Marañón se consagra al estudio de los signos intersexuales en el hombre y la mujer. Examina los grandes síndromes de bisexualidad y los diversos signos feminoides o viriloides que alternan el cuadro unisexual de cada ser, sean éstos físicos o psíquicos, de orden erótico o social. Concluye este autor que *“el sexo de cada individuo, aún del normal, es un sexo doble”* (1930, p. X). Marañón da valor de ley general a esta afirmación de que todo ser humano, al nacer posee en potencia los dos sexos; posteriormente y bajo la influencia hormonal uno de los sexos se desarrolla predominantemente, sin eliminar toda manifestación del sexo opuesto. Según este autor (1930, pp. 40-44 y 125) el sexo masculino es progresivo y el femenino regresivo. Dicho de otro modo, sólo el hombre alcanza el desarrollo somático característico de la especie, mientras que la evolución de la mujer queda truncada en el momento de la pubertad por el desarrollo de los anexos destinados a la maternidad, los cuales absorben una parte considerable de las fuerzas que el hombre dedica a la configuración de su organismo propiamente dicho.

mayores dificultades en el desarrollo psicosexual de la niña residen en que ha de renunciar al erotismo ligado al clítoris y a la madre.

Marie Bonaparte trata de afrontar el espinoso punto de la bisexualidad originaria. Influida por la sexología biologicista imperante, apela a las tesis embriológicas de Marañón. El aporte embriológico fue decisivo para sus objetivos, dado que permitía demostrar que el embrión humano tenía dos potencialidades, una masculina y otra femenina. De ahí podía deducirse que la cuestión de la bisexualidad tenía un fundamento biológico. Según Bonaparte, este autor quiere decir que toda mujer comporta como yuxtapuestos un adolescente –representado por su organismo general más grácil- y una mujer –representada por sus anexos maternos- que por otra parte modifican el conjunto de ese cuerpo grácil. Marie Bonaparte ve aquí el fundamento biológico del psicoanálisis que define a la mujer por sus órganos femeninos y sus tendencias maternas. Además, Bonaparte (1974, pp. 17-18) tomando como argumento la afirmación de Marañón (1930, p. 52-56) de que el orgasmo de la mujer, no es indispensable a la reproducción, y es según todos los indicios, un carácter viriloide, intersexual, encuentra coincidencias con la posición de Freud acerca de la esencia masculina de la libido, o la libido única³¹.

³¹ Sin embargo, llama la atención que Marie Bonaparte hable de libido única y en el capítulo dos, de la segunda parte de su obra, titulado “libido femenina”, exprese que: “*el organismo femenino no posee, en general –y probablemente también sea así en la mayor parte de las especies animales- la misma cantidad de libido que el organismo masculino. Ello se debe, sin duda, a que la actividad, la agresión sexual del hombre exige, para la conservación de la especie, un mayor dinamismo*” (Bonaparte, 1974, p. 75). Entiendo, entonces, que la diferencia cuantitativa en la libido sería ya una diferencia constitucional dada, una libido distinta para los

Por otra parte, Marie Bonaparte (1974, pp. 21-26) considera que la hipersensibilidad del clítoris, típica del tercer grupo de mujeres que constituyen el objeto de su trabajo, es un fenómeno intersexual, de los descritos por Marañón, ligado a la bisexualidad de los seres y a este complejo de virilidad que perturba a la feminidad de la mujer. Todo ser es originariamente bisexual, luego con el desarrollo de la pubertad será posible que la sexualidad psíquica coincida con la sexualidad hormonal, manifestándose de este modo la masculinidad predominante del niño y la feminidad de la niña (p. 59). Sin embargo, esta identificación psíquica es más difícil en la niña porque posee dos zonas erógenas dominantes y, a menudo, antagónicas (p. 18).

Esta autora (1974, pp. 21-54) considera que en la niña aparece tempranamente un esbozo de lo que habrá de ser luego el erotismo vaginal. En el estadio anal, la niña inviste pasivamente la cloaca, confundiendo cenestésicamente ano y vagina. Aunque la vagina hasta la pubertad no cobra importancia, sin embargo, el erotismo pasivo anal se convierte en el prototipo. La niña espera satisfacciones pasivas, clitoridianas y anales, por parte de la

organismos masculinos y los femeninos, sobre la que después inciden diversos factores. Comparando la libido femenina con el caudal de un río expresa “*No es de extrañar, pues, que, ante el camino –más largo que en el caso del hombre- que le es impuesto y ante las barreras más numerosas que oponen a su paso la anatomía y la fisiología femeninas, por una parte, y por otra, la moral cultural, más inhibidora de la sexualidad para la mujer, el impulso primitivamente más débil de la libido femenina no consigue siempre recorrer todo el camino y superar todos los obstáculos, y que disminuya su caudal, se detenga o se estanque, total o parcialmente, aquí o allá*” (Bonaparte, 1974, p. 76). Me pregunto ¿Es la anatomía en sí o es la interpretación que los niños y niñas hacen de ésta lo que influye sobre la libido? ¿Admitimos entonces diferencias cuantitativas y cualitativas constitucionales en la libido de niños y niñas?

madre. Luego se produce un cambio de signo en su erotismo clitoridiano y los deseos hacia la madre se vuelven activos, constituyéndose el complejo de Edipo negativo. Este es reprimido por el complejo de castración. Se desarrolla así una segunda fase pasiva cloacal dirigida hacia el padre, con exclusión del clítoris. Constituyéndose el complejo de Edipo positivo. Al llegar a la pubertad, se produce la libidinización de la vagina³², que se diferencia ahora de las sensaciones erógenas propias de la zona anal. Pero en todo este trayecto psicosexual la niña encuentra tres dificultades (Bonaparte, 1974, pp. 55-70): En primer lugar, su libido es cuantitativamente menor que la del niño, por lo cual puede más fácilmente detenerse su desarrollo. En segundo lugar, la bisexualidad original, esto es la erotización del clítoris, o mejor la intensificación de la sensibilidad clitoridiana –órgano considerado masculino-dificulta la aceptación de la pasividad vaginal –auténticamente femenina- y, en tercer lugar, la cultura patriarcal reprime más la sexualidad femenina que la masculina.

Marie Bonaparte defiende (1974, pp. 36 y 50) que el complejo de castración en el varón es cultural y se ejerce en nombre de la moral patriarcal, pero en la niña es, más precoz y sobre todo, biológico. Tiene como base la constatación de lo real

³² Bonaparte (1974, p. 37) dice ignorar cómo se produce el replegamiento vaginal de la libido fálica, pero estableciendo un nuevo paralelismo biológico, expresa: *“Podemos aventurar la hipótesis de que este reflujo de la libido fálica hacia la vagina, en dirección a los ovarios, sea un reagrupamiento comparable –aunque en sentido inverso- al descenso fetal de los testículos hacia el pene, como si el órgano ejecutivo de la sexualidad y las gónadas propias de cada sexo ejercieran entre sí una mutua atracción. En el hombre, el pene erotizado parece atraer sobre sí las gónadas; en la mujer, las gónadas –que han conservado su situación intraperitoneal- parecen dirigir hacia sí la sensibilidad erógena fálica, transformándola en sensibilidad vaginal”*.

del cuerpo. La niña atribuye su castración primero a la madre, por su mutilación, y secundariamente al padre. Se creará castrada por el padre de forma masoquista, en un fantasma voluptuoso de coito sádico. Así, afirma:

“Bajo la influencia primitiva de la decepción, de su castración y de otros factores biológicos más profundos – provenientes sin duda de las gónadas- la niña pasa definitivamente al amor dominante del padre, al deseo masoquista de recibir de él la tríada castración, violación, parto. El deseo de falo debe transformarse en la niña en el deseo del hijo cloacal. Al mismo tiempo el clítoris debe sufrir, en el cuerpo de la niña, una especie de involución funcional que la conduce a la exclusión del falo” (Bonaparte, 1974, p. 36).

Después, el erotismo cloacal se reactivará y preparará para la erotización adulta de la vagina cuando pase por ella la sangre de las menstruaciones en la pubertad.

Por otra parte, al hablar de la evolución libidinal y de las fases de organización de la libido, parece que la única distinción entre falo y pene que establece esta autora, es que habla de “pene” para referirse al genital masculino en el momento en que niños/as ya perciben la diferencia sexual, mientras que cuando utiliza el vocablo “falo” es para remitirse también al genital masculino o al clítoris, pero en un período en que no se percibe dicha diferencia (1974, pp. 24-35).

La fijación preedípica a la madre se relaciona con una madre clitoridianamente deseada (p. 57). La evolución libidinal de la niña se halla ante un problema biológico de difícil solución.

Según Bonaparte, debe aprender la sexualidad con su pequeño clítoris. Y una insuficiente actividad fálica durante la infancia le puede acarrear una insuficiencia de conocimientos sexuales e incapacidad para llegar al orgasmo. Pero un exceso de masturbación fálica durante la infancia y la aparición precoz del orgasmo clitoridiano puede hacer que la mujer mantenga su fijación en esta organización libidinal.

“La masturbación fálica de la niña –normal hasta el complejo de castración- debe sucumbir generalmente -para que aquella se convierta en mujer- no tanto a las prohibiciones de la educación como al complejo de castración biológica; y la vagina de la mujer, erotizada en el momento de la pubertad, debe aceptar la espera pasiva del pene masculino que vendrá a despertarla” (Bonaparte, 1974, p. 63).

Señala un poco después cómo para que la niña pueda convertirse en verdadera mujer:

“Debería abandonar la masturbación clitoridiana antes de haber conseguido el placer terminal, el orgasmo, entrando así en el período de latencia con el recuerdo exclusivo del insuficiente placer preliminar” (p. 66).

Y casi a continuación:

“Pero algunas niñas no saben esperar, y sobre todo no saben aceptar la exclusión del falo en su propio cuerpo”.³³

³³ ¿A qué se refiere Bonaparte cuando habla de exclusión del falo en su cuerpo? ¿Cuál es el concepto de castración que subyace? Parece que nos remite a la renuncia a la excitabilidad del clítoris y a la conducta activa de la niña.

La sexualidad femenina, para Marie Bonaparte (1974, p. 73), se funda en una base biológica prioritariamente sobre la que se sustenta la sensibilidad y el psiquismo. De hecho afirma que "*la psicología es una rama de la biología*" (1974, p. 73). Entiende la bisexualidad constitucional, tal y como acabo de decir, como la posesión anatómica de dos órganos sexuales –clítoris y vagina– con sus tendencias respectivas a la penetración o a ser penetrada (1974, pp. 157-160). Esta bisexualidad constitucional es nefasta para la niña, ya que el clítoris dificulta su desarrollo libidinal. Resulta paradigmático de esta concepción tan asentada en lo real del cuerpo, que pretendiera encontrar la solución de la frigidez en una intervención quirúrgica consistente en acercar el clítoris a la vagina con la intención de transferir el orgasmo clitoridiano a la zona vaginal (Roudinesco y Plon, 1998, p. 128).

Esta autora busca las raíces biológicas de la feminidad y encuentra en la realidad anatómica la explicación de la diferencia de los sexos, de la feminidad psíquica y de la maternidad. Apunta que la vocación nutricia de la mujer³⁴ se extiende a la vida

³⁴ Vocación nutricia que hace derivar del <<vitelinismo>> que supuestamente impregna todo su organismo. Partiendo de los procesos progresivos de diferenciación entre los sexos en la escala de los seres vivos y de los organismos unicelulares, indiferenciados, pasando por las algas, explica cómo las células se van especializando, unas en el suministro de reservas alimenticias y otras, en cambio, en el movimiento y la actividad. Este es el primer esbozo visible de la diferenciación entre masculino y femenino. Si seguimos en la escala de los seres vivos –en los reptiles y aves– el vitelinismo de la célula femenina alcanza su punto álgido en la yema del huevo. Arrancando de esta reflexión, considera Marie Bonaparte que en nuestra especie, el elemento femenino ha quedado impregnado de este <<vitelinismo>> manifestándose en el carácter nutritivo y en toda la función del ser femenino. Rasgo esencial de todo lo que en la naturaleza es femenino. De forma que este vitelinismo tendente a la inercia y a la producción de alimentos, se ha vuelto más activo en la hembra humana y es también el encargado de prodigar los cuidados al

postnatal de su hijo y a toda su familia para marcar con su sello su conducta y su libido.

Bonaparte habla de instinto maternal, pero también hace derivar este instinto de la identificación con la madre (p. 57). El deseo de un hijo lo entiende como un deseo propio del complejo de Edipo pasivo de la niña, pero también de una feminidad innata, de una orientación primitiva de la libido. Así el deseo del falo debe transformarse, en la niña, en el deseo del hijo cloacal. Y al mismo tiempo, el clítoris debe sufrir, como he dicho, en el cuerpo mismo de la niña, una especie de involución funcional que conduce a la exclusión del falo.

El deseo de un hijo, en íntima conexión con el de pene, favorece además la sensibilidad vaginal y su desarrollo erótico. Pero resulta imposible descubrir cuál es la causa y cuál el efecto. Se pregunta esta psicoanalista:

“¿Acepta la niña, simultáneamente la vagina y el pene y el hijo que pasarán por ella, así como los peligros inherentes a este paso, porque es, ya al nacer, muy femenina, o bien es dicha aceptación la que provoca su sensibilidad cloacal, su feminidad?” (1974, p. 57).

La carencia de ese deseo de la maternidad se halla muy a menudo en relación con el no establecimiento de la función erótica. Dado que la vida sexual de la mujer no se limita al coito sino que se extiende por todo el proceso de la maternidad, la libido

bebé. Como resto de ese vitelinismo pasivo queda el menor dinamismo de su libido. (1974, pp. 718-79).

de la mujer debe ser menos concentrada, menos enérgica y menos explosiva que la del varón. La aceptación psíquica de la maternidad es favorable a la vaginalización y a su adaptación erótica al acto que condiciona esta maternidad (Bonaparte, 1974, pp. 57-59 y 79).

Finalmente, desde una perspectiva evolucionista, sostiene que la cultura está invirtiendo el proceso de diferenciación progresiva, natural, de los sexos, produciéndose una atenuación creciente, de modo que la mujer sería cada vez menos claramente mujer y el hombre menos hombre (1974, p. 185).

Marie Bonaparte sustenta el deseo de hijo en la constitución de una anatomía femenina. Deseo de pene y deseo de hijo están en íntima conexión anatómica, de modo que el deseo maternal garantiza la función erótica y viceversa. Cuando habla de deseo de pene, parece que está hablando de deseo de un pene en la zona genital, como posesión propia, (o de un clítoris capaz de penetrar) y un deseo de pene en el acto sexual. Es decir, el deseo de un hijo proviene del deseo real de un pene anatómico propio y, al no poder ser, el propio deseo de pene erotizará la vagina y generará el desear un hijo. Pero el proceso, según Bonaparte, podría darse también de forma negativa e inversa. El no deseo de un hijo, supondría el no desear un pene y estaría relacionado con la frigidez.

Aunque defiende la existencia de una libido única, sin embargo, considera que ésta es menor cuantitativamente en la mujer que en el hombre y diferente también cualitativamente – menos dinámica-. Es decir, hombre y mujer se constituyen prioritariamente por su fisiología y anatomía, y después inciden las fantasías. La bisexualidad femenina la explica por la posesión de dos órganos sexuales –clitoris y vagina- el primero con disposición activa, a penetrar y el segundo con tendencia pasiva a ser penetrada. Por otra parte, parece sostener una visión esencialista, de búsqueda de las cualidades “verdaderas” y “normales” tanto de la masculinidad como de la feminidad, asociando esta última a la maternidad.

La organización psicosexual, para Bonaparte, es correlativa al desarrollo embrionario. Sustenta la bisexualidad en los estudios de Marañón, pero ignorando la consideración de la bisexualidad como una disposición psíquica inconsciente. Desde mi punto de vista, olvida este aspecto e indaga exclusivamente en la experiencia real, en la anatomía o la fisiología para justificar las fantasías inconscientes. Esto es, busca explicaciones biológicas no sólo para la diferencia sexual sino también para la represión y para las diferencias eróticas. Aunque no lo dice explícitamente, sin embargo, parece que no toma en consideración el inconsciente.

2.6. Síntesis y conclusiones: Los autores de la Escuela de Viena sostienen la tesis de una fase fálica, común para niños y niñas, anterior al establecimiento del complejo de castración, cuyo objeto originario siempre es la madre. En dicha fase, la niña se vive como masculina, activa, fálica. Desea –igual que el niño- tener hijos de o como la madre. La percepción de la diferencia anatómica genera la envidia de pene y el cambio de objeto de la madre al padre. El hijo pasa a ser, pasiva y femeninamente, esperado del padre como regalo sustitutivo y compensatorio por su falta. Las observaciones clínicas de este grupo de autores contribuyen matizar, desestimar o confirmar tales hipótesis.

Los autores cuyas obras acabo de exponer tienen el enorme mérito de contribuir con sus experiencias clínicas y sus reflexiones a dilucidar un mundo nuevo al que se están enfrentando, el mundo de la sexualidad inconsciente y sus manifestaciones. Sus obras, pioneras, escritas unas en colaboración con Freud o discutidas con él, han contribuido al enorme avance de este nuevo campo del saber psicoanalítico. Sus reflexiones no nacen de una mera especulación abstracta, sino que parten de innumerables observaciones clínicas y de un hecho rotundo por su insistencia, el sentimiento inconsciente de desventaja de la mujer frente al varón atribuido a la diferencia anatómica, el “complejo de castración” y la denominada “envidia de pene”. La cuestión no es intrascendente, desde ningún punto de vista,

pero menos desde el objetivo que perseguimos, dilucidar de dónde proviene el deseo de un hijo en la mujer.

Cada uno de estos autores se va ocupando de algún aspecto específico. Así, se plantean cuestiones como el complejo de Edipo en sus dos manifestaciones, positiva o negativa, o, como afirma Brunswick, activo o pasivo. Se investiga sobre el complejo de Edipo en cuanto al inicio, desarrollo, duración y finalización del mismo. Se afronta la consideración asimétrica del complejo edípico señalando la mayor duración e implicaciones de la fase pre-edípica en niñas. Los factores que determinan el alejamiento de la madre como primer objeto libidinal también son objeto de estudio.

El mantenimiento de la tesis del monismo libidinal o libido única, exige la discusión acerca del conocimiento o la ignorancia de la vagina en los primeros años de vida. Asunto que obliga también a la reflexión acerca de los conceptos de masculino y femenino, activo y pasivo y sobre el clítoris como órgano masculino, activo, homólogo o no al pene. La necesidad de matizar acerca de esa homología llevará a Marie Bonaparte a buscar un apoyo en el desarrollo embrionario desde una perspectiva biológica.

Es necesario señalar que ha habido aportaciones de estas autoras que Freud (1931, pp. 228-29 y 242-44 y 1933b, p. 121) no dudó en incorporar a su propia teoría, reconociendo su importancia y convencido de que las analizadas se hallaban en mejores condiciones que él mismo para servir de sustitutos de la madre y analizar la transferencia materna de sus pacientes mujeres (1931, p. 239).

Fundamentalmente, se trata de las observaciones de Helene Deutsch y Jeanne Lampl-de Groot acerca de las relaciones tempranas de la niña con su madre, que Ruth Mack Brunswick identificaría como una fase pre-edípica de radical importancia para el desarrollo psicosexual de la mujer. Las manifestaciones transferenciales (entre ellas, los sueños de dos pacientes femeninas) persuaden a Jeanne Lampl-de Groot (1928, pp. 69-70) de que la actitud de conquista amorosa hacia ella como terapeuta, apuntaban ante todo a la madre. Pero no se trataba de una formación transferencial secundaria, sino que eran una manifestación de la existencia de una fase fálica, expresiva del complejo de Edipo negativo. Resulta siempre muy difícil en todo análisis acceder a esta oscura fase que subyace profundamente en la historia mental de las pacientes hasta que no se haya logrado un progreso considerable.

Como dice Lampl de Groot, (1928, pp. 69-70):

“Tal vez con un analista varón resultaría muy difícil llegar a sacar a luz todo este período, ya que para una paciente es difícil entrar en competencia con el analista-padre, de modo que es posible que bajo tales condiciones el tratamiento no vaya más allá del análisis de la actitud edípica positiva. La tendencia homosexual, que difícilmente puede pasarse por alto en ningún análisis, quizá dé entonces meramente la impresión de una posterior reacción a la decepción experimentada con el padre. Sin embargo, en nuestros casos era claramente una regresión a una fase más temprana, fase que tal vez pueda ayudarnos a comprender mejor la enorme significación psíquica que la falta de pene tiene en la vida erótica de las mujeres”.

Las contribuciones de estos autores condujeron a prestar mayor atención a la trascendencia de la imagen omnipotente, fálica, de la madre para los niños de ambos sexos, y a la adhesión más intensa y

prolongada de la niña con respecto a su madre. El mismo Freud (1931, p. 228) expresa: “*Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino*”³⁵. Apunta, también, lo difícil de asir que resultaba esta primera ligazón-madre, por haber sucumbido a una represión particularmente despiadada y porque las mujeres establecieron con él en sus análisis la misma ligazón-padre en la que se refugiaron al salir de esa prehistoria. Es decir, esas primeras mociones pulsionales dirigidas hacia la madre, son también oscuras para la propia niña y emergen en el análisis en formas de expresión que no tuvieron originariamente, es decir, “*salen al paso como transferencias al posterior objeto-padre, de donde no son oriundas, y perturban seriamente la comprensión*” (Freud, 1931, pp. 238-39).

Si hemos agrupado a estos autores dentro de la Escuela de Viena es porque tienen en común: la defensa de esta fase fálica tanto para niños como para niñas; afirman que el primer objeto sexual es siempre la madre, y sostienen que esta fase constituye un tiempo en donde no se ha reconocido la castración. Freud sustenta la tesis de esta fase fálica previa y la especial trascendencia de esas primeras e intensísimas mociones libidinales para el despliegue de la feminidad y

³⁵ Freud había vislumbrado esa fase fálica, masculina y las dificultades para definirla como prehistoria del complejo de Edipo. Así en 1905 en “*Tres ensayos*” (1905, pp. 200-02) había sostenido que en la niña la zona erógena rectora se situaba en el clítoris y que la sexualidad de la niña pequeña posee un carácter enteramente masculino. En “*El yo y el ello*” (1923, p.34) ya había intuido las diferencias en el desarrollo sexual de niños y niñas. Pero es a partir de “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*” (1925b, pp.270-75) donde, nítidamente, el Edipo negativo de la niña es considerado como una fase previa al Edipo positivo. Los aportes de otros psicoanalistas (Abraham, Jeanne Lampl-de Groot, Deutsch) han colaborando a ello y Freud les hace el reconocimiento (1931, pp. 242-43)

para el deseo de un hijo. De modo que afirma taxativamente: “*no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la ligazón-madre preedípica*” (1933b, p. 111)³⁶.

Ahora bien, también se observan concepciones que se apartan, explícita o implícitamente, de las tesis fundamentales defendidas por Freud, o bien no logran comprender en todo su alcance los descubrimientos freudianos. En este epígrafe voy a tratar de hacer un resumen acerca de cómo estos psicoanalistas han acometido la cuestión de la diferencia sexual, la castración y envidia de pene y, finalmente, el deseo de un hijo.

Los autores de la Escuela de Viena al tratar de determinar cómo se establece la diferencia sexual, se deslizan bien hacia unas consideraciones esencialistas, normativas y frecuentemente apoyadas en consideraciones biológicas, fisiológicas o anatómicas. Parecen hablar más del cuerpo real que del pulsional. Aunque toman en consideración las fantasías inconscientes, también parece que éstas fueran diferentes para niños y niñas y se generaran de forma natural en virtud exclusivamente de la constitución anatómica.

³⁶ Sin embargo, Freud (1931, p. 242-44) considera que no basta con señalar el cambio de objeto de la madre hacia el padre, sino que es menester tener en cuenta las razones que generan ese cambio: la hostilidad hacia la madre derivada del hecho de que ella sea la fuente de la pulsión –la seductora originaria– y después la que prohíba el onanismo; a causa de la decepción producida ante el nacimiento de otros hermanos; por la observación del comercio sexual entre sus padres; por la introducción de los límites en dicha relación, etc., pero sobre todo, por la percepción de la diferencia anatómica, por la castración. Es decir, lo que articula el cambio trascendental es la castración. En 1933 en la “33ª Conferencia: *La feminidad*” matiza que este alejamiento y cambio de objeto no se produce de golpe sino paulatinamente, y el motivo fundamental para abandonarla como objeto de amor es el descubrimiento de que la madre está castrada (1933b, p. 117)

2.6.1. La construcción de la diferencia sexual: Freud considera que la existencia de una diferencia anatómica conduce a uno y otro sexo a dos organizaciones psíquicas diferentes, a través del complejo de Edipo y la castración. Ahora bien, esta diferencia es construida a partir de una sola libido. Los autores de la Escuela de Viena mantienen esta misma tesis del “monismo sexual”, sin embargo, se deslizan hacia posiciones esencialistas –cuál es la naturaleza de lo femenino y cuál la de lo masculino-, normativas y sustentadas en consideraciones bio-fisiológicas o anatómicas. Parecen hablar más del cuerpo real, que del pulsional. Aunque tienen en cuenta las fantasías inconscientes, también juzgan que éstas fueran diferentes para niños y niñas, y se suscitaran de forma natural a partir de la anatomía. Entienden que la castración interviene en esta construcción sexual, sin embargo sostienen diferentes acepciones sobre la castración.

En lo que respecta a la construcción de la diferencia sexual, los autores mencionados frecuentemente derivan, aunque no siempre de una manera explícita, hacia una concepción constitucional que coloca como causa de la diferenciación sexual la percepción de las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres. Subrayan, con más o menos énfasis, la predisposición natural y/o biológica e infieren de este supuesto lo que denominan la “esencia” de lo femenino o de lo

masculino. **Marie Bonaparte** es la autora más representativa de esta búsqueda de los fundamentos biológicos de la diferencia sexual y de la feminidad, estableciendo un paralelismo entre los procesos evolutivos embrionarios y el desarrollo psicosexual. Pero también **Helene Deutsch** afirma que los factores constitucionales están en la raíz de las diferencias entre los niños y las niñas. Así, esta autora habla de las desiguales fantasías y temores que elaboran sobre las funciones reproductoras y el interior del cuerpo. Considera que los temores de las niñas son mayores que los de los niños por razones, además de sociales, anatómicas. Según ella la posesión de genitales externos favorece los intereses y la actividad de los niños hacia el mundo exterior. Esta autora centra la feminidad en la anatomía real, en el carácter pasivo y en el masoquismo instintivo de la niña. Entiende que hay una diferencia pulsional dada entre niños y niñas, y una disposición psíquica a la maternidad derivada del instinto y de dicha disparidad pulsional, a la que se suman con posterioridad las presiones sociales. Estas actúan sobre algo instintivo previo. Como ya dije anteriormente, me pregunto de dónde procedería esa desigualdad pulsional previa y qué entiende por pulsional si existe ya desde el origen. No parece que haya en Deutsch, por tanto, una clara distinción entre pulsión e instinto. Para Helene Deutsch el desarrollo sexual es diferente para niños y niñas por instinto. La inhibición y la pasividad son el núcleo de lo femenino y son constitucionales. Pasividad biológica como la del óvulo frente al espermatozoide, correlativa a la pasividad del coito y que también se refleja en la necesidad de ser fecundada desde afuera. También sostiene esta autora que la niña es menos agresiva que el varón. Su actividad-agresividad deriva de la insatisfacción real con su órgano sexual, el clítoris, órgano

anatómicamente rudimentario y considerado inadecuado por carecer de la posibilidad de penetración.

Esta concepción de la diferencia sexual análoga a la de la actividad celular o a los papeles que a cada uno le toca jugar en la reproducción es compartida también por **Jeanne Lampl de Groot**. El hombre es activo en tanto ha de conquistar el objeto sexual y la mujer pasiva por su necesidad biológica de ser fecundada, de recibir el pene o el espermatozoide. La actividad se asocia al varón por la necesidad biológica de poner la célula fecundante en la mujer.

Por su parte, **Karl Abraham** habla de las distintas fantasías inconscientes que niños y niñas tienen ante la percepción de la diferencia anatómica. Si en los niños se produce el temor a la pérdida de su pene (angustia de castración), en las niñas aparece la fantasía de obtener uno (envidia de pene), producirlo ella misma o recibirlo como regalo del padre. Es decir, niños y niñas responden de forma distinta a una misma experiencia. Responden a la mera percepción anatómica, no reinterpretan esta percepción a raíz de la prohibición del incesto. Es decir, para Abraham, ya está constituida la diferencia sexual antes del complejo de Edipo. Mientras que como, ya he mencionado, para Freud (1924a, 177-187) la percepción de la diferencia anatómica en sí misma no constituye nada si no interviene la Ley de prohibición del incesto representada en el padre prohibidor. Esta Ley es la que hace que se interprete la diferencia anatómica en términos de castración.

Al tratar de determinar cómo se instaura la diferencia sexual, estos autores terminan dando una definición formal y, en gran parte

normativa, acerca de qué es lo masculino y lo femenino en lugar de cómo y por qué se llega a ocupar una posición deseante como varón o como mujer. Y lo hacen apoyándose en las funciones biológicas, fisiológicas o en la anatomía. Cuando hablan de actividad o pasividad parecen referirse más al cuerpo real, (o a la interacción social) que al cuerpo pulsional. Olvidan que la pulsión no tiene por qué ajustarse adaptativamente a la anatomía o a la fisiología. Masculino y femenino no puede explicarse exclusivamente por cuestiones anatómicas, ni por tendencias instintivas dadas, ni por un predominio de la actividad sobre la pasividad supuestamente acorde con el funcionamiento celular.

2.6.2. Conceptos de castración y envidia de pene:

Este grupo de autores no logran desprenderse de la consideración del falo como órgano anatómico exclusivamente. Se entiende que la castración afecta a todos, pero más directamente a la niña. Se describe en términos de ventajas o desventajas, de lo que en más o en menos unos y otros tienen y se analizan los efectos de envidia que esta “inferioridad física” provoca en la niña. No es la admisión de la castración de la madre y lo que esto representa, sino la castración en tanto que experiencia personal, lo que genera consecuencias. La castración de la niña, como hecho consumado, produce una serie de reacciones determinantes para su psiquismo y para el amor y las relaciones edípicas con sus padres. En el caso de la niña, aunque hablan de castración parecen referirse más a una frustración -causada

por la madre- por la privación del órgano anatómico envidiado. La castración es interpretada como una experiencia personal negativa, de celos y envidia entre los tres miembros del triángulo edípico, que en términos estructurales alusivos al corte con un mundo natural, momento clave de entrada en un orden simbólico regido por la Ley que prohíbe el incesto.

La dilucidación acerca de qué es el complejo de castración ha sido objeto de análisis por los autores que he citado. Qué se entiende por tal, quién es el agente de la misma, qué diferencia existe entre la castración femenina y la masculina, cuál es el objeto de la castración y de qué se trata cuando se habla de envidia del pene, son asuntos tratados por estos autores. Como señala Ruth Mack Brunswick, si el complejo de Edipo fue problemático, lo fue más el de castración, *“roca sobre la que se ha hecho añicos la adhesión al psicoanálisis de convencidos analistas”* (1940, p. 294)

Abraham habla de la interpretación que los niños hacen de la inferioridad de los órganos genitales externos femeninos. Lo que produce en la niña un profundo sentimiento de desventaja. La falta de un órgano masculino produce un efecto tan serio y duradero en la vida mental de la mujer que justifica el que se hable de un “complejo de castración”. Ahora bien, este sentimiento de inferioridad no está presente desde el origen, sino que se produce como consecuencia de la percepción del genital masculino. Incapaz de reconocer un “defecto

primario” en su cuerpo, la niña concibe la idea de que ella también una vez tuvo uno, pero se lo quitaron. Abraham está hablando de una representación simbólica, de una forma de representarse su anatomía como inferior o como castrada. Expone cómo la niña y después la mujer consideran el órgano genital femenino como una herida, y en cuanto tal, representa un efecto de la castración. Coincide con Freud (1918a, pp. 197-203) en señalar la tendencia hostil de muchas mujeres contra el sexo masculino como un deseo de resarcirse sobre el hombre y castrarlo. El descubrimiento del pene y la atribución de dicha ventaja en el otro, ofende el narcisismo de la niña y produce dos reacciones estrechamente asociadas: la hostilidad hacia el varón y el impulso a privarle de lo que posee. La unión de estas dos reacciones constituye la “envidia del pene”. Para Karl Abraham se trata de una castración simbólica, en la medida en que habla de una representación de la anatomía, sin embargo, y como ya expuse, no queda claro si es la propia anatomía “inferior” o “defectuosa” la que es representada simbólicamente como una castración. Castración interpretada como la venganza del padre rival por sus deseos incestuosos edípicos. Pero Abraham no relaciona la castración con el fundamento de la cultura, con el corte con la vida “natural”, con aquello que nos constituye como seres de la cultura, sino que la interpreta en términos de significación simbólica que se hace de la anatomía y de la experiencia traumática del descubrimiento de la diferencia anatómico-corporal. Para Abraham la castración remite a la relación entre tres personas padre-madre-hijo/a, y a la comparación entre lo que en más o en menos tienen unos u otras. A la decepción por lo que uno tiene o recibe, a los celos que esto inspira y al consecuente castigo por la hostilidad que estos sentimientos despiertan. Por otra parte, Abraham entiende que la

castración tiene sus raíces en el parto o en el destete, es decir, se trata más bien de una frustración frente a una pérdida. Evolutiva y cronológicamente se produciría un pasaje de la frustración oral a la castración en la medida en que también se pasa del estadio oral, al anal y ulteriormente, al genital. Las decepciones orales o anales serían manifestaciones primeras de lo que después, la niña vivirá como decepción por no tener pene, esto es por estar castrada. La niña se siente privada de uno y ansía, como muestra de amor, que se le dé uno. Decepcionada de la madre buscará al padre.

Hay que hacer notar, no obstante, que Abraham tiene el mérito de señalar los efectos decisivos y permanentes de la castración, pero la explica en términos negativos, de problema neurótico perturbador que genera toda una sintomatología más o menos observable. Complejo de castración que sólo aquellas mujeres que tengan un hijo pueden lograr superar. No la entiende como el fundamento del sujeto humano, del sujeto con deseos propios, sino como un conflicto neurótico. Falta ese aspecto simbólico de la castración que remite a la cultura.

Considera que sólo aquéllas que tienen un hijo pueden vencer este negativo complejo, pueden restañar la herida de su anatomía. No alcanza a comprender el aspecto de la castración como movilizador del deseo. Está excesivamente apegado a la idea de la castración como una representación directa de la anatomía y no como algo que significa la entrada en el mundo cultural, regido por la Ley fundamento de lo humano.

Respecto a **Helene Deutsch** la castración se refiere a la experiencia de la niña de carecer de un órgano genital apropiado. Experiencia que se produce por dos veces durante su desarrollo sexual infantil. En primer lugar en su fase activa, la niña dispone del clítoris, órgano parecido a un pene pero anatómica y embriológicamente más rudimentario. El clítoris resulta insuficiente como órgano ejecutivo de sus tendencias eróticas activas ya que no posee la posibilidad de penetrar. El órgano sexual correspondiente a las tendencias pasivas es la vagina, pero al desconocer la existencia de ésta la niña se encuentra nuevamente con la falta subjetiva de un órgano apropiado para su sexualidad pasiva. Esta doble carencia, denominada por Deutsch como “trauma genital”, es responsable, en lugar de la envidia del pene, de la mayor parte de los trastornos neuróticos de la mujer. Sin embargo la reacción de la niña frente a su rudimentario órgano ejecutivo no es de envidia sino que hace oscilar la agresividad hacia adentro, y genera la aparición de deseos pasivo-masoquistas. El deseo masculino-narcisista de tener un pene es sustituido por el deseo libidinal de ser castrada por el padre en una violación. La mujer ha de vencer el trauma genital y el deseo de un pene a lo largo de un complicado proceso que esta autora defiende como biológicamente determinado.

La castración para Helene Deutsch es vista como una frustración externa de la que no se derivan efectos estructurantes. Se trata más bien de la constatación e interpretación de una anatomía que genera cambios y determina la feminidad. Tampoco atribuye a la castración un valor simbólico y cultural. Entiende que la alteración que se ha producido en el instinto sexual de la especie humana deriva de meras transformaciones evolutivas y de las presiones de la sociedad.

Pero no explica cómo esas presiones sociales se encarnan en el inconsciente de las personas. El sujeto se constituye en función de una anatomía, a la que le da una serie de significaciones simbólicas en la que intervienen las influencias sociales. Entiendo que tampoco Helene Deutsch capta el profundo sentido que Freud recoge en su obra "*Tótem y Tabú*" (1913a).

Jeanne Lampl-de Groot aporta la idea de que es el complejo de castración de la niña, percibido como un hecho consumado, el que conduce a la niña al complejo de Edipo positivo. Si bien, no toma en consideración la hostilidad que está presente en el cambio de objeto de la madre al padre. Subraya la importancia del Edipo negativo como formación primaria que antecede al Edipo positivo. La niña en esa primera fase de apego a la madre, se comporta en todo como un varón, posee un órgano corporal semejante al pene del varón, el clítoris.

Ruth Mack Brunswick tiene el mérito de señalar que es la admisión de castración de la madre la que produce efectos. Ésta tiene, además, el sentido simbólico de separación, de corte con la madre, pero también sigue bastante apegada a la castración como la ausencia real del pene. Así, a pesar de que habla de castración simbólica, Ruth Mack Brunswick entiende que la castración es algo que existe de hecho, no se trata de algo que tiene que ver con la fantasía, con una construcción simbólica. Por otra parte, según esta autora la amenaza de castración, en el caso del varón, proviene del padre, aunque la exprese la madre, pero en el caso de la niña, no es más que la segunda edición de una más temprana por parte de la madre. ¿A qué se está refiriendo Ruth Mack Brunswick con esta castración ejecutada tempranamente

por la madre? Creo que se refiere a que la niña se ha sentido privada de pene por la madre, como se sintió frustrada frente a la pérdida del pecho. Y que ahora, frente a sus deseos incestuosos, es el padre el que reitera la castración. Es decir, nuevamente observo una concepción triangular, referida exclusivamente al drama edípico entre tres sujetos. Al niño o la niña, estrechamente ligados a uno de sus padres y en rivalidad con el otro. Concepción psicológica en términos de afectos y sentimientos, en la que se pierde la dimensión simbólica por la que Freud articula la constitución del ser humano como sujeto sexuado, deseante, a través de la prohibición, con el orden cultural e histórico. Aunque sabemos que la castración hunde sus raíces en el parto y en el destete, sin embargo, Freud (1923b pp. 148-148) distingue claramente que se trata de una experiencia diferente. La castración, repito, remite a la cultura, a la ley fundante del ser humano como producto cultural. Se pronuncie o no por parte de la madre dicha amenaza, la castración debería tener lugar igualmente. Ahora bien, esta autora percibe que algo tiene que ver la madre en cuanto a la castración, pero entiendo que no se trata de la formulación explícita en cuanto tal, ni de la privación de la leche materna, sino que concierne a que la madre tenga también incorporada ella la castración, a que la madre admita estar castrada, sujeta a la Ley de la castración, que la separa del hijo y posibilita el acceso de éste al padre.

Entiendo que cuando Freud habla de complejo de castración se está refiriendo al momento en que una teoría infantil, la de que todos tienen pene, es reemplazada por otra teoría, la de que las mujeres han sido castradas.

La cuestión de la castración nos remite directamente al concepto de falo. Como vengo comentando los autores de la Escuela de Viena no acaban de comprender el significado de este concepto. **Marie Bonaparte** representa esta dificultad para captar de qué se trata al hablar de castración y remite claramente a lo real del cuerpo. Así esta autora (1974, p. 36) habla de que en el varón la castración se ejerce en nombre de la moral patriarcal, mientras que en la niña el complejo de castración es sobre todo biológico y se ejerce en nombre de la realidad anatómica que hay que reconocer.

Marie Bonaparte utiliza prácticamente como sinónimos los términos falo y pene. Pareciera que la única distinción entre ambos fuera que “pene” se refiere a que ya se percibe la diferencia sexual, mientras que cuando se habla de “falo” es para remitirse también al genital masculino y al clítoris, pero en un período en que no se percibe dicha diferencia.

Si bien el caso de Marie Bonaparte es el más claro en cuanto a la concepción biológica, íntimamente afecta a la anatomía, de la noción de falo, considero que el resto de los autores participan en parte de esta misma idea. Hay que señalar, no obstante, que subrayan algo del aspecto simbólico del concepto de falo, en cuanto que se trata de una construcción fantasmática, de una teoría infantil, de una interpretación sobre la anatomía. Sin embargo no pueden desprenderse de una concepción que prima la materialidad anatómica y la realidad factual cuando se expresan en términos de si los niños y las niñas tienen más o menos, poseen un genital más o menos rudimentario, de

mayor o menor accesibilidad, más o menos valorado socialmente, etc..³⁷

Los autores que he comentado no alcanzan a comprender el significado del término falo en su sentido más profundo. Tendrá que ser Lacan quien, años después, saque la cuestión de este estancamiento y extravío biologicista

2.6.3. Deseo de un hijo: A tenor de las investigaciones de los psicoanalistas estudiados el deseo de un hijo tiene dos momentos diferenciados. Un deseo previo a la percepción de la diferencia sexual, que provendría de la identificación con la madre activa. Y un segundo momento que enfrenta a la niña al drama edípico, en donde dicho deseo activo se torna

³⁷ Hay que señalar que aunque la obra de Freud abunda en referencias al pene, el término “falo” aparece en pocas ocasiones y en muchas de ellas como sinónimo de “pene”. No existe una distinción rigurosa entre los dos términos. Freud habla de fase “fálica” para referirse a esa etapa en que la criatura sólo conoce un órgano genital, para ese primer momento en que atribuye a todos los seres un genital único. No obstante, aunque la distinción no se encuentra en la obra de Freud directamente, entiendo que el vocablo “pene” remite al órgano biológico, a lo real del cuerpo, sin embargo cuando Freud se refiere a “falo” o a “fálico” está teniendo en cuenta los aspectos fantasmáticos, las fantasías inconscientes. Como acabo de decir, esta distinción no se halla en su obra, sino que responde a la lógica implícita en sus formulaciones sobre el pene. Es una deducción lógica que se deriva del conjunto de su obra. Así, cuando Freud hable de equiparación simbólica del pene y el niño, está claro que no se refiere al órgano real. Evidentemente, estoy reflexionando sobre los psicoanalistas en esta primera época en la que van acometiendo cuestiones absolutamente novedosas y entiendo que en muchos momentos no son plenamente conscientes de todo el universo al que se están enfrentando y de las implicaciones de ello.

pasivo, tras la percepción de la castración. La niña envidia un pene y sólo puede sentirse compensada en su defecto recibiendo un hijo. El deseo de un hijo certifica tanto su feminidad como su salud mental y hace posible a la mujer cumplir con el papel que la especie le ha encomendado.

He señalado cómo no acaba de aprehenderse el concepto de falo, término central para entender de qué se trata cuando se habla de castración. Sin embargo, estimo que tal concepto es fundamental puesto que de él se hace derivar el deseo de un hijo. Los psicoanalistas estudiados perciben una constante que se manifiesta en su experiencia clínica: las fantasías inconscientes de las niñas denominadas envidia del pene y la sustitución de esta envidia por la idea de un hijo. Ya he señalado la dificultad que todos ellos encuentran a la hora de explicar esta sustitución.

De la revisión de estos psicoanalistas deduzco que el deseo de un hijo tiene una larga pre-historia relacionada con la identificación con la madre activa y con el deseo de niños y niñas de reproducir activamente las experiencias que han vivido pasivamente. Se trata, como señala **Ruth Mack Brunswick**, de un deseo asexual³⁸ o pre-
edípico, expresivo de su libido activa, fálica. Esta misma concepción es defendida por **Abraham** y **Jeanne Lampl de Groot** y relacionada con la idea de donación, de regalo, propia de la fase anal. Por su parte

³⁸ En el sentido de previo a la percepción de la diferencia sexual y a la constitución de un sujeto deseante.

también **Helene Deutsch** defiende una prehistoria de este deseo conectada con los prototipos orgánicos de sus experiencias libidinales, esto es la ingestión (fecundación), la digestión (embarazo), los contenidos intestinales (feto) y la defecación (parto). Todos ellos coinciden, pues, en hablar de un deseo activo de un hijo previo al complejo de Edipo y a la percepción de la castración, consistente en engendrar por ella misma o tener un hijo de la madre. Ahora bien, los autores aportan matices distintos acerca de las razones por las cuales se abandona ese deseo activo, fálico de un hijo. Así, según **Mack Brunswick** la razón por la que la niña abandona su deseo activo de un bebé, esto es de hacer un hijo a la madre, se produce cuando la niña acepta su propia castración y su imposibilidad real de fecundar a la madre. Para **Deutsch** se debe al trauma genital y a su masoquismo constitucional normal.

Un segundo momento en la construcción del deseo de un hijo es el que corresponde al deseo pasivo de la niña de recibir un bebé. Este ulterior deseo de un hijo está en conexión con la experiencia de castración y con los deseos edípicos hacia el padre y de rivalidad con la madre. La ligazón libidinal-objetal con su madre se transformará en una identificación de la niña con ésta, eligiendo al padre como objeto amoroso. Al acceder al conflicto edípico y percibir la diferencia anatómica en íntima conexión con la castración, la niña interpreta esta diferencia como que se halla privada de pene y experimenta inconscientemente la envidia de pene. La niña espera que su padre le dé esa parte del cuerpo de la que carece, como prueba de amor. Abraham, como Freud, establece la íntima conexión que en el inconsciente de los niños se produce entre excrementos, regalo, pene e

hijo. La niña mantiene la esperanza de obtener un hijo del padre como sustituto del pene que no se le concedió y en calidad de regalo. De este modo oscila hacia el padre como objeto amoroso y entra en su Edipo positivo, pasivo. Aunque existen algunos matices diferentes en la forma en que se explica la sustitución del pene por un hijo, todos los autores convienen en ello. Mack Brunswick (1940, pp. 310-311) matiza que no es el deseo de pene lo que se cambia por el deseo de un niño, sino que éste último le precede. Así, hace notar esta autora que en el curso del desarrollo normal se abandona lo imposible y se retiene lo posible. El deseo activo, narcisista, por la posesión plena y permanente de un pene, ha de cambiar por el deseo pasivo del pene, esto es, de recibir un pene del hombre en el momento del coito. Por este medio podrá recibir un hijo. Así ambos deseos, el del pene y el del niño terminan por unirse.

Ahora bien, coinciden y aceptan la sustitución simbólica del pene por el hijo, la clínica lo evidencia, sin embargo, existen una serie de cuestiones que obligan a seguir reflexionando:

1) Todos se mueven en el plano imaginario. Estiman que el deseo de un hijo es lo único que pueden tener las mujeres frente a los hombres que permite compensarles por su falta de pene.

2) Entienden el deseo de un hijo como la única forma de restañar y curar la herida narcisista de la mujer. Todos consideran que es el hijo en sí y por sí el que dispone de esa cualidad que le permite a la madre inconscientemente compensar o negar su castración. El hijo está destinado a compensar a la mujer por lo que la niña

*entiende como un defecto físico. Solo así podrá la mujer reconciliarse con su cuerpo y aceptar su papel sexual femenino*³⁹.

*3) Destacan la importancia que para la mujer tiene el deseo de un hijo. En sus experiencias clínicas se encuentran con la ecuación y sustitución simbólica pene=niño. Las razones que se dan acerca de esta asociación indefectible se derivan de la propia anatomía y fisiología real asociada a las fantasías*⁴⁰. *Habría o bien un incuestionable instinto reproductor, o una disposición dada a la maternidad que prácticamente señalan todos, en mayor o menor antagonismo con sus fantasías e intereses psíquicos. Así, para Deutsch y Marie Bonaparte esta predisposición armonizaría con su papel en la reproducción. Defienden una correspondencia entre el cuerpo y el psiquismo. De la armonización entre cuerpo y mente se derivaría la salud mental. Idea contraria a la concepción del conflicto como dinámica psíquica inconsciente y con la teoría pulsional de Freud, en donde el instinto, el cuerpo como realidad biológica, está alterado desde el inicio de la vida, no habiendo nada exclusivamente instintivo, predeterminado o garantizado.*

4) No explican por qué solo la sustitución simbólica del pene por el hijo es la única que conduce a la salud mental y por qué se entienden como neuróticas aquellas otras sustituciones que

³⁹ Por supuesto, el papel sexual femenino se da por sentado que es el de tener hijos.

⁴⁰ Sorprende que ninguno tome en consideración la relación simbólica que Freud (1917, pp. 113-23) establece, -el hecho de que los términos “hijo”, “pene” y puedan ser sustituidos por un símbolo común <<das Kleine>> tanto en la vida cotidiana como en el lenguaje de los sueños- e insistan en asociaciones producidas de la mano de la fisiología o anatomía.

puedan producirse, como por ejemplo, desear realizar actividades intelectuales, profesionales o tener otros intereses.

5) Es la realidad la que la obliga a la niña a renunciar a sus fantasías. Es decir, dado que es imposible obtener un pene, la niña, naturalmente y de una forma razonable haría de la necesidad virtud y abandonaría pretensiones imposibles por otras posibles realmente. Se trasluce no sólo el predominio del paradigma biologicista, sino también la concepción adaptativa del psiquismo. Ideas que, como ya he dicho, son también contrarias a las tesis defendidas por Freud.

6) La identificación entre sexualidad y maternidad es tal que Deutsch se pregunta si la vagina es un órgano creado por la naturaleza para la función sexual o si se trata de un órgano para la reproducción, dado que sólo por la intervención del órgano sexual masculino se despiertan sensaciones sexuales. Llega a decir que la vagina es el receptáculo del hijo y representa en el inconsciente al hijo mismo. Sólo se alcanza a ser mujer, si logra establecer la función maternal de la vagina y abandonar las reivindicaciones del clítoris. Sólo se es una mujer normal si el coito representa el primer acto de la maternidad. El acto sexual no está acabado verdaderamente más que en el momento del parto. Idea próxima a la defendida por Bonaparte. En este sentido el imaginario de feminidad identificado con el de maternidad estaría siempre presente y lo que se hace es buscar las razones, bien psíquicas, sociales o biológicas que justificarían esta identidad incuestionable.

7) *Se identifica, además, mujer y madre de una forma normativizante. De modo que tiende a considerarse patológico o conflictivo cualquier otro deseo que la mujer lleve a cabo si, al menos, previamente no ha deseado, tenido un hijo y ejercido de madre. Volvemos a encontrar la idea de que el hijo es, mágicamente y por sí mismo, la garantía de salud mental de la mujer. Por otra parte, Freud no se interroga por lo que la mujer es o debe ser, sino por cómo se llega a ser mujer o qué es lo que desea una mujer pero no con la intención de cerrar la pregunta.*

8) *Se habla de los deseos de una madre no de una mujer, como si se accediera primero al estatus de madre y esto constituyera a la mujer. Parece que el imaginario colectivo vigente que liga históricamente a la mujer con la madre pesara tanto que se buscara la forma de explicar esa asociación. El deseo de que las cosas sean así, hace que se busquen las razones para ello.*

9) *El hijo se considera la vía más legítima y clara de sublimación de la mujer y la posibilidad de ejercer su libido activa. Como apunta Deutsch, todos los actos inherentes a lo que entiende como funciones femeninas, es decir maternas, permiten a la mujer superar sus traumas, alcanzar la satisfacción y aislarse de la participación en las instituciones sociales. Sin embargo, esta misma autora detecta un valor antagónico entre la maternidad y la sublimación.*

10) Parece que la posibilidad real de embarazarse y tener hijos obliga a los psicoanalistas estudiados a pensar en que sobre ella recae la responsabilidad de reproducir la especie, siendo antinatural y patológico que una mujer no actúe dicho deseo. Cuestión que resulta un tanto sorprendente, dado que pareciera que sólo a ella incumbe dicha responsabilidad. Considero que aspectos ideológicos están condicionando las explicaciones y reflexiones de estos analistas. Por otra parte, la obra de Freud nos ha permitido admitir las discrepancias existentes entre lo que como especie animal somos y lo que como humanos deseamos. Es decir, en cómo la cultura altera el instinto.

11) Reducir el complejo de castración, la envidia de pene y el deseo de un hijo a una cuestión biológica, anatómica y fisiológica, sobre las que se depositan una serie de fantasías inconscientes no es suficiente para explicar de dónde procede el deseo de un hijo. Además, el deseo de un hijo no certifica la feminidad o la salud mental de la mujer. De hecho, Abraham apunta, tomando como base su experiencia clínica, que no necesariamente el hijo garantiza la salud mental de la mujer. Por tanto, cuando habla de sustitución del pene por el hijo intuye que se trata de algo distinto, de lo que no acaba de dar cuenta.

Desde mi punto de vista, la clave de muchas de las dificultades para comprender el deseo de un hijo en la mujer está en la dificultad para captar los significados del concepto de falo y de la ecuación simbólica pene=hijo. Los autores de la Escuela de Viena no alcanzan a entender tales significados.

Considero que cuando se habla de sustitución simbólica, se trata del canje de un objeto por otro, pero en ese reemplazo, el objeto intercambiado altera su significado, adquiere un significado distinto. Como ya expuse, no se trata de la mera sustitución de un objeto por otro, manteniendo el mismo significado -el pene en todas ellas- (lo que no representaría más que la negación a admitir la diferencia de los sexos y el hijo se constituiría en mero fetiche para la madre). Esto es, no es el hijo en sí y por sí lo que garantiza la superación de la envidia del pene, ni esta última puede ser superable plenamente. Es la sustitución marcada por algo más lo que determina el cambio de significado. Y lo que posibilita la sustitución simbólica del deseo de pene por otra cosa con un nuevo significado, una auténtica sustitución simbólica, es la Ley que prohíbe el incesto, la Ley del padre mítico expuesta por Freud en “Tótem y Tabú”. Es la renuncia a un goce absoluto, la admisión de un goce acotado por una ley que nos estructura y nos restringe. No es, por tanto, el deseo del hijo en sí, lo que mágicamente produce efectos, sino el deseo marcado por la admisión de la castración simbólica. Es decir, es la admisión de la Ley de la prohibición del incesto lo que posibilita que se produzcan sustituciones simbólicas. Sin embargo, tendrá que pasar mucho tiempo y producirse arduas discusiones entre analistas para que se pueda llegar a plantear la discusión desde este nuevo ámbito.

3. La Escuela Inglesa o la oposición a Freud: Frente a las tesis freudianas (relativas a la ignorancia por parte de la niña de la vagina, la existencia de una sola libido y la organización de la sexualidad en torno a un polo único de representaciones, el falo), la Escuela Inglesa opone un dualismo libidinal, el conocimiento de la existencia de la vagina y la importancia de las relaciones arcaicas con la madre para comprender la sexualidad infantil, y especialmente la de la niña. Aunque sí se piensa acerca del origen de los sentimientos maternales, el deseo de un hijo apenas es abordado, considerándose el deseo por excelencia femenino

En las décadas de 1920 y 1930 la Sociedad Psicoanalítica Británica elabora un estilo característico de teoría y práctica psicoanalítica que genera conflicto con el psicoanálisis de Viena. Las diferencias se encontraron todavía más en 1926 y 1927 en torno a la práctica terapéutica infantil descubierta y ejercida por Melanie Klein. La polémica se instala en la misma capital británica, a raíz de la emigración de Freud y su hija Ana a Londres. Se configuran dos grupos, aquellos próximos a las tesis vienesas y aquellos otros afines a las concepciones encabezadas por Klein. Las discusiones contribuyeron a refinar los conceptos y aspectos controvertidos de las teorías kleinianas.

Una de los temas más polémicos es el relativo al desarrollo de la sexualidad de las niñas y la noción de “envidia de pene”. Frente a las tesis freudianas relativas a la ignorancia por parte de la niña de la vagina, la existencia de una libido única y la organización de la sexualidad en torno a un polo único de representaciones, el falo, la Escuela Inglesa opone un dualismo libidinal, el conocimiento de la existencia de la vagina y la importancia de las relaciones arcaicas con la madre para comprender la sexualidad infantil, y especialmente la de la niña.

Como he dicho anteriormente, en 1927 Ernest Jones, en el Congreso de la International Psychoanalytical Association (IPA) en Innsbruck toma partido con su trabajo “*El desarrollo temprano de la sexualidad femenina*” (Jones, 1927, pp. 459-472), a favor de las tesis dualistas, condenando por prejuiciosa y falocéntrica la concepción sobre la sexualidad femenina sostenida por Freud. Se ubica del lado de las tesis británicas, configurándose así dos posturas, los que mantienen los postulados freudianos, representados por los autores de la Escuela Viena y aquellos otros que se encuadran dentro de lo que se denomina Escuela Inglesa. Dentro de los autores de esta Escuela abordaré los aportes de la fundadora de la escuela Melanie Klein, los del propio Jones, creador y organizador de la “*London Psychoanalytical Society*” y las reflexiones de Karen Horney.

Para esta escuela la angustia fundamental de la niña no se refiere a la angustia de castración sino que es relativa a sus deseos de destrucción del cuerpo materno con el fin de apropiarse de todo lo bueno que se supone contiene, en particular del pene paterno y de los

niños que éste puede proporcionarle. El Edipo es pregenital, y el Superyo y la castración son prioritariamente de origen materno. No hay desconocimiento de la vagina, ya que los niños y niñas tienen un saber innato. La diferencia sexual es algo dado que corre parejo con unas fantasías diferentes en niños y niñas en función de sus diferencias anatómicas.

Ahora bien, la polémica entre las dos Escuelas se inicia con la cuestión referida al establecimiento de la diferencia de los sexos, pero termina siendo la propia diferencia lo que es estudiado. Como también dije con anterioridad, unos y otros aportan lo que consideran peculiar y específicamente propio de cada sexo. El debate acaba centrándose en la búsqueda de las dos “esencias”, la de la masculinidad y la de la feminidad.

La crítica al concepto de castración, que en Freud es clave para comprender cómo se construye la diferencia de los sexos, condujo a los autores de la Escuela Inglesa a desplazar el acento sobre la sexualidad femenina. En este desplazamiento hay algo fundamental que queda soslayado, y es la consideración de la sexualidad femenina como algo aislado, independiente de la división que la crea.

Los autores comprendidos dentro del grupo británico consideran que la noción de “envidia de pene” deja a las mujeres en una posición de inferioridad o insuficientemente argumentada. Al rechazar el complejo de castración buscan “hacer justicia” y explicar en qué consisten las mujeres. Se centran en buscar qué es lo que la mujer posee específicamente. El debate influyó a su vez en los autores

que representaban la posición de Freud, que, como expuse en el epígrafe anterior, también trabajaron en este sentido. Es decir, el eje de la polémica que comenzó siendo el establecimiento de la diferencia de los sexos, pasó a ser la definición de lo que cada sexo posee específicamente.

En ese deseo de hacer justicia a las mujeres, si éstas están castradas o son envidiosas, tratan de buscar algo que los varones envidien o de distinguir cómo es la angustia típica de ellas. La sexualidad estaría configurada por la anatomía, ambos envidiarían o se angustiarían por cosas diferentes en función de sus órganos genitales. Si las mujeres envidian el pene, los hombres envidian la maternidad. Si la angustia de castración caracteriza al varón, la angustia por la destrucción del cuerpo sería la propia de la niña. Los autores de este grupo se centran en los más arcaicos miedos de niños y niñas, en la voraz envidia que ambos sienten frente a las deseables posesiones de la madre y frente a las gratificaciones libidinales que los padres se prodigan entre sí.

Klein habla o se centra más en la importancia del duelo y el deseo de reparar que en la angustia de castración. Casi todos terminaron por concluir que ya nacemos con una sexualidad y un objeto de deseo innatos, si bien modelados por la cultura y las experiencias psicológicas en el ámbito familiar. El deseo de un hijo es considerado como instintivo en la mujer, algo que se instituye ya antes de acceder a lo edípico, si bien las fantasías implicadas hacen que dicho deseo sea un foco de conflicto.

3.1. Melanie Klein: Existe un saber acerca de los órganos del cuerpo –vagina, pene- y de sus funciones, así como fantasías acerca del comercio sexual entre los padres. En la posición esquizo-paranoide, el bebé experimenta impulsos agresivos por las gratificaciones mutuas que los padres se proporcionan. Considera el deseo originario de un hijo en relación con la envidia y hostilidad sádica hacia la madre y vinculado al deseo libidinal y oral por el pene del padre contenido en el interior de la madre. Estos primeros impulsos generan un conjunto de fantasías y ansiedades esquizo-paranoides y la necesidad de defenderse de ellas. Las tendencias edípicas positivas y negativas interaccionan mutuamente y desde etapas muy tempranas, aunque alcancen su punto culminante en el estadio genital. Entiende la envidia de pene como secundaria a ese deseo libidinal y primario del mismo. En la posición depresiva, los deseos de reparar permiten superar las ansiedades esquizo-paranoides y depresivas, reconciliarse con el pene, el cuerpo materno y aceptar el propio cuerpo, la relación sexual y la maternidad.

El trabajo realizado con niños, gracias a la nueva técnica de juego muy pronto desarrollada por Melanie Klein (1921, pp. 19-63, 1932, pp. 133-406 y 1955, pp. 21-39), puso de relieve la función de la fantasía, las ansiedades, las defensas contra ellas y la importancia de

los primeros estadios de desarrollo del individuo. Su amplia experiencia de análisis con niños y las observaciones efectuadas durante el análisis de adultos condujeron a esta autora a aplicar sus puntos de vista concernientes a los primeros estadios de desarrollo del niño también a la psicología del adulto.

La preocupación fundamental de esta psicoanalista es abordar las ansiedades tempranas de niños y niñas, que se centran en el interior del cuerpo, y las defensas contra ellas (Klein, 1928, pp. 179-189 y 1945, pp. 303-347). En función de cómo niños y niñas se posicionan con respecto a estos temores, cómo manejen las fantasías, qué tipo de experiencias reales o fantaseadas tengan con los objetos, se facilitará el desarrollo del niño y la posibilidad de reparar o crear. Las primeras fantasías transmiten la impresión de un mundo, interno y externo, destruido, (quizá habría que decir un mundo no construido), sin orden alguno y amenazante (Klein, 1946, pp. 253-275). El cuerpo de la madre es vivido, con envidia, como la fuente de todos los bienes y el lugar donde se encuentran todos los tesoros. Pero también y en virtud de dicha envidia, de la hostilidad y de las fantasías retaliativas persecutorias, el cuerpo materno es sentido como un lugar temido y odiado. En la medida en que el odio y las tempranas fantasías persecutorias disminuyen, bajo el amparo de la relación tranquilizadora con los objetos externos reales, esto es, prioritariamente, con la madre y con las experiencias placenteras y protectoras, disminuye esta posición que Klein denomina “esquizo-paranoide” y es factible el acceso a una “posición depresiva”. Posición desde la que les es viable tanto a los niños como a las niñas integrarse e integrar los objetos. Es decir, acceder a un mundo menos dominado por la hostilidad y las

fantasías persecutorias. Se produce una disminución de las ansiedades esquizo-paranoides tempranas, una mayor tolerancia e integración de sus propios deseos y fantasías. Se genera un nuevo tipo de ansiedad depresiva, derivada de la asunción de su responsabilidad y de sus fantasías, y un ulterior y consecuente deseo de reparar (Klein, 1934, pp.253-278). El deseo de un hijo acompañaría todo este proceso e iría adquiriendo significados distintos. Tendría que ver con los deseos libidinales que acompañan su desarrollo y finalmente se relacionaría con la posibilidad de reparar al otro y a uno mismo.

Voy a detenerme, pues, en aquellos aspectos que tan sucintamente he introducido pero que considero imprescindibles si se quiere comprender de dónde y cómo surge el deseo de un hijo para esta autora. En primer lugar, es imprescindible afrontar la importancia que tiene para Melanie Klein, y su grupo, el concepto de fantasía. En segundo lugar, trataré de exponer cuáles son las angustias o miedos más profundos que afectan a niños y niñas y determinan dos posiciones psíquicas, la esquizo-paranoide y la depresiva. En virtud de estas dos posiciones las relaciones que se establecen con los objetos externos, con los padres y con la realidad son diferentes. En tercer lugar, abordaré dónde ubica Melanie Klein el complejo de Edipo y la cuestión de la diferencia sexual. Por último, concluiré qué relación guarda todo este proceso con el deseo de un hijo.

3.1.1. Definición y función de la fantasía:

Esta autora considera la fantasía inconsciente como el centro de la vida psíquica. Toda pulsión sabe acerca del objeto adecuado a su satisfacción y se expresa a través de una fantasía innata. Este conocimiento inherente a las sensaciones corporales, ayuda a crear fantasías –inicialmente preverbales- acerca de la existencia del pecho, la vagina, el útero, el pene, las relaciones sexuales, etc. Las fantasías inconscientes, a su vez, son representaciones psíquicas de procesos mentales y se viven como omnipotentes. La actividad fantasiosa no se diferencia de la actividad real. Están presentes en las primerísimas relaciones con los objetos e intervienen, también, como mecanismos defensivos. Además de ser funciones del yo, contribuyen a la estructuración del mismo

Hinshelwood (1992, p. 17) en el “*Diccionario del pensamiento kleiniano*” sitúa el término “fantasía” como la segunda entrada principal, tras la de “técnica”, en razón de la importancia del concepto y del orden cronológico de aparición en la teoría de Melanie Klein.

Desde el comienzo de su actividad profesional como psicoanalista esta autora toma en cuenta la idea de la fantasía como actividad inconsciente. Al interesarse por el contenido de la angustia fue inevitable que situara las fantasías del juego en el primer plano.

Pero, además, dos factores hacen que Melanie Klein descubra la importancia de las fantasías inconscientes:

1) La extraordinaria propensión de los niños a producir fantasías en sus juegos y las inquietudes y ansiedades que les llevaba a construir teorías sexuales acerca de las relaciones entre sus propios órganos y los de sus padres.

2) El comprobar los extraordinarios efectos de la interpretación sobre la producción de fantasías.

Basándose en una nueva técnica Klein se enfrenta a una profusa producción de fantasías que aparecían una vez removida la inhibición. Ya en sus primeras obras *“El desarrollo de un niño”* (1921) y *“Una contribución a la psicogénesis de los tics”* (1925) defiende la idea de la fantasía como actividad inconsciente y la presencia de éstas en cada proceso mental. Klein (1925, pp. 107-125) demuestra cómo en el caso de la producción de un simple tic, prototipo de un impulso sin objetos, operan fantasías básicas en el inconsciente de la psique infantil. Descubre fantasías en que se hace algo a los objetos, o en que se le hacen cosas al sujeto pasivo. Melanie Klein sostiene que las fantasías no sólo se producen en las fases pregenitales, sino desde el nacimiento mismo. Señala que además de tener fantasías orales y anales, esto es pregenitales, también las tienen acerca del comercio sexual y del embarazo (Klein, 1923, pp. 65-79 y 1927, p. 167).

Para Melanie Klein⁴¹ la fantasía inconsciente es la expresión mental de las pulsiones y existen, por tanto, desde el comienzo de la vida. En el aparato mental se vivencia la pulsión vinculada con la fantasía de un objeto adecuado a él. De modo que para cada pulsión hay una fantasía correspondiente. Además estas fantasías pregenitales expresan impulsos sádicos horrorosos (orales o anales) que provienen de fuentes pregenitales y de la pulsión de muerte (Klein, 1927, pp. 165-178; 1948, pp. 235-251 y 1952, pp. 177-207).

Isaacs (1974, pp. 84-85), autora que formula más claramente el concepto kleiniano de fantasía inconsciente la define como “*contenido mental inconsciente*” o “*la expresión mental del instinto. La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico del instinto. No hay impulso, ni necesidad instintiva en respuesta que no sea vivida como fantasía inconsciente*”. En tanto que es la representación psíquica de los impulsos instintivos, constituye el fenómeno psicológico que está más cerca de la naturaleza biológica del ser humano. En las primeras épocas de la vida existen un gran número de fantasías primarias inconscientes e innatas que incluyen, por ejemplo, un saber sobre el pezón y la boca de los que el recién nacido tiene una concepción innata o un saber innato. Susan Isaacs (1974, pp. 86-95) analiza cómo los diversos instintos dan origen a fantasías de

⁴¹ Melanie Klein describe las fantasías observadas en la clínica con los niños y siguiendo muchos de sus casos clínicos se podría deducir el concepto de fantasía inconsciente. Ahora bien, para la exposición de la importancia del concepto de fantasía en Melanie Klein he seguido las obras de Susan Isaacs (1974) y Hanna Segal (1977) miembros del Grupo Kleiniano. Autoras que asumieron la tarea de definir, resumir y defender los conceptos kleinianos e introducir el rigor en los grandes debates que se establecieron entre la escuela de Londres y la de Viena. No en vano, ambas autoras están incluidas en las Obras Completas de Melanie Klein, editadas por Paidós.

objetos y relaciones activas con éstos. Las concepciones primitivas de los objetos se basan en las sensaciones corporales que intervienen en los instintos. Es decir, un saber somático inherente a las sensaciones físicas. Esto es, el recién nacido ha de tener cierta representación mental del pecho, de la existencia de un objeto hacia el cual volverse y del cual mamar. No se trataría sólo de un reflejo. Sino que habría un saber inherente a los impulsos corporales, o como dice Segal (1977, p. 20) los instintos serían buscadores de objetos y crear fantasías sería una función del yo⁴².

Por otra parte, habría en el recién nacido una capacidad innata para distinguir algo motivado con miras al bien (objetos buenos) de algo motivado con miras al mal (objetos malos). Es decir, por un lado, estas fantasías están ligadas a un “saber innato”, instintivo, pero también son el contenido primario de procesos mentales inconscientes. No se trata sólo de la representación mental de algo biológico, del instinto, sino que son representaciones psíquicas de procesos mentales. Así, Isaacs (1974, p. 86-90) defiende que dichas fantasías primarias son expresión de las pulsiones, deseos o sentimientos que dominan la mente del recién nacido en las primeras épocas de la vida. Tienen un carácter omnipotente de modo que el deseo es confundido con el acto.

⁴² Baranger en su obra *“Posición y objeto en la obra de Melanie Klein”* (1971, pp. 102-110) advierte de la contradicción y circularidad existente entre una concepción de las fantasías como innatas, expresión del instinto y la consideración de éstas como creaciones o productos del Yo. ¿Si son innatas quiere decir que remiten al cuerpo y a los instintos y que pre-existen al Yo? Y si son una función del Yo, ¿cómo pueden pre-existirle? Además, ¿de qué cuerpo hablamos?, ¿de un cuerpo anatómico exclusivamente o de un cuerpo construido y vivenciado por las fantasías?

Por otra parte, considero que para Klein existe la adecuación del objeto a la pulsión. El recién nacido sabe, por instinto, de la existencia de un objeto. O si se quiere, el instinto sabe. Hay un saber innato y hay un objeto que se adapta a dicha pulsión.

El deseo y el impulso, sea de amor o de odio, libidinal o destructivo, tienden a sentirse como satisfaciéndose realmente.

Estas fantasías primarias, representativas de los primeros impulsos, se expresan y manejan con procesos mentales muy alejados de las palabras y del pensamiento consciente relacional, están manejadas por la lógica de la emoción. Sin embargo, están activas mucho antes de que aparezca el lenguaje. En un principio están más guiadas por una simbolización pre-verbal, corporal o en imágenes. Es decir, antes de que pueda ser expresados con lenguajes, existen significados que se reflejarían, por ejemplo en los síntomas de conversión somática y ulteriormente en las primeras manifestaciones lingüísticas (Isaacs, 1974, pp. 90-92). Sin embargo, las fantasías no se originan en el conocimiento articulado del mundo exterior, son anteriores, es decir inherentes a los impulsos corporales.

Estas capacidades cognitivas innatas inherentes a las sensaciones corporales, ayudan a crear las fantasías a cerca de la existencia de la vagina, el útero, las relaciones sexuales, etc. Así, Melanie Klein dice:

“El niño muy pequeño, que en apariencia no sabe nada sobre cómo nacen los niños, tiene un “saber” muy distinto sobre el hecho de que los niños crecen en el útero. Gran odio es dirigido contra este niño en el útero de la madre por motivos de celos, y como típico de las fantasías del niño durante un embarazo de la madre, encontramos deseos de mutilar el útero de la madre y deshacer al niño que está allí mordiéndolo y cortándolo” (1927, p. 167).

Entiendo que Klein se está refiriendo a una “construcción” teórica muy primaria, a un fantaseo simbólico que tendría lugar muy tempranamente, a unas primerísimas representaciones mentales casi no expresables con lenguaje, aunque ella utilice el lenguaje para expresarlo⁴³.

En el desarrollo mental del niño, las fantasías no tardan en convertirse también en un medio de defensa contra las ansiedades, un medio de inhibir y controlar las pulsiones y, posteriormente, para favorecer los deseos de reparar (Isaacs, 1974, p. 86). El recién nacido se ve asediado por fantasías por las que teme ser dañado y en consecuencia intenta evitar ese daño y esa situación recurriendo a

⁴³ Klein (1930, p. 209-11 y 1931, p. 232) explica que estas fantasías expresadas a través de los juegos, constituyen una simbolización. Desde los estadios más tempranos, el bebé empieza a buscar símbolos para aliviarse de las experiencias penosas. Las fantasías ayudan a buscar relaciones nuevas, exentas de conflictos y objetos sustitutivos (símbolos). Debido a que estos conflictos continúan y afectan a estas nuevas relaciones y objetos sustitutivos, llegado el caso promueve nuevas sustituciones. La sustitución sería equivalente al proceso de desplazamiento que estaría en la base de la simbolización. Las fantasías, los símbolos, son el primer recurso del yo para afrontar y defenderse de la angustia. ¿De qué depende que la sustitución sea exitosa –logre aliviar la angustia- o se desplace eternamente sobre los objetos sustitutivos? Hinshelwood (1992, p. 399-400) señala la diferencia entre “ecuación simbólica” para ese mero desplazamiento frente a “representación simbólica” en la que el objeto representado es sustituido por un símbolo con características diferentes de lo simbolizado. El acceso a la posición depresiva permite esa significativa sustitución que es clave para entender la diferencia entre psicosis y neurosis. Sin embargo, aunque es trascendental, entiendo que no constituye un elemento definitivo ni estructural para Klein.

Por otra parte Hinshelwood (1992, pp. 543 y 406-07) señala cómo este saber innato proveniente de datos sensoriales se convertirá en funciones mentales utilizables que Bion (1962) va a estudiar. Denominará a este saber utilizable y simbolizable “función alfa”, es decir función consistente en elaborar de datos sensoriales fantasías inconscientes. Bion llama pre-concepción a este saber innato, que está disponible en el comienzo para “aparearse” con una realización de ese objeto. El resultado de ese apareamiento, sería una concepción. La cualidad de tener significado para Bion es una dotación innata que requiere ser elaborada poco a poco en conexión con el mundo de los objetos externos. Bion sitúa ese pasaje de lo sensorial a lo mental también en la posición depresiva descrita por Klein.

fantasías defensivas. Así, en la posición esquizo-paranoide predominan fantasías de externalización o proyección de lo que se vive como objeto malo y la internalización o introyección del objeto vivido como bueno. De modo que, aunque por un lado Klein entiende que hay un yo capaz de producir fantasías muy precozmente, también defiende

“Que el yo temprano carece de cohesión y que una tendencia hacia la integración alterna con una tendencia a desintegrarse, a hacerse pedazos”. (Klein, 1946, p. 256).

Es decir, se produce una escisión dentro del propio yo, derivada de las fantasías y de las defensas como la introyección y de la proyección, que tiene como finalidad protegerse de las ansiedades persecutorias. Ansiedades tempranísimas, derivadas de la pulsión de muerte. Melanie Klein (1946, p. 256) dice:

“La ansiedad surge de la actuación del instinto de muerte dentro del organismo, es sentida como temor a la aniquilación (muerte) y toma la forma de temor a la persecución. El temor al impulso destructivo parece ligarse inmediatamente a un objeto, o mejor dicho es vivenciado como temor a un abrumador objeto incontrolable (...)”

Menciona también otras fuentes de dichas ansiedades persecutorias como el trauma del nacimiento y las frustraciones de las necesidades corporales⁴⁴. Considera que estas experiencias se sienten como provocadas por los objetos pero que

⁴⁴ Quizá la cuestión no sea el trauma del nacimiento, por el riesgo físico y las sensaciones respiratorias que conlleva, ni las frustraciones de las necesidades corporales, sino la introducción de la pulsión por parte del adulto, que hace que el bebé se encuentre sin recursos para afrontar lo sexual introducido a través de la satisfacción de la necesidad. La seducción originaria provocada por los cuidados

“Aunque estos objetos sean sentidos como externos, se transforman, por introyección, en perseguidores internos, reforzando así el temor a los impulsos destructivos internos” (Klein, 1946, p. 257).

Pero también los objetos, desde esta posición infantil temprana, están escindidos, es decir, se viven como buenos o malos.

Ahora bien, estas fantasías defensivas, y los mecanismos de la introyección y proyección, están íntimamente relacionados con procesos orgánicos (de incorporación, asimilación y expulsión) y tienen por resultado la adquisición de nuevas habilidades, de atributos y el establecimiento de las fronteras del yo.

En síntesis, para Melanie Klein las fantasías, están en la base de cada proceso mental y acompañan toda actividad psíquica. El mundo inicial del niño es pura fantasmagoría. Tiene un saber endógeno acerca de los objetos que satisfacen los impulsos. Pero, ante sus ojos, leche, excrementos, bebés, órganos –pechos, pene, útero-, las cosas animadas e inanimadas son equivalentes entre sí y son generadoras de angustia y celos. Desde muy temprano, ya en el período pregenital, el niño tiene fantasías acerca de las relaciones sexuales entre sus padres, sobre el pene, vagina y útero y fantasías relativas al embarazo de la madre. Crear fantasías y símbolos es una función del yo, dichas fantasías inconscientes se generan tempranamente, están en íntima conexión con los

maternos o paternos que defienden Laplanche (1980, pp. 69-70) y Bleichmar (1993 pp. 31-44).

instintos, ejercen una función defensiva e influyen en el desarrollo del yo. Las fantasías sirven para buscar objetos sustitutivos con los que establecer relaciones menos angustiantes, provocando meros desplazamientos de la angustia de un objeto a otros mediante ecuaciones simbólicas. Sólo la superación de la posición depresiva permite que estas sustituciones simbólicas puedan ser exitosas. Esto quiere decir que considera que hay un yo más organizado que el que defiende Freud (1914, p. 74), capaz de generar todo un complejo mundo fantasmático en relación con sus experiencias corporales y con sus primeros objetos, pero también las fronteras de ese yo no están claramente delimitadas, ni el yo integrado.

De este yo temprano, capaz de producir fantasías y de defenderse de las fantasías mediante la disociación, o del ulterior yo más integrado voy a hablar a continuación.

3.1.2. Las ansiedades tempranas en relación con la posición esquizo-paranoide: El nacimiento, la angustia por la relación con los objetos parciales primigenios y la pulsión de muerte, constituyen el principal motor de desarrollo del yo. Este se ve obligado a producir fantasías y mecanismos defensivos para protegerse de estos temores terroríficos. Pero en este

intento el yo se escinde, se proyecta y se confunde con los objetos, sintiéndose a su vez perseguido por éstos, a los que a su vez disocia. Se establece una dinámica en la que el yo y el objeto difícilmente se discriminan como totales y diferenciados. Fantasía y realidad, el yo y no-yo, el sujeto y el objeto no pueden distinguirse

Klein entiende que existe un yo⁴⁵ al nacer, capaz de producir fantasías y mecanismos defensivos específicos frente a las ansiedades. Un yo inicial que carece de cohesión en gran medida, pero que dispone de una tendencia a la integración que alterna con otra hacia la desintegración y el despedazamiento (1946, pp. 256-257). El yo lucha por mantener la propia integridad frente a las angustias experimentadas en el curso de su relación con los objetos. La percepción de éstos, a su vez, también está coloreada por las pulsiones, por sus fantasías y por las defensas frente a estas fantasías. De modo que ese yo inestable inicial, para defenderse del trauma del nacimiento y de la pulsión de muerte vivida como temor a la aniquilación, se escinde⁴⁶. Proyecta hacia fuera esa tendencia destructiva, la cual se liga al objeto externo primario, el pecho de la madre. Este impulso destructivo, proyectado

⁴⁵ Hinshelwood (1992, p. 574) considera que Klein utiliza casi como sinónimos los términos “yo”, “self” y “sujeto”. El self se referiría a las fantasías del sujeto sobre sí mismo, el “yo” a una parte de la estructura de la psique, pero también se entiende como la experiencia que se tiene de sí mismo. Self sería el aspecto relacional, igual que “sujeto”. Pero, no obstante, los tres términos son utilizados indistintamente en los escritos de esta autora.

⁴⁶ Como señala Baranger (1971, pp. 156-65) la angustia es para Melanie Klein el estímulo básico del desarrollo del yo, tanto patológico como normal.

hacia fuera, es experimentado como agresión oral; genera impulsos sádico-orales contra el pecho de la madre. Como consecuencia de estos impulsos hostiles aparece el temor a haber destruido el objeto y, consecuentemente, también el miedo a que, en venganza, el objeto sea ahora destructor, perseguidor. Las inevitables frustraciones orales refuerzan estos impulsos sádico-orales, de modo que el recién nacido siente que ha incorporado un objeto, pezón y pecho, roto en pedazos (1946, pp. 256-57). No obstante, las experiencias buenas, satisfactorias se asocian a la existencia de un objeto gratificador que contrarresta los procesos de escisión y contribuye a la cohesión. Son un factor de construcción del yo. Sin embargo, todas estas experiencias y procesos, las gratificantes-benévolas y las frustrantes-agresivas, la proyección y la introyección, la integración y la escisión, conviven. El recién nacido tiene la sensación de tener dentro un pecho bueno y completo, tranquilizador, pero también puede sentir que tiene un objeto interno hecho pedazos, atacante, que le destruye. Es decir, el yo lleva a cabo una escisión de sí mismo (sentirse destruido o protegerse en la disociación) y a su vez es capaz de escindir al objeto, tanto a los internos como a los objetos externos, en buenos y malos, benévolos y protectores o frustrantes y perseguidores (Klein, 1946, pp. 257-58). En este proceso intervienen la introyección y proyección como mecanismos defensivos muy precoces contra las tempranas ansiedades infantiles. Melanie Klein en su obra *“Notas sobre algunos mecanismos esquizoide”* (1946, pp. 253-275) define esta situación propia de los primeros meses de la vida como “posición esquizo-paranoide” (p. 273). Entiende que se trata de una posición⁴⁷ normal, siempre y cuando las

⁴⁷ El término “posición” ocupa un lugar preponderante en el pensamiento kleiniano expresa algo más que un momento evolutivo. Implica una serie de vínculos con los objetos primigenios y de identificaciones, de sentimientos y angustias, así como de

ansiedades propias de este estado temprano de la psique no sean tan severas que dificulten el proceso de integración y el ulterior desarrollo infantil. En concreto podrían afectar al acceso a otra posición “la depresiva”.

El niño parte de un universo totalmente fantástico y llega, a través de un difícil proceso, caracterizado por dos posiciones típicas, la primera de ellas esquizo-paranoide, a una percepción más adecuada de su mundo y a una valoración más justa de las personas que lo rodean. La angustia del yo, provocada por el nacimiento y por la pulsión de muerte, pone en marcha mecanismos, en un momento de máxima expresión del sadismo, para destruir aquellos órganos –pecho, pene, vagina- que valen como objetos, que se sustituyen como equivalentes en un primitivo desplazamiento simbólico, y que le generan también angustia. La tarea principal del yo es dominar esa angustia temprana. Esta función de dominar la angustia constituye el motor de desarrollo del yo, pero, como vemos, no es la angustia edípica de castración, sino una angustia previa, relacionada con el parto, las inevitables frustraciones orales y la pulsión de muerte. Una angustia, incrementada por el fácil desplazamiento y sustitución de unos

defensas frente a éstas. Involucra a la totalidad de la vida psíquica, a la propia constitución del Yo y a la posibilidad de discriminar un mundo interno de uno externo. Esta autora describe dos posiciones, que si bien se explican desde una concepción evolutiva, esta evolución no está exenta de fluctuaciones, vacilaciones, detenciones y regresiones. De modo que las dos posiciones básicas que define Klein no se dan en estado puro, ni están nítidamente separadas y se influyen mutuamente. Por tanto, como señala Baranger (1971, pp. 11-52), esta concepción evolutiva tampoco pueden verse bajo una perspectiva causal unidireccional.

objetos por otros, que despierta mecanismos típicos de esta posición esquizo-paranoide. Una angustia que remite no sólo al objeto, sino que también afecta a la desintegración del yo.

Entiendo que en este momento evolutivo infantil no cabe hablar de deseos del niño puesto que éste no es capaz de discernir entre un yo propio, un sujeto y un objeto. Para referirnos al hecho de “desear” es necesario, como mínimo, distinguir el sujeto –como objeto total e integrado- que desea del objeto deseado.

3.1.3. La posición depresiva y los deseos de reparar:

El acceso a esta nueva posición, eje de todo el desarrollo infantil, es un paso madurativo capital para la unificación y estructuración tanto del yo como del objeto, en el que incide el monto de envidia innata. La mezcla y confluencia del amor y el odio dan origen a sentimientos depresivos y a sentimientos de culpa desde un yo más desarrollado e integrado. Esta posición constituye el momento clave en que el sujeto y el objeto se perciben como totales y separados, y en el que aparecen deseos de reparar y cuidar realmente al objeto. Es entonces cuando se puede hablar con propiedad de un sujeto que desea

Si la posición esquizo-paranoide se caracteriza por la escisión y dispersión del sujeto y del objeto, en buenos y malos, idealizados o perseguidores, la posición depresiva se distingue por la integración, constitución y diferenciación del sujeto y del objeto. La confluencia del odio y el amor hacia el objeto da origen a una profunda tristeza o angustia depresiva. Este penar expresa la forma primera y más angustiada de culpa debida a los sentimientos ambivalentes del yo hacia el objeto. El bebé, en torno a los cuatro a seis meses, alcanza suficiente madurez física y emocional para integrar las percepciones fragmentadas de los primeros objetos, de la madre, reunir las versiones buenas y malas que antes había experimentado como separadas. Cuando estos objetos-partes se conjugan en un todo, amenazan formar un todo dañado. Se genera una angustia depresiva. Sin embargo esta angustia depresiva es un elemento decisivo para poder entrar en relaciones maduras. Es la fuente de sentimientos generosos y altruistas dedicados al bienestar del objeto. Melanie Klein (1934, pp. 253-278) define este estado como “posición depresiva” en su obra *“Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”*. Para Klein esta posición infantil es central para el desarrollo. Entiende que la evolución normal del individuo y de su capacidad de amor se basa en el grado en el cual el yo temprano logre elaborar y superar esos mecanismos de fuga de la posición esquizo-paranoide. Dicho progreso depende de la habilidad del yo para modificar sus situaciones de angustia precoces, de sus mecanismos primitivos y de la capacidad para desarrollar nuevos mecanismos de defensa. Estado que lleva al yo a una confianza mayor y más estable en la bondad de sus objetos (internalizados y reales) y simultáneamente a una mayor independencia de éstos (1934, p. 278).

Esta posición depresiva se caracteriza por la reunión de los objetos-partes en objetos totales. El infante establece una nueva forma de vinculación con los objetos. Se pasa de la relación de objeto parcial a la relación de objeto total. Para Klein (1934, p. 256) este cambio supone que el yo llega a una nueva posición que forma los cimientos de lo que denomina “pérdida del objeto amado”. Sólo después que el objeto haya sido amado como un todo su pérdida puede ser vivida como total. Se esbozan impulsos amorosos hacia el objeto, remordimiento y deseos de cuidarlo. El objeto se admite como teniendo cualidades “buenas” y “malas”. Con este cambio en la relación con el objeto hacen su aparición nuevos contenidos de ansiedad y se produce una modificación en los mecanismos defensivos.

La posición depresiva representa un paso evolutivo. El niño puede identificarse con el objeto bueno, con lo cual sus impulsos libidinales aumentan y se refuerza la introyección. También influye en esa identificación con el objeto bueno la fantasía de que este objeto puede ser conservado a salvo dentro del sujeto. Ahora bien, no es fácil conseguir darse cuenta de que puede proteger al objeto y preservarlo de sus propios objetos internalizados perseguidores, de sus propias fantasías sádicas, de sus propios deseos destructivos. El yo no abandona rápidamente sus primeros mecanismos esquizo-paranoides ni sus primeras fantasías. En la medida en que crece la confianza en el objeto bueno, en que éste puede ser introyectado, en que disminuye el deseo de destruir y, sobre todo, en la medida en que el yo se siente impelido a reparar al objeto anteriormente dañado, a compensarle por

los ataques sádicos que previamente le dirigió, podrá confiar en su propia capacidad de reparación y podrá evolucionar hacia un mayor reconocimiento de la realidad psíquica (Klein, 1934, pp. 257-58).

Este proceso lleva un tiempo, ya que se establece una especie de lucha entre sus objetos internos y sus objetos externos que pone en peligro la confianza recién adquirida en el objeto bueno y despierta fácilmente la tendencia a escindir el yo, a dudar de su capacidad y de su poder frente a los objetos perseguidores. Las fantasías acerca de lo que sucede entre los objetos externos o internos son vividas como fuentes de peligro tanto para el objeto bueno como para el yo. Y aunque, en esta nueva posición, los objetos buenos y malos están más claramente diferenciados y el odio del niño está más enfocado hacia estos últimos. Todo estímulo externo o interno, por ejemplo, toda frustración real, puede revitalizar esos peligros.

¿A qué se debe el paso de la posición esquizo-paranoide a la depresiva? ¿Es una cuestión que responda a una mayor madurez fisiológica y vivencial? ¿Interviene el tipo de relación real que se establezca con la madre, esto es las privaciones y frustraciones orales, anales, etc.? Aunque todo ello incide, Klein en “*Envidia y gratitud*” (1957, pp. 21-40 y 77-78) subraya la envidia primaria hacia el objeto bueno como un factor decisivo para explicar la voracidad y las ansiedades persecutorias. Envidia proveniente de la fantasía de un pecho inagotable y sus posteriores manifestaciones edípicas. La envidia excesiva, y no sólo las experiencias frustrantes, se considera la causa de la exagerada disgregación o clivaje del objeto y del yo. Su

inverso, la gratitud, constituye la posibilidad de la elaboración favorable de la posición depresiva.

Ahora bien, el acceso a la posición depresiva, integradora de los objetos y del propio yo, no está exenta de una profunda angustia derivada precisamente de esa integración. Los objetos no son absolutamente buenos también son malos. Dejan de estar idealizados, son objetos con defectos, son objetos totales⁴⁸.

Así, por ejemplo, el niño odia a su madre amada, que le frustra pero también le gratifica con sus envidiables bienes, lo cuida y ama. La mayor integración del yo conduce al dolor por el daño causado, a un abrumador sentimiento de culpa, de penar por la pérdida del objeto no sólo frustrante y malo, sino también bondadoso y protector, esto es, del objeto total. Al penar, también, por la pérdida del objeto edípico. Además del sentido de culpabilidad, aparece remordimiento y un compromiso por conservarlo intacto. Estas emociones son para Klein (1934, pp. 259-261) elementos fundamentales de los sentimientos de amor. Es decir, se produce un dolor expresivo de la culpa y responsabilidad por dicha pérdida, pero también la sensación de que no todo está perdido. Emerge una esperanza manifestada en la posibilidad de enmendar. Este deseo de reparar supone el desarrollo del afán de amar, cuidar y sacrificarse por el objeto total, para ser amado por él. Supone, además, la posibilidad de salir de la posición depresiva. E implica, también, la oportunidad de repararse a sí mismo, es decir, de cuidar su estado interno. Melanie Klein en *“El duelo y su relación con*

⁴⁸ Se podría decir, en una posterior terminología lacaniana, que el objeto total es el objeto castrado.

los estados maníaco-depresivos” reconoce diversas formas de reparación. Una reparación maníaca, una reparación obsesiva y una reparación basada en el amor y el respeto hacia el objeto, de la que se deriva la posibilidad de crear (1940, 284-301).

El trabajo de la posición depresiva es realizar una labor de duelo comparable al duelo del adulto. Melanie Klein (1940, pp. 279-281) dice que el objeto del duelo es el pecho de la madre (todo lo que el pecho y la leche han llegado a ser en la mente del niño: amor, bondad y seguridad). El niño siente que ha perdido todo esto como resultado de su voracidad y de sus propias fantasías e impulsos destructivos contra ese pecho materno⁴⁹.

En síntesis, Melanie Klein, desde una perspectiva evolucionista y madurativa –si bien vacilante y no exenta de detenciones- entiende que llega un momento en que el bebé percibe a su madre como persona total (corporalmente completa) y su relación con ella se unifica estableciendo una relación de objeto total (de amor y odio). La unificación de la madre hace aparecer nuevos contenidos angustiosos y nuevas defensas. En la medida en que el objeto está integrado su pérdida es vivida como total. La síntesis entre los aspectos amados y odiados –esto es, los aspectos gratificantes y

⁴⁹ Evidentemente la pérdida del pecho en la etapa oral no es la única privación que se produce, como tampoco es el único objeto con el que el bebé entabla relación. En su evolución libidinal intervienen también la etapa anal y uretral con sus respectivas fantasías sádicas, sus peculiares relaciones objetales y las subsiguientes pérdidas. Como consecuencia de la situación edípica que Klein (1945, p. 303) sitúa en una fase precoz, también se van a ir añadiendo otras pérdidas.

frustrantes- del objeto completo y la gratitud despiertan sentimientos de duelo y culpa que indican progresos en la vida emocional e intelectual del bebé. De una angustia frente al objeto se pasa hacia una angustia, un penar por el objeto. Ahora bien, la aparición de este nuevo tipo de angustia depresiva es correlativa a profundas modificaciones también en el yo, y en los mecanismos defensivos. Al tiempo que disminuyen los procesos de fragmentación, aparecen hondos sentimientos de culpa y deseos de reparar al objeto dañado. El yo se hace más capaz de recuperar sus partes proyectadas y de discriminar las cualidades del mundo externo, la naturaleza real de los objetos de su ambiente, de discriminar el mundo externo de su mundo interno.

Con el acceso a la posición depresiva y la aparición de deseos de reparar, emocional e intelectualmente se produce un cambio. Como señalé el niño es capaz de establecer “representaciones simbólicas”. De transformar la ecuación simbólica en un símbolo verdadero, de reemplazar los objetos primarios por símbolos, de explorar objetos nuevos, discriminar la realidad externa de la interna y, en suma, asimilar ciertos aspectos de esa realidad y contribuir a elaborar las ansiedades.

Hay que tener en cuenta, además, que no sólo influyen las experiencias orales, también intervienen las anales, uretrales y genitales. Y por otro lado, considerar que el establecimiento del objeto completo y separado del niño,

propio de la posición depresiva, es simultáneo al complejo de Edipo temprano, dado que es ahora posible discernir la relación de la madre con terceros y especialmente con el padre. El niño y la niña empiezan a tener deseos que entran en colisión con un tercero, activando a su vez nuevas fantasías y defensas arcaicas. De este complejo de Edipo y las ansiedades con él relacionadas voy a hablar a continuación. Pero antes, no quiero dejar de mencionar el énfasis que Melanie Klein da a la envidia oral, instintiva e innata, como factor que entorpece el acceso a la posición depresiva y la trascendencia de los deseos de reparar. Este momento y el tipo de reparación, más que el complejo de Edipo o la castración genital, constituyen los elementos clave y estructurales que permite diferenciar la normalidad de la patología; momento en que se constituye el sujeto como entidad diferenciada del objeto. Como ya dije en el epígrafe anterior, sólo es posible desear si se percibe y admite al objeto como separado. La envidia primigenia de carácter oral, a la que luego se adhiere la envidia de pene, es un elemento importante para entender la construcción del sujeto según Klein.

3.1.4. El complejo de Edipo y las ansiedades tempranas: Klein sitúa el complejo de Edipo en una etapa mucho más precoz que Freud. En esta etapa las pulsiones pregenitales y las ansiedades que les acompañan son comunes

en niños y niñas y guardan relación con las reacciones de ambos frente a la escena primaria y con la envidia y destructividad hacia el cuerpo materno. Este Edipo temprano no está exento de componentes genitales, puesto que los niños y niñas saben de la existencia del pene y de la vagina.

Si me detuve en el sentido que tienen las fantasías es porque Melanie Klein entiende que son el vehículo de expresión de las ansiedades tempranas infantiles. Muy pronto, como ya dije, se despertó el interés de esta autora por comprender el sentido de la angustia y la necesidad de encontrar una técnica que permita el acceso a ese mundo infantil. Así, en su obra *“La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado”* de 1955 expresa:

“Me desvié de algunas de las reglas establecidas hasta entonces, pues interpreté lo que pareció más urgente en el material que el niño me presentaba y mi interés se focalizó en sus ansiedades y defensas contra ellas” (Klein, 1955, p. 22).

He hablado de las ansiedades esquizo-paranoides y depresivas, ahora voy a tratar de dilucidar cuáles son, para esta autora, las ansiedades en relación con el complejo de Edipo, diferenciando la situación para el varón y para la niña. Ahora bien, como ya anticipé, Klein sitúa el complejo de Edipo en una etapa mucho más precoz que Freud. Y lo relaciona con la posición depresiva que acabo de exponer.

Describiré, en primer lugar, lo que constituyen aspectos comunes en el desarrollo libidinal de niños y niñas para después señalar los puntos en que difieren.

En “*Los estadios tempranos del conflicto edípico*” (1928, pp. 179-189), “*El psicoanálisis de niños*” (1932, pp. 125-402) y “*El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas*” (1945, pp. 303-347) Melanie Klein muestra las fantasías infantiles tempranas relacionadas con los padres. Tomando como base su enorme experiencia con niños y las pruebas clínicas derivadas, sustenta la tesis de que el complejo de Edipo surge antes de la fase genital⁵⁰. Señala una serie de rasgos comunes en niños y niñas, como son los componentes pregenitales orales y anales en relación con fantasías edípicas. Ambos poseen pulsiones pregenitales hacia los padres y saben del comercio sexual entre ellos. Sus juegos se relacionan con ideas, fantasías y angustias conectadas con la escena primaria. Estas fantasías se basan en las interpretaciones de sus propias necesidades orales y sádicas y su frustración. Los niños pequeños conciben el coito entre sus padres como intercambiándose objetos placenteros y proporcionándose placeres mutuos. Como en este momento su relación con la madre y el mundo exterior es principalmente a través de la boca, todas sus ideas se expresan en un plano oral. Creen que la madre alimenta al padre con los senos y que él, a su vez, la alimenta con el pene, -órgano parecido o concebido como un pecho más generoso que

⁵⁰ También el Superyo kleiniano guarda una estrecha relación con el complejo de Edipo, pero es ubicado, como este último, en una etapa mucho más temprana. Se trata de un Superyo tiránico y arcaico en sus formas de expresión (Klein, 1932, pp.251-74), pero constituido por la internalización de aspectos maternos y paternos. Este Superyo suaviza su severidad y sadismo inicial hasta lograr la integración de sus aspectos más contradictorios, como efecto de la elaboración de la posición depresiva.

el de su madre-, llenándola de penes, hijos y leche. Desarrollan la fantasía de la figura parental combinada (1932, p. 259), referida a las infinitas gratificaciones que se proporcionan los padres entre sí en un intercambio permanente de pene y de pechos⁵¹. Bajo la presión de su propia frustración reaccionan a esta fantasía con una profunda envidia y odio hacia sus padres, hacia los objetos que intercambian, o hacia el cuerpo mismo. Se desarrollan deseos de muerte hacia ambos padres, o hacia esa figura combinada. Para ello utilizan los recursos agresivos de que disponen sus tendencias sádicas orales, anales, uretrales y genitales. (Klein, 1932, pp. 256-260 y 1945, pp. 336-338). En *“Desarrollo temprano de la conciencia en el niño”* (1933, pp. 244-45) Melanie Klein señala cómo el niño confunde sus ataques imaginarios con ataques reales dado que está convencido de la omnipotencia de sus pensamientos. Estas tendencias sádicas y las fantasías agresivas sobre el comercio sexual de los padres, además de dificultar el desarrollo libidinal de los niños y niñas suscitan enormes montos de ansiedades paranoicas y de defensas frente a ellas (Klein, 1932, pp. 267-274), que describí al hablar de la posición esquizo-paranoide. Como consecuencia, se produce una fijación exagerada en estos estadios libidinales que dificulta el desarrollo edípico y la organización genital no puede establecerse firmemente (1945, p. 336).

Para Melanie Klein (1945, pp. 310-12 y 324) no se puede diferenciar claramente el complejo de Edipo temprano del posterior,

⁵¹ Para Melanie Klein (1945, p. 338) los niños como las niñas tienen un conocimiento inconsciente referente tanto a la existencia del pene como de la vagina. El niño varón parte de sus sensaciones genitales para atribuir al padre la posesión de un pene, que el niño desea siguiendo la ecuación pecho=pene. Al mismo tiempo, sus sensaciones genitales e impulsos también implican la búsqueda de una apertura en la cual introducir el pene. De modo similar, las sensaciones genitales de la niña preparan el deseo de recibir el pene del padre en su vagina.

puesto que las pulsiones pregenitales y las genitales se mezclan, se influyen y se modifican entre sí.

En cualquier caso son las angustias infantiles, conectadas con los ataques fantasmáticos (pre-edípicos y edípicos) al cuerpo de la madre, las que generan el miedo más profundo de niños y niñas a la destrucción del cuerpo materno y el temor a las represalias centradas en la destrucción del suyo propio.

Ahora bien, existen sentimientos amorosos no sólo hacia el padre del sexo opuesto y de odio hacia el progenitor rival del mismo sexo, sino que estos sentimientos están muy mezclados. Las niñas aman, también, a su madre y se identifican con ella y los varones aman al padre y se identifican con él, excluyendo o combatiendo al progenitor del sexo opuesto. Lo que constituye una razón más para comprender la complejidad y ambivalencia de sus sentimientos. Este enfrentamiento de sentimientos estaría relacionado con la posición esquizo-paranoide. Klein en *“El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos”* (1940, pp. 280-301) sostiene que la salida a esta posición estaría relacionada con el acceso a la posición depresiva y la posibilidad de admitir la integración de los objetos en buenos y malos, y de asumirse como un todo, como un yo capaz de responsabilizarse de sus tendencias sádicas y comprometerse en la reparación del daño fantasmáticamente causado.

Melanie Klein sitúa el complejo de Edipo mucho más tempranamente que Freud, en íntima conexión con las pulsiones sádicas orales, anales y uretrales. Considera que se

inicia, en ambos sexos, en el primer año de vida. Pone de relieve los componentes pregenitales de las fantasías edípicas, lo que evidencia la existencia de un origen más precoz del complejo. No se trata meramente de descargas pulsionales, sino de fantasías edípicas que comienzan en el primer año de vida. Estas intensas y sádicas fantasías se conectan con la escena primaria entre los padres, que se interpretan en función de sus propias necesidades orales o anales y sus frustraciones. De modo que se produce la figura de los padres en copulación continua, intercambiándose penes, leche, bebés, etc. Figura combinada que deja fuera al infante y produce intensos sentimientos de envidia y celos.

Siguiendo el desarrollo natural de la libido, posteriormente empiezan a participar los impulsos y fantasías genitales, apareciendo el complejo de Edipo genital. Realza esta autora la importancia no sólo del complejo de Edipo positivo, sino también el invertido o negativo, esto es, subraya la compleja ambivalencia de los sentimientos edípicos. Ahora bien, no existe una nítida separación entre los impulsos pregenitales y los genitales.

La agresión suscitada por estos sentimientos pregenitales del complejo Edípicos temprano, y la introyección e internalización de esas figuras complejas, ambiguas y terroríficas convertidas en perseguidores, dificultan la relación con los objetos parciales pero también el establecimiento del complejo de Edipo posterior. Es la posición depresiva la que

permite disminuir la envidia y las fantasías y defensas paranoicas, unificar tanto al yo como a sus objetos e intentar la reparación.

La situación ansiógena preeminente para Melanie Klein está referida a los ataques contra el cuerpo de la madre y se sitúa en el punto álgido de la fase sádica. Implica también ataques al pene del padre ubicado dentro de la madre. La angustia de castración es una reactivación de estas otras ansiedades más tempranas. Esta autora tiene una concepción retaliativa, persecutoria e imaginaria de la castración. Si la madre aparece como arruinada o amputada, no es porque el niño (o la niña) haya visto la ausencia de pene en ella, sino porque ha robado fantasmática y agresivamente el pecho y pene. Lo que a la madre le falta es lo que ha tomado de ella, y podrá devolvérselo y repararla.

Existe en esta autora una concepción evolutiva, en donde el paso de una relación dual a otra triangular, aunque no es fácil, se produce espontáneamente, por el desencadenamiento de celos frente al rival edípico. En dicho cambio, como vimos, influye la superación de la envidia y la aparición de los deseos de reparar. Se pasa de la posición esquizo-paranoide a la depresiva, de lo dual a lo triangular, de la envidia a los celos edípicos, de la voracidad oral y destructividad sádico-anal a la reparación y gratitud hacia el objeto, de las fantasías de omnipotencia y pretensión de control de los objetos a la reparación y posibilidad de relacionarse

eficazmente con ellos mediante un yo más capaz realmente. El cambio del dos al tres, es decir, el acceso al complejo de Edipo es correlativo a la posición depresiva y, puede llevarse a cabo si las frustraciones o la envidia no son excesivas. La renuncia al objeto edípico se entiende como resultado de los celos, de los peligros que acarrea el amor y el odio hacia los padres y del riesgo a perder su amor.

El complejo de Edipo no tiene el valor estructural que Melanie Klein atribuye a la salida de la posición depresiva, al duelo y al deseo de reparar. Y, por otra parte, tampoco la posición depresiva está exenta de vacilaciones y regresiones hacia las ansiedades propias de la posición esquizo-paranoide, ya que, como hemos visto, no existe una línea nítida que separe ambas posiciones.

Por otra parte, existe un conocimiento y una tendencia a buscar el objeto adecuado. Así, niños y niñas saben de la existencia del pene y de la vagina y aspiran los primeros a la penetración y las segundas a recibir el pene. De modo que desde el origen existe ya una diferencia sexual dada. Pero no se explica por qué fantasean con un pene menos frustrante, mucho más gratificante y generoso que el pecho, ni por qué surge esa asociación pene=pecho. Parece que sólo fuera posible explicarlo por un inherente movimiento progresivo de la libido.

Hasta aquí he descrito lo que, según esta autora, tiene en común el desarrollo libidinal de varones y de niñas. Ahora bien Melanie Klein señala algunas diferencias importantes en cuanto al complejo edípico de niños y niñas. Abordaré primero los aspectos referidos al varón para proceder a señalar los relativos a la niña.

3.1.5. El complejo de Edipo en el varón en relación con la posición femenina y la envidia por los hijos de la madre: El niño evoluciona desde una fase femenina, pregenital similar a la de la niña, hacia una nueva posición masculina en donde ha de renunciar a la posibilidad de embarazarse, gestar y parir un hijo. El desarrollo edípico es simétrico al de la niña, salvo por la incidencia de la anatomía genital del varón. Ambos sufren por la envidia que los atributos y funciones del sexo opuesto, reconocido en todas sus funciones, suscita. En el varón la salida de esa posición femenina se debe a la compensación que la posesión del pene significa. El niño accede a la fase genital y entra en rivalidad edípica con el padre por el deseo incestuoso hacia la madre. El temor a la castración por el padre contribuirá al abandono de estos deseos.

Melanie Klein (1928, p. 179-182) plantea que la diferencia anatómica viene a incidir sobre las frustraciones orales y anales anteriormente sufridas por el varón. El niño impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, pasa a desear la penetración asociada con la posesión del pene. De modo que cambia, además de su posición libidinosa, el fin, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor. Pero desde el comienzo mismo de los deseos edípicos ya hay un miedo a la castración y sentimientos de culpa. Es decir, existe una fase femenina, pregenital en el varón, como en la niña, relacionada con impulsos sádicos en conexión directa con las frustraciones orales y anales, que incita a ambos a conocer, anhelar, apropiarse y destruir los contenidos del cuerpo materno. El niño y la niña, como vimos, desean tomar posesión de todo aquello que se supone está incluido en el cuerpo de la madre. A las fases sádico-oral y sádico-anal se unen las pulsiones genitales. Bajo la influencia de los impulsos genitales los niños y niñas se dirigen a la madre como objeto de amor. Coinciden en este punto sus impulsos hostiles sádicos y sus impulsos amorosos genitales. Esto constituye la fase femenina de las niñas y del varón. En el nivel sádico-anal las heces se equiparan a hijos. Así Klein dice:

“Ahora el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces. Aquí debemos distinguir dos fines, que se combinan entre sí; uno surge del deseo de tener hijos, y la intención es apropiarse de ellos; mientras que el otro está motivado por los celos de los futuros hermanos y hermanas, cuya aparición se espera y por el deseo de destruirlos dentro de la madre (un tercer objeto de las tendencias sádico-orales del niño, dentro de la madre, es el pene del padre)” (Klein, 1928, p. 182).

En esta posición o complejo femenino del varón hay también el deseo frustrado de un órgano especial. La tendencia a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre. Esto es, la vagina y los pechos son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la fase libidinal oral. Las tendencias destructivas también, como he expuesto, se dirigen hacia el pene, -mejor dicho los penes y niños-, que se imaginan contenidos en el vientre de la madre en esa idea del coito parental y de la figura permanente de los padres combinados. El niño se identifica con la madre al mismo tiempo que entra en rivalidad con ella (1928, pp. 182-83).

Ahora bien, el varón se siente en desventaja e inferioridad respecto a la madre en sus deseos de tener un hijo (1928, pp. 182-83). La mezcla de este deseo con el impulso epistemofílico permite al varón efectuar un desplazamiento al plano intelectual y compensar su sentimiento de desventaja por la superioridad que él extrae de poseer el pene (Klein, 1928, p. 183). Se produce una sobreestimación narcisística del pene y una actitud de agresión y menosprecio hacia la mujer.

En el desarrollo del varón, la fase femenina es seguida por una lucha entre esa primera posición pregenital y una posición genital de la libido. Esta lucha es la que se conoce como complejo de Edipo, situada entre los tres y cinco años. La ansiedad asociada a esa primera posición conduce al niño a la identificación con el padre. El conflicto edípico aparece cuando empieza a tener sentimientos de odio contra el pene del padre, al querer cumplir una unión genital con la madre y

destruir el pene del padre que fantasea ubicado en el interior de ella (Klein, 1932, p. 260). El grado que alcance la posición genital, esto es el acceso al complejo de Edipo, dependerá de estas ansiedades tempranas, del monto de odio hacia su madre, de las fijaciones orales y anales. Para Klein (1928, p. 184) lograr acceder a una posición genital y una potencia completa depende de cómo se resuelva la fase femenina previa. No existe una línea divisoria clara entre la fase pregenital, femenina y la fase genital masculina. El sentimiento de culpa, deriva de los impulsos libidinales enlazados con los impulsos destructivos. Es decir, Klein (1932, p. 262) sostiene que habría deseos incestuosos muy tempranos en el niño, que al unirse con los impulsos sádicos y hostiles producirían el sentimiento de culpa, el temor al incesto y el comienzo precoz del Superyo.

En el varón la omnipotencia de los pensamientos y fantasías se centra sobre todo en el pene. Esta omnipotencia centrada en el pene va a cobrar una importancia capital en el dominio de su ansiedad y en el establecimiento de su posición masculina. La creencia en su propia capacidad y potencia, y la seguridad de su yo para tolerar la ansiedad, le ayuda e incita a combatir la omnipotencia del padre al tiempo que estimula el deseo libidinal genital hacia la madre. El acto sexual imaginariamente, en los primeros estadios, además de tener un fin libidinal sirve para destruir y dañar al objeto, pero en los estadios posteriores sirve para restaurar el cuerpo dañado de la madre y así dominar la ansiedad y culpa (Klein, 1932, pp.364-369).

Es decir, para esta autora (1932, pp. 372-73), el pene adquiere una enorme importancia para el varón por diversas razones:

- a) Porque los miedos a ser atacado en su cuerpo, típicos de la posición femenina, se desplazan al pene como órgano externo, donde pueden ser más fácilmente dominados.
- b) Le permite sentirse orgulloso de su posesión frente a la rivalidad con la mujer y las posesiones de ésta.
- c) Es un vehículo, primero para su omnipotencia destructiva y, después para su omnipotencia creativa.
- d) Es el agente promotor de su desarrollo, que favorece el paso desde la posición femenina a la posición masculina.
- e) Es un incentivo para obtener gratificación genital
- f) En la medida en que es un órgano visible permite al niño examinar la realidad o no de los daños imaginariamente padecidos.
- g) El pene se pone en relación íntima con el yo, se transforma en un representante del yo y de lo consciente, frente al interior del cuerpo que significa lo oculto, invisible y desconocido.

Klein adelanta el complejo de Edipo, situándolo antes de lo que lo ubica Freud. Los sentimientos de culpa, el temor al castigo por sus deseos agresivos, por haber destruido el cuerpo materno, provoca el temor a ser castrado por la madre. Esto es, teme que su cuerpo sea mutilado y desmembrado. A ello se unirá después, en el caso del niño, el temor a la castración por

el padre por sus deseos incestuosos hacia la madre y por sus tendencias sádicas contra el pene del padre, que se supone contenido en el vientre de la madre.

El varón también siente envidia por la capacidad creativa de la madre, por los bebés que imagina dentro de ella. Lo que le lleva a fantasear ataques contra esos bebés y contra la capacidad gestante de la madre, y a temer la retaliación por dichos deseos destructivos. Si bien en el varón los ataques van más dirigidos hacia el pene del padre contenido en el cuerpo de la madre.

El pene puede ser un objeto temido y desautorizado si se identifica con un objeto capaz de dañar, como sucede con sus fantasías iniciales. Pero, a medida que progresa en su desarrollo, el varón puede obtener de su pene una gran seguridad, al identificarse con el pene reparador o con el padre.

El temor a la castración por el padre y aspectos constitucionales genitales influirán en que se resuelva favorablemente el complejo de Edipo, se produzca un tipo de identificación con la madre y con el padre, y ese componente femenino encontrará posibilidades para la sublimación y su trabajo posterior. La angustia de castración es especialmente intensa en el niño dado que el pene es el mejor aliado para reparar y permite la identificación con el padre. La visibilidad

de este órgano permite también comprobar los efectos reales de sus tempranas fantasías y ansiedades destructivas.

3.1.6. El complejo de Edipo en la niña: El primer objeto libidinal es la madre y la niña, como el varón, se aparta de ese primer objeto para orientarse hacia el padre y su pene (como objeto más gratificante que el pecho). Con el desarrollo libidinal y el acceso a la etapa genital, a la receptividad oral se une la receptividad vaginal propia de su feminidad. El deseo de un pene forma parte de sus pulsiones edípicas. La niña incrementa los ataques pregenitales y edípicos al cuerpo e hijos de la madre y al pene del padre contenido en ella, pero no puede comprobar los efectos de su hostilidad ni de las temidas represalias dada la naturaleza oculta de sus genitales. La posibilidad de subsanar el daño imaginario causado, prioritariamente al cuerpo materno, influirá en el curso de su desarrollo y en la disminución de la envidia. Reparar daños y disminuir la envidia ayudará a la niña a aceptar su cuerpo femenino, adoptar una posición heterosexual y desear una futura maternidad.

De acuerdo con su experiencia clínica Melanie Klein (1928, p. 179 y 1945 pp. 303 y 336-47) sitúa, como he mencionado, las

tendencias edípicas en épocas mucho más tempranas que lo hace Freud. En el caso de la niña se inician con sus deseos orales por el pene del padre. El deseo de robar a la madre el pene del padre, -que se supone contenido en el cuerpo de la madre como el lugar donde se ubican todas las cosas valiosas-, es un factor fundamental de desarrollo de la vida sexual de la niña. Si en el niño al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, cambia su fin, es decir aparece el deseo de penetrar asociado a su pene, en la niña, su fin receptivo se traslada de la posición oral a la genital. La receptividad natural de sus órganos genitales refuerza además el deseo de recibir el pene. De esta forma se intensifica en la niña la receptividad para el pene y se dirige al padre como objeto de amor.

También en la niña los temores más profundos se refieren al interior de su cuerpo, a que éste sea robado y destruido. Ahora bien, la percepción de la diferencia sexual anatómica produce algunos efectos distintos en la niña. Como resultado de la frustración oral que la niña experimenta de su madre, se aleja de ella y toma el pene de su padre como objeto de gratificación. Como el niño, desarrolla fantasías acerca del coito, en las que imagina a la madre introduciendo en su cuerpo el pene paterno, recibiendo de él penes y niños, dándole leche y todo lo deseable. Como el niño, experimenta todo un monto de ansiedades relacionadas con la envidia y los impulsos sádicos hacia los padres. De igual manera, aparecen fantasías paranoicas derivadas de estos impulsos hostiles. Sin embargo, Melanie Klein, en el capítulo XI del *“Psicoanálisis de niños”* titulado *“Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña”* (1932, p. 320-321), señala que en la niña el resentimiento se intensifica por el

mal adicional que le ha hecho la madre al no otorgarle el pene de su padre como objeto de gratificación. Esta “injusticia” es la causa más profunda del odio que la niña siente hacia su madre. En este punto Klein difiere de Freud. No sólo sitúa el complejo edípico mucho más temprano, sino que no apoya plenamente la tesis de Freud (1925b, pp. 271-276) de que sea el complejo de castración el que inicia el complejo de Edipo de la niña y sea la envidia por no haber recibido un pene lo que le hace apartarse de la madre.

Para Klein (1932, p. 321-23) la niña desea primariamente el pene como objeto de gratificación oral o genital, pero no como atributo de masculinidad.

Y lo dice explícitamente:

“De acuerdo con mi experiencia, las tendencias edípicas de una niña se inician con sus deseos orales por el pene del padre. Estos deseos están ya acompañados por impulsos genitales. He encontrado que el deseo de robar a su madre el pene del padre e incorporárselo a sí misma es un factor fundamental en el desarrollo de su vida sexual. El resentimiento que su madre ha producido en ella al retirar el pecho nutritivo, es intensificado por el mal adicional que le ha hecho al no otorgarle el pene de su padre como objeto de gratificación, y esta doble injusticia es la causa más profunda del odio que la niña siente hacia su madre como resultado de sus tendencias edípicas” (Klein, 1932, p. 320).

Y un poco más adelante:

“Lo que ella principalmente desea no es poseer un pene propio como atributo de masculinidad, sino incorporar el pene de su padre como objeto de gratificación oral. Más aún, creo

que este deseo no es un resultado de su complejo de castración sino la expresión más fundamental de sus tendencias edípicas, y por consiguiente ella cae bajo el dominio de sus impulsos edípicos no indirectamente a través de sus tendencias masculinas y su envidia del pene, sino directamente, como resultado de sus dominantes componentes instintivos femeninos” (Klein, 1932, p. 321).

Considera, por tanto, que el deseo de pene es el resultado de sus tendencias femeninas. La posición masculina de la niña aparece como consecuencia de la envidia y odio porque se le ha negado lo que deseaba. Este impulso a introyectar el pene del padre, que es el objeto edípico, y mantenerlo dentro es mucho más fuerte en la niña que en el niño, debido a que las tendencias genitales que acompañan sus deseos orales tienen también un carácter receptivo. De modo que sus tendencias edípicas están mucho más influidas por las pulsiones orales de incorporación que en el varón.

En las fantasías sádicas de niños y niñas los excrementos juegan un gran papel. La niña, como el varón, destruye secretamente a sus padres en copulación por medio de la orina, heces, etc. La niña también se refuerza para el temido contraataque. Pero Melanie Klein (1932, pp. 329-30) considera que este sentimiento de omnipotencia de las funciones intestinales y de la vejiga y los impulsos destructivos contra el cuerpo de la madre son más poderosos y duraderos que los del chico. Y ello es debido a la naturaleza secreta y escondida tanto del cuerpo materno como, sobre todo, del suyo propio. Si el niño puede aglutinar su sentimiento de odio en el pene del padre supuesto en el interior de la madre, también lo puede concentrar en su pene real y dirigir el odio contra el mundo externo y contra lo que es palpable y

visible⁵². En la niña, sin embargo, el modo de dominar la ansiedad permanece bajo el dominio de sus relaciones con el mundo interno, con lo que está oculto, con lo inconsciente. El hombre focaliza su sentimiento de omnipotencia en sus genitales, mientras que la mujer, al referir su narcisismo al cuerpo como un todo, conecta su sentimiento de omnipotencia con sus diversas funciones corporales y procesos excretorios, distribuyéndolo así en una mayor extensión sobre el total de su cuerpo (Klein, 1932, p. 330). *Es decir, la anatomía peculiar de cada sexo contribuye a manifestaciones distintas del sentimiento de omnipotencia y a diversas formas de dominar la ansiedad.*

Además, la configuración de su cuerpo no provee a la niña de la posibilidad de conocer cuál es el estado real de su interior, mientras que el niño encuentra ayuda en su posición masculina, porque gracias a la posesión del pene puede convencerse por un examen de la realidad que todo está bien en su interior. Esta incapacidad de conocer algo sobre su condición es para Klein (1932, p. 333) lo que agrava el miedo más profundo de la niña, esto es, *“el de que el interior de su cuerpo ha sido lastimado o destruido y que no tiene hijos o sólo los tendrá dañados”*.

Para Melanie Klein (1945, p. 341) no hay lugar a dudas respecto al hecho de que la vagina está representada en el inconsciente. La masturbación vaginal real en la primera infancia es para esta autora

⁵² Klein (1931, pp. 227-237 y 1932, p. 372) considera que en su inconsciente el individuo considera al pene como representante del yo y de su consciente, y al interior de su cuerpo –que no es visible– como representante del Superyo y del inconsciente. Es de suponer que al hablar de “individuo” en lo relativo al pene se refiere al varón, y en lo que respecta al interior del cuerpo, alude tanto al varón como a la niña. ¿Cuál es la representación corporal externa del yo y de lo consciente para la niña?

un dato confirmado por otros autores. Sin embargo, si su papel queda oscurecido es porque en sus fantasías transforma la vagina de la madre en un lugar e instrumento de destrucción (1932, p. 333). La vagina es un lugar temido y odiado. Según esta autora la vagina es conocida tempranamente por la niña, y admitida como cavidad destinada a albergar el pene paterno, pero representa en su inconsciente el lugar sobre el que se centran los impulsos sádicos infantiles. La niña niega o reprime el conocimiento acerca de la vagina dado que es una parte de su cuerpo ligada a intensas ansiedades. De igual forma, es más fácil que la niña intensifique su fijación en el clítoris, porque este es un órgano visible y sometible a juicio de realidad. Desde la posición femenina inicial surge la envidia del pene, el deseo de ser un varón.

Después de haberse identificado con la madre, la niña comienza a identificarse con el padre. El clítoris adquiere la importancia de un pene. La comprensión de que su órgano no es un sustituto del que ella desea, esto es, la envidia del pene y complejo de castración, son el último eslabón de una cadena de acontecimientos que rigen su vida (Klein, 1932, p. 335). La niña oscila entre la identificación primaria con la madre, una identificación posterior con el padre y nuevamente gira hacia una posición femenina de identificación con la madre. La queja de la niña se dirige contra la madre por haberla privado de pene como objeto libidinal y se refuerza después por no haberla dotado de la posesión de uno. Razón por la que oscila y busca al padre como objeto de amor. Pero el odio hacia el padre y la envidia del pene de la fase masculina, le impiden adoptar un papel femenino.

Debido a las fantasías sádicas de la niña dirigidas contra los padres, teme ser contraatacada por ambos, pero particularmente por la madre, ya que es su objeto más odiado. Dado que sus impulsos genitales comienzan en la fase de máximo sadismo, el coito de los padres representa algo deseable, objeto de envidia, hacia el que se dirige toda la agresividad, pero de lo que se teme un efecto redoblado de destrucción y venganza (Klein, 1932 pp. 324-326). Los sentimientos de culpa por estos impulsos también hace que desee compensar a su madre y anhelar un pene como medio de aplacarla y compensarla (Klein, 1932, pp. 338-339).

Klein (1932, pp. 341-343) atribuye un papel fundamental a las fantasías restitutivas como compensación por el daño imaginario que ha hecho. Éstas influirán en el curso de su desarrollo sexual y en su capacidad para sublimar. Así, podrá conseguir restaurar el cuerpo de la madre, devolverle al padre y los niños robados y adquirir la creencia en la posibilidad de que su propio cuerpo sea restaurado teniendo hijos o ejecutando el acto sexual con un pene benéfico en un futuro.

Según Melanie Klein el desarrollo genital de la niña está centrado en el deseo femenino de recibir un pene paterno y bebés. Sus fantasías y emociones giran en torno al interior del cuerpo. Su rivalidad edípica se expresa, prioritariamente, en el impulso a robar el pene y los bebés que se consideran en el interior del cuerpo materno. Estos impulsos agresivos despiertan las ansiedades paranoides que he descrito en epígrafes anteriores. La envidia hacia la madre aumenta dada las tendencias edípicas positivas. El deseo de la niña de poseer

un pene propio es secundario a su deseo libidinal, oral y receptivo y está favorecido por las frustraciones derivadas de la relación con la madre. Lo que se desea no es un pene como órgano externo o masculino, sino como objeto de gratificación, primero oral y después genital. Esto es, un pene interno gratificante.

Diríamos que la niña dota al pene del padre de un gran valor, lo convierte en objeto de admiración y deseo. Si por un lado significa algo gratificante, benévolo y protector, por otro, la posesión del pene en el coito despierta impulsos hostiles y ansiedades persecutorias. Sólo la disminución de la envidia, el duelo por los ataques y la reparación pueden reconciliarla con su propio cuerpo y favorecer la identificación última con la madre.

En definitiva, las fantasías de reparación van a permitir enmendar el daño causado al cuerpo de la madre, al pene del padre y a la figura de ambos procurándose gratificaciones sin límite. Posibilitarán posteriormente renunciar al padre, admitir la capacidad maternal de la madre y su papel como mujer, no sólo como madre. De este modo podrá acceder, tras diversas oscilaciones, a la posición femenina heterosexual y a la creencia en la posibilidad de tener hijos sanos en un futuro.

Klein, por tanto, no comparte la idea de la fase fálica ni la de la ignorancia de la vagina. Tanto los niños como las

niñas saben de la existencia del pene y de la vagina, por ello no cabe hablar de fase fálica, sino de fase genital. Tampoco sostiene la idea de que el complejo edípico positivo esté empujado por el complejo de castración. Entiende la envidia de pene como secundaria al deseo libidinal y primario del mismo. Las tendencias edípicas positivas y negativas interaccionan mutuamente y desde etapas muy tempranas, aunque alcancen su punto culminante en el estadio genital. De modo que la niña fluctúa entre los deseos dirigidos a la madre y al padre y ello influye profundamente en la relación con el padre.

La culpabilidad no aparece cuando está finalizando el complejo de Edipo, sino que es un factor que se da desde el comienzo, moldea el curso del desarrollo y su resolución final. Es precisamente la tendencia a reparar derivada de esa culpabilidad la que posibilita el término de las ansiedades persecutorias y estimula la posibilidad de sublimar y relacionarse con los objetos totales.

Ahora bien, quedan cuestiones sin aclarar como son ¿Por qué se produce esa sustitución del pecho como objeto de gratificación oral por el deseo de posesión de un pene? ¿Por un puro proceso de crecimiento o desplazamiento y sustitución de unos órganos por otros? Tampoco aclara por qué el pene sería un órgano más gratificante –excepto por el poder mágico que fantasmáticamente la niña atribuye a ese órgano- ni explica cómo pasaría la niña del deseo de un pene como objeto de gratificación oral al de un pene como objeto de

gratificación genital, salvo por la mayor receptividad genital de la niña.

En definitiva, se produciría un desplazamiento de una zona a otra –de la boca a la vagina- y de un objeto pulsional a otro –del pecho al pene-, y de un objeto de amor a otro –de la madre al padre- en virtud, preeminentemente de la configuración anatómica, de las fantasías asociadas y de las pulsiones de la niña. Klein apela, como hemos visto anteriormente, a un saber acerca de la existencia y función de los órganos sexuales, así como a unas tendencias dadas. Niños y niñas serían diferentes de entrada. La niña, conforme a su anatomía sería más receptiva, lo que propiciaría el deseo libidinal del pene y el complejo edípico positivo hacia el padre.

3.1.7. El deseo de hijo en Melanie Klein: En función de su teoría de las posiciones, diferencia un deseo primigenio y fantaseado de un hijo que se vincularía con la envidia, posesión y disfrute del pene y un deseo de un hijo más evolucionado y realista una vez que disminuyen las ansiedades persecutorias y es posible la diferenciación sujeto-objeto, fantasía-realidad, por efecto de los deseos de reparar. Este deseo de un hijo representa una de las formas de manifestar la creatividad y la posibilidad de sublimar. Admitirse en posición femenina depende más de la

reparación que de la posibilidad de ser madre o desear un hijo.

Hemos visto como en “*El psicoanálisis de niños*” (Klein, 1932, pp. 125-402) plantea que el miedo más profundo de la niña es al robo y destrucción del interior de su cuerpo, y consecuentemente el temor a la imposibilidad de tener hijos en un futuro. Ansiedad que también se produce en los niños, pero que dada su anatomía les resulta más fácil comprobar en la realidad lo que se teme imaginariamente.

Si para Freud (1925b, p. 274) el deseo de un hijo sustituye al deseo de un pene, para Klein ambos deseos son considerados propiamente como libidinales. El hijo es considerado como un objeto placentero que se intercambian los padres. El deseo de un hijo para esta autora (Klein, 1932, pp. 349-354) también se relaciona más con el narcisismo que con el deseo de pene. Esta autora frente a la tesis freudiana de que el hijo toma el lugar de un pene dice:

“De acuerdo con mis observaciones, lo que toma este lugar es su deseo del pene del padre considerado como objeto libidinoso. En algunos casos, la principal ecuación que se realiza es entre los niños y las heces. Aquí su relación con el niño parece desarrollarse principalmente sobre líneas narcisistas. Es más independiente de su actitud frente al hombre y está más íntimamente relacionada con su propio cuerpo y con la omnipotencia de sus excrementos. En otros casos equipara principalmente los niños con un pene. De aquí que su actitud frente al niño descansa más fuertemente sobre

sus relaciones con su padre o con el pene de él” (Klein, 1932, p. 349)⁵³.

Y continúa:

“Hay una teoría sexual infantil universal de que la madre incorpora un nuevo pene cada vez que copula y que estos penes o parte de ellos se transforman en niños. Como consecuencia de esta teoría, las relaciones de la niña con el pene del padre influyen en sus relaciones primero con sus niños imaginarios y más tarde con sus hijos verdaderos” (Klein, 1932, p. 349)

Existe también esta conexión pene-niños, pero como objetos gratificantes a recibir. La figura combinada padre-madre en coito permanente intercambiándose penes-niños que incita odio y deseos de destrucción tiene más que ver con la envidia y celos orales, a los que posteriormente se unirán las tendencias genitales. La niña desea recibir penes, que se transformarán en niños⁵⁴. Se trata más bien de incorporación oral del pene. Los impulsos sádicos anales y uretrales serán utilizados como arma frente a los celos hacia los padre, y estimulan también, por retaliación, las ansiedades persecutorias de tener dentro de su cuerpo heces, orina, niños, etc. todos “malos” y destruidos, que amenazan la integridad de su cuerpo.

⁵³ Esta cita suscita una pregunta: ¿De dónde viene o por qué se produce esa conexión heces=niños, así como la de pene=niños?

⁵⁴ Esta transformación sólo se explica bien por la denominada “ecuación simbólica”, el desplazamiento y la sustitución de unos objetos parciales por otros como una actitud defensiva frente a la angustia, o bien por ese “saber innato” acerca del pene, la vagina, el coito y su relación con los hijos. Saber que también incitaría la idea de la figura combinada padre-madre intercambiándose placeres, penes y niños.

La demanda de impulsos orales de succión exaltada por la frustración que ha sufrido de los pechos de la madre crea en ella un cuadro imaginario del pene de su padre, como un órgano que, a diferencia del pecho, puede proveerla de una tremenda e infinita gratificación oral (1932, p. 321)⁵⁵. Así la niña oscila hacia el padre, pero los celos hacia éste, como el que recibe el amor de la madre y le da el pene y los niños a ésta, hace que sus impulsos sádicos se dirijan también al padre. Además, la ecuación que en los primeros estadios del desarrollo de la niña equipara pene e hijo, conduce a dar al pene el significado de un Superyo paternal. El pene internalizado forma el núcleo de su Superyo (Klein, 1932, p. 350). Por ello, el pene, además de constituirse en amenaza puede también tener el papel benévolo y protector cuando las ansiedades persecutorias disminuyen. El deseo tan intenso y precoz de la niña por tener hijos, deseo que para Klein (1932, p. 351) es superior a cualquier otro, se debe a que la posesión de un hijo es un medio para vencer su ansiedad y aliviar sus sentimientos de culpa. Así expresa:

“El nacimiento de su hijo no sólo significa en su inconsciente que el interior de su propio cuerpo y los niños imaginarios están ilesos o han sido bien hechos, sino que también invalida todas las clases de miedos asociados con la idea de niños. Esto demuestra que los niños dentro de la madre –sus hermanos y hermanas- y el pene del padre (o su padre) que ha atacado allí, y también su madre, están todos ilesos o restaurados otra vez. Tener un bebé representa, así, la restauración de un número de objetos, y aún en algunos casos, la recreación de todo un mundo” (Klein, 1932, p. 353).

⁵⁵ Cabe repetirse la misma pregunta ¿de dónde proviene ese cuadro imaginario del pene como un objeto de gratificación oral infinita?

Es decir, Melanie Klein defiende la existencia de un deseo originario de tener niños en una primera fase del desarrollo infantil. Deseo libidinal conectado al Edipo temprano, a la imagen de los padres combinados en perpetuo intercambio de objetos gratificantes (leche, penes, niños, orina, semen, etc.). Edipo temprano que suscita envidia y odio frente a esos padres y sus posesiones, odio contra sus hermanos (los hijos reales de la madre) o los futuros y amenazantes hermanos posibles (contra el cuerpo y la capacidad gestante de la madre). Los bebés de la madre, alojados en su cuerpo, representan una provocación extrema a los celos y envidia infantiles, lo que da lugar a violentos ataques perpetrados en la fantasía. Las fantasías sádicas orales, anales, uretrales se despiertan, además, en función de las frustraciones imaginarias o reales. Pero también estas fantasías agresivas se precisan como mecanismos de protección frente a las ansiedades persecutorias que se originan por temor a la venganza de los padres.

El pasaje de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva permitirá la integración de su yo, hacer el duelo por la pérdida de la madre y del padre edípicos, y suscitará deseos de reparar los daños imaginariamente infringidos al cuerpo de la madre. El pene será estimado como objeto benévolo y protector, deseable libidinalmente, no como posesión propia. El coito además de tener una motivación libidinal, ayudará a dominar las ansiedades tempranas y a reparar los objetos primarios. Así, en el duelo de la posición

depresiva se inicia una relación nueva con los objetos: una relación de objeto total por parte de un sujeto integrado y total, que distingue fantasía de realidad, sus deseos de los que atribuye al objeto. Tras la posición depresiva se adquiere, además, una nueva aptitud para amar. Cuidar y proteger al objeto se hace en bien de éste y no sólo por la gratificación que procura. El objeto es amado, a pesar de sus partes malas. Desde esta nueva situación la niña podría reparar su mundo interno, reconciliarse con los padres, con la maternidad de la madre y podría ser ella, mujer, disfrutar del coito y tener hijos.

La niña podrá colocarse en posición femenina, confiar en la bondad de su cuerpo, admitir la prohibición del incesto y desear un hijo. Klein sostiene también que la relación con sus hijos reales estará imbuida de esta historia previa fantasmática. El hijo, como su cuerpo, mantendrá también un valor narcisista. Solo al tener un hijo, como hemos visto, podría confirmar, el no haber sido lastimada o dañada, pero también sus ansiedades pueden recaer sobre ese hijo. Éste podría ser objeto en su inconsciente, retaliativamente, de los mismos deseos envidiosos y destructivos que ella dirigió a su madre, a su poder gestante y a sus potenciales o reales niños.

3.1.8. Síntesis y comentario crítico: Klein se ha atrevido a penetrar en la prehistoria –preverbal- del psiquismo, a explorar esa cultura “minoico-micénica” que antecede a la griega. Ha abierto un nuevo territorio al investigar sobre la temprana y trascendente vinculación madre-hijo, el mundo fantasmático infantil, la pulsión de muerte y los efectos de la introducción de la cultura en el recién nacido. Aunque caben muchas preguntas a sus observaciones y reflexiones clínicas, abre un fructífero campo a la investigación del psiquismo. El deseo de un hijo, siendo un anhelo muy precoz e importante para la mujer, no constituye para esta autora el elemento que define la feminidad adulta. Estrictamente hablando sólo cabe hablar de deseo de un hijo cuando se ha accedido a la posición depresiva y se realiza una reparación eficaz que permite la integración del sujeto como un todo diferenciado del objeto.

Debemos a Melanie Klein el haber destacado la importancia de las relaciones tempranas, de las ansiedades y defensas precoces y de la reparación que tanta transcendencia tiene en la constitución de las identificaciones primarias, narcisistas, en el ideal del yo y en la construcción del deseo de un hijo. Su nueva técnica y la gran experiencia clínica infantil le permite acceder a esas primeras relaciones madre-hijo/a y a las ansiedades que estas movilizan. En lo que respecta al deseo de un hijo, tiene el mérito de haber penetrado en

los orígenes de este deseo, en niños y niñas, y en los primeros procesos identificatorios y organizadores de su psiquismo. Procesos que Freud (1921, pp. 99-104) había esbozado al hablar de la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, anterior al complejo de Edipo⁵⁶. Quizá cabría la posibilidad de entender que lo que Klein está observando es cómo los deseos y prohibiciones edípicas de los padres ejercen su influencia en sus hijos, producen una seducción temprana (Bleichmar, 1984 y Laplanche, 1989, pp. 93-94 y 107-130) y estimulan en ellos fantasías. O que Klein está desarrollando la idea que Freud (1905, pp. 203-04; 1933b, p. 112 y 1938, p. 188) había muy pronto indicado referida a la experiencia sexual prematura vivida en una tempranísima niñez acerca de la seducción materna o la influencia, que también había apuntado Freud (1914, pp. 87-88), del narcisismo paterno en la vinculación, expectativas y los cuidados que otorgan al hijo.

El trabajo de Melanie Klein con niños puso de relieve la extraordinaria propensión de los niños a producir fantasías en sus juegos. Subraya la importancia de las fantasías que acompañan toda actividad mental. Tales fantasías pregenitales no reciben explicación en la teoría de Freud (1914) sobre el narcisismo primario, según la cual, no existen otros objetos genuinos hasta la fase genital. Klein habla de relaciones de objetos parciales, moldeadas por sus fantasías. De modo que no está en contacto con el objeto externo real, no lo percibe en cuanto tal, sino como un mero reflejo, podríamos decir

⁵⁶ Procesos, que por otra parte, no podrían considerarse ajenos a este complejo, ya que se puede pensar que Klein intuye que el complejo de Edipo está, de alguna forma, presente en la mente de niños y niñas muy tempranamente. Es decir, que la relación dual nunca es tal si hablamos con propiedad, ya que en cada uno de los padres siempre hay aspectos relativos a las prohibiciones edípicas.

especular, de éste en relación con su mundo psíquico. Esto es, el mundo real, los objetos reales son captados en función de sus fantasías. ¿Pero de dónde provienen esas fantasías?

Respecto a las fantasías las define como la expresión mental del instinto, el representante psíquico del instinto. Se trata de una primera simbolización, anterior a la existencia del lenguaje, pero influido por él. Una ecuación simbólica en la que todavía no se distingue claramente el objeto de la cosa simbolizada, previa a la separación sujeto-objeto. Ecuación en la que unos objetos sustituyen a otros, por mero desplazamiento, pero que no contiene una significación metafórica diferente. Una simbolización pre-verbal, corporal o en imágenes, al modo en que Freud (1920, pp. 14-17) describe “el fort-da” del juego del carrito del niño frente a la ausencia de la madre, en una edad anterior a la relación edípica. Sin embargo, las fantasías no se originan en el conocimiento articulado del mundo exterior, son anteriores, es decir inherentes a los impulsos corporales. Creo ver en esta idea de fantasía como representante psíquico de la pulsión el intento de Klein de encontrar la conexión entre el cuerpo y la mente. Klein habla de saber innato inherente a sensaciones corporales. Entiendo que se está refiriendo a unas precocísimas elaboraciones mentales, no expresables con palabras, aunque ella utilice el lenguaje para expresarlas. Un conocimiento innato proveniente de datos sensoriales, dispuesto a ser desarrollado al entrar en conexión con el mundo externo real⁵⁷. Evidentemente se

⁵⁷ Klein está intuyendo la importancia de la existencia de un lenguaje que nos precede, del mundo simbólico y sus efectos en el psiquismo. Sin embargo, no termina de encontrar la explicación acerca de los orígenes o la razón de ser de estas fantasías inconscientes. Intuye que la realidad con la que el niño se relaciona no es

trata de un “saber” especial, pero importante, puesto que de él hace derivar Klein el conocimiento que los niños y niñas tienen de la existencia de la vagina, el deseo de penetrar o recibir, el conocimiento de que los bebés crecen en el útero, etc. Aunque la urgencia del trabajo clínico de Klein le hace evidente la existencia de estas tempranas fantasías, más que plantearse acerca de su origen, esta autora se ocupa de identificarlas, trabajarlas y estudiarlas en relación con el acceso a la normalidad o la génesis de la psicopatología. Es una cuestión clave que no está terminada de explicar. Si interpretamos las fantasías como de origen endógeno, defendemos un biologicismo, si interpretamos que hay “algo más”, falta explicarlo⁵⁸.

Ahora bien, Melanie Klein, en última instancia defiende la existencia de una fase femenina previa para niños y niñas, en la que ambos desearían tener hijos como la madre, de la madre y contra la madre, teñida ulteriormente por deseos genitales edípicos, que reforzaría la rivalidad, envidia y odio, en relación a la existencia real o potencial de los hijos. La envidia del pene en la niña es secundaria en tanto la receptividad oral y vaginal femenina es primaria. El acceso

una realidad física sino una realidad interactiva, ni siquiera entre objetos internos y externos, puesto que esta diferenciación no está hecha. Una realidad intra e intersubjetiva, y además, una realidad simbólica. Klein termina dando una explicación innata, endógena, a esas fantasías, en íntima conexión con los instintos y las funciones orgánicas, pero una explicación que va más allá de lo meramente orgánico. Parece estar hablando del aspecto psíquico conexo al aspecto fisiológico de los instintos. Es decir del momento de instalación de la pulsión.

⁵⁸ Klein capta que el fantasma se constituye en los orígenes mismos de la construcción del sujeto, que en ello influye la sexualidad de los padres. Al toparse con las fantasías infantiles está enfrentándose a la seducción originaria y la represión originaria. Cabe también la posibilidad de que Klein esté rozando cuestiones que desarrollará posteriormente Lacan. Es decir, ¿qué determina la existencia de las fantasías inconscientes? ¿Qué estructuras sostienen esas escenificaciones fantasmáticas?

a la fase genital se produciría de forma espontánea si no interfieren negativamente las fantasías pregenitales. Aunque da un valor importante a las relaciones intra e intersubjetivas, sin embargo, parece que el deseo de un hijo, en el caso de la niña, derivara del deseo del pene como objeto libidinal. Y el deseo de un pene sería algo dado. Hay una conceptualización innata de la heterosexualidad, bastante acorde por otro lado con esa idea de un “saber innato” acerca de la existencia de la vagina como cavidad que puede albergar al pene del padre, conocimiento acerca del coito y de que los niños crecen en el útero. Respecto al varón, lo normal es que abandone la posición femenina inicial y gire hacia una posición genital, masculina, heterosexual, si las ansiedades persecutorias tempranas no se lo impiden.

El deseo de hijo, que como acabo de decir, para Melanie Klein está más enlazado con el deseo del pene del padre como objeto libidinal, pulsional, no tiene tanto que ver con su actitud frente al hombre, sino que está íntimamente ligado a la envidia primaria hacia la madre y todas sus cualidades y posesiones, y a la posibilidad de reparar. Está relacionado, con el narcisismo de su propio cuerpo y con la omnipotencia atribuida a los excrementos y a sus impulsos sádicos. El deseo del pene en la niña no implicaría querer poseerlo como atributo de masculinidad, como reivindicación frente a la herida narcisística que supone el descubrimiento de la diferencia de los sexos, la castración, sino que se trataría de un deseo objetal.

En Klein la diferencia sexual se establece como consecuencia de un complejo de Edipo temprano y la castración interviene como un

castigo que se impone por deseos prohibidos hacia un tercero. Es decir, en términos de envidia (pregenital) y celos (edípicos) hacia el tercero, más legítimo. Se desencadenaría evolutivamente como una fase más, por la frustración oral. No considera las tendencias edípicas articuladas con la castración, sino como consecuencia de la decepción. Esta autora apela al desenlace final de la posición depresiva, al duelo y a la reparación como momento estructurante frente a la castración⁵⁹. Pero la dimensión simbólica queda, en parte, excluida. Se busca en la anatomía la diferencia de los sexos, en lo que cada uno tiene o no tiene, en la existencia real del pene observable y externo frente a la vagina no observable e interna, órganos sobre los que se depositan y elaboran simultáneamente un mundo fantasmático simbolizable. Klein supone un importante avance respecto a los autores que he venido tratando, percibe la importancia de las fantasías o del mundo simbólico en el psiquismo, sin embargo, quedan cuestiones importantes sin aclarar. El concepto de falo apela a una dimensión simbólica que Klein intuye pero no acaba de reconocer.

La castración tiene un valor diferente para niñas y niños. Los miedos suscitados por los ataques fantaseados que la niña perpetra en las entrañas de la madre y en los objetos que cree ahí alojados (bebés

⁵⁹ El concepto de posición depresiva, duelo por los daños realizados y la tendencia hacia la reparación, tiene que ver en Melanie Klein con la admisión de los límites, de las normas, del control de sus impulsos, de la renuncia a un “goce” absoluto de sus pulsiones sádicas. Es decir, está relacionado con la finalización del complejo de Edipo y con el concepto de castración como estructurador del psiquismo. Sin embargo, otorga más énfasis a la reparación de los daños ocasionados por los ataques fantaseados hacia la madre y sus contenidos –bebés, pene, padre- que al complejo de castración genital, al que considera algo secundario. Es decir, es el deseo de reparar los daños perpetrados a la madre y no la ausencia de pene en la madre lo definitivo para esta autora.

de la madre y pene del padre), son la contrapartida a la angustia de castración del varón. La niña teme la devolución de sus ataques de invasión, destrucción y robo del cuerpo de la madre y sus contenidos. El varón por su parte, tiene fantasías similares de ataque hacia la madre y sus bebés, pero sus fantasías se centran más en el pene del padre, alojado en ella. El varón tiene más posibilidades de verificar en la realidad de su pene si estas fantasías han tenido o no lugar, frente a la niña que no lo puede comprobar⁶⁰. En ambos casos se trata de un castigo a impulsos sádicos.

La ecuación pecho-pene activa las cualidades orales receptivas del genital femenino y prepara la vagina para recibir el pene. Por otra parte, la ecuación pecho-pene-heces-niño, influye en su Superyo temprano⁶¹ y afecta a las relaciones no sólo con los hijos imaginarios, sino en su desarrollo sexual, en el coito, el embarazo, el parto y en las actitudes con sus hijos reales. Debido a la equiparación heces-niño y a sus fantasías sádicas, el temor a dañar los hijos de la madre, y a poseer retaliativamente un hijo-malo, dañado o dañando desde adentro y la necesidad de reparar, incide tanto en el deseo y preocupación por tener hijos sanos, como en la sublimación. El deseo tan intenso de tener niños -deseo considerado mayor que ningún otro- es debido a que la posesión de niños es un medio de vencer la

⁶⁰ Entiendo que el varón tiene la posibilidad de verificar en su pene real si está destruido o no, pero resulta difícil que la comprobación externa pueda evitarle los temores y ansiedades respecto a la posibilidad real de tener hijos en un futuro, de que su semen no esté afectado.

⁶¹ García de la Hoz (2000, p. 149-50) critica que cuando Melanie Klein está hablando de un Superyo temprano, de origen dual y materno, de lo que está hablando es del Ideal del yo, cuya génesis no es edípica sino narcisista. Para el objetivo de este trabajo, lo que la autora muestra es cómo se integra en ese ideal del yo o Superyo el deseo de un hijo, las fantasías implicadas y sus consecuencias.

ansiedad, aliviar su sentimiento de culpa o reparar los daños imaginaria e inconscientemente infringidos. El embarazo es una forma de evidenciar o comprobar el buen estado del mundo objetal interno. El nacimiento de su hijo no sólo significa en su inconsciente que el interior de su propio cuerpo y los niños imaginarios están ilesos o han sido bien hechos, sino que invalida todas las clases de miedos asociados con la idea de niños. La infertilidad se vive como un estado que despierta temores, por la vinculación de la idea del hijo con la propia capacidad de gratitud, amor y reparación. No obstante, entiendo que tener un hijo, si bien es un deseo importante, no es una condición para ser mujer en Melanie Klein. Tener un bebé es una de las posibilidades de restaurar sus objetos y su mundo interno, existen otras.

3.2. Karen Horney: Distingue una envidia de pene “primaria” acorde con su anatomía desventajosa y con la mayor represión ejercida sobre su onanismo, y otra envidia posterior propia del complejo de masculinidad. La atracción por el padre es un proceso libidinal natural igual que el deseo de un hijo. A raíz del rechazo edípico del padre la niña regresa a la posición pregenital anterior y a la envidia de pene. Renuncia al padre y al primer deseo edípico de un hijo, adoptando un rol masculino. El deseo de hijo originario es, por tanto, una pulsión reprimida por la cultura, que se tiñe con la envidia de pene secundaria, pareciendo así un fenómeno relacionado con esta última. Desde una perspectiva

culturalista, crítica con el psicoanálisis, expone cómo la cultura masculina retrae lo esencialmente femenino y minusvalora la biológica capacidad materna. La mujer se adapta a esta presión cultural.

A partir de 1923, Karen Horney publicó una serie de artículos que agruparía en su obra *“Psicología femenina”* (1967), en los que fue estableciendo una teoría del desarrollo femenino que disiente de Freud y de Deutsch. Se ocupa fundamentalmente del efecto de la cultura sobre el desarrollo de la mujer.

En *“Sobre la génesis del complejo de castración de la mujer”* (1924, pp. 37-56). Horney considera que se ha tomado como axiomático el hecho de que las mujeres se sientan en desventaja debido a sus órganos genitales y no se ha detenido lo suficiente en investigar por qué esto es así, o se han dado explicaciones insatisfactorias. Se pregunta si ese complejo de castración, con todas sus manifestaciones y consecuencias, se funda exclusivamente en la insatisfacción resultante de su ambición de tener un pene, o si existen otras razones. Encuentra al menos tres. Una, derivada del erotismo uretral. Otra, emanada de la escopofilia activa y pasiva, y la tercera relacionada con la mayor prohibición del onanismo en las niñas. Defiende, entonces, que la envidia del pene en la niña no es algo natural u originario sino que se deriva de esos tres factores.

Karen Horney distingue una “envidia primaria” y otra “secundaria”. La envidia primaria, basada en la desventaja anatómica real, es aquella que se produce en la niña pequeña. El pene permitiría al varón una mayor descarga del sadismo uretral y le facilitaría la satisfacción de tendencias exhibicionistas al orinar. La niña estaría envidiosa de estos dos tipos de satisfacción sexual infantil. Por otra parte, la niña como el varón sufre sentimientos de culpa por sus actividades masturbatorias y se siente tratada injustamente. Tiene la impresión de que el niño puede tocar y estimular impunemente sus genitales, en tanto que ella no está autorizada a hacerlo. Además, el varón puede fácilmente cerciorarse de que su genital no ha sufrido daño alguno, mientras que la niña nunca podrá eliminar sus dudas angustiosas al respecto, por el carácter interno de sus genitales (1924, pp. 37-42).

Para superar la envidia de pene, tiene que pasar de un deseo autoerótico narcisista de tener un pene al deseo de tener un hombre o al deseo de tener un hijo en el marco de su complejo de Edipo. En ese proceso sufre el desengaño por parte del padre, que otorga hijos a la madre y no a ella. Horney (1924, p. 48) subraya especialmente la importancia del deseo inconsciente de tener un niño y su carácter libidinal. Existe un “instinto maternal” que es posteriormente reforzado por el deseo autoerótico de tener un pene. Luego, como consecuencia del desengaño edípico, renuncia al padre (a su pretensión de obtener de él un pene) y al hijo. De la primera fase de identificación con la madre, se pasa a otra de identificación con el padre y, finalmente regresa, - como consecuencia del complejo de Edipo-, nuevamente a una identificación con la madre pregenital (Horney, 1924, p. 50). La

atracción por el padre, o posición femenina es para esta autora un proceso libidinal natural. Sólo cuando se produce el desengaño amoroso con el padre se renuncia al padre y al rol femenino. Aparece así la envidia del pene secundaria o el complejo de castración.

Es decir, la niña normalmente, se identifica con su madre, inclinándose, como ésta, amorosamente hacia el padre y deseando tener un hijo de él. Al principio, el padre parece corresponderle, responder y alentar las seducciones de la niña, pero después la rechaza. El fantaseado temor a la violación por parte del padre y el posterior rechazo de éste (en la medida en que no complace los anhelos infantiles de amor edípico o la expectativa de darle el hijo), la llena de envidia y de resentimiento. Obligada a renunciar a su amor por el padre -y junto con ello a su deseo de un bebé- la niña se identifica con él y vuelve a su estadio pregenital, cuando era dominante la envidia del pene. Equiparando en su inconsciente el hijo del padre con el pene, volverá a la posición fálica anterior (Horney, 1924, pp. 44-53).

Karen Horney (1924, p. 54) encuentra repetidamente en sus pacientes la fantasía básica de haber sufrido la castración a través de la relación amorosa con el padre y de ahí deduce que dicha fantasía, de importancia típica y fundamental, es la segunda raíz de todo el complejo de castración de la mujer. Es la feminidad herida lo que da origen al complejo de castración y es éste lo que lesiona, -no primariamente-, el desarrollo femenino. Es decir, la envidia de pene inicial no impide que la niña se dirija primero femenina y amorosamente hacia el padre. La niña es de naturaleza heterosexual.

Cuando esta relación se estrella contra el complejo de Edipo la envidia desemboca en repulsa de su rol sexual.

En “*La huida de la feminidad*” (Horney, 1926, pp. 59-76) defiende que la civilización, al ser masculina, oculta la verdadera naturaleza femenina. La psicología de la mujer es el depósito de los deseos y desengaños de los hombres. Ellas a su vez se han adaptado y conformado a estos deseos creyendo que constituyen su propia naturaleza⁶². Inconscientemente se pliegan a la sugestión del pensamiento masculino. Pero critica también que psicoanálisis no es ajeno a una visión androcéntrica de la mujer. Considera que el psicoanálisis entiende más del desarrollo del varón que del de la mujer y que ofrece una visión en la que subyace esa visión masculina acerca de lo que es y desea una mujer. Afirma que el psicoanálisis ha explicado la envidia del pene argumentándola desde razones biológicas y no sociales. Y se interpreta, sin más, la sensación de la mujer de estar socialmente en desventaja, como racionalización de su envidia del pene (Horney, 1926, pp. 56-64).

Según Karen Horney (1926, p. 63-65) se ha dado mucha importancia a la diferencia anatómico-genital pero no se ha prestado tanta a la diferente función que cumplen hombres y mujeres en la reproducción. La mujer tiene en la maternidad, en la capacidad de ser madre, una “*superioridad fisiológica absolutamente incuestionable*”

⁶² Cabría pensar, desde una lectura lacaniana, que Karen Horney percibe el deseo de la mujer como el anhelo por cautivar la falta del varón, por ubicarse como objeto-causa de su deseo.

(p. 64). Si es considerada una desventaja es por la profunda envidia que, según esta autora, suscita en el varón⁶³.

La envidia de los hombres a las mujeres, complejo de feminidad, es más intensa que la envidia del pene o complejo de masculinidad. Pero el hombre encuentra mejores vías de sublimación, mientras que las mujeres no pueden compensar esta envidia del pene. ¿Por qué motivo? Horney (1926, p. 65-66) encuentra dos razones:

a) Porque la inferioridad anatómica de la mujer es menor. Sólo afecta a las etapas pregenitales de la organización libidinal. Pero, en la mujer adulta, su capacidad para el coito no es menor que la del hombre y, sin embargo, el papel de éste en la reproducción es menor. Por ello el varón se ve obligado a sublimar más.

b) El segundo motivo que aduce es que la envidia de pene de la mujer, para ser superada ha de pasar por el deseo de un marido y de un hijo, y así pierde su potencia para la sublimación.

También en “*La huida de la feminidad*” Horney (1926, pp. 69-75) apoya la idea de que el complejo de Edipo lleva a la regresión, a la envidia primaria. Si el desenlace en el varón consiste en abandonar a la madre y, por miedo a la castración, adoptar su posición masculina, el desenlace edípico de la niña supone abandonar al padre y retraerse de la posición femenina. Se hace masculina. Regresa a la envidia

⁶³ Karen Horney plantea una reflexión imbuida de contenidos culturales, pero sobre todo ideológica, de rivalidad y competitividad anatómica. Interpretar la capacidad gestante de la mujer como “superioridad” fisiológica es tan fácilmente cuestionable como hacerlo en términos de “desventaja”.

primaria. La posición femenina está llena de ansiedad y culpa. Culpa por las fantasías sexuales vividas como peligrosas; temor al daño a la penetración; miedo a lesiones internas producidas por sus deseos; sentimientos de culpa por el onanismo, etc. La posición masculina le permite escapar de las ansiedades de la posición femenina. Así la niña regresa a la envidia primaria del pene, transformada ahora en envidia secundaria. La libido se retrotrae. El interés por el sexo opuesto, que opera desde muy temprano, orienta el interés libidinal por el pene.

Es decir, la niña es de naturaleza heterosexual. Regresa a la envidia primaria del pene, narcisística, en la que buscaba el pene como un órgano más ventajoso. En la envidia secundaria, la búsqueda del pene se produce para garantizar el no estar dañada, para evitar las lesiones irreparables que sus fantasías temen haber generado. El niño puede inspeccionar su órgano genital y comprobar si las temidas consecuencias de su onanismo se hacen realidad, pero no así la niña que permanece en una total incertidumbre.

A esta regresión a la envidia del pene, a la posición masculina y el deseo de ser un hombre, contribuyen las presiones y la subordinación social de la mujer (Horney, 1926, p. 74-76). La niña se encuentra, de este modo, en lucha contra su propia naturaleza frente a la cual se siente inadecuada.

Si en Freud (1925b, pp. 270-276) la niña accede al amor objetal a través de la envidia de pene, Karen Horney (1926, pp. 64-73 y 1927, pp. 85-87) sustenta también esta idea, pero el proceso se explica de

manera opuesta. Así, en *“La feminidad inhibida”* explica que la atracción heterosexual orienta el interés libidinal de la niña por el padre, pero las fantasías y la culpa la hacen huir hacia la masculinidad, hacia la envidia secundaria. Si el desarrollo femenino es favorable, esta envidia de pene queda sumergida en el deseo objetual libidinal de tener un hombre y el hijo (Horney, 1927, p. 85). Esto es, la envidia de pene secundaria viene a reforzar la primaria. Y el deseo de un bebé que se deriva de esa envidia secundaria del pene, no es más que un refuerzo al deseo de un hijo previo. De suerte que aunque en la adultez a la mujer le corresponda un gran papel en la vida sexual, sea más creativa -en el sentido de su capacidad para embarazarse y ser madre-, ya no representa compensación alguna para la niña en la etapa anterior. Por dicha razón ella sigue sintiendo su desventaja frente al varón. Por el contrario, el varón, como ya he dicho, se vería más estimulado para la creatividad en el área cultural (Horney, 1924, p. 43 y 1927, p.85).

El “instinto maternal”⁶⁴ recibe un refuerzo libidinal inconsciente del deseo de tener un pene, deseo que como he expuesto para Karen Horney es, primariamente, autoerótico. Luego, cuando experimenta el desengaño respecto del padre, renuncia al pene del padre y al hijo, se produce una regresión y una secundaria envidia y demanda del pene. Esta demanda es reforzada con toda la energía por el deseo de tener un hijo (1924, p. 48).

⁶⁴ Se puede sospechar que en la traducción de los textos de Karen Horney a los que he accedido, se haya empleado el término “instinto” en lugar de pulsión. Pero, como veremos, todos los argumentos dados por esta autora hacen pensar que no tenga demasiado claro las diferencias entre pulsión e instinto.

Esta autora en su artículo de 1931 *“La tensión premenstrual”*, (Horney, 1931, pp. 114-16) considera que existe un paralelismo entre ciertos procesos psicológicos y los procesos físicos. De modo que la disposición física para el embarazo se manifiesta en la vida psíquica. Las tensiones premenstruales expresarían a nivel biológico los deseos inconscientes reprimidos de tener un hijo. El deseo de hijo para Karen Horney es una pulsión primaria. Y lo dice de la siguiente manera:

“A mi me parece que el deseo de tener un hijo puede, en efecto, recibir considerable refuerzo secundario del deseo de tener pene, pero está arraigado primaria e instintivamente en las profundidades de la esfera biológica (...). En efecto soy de la opinión de que el deseo de tener un hijo cumple todas las condiciones que el propio Freud ha postulado para las <<pulsiones>>. La pulsión a la maternidad ilustra, pues, la representación psíquica de un estímulo intrasomático continuamente fluyente” (1931, p. 120).

En 1933 en sus artículos *“Factores psicogénicos en los trastornos funcionales”* (1933a) y *“Conflictos maternos”* (1933b) también defiende la idea de un instinto maternal que, como consecuencia de los miedos al interior del cuerpo y a los daños sufridas, podría estar alterado. Pero, además del instinto estaría también afectada la posibilidad de embarazarse, criar, atender o relacionarse con sus hijos. Es decir, sostiene la idea de que todo lo relacionado con el instinto maternal pueda estar contrarrestado por impulsos hostiles inconscientes (Horney, 1933a, p. 185-200) y por la relación previa que tuvo con sus padres (Horney, 1933b, p. 201-209).

En síntesis, el deseo de un hijo se relaciona con la envidia de pene de dos formas: supone un refuerzo inconsciente

del deseo de pene primario, autoerótico y libidinal y también proviene de la ecuación heces-pene-niño. Pero el complejo de castración se deriva no sólo de la envidia del pene primaria, sino en virtud del daño sufrido, resultante de las fantasías en relación con el padre. La feminidad herida da lugar al complejo de castración, y éste, a su vez, lesiona el desarrollo femenino. Esta sería la segunda raíz del complejo de castración. La salida exitosa de este complejo de castración, mediante el deseo de un hijo, no hace más que reforzar otro deseo previo.

Karen Horney en “*La negación de la vagina*” (1933c, p. 171) critica el punto de vista de Freud de no considerar la maternidad como una formación innata. Considera que Freud sustenta la idea de un rencor subterráneo de la niña por su desventaja respecto al varón. Animadversión que se manifestaría en un resentimiento general, salvo que el desarrollo favorable de la niña hacia el hombre y el hijo se produzca. La experiencia clínica de Horney no evidencia que esta rivalidad e inquina se revele con suma facilidad⁶⁵. Sostiene también (Horney, 1933c, p. 172-82), que desde muy temprano se manifiestan en la niña sensaciones vaginales y que la masturbación vaginal es tan corriente como la clitoridiana. Desde el inicio la vagina desempeña su papel sexual propio. Si es desconocida y negada lo es por las intensas angustias que el complejo de Edipo acarrea, por las diferencias de

⁶⁵ Freud (1931, p. 244) criticó a Karen Horney a su vez por menoscabar la importancia de la envidia fálica de la niña y la tendencia a la masculinidad, cuestionó el considerar esta tendencia como una formación secundaria posterior. Y quizá a ella también se refiera Freud en “*Esquema del psicoanálisis*” donde dice que es posible que una psicoanalista que no se ha convencido suficientemente de la intensidad de su propia envidia fálica tampoco sea capaz de prestar la debida consideración a este factor en sus pacientes (Freud, 1938, p. 199).

tamaño entre el pene del padre y la vagina infantil, o por la percepción del riesgo físico que entraña el interior del cuerpo femenino (por ejemplo, ante la visión de la sangre de la menstruación, el parto, abortos, etc.). Lo que conduciría al temor por el daño producido en una relación incestuosa.

Karen Horney no apoya la tesis de Freud de la importancia de la fase fálica infantil y se sitúa en la misma línea de Melanie Klein en lo referente a la posición femenina inicial, al conocimiento de la vagina y a los destructivos impulsos tempranos que la niña dirige al cuerpo materno y el miedo consiguiente a la retaliación.

La cuestión que está en juego, desde mi punto de vista, es el concepto de falo. ¿De qué está hablando Karen Horney cuando critica la fase fálica femenina? Considero que se está apelando exclusivamente a la cuestión del órgano que es preeminente en la mujer. Si es la vagina (considerada como típicamente femenina) o es el clítoris (supuesto como órgano masculino). La polémica, tal y como la plantea esta autora, está en términos biológicos más que simbólicos. Horney está hablando de lo real del cuerpo, esto es, de sensaciones, de tamaños, de desventajas físicas entre los genitales, de mayor o menor vulnerabilidad del cuerpo, etc.

Para esta autora, son los órganos genitales, las sensaciones corporales y la percepción de la anatomía, lo que determina primariamente los deseos y el desarrollo mental de

la mujer. La niña es heterosexual de entrada. Los impulsos y sensaciones orgánicas espontáneas determinan sus teorías sexuales infantiles. La niña tiene sensaciones vaginales, lo que implica el conocimiento de que algo debe penetrar en esa parte del cuerpo. El deseo de un hijo, como he dicho, sería incluso anterior al deseo libidinal del pene. Lo considera con las mismas características que una pulsión, por su carácter constante. En cualquier caso, se nos vuelve a plantear la duda, ¿cómo podemos hablar de pulsión y mantener al mismo tiempo la idea de algo dado por la biología?

Por otra parte, el paralelismo bio-psicológico que Karen Horney defiende y la asociación indefectible que encuentra entre sexualidad y reproducción, hace que esta autora considere que si la sexualidad humana es pulsional, la reproducción también ha de ser una pulsión.

Aunque Karen Horney trata de dar énfasis a los aspectos sociales que influyen en la mujer, sin embargo, en el fondo está mucho más influida por el paradigma biológico que por el sociológico y el antropológico⁶⁶. Horney tampoco capta el aspecto simbólico al que Freud está apelando cuando habla de la fase fálica infantil.

⁶⁶ Al menos en lo que respecta al deseo de un hijo la orientación de Horney es más biologicista. Si bien esta autora, desde una perspectiva culturalista, señala la importancia de los factores sociales que refuerzan los conflictos infantiles y sobre todo, las condiciones específicas de la cultura en que vivimos como causa de las neurosis (Horney, 1973).

Esta autora concluye que lo específicamente femenino está reprimido. O dicho de otra forma, “la esencia” de lo femenino, la naturaleza femenina está en el terreno de lo biológico y que la niña de entrada es heterosexual. El orden cultural producirá, después, toda una serie de derivaciones más o menos laberínticas que posibiliten o entorpezcan esa feminidad natural o la subordinación a un orden cultural masculino. Hay implícita, una concepción de que existe algo natural, instintivo, no atravesado por el orden simbólico y cultural. Algo que resta oculto bajo la conformación externa producida por la cultura. Esta idea será retomada y redefinida por Lacan (1972-73) en el <<Seminario 20: Aún>> ubicando algo del goce femenino fuera del orden simbólico. De forma diferente, también será retomada por las psicoanalistas que se integran en los movimientos feministas posteriores. Horney tiene el mérito de analizar los efectos que la cultura puede producir en el psiquismo, pero sin embargo, su tesis es mucho más biologicista de lo que ella misma cree. En última instancia plantea la cuestión en términos orgánicos e ideológicos, de qué pueden el hombre o la mujer estar más orgullosos, qué envidian unos y otros. Quién tiene más o menos ventaja anatomo-fisiológica, qué es más valioso la maternidad o la posesión del órgano sexual masculino, etc. Reflexiones que, paradójicamente, no están exentas de las mismas consideraciones ideológicas culturales que critica.

3.3. Ernest Jones: Sostiene una heterosexualidad natural en correspondencia con la naturalidad del deseo de tener un hijo. El complejo de masculinidad de la niña es una defensa reactiva contra su miedo a esa feminidad primordial, a las ansiedades y angustias que ésta, el complejo de Edipo y la “afánisis” despiertan. El deseo, primario y objetal, de tener un hijo deriva del deseo libidinal por el pene. Ambos son deseos femeninos por sí mismos.

En 1927 y con motivo del X Congreso Internacional de Psicoanálisis, Jones lee su artículo “*El desarrollo temprano de la sexualidad femenina*” en el que, cómo vimos, se ubica del lado de la Escuela de Londres.

Al estudiar las etapas del desarrollo de la niña, Ernest Jones (1927, pp. 464-465) coincide con Klein en que existe un pasaje bastante directo de la oralidad al Edipo. Al comienzo la relación oral con el pene imaginario es completamente positiva, pero pronto la envidia del pene entra en escena. Jones (1927, p. 465) distingue entre la envidia del pene autoerótica y pre-edípica y la envidia de pene erótica y post-edípica. La niña, de entrada, tiene unos deseos femeninos propios. La envidia del pene es una defensa regresiva ante el deseo del pene en un acto sexual con el padre edípico. La decepción edípica puede reactivar, por regresión el antiguo deseo de la niña de poseer un pene propio.

La culpabilidad y la instauración del Superyo constituyen la primera y principal defensa ante la frustración edípica que despierta el temor a la “afánisis”. La afánisis designa, para este autor (Jones, 1927, pp. 461-466), la desaparición del deseo, el verse privado de toda posibilidad de goce sexual y consecuentemente la posibilidad de vincularse libidinalmente con el objeto amoroso⁶⁷. Según el sexo y la etapa de organización sexual alcanzada, el temor a la afánisis puede referirse al peligro de la destrucción del pene, de la vagina, del ano, de la boca, etc. Por otra parte, cuando la satisfacción de una determinada zona erótica, por ejemplo, la vagina, entraña demasiado peligro, la sensibilidad sexual se desplaza a otra zona, principalmente al clítoris, evitando la afánisis. Detrás del miedo a la castración se perfila, en los dos sexos, el temor a la abolición total y definitiva de la sexualidad. Ambos sexos temen lo mismo, pero el miedo a la afánisis se manifiesta de diferentes maneras en cada uno de ellos (Jones, 1927, p. 463). En la mujer -que para este autor, por razones fisiológicas es más dependiente del varón para su satisfacción sexual- toma la forma de un miedo a la separación o el abandono. La niña puede intentar dos soluciones, cambiar de objeto o cambiar de deseo. Debe renunciar al padre o a la vagina, esto es, a los deseos incestuosos o a la vagina. En el primer caso encontraría una solución satisfactoria para su feminidad en un plano adulto, incluyendo su vagina y su sexualidad, y desplazando su interés libidinal del padre a otros hombres. En ese primer caso, los deseos femeninos se desarrollarían en un plano adulto, incluirían la aceptación de la vagina y del coito y culminarían con el embarazo y el

⁶⁷ Se puede pensar, desde una lectura lacaniana, que la “afánisis” o desaparición del deseo, aludiría también al temor a quedar capturado como objeto de deseo de la madre, objeto de goce fálico, sin posibilidad de constituir un sujeto de deseo.

parto. Pero en el segundo quedaría ligada al padre, identificada, presa del complejo de masculinidad (Jones, 1927, p. 466). La situación es idéntica en el niño que debe optar por renunciar a su pene o a sus deseos incestuosos. La falta de gratificación de los deseos edípicos y la amenaza de la afánesis es lo que pone en marcha el proceso.

En sus artículos “*La fase fálica*” (1933) y “*La sexualidad femenina precoz*” (1935) Jones reafirma su idea, opuesta a la de Freud, de que la niña es desde el principio femenina y no masculina, que está más preocupada por el interior de su cuerpo que por el exterior. La fase masculina no es más que una defensa reactiva contra su miedo a esa feminidad primordial⁶⁸. De hecho finaliza su artículo de 1933 apelando a una cita, dice, más antigua que Platón:

“*En el principio Dios los creo hombre y mujer*” (Jones, 1933, p. 33)

Ya en 1927 (pp. 469-472) Jones había considerado que la fase fálica en la mujer, con la ignorancia de la vagina, más que un estadio del desarrollo, es de naturaleza defensiva y secundaria. En 1933 (pp. 2-3) y en 1935 (p. 271) divide la etapa fálica, tal y como es concebida

⁶⁸ Jones sustenta las tesis de una feminidad primaria y del pasaje de una etapa vagino-anal a una “clito-fálica” como un repliegue de carácter defensivo. Podríamos ver en ello que apoya la tesis de la feminidad originaria de la niña sustentada por Freud en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*” (1910), en “*Pegan a un niño*” (1919) y en la clínica (tesis reprimida u olvidada, posteriormente a partir del abandono de su “neurótica”). Coincidiría Jones con la tesis defendida por Laplanche en “*Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*” (1987) y por Andréa en “*Los orígenes femeninos de la sexualidad*” (2002). Sin embargo, Jones argumenta desde una sexualidad femenina constitucional, no relacionada con la intromisión de la pulsión por parte del adulto cuidador, ni considerando el giro hacia la masculinidad como un intento de simbolización y de ligazón de la angustia asociada a la penetración.

por Freud en dos etapas. En la primera, protofálica, el niño piensa que todos tienen un pene y la niña que todos tienen clítoris. No existe conflicto alguno. En la segunda etapa, la deuterofálica, diferencian el mundo en términos fálico-castrado. Esta fase ya se acompaña de angustia y conflictividad para ambos sexos. Pero esta conflictividad, en el caso de la niña, es tan opuesta a la naturalidad que vincularía a la niña con su sexo biológico, que solo puede pensarse en ella como secundaria.

Mientras que para Freud (1924a, p.183 y 1931 p. 231) el paso de una fase a otra se asocia con el miedo a la castración que resulta de la percepción de los genitales del sexo opuesto, sumada a la amenaza de castración, Jones (1927, p. 464) se adhiere al punto de vista kleiniano. El niño atribuye a la madre un pene como el suyo, al que se representa como un pecho más satisfactorio, pero en función de su ambivalencia pulsional, se transforma, por proyección, en un órgano amenazador. La angustia de castración es la proyección de la pulsión oral que tiene por objeto el pene del padre. Es también una fase defensiva en el varón.

Jones (1933, p. 5-11) postula un impulso precoz del niño a penetrar, que genera naturalmente la intuición de una cavidad penetrable. Coincide con Karen Horney (1933c, pp. 168-184) en que la vagina no descubierta es una vagina negada. Según Jones, el niño ve en la castración de la mujer el destino que le espera si persiste en sus deseos femeninos. Entiende por deseos femeninos las pulsiones destructivas a través de la incorporación oral o anal. La idea de que estos deseos podrían satisfacerse en la vagina de la madre está

relacionada con la concepción infantil –enunciada por Klein- de la figura parental combinada y de que la madre posee el pene del padre, incorporado durante las relaciones sexuales. El deseo edípico de tener una relación sexual con la madre, de destruir y desalojar al pene del padre, se asocia con el temor a la retaliación, lo que le precipita a la fase deuterofálica (Jones, 1933, p. 14).

En la niña existiría también una fase pre-edípica que explicaría las fantasías tempranas referidas al padre. La niña decepcionada del pecho busca un objeto más satisfactorio, el pene-pezones. Imagina que la madre alimenta también al padre con el pecho y entra en una relación de rivalidad con él. Además, cree que su madre recibe del padre un pezón-pene y leche mucho más generosa de la que le dan a ella. Supone que el interior del cuerpo de su madre está repleto de cosas (leche, penes, hijos) que ha recibido del padre y que la niña quisiera tener para ella. Por eso quisiera penetrar en el cuerpo materno y despojarlo de sus contenidos. Reprime estas fantasías sádicas por temor a sufrir el castigo correspondiente, es decir, que su madre destruya el interior de su cuerpo. Además no puede permitirse mucha agresividad contra su madre porque depende de ella durante la primera infancia. Estas fantasías constituyen el punto de partida de la vinculación con el padre (Jones, 1933, p. 19-22).

El deseo de tener un hijo es para Ernest Jones (1927, p. 464), primario y objetual: la niña desea ante todo incorporar un pene y tener un hijo; éste no viene a sustituir el deseo imposible de tener un pene con fines narcisistas. El deseo de un hijo es un deseo femenino en sí

mismo. Esta misma idea la sostiene en 1933. Ernest Jones por contraposición a Freud (1925b, p. 274) dice:

“Estoy más acuerdo con Melanie Klein (1932) en que la ecuación pene-niño es innata, y que el deseo de la niña de tener un hijo –como el deseo normal de la mujer- es una continuación directa de su deseo alo-erótico por el pene. Ella quiere disfrutar teniendo un pene en su cuerpo y hacer un niño desde él, antes que tener un hijo como sustituto del pene propio que no puede tener” (Jones, 1933, p. 23).

Defiende, así, que tanto el deseo de hijo como el de un pene son de naturaleza libidinal.

En resumen, de la succión del pecho, y de sus sensaciones vaginales tempranas, derivaría la receptividad originaria de la niña. Ésta fantasea con un objeto libidinal, el pene, más satisfactorio que el pecho. Supone que el pene está contenido en el cuerpo de la madre y desea desposeerla del pene para disfrutarlo ella. Así accede al padre, pero entra en rivalidad con la madre. La conflictividad edípica obliga a la niña a renunciar al pene del padre e identificarse con él. Se coloca así en una posición masculina, en la que desea tener un pene, como su padre. Pero ahora, se trata de una posición defensiva generada por las ansiedades edípicas tempranas. La niña terminará renunciando al padre, pero conservará el deseo del pene (que ha reforzado su primer deseo libidinal). El deseo de obtener niños en compensación y sustitución por la no posesión del pene viene también a reforzar el deseo libidinal más temprano de tener bebés. En ese sentido para Jones el

deseo de un hijo es un deseo femenino en sí mismo. Innato como la propia feminidad.

La posición de Ernest Jones es una síntesis de las distintas teorías elaboradas por Karen Horney y Melanie Klein. De hecho fue Jones quien, como expuse, tomó partido en 1927 en el Congreso de la International Psychoanalytical Association en Innsbruck por la Escuela Inglesa, cuando emprendió la tarea de exponer las diferencias entre las posiciones de ambas Escuelas. En sus artículos de 1933 y 1935 mantiene su defensa de la Escuela de Londres. Como los demás autores de la Escuela Inglesa, tiene el mérito de tomar en consideración las relaciones arcaicas con la madre.

Ahora bien, Ernest Jones ve un desarrollo simétrico en la niña y en el niño. Considera que, de entrada, las niñas tienen tendencias heterosexuales femeninas y los varones, masculinas. Entiende que la división biológica de los sexos se refleja directamente en la vida psíquica de cada uno de ellos. La niña envidia el pene, que sugiere poder y gratificación inmediata y el niño la futura capacidad de reproducción de la niña, que sugiere creatividad inmediata. Sólo cuando el niño es rechazado por la madre y la niña por el padre, tiene lugar el complejo de castración. Se trata pues de una formación secundaria.

Para Jones, por tanto, existe una disposición biológica innata hacia la feminidad o hacia la masculinidad, que sólo

secundariamente sería afectada por la sociedad. Hombres y mujeres son creados por la naturaleza. Este realismo biologicista se opone a la concepción de Freud (1930, p. 103) en la que no hay una correspondencia entre feminidad y masculinidad y la biología o la psicología. Jones defiende un dualismo libidinal frente a la tesis de Freud de una libido única. La idea de una “naturaleza femenina” defendida por Jones, también entra en conflicto con las tesis de Freud sobre la bisexualidad, en el sentido de que ningún sujeto es poseedor de una pura especificidad masculina o femenina. Para Freud tampoco hay una complementariedad natural entre los sexos, sin embargo Jones así lo pretende. Aunque Freud se interese por la anatomía y por cómo se produce la diferencia sexual, su acento está puesto en lo simbólico.

Respecto al deseo de un hijo, para Jones es un deseo típico o naturalmente femenino. La “ecuación simbólica” lo que hace es reforzar lo que la naturaleza espontáneamente ha producido. Ernest Jones sitúa en el mismo plano la naturalidad de las posibilidades fisiológicas y la naturalidad del deseo. Es decir, si la mujer tiene anatómica y fisiológicamente la capacidad de tener hijos tiene que ser también natural que se produzca el deseo de tenerlos.

4. Síntesis y conclusiones: La Escuela Inglesa sostiene la tesis de un origen femenino de la sexualidad. Se centra prioritariamente en el estudio de la relación arcaica con la madre primigenia y en el primitivo deseo de un hijo –objeto parcial y libidinal-, común en niños y niñas. Habla de la envidiada capacidad creativa maternal, y del odio y ansiedades que ello suscita en ambos. Este deseo se tiñe de anhelos y rivalidades edípicas, pudiendo generar en la niña una huida hacia una identificación y posición masculina menos generadora de angustia. Sin embargo, esta Escuela no es ajena a concepciones biologicistas desde las que se justifica el deseo de un hijo como un deseo libidinal derivado del deseo originario de un pene. Salvo Melanie Klein, que da un peso trascendental a las fantasías esquizoides y sobre todo a las depresivas en relación con el deseo de un hijo, existe por parte de esta Escuela una concepción en la que se establece un paralelismo bio-psicológico, no exento de consideraciones ideológicas.

El debate que los autores de la Escuela Inglesa plantean con sus aportaciones clínicas y sus reflexiones teóricas críticas, lejos de suponer una ruptura o un cuestionamiento global a la constitución de la sexualidad femenina freudiana, tiene el valor de ayudar a sacar a la luz puntos oscuros dentro del saber psicoanalítico y a reflexionar acerca de ese “continente negro”. Así, por ejemplo, tras las contribuciones de

Melanie Klein, subyace un diálogo con Freud y Abraham, se tienen en cuenta los aportes de autores de la Escuela de Viena y se abre un campo sobre el que se apoyará Lacan en su retorno a Freud.

Melanie Klein encara sobre todo la temprana y remota relación con la madre y su incidencia en los primeros momentos de la constitución del aparato psíquico, en las identificaciones primarias, narcisistas, en el ámbito de lo que posteriormente Lacan relacionará con la relación especular, con el goce y con lo no simbolizado. Creemos que lo que Klein descubre a través de su técnica del juego tiene que ver con las etapas más arcaicas, con lo que Freud denomina:

“La identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata (no mediada), y más temprana que cualquiera investidura de objeto” (1923, p. 33).

Es decir, la identificación con el padre y la madre indiferenciados, o a la figura de los padres combinados, gozando sin límite. Como señala Nasio (1996, pp. 172-183), la identificación también con esa figura gozante que impele al niño a gozar, o la identificación con la madre fálica, no castrada. La madre como portadora de un pecho filogenético, mítico. Nasio (1996, p 183) relaciona ese pecho mítico con la nostalgia del objeto perdido, con la satisfacción alucinatoria y con la memoria de la pulsión. Memoria de la pulsión, en cuanto que entraña la dimensión histórica y cultural, unos padres que nos preceden. Cabe pensar que fuera esto de lo que Melanie Klein trataba al referirse al conocimiento innato que el bebé

tiene del pecho por herencia filogenética, de ese “saber innato” del goce y esa búsqueda imposible de un objeto que satisfaga la pulsión. Si bien esta autora sostiene la existencia de un objeto pulsional adecuado

Pero también podemos entender que Melanie Klein está hablando de la relación con una madre terrorífica que genera angustia en cuanto que confronta al niño con una sexualidad inconsciente, adulta e inasimilable por el bebé. Esto es, con los deseos inconscientes -y sexuales- presentes en los cuidados que la madre otorga al recién nacido. Está hablando de la respuesta de éste a los significantes enigmáticos generados en virtud de esa intromisión del mundo adulto en el bebé. Está refiriéndose a cómo la madre crea la pulsión y despierta la angustia frente a la misma, frente a algo externo-interno atacante (Laplanche, 1989, pp. 93-132).

La madre primigenia de la que habla Melanie Klein es también la madre fálica poseedora de todos los tesoros, entre ellos el pene y los bebés. En esta primerísima fase, el bebé deseado por la niña o el niño pequeño es todavía un objeto pulsional, parcial, imaginario, un objeto para el goce, sin límites, previo a la posición depresiva. Pero no existe todavía un Yo unificado, dado que las defensas esquizo-paranoides no permiten dicha integración, por tanto no podemos decir que se trate del deseo de un sujeto.

La angustia primaria para Klein no se refiere a la castración, sino a los temores derivados del deseo de muerte o destrucción del otro. El trabajo de duelo por la pérdida de la madre fálica, idealizada, “bien supremo” es lo que permite iniciar la reparación de la madre

dañada internalizada. Hacer el duelo por el objeto amado significa también la posibilidad de restaurar los objetos interiorizados, reerigirlos dentro. Tolerar, reconocer y responsabilizarse de los propios impulsos destructivos. Admitir al objeto total (bueno y malo, gratificante y frustrante, protector o perseguidor) dolerse por el daño causado, saber de los propios deseos sádicos y aceptarlos, pero también y sobre todo, saber de sus posibilidades de reparar el daño, eficazmente y sin rehuirlo. En eso consiste la elaboración o trabajo de duelo, la superación de la posición depresiva. Supone, asimismo, poner límite a la envidia y a los irrefrenables deseos e impulsos sádicos. Para Klein, el duelo y la reparación tras la posición depresiva es lo que posibilita la disolución del complejo de Edipo y la renuncia a los deseos incestuosos. Admitir un goce limitado, ordenado. Organizar un mundo caótico, aceptar la prohibición del incesto. Lo que posteriormente Lacan (1956-57) abordará como acceso a lo simbólico, o a la función paterna.

Y como ya he expresado, tener un bebé, tras el trabajo de duelo, representa una posibilidad de restauración de un número de objetos, y aún en algunos casos, la recreación de todo un mundo interior. Para Melanie Klein el deseo de un hijo en este momento, es una forma más de recrear la mujer su mundo interno, pero lo que permite que se constituya como sujeto deseante y como mujer, no es el deseo de un hijo, es el trabajo de duelo y la reparación. El hijo es una forma de reparación. Hay otras.

El punto de vista de **Karen Horney**, en lo que respecta al deseo de un hijo, está más influido por una concepción biologicista de lo que

ella misma sostiene explícitamente. Horney defiende una heterosexualidad natural. Habla de sensaciones vaginales, de manifestaciones fisiológicas y diferencias anatómicas que determinan los deseos sexuales. Cuando Karen Horney critica la fase fálica femenina defendida por Freud está tomando en consideración fundamentalmente una cuestión biológica, la relativa al órgano que se supone es preeminente en la mujer y a las ventajas o desventajas del cuerpo femenino en relación al cuerpo del varón. Sin embargo, Freud habla del cuerpo pero está refiriéndose al cuerpo pulsional, no a la anatomía.

De otro lado, a pesar de que esta autora sostenga que el anhelo de un hijo es un deseo pulsional, sin embargo, al concebirlo como algo dado, como el más femenino de los deseos -entendiendo lo femenino como aquello al margen de la cultura masculina- en cierto modo está defendiendo algo natural, no pulsional.

Horney, como ya he expuesto, plantea la diferencia sexual en términos orgánicos e incluso ideológicos, esto es, de qué pueden los hombres o las mujeres estar más orgullosos, qué envidian unos y otros, quienes tienen más o menos ventajas anatomo-fisiológicas, qué es más valioso la maternidad o la posesión del órgano sexual masculino, etc. Defiende que la cultura valora más lo masculino y deprecia lo femenino. Basa la psicología de la mujer sobre una identidad propia, reprimida por la cultura masculina, por el poder masculino. Habla de la verdadera naturaleza de la mujer. Y busca, implícita o explícitamente, cual es la esencia de la mujer. Critica al psicoanálisis como una teoría

obra de un genio masculino, por consiguiente, incapaz de resolver la cuestión femenina.

Cuando afirma que la esencia de lo femenino está en el terreno de lo biológico, y que el orden cultural es masculino, hay implícita, una concepción de que existe algo natural, instintivo. Algo que resta oculto bajo la conformación externa producida por la cultura⁶⁹. Esta idea será retomada por las psicoanalistas que se integran en los movimientos feministas posteriores.

Esta autora paulatinamente fue rompiendo con las tesis básicas de Freud y aproximándose a una visión sociológica y culturalista. Al intentar reflexionar sobre los efectos de la sociedad desestima que hay algo traumático en la propia pulsión y la sexualidad humana en sí, algo que no cabe explicarlo sólo por los efectos patógenos de una sociedad represora (Freud, 1908, p.171), sino que como Freud sostiene en “*Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*” (1912a, pp. 182-83), en “*Más allá del principio del placer*”(1920, pp. 10 y 60-61) y en “*El malestar en la cultura*” (Freud, 1930, pp. 94-96) no permite la experiencia de satisfacción absoluta. Algo que remite, además, al inconsciente y a la estructura misma del psiquismo, pero

⁶⁹ Frente al culturalismo de Horney, pero tomando en consideración la idea de asignar una función simbólica a los elementos de la cultura, esto es, profundizando en una perspectiva simbólica, Lacan (1972-73) concebirá también lo femenino –que no es equivalente a mujer ni ajeno a varón- como aquello que está fuera de lo simbólico. Como lo real, ese resto oculto, inaccesible. Aquello imposible de simbolizar o anterior a la simbolización. Aquello previo a la constitución del sujeto. Y defenderá lo simbólico, el sistema de representación basado en el lenguaje, los signos y significaciones que determinan al sujeto, como lo masculino. Lacan entiende el lenguaje no en tanto que fenómeno social, sino en tanto rige el inconsciente (1958, p. 283)

que no puede ser explicado desde planteamientos sociológicos exclusivamente.

Ernest Jones secunda el dualismo frente a la tesis de la libido única. Sostiene, también, una disposición innata hacia la feminidad en la mujer. El deseo de un hijo en la mujer es algo primario y objetal, es el deseo femenino por excelencia. Como Karen Horney, cree en que la división biológica de los sexos se refleja directamente en la vida psíquica de cada uno. No distingue claramente entre lo que es psíquico y lo biológico. Ese paralelismo entre lo físico y lo psíquico es lo que le hace sustentar, implícitamente, la idea de que si la mujer posee capacidad para concebir, embarazarse y parir ha de tener también el deseo de hijos. La capacidad física garantizaría el deseo inconsciente.

Jones fue el encargado de exponer las tesis de las analistas londinenses comparándolas con las de Freud y la Escuela de Viena. Ahora bien, a pesar de las divergencias con la Escuela Vieneses no se puede negar que los aportes de la Escuela Inglesa a la cuestión de la sexualidad femenina son importantísimos. Los desacuerdos entre ambas escuelas reflejan un auténtico e interesantísimo debate en el que cada Escuela trata de investigar, matizar, defender y exponer ante sus oponentes sus descubrimientos, confrontarlos con los de la otra Escuela y tratar de dilucidar el fondo de los problemas. En un principio no hay un encierro en cada postura, sino intercambio de ideas y experiencias. Apoyaturas de unos sobre los logros de otros. Prueba de este entendimiento o de este reconocimiento a la discrepancia es el hecho de que el mismo Freud en sus obras *“La sexualidad femenina”* (1931) y *“La feminidad”* (1933b) no deja de recogerlos, rebatirlos o

tomarlos en consideración (Freud, 1931, pp. 243-44 y Freud, 1933b, pp. 111-125). En su organización edípica de la sexualidad femenina Freud, que había pasado por alto la importancia de las relaciones arcaicas con la madre, tuvo la honestidad de tomar en cuenta aspectos del debate en torno a la sexualidad femenina e incorporarlos a sus concepciones.

4.1. La diferencia sexual y el complejo de castración en el debate entre las dos Escuelas: En la polémica se manifiesta hasta qué punto es difícil conciliar la idea de la diferencia de los sexos y la bisexualidad con la idea de una libido única (de esencia masculina). Pero además, al hablar de masculino, femenino se mezclan niveles de análisis y sentido dispares: el biológico, el sociológico, el psíquico y el simbólico, para los que no existe suficientes vocablos que los diferencien. El complejo de castración tampoco responde a una acepción única común a todos los autores. El debate está profundamente impregnado de consideraciones ideológicas.

A pesar de las amplias discusiones y aportes clínicos de uno y otro lado tratando de justificar el origen de la sexualidad femenina, la cuestión queda sin concluir. Existen dos tesis en disputa, la de la sexualidad femenina originaria y la de la masculinidad inicial de la niña. Como hace notar Jacques André (2002, pp. 39-40) el mismo

Freud mantuvo las dos tesis acerca de la sexualidad femenina. La primera, defendida por la Escuela de Londres, la de un origen femenino de la sexualidad infantil de la niña y la segunda, defendida por los Vieneses, del origen masculino, fálico, de la sexualidad infantil. Aunque Freud al final de su vida se pronuncia a favor de la tesis de la libido única, sin embargo, hay planteamientos, flecos, restos de la primera que subyacen vigentes y que dan pie a estos debates. Así, la idea de que los procesos psicosexuales de la pubertad son repetición de lo infantil entra en contradicción con la de que la vagina, zona organizadora de la sexualidad de la mujer adulta, según la segunda tesis, carecería de anclaje en la sexualidad infantil. De ¿dónde provendría el conocimiento de la vagina en la pubertad si no se trata de repetición de lo infantil? O ¿Cómo y por qué se produciría la represión de las sensaciones vaginales, si no hay posibilidad de un conflicto en esa zona?

La Escuela Inglesa critica el monismo libidinal. A la tesis de la libido única de esencia fálica, masculina, Melanie Klein, Karen Horney y Ernest Jones, como miembros representativos de esta Escuela, han opuesto la de una diferencia de los sexos, o un dualismo sexual. Para la Escuela de Londres el deseo de la niña de ser masculina, de tener un pene no es primario, sino una actitud neurótica defensiva, consecuencia de sus angustias surgidas del complejo de Edipo temprano, desencadenado por frustraciones orales con la madre. Mientras que para la Escuela Vienesa la niña desconoce la vagina - aunque pueda tener alguna sensibilidad de la misma- y concentra toda su sexualidad infantil genital en el clítoris, para la Escuela Inglesa la niña tiene un conocimiento instintivo y *a priori* de sus órganos

genitales y sus funciones receptoras. Este conocimiento de la vagina se hace derivar de sensaciones vaginales tempranas o de un saber innato⁷⁰. Se identifica la sensibilidad física con el conocimiento psicológico natural y espontáneo de la existencia de la vagina. Para los Vieneses esas sensaciones vaginales tempranas serían herederas de la excitabilidad de la boca y del ano.

Desde mi punto de vista la importancia no estaría tanto en si es la excitabilidad del clítoris o de la vagina lo definitorio para la sexualidad femenina, sino en la bipolaridad falo no-falo que la percepción de la diferencia anatómica pene, no-pene y el orden cultural conjuntamente crean. Lo que se está discutiendo desde ambas Escuelas es si en la niña existe, de entrada y en función de su anatomía, un conocimiento natural, diferente del varón, de su cuerpo. Si existe o no, de entrada, algo femenino propio. La admisión de la sensibilidad de la vagina hace creer que la sexualidad femenina, en parte, vendría determinada de forma natural e instintiva y no por efecto del complejo de castración y de la Ley de prohibición del incesto. Parece ignorarse, además, la relación asimétrica entre el bebé y el adulto que lo cuida como un factor a tener en cuenta. Esto es, la influencia que un adulto con una psicosexualidad constituida y sometido a la prohibición del incesto, ejerce sobre el cuerpo del recién nacido⁷¹. Es decir, a veces, se ignora que la pulsión no es un mero instinto, que la anatomía está

⁷⁰ Innato en el sentido de que le viene dado. Si bien este saber dado derivó, también, hacia consideraciones instintivas y biológicas, frente a la consideración pulsional.

⁷¹ Jacques André (2002) defiende la tesis de los orígenes femeninos de la psicosexualidad humana (con independencia del sexo anatómico del recién nacido) apoyándose en la tesis de Laplanche (1992) de la seducción originaria, de la efracción del bebé por la intromisión de la sexualidad escindida del adulto, y de la pasividad e imposibilidad del sujeto infantil para hacer frente al exceso de la exigencia pulsional que dicha intrusión implica.

atravesada por fantasías y por la cultura. No se puede hablar de sensaciones fisiológicas ajenas a un aparato psíquico o a una estructura psíquica desde la que se percibe. Y esta estructura psíquica no es indiferente al orden cultural.

El debate, como vemos, se planteó en términos de si existe o no sensibilidad vaginal. Entiendo que la sensibilidad de la vagina en sí, siendo importante, no bastaría para configurar la sexualidad femenina. Además, tampoco invalidaría la importancia que la percepción de la diferencia anatómica corporal en correlación con la Ley de prohibición del incesto del orden cultural crea. Sin embargo, en esta polémica la cuestión está abordada en términos de anatomías, de sensaciones físicas, de quiénes tienen más o menos, mayores o menores ventajas, etc. En el debate está pesando, además de un paradigma biologicista, un bagaje cultural patriarcal, de distribución asimétrica del poder. La identificación del falo con el símbolo de la dominación dificulta más aún la comprensión del concepto de castración y de la construcción de la diferencia sexual. En virtud del nacimiento de los movimientos feministas está cuestionándose, también, dicho enfoque biológico, pero lo hace en términos reivindicativos de invertir la situación o hacer justicia a las mujeres, es decir en términos ideológicos. Si sólo existe un polo para representar la diferencia sexual y ese polo —el falo— se interpreta o se asocia a la masculinidad (y por ende a la opresión), se busca encontrar en el “más acá” del falo (antes de la etapa fálica) lo que sería esencialmente femenino. Ahora bien, el falo apenas es vislumbrado más allá de sus connivencias con el órgano anatómico que constituye su soporte.

En la disputa se manifiesta hasta qué punto es difícil conciliar la idea de la diferencia de los sexos y la bisexualidad (psíquica) con la idea de una libido única (de esencia masculina). Pero además, se habla de masculino y femenino y se mezclan niveles de análisis y sentido dispares: el biológico, el sociológico, el ideológico, el psíquico y el simbólico, para los que no existe suficientes vocablos que los diferencien. Falta una terminología particular para distinguir, al menos, los dos dominios principales de la sexualidad, el de la determinación anatómica y el de la representación simbólica o subjetiva. Freud está hablando de la existencia de un polo único de representaciones, el falo. Y muestra que la sexualidad, además de una cuestión corporal, es una representación o una construcción mental.

Cuando, en el seno de este debate, se habla de angustia de castración se discute de cosas distintas. En unos casos se está apelando a la realidad anatómica de la falta del pene en cuanto al órgano real. En otros se entiende como el sentimiento de desventaja que experimentan las niñas ante la percepción del pene o el temor de los varones ante la percepción de la ausencia del mismo y de las consiguientes teorías que ambos, niños y niñas, elaboran para explicarse el enigma de la diferencia anatómica. Se diserta sobre la angustia de castración como un conflicto neurótico o una herida psicológica que exige una solución. Se debate sobre si ese complejo de castración y la subsiguiente envidia de pene en las niñas es algo secundario o es primario, si está biológicamente determinado o si se trata de un efecto de las relaciones edípicas con los padres. Se discute también acerca de si la castración se relaciona con la frustración del pecho materno, a la que se añade la privación del pene paterno, con la falta de pene en la madre, pero

apenas se tiene en cuenta el aspecto simbólico derivado de la Ley de interdicción del incesto que alude al corte con un mundo natural y que da pié a la entrada en el orden cultural. Para Klein lo importante no es tanto la angustia de castración, como las angustias tempranas experimentadas con relación a los impulsos sádicos del bebé. Y si señala un aspecto estructural, éste no se refiere tanto al complejo de castración como a la reparación, elaboración del duelo y superación de la posición depresiva.

Klein habla de la envidia tanto en los niños como en las niñas, pero entiendo que no es en sí la envidia de la maternidad real o del pene anatómico⁷², como ha sido interpretada por gran parte de los autores. Desde ambas Escuelas se le da a la castración un sentido prioritariamente anatómico. Y, concibiendo en lo real, en la anatomía, la castración como algo que afecta, sobre todo y directamente, al cuerpo de la mujer se piensa que la naturaleza ha de compensarla de tan gran injusticia, y se busca aquello en que la naturaleza la ha resarcido, la maternidad.

Tanto los autores de la Escuela Inglesa como los de la Vienesca cuando hablan de masculina y/o femenina, como mencioné, fácilmente

⁷² Desde mi punto de vista, lo que esta envidia muestra es la creencia (y el temor) en un ser completo, omnipotente, fálico y en la absoluta disponibilidad de un objeto deseable y pleno. La creencia en la posibilidad de tener y gozar de todo. Lo que la envidia plasma es la angustia de castración que afecta a todos. La castración en tanto simboliza, mediante la posesión o no del emblema del falo, la ruptura con el orden natural, el conflicto permanente, el mundo de lo pulsional. Se trata de una castración introducida por la cultura, por la Ley de prohibición del incesto. El sujeto sexuado, es decir, el que ha pasado por la experiencia de la castración, sea hombre o mujer, sabe que no puede ser todo y que no existe un objeto que proporcione un goce perfecto, total. Se coloca desde su carencia, desde los límites, en una u otra posición (masculina o femenina). Pero permanece siempre algo de ese deseo imposible de ser todo y de encontrar un objeto absolutamente adecuado

se deslizan hacia términos anatómicos y psicológicos. Sin embargo, Freud está hablando de libido de meta activa, fálica, masculina o libido de meta pasiva, femenina, en el niño y la niña cuando no existe todavía descubrimiento de la diferencia anatómica, en donde hay un polimorfismo, en donde se es todo o en donde se es de forma indistinta y sin discriminar una cosa u otra. Freud no está hablando de masculinidad o feminidad como algo ya establecido de forma natural sobre lo que pesarían después las presiones sociales. No se logra entender el concepto de bisexualidad en Freud como un polimorfismo pulsional y se interpreta en términos anatómicos, embriológicos o psicológicos.

Aunque se habla de una teoría e interpretación que los niños hacen de la percepción de la diferencia anatómica, sin embargo y como he expresado, no suele captarse todo el sentido simbólico que Freud pudo intuir y que Lacan, más tarde, intentará recuperar. Desde ambas escuelas se termina buscando implícita o explícitamente la “verdadera” naturaleza de la mujer y “normativamente” cuáles han de ser sus deseos. El complejo de castración, en general en ambas escuelas, no juega un papel crucial en la construcción del sujeto como tal ni, tampoco, en la instauración de la diferencia sexual. Se trata más bien de un miedo que surge de la experiencia de una persona que ya está constituida como sujeto cuando lo experimenta. Sin embargo, para Freud, es el pensamiento –generado en el orden cultural– el que construye la antinomia mujer-hombre. La naturaleza no está exenta de su representación en la vida psíquica, pero la biología no se refleja directamente en el psiquismo de cada sexo. En la bisexualidad no hay que buscar un sustrato biológico, se trata más bien de una organización

psíquica primaria perdurable. No hay un paralelismo entre el dominio de lo psíquico y el de lo biológico.

Por otra parte, y como ya he comentado, da la impresión que en este debate no están exentos los aspectos ideológicos subyacentes, vinculados con la distribución asimétrica del poder, las relaciones hombre-mujer y las reivindicaciones feministas: ¿Qué anatomía es más perfecta o superior? ¿Qué o quién puede suscitar más envidia? ¿Quién tiene mayor o menor influencia en la construcción del psiquismo: el padre o la madre, lo masculino o lo femenino? ¿Qué período tiene más trascendencia para el ser humano el pre-edípico o el edípico?⁷³ ¿Olvidamos que el complejo de Edipo puede entenderse -en el sentido lato- como presente también en la primigenia vinculación con la madre? Las preguntas referidas a qué momento es más importante el pre-edípico o el edípico remiten, también, al problema que encierra el concepto de evolución y desarrollo psicológico. ¿Nos ceñimos a un criterio exclusivamente cronológico, en dónde lo que sucede primero supone el fundamento a lo que acontece con posterioridad o nos atenemos al concepto de retroactividad, en el que sucesos ulteriores alteran las experiencias previas? ¿Existe algún momento estructural que altere las experiencias de niños y niñas? Las Escuelas de Viena y Londres apuntan al complejo de castración con mayor o menor énfasis. Klein enfatiza la reparación propia de la posición depresiva, como el

⁷³ Lo pre-edípico puede entenderse no sólo como lo más arcaico y aquello que antecede a lo edípico sino, como menciona Gutiérrez Terrazas (2002, pp. 68-69), como aquello que se contrapone -en una dialéctica inseparable- a la integración edípica, como aquel resto pulsional que ataca la estructuración edípica, que se opone a la organización e integración yoica y obstaculiza el establecimiento de las instancias ideales.

momento clave de unificación del sujeto y del objeto, y de admisión de sus límites.

4.2. El deseo de un hijo desde las concepciones de las dos Escuelas: A pesar de las diferencias en cuanto a la consideración del monismo sexual y al significado y valor atribuido a la envidia de pene, ambas Escuelas terminan considerando que el deseo de un hijo viene determinado por la propia pulsión; sobre ésta, se depositarán las demás influencias psicológicas y sociales. Ambas consideran que se trata del deseo femenino por excelencia y asocian maternidad y feminidad. Rechazar la maternidad –salvo para Abraham y sobre todo para Klein- implica algún problema con la asunción de la feminidad por parte de la mujer. Coinciden en la ecuación que iguala pene=niño=heces=regalo y explica la sustitución o equivalencia de un objeto por otro.

Según la Escuela Vienesista el deseo más originario de un hijo proviene de la identificación con la madre activa y fecunda. Se trata de un deseo previo a la percepción de la diferencia sexual. Este deseo se uniría con la idea de donación o regalo propia de la fase anal y se asociaría con las experiencias libidinales y orgánicas, esto es con la alimentación, digestión, producción de heces y defecación. Este deseo

previo a la percepción de la diferencia anatómica es abandonado al aceptar la niña su propia castración y la imposibilidad real de fecundar a la madre.

El segundo momento de construcción del deseo de un hijo para esta escuela, se produce al acceder la niña al complejo de Edipo positivo, al experimentar la envidia de pene derivada de la percepción de la diferencia anatómica e interpretar esta última como una castración. La niña espera que el padre le dé en compensación un hijo y así adopta su posición femenina. Aspira a recibir un hijo del padre como sustituto del pene que no se le concedió y en calidad de regalo.

Según la Escuela Vienesa, el fracaso en la actitud masculina obliga a la niña a aceptar el papel femenino. La niña fantasea con la posesión de un pene en el exterior de su cuerpo y la posesión de un niño pasará a ser una sustitución frente a esa imposibilidad. Pero, ¿por qué se produce esa compensación que hace virar el interés por el pene externo, en el lugar de nada, hacia el deseo de un niño interno, que a su vez llevará al deseo edípico por el pene del padre?

El cambio del pene al niño se produce, según esta Escuela, por varias razones:

1. Por ser lo único que pueden tener las mujeres que les compense por su falta de pene. El deseo de un hijo es la única forma de resarcir a la mujer de la herida narcisista generada por su castración y su consecuente envidia de pene.

2. Por la asociación entre las funciones digestivas y las reproductivas. Así se vincularán la idea de heces con la de regalo, estas dos con la de pene y este último con la idea de niño⁷⁴.
3. El hijo es también una compensación-regalo a la, no sabemos si supuesta o real, inferioridad anatómica. (La envidia del pene, en el fondo, es pensada en términos anatómicos reales. Aunque se habla de las fantasías y construcciones teóricas en relación a la envidia de pene y con la feminidad, sin embargo, no se prescinde de una concepción profundamente biologicista. Así, se habla de insatisfacciones reales derivadas de sus órganos sexuales considerados como rudimentarios o inadecuados. Se defiende una psicología constitucional, un paralelismo entre la biología y la psicología, se compara el comportamiento del óvulo con la pasividad de la mujer, etc.).
4. Se apela también a las raíces biológicas del deseo de un hijo, a una disposición dada o a un instinto maternal. Aunque esto entraría en contradicción con la idea sustentada por esta escuela de una masculinidad originaria y con la de una sexualidad pulsional y no instintiva.

⁷⁴ Aunque se apela a la ecuación pene=hijo no se alcanza a entender la ecuación misma, sino que se dilucida como una sustitución simbólica del pene por el niño. Sustitución simbólica que consiste exclusivamente en poner una cosa en lugar de otra, pero que no añade nada nuevo. Con lo cual el hijo puede transformarse en un objeto que niegue la diferencia anatómica, o en un objeto para el goce incestuoso y exclusivo de la madre.

Pero, por otra parte, en ese afán de determinar cual es la esencia de la feminidad, los autores de este grupo terminan por asociar maternidad y feminidad. Para acceder a desear como mujer hay que desear previamente ser madre. Dicha asociación tiene además un carácter normativizante. El deseo de un hijo o el hijo mismo es la condición necesaria para alcanzar la normalidad o la madurez⁷⁵.

La posibilidad real de ser madre para estos autores ha de ser coherente y armónica con el deseo de serlo. Además de hacer recaer la función reproductiva casi exclusivamente sobre la mujer, se entiende que tiene que existir una relación adaptativa entre lo que serían instintos reproductivos como especie y la sexualidad femenina. Idea que es contraria a las tesis psicoanalíticas en donde se defiende el conflicto entre las pulsiones sexuales y las de autoconservación.

La identificación entre maternidad y sexualidad femenina es tal que hace afirmar a Deutsch no sólo que en el inconsciente la vagina se identifique con el niño, sino que la vagina misma es un órgano creado por la naturaleza con la finalidad reproductiva y no para la función sexual y que sólo la intervención del órgano sexual masculino la despertaría para esta función. Marie Bonaparte sostiene que la aceptación psíquica de la maternidad es favorable a la excitabilidad vaginal y a su adaptación erótica al coito.

⁷⁵ Ya apunté cómo Abraham (1920, p. 276) es el único autor que percibe que no es una condición suficiente, puesto que hay mujeres que pueden desear un hijo precisamente como expresión de su envidia de pene no resuelta o como una forma de negar la diferencia anatómica, arrebatarse y ansiar tener un hijo ella sola.

Los partidarios de la Escuela Inglesa suponen que la niña adopta transitoria o permanentemente una actitud viril por las frustraciones sufridas en sus tendencias primariamente femeninas. Entre estas tendencias, para Jones y Horney está la de tener un hijo. Ahora bien, como vimos, aunque la Escuela de Viena, defiende una masculinidad originaria de la niña, no descarta una tendencia innata hacia el hijo.

En Klein el proceso es más complejo. Esta autora señala dos momentos en el deseo de un hijo. Un primer momento, relacionado con la identificación primaria, directa y no mediada con la madre (en ello coincidiría la Escuela de Viena), pero también manifestación de un deseo libidinal. Y distingue un segundo momento del deseo de un hijo como una de las formas de reparar y recrear el mundo interno. En el primer momento el bebé deseado sería todavía un objeto parcial, pulsional, equivalente a cualquier otro objeto -pecho, heces, orina, pene- capaz de satisfacer sus pulsiones parciales. Pero, en tanto que pulsional, es también vivido como un instrumento deseable pero peligroso, perseguidor o atacante. Si la niña, femenina de entrada, imagina y desea tener un pene es, primero, para que la madre no pueda destruir el interior de su cuerpo y para poder, después, aliviar su sentimiento de culpa ofreciendo su pene imaginario a la madre o al padre, a quienes se lo ha robado en fantasías anteriores. Dentro de esta dinámica de agresión, temor a la retaliación, deseos de reparar, el hijo, en un segundo momento, constituye una posibilidad de reparar los daños infringidos o sufridos. Entre el primer momento y el segundo tiene que haberse producido un cambio importante. El paso de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva. El duelo por los

daños ocasionados y el deseo de reparar. La posición depresiva significa el acceso a los objetos totales y a la integración del propio yo. Supone, por tanto, un momento estructural. El deseo de un hijo sería una de las formas de reparar. Lo que constituye a la mujer no es el desear un hijo, sino el pasaje por ese momento estructural, el trabajo de duelo y la reparación. La concepción de Klein permite pensar la organización subjetiva no ya en términos de estadios más o menos biológicos, sino según el sistema en el que el mundo fantasmático del yo esté organizado. Según se distinga o no la realidad objetiva de la subjetiva. El deseo de un hijo por y en sí mismo no implica nada definitorio, depende de cómo esté organizado ese mundo fantasmático.

Sin embargo, en Karen Horney y también en Ernest Jones, aunque se incluyen en la Escuela británica y defienden los postulados londinenses, volvemos a ver esa concepción instintiva y biologicista y esa confusión en torno al pene y el falo, un paralelismo psico-biológico, unas concepciones ideológicas acerca del deseo de un hijo.

Podemos decir, que en general en ambas escuelas apenas se diferencia el pene como órgano anatómico –con características tales como capacidad para penetrar, erección, etc.-, de la imagen del falo –en tanto que figuración o apariencia de plenitud o de perfección narcisista- y simbólico. En este sentido la revisión y aportación posterior de Lacan distinguiendo tres registros, real, simbólico e imaginario supone un aporte clarificador importante. La asimilación del falo a un puro significante de la potencia vital compartido por ambos sexos por igual entraña una posible salida de la espiral paralizante a la que se había llegado.

De otro lado y respecto al deseo de un hijo, como he expuesto, los partidarios de la Escuela de Viena y el mismo Freud mantienen también dos tesis: por un lado la tesis de que el niño es heredero de un pene interno que excita una mucosa, teoría cloacal por asociación heces=pene=niño (Freud, 1917) y, por otro la de un niño heredero de un pene externo envidiado (Freud, 1933b). En ambas tesis está presente siempre la ecuación heces=pene=regalo=hijo, que todos defienden. Pero no queda claro por qué se produce esta asociación. ¿Se trata de una asociación derivada de la sensibilidad corporal (las heces como objeto que excita la mucosa anal, como el pene la vagina), del parecido por el lado de la imagen (heces=pene), del lado de la anatomía (tanto las heces, como el niño crecen en el cuerpo), del lado de las relaciones sociales entre dos (las heces, como el pene o los niños se regalan), del lado del lenguaje (el *pequeño* = el (niño) *pequeño* = el (pene) *pequeño*) o del sentido simbólico (el hijo como medio de reparar)? La cuestión queda en suspenso.

Las dos escuelas, inglesa y vienesa, aunque tienen en cuenta las fantasías subsiguientes implicadas, no obstante, subrayan o apenas cuestionan la predisposición natural y biológica hacia el hijo, en correspondencia con una feminidad esencial relacionada con la anatomía de su cuerpo⁷⁶.

⁷⁶ Salvo Melanie Klein que lo relaciona con una fase femenina común para niños y niñas. Cabría pensar que los autores englobados en la Escuela de Viena, aunque parten de una masculinidad originaria, sin embargo, todos apuntan la idea de un deseo inicial de un hijo, deseo producido por identificación con la madre. Deseo, en ese sentido, femenino, aunque no unido a una fisiología natural.

Tanto en los vieneses como en los londinenses está pesando el paradigma biológico preeminente, la asociación indefectible entre la sexualidad humana y la reproducción. De modo que si la mujer puede embarazarse, ha de desearlo. O si se tienen deseos sexuales, estos tienen que ir parejos a los deseos de un hijo. O si se admite que la sexualidad humana es pulsional y no instintiva, entonces el deseo de hijo también debería ser o instintivo, o al menos, pulsional. Es decir, se establece un paralelismo entre los fenómenos biológicos y psíquicos. Se confunde la fisiología con la psicología. Es decir, si de la sexualidad humana se deriva el hijo, el deseo sexual tiene que ir siempre acompañado del deseo de un bebé⁷⁷.

Ambas escuelas subrayan la equiparación en el inconsciente del pene con el hijo y, o bien dan por natural sin más explicaciones esta ecuación simbólica⁷⁸. ¿Cabe pensar que esta asociación entre fisiología y psicología, entre mujer y madre, haya llevado a no cuestionarse a fondo por qué se produce esa ecuación pene=niño? Los autores que hemos abordado fundamentan ese paralelismo psico-fisiológico, pero

⁷⁷ Nos planteamos por qué esa asociación se refiere fundamentalmente a la mujer y no al varón. Es factible pensar que aspectos ideológicos, relativos a la identificación de mujer y madre, estén influyendo en esa conexión incuestionable.

⁷⁸ Como ya dije anteriormente, Hinshelwood (1992, pp. 399-40) recoge como Hanna Segal, de la Escuela Inglesa, diferencia entre una “representación simbólica” en la que al símbolo se le reconocen características propias distintas de lo simbolizado, mientras que en la “ecuación simbólica” el símbolo es lo simbolizado mismo (en palabras de Freud la representación palabra es tratada como la representación cosa en sí misma) a causa de la fusión del self y del objeto. Señala también Hinshelwood cómo el simbolizar –bien sea en esa forma precaria de “ecuación simbólica” o mero desplazamiento y sustitución de un objeto por otro, o bien en una simbolización más exitosa y diferenciada propia de la superación de la posición depresiva-, es ya una estrategia defensiva. Desear un hijo, puede estar operando desde esta estrategia primera, o desde esta insuficiente y precaria asociación hijo=pene. Pero la razón por la que se genera o se moviliza esa asociación o ecuación pene=niño queda en suspenso.

como vimos, lo hacen desde la anatomía real y la fisiología a las que se une posteriormente las fantasías.

Klein es, desde mi criterio, quien encara un nuevo ámbito de exploración al profundizar en la temprana relación con la madre. Expone cómo son esos deseos primarios infantiles, las pulsiones, imposibles de satisfacer. Aunque no hay en ella una reflexión acerca del “goce” y de la “madre fálica”, ni utiliza esa terminología, considero que abre enormes posibilidades a una investigación posterior. Klein describe una organización subjetiva no en términos biológicos, sino según un sistema fantasmático construido sobre el escenario del cuerpo materno. La realidad externa y la interna se constituyen juntas. La realidad objetiva o el cuerpo anatómico tienen valor si tomamos en cuenta el mundo fantasmático desde donde son percibidos.

En lo que respecta al deseo de un hijo, no considera a éste como lo que mágicamente va a generar la salud mental o el acceso a la normalidad de la mujer, por más que incluso la niña pueda utilizar defensas omnipotentes y mágicas en las que pretenda que esto ocurra. De hecho, el hijo puede constituirse en una “cosa” para el goce particular de la niña –o de la madre que habrá en ella en un futuro-, como arma para ser utilizada como defensa frente a la madre arcaica, como instrumento para atacar el cuerpo materno y sus contenidos, y para dañar la figura combinada madre-padre gozantes y omnipotentes. Esta autora puede percibir que el deseo de hijo, siendo un deseo importante, relacionado con algo que sucede en su propio cuerpo, es mucho más que la mera posibilidad fisiológica. Es una forma de reparación de su universo psíquico, no la única. Lo sustancial, como ya

dije, no es el deseo del hijo en sí, sino el trabajo de duelo y el deseo de reparar y crear. El hijo, para Klein, es o puede ser, pero no lo garantiza, una de las formas de crear, de reparar los daños producidos por la pulsión de muerte. Pero es menester otra cosa. Se requiere un cambio que no lo produce la aparición del deseo de un hijo por sí mismo, sino cómo acabo de mencionar, el pasaje por la posición depresiva.

Los partidarios de Jones y Horney y también algunos autores de la Escuela de Viena, critican la injusticia teórica cometida por Freud hacia la mujer, al que atribuyen una concepción en la que defiende una supuesta inferioridad física, social y moral de ésta. En un deseo de paliar y compensar dicha injusticia, tratan de buscar y comprender la “esencia” de la feminidad y estudiarla en términos no sólo cualitativos, sino también jerárquicos. La polémica se centra en dilucidar quien tiene mayor o menor superioridad fisiológica, en aportar las razones que lo justifican o excusan. En aquellos casos en que se supone que hay una inferioridad se trata de buscar las razones sociales que han producido esa desigualdad. Se persigue corregir la propia naturaleza o corregir la concepción errónea de Freud. En otros casos, se intenta demostrar que no hay tal inferioridad y que, por el contrario, la superioridad de la mujer se basa prioritariamente en su capacidad maternal. Unos entienden que si esta superioridad femenina no ha sido evidenciada es por los temores que ha suscitado en los hombres, que de forma más o menos consciente, se han organizado para invertir la situación y no percibir su inferioridad. Sin negar las cuestiones sociales que están pesando negativamente sobre las mujeres, considero que no se ha captado lo más revolucionario de la obra de Freud, que no sitúa la cuestión en quién anatómica, fisiológica o psicológicamente es

superior, ni en cual es la esencia de unos y otros, sino en cómo es el proceso hasta que se llega a una posición sexuada, en la que se desea como hombre o como mujer. Entiendo que el problema político y las cuestiones jurídicas e ideológicas relativas a la distribución asimétrica del poder entre hombres y mujeres oscurecen la investigación en un campo tan resbaladizo en el que existen tantos niveles simultáneos de análisis.

No es para Freud la “anatomía el destino” en el sentido de que haya un paralelismo biologicista entre el cuerpo y el alma, a modo de una reacción química que hace derivar la psicología de la anatomía actuando como un catalizador las presiones sociales. La “anatomía es el destino” porque el cuerpo es el sustrato real para el establecimiento de emblemas que nos identifican o porque en él se representa la falta de plenitud que impone el orden cultural y que afecta a todos, con un símbolo, el falo. Pero la anatomía en sí misma no produce efectos psíquicos si no va acompañada de algo más, y ese algo más es el orden cultural. Freud pudo intuir cómo la cultura introduce un orden nuevo, que al romper el orden natural añade una complejidad y una insatisfacción permanente. Si la maternidad se percibe como natural, eso también es una construcción cultural.

5. Marie Langer o el intento ecléctico: Las diferencias entre las escuelas relativas a la feminidad nunca llevaron a una escisión, sino que acabaron en una no resolución. Los efectos de esta no resolución persisten hasta nuestros días. Esta autora constituye un ejemplo prototípico de ese intento de convivencia entre concepciones diferentes, adoptando una postura ecléctica. Defiende la existencia de un instinto maternal biológico psicologizado “a posteriori”.

Si me he detenido en exponer lo que los autores de la Escuela vienesa y de la inglesa han aportado al tema objeto de estudio, es por el propio interés que tienen sus reflexiones y porque muchos de los autores posteriores que han abordado el deseo de un hijo han fundamentado sus trabajos en estos dos puntos de vista o en alguno de los aspectos defendidos por cada escuela.

A pesar de las diferentes concepciones de la feminidad entre las dos perspectivas, sin embargo, nunca se produjo una escisión. Las disensiones se hundieron en una cómoda no-resolución, quizá por la gran extensión que había alcanzado el psicoanálisis dentro de diversos países. Aunque hubiera un control centralizado frente a la autonomía nacional, la diversidad era una condición del crecimiento y ningún desacuerdo podía producir la intensidad de las primeras discusiones teóricas y la defensa de los conceptos psicoanalíticos en sus orígenes.

Entiendo que en la medida en que el psicoanálisis va siendo admitido, se puede discutir más fácilmente acerca de aquellos conceptos, enigmas que exigen nuevas explicaciones, sin que se tema por la conservación del corpus de conocimientos.

Es posible también, que a pesar de las amplias discusiones y aportes clínicos de uno y otro lado si no se produjo esa escisión fue porque como señalan Laplanche (1992, p.17) y Jacques André (2002, pp. 39-63) el primer disidente fue el propio padre del psicoanálisis. Freud defendió dos tesis acerca de la sexualidad femenina. La tesis de la sexualidad femenina inicial, defendida sobre todo en sus primeros textos clínicos⁷⁹ y la de la masculinidad originaria de la niña. Aunque Freud al final de su vida se pronuncia a favor de la segunda tesis (Freud, 1938, pp. 152-53), sin embargo, hay planteamientos, restos de la primera que subyacen vigentes y que despiertan el interés por la investigación de los psicoanalistas estudiados.

Por otra parte, Freud (1933b, p. 125) habla de la mujer “*sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano*”. Es decir, habla de la mujer prioritariamente en cuanto a su función en la reproducción. Pero la pregunta que sigue vigente es ¿el deseo de tener un hijo es parte integrante de la feminidad o no? ¿Es un deseo femenino natural o no? En lo que respecta a los autores participantes en la controversia sobre

⁷⁹ “Estudios sobre la histeria” (Breuer, y Freud, 1895); *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905b), 1918); “De la historia de una neurosis infantil. (El “hombre de los lobos)” (1918); “Pegan a un niño” (1919) y en 1920 “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”

la sexualidad femenina parece que la respuesta es afirmativa, salvo Melanie Klein, que aún reconociendo la importancia de la maternidad, no entiende esta última como lo definitorio de los deseos de la mujer. La cuestión de la feminidad reconoce Freud (1933b. p. 125) es incompleta y fragmentaria. Quizá este reconocimiento posibilitó el poder ubicarse de uno u otro lado sintiéndose todos colaboradores de Freud. El debate quedó abierto y sin concluir. Ahora bien, aunque no se produjeron deserciones, sí dejó la situación en un callejón sin salida, en una no resolución. De este impasse, del que Marie Langer constituye un ejemplo paradigmático, voy a hablar a continuación.

Tomando en consideración su experiencia clínica con mujeres, los trabajos de Karen Horney, Helene Deutsch, Melanie Klein y las investigaciones antropológicas de Margaret Mead, Marie Langer publica *“Maternidad y sexo. Estudio psicoanalítico y psicosomático”*. Aunque la primera edición salió en 1951, todavía en 1972 salió una nueva edición en la que la autora defiende sus tesis fundamentales. Esta obra se convierte en un clásico de la literatura psicoanalítica argentina. En ella se entrega a una extensa reflexión histórica y teórica sobre la sexualidad y funciones reproductivas hasta el fin del período de fecundidad de la mujer, esto es, hasta el momento en que maternidad y sexo pierden definitivamente toda interdependencia fisiológica.

Aunque Marie Langer tiene en cuenta las concepciones de Karen Horney se distancia del culturalismo y adopta una concepción unitaria del cuerpo biológico y el cuerpo psíquico basada en la medicina psicosomática y en el kleinismo. Expone cómo las condiciones

sociales, económicas, políticas y tecnológicas han repercutido en las funciones y trabajos que hombres, mujeres y niños han desempeñado en la sociedad. Estos factores han influido en la institución familiar, han provocado migraciones, la incorporación masiva de las mujeres al mundo laboral, la legalización del aborto, la aparición de otros ámbitos de trabajo, etc. En definitiva, nuevos problemas y nuevas formas de educar a los hijos, de considerarlos y de concebir expectativas respecto a ellos. Los progresos de la medicina inciden en la disminución de la mortalidad infantil y en la aparición de métodos anticonceptivos eficaces. A su vez, la declinación de la influencia religiosa viene a unirse a la serie de factores que han provocado cambios en la forma de ser de la mujer y en los modos en que ésta afronta su vida. El acto sexual cobra un nuevo significado, al no conducir necesariamente al embarazo, al aminorar la presión religiosa y al disponer la mujer de una mayor libertad e independencia. Ahora bien, las generaciones paulatinamente han ido admitiendo todos estos cambios, los propios padres y madres defienden el acceso de la mujer a los estudios, al mundo laboral, a su propia autonomía. Puede pensarse que la mujer actual no actúa por rebeldía frente a la madre, ni por reto frente a la sociedad. Se pregunta esta autora (Langer, 1964, p.16) si la mujer que trabaja, sin una perentoria necesidad económica, lo hace por rivalidad con el hombre, por envidia de pene o por una auténtica vocación y sublimación de sus instintos maternos.

La respuesta trata de encontrarla, desde el psicoanálisis –tomando en consideración a ambas escuelas-, desde la sociología y desde la antropología, siguiendo las investigaciones de Margaret Mead (1949, 1961a y 1961b) y Kardiner (1945). La antropología revela que mucho

de lo que llamamos femenino o masculino está débilmente unido al sexo biológico. La maleabilidad de la naturaleza humana es enorme, sin embargo para Marie Langer, esta ductilidad tiene límites:

“La mujer actual que se adapta totalmente a una sociedad anti-instintiva y anti-maternal sufrirá de alguna manera sus consecuencias siempre que no sepa integrar su logro profesional con su vida amorosa y de madre” (Langer, 1964, p.23).

Si antes los fines de su vida estaban claros, la nueva organización social hace que el nacimiento de un hijo sea sentido más bien como un estorbo económico y social que como una alegría. El ideal de la maternidad, acorde con sus impulsos, al cual la mujer aspiraba, se ha sustituido por otros múltiples ideales que pugnan con él. Sin embargo, siguen existiendo en la sociedad exigencias profesionales, familiares, maternas y sexuales para la mujer que son difíciles de coordinar y cumplir exitosamente. Incluso las mujeres que han decidido asumir su papel como madres prioritaria o exclusivamente, dados los cambios y modelos vigentes, tampoco encuentran satisfacción en ese fin. Si la vida sexual (en el sentido genital) para la mujer actual puede llegar a ser más satisfactoria, la vida procreativa dice Marie Langer se ha visto profundamente afectada. Esta autora se pregunta si es posible que se produzca la satisfacción sexual sin llegar a ser madre, esto es si la maternidad es realmente parte de la vida instintiva de la mujer o no⁸⁰ (Langer, 1964, p. 25).

⁸⁰ En *primer lugar* quiero señalar que Langer cuando habla de satisfacción sexual, está hablando de satisfacción genital. En *segundo lugar*, aunque tiene en cuenta los aspectos psicosexuales de la maternidad, sin embargo se desliza fácilmente hacia una consideración exclusivamente fisiológica. En *tercer lugar*, aunque ella se interroga en estos términos, creo que lo que habría que plantearse es si cabe seguir identificando mujer y madre. Si esta asociación es una creación cultural o es propia de la naturaleza. Se cuestiona acerca de esa asociación. Sin embargo, la pregunta la

En esta obra, aunque tiene en cuenta el relativismo cultural, adopta una concepción equivalente del cuerpo biológico y el cuerpo psíquico. Esto es, existe una interrelación y un paralelismo entre los procesos biológicos y los psicológicos. Identifica maternidad y feminidad⁸¹. Llega a la conclusión de que, desde el punto de vista del inconsciente, en la mujer existe una relación constante entre la aceptación del orgasmo y el placer por un lado, y el deseo de maternidad por el otro. Pero estoy anticipando sus argumentos y conclusiones.

Marie Langer (1964, p. 25) dice que la mujer:

*“Que está en conflicto consigo misma como tal, puede expresar, sin tener conciencia de ello, este conflicto en diferentes terrenos. Puede tener dificultades con sus hijos, puede sufrir distintos trastornos en su vida procreativa o puede, si el conflicto es demasiado grande esquivar del todo la maternidad. De las tres maneras expresa su rechazo de ser madre. Y este rechazo implica un hecho de suma importancia, porque significa que está en desacuerdo con su propio sexo y, por lo tanto con su propia existencia”*⁸².

formula partiendo de una concepción de la maternidad como un instinto, y lo que se pregunta es si la mujer tiene o no ese instinto. Hay ya una concepción biológica de la maternidad. Mantiene la tesis de que si la sexualidad es un instinto que persigue la reproducción de la especie, la maternidad también ha de ser un instinto.

⁸¹ Pero no clarifica qué entiende por maternidad y qué por feminidad. Se puede deducir que considera la maternidad como un instinto biológico enlazado al desarrollo psicosexual. Pero lo sexual lo toma como genital, esto es búsqueda del coito. La feminidad tendría que ver con esa búsqueda instintiva del coito, aunque también con su desarrollo psicosexual. En la medida en que maternidad y feminidad se relacionan con el desarrollo psicosexual, entonces están unidos. Pero en la medida en que psicosexual lo entiende como deseo genital, aunque observa que las mujeres desean la relación sexual y no el hijo, entonces estarían separados. Sin embargo defiende que en el inconsciente esa separación es imposible.

⁸² Los subrayados son míos.

Esta autora argumenta que en ambos sexos la sexualidad está supeditada a los fines de la procreación,

“Pero el hombre no lo siente así. Siente amor, excitación, necesidad del acto sexual, en el cual se condensa su participación biológica en el proceso de la procreación; puede sentir el afán psicológico de ser padre, pero generalmente no establece una relación directa entre su deseo genital y una posible paternidad. Sus sentimientos paternos no pueden ser interpretados como manifestaciones de un instinto de paternidad, sino que corresponden a causas y necesidades meramente psicológicas” (Langer, 1964, p. 25)⁸³.

Pero en la mujer es indisoluble lo biológico de lo psicológico. Desde la menarquía hasta la menopausia se desarrollan procesos biológicos destinados a la maternidad. Por la actuación endocrina de los ovarios, la mucosa de la matriz se prepara continuamente para recibir el óvulo fecundado y albergar el feto. Tomando en consideración los trabajos de Benedek y Rubenstein (1945) afirma que esta preparación biológica se manifiesta en unos cambios psicológicos correspondientes. Así, justo antes de la ovulación se incrementa el deseo sexual en la mujer y sus sentimientos de amor hacia su

⁸³ Entiendo que hay una confusión de conceptos. Confunde sexualidad con genitalidad. ¿A qué se refiere cuando dice que el hombre siente amor, excitación y necesidad del acto sexual? ¿Qué quiere decir cuando habla de “afán psicológico de ser padre”? Es de suponer que se refiere a los aspectos psico-sexuales que están implicados en ese amor y en ese afán. Sin embargo parece querer decir que la necesidad del acto sexual en el varón no es más que una descarga hormonal. Se olvida de que esa excitación, amor y necesidad del acto sexual, no es ajena a todo un desarrollo psico-sexual. Por otra parte, ¿A qué se refiere cuando habla de “instinto de paternidad”? ¿A la función que como especie le toca jugar? ¿A un instinto específico enraizado en la especie animal? Y ¿qué entiende por “meramente psicológicas”? Nuevamente parece que esta autora no atendiera al concepto de psicosexual. Lo psicológico lo desvincula de lo sexual. Lo sexual lo confunde con lo genital. Y lo genital, con una necesidad biológica.

compañero. La tendencia al embarazo, aunque permanezca inconsciente, se muestra con toda claridad en los sueños. Concluye Langer (1964, pp. 26-27) que existe un “*deseo instintivo en la mujer de ser fecundada y concebir un niño*”. Una asociación directa entre lo que sucede en su cuerpo y su psiquismo. Así, dice que los neoplasmas de la matriz que se producen en la menopausia de mujeres que no han tenido hijos, son formaciones de tejidos creadas por el útero, sustitutivas del hijo anhelado inconscientemente, que se gestan ahora cuando la mujer se enfrenta a la renuncia definitiva a las posibilidades de maternidad. La mujer, aunque utilice medios anticonceptivos y descarte conscientemente durante el coito las posibles consecuencias, percibe en su inconsciente una relación constante entre la aceptación del placer que le ofrece su compañero y la fantasía de un embarazo y un parto.

En definitiva, la mujer mientras no llega a la menopausia, consciente e inconscientemente se forma durante cada ciclo menstrual la fantasía de gestar un hijo. Solo con la desaparición de la menstruación se da cuenta de que todas sus fantasías son ya irrealizables (Langer, 1964, pp. 229).

La cultura interviene alejándonos de la gratificación plena y directa de los instintos. Si antaño la sociedad imponía a la mujer severas restricciones en el terreno de lo sexual (tomando este término en el sentido genital) y en la participación social, favorecía en cambio el desarrollo de sus actividades y funciones maternas. Como consecuencia de estas restricciones aparecieron trastornos psiconeuróticos y la histeria en la mujer. Sin embargo, sus funciones

procreativas no sufrían trastorno alguno. Actualmente, el cuadro ha cambiado. La mujer ha adquirido una libertad sexual y social desconocida varias generaciones atrás. Pero las circunstancias culturales y económicas imponen graves restricciones a la maternidad. Como consecuencia, según Marie Langer (1964, p. 13), asistimos a una situación en que disminuyen los cuadros neuróticos pero aumentan de modo alarmante los trastornos psicosomáticos relativos a las funciones reproductivas. Aunque el deseo sexual esté satisfecho su instinto reproductivo no lo está. Y aunque intente sublimar este último, la sublimación tiene un límite. De modo que la mujer que no ha tenido ningún hijo, siente, en el fondo de su ser, que ha desperdiciado parte de sí misma (Langer, 1964, pp. 26-27). Su insatisfacción o conflictividad se manifiesta en diversos síntomas psicosomáticos referentes a sus funciones reproductivas (Langer, 1964, pp. 10 y 23). Estos trastornos pueden revelarse tempranamente, en la menarquía y en alteraciones en la menstruación, o más tarde en dificultades en las relaciones sexuales, la fecundación, el embarazo, el parto, la lactancia, o ulteriormente en la menopausia.

Marie Langer (1964, pp. 66-244) afronta estos trastornos psicosomáticos que afectan a las “funciones femeninas”⁸⁴ a la luz del psicoanálisis. Para ello se fundamenta tanto en las aportaciones de la Escuela de Viena como en la Escuela inglesa (Langer, 1964, pp.28-56). Analiza los conflictos que provocan la envidia, las tempranas fantasías sádicas y las ansiedades persecutorias. Las angustias profundas de la mujer, su temor inconsciente a no estar físicamente

⁸⁴ El entrecomillado es mío. Quiero hacer notar la asociación que establece entre función femenina y función reproductiva.

intacta. La prueba contundente de su inocencia y de no haber sufrido castigo alguno es la posibilidad de dar a luz un niño sano (Langer, 1964, p. 229). La importancia que concede al atractivo físico está relacionada no con una compensación por la falta de pene, sino por la necesidad de disponer de alguna prueba de no tener su cuerpo dañado.

En síntesis, Marie Langer constata el incremento de los trastornos relacionados con la fertilidad, la concepción, el embarazo, la lactancia, etc. y trata de dar una respuesta desde el psicoanálisis. Percibe que hay algo más que no puede explicarse exclusivamente desde la ginecología y la obstetricia. Ahora bien, aunque se sustenta en las tesis psicoanalíticas, sin embargo, incurre, desde mi punto de vista en una serie de confusiones.

Cuando habla de una sociedad que contraviene a los instintos, lo entiende en términos sociológicos. Específicamente como frustración producida por una serie de impedimentos sociales, a un instinto natural. Pero no estima el concepto de pulsión como característica definitoria del ser humano, como la expresión de la pérdida definitiva de la condición de especie animal, de la naturalidad, de lo innato, como efecto de la incursión y cuidados de un adulto ya constituido y escindido. Mantiene la esperanza de una armonía entre la sexualidad, la maternidad y la vida en sociedad y, si se produce el conflicto, es porque la mujer ha dado más importancia a uno u otro aspecto de su vida. Si antiguamente la mujer no tenía

problemas con su fecundidad y maternidad era porque la sociedad ofrecía posibilidades para ejercerla y favorecía esa concordia materno-familiar-social, cosa que no sucede en la actualidad.

Cuando afirma que la sociedad actual favorece la sexualidad de la mujer, pero dificulta la maternidad, está tomando sexualidad en un sentido restringido, esto es, sinónimo de genital o de relaciones sexuales. Entiendo que vuelve a concepciones prepsicoanalíticas. Mientras que cuando habla de maternidad, en ocasiones, olvida que éste deseo no excluye la sexualidad. Esto es, la sexualidad es un concepto mucho más amplio, no referido sólo al acto sexual, sea cual fuere, ni referido al instinto sexual biológico, ni centrado exclusivamente en los genitales. De modo que sería más preciso hablar de psicosexualidad, en definitiva, de libido. Y que la libido es el determinante principal de la psique humana. Pero libido no es un sinónimo de genital ni de reproducción.

Marie Langer sustenta la tesis de un instinto maternal dado, eso si dificultado por una serie de cortapisas reales impuestas por la sociedad. Pero, aunque analiza las implicaciones psicológicas, psicoanalíticas, que están presentes en el deseo de un hijo, sin embargo, entiende que lo originario es una innata tendencia maternal pujante, reclamando su satisfacción. Dicha predisposición estaría en íntima conexión con el instinto que como especie se requiere para la pervivencia de la misma. Pero sabemos que el

psicoanálisis ha planteado la profunda alteración que existe entre el mundo instintivo animal y el mundo humano. Marie Langer, aunque tiene en cuenta los aspectos psicosexuales de la maternidad, sin embargo se desliza fácilmente hacia una consideración exclusivamente fisiológica. Esta autora defiende una concepción biológica, innata, de la maternidad, cargada de miedos, angustias, rivalidades, etc.

Considera que existe un paralelismo entre los procesos psíquicos y los biológicos. La salud sería que ese paralelismo lograra no ser conflictivo, pero la compleja sociedad actual dificulta esa posible armonía. En esta concepción la sexualidad, como la maternidad, serían conflictivas porque se contravienen las leyes biológicas no porque contengan algo enigmático. Si la sexualidad, o la maternidad se reprimen no es, para Marie Langer, porque impliquen algo que se niega a ser reconocido, sino porque la sociedad pone obstáculos objetivos a esos deseos naturales, biológicos. Y como resultado de esas trabas se produce el malestar en la maternidad.

Defiende también Marie Langer la idea de una identificación y asociación cierta entre maternidad y feminidad. Lo auténticamente femenino es el ser madre. También caben otras posibilidades, pero ser madre es lo definitorio de su existencia. Esta vinculación no es, para esta autora, un producto cultural.

Mantiene la tesis de que la sexualidad es un instinto que persigue la reproducción de la especie y, por consiguiente, las consecuencias derivadas del mismo, esto es los hijos, pasarían a ser también el objeto de un instinto. Es decir, habría un deseo innato en la mujer de ser fecundada y concebir un hijo. Instinto existente sólo en la mujer, puesto que el hombre no se embaraza. Los sentimientos paternos no derivan en su caso de un instinto, si no “de causas o necesidades meramente psicológicas”. Nos encontramos con que hombres y mujeres no sólo son diferentes ya de entrada, sino que además tienen instintos distintos.

Según todos los autores psicoanalíticos estudiados, el deseo originario de un hijo es anterior a que la libido se ponga al servicio de la reproducción, a la unificación de las pulsiones sexuales y a la percepción de la diferencia anatómica. Se da en niños y niñas, independientemente de que los varones puedan o no embarazarse. La percepción de la diferencia anatómica y la prohibición del incesto, derivará en un posterior deseo de un hijo, ya asociado a la sexualidad genital y reproductiva.

A pesar de las críticas que he hecho a Marie Langer, es encomiable su esfuerzo por tratar de preguntarse acerca de la influencia del desarrollo tecnológico, de nuevas condiciones de vida, nuevos modelos de mujer, etc. en el incremento de los problemas relacionados con la reproducción. Sin embargo, sigue sin poder desprenderse del enorme peso que supone el análisis de una realidad que pasa por el cuerpo, por la

anatomía y fisiología, pero que es más que ésta. Una realidad que pasa también por las relaciones sociales, pero que no se limita a las presiones reales, que sobrepasa la psicología consciente, pero exige y está mediatizada por la consciencia.

6. Síntesis: Dados los obstáculos epistemológicos en el estudio del inconsciente y a pesar de los desacuerdos entre los psicoanalistas discípulos de Freud se logra convivir más o menos distanciadamente, incorporando eclécticamente ideas y concepciones de unos y otros. En lo que respecta al deseo de un hijo se hacen eco de los conocimientos y experiencias clínicas aportadas desde todas las escuelas. Subyace la tesis de un deseo innato de un hijo en convivencia con la propia anatomía y fisiología femenina, que determina una evolución preformada de sus fantasías inconscientes y que puede ser objeto de condicionamientos y presiones sociales que manipulen o entorpezcan esa función natural que constituye la maternidad para la mujer.

Las respuestas a las incógnitas generadas por este nuevo ámbito de saber que se empieza a constituir desde inicios del siglo XX, como hemos visto, se han tratado de dar, prioritariamente, desde los

paradigmas biológico, psicológico y sociológico. Podemos ver que el interés de los psicoanalistas encuadrados en las Escuelas de Viena y de Londres está, inicialmente, en insertar sus descubrimientos en el marco de la biología, quizá por la propia formación de Freud, por las dificultades de orden epistemológico de este nuevo campo de conocimiento y por la necesidad de otorgar al psicoanálisis un estatuto científico. Estos obstáculos y esa búsqueda de reconocimiento terminan, a su vez, cerrando las vías de comprensión del psiquismo inconsciente. A pesar de las disputas entre los autores que abordan el tema de la castración, la sexualidad femenina y el deseo de un hijo, hay una coincidencia en todos que se podrían agrupar bajo esta idea: tratan de encontrar un anclaje biológico que garantice la admisión en la comunidad científica preeminente. Y así lo dicen, a veces incluso de manera explícita, aunque también del mismo modo lo cuestionan.

Pero no sólo se han tratado de encontrar las respuestas desde lo real biológico, también desde la realidad social y desde la fantasía psíquica. Es decir, desde dos registros prioritariamente, desde el registro de la realidad o del de la imaginación. Freud (1900 y 1900a; 1905 y Breuer y Freud, 1895), sin embargo, desde muy temprano había apuntado la importancia de lo simbólico, la relación de la palabra con la génesis de los síntomas y había defendido la tesis de que el inconsciente tiene que ver con el lenguaje, con la representación. Lo que Freud aborda no es sólo la percepción subjetiva de la realidad sino la producción simbólica de esa realidad, producción que no es una pura delegación de lo somático en lo psíquico y que tampoco es innata. No obstante, hay que reconocer también que la obra freudiana no responde a una línea única y ascendente, sino que se producen ciertos callejones

sin salida, olvidos, retrocesos, etc. no exentos de deslizamientos hacia concepciones biologicistas e ideológicas.

Pues bien, el debate sobre la sexualidad femenina y sobre el deseo de un hijo, como acabo de decir, se aborda, o bien desde la realidad biológica, desde la presión social, o bien desde una realidad psíquica en paralela e íntima conexión con el instinto, como una realidad fantaseada, predeterminada y autoengendrada. Ahora bien, en lo instintivo el saber es preciso, programado genéticamente. La biología entiende de ello. Pero, en el ser humano, el otro altera ese saber innato y crea la pulsión. Si sostenemos la revolucionaria tesis freudiana de que en el ser humano el instinto ha sido profundamente alterado y que lo que existen son pulsiones, no podría hablarse, en ningún caso, de un deseo instintivo de procreación. Habría, además, que tomar en consideración la influencia, precocísima, de ese otro. Pero no del otro de la sociología, o del otro como propuesta modélica, sino del otro en tanto que ser pulsional, en tanto que con su sexualidad adulta y su inconsciente, atiende las necesidades del recién nacido, provoca la pérdida de la vida instintiva, la ruptura entre la necesidad y el deseo, entre lo autoconservativo y lo pulsional. No cabría hablar de un deseo que se moviliza madurativa y armónicamente desde dentro siguiendo unas pautas biológicas, ni tampoco un deseo psicológico incitado por los modelos educativos y sociales.

Sin embargo, los psicoanalistas de las escuelas de Viena y Londres, parecen no hacerse cargo de aquello más original del pensamiento freudiano y de sus descubrimientos. Estos autores apenas diferencian pulsión de instinto, o entienden la realidad psicológica

como un calco de la realidad fisiológica. No obstante, ambas escuelas, a pesar de sus desacuerdos, lograron convivir más o menos distanciadamente. Marie Langer es representativa de esta convivencia y eclecticismo, que como vimos, se extiende hasta bien entrada la década de los setenta.

En la medida en que la maternidad atañe al cuerpo de la mujer y a la función procreativa del acto sexual, se considera que su psiquismo tiene que ir, naturalmente, paralelo a esta función sexual. Los aspectos más revolucionarios en la concepción de la sexualidad humana parecen ser obviados para volver a una consideración genital de la misma (punto final de una evolución –transitada con mayor o menor dificultad– jerarquizada en etapas madurativas y predeterminadas: oral, anal, fálica y como colofón adulto: la genital). La capacidad biológica de engendrar y la madurez para acceder a la última fase de dicha evolución se entiende que es la que determina su deseo como ser sexuado.

En lo que respecta al deseo de un hijo, en última instancia, suelen apelar a un deseo instintivo derivado de la propia fisiología y anatomía de la mujer. A esta inclinación natural se agrega o sobre ella recae “a posteriori” una psicologización y una presión social. Entiendo que el peso del imaginario social que identifica mujer y madre ejerce su influencia en los psicoanalistas estudiados así como en los hombres y mujeres por ellos analizadas. Todo ello ha incidido en la convicción de que el deseo por excelencia, el deseo definitorio de la “esencia” femenina es la maternidad. En virtud de esta preconcepción se han buscado los argumentos para justificar, interpretar la realidad, o

analizar el deseo femenino según dicho prejuicio: la procreación como necesidad de perpetuarse de la especie tiene que ir necesariamente acompañada de un deseo instintivo en la mujer.

A través de la exposición de este debate se puede concluir el atolladero al que se ha llegado, derivado del estudio de una realidad, que como vemos pasa por el cuerpo, esto es por la anatomía y fisiología, pero que es más que ésta; que exige tener en cuenta lo biológico, pero no sólo biológico. Una realidad que incumbe también a la psicología de la consciencia, pero que está mediatizada por un inconsciente. Una realidad que, teniendo en cuenta al otro, no es una sociología, o no se limita a la imitación de las propuestas modélicas. Realidad que no se refiere sólo a las presiones y manipulaciones sociales que se ejercen sobre las personas, sino a la ley básica que pone orden en el psiquismo y nos constituye como sujeto humano deseante. Una realidad que ha de ser investigada desde los instrumentos y conocimientos científicos vigentes, pero que exige poner en tela de juicio no sólo los paradigmas existentes, sino la propia actividad reflexiva, en tanto que encubridora y propia del proceso secundario.

Lacan va a ayudar a romper ese impasse al plantear el problema desde otra óptica. Considera que las aportaciones más innovadoras, originales e importantes de Freud, son aquellas que conciernen a la interpretación de los sueños, los síntomas neuróticos y los actos fallidos. Para Lacan (1958, pp. 279-289) la contribución más notable de Freud proviene de la forma revolucionaria de entender el lenguaje y su relación con la experiencia y la subjetividad. Es decir, Lacan va a recuperar ese aspecto simbólico. Es imposible, para este autor, apreciar

el significado real de Freud sin tener en cuenta la lingüística de Saussure (1915) y la concepción antropológica de Lévi-Strauss (1949). De la teoría lingüística de Saussure extrae su concepción del significante y de un inconsciente organizado como un lenguaje. De la enseñanza de Lévi-Strauss dedujo la idea de lo simbólico que utilizó en su nueva tópica de simbólico, imaginario y real, así como una lectura estructural y universalista de la prohibición del incesto y del complejo de Edipo. Una concepción de la castración alejada de la idea de mutilación física.

En el próximo capítulo voy a proceder a explicar esta nueva perspectiva lacaniana que intenta salir de ese enredo bio-psico-social al que se había llegado y ver de qué manera incide en la concepción del deseo de un hijo.

CAPÍTULO TERCERO: LA APORTACIÓN DE LACAN Y EL FALO COMO SIGNIFICANTE DEL DESEO

1. Lacan toma posición frente a las concepciones teóricas vigentes con anterioridad a él y frente a las aportaciones de las Escuelas de Viena y Londres. El falo constituye para él un elemento central en la economía libidinal. El estadio del espejo, los tres registros psíquicos, la falta de objeto, la articulación del complejo de Edipo con la castración y la diferenciación de los sexos son cinco cuestiones básicas para entender la forma de concebir Lacan qué es una madre, un padre y el deseo de un hijo.

He hablado de Freud y de las diferentes posiciones que, simultánea o posteriormente, adoptan los psicoanalistas respecto a los conceptos freudianos. De las interpretaciones y discrepancias que encaran a la hora de perfilar los conceptos o de la forma de afrontar los problemas que la clínica les presenta. He expuesto el estado de la cuestión en lo relativo a las distintas perspectivas fundamentales que afectan al tema objeto de estudio, la diferencia sexual, la castración, el concepto de falo, la importancia prioritaria de la madre o del padre en la construcción del deseo, etc. Las discrepancias fundamentales giran en torno al concepto de falo y a la castración. Pero el deseo de un hijo se soslaya en parte o bien queda como una realidad secundaria e

incuestionable. Esto es, como definitorio de la feminidad, como un instinto o como el deseo de la mujer por excelencia, aquel que define qué es una mujer o qué debe desear. Dada la imposibilidad de salir de dicho debate la cuestión queda paralizada durante un tiempo. La complejidad de los asuntos abordados hace que cada Escuela trate de fundamentar sus descubrimientos, sin tener excesivamente en cuenta los aportes de la otra o bien tratándolos de hacer compatibles.

La idea de una coexistencia más o menos pacífica entre las diferentes orientaciones psicoanalíticas se hace para Lacan insostenible. Este autor propone la vuelta a Freud¹ en un afán de redefinir los conceptos fundamentales de su obra. Considera que los psicoanalistas de las Escuelas de Viena y Londres, en su desarrollo teórico, o bien se habían enzarzado en discusiones cuyo origen estaba en la confusión de términos o de niveles de análisis, o bien se habían alejado de los soportes básicos del psicoanálisis freudiano. El psicoanálisis es una disciplina autónoma que, aunque toma conceptos de otras disciplinas, reelabora éstos de un modo singular, creando un paradigma nuevo y ajeno a sus orígenes. No es una rama de la psicología y así lo recordará Lacan (1954-55, p. 28), ni de la filosofía (1972-73, p. 42) o de la lingüística (1972-73, p. 24), ni siquiera tiene por fin curar en su acepción médica (Lacan, 1955, p. 92), lograr la

¹ Freud introduce una concepción del Yo, del sujeto, de la pulsión, la sexualidad que, como vimos, subvierte las concepciones preanalíticas y que suponen una revolución copernicana. Sin embargo, algunas ideas posteriores a Freud comprometen precisamente esas nuevas teorías corriendo el riesgo el psicoanálisis de ser absorbido en una psicología de la conciencia y del Yo, en una psicofisiología, en una sociología o en una psicología social.

felicidad, la adaptación a la realidad o el fortalecimiento del Yo, sino llevar al analizante a articular su verdad² (Lacan, 1955, pp. 91-129).

Lacan reexamina la doctrina clásica vienesa a la luz de su nueva tópica de lo simbólico, lo imaginario y lo real. Esta distinción lacaniana es clave para entender lo que puede considerarse el ámbito propio del psicoanálisis para diferenciarlo del campo de la biología, la genética o la sociología. El descubrimiento del orden simbólico, que impregna toda la naturaleza del hombre, es para Lacan (1953, pp. 59-139) lo que constituye el más radical y revolucionario aporte freudiano. Distingue lo simbólico del orden de lo imaginario, referido a las relaciones duales entre el Yo y el semejante (Lacan, 1949, pp. 11-18) y define lo real como aquello que está más allá de lo simbólico.

Interesado por las formas de trasgresión y trasgresor él mismo (Roudinesco y Plon, 1998, pp. 613-620), desde esta nueva lectura se distancia de la concepción biológica de la sexualidad. En “*El Seminario. Libro 3. Las Psicosis*” (1955-56) entiende el falo, no como el órgano del placer o de la supremacía viril, sino el significante mismo del deseo³. El significante se convierte así en el elemento significativo del discurso (consciente o inconsciente) que determina los actos, las

² La verdad alude a la verdad sobre el deseo. Se trata de una verdad particular y peculiar de cada sujeto. En ese sentido no es un tema de las ciencias exactas sino de las ciencias de la subjetividad y la palabra es el único medio para revelar la verdad sobre el deseo, o en el propio decir de Lacan “la palabra es esa rueda de molino donde constantemente se mediatiza el deseo humano al penetrar en el sistema del lenguaje” (1953-54, p. 266).

³ Aquí se está hablando del falo simbólico significante del deseo, significante de la falta; esto es, aquél que no puede negativizarse, no puede estar en los seres hablantes, cosa que sí es posible cuando hablamos del falo imaginario que puede estar o no estar.

palabras y el destino del sujeto sin que él lo sepa, a la manera de una nominación simbólica.

De la misma forma en que Lacan se aparta de esa visión biologicista también se desliga de una concepción autoconsciente, psicologicista y fenomenológica propia de la teoría del Yo. Propone en 1954-55 en *“El Seminario. Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”* una lectura de los textos freudianos dando prioridad al inconsciente sobre la conciencia y añade al Yo una teoría de la determinación del sujeto por el significante. De esta forma rompe también con la esperanza de una posible libertad humana consciente, para subrayar el subversivo descubrimiento freudiano de que la única libertad del ser humano deriva de la conciencia que puede tener de estar condicionado por su inconsciente.

Tanto en la escuela de Viena como en la de Londres, apenas se diferencia el pene como órgano anatómico, del falo imaginario y simbólico. La revisión y aportación de Lacan distinguiendo tres registros, real, simbólico e imaginario supone un aporte clarificador importante. Lacan en *“La significación del falo”* (1958, pp. 279-289) hará del falo el objeto central de la economía libidinal, pero dejará claro que se trata de un falo desprendido de sus connivencias con el órgano peneano. El falo es asimilado a un puro significante de la potencia vital, compartido en igualdad de condiciones por hombres y mujeres, y por lo tanto remite a una función simbólica. El falo no es el órgano de nadie, por ello ninguna libido masculina domina la condición femenina. La potencia fálica no está ya articulada con la anatomía, sino con el deseo que es lo que estructura la identidad sexual

sin privilegiar un género en detrimento de otro. Su interés se centra pues en el análisis del sujeto sexuado y de su deseo.

Otro aporte iluminador de Lacan en “*El seminario 4: La relación de objeto*” (1956-57, pp.11-94) lo constituye su forma de conceptualizar la falta, distinguiendo la privación de la frustración y de la castración, explicitando los distintos agentes de la falta y los diversos objetos faltantes. La castración no se refiere al pene como órgano real sino al falo imaginario y denota el momento final del complejo de Edipo en ambos sexos. Ubicarse en una posición sexual determinada, esto es colocarse como sujeto sexuado y deseante, está en íntima conexión con el complejo de Edipo, pero para Lacan (1956-57, pp.153-232) no se trata de una cuestión de identificación con el sexo del progenitor, sino de la relación del sujeto con el falo. El falo simbólico (Φ) no lo tienen ni los hombres ni las mujeres, rige a todo ser parlante porque, en tanto que significante del goce sexual es un significante que no tiene par opuesto y que no se puede negativizar (Lacan, 1960a, p. 335)⁴. Los hombres tienen el falo imaginario y las mujeres no. Pero masculinidad y la feminidad no son “esencias” biológicas, sino posiciones simbólicas. Asumir una posición sexual es para Lacan un acto simbólico. Así lo dice explícitamente en 1956 en el “*Seminario 3: Las Psicosis*”:

“Si el reconocimiento de la posición sexual del sujeto no está ligada al aparato simbólico, el análisis, el freudismo, puede tranquilamente desaparecer, no quiere decir nada. El sujeto encuentra su lugar en un aparato simbólico preformado

⁴ El falo imaginario (ϕ), -la imagen del pene o el pene imaginado como un objeto parcial que puede ser separado del cuerpo mediante la castración- es el que puede negativizarse (hay ϕ o hay $-\phi$, esto es castración).

que instaure la ley en la sexualidad. Y esta ley sólo le permite al sujeto realizar su sexualidad en el plano simbólico. El Edipo quiere decir esto, y si el análisis no lo supiese no habría descubierto nada” (1955-56, p. 242).

Freud (1895, pp. 362-67) ya en el *Proyecto de psicología* había distinguido la necesidad biológica del deseo. La necesidad se satisface con objetos adecuados, mientras que el deseo está ligado a huellas mnémicas, a recuerdos. El deseo se realiza en la reproducción inconsciente y alucinatoria de percepciones, convertidas en “signos” de satisfacción. En la *Interpretación de los sueños* Freud (1900 y 1900a) había hecho notar que estos signos tienen siempre un carácter sexual, puesto que en el deseo siempre está en juego la sexualidad. Pero Lacan en su “*Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*” (1957-58, pp. 328-521) va a analizar el deseo desde otra perspectiva. Establece un vínculo entre el deseo fundado en el reconocimiento (o deseo del deseo de otro) y el deseo inconsciente (en el sentido freudiano de realización). Introduce, además, el término de *demanda*. Aunque la demanda se dirige al Otro y se refiere al objeto de la necesidad, este objeto tiene escasa importancia o es inesencial dado que la demanda es fundamentalmente una demanda de amor. Si la necesidad puede satisfacerse con un objeto, el deseo nace de la distancia entre la demanda y la necesidad. El deseo para Lacan es deseo de otro, de ser reconocido por el otro y el objeto de don aparece como signando ese reconocimiento, es signo del amor del otro.

Por otra parte, Lacan (1956-57, pp. 43-60) juzga que tanto la escuela de Viena como las tesis inglesas manejan un mismo álgebra ternaria, referida al padre-madre-hijo. Pero él introduce un cuarto término, que juzga está siempre presente: el falo. En la relación

primordial con la madre, el niño es el “objeto del deseo” del deseo materno. Esto es, el niño es el falo de la madre. Viene a ocupar, y por tanto a representar, el lugar del falo de la madre. Con el Edipo se entra en un registro diferente, el padre interviene como el que priva al niño del objeto de su deseo, y a la madre de su objeto fálico. Finalmente en un tercer tiempo, que corresponde al declinar del Edipo, el padre se hace preferir por la madre, encarnando para el niño el significante fálico. El varón sale del Edipo por medio de la castración, aunque ésta no es real sino significada por el falo, mientras que la niña entra en el complejo por la misma vía, al renunciar a portar el falo, para recibirlo como significante. La niña espera recibir un hijo como sustituto del falo y como significante del amor del padre (1956-57, pp. 202-207). Pero estoy adelantando las tesis lacanianas. El objetivo en esta parte del trabajo es detenerme en la exposición de sus consideraciones para poder concluir qué dice acerca del deseo de un hijo en la mujer. Para ello es inexcusable abordar cinco cuestiones:

- 1º) El estadio del espejo
- 2º) Los tres registros psíquicos
- 3º) La noción de falta de objeto
- 4º) La concepción del complejo de Edipo en íntima conexión con la castración y,
- 5º) La diferenciación de los sexos

La obra freudiana da pié a diferentes lecturas en lo que respecta a cuestiones como la bisexualidad, la definición de masculino y femenino, la envidia de pene, el establecimiento de

la diferencia sexual, la trascendencia de la madre o el padre en la construcción de la subjetividad. El deseo de la mujer se asocia a la maternidad. Las discrepancias fundamentales giran en torno al concepto de falo y de castración, sin embargo en ambas Escuelas persiste un sustrato biológico que tiende a asociar pene y falo y a entender la castración como un fenómeno en íntima connivencia con la diferencia anatómica real. El deseo de un hijo se establece como profundamente asociado a la posibilidad fisiológica de embarazarse y como un derivado psicológico natural de dicha capacidad. Pese a las discrepancias entre las Escuelas de Viena y de Londres, y ante la imposibilidad de llegar a un entendimiento, se produce bien un intento de coexistencia- del que Marie Langer es paradigmática-, o bien una no resolución e indiferencia.

Lacan va a ayudar a romper ese impasse al plantear el problema desde otra óptica que permite salir de ese enredo bio-psico-social al que se había llegado. Retoma de Freud lo que considera más revolucionario de su obra, el descubrimiento del orden simbólico que impregna toda la naturaleza del hombre, distinguiendo además el orden imaginario y el real. El deseo, por otra parte, se vincula con la falta de un objeto. Entre los diferentes tipos de falta de objeto Lacan subraya la castración. En lugar de una lógica ternaria edípica él habla de una lógica cuaternaria, introduciendo el falo como el cuarto término y como significante del deseo. Ubicarse en posición femenina o masculina tiene que ver con la relación del sujeto con el falo. Para exponer la forma de

concebir Lacan lo que es la madre, el padre y el deseo de hijo es preciso puntualizar cinco aspectos importantes de su compleja obra: el estadio del espejo, los tres registros psíquicos, la noción de falta de objeto, el complejo de Edipo y la diferenciación de los sexos.

1.1. El estadio del espejo es un período en el que el niño observa su imagen en el espejo y anticipa imaginariamente la forma total de su cuerpo. La primera identificación es especular, se percibe como otro, confundido y alienado en otro. Aparece un primer esbozo del Yo, soporte de las identificaciones secundarias. No se puede hablar de deseos, ni de sujeto, mientras el niño se mantiene en esta fase de indiferenciación.

La expresión de “estadio del espejo” fue tomada por Lacan (1949, pp. 11-18) de Henri Wallon (1934). La primera presentación la llevó a cabo en 1936 y la segunda y definitiva en 1949 en el XVI Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional (Roudinesco y Plon, 1998, pp. 279-280). Designa un momento psíquico y ontológico en la evolución humana. Pero además de ser un momento representativo del desarrollo del niño, lo es también de una estructura permanente de la subjetividad, paradigma del orden imaginario.

En su comunicación a dicho Congreso en 1949, *“El estadio del espejo como formador de la función del yo (“je”) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”* Lacan (1949, pp. 11-18) dice que se trata de un momento del desarrollo del *infans*, entre los seis y los dieciocho meses. Constituye *“la matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”* (Lacan, 1949, p. 12). El niño se identifica con su propia imagen, integrada, en el espejo. Capta su cuerpo en forma de imagen exterior a él.

El niño confunde su cuerpo con el de su semejante. Por un lado es un momento esencial que hay que conseguir, ya que se trata del advenimiento de la primera experiencia de unidad y localización del cuerpo, pero por otro lado, determina una relación alienante, la sujeción del niño a su imagen, a sus semejantes, a su madre, al deseo de ésta, al falo. Lacan (1949, p.13 y 1956-57, p. 17) sostiene que es alienante puesto que el niño no tiene ninguna distancia frente a ella, es su doble. Confunde su cuerpo con el de su semejante. No existe propiamente una relación sujeto-objeto, puesto que esto implicaría una cierta distancia, un corte, una separación. Pero el sujeto lo que acaba de obtener en este estadio es una unificación de su cuerpo y una identificación con el partenaire. No sólo existe una relación directa, sino que es literalmente equivalencia del uno al otro. Es decir, es una relación en espejo. Sujeta a las acciones y gestos del otro.

El estadio del espejo describe la formación del Yo a través del proceso de la identificación: el Yo es el resultado de identificarse con la propia imagen especular. Se trata de la primera identificación, narcisista, dual e imaginaria, origen de todas las identificaciones posteriores. El Yo se constituye en relación al otro. Le es correlativo. La relación del Yo con el otro, del sujeto con ese otro mismo, con ese semejante en relación al cual se ha constituido de entrada, supone una estructura esencial de la constitución humana. El Yo forma parte del registro de lo dual (Lacan, 1953-54, p. 133)⁵.

Lacan (1949, pp.11-18; 1953-54 p. 222 y 1954-55, p. 88) señala cómo este momento estructural es sentido por el niño con júbilo, como un triunfo, al ser capaz de anticipar un grado de coordinación muscular que aún no ha logrado en realidad, al ser capaz de verse como un todo frente a un cuerpo fragmentado, frente a su falta de unidad. Involucra también al Yo Ideal, que funciona como una promesa de totalidad futura y sostiene al yo en la anticipación. Se trata de un momento en que el sujeto toma conciencia de su cuerpo como totalidad, anticipándose a su dominio real, anticipándose a la culminación del dominio psicológico. Pero también se percibe como otro diferente de lo que ve (Lacan, 1953-54, pp. 128 y 222-25). Entra

⁵ Ahora bien, tal identificación no se produce sino por la mediación del Otro simbólico encarnado en el adulto, generalmente la madre, que sostiene y valida la imagen del espejo como propia del niño nombrándola. La madre que le dice “eso eres tú” y que dará lugar a “soy yo”. Pero el niño ve a través de su madre, que lo ama o detesta. El Otro simbólico representa lo que es anterior y exterior al sujeto, pero que lo determina. El sujeto está capturado en un orden radicalmente anterior y exterior a él del que depende. El pequeño otro, dirá Lacan en el “*Seminario. Libro 2*” (1954-55, pp. 364-66) es el otro en tanto que reflejo y proyección del Yo. Es también el semejante y la imagen especular. Y está inscrito en el orden imaginario. Sin embargo, no se puede olvidar que no hay identificación especular posible si no se ha producido la aceptación primordial del significante, esto es, la marca de lo simbólico en el niño.

en rivalidad frente a su propia imagen. El estadio del espejo suscita agresividad, tensión entre el sujeto y la imagen. El cuerpo que se ve en el espejo es el cuerpo como ideal de sí, es el otro en tanto cuerpo perfecto, unificado. Es decir, lo que el Yo ve constituido, ya sea en el otro o en su propia imagen en el espejo, es lo que no es él, lo que está más allá de él. Y para resolver esta tensión se identifica con la imagen. Identificación primaria con el semejante que configura al Yo. Pero esta relación especular, como acabamos de ver, es ambivalente, involucra agresividad y erotismo (Lacan, 1949, p.16 y 1953-54, pp. 253-260 y 1955-56, p. 134-38).

Este júbilo del estadio del espejo puede también ir acompañado por una reacción depresiva, cuando el niño compara su propia sensación precaria de dominio con la omnipotencia de la madre. Por tanto, la imagen especular tiene un poder de seducción, de fascinación, de triunfo, pero también evoca otra impresión más siniestra, la del poder de la imagen de apresar al sujeto en una fijación discapacitante (Lacan, 1949, pp. 17-18; 1953-54, pp. 225-26 y 1956-57, pp. 188-89).

Aunque el Yo se constituye como el lugar donde el sujeto se aliena de sí mismo, como un producto del desconocimiento y representa la introducción en el orden de lo imaginario, también tiene una dimensión simbólica. Ese orden simbólico está presente en el adulto que sostiene y se dirige al infans. Pero de momento, el otro, el pequeño otro, del que estamos hablando es el otro en tanto reflejo y proyección del Yo. Semejante y especular con él. Este otro está unido al Yo, como he dicho, en una relación refleja e intercambiable (Lacan,

1954-55, pp. 320 y 364-370) El Yo forma parte del orden de lo imaginario. Está constituido por una serie de identificaciones alienantes.

De la misma manera en que se aprehende como cuerpo en ese intercambio con el otro, así, aprenderá a reconocer invertido en el otro todo lo que en él está entonces en estado de puro deseo, deseo originario, inconstituido y confuso, deseo que se expresa en el vagido del niño. Aprenderá, dice Lacan (1953-54, pp. 246-253) cuando pongamos en juego la comunicación. Pero antes de que el deseo aprenda a reconocerse por el símbolo, sólo es visto en el otro. Es decir, *“En el origen, antes del lenguaje, el deseo sólo existe en el plano único de la relación imaginaria del estadio especular; existe proyectado, alienado en el otro. La tensión que provoca no tiene salida. Es decir, que no tiene otra salida que la destrucción del otro”* (Lacan, 1953-54, p. 253). En definitiva, Lacan (1953-54, pp. 262-63) formula la idea de que “el deseo es el deseo del otro”, lo que nos habla de esa captación imaginaria.

El niño sale de esta posición especular al finalizar el complejo de Edipo y admitir la castración, la separación de la madre y al producirse la identificación secundaria. Coincide con la instauración definitiva del Ideal del yo y del Superyo. Se accede al orden simbólico, mediado por la ley. Desde el punto de vista de la psicopatología, la castración implica la posibilidad de no sucumbir a la psicosis y poder acceder a la categoría de sujeto con deseos propios. Es decir, sólo es posible acceder al estatus de sujeto si se lleva a cabo esa ruptura con la imagen especular. Y esta ruptura sólo puede producirse por efecto del

“Otro”, del otro en tanto que hablante y del otro sujeto a la ley. Es decir, si se entra en una regulación simbólica, dado que esa ruptura nunca es definitiva⁶.

Este “gran Otro” representa la alteridad radical, el corte con la imagen especular, algo que trasciende lo ilusorio de lo imaginario. El Otro está inscrito en el orden de lo simbólico, del lenguaje, de la ley (Lacan 1953-54, pp.236-237; 1954-55, pp. 353-370 y 1956-57, p.12).

Lacan (1955-56, pp. 57-63) distingue, por tanto, entre un “gran Otro” y el “pequeño otro” u “otro imaginario”. Esta expresión la emplea, como he expuesto, para referirse al semejante y a la imagen especular, al otro en cuanto que similar al Yo. No se trata verdaderamente del otro, no constituye la alteridad radical. Esta última es representada por el “gran Otro”. Ese “Otro” ha de considerarse un lugar, el lugar de la palabra. Pero es también el orden simbólico que media la relación con ese otro sujeto.

La madre constituye para el niño ese primero “gran Otro”, porque es ella la que recibe el llanto y los gritos y retroactivamente le

⁶ Quizá más que de ruptura habría que hablar de armonización. Esto es, la ley armoniza el deseo, dado que nunca hay ruptura, la instancia yoica conserva su estatuto imaginario. De hecho, y como hemos visto, Lacan (1955a, p. 160) distingue el “yo” -constituido por una serie de identificaciones enajenantes- del “sujeto” para referirse al sujeto verdadero del inconsciente. Y distingue también el conocimiento imaginario (propio del yo) y el saber simbólico o del inconsciente (propio del sujeto). Como recoge Evans (1997, p. 57) el conocimiento imaginario es un obstáculo que obstruye el acceso del sujeto al saber simbólico. La cura psicoanalítica debe por lo tanto subvertir continuamente el autoconocimiento imaginario para revelar el autosaber simbólico que el sujeto bordea.

da un significado. La madre es y tiene el tesoro de los significantes⁷. Pero en el tesoro de los significantes siempre falta uno. Es decir, este “gran Otro” que primero es visto como completo, es percibido después como faltante. En ese momento es cuando se constituye el complejo de castración. Se podría decir que la falta -en el estadio del espejo- es confundida con una carencia que se puede subsanar, mientras que la castración es la que instauro la falta como radical e ineludible.

Lacan establece pues una diferencia entre el Yo (como hemos visto se refiere al ámbito de lo especular y al registro imaginario) y el sujeto (que tiene que ver con el orden simbólico) y que es un efecto del lenguaje. El sujeto del que habla este autor no se puede identificar al individuo, se trata del sujeto del inconsciente. O como recoge Chemama (1998, p. 424) la relación del Yo con su objeto imaginario estorba el reconocimiento, por el sujeto, de su deseo.

En síntesis, el estadio del espejo es un momento estructural en donde el niño construye una primera identificación imaginaria. Le permite anticipar la forma de su cuerpo⁸. Pero para que la imagen del cuerpo en el espejo pueda ser asumida necesita el reconocimiento de su madre. El niño ve por los ojos de la madre, por el lugar que ocupa para

⁷En el “El Seminario 8” Lacan (1960-61, pp. 170-175) define también al “pequeño otro” u “objeto a” como el objeto de deseo que buscamos en el otro, pasando posteriormente a designar la causa del deseo y no hacia lo que tiende el deseo. Esto es cualquier objeto que pone en movimiento el deseo, especialmente los objetos parciales que definen las pulsiones. Es el objeto perdido soporte del fantasma.

⁸ Desde la óptica de Lacan el estadio previo al del espejo, a la primera identificación del ser humano, corresponde al período que Melanie Klein denomina esquizo-paranoide. El niño se vive como despedazado

ella. Si se constituye esa imagen narcisista es por el amor de la madre que recae sobre él. No se trata, por tanto, de una cuestión relativa a la vista como órgano sensorial, aunque tenga relación con ella. Podríamos ejemplificarlo diciendo que el ciego también pasa por ese estadio del espejo.

Ahora bien, para que pueda interiorizar esta imagen se requiere que tenga un lugar en el gran Otro. Que sea algo para ese otro. Algo en relación al Ideal del yo de la madre. Esto es, que la madre no sea meramente un otro especular, que la madre pueda transmitirle que existe un orden que regula las relaciones que trasciende a ella misma. La madre autentifica su reconocimiento y le da un lugar. El niño ocupa un lugar en su familia, en la sociedad, en el orden simbólico. Y a partir de ahí el niño puede organizar el mundo.

La identificación imaginaria es fuente de agresividad y de amor. Los participantes tienden a parecerse. Mientras está en este registro especular exclusivamente no hay una alteridad radical. El niño logra constituir una imagen pero alienante. Para no ser un mero doble, para no mantenerse en una mera relación de rivalidad, se requiere la presencia de Otro, que no sea un semejante especular, Otro que represente un orden diferente, un orden simbólico. Otro que encarne la ley de prohibición del incesto. En la mera relación especular con el semejante no hay un sujeto de deseos, puesto que no se ha percibido separación alguna. Es la introducción en lo simbólico, en el orden regido por la ley, lo que permite ese

alejamiento. Es precisamente esa distancia respecto de la propia imagen en el espejo, también, la que determina la posibilidad de usar el término de alienación y el vector de la agresividad consustancial del registro especular.

El niño está en una relación de fusión e inmediatez con la madre. Por tanto, aunque haya identificaciones con la madre o hubiera conductas en ese niño/a que puedan ser consideradas “maternales” responderían más a un mimetismo, pero no se podría decir que exista un sujeto capaz de desear. El niño o la niña –el infans- están capturados en esa relación especular, no hay distancia alguna. El niño se vive y posiciona como otro. No hay deseo propio, su deseo es el del otro. Es un puro transactivismo.

1.2. Los tres registros psíquicos de Lacan permiten repensar el tema de la realidad y abordar el funcionamiento psíquico y su relación con el mundo. La tríada Real, Simbólico e Imaginario clarifica los diferentes campos de realidad y es preciso tomarlos en consideración para entender el deseo de un hijo.

Lacan en “*El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*” (1954-55, p. 61)

organiza en una tónica de tres registros la estructuración psíquica. Distingue así lo real, lo simbólico y lo imaginario. Esta trilogía forma una estructura de elementos inseparables entre sí que contempla la posibilidad de aislar diferentes realidades en función de la facultad o no de anudamiento o del predominio de uno u otro de los tres registros. Dado que estos tres registros son abordados por Lacan a lo largo de toda su obra me ceñiré, para la exposición de los mismos, a los seminarios 2, 3 y 4 y al resumen que llevan a cabo Chemama (1998, pp. 218-20; 372-76 y 405-10), Evans (1997, pp.109-110; 163-164 y 179-180).

1.2.1. Lo real es definido como la realidad efectiva, inasible e inasimilable a la simbolización; como un resto, inaccesible a cualquier pensamiento subjetivo. Sin embargo produce efectos que han de ser escuchados

Para Lacan (1966, pp. 6-7) lo real es aquello que está fuera del lenguaje y de toda simbolización. Es decir, es anterior *lógicamente* al lenguaje. Accede al ser del *infans*⁹ anudado a lo simbólico pero como “resto” que no puede ser simbolizado (Lacan, 1954, pp. 147-49), y por

⁹ *Infans* significa “*que no habla, incapaz de hablar, mudo*”. Mudo no porque tenga un problema sensorial o del lenguaje, sino porque no ha accedido a éste, no lo ha hecho suyo aún.

tanto “insistirá”¹⁰ en ser inscrito en la historia del sujeto. Esta insistencia la relaciona Lacan con la *repetición* que Freud descubre en “*Más allá del principio del placer*”. Lo real acompaña al sujeto toda la vida propiciando, a través de la repetición, la creación de objetos.

En lo real no se puede hablar de ausencia o de falta, de interioridad o exterioridad, lo real es indiferenciado, sin fisuras. Pero, repito, la única forma de aprehender lo real es por intermedio de lo simbólico (Lacan, 1954-55, pp. 151-52). Sólo si existe la posibilidad de que algo pueda no estar, puede hablarse de falta o de ausencia. Pero esto significa que estamos estableciendo ya la idea de ausencia-presencia, o la de externo e interno, de continente y contenido, etc.; es decir, de un mundo organizado simbólicamente. En este sentido lo real es pleno, es lo que es. Lo real no es lo opuesto a lo simbólico, sino lo que está más allá de éste, lo que es imposible de imaginar porque está más allá del lenguaje. Ese carácter de imposibilidad y resistencia a la simbolización es lo que presta a lo real su cualidad esencialmente angustiante y traumática¹¹ Ahora bien, este real, se articula con lo

¹⁰ Lacan (1954, pp. 144-50) sostiene que es la realidad efectiva y que aunque haya quedado excluida sigue produciendo efectos y puede emerger, por ejemplo en la alucinación.

¹¹ Traumática en tanto concierne a lo imposible de ser “evacuado”, a la pulsión de muerte, a la repetición. A esos “signos e indicios de percepción” (Ps) insusceptibles de conciencia a que se refiere Freud (1896, pp. 274-77) y que provocan la *escisión* estructural en el ser humano entre una parte reprimida y la conciencia. O, desde la lectura que Laplanche (1987) hace de la obra de Freud, a los “significantes enigmáticos” que generan un “externo-interno” atacante y que abordé en el capítulo primero de este trabajo. Dimensión angustiante y traumática de lo real, también, en tanto que resto no articulado con el orden de lo imaginario (a la experiencia de unificación del cuerpo en una imagen alienada en el otro), ni con el orden simbólico (de las significaciones, de las relaciones regladas con el otro, de la metáfora paterna y del advenimiento del sujeto). Traumática, asimismo, en la medida en que como resto constituye ese déficit en ser del sujeto. Fuera del lenguaje no hay posibilidad de

simbólico¹². Más adelante veremos cómo la madre es una forma privilegiada de lo real.

Lo real implica una materialidad que subtiende lo imaginario y lo simbólico. En ese sentido se vincula con el reino de la biología, pero en su pura realidad física. Por ejemplo, el falo real es el pene físico. La interioridad del cuerpo constituye otra forma de lo real, como también el cuerpo de la madre o el cuerpo propio en cuanto biológico. Sin embargo, como he dicho, lo real -salvo en el psicótico- se presenta anudado con lo simbólico y lo imaginario. Es decir el cuerpo no es un puro organismo biológico, sino que está erotizado, imaginado, simbolizado, subjetivizado. Por tanto, en lo referente al deseo de procrear, el embarazo no es sólo fisicalidad bruta¹³.

Por otra parte lo real -en tanto que escapa a lo simbólico, a lo articulado con el lenguaje- es el origen de una duda fundadora necesaria para la ciencia; esa duda fundadora que cuestiona cualquier saber ligado establecido (imaginario y simbólico). La verdad es similar a lo real, pero es imposible articular la verdad total y

sustraerse a la vivencia inmediata ni de dominar simbólicamente el objeto perdido y procurarse sustitutos.

¹² Así en el juego del carretel que describe Freud (1920, pp. 14-17), Lacan (1953-54, pp. 256-57 y 1953, p. 95) muestra como esas primeras vocalizaciones que emite el niño de dieciocho meses, expresan la oposición fonemática mediante la cual trasciende el fenómeno de la presencia y ausencia de la madre, llevándolo al plano de lo simbólico. Es el inicio del nacimiento del niño al lenguaje.

¹³ De ahí la importancia y la necesidad de tomar en consideración, tal y como advierte Soler (2006, pp. 134-35), *del lugar que el inconsciente materno reserve a este objeto [el feto] surgido en lo real, en el caso de que le reserve uno, puesto que también hay madres que no son más que “ponedoras” de objetos que abandonan y para quienes, por el hecho de ser un sustituto fálico, el hijo no es más que un pedazo de carne*”.

precisamente por esa imposibilidad, la verdad aspira a lo real. El psicoanálisis sería la clínica de lo real. Lacan (1954-55, p. 36) en “*El Seminario, libro 2*” dice que

“A partir del momento en que una parte del mundo simbólico emerge, ella crea, en efecto, su propio pasado. Pero no de la misma manera que la forma a nivel intuitivo. Justamente en la confusión de ambos planos estriba el error, el error de creer que lo que la ciencia constituye mediante la intervención de la función simbólica estaba allí desde siempre, que está dado”.

“Este error existe en todo saber, en la medida en que éste es tan sólo una cristalización de la actividad simbólica y que, una vez constituido, lo olvida. En todo saber hay, una vez constituido, una dimensión de error, la de olvidar la función creadora de la verdad en su forma naciente. (...). Pero no podemos olvidarlo, nosotros, analistas, que trabajamos en la dimensión de esa verdad en estado naciente”.

“Lo que descubrimos en el análisis está a nivel de la ortodoxa. Todo lo que se opera en el campo de la acción analítica es anterior a la constitución del saber, lo cual no impide que operando en este campo hayamos constituido un saber, que incluso mostró ser excepcionalmente eficaz; cosa muy natural, pues toda ciencia surge de una utilización del lenguaje que es anterior a su constitución, y la acción analítica se desenvuelve en esta utilización del lenguaje”.

Es decir, Lacan considera que no hay una verdad esperando ser descubierta por la ciencia, sino que la verdad no puede ser alcanzada y el saber establecido es una cristalización de la verdad que deja fuera ese real que se escapa¹⁴. El psicoanálisis persigue no el descubrir esa

¹⁴ La verdad alude al deseo y es peculiar de cada sujeto. En “*La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis*” (1955a, pp. 150-178), dice Lacan que es el reconocimiento de lo real. Es extraña, horrible y habla a través de las

verdad que habita en el interior del ser humano, sino la verdad en estado naciente. Por otra parte, Lacan¹⁵ está intentando construir una ciencia y una clínica de lo real, a sabiendas de que esa pretensión es imposible ya que el lenguaje deja siempre un resto inasimilable que constituye lo real. De modo que la verdad no puede ser jamás asida por la ciencia. No obstante tratará de lograrlo a través de fórmulas matemáticas –matemas- pretendiendo así obviar las palabras.

“Las palabras fundadoras, que envuelven al sujeto, son todo aquello que lo ha constituido, sus padres, sus vecinos, toda la estructura de la comunidad, que lo han constituido no sólo como símbolo, sino en su ser” (Lacan, 1954-55, p. 37).

Sin embargo, en ese ser ha quedado algo cercenado, algo que ha dejado de ser. Y *“lo que no ha llegado a la luz de lo simbólico aparece en lo real”* (Lacan, 1954, p. 149) o, como dice más adelante, lo real *“charla sólo”*. Lacan trata de construir una clínica de lo real, de ese “resto” inasimilable e imposible de transmitir, del objeto de la angustia. Y, como veremos más adelante, relaciona también ese real con el goce suplementario femenino.

En síntesis, Lacan define lo real como una categoría producida por lo simbólico que corresponde a lo expulsado por

formaciones del inconsciente y de los síntomas. Pero es imposible articular la verdad total. La mujer –la posición femenina-, como veremos más adelante, es comparada con lo real y con la verdad puesto que comparte con ella la lógica del no-todo, de la imposibilidad de decir toda la verdad, de lo indecible.

¹⁵ Quizá en esa pretensión y para tratar de obviar el obstáculo de las palabras apela al lenguaje matemático. Crea sus propias fórmulas y una nueva álgebra: los “matemas”, para ser usados, para transmitir la teoría psicoanalítica, con la intención de evitar la comprensión imaginaria e intuitiva de los conceptos psicoanalíticos.

éste en el momento de su instauración. Aquello que es por sí mismo. Aquello imposible de imaginar e integrarse en el orden simbólico. Pero no deja de producir efectos. Es un “resto”, una realidad deseante, inaccesible a cualquier pensamiento subjetivo. El encuentro con lo real produce angustia

Este autor asocia lo real no sólo con la pura materialidad (sin tomar en cuenta los aspectos imaginarios o simbólicos de ésta) sino también lo hace similar a la verdad, considerando que ésta es imposible de ser aprehendida en su totalidad, pero incita a ser descubierta. Lo real es lo incognoscible aquello que está y resta más allá de lo simbólico y lo imaginario pero que produce efectos de los que el psicoanálisis busca saber. La presencia de lo real está en el origen del acto y también en su huella.

En la medida en que el cuerpo biológico constituye una forma de lo real el embarazo es, también, una forma de lo real, algo que fisiológicamente sucede en el cuerpo de la mujer con la concurrencia o no de lo imaginario y lo simbólico.

Pero ello no quiere decir que embarazarse o el embarazo sea al margen de los otros dos registros. En el ser humano –salvo en el psicótico– están anudados estas tres categorías (real, simbólico e imaginario). Esto es, el cuerpo de la mujer como lugar de gestación y el hijo como embrión o feto que se está desarrollando en él, son aspectos de lo real, pero sólo accesibles al ser humano anudados a los registros

imaginario y simbólico. Pero la realidad psíquica puede producir efectos en lo real. De modo que pudiera suceder que el hijo deseado conscientemente pueda no lograrse en lo real del cuerpo. El embarazo no es pura manifestación de lo real. Tiene indisociablemente unida otra realidad, la relativa a las fantasías, expectativas, valoraciones, conocimientos, normas, significados e imágenes personales y sociales. Es decir, lo real está coligado con lo imaginario y lo simbólico. De esto simbólico voy a hablar a continuación

1.2.2. Lo simbólico remite al mundo de las relaciones humanas estructurado y regido por la ley de prohibición del incesto. Es el orden del lenguaje y el registro que nos constituye en humanos frente al mundo animal regido por leyes genéticas.

Lacan recoge de Lévi Strauss (1949) la idea de que el mundo social está estructurado según ciertas leyes que regulan las relaciones de parentesco y el intercambio de presentes. La forma básica del intercambio es la comunicación, el intercambio de palabras. Lo simbólico se refiere al registro del lenguaje, al mundo ordenado según las leyes. Pero tampoco se puede equiparar sencillamente el orden simbólico con el lenguaje. Lacan (1953, pp. 59-139 y 1955-56, pp. 82-

86) en el lenguaje, además de la dimensión simbólica, involucra las otras dos, la imaginaria y la real. La dimensión simbólica del lenguaje es la del significante. Esta es una dimensión en la cual los elementos no tienen existencia positiva, sino que están puramente constituidos por sus diferencias mutuas y están sometidos a leyes fonológicas, sintácticas, de oposición de unas con otras. No hay discurso sin un orden temporal. Además, como acabo de mencionar, cualquier significante no se define por sí mismo sino que remite a otro significante, está en relación. El hecho de hablar es lo real, la realidad fónica, sonora; y la dimensión imaginaria del lenguaje se refiere al significado, porque son los atributos. Pero para Lacan (1956-57, p. 50-51) los significantes, las palabras, no van “atornilladas” a los significados, no tienen una conexión fija, sino, por el contrario, muy lábil. Se puede romper en cualquier momento. El significado se puede deslizar bajo el significante. Así se produce la polisemia, la metáfora, la metonimia y los equívocos. El significado no está para Lacan unido al significante, sino que es un mero efecto del juego de los significantes. O dicho de otra forma, el significado no viene dado, sino que es producido. En el mundo animal, sin embargo, el significado es fijo.

Ahora bien, las personas se dan significaciones en función de los ideales narcisistas. Estos significantes ideales producen efecto de significación, dan una imagen. El “Yo ideal” es el significado, del orden de la imagen, mientras que el “Ideal del yo” pertenece al campo

de lo simbólico, en la medida en que está regido por la Ley de prohibición del incesto (Lacan, 1953-54, pp. 190-216)¹⁶.

Lo simbólico es también el ámbito de la alteridad radical, del Otro. Lacan, ya lo dije, establece una diferencia entre el Yo y el sujeto. El sujeto tiene que ver con el orden simbólico y es un efecto del lenguaje (Lacan, 1954-55, p. 84 y 1966, pp. 269-278). Esto quiere decir, que está sujeto al campo del Otro (1954-55, pp. 364-370), es decir, que debe demandar al Otro. El “infans” dada su prematuridad, no puede ejecutar las acciones para satisfacer sus necesidades biológicas. Exige que Otro las realice, y de este modo, el Otro se transforma en objeto de amor, al dar mediante su acción prueba de ello (Lacan, 1956-57, pp. 177-191). La demanda del bebé pasa así a tener dos funciones, la de expresar una necesidad y la de reclamar amor. De esta doble función surge el deseo, dado que las necesidades pueden satisfacerse pero no el anhelo de amor que es incondicional e insaciable¹⁷. El otro al que se dirige la demanda, en principio la madre,

¹⁶ Lacan en “*El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*” (1953-54, pp. 197-216) y en “*El Seminario. Libro 8. La transferencia*” (1960-61, pp. 369-389) establece la diferenciación entre “yo ideal” e “ideal del yo”. Ambos conceptos tienen que ver con el narcisismo (con el narcisismo primario en el primer caso y con el secundario en el caso del “ideal del yo”). Sostiene que el “yo ideal” es una proyección imaginaria, originada en la identificación especular del estadio del espejo y fuente de las identificaciones secundarias. El “ideal del yo” es un producto de la introyección simbólica, de la interiorización de la metáfora paterna. El “ideal del yo” regula la estructura imaginaria del yo, las identificaciones y los conflictos que rigen las relaciones con sus semejantes. Constituye, pues, una guía que gobierna la posición del sujeto en el orden simbólico y que anticipa y produce la identificación secundaria y edípica. Estas dos formaciones narcisistas están en relación con el lugar que ocupe el hijo en el inconsciente materno, con los significados que ella atribuya al hijo y que éste último hará suyos en los procesos de identificación primaria y secundaria o simbólica.

¹⁷ Lacan en “*La dirección de la cura*” (1958) diferencia necesidad, deseo y demanda. El lenguaje antecede el nacimiento del niño. Al nacer queda capturado en el lenguaje. El reino del instinto, de la necesidad, queda perdido para el hablante puesto que la

nunca puede satisfacer plenamente esa demanda, nunca está en una posición que le permita responder incondicionalmente a la demanda de amor, porque la madre está dividida. El deseo pasa a ser, por tanto, ese resto imposible de satisfacer (Lacan, 1958 pp. 284-85). Y, recordemos además, que dicho deseo es el de ser reconocido por el otro y el don es signo del amor del otro¹⁸.

Ahora bien, para satisfacer sus necesidades el bebé tiene que expresarlas en una demanda, que como acabamos de decir, se transforma también en demanda de amor. El bebé, el *infans*, que todavía no tiene lenguaje, sólo puede articular sus necesidades en una

necesidad se transforma en demanda, pero no la recubre por completo. El resto de esa operación es el deseo. En este mismo texto dirá Lacan que la satisfacción de la necesidad aparece como un engaño contra el que se estrella la demanda de amor y le introduce en el mundo del lenguaje, en el mundo del “no ser de los objetos” y el deseo está en el sujeto “*por esa condición que le es impuesta por la existencia del discurso de hacer pasar su necesidad por los desfiladeros del significante*” (1958a, p. 259). Esto es, a partir de que el ser humano se coloca en dependencia del otro, lo que importa no es la satisfacción de la necesidad en sí, sino la respuesta del otro como tal, independientemente de que se obtenga el objeto reivindicado. La demanda se transforma, así, en demanda de amor, de reconocimiento. Lacan también denomina “objeto a” al objeto causa del deseo creado en ese margen entre la necesidad y la demanda. Objeto precursor de todo deseo posterior.

¹⁸ Frente al grito o el llamado del niño, ante la emergencia de la necesidad, se presenta la madre como el Otro primordial que tiene el poder discrecional de responder o no. El Otro supone en ese grito –que es también algo real no apresado todavía en el orden simbólico– un sujeto, y ha de suponer que ese sujeto le pide algo. La madre está implicada en la interpretación que haga del grito del niño, en la respuesta que de, y por supuesto, en la demanda que a su vez haga al niño. Esto es, la madre, demanda al hijo que se deje alimentar, acepte sus cuidados, se duerma, etc., es decir, que se deje hacer, que se deje amar, que satisfaga su demanda (la de ella). El niño puede negarse a ello, con lo que, como dice Lacan en “*La dirección de la cura*”: “*El niño al negarse a satisfacer la demanda de la madre, ¿no exige acaso que la madre tenga un deseo fuera de él, porque es éste el camino que le falta hacia el deseo?*” (1958a, p. 259). Lacan apunta así hacia el deseo de la mujer (no sólo al deseo maternal) como algo necesario también para la constitución del deseo en el niño. Y en su respuesta, en la interpretación del grito y/o del llanto del niño, en las demandas maternas y en su deseo está incluido el orden cultural simbólico (anudado a lo imaginario y a lo real).

forma muy primitiva, llorando o gritando, y será la madre la que interprete y dé un sentido, determinando así retroactivamente su sentido. De aquí se derivan cuatro consecuencias:

a) Que la palabra no se origina en el Yo sino en el Otro. El sentido viene del Otro. Está por tanto, más allá del control consciente. Viene de otro lugar, desde fuera de la conciencia. De ahí que Lacan (1966a, p. 16) diga que “el inconsciente es el discurso del Otro”. El Otro como un lugar.

b) Que el Otro nunca está en condición de satisfacer plena y absolutamente esa demanda incondicional de amor que el sujeto anhela (Lacan, 1958 pp. 284-85). Y además, el Otro, lo descubrirá, no es completo, es decir en el Otro hay una falta y está sujeto a la Ley de prohibición del incesto

c) Que el bebé depende de ese Otro al que ha de demandar. El desamparo originario del niño contrasta con la omnipotencia de la madre que puede decidir si satisfará o no las necesidades de la criatura (Lacan, 1956-57, pp. 68-71 y 187-89). Este es el origen de la omnipotencia de los significantes maternos.

d) Y que la demanda tiene una estructura de lenguaje (Lacan, 1956-57, pp. 190-91). Es decir está mediada por el Otro, pertenece por tanto al orden de las palabras, al orden simbólico.

Lo simbólico, además, es el reino de la Ley que regula el deseo en el complejo de Edipo. Si lo imaginario se caracteriza por las

relaciones duales, lo característico de lo simbólico son estructuras triádicas, mediadas siempre por un tercer término: el Otro¹⁹. El momento clave para la adquisición de esta categoría, ya lo he dicho, es la culminación del complejo de Edipo y la formación del Superyo. El registro de lo simbólico instaaura, por tanto, lo propiamente humano, diferente del mundo animal. El reino de la cultura en tanto opuesto al orden imaginario de la naturaleza. No se trata de una superestructura determinada por la biología o la genética. El orden humano se caracteriza por la circunstancia de que la función simbólica interviene en todos los momentos y en todos los grados de su existencia. Es decir, configura una totalidad. La función simbólica crea un universo en el interior del cual todo lo que es humano debe ordenarse (Lacan (1954-55, pp. 50-52).

Constituye también el reino de la muerte, de la ausencia y de la falta. No se instaaura poco a poco. Una vez que se establece lo simbólico, crea la sensación de que siempre ha estado, puesto que para referirse a lo que lo precedió es menester hacerlo mediante símbolos. Es también el determinante de la subjetividad. En la dialéctica simbólica, explica Lacan (1956-57, p. 125-26) lo que no se tiene existe tanto como lo demás. Es decir, existe en calidad de menos, o de ausencia. Lo real y lo imaginario están estructurados por lo simbólico.

Cabe recordar también que para Lacan (1948, p. 66 y 1953, pp. 88-92 y 117) el lenguaje antes que significar algo, significa para alguien, y con ello Lacan subraya su valor de pacto, de contraseña o

¹⁹ Estrictamente hablando en lo imaginario se podrían concebir tres términos madre-hijo y falo y en lo simbólico cuatro: madre-padre-hijo y falo, esto es una estructura cuaternaria.

reconocimiento que adquiere el lenguaje. El orden simbólico es precisamente relación, articulación, vínculo y siempre en relación a Otro. El lenguaje es visto como un elemento mediador y más allá de su empleo para comunicar información, el lenguaje es una apelación al interlocutor.

No cabe hablar de un orden humano al margen de lo simbólico. Sólo el mundo humano está regido por leyes sociales que regulan las relaciones, especialmente las elecciones sexuales. Esto acarrea consecuencias psíquicas al ser humano. En el niño se instaura un Superyo y un “Ideal del yo”, representativo de los ideales culturales que lo constituye y dirige su conducta. Un orden distinto al de los animales, que viene determinado por un saber instintivo, fijo y programado genéticamente y por el valor o el significado intrínseco de los objetos.

Lo simbólico preexiste al niño, si bien ha de ser incorporado por éste. Es decir, el niño nace en un orden cultural, simbólico, que le precede. Es deseado, concebido, criado y educado por unos padres que están sometidos a dicho orden. Éste actúa coercitivamente y es inconsciente. De modo que cabe hablar de que lo simbólico constituye al ser humano y no que éste construya el mundo simbólico. En este sentido la prohibición del incesto no requiere ser formulada explícitamente, ni es una experiencia personal sino que es estructural, universal y está siempre presente.

En el orden simbólico los objetos adquieren un valor que va más allá del que le constituye. Si un objeto se transforma en don es precisamente porque pasa a tener un valor diferente al que el objeto tiene en sí. Pasa a significar algo que no está en el objeto mismo, que no es el propio objeto. Además, en esta dialéctica simbólica aquello que no existe puede tener existencia. Existe en tanto que es representable, por ello se puede decir que la ausencia se “percibe”. Esto sólo sucede en el orden humano.

Desear implica la constitución de un sujeto al que algo le falta y ha de demandarlo, lo que inevitablemente le introduce en el mundo del lenguaje y en el orden simbólico, en el que como hemos visto, lo demandado –más allá de la satisfacción de la necesidad- se transforma en “don” y es del orden del amor del Otro. Y este orden está regulado por la ley de prohibición del incesto.

El hijo, como veremos, en tanto objeto con un estatuto simbólico, adquiere valor de regalo, de donación por amor. Las relaciones –fantaseadas o reales- que se establezcan con él, incluso antes de existir están ordenadas por la cultura, y no exclusivamente por la genética. El orden simbólico es organizador del intercambio entre los grupos y de las relaciones sexuales, siendo la prohibición del incesto el factor fundamental de esa función. El deseo de un hijo se estructura dentro de este marco, que remite al reconocimiento de la falta,

la instauración del “Ideal del yo”, la admisión de la diferencia sexual, de la ley que regula las relaciones humanas.

Es decir, ser madre, ocupar dicho lugar o desear ocuparlo, está impregnado de consideraciones simbólicas. Pero no exento de la dimensión imaginaria. Voy a exponerlo.

1.2.3. Lo imaginario remite a la imagen del cuerpo y la constitución del Yo. Debe entenderse, además, como el registro del narcisismo primario y del “Yo ideal”.

Lacan (1938) construye inicialmente la teoría de lo imaginario en su obra *“La familia”*. Posteriormente, al hablar del estadio del espejo, señala que lo imaginario es el reino de la imagen, del engaño y el señuelo. Las principales ilusiones de lo imaginario son las de totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y, sobre todo, semejanza. Lo imaginario es, por tanto, el orden de las apariencias superficiales que son los fenómenos observables y engañosos, que ocultan estructuras subyacentes. Los afectos son fenómenos de este tipo.

Es también la dimensión del sujeto humano más estrechamente vinculada a la etología y la psicología animal. Todos los intentos de explicar la subjetividad humana en términos de psicología animal se

ven por consiguiente limitados a lo imaginario. Pero, como he dicho, este registro está estructurado por lo simbólico. Es decir, existe una distancia enorme entre el mundo de los seres humanos y el de los animales, cuya base es el lenguaje. La psicología animal está dominada por lo imaginario, mientras que en los seres humanos esta dimensión se ve complicada por la dimensión adicional de lo simbólico (Lacan, 1955-56, pp. 134-140). Cuando Freud habla de pulsión que no de instinto está, por tanto, subrayando esta ruptura con el mundo animal, instintivo. El hombre funciona de otro modo.

Se instala a partir de la relación dual primaria del niño con su semejante, la madre, otro niño, o la imagen que le devuelve el espejo. El niño no ve en el otro más que un semejante con el que se confunde e identifica. Mientras se mantenga en esa fusión yo-imagen, o identificación narcisista, no puede tener subjetividad. Para salir de esta identificación imaginaria se requiere la intervención de un tercero y de la prohibición del incesto, de la castración. Este tercero no se refiere a la persona concreta del padre, sino a una función simbólica, la “metáfora paterna” o “nombre del padre”. Función que, en nuestra sociedad, suele ser desempeñada por el padre físico, pero que no son coincidentes. Lacan en *“El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente”* (1957-58, pp. 171-180) distingue al padre físico del padre simbólico. El Edipo puede constituirse esté presente o no el padre físico, o bien puede haber falta de esa función aunque la presencia del padre sea patente. La noción de metáfora paterna se refiere a la función de prohibición del incesto, sea ésta ejercida por la persona física del padre o por cualquier otra persona, entidad o situación. De no ejercerse dicha función el niño quedaría atrapado en

el deseo de la madre y ésta en el deseo fálico del hijo, sin reconocerlo más que como algo propio²⁰.

Como he expresado, la base de lo imaginario es la formación del Yo en el estadio del espejo. Dado que el Yo se forma por identificación con el semejante, éste es un aspecto importante del orden imaginario. Por ello el Yo y el orden imaginario en sí, son sedes de una alienación radical²¹. También la relación entre el Yo y el semejante es narcisista. La alienación y el narcisismo constituyen características de este registro. Lacan (1953-54, pp. 197-216) distingue cómo el “Yo ideal” está en el plano de lo imaginario, mientras que, como hemos visto, el “Ideal del yo” pertenece al conjunto de las exigencias de la ley, al orden simbólico, o a la identificación secundaria, regida por la Ley.

Por otra parte, hay que recordar que lo imaginario tiene también una dimensión lingüística. Si el significante es la base del orden simbólico, el significado y la significación forman parte del orden

²⁰ Precisamente por ello, la metáfora paterna lo que implica es que algo –el nombre del padre- viene a ocupar el lugar de lo primeramente simbolizado por el deseo de la madre. De ahí que es el deseo de la madre dirigido más allá del niño el que viene a abrir la puerta al nombre del padre. Lacan recalca el deseo de la madre en tanto que mujer; es decir un deseo que no culmina en el hijo, un deseo que apunta a otro lugar.

²¹ El Yo es un producto de la identificación con la imagen en el espejo, de la relación dual, de la confusión entre sí mismo y el otro, o de la alienación en el otro. Joël Dor (1986, pp. 91-93) señala cómo el re-conocimiento de sí mismo a partir de la imagen del espejo se efectúa –por razones ópticas- a partir de indicios exteriores y simétricamente inversos. La unidad misma del cuerpo se esboza como exterior a sí misma e invertida. La dimensión de este re-conocimiento prefigura así, para el sujeto que inicia la conquista de su identidad, el carácter de su alienación imaginaria de donde se perfila el “desconocimiento crónico” que no dejará de mantener consigo mismo. A partir del momento en que Lacan plantea la primacía de lo simbólico, el Yo aparece como un puro lugar de desconocimiento y alienación; constituye un conjunto de certidumbres y de creencias con las cuales el individuo se ciega.

imaginario. El mundo animal está regido por un significado fijo, sin embargo, en la cultura los objetos pasan a tener una significación diferente, imaginaria. Y las personas se identifican o se dan significaciones, atributos diferentes en función de sus ideales narcisistas. Estos significantes ideales producen efecto de significación, dan una imagen. A su vez, cada sociedad oferta unos ideales, un imaginario, que el sujeto puede o no aceptar. El imaginario social preeminente que identifica mujer y madre no responde sólo a la constitución o fisiología de su cuerpo, sino a una propuesta de la cultura con la que la mujer se puede o no identificar. Y el hijo ser ubicado en el lugar del objeto que representaría esa imagen perfecta, ese Yo Ideal.

El orden imaginario, de la imagen y de los objetos con significados dados, existe en el mundo animal. Lo que es particular del ser humano es el anudamiento de este registro con la dimensión simbólica y con lo real.

Lo imaginario remite pues a la relación especular, dual, fusional con el cuerpo de la madre y a la constitución del Yo a imagen de otro. Pero este registro tiene que estar anudado a los otros dos. Lo imaginario por sí mismo, da cuenta del Yo, pero no de la estructura del sujeto, de su relación con los otros ni de los deseos. Lo imaginario es del orden de la identificación narcisista y de la apariencia. El deseo de un hijo, desde el estatuto imaginario, remite a la ilusión del ideal narcisista de fusión, de totalidad. El deseo de un hijo en la

mujer aparecería como el medio para recuperar la unidad imaginaria, el paraíso perdido de la infancia en el que supuestamente ella fue "uno" con su madre, pero renegando de su propia escisión y de su falta en tanto que sujeto deseante. Respondería al señuelo de satisfacción narcisista, de plenitud, felicidad.

En las relaciones intersubjetivas, o en la aprehensión del mundo, el otro puede ocupar un lugar especular, es decir, reflejo del "Yo ideal". Devolvemos una imagen ideal de nosotros mismos. Esto es, el otro puede o no colmar esa imagen, convirtiéndose bien en un objeto narcisista que genera amor, o desencadenando, si el otro frustra dicho ideal, la tensión destructiva. Las relaciones imaginarias, duales o especulares están imbuidas de esta oscilación en un sentido o en otro. El hijo, en su dimensión imaginaria, puede colmar o no el "Yo ideal" de la madre. Pero en su dimensión simbólica, remite a la instauración de un "Ideal del yo" y de la ley.

Entiendo que el hecho de que la procreación sea un proceso natural puede inducir a pensar que al fenómeno fisiológico le ha de corresponder el deseo natural e instintivo de tener un hijo y determinadas actitudes hacia él. Pero, si tenemos en cuenta estas tres dimensiones que distingue Lacan no podemos ignorar que esta identificación de lo social con lo biológico –que identifica mujer y madre- es producto del sistema de representación de un orden simbólico que crea ese imaginario, esa ilusión de naturalidad. Pero en el ser humano,

como he expuesto, el registro simbólico no puede ser olvidado. Cabe pensar que la cultura ha ofrecido la idea del hijo como aquello que toda mujer ha de desear, como algo natural y acorde a su ser, a su esencia, aquello que ha de satisfacerla plenamente. Es decir, el orden simbólico puede proponer una representación imaginaria, ideal narcisista, que identifica maternidad y mujer, de modo que el sujeto mujer pueda ahorrarse las preguntas acerca de su deseo. Pero la realidad psíquica o subjetiva, se constituye a partir del deseo de cada uno. Se trata de una realidad que se relaciona fundamentalmente con el estatuto y el orden simbólico.

Por tanto, la introducción de los tres registros por parte de Lacan, responde ante cualquier imputación de “esencialismo” respecto de la posición femenina y la maternidad: lo social/imaginario –producto de un movimiento del orden simbólico que se ha estabilizado- cuenta, lo he dicho, pero cuenta también lo real y el posicionamiento simbólico del sujeto en relación al goce. De dicho posicionamiento y del goce hablaré más adelante al abordar la sexuación.

1.3. La falta de objeto es el motor de la relación del sujeto con el mundo. La diferenciación de tres modalidades de falta de objeto -privación, frustración y castración- permite entender la dinámica del deseo, la envidia de pene y el deseo de un hijo.

Lacan en el capítulo 8 de *“El Seminario. Libro 2. El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica”* expone cómo la constitución del mundo objetal es siempre un esfuerzo por redescubrir el objeto. Y dice expresamente:

“En la medida en que lo que se le presenta sólo coincide parcialmente con lo que ya le procuró satisfacción, el sujeto se pone a la búsqueda, la repite indefinidamente hasta volver a encontrar ese objeto”

Y continúa:

“El objeto se encuentra y se estructura en la vía de una repetición. Reencontrar el objeto, repetir el objeto. Pero lo que el sujeto encuentra jamás es el mismo objeto. Dicho de otro modo, el sujeto no cesa de engendrar objetos sustitutivos” (Lacan, 1954-55, p. 155).

Previamente, en el capítulo sexto de este mismo Seminario ya había expresado: *“todo lo que significa un progreso esencial para el ser humano tiene que pasar por la vía de una repetición obstinada”* (p. 138). Esto es, hay falta de objeto y por la senda de la repetición y la

“creación” o hallazgo del objeto, encontramos objetos que rempazan ineficazmente al objeto faltante.

En “*El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*” Lacan (1956-57, pp. 27-41) vuelve a considerar la falta de objeto como el motor de la relación del sujeto con el mundo. Hay falta de objeto y en esa falta nos encontramos con objetos sustitutivos, que ineficazmente suplen al objeto perdido. Ahora bien, ¿de qué se trata cuando se habla de “falta de objeto”? En su relectura del caso Juanito este autor trata con amplitud el concepto de castración, y lo ubica en la perspectiva de su teoría del significante. Distingue Lacan (1956-57, pp. 56-77) tres modalidades de falta de objeto: la privación, la frustración y la castración.

1) La privación es definida como la falta real de un objeto simbólico. Esto es, la falta no está en el sujeto y para que éste acceda a la privación ha de ser ya capaz de simbolizar y concebir lo real como algo que puede ser distinto de como es. Es decir, hace falta que esté determinado simbólicamente como algo que debe estar allí presente. Por definición lo real es pleno, se basta a sí mismo. Indicar que algo falta, que no está, es suponer posible su presencia. Es introducir en lo real el orden simbólico.

En el descubrimiento de la diferencia de los sexos, el niño pasa por el reconocimiento de que la madre no tiene pene, que está privada de él. Lacan mediante el concepto de privación pretende teorizar el concepto de castración femenina y de envidia de pene. Para Lacan (1956-57, p. 220) la privación se refiere a la falta de pene en la mujer,

falta en lo real. Pero, como vimos, lo real es pleno. Es decir, en lo real no hay falta. La privación implica la simbolización de la falta de objeto en lo real. Es decir, cuando el niño percibe la ausencia de pene, es porque tiene la idea de que éste debería estar ahí, lo que supone introducir lo simbólico en lo real. Lo que falta, pues, no es el pene, no es el órgano real, pues la vagina biológicamente es completa, sino que lo que falta es un objeto simbólico. El falo simbólico. Éste, para la niña, puede ser reemplazado en el inconsciente por otro objeto, por el niño (Lacan, 1956-57, pp. 155-56).

La privación es concebida como uno de los tiempos del Edipo. Si la madre parece apropiarse al principio del hijo en lo que se presenta como una relación fusional, es menester que sea privada de ello para que aquel pueda acceder a su propio deseo. El agente de la privación es el padre imaginario.

2) La frustración es definida como la falta imaginaria de un objeto real. Es entendida como un daño, un perjuicio y es, por ello, el dominio de la reivindicación, pero de las exigencias desenfrenadas y sin ley. La frustración se refiere a las relaciones primitivas del niño y la madre, antes del Edipo. Es decir, tiene su origen en los traumas, fijaciones, impresiones, provenientes de experiencias pre-edípicas. Constituye el terreno preparatorio y la base y el fundamento del Edipo. El concepto de frustración lo toma Lacan (1956-57, pp. 63-71) de Melanie Klein reelaborándolo e introduciendo modificaciones²².

²² Si bien Lacan no deja de hacer referencia a Freud (1909b, pp. 106-117) quien lo hace presente en el caso Juanito al decir que el destino de la madre es precisamente frustrar.

Ahora bien, aunque se vincula con las experiencias pre-genitales, el objeto no se relaciona con cosas reales o con la necesidad. El objeto además de satisfacer una necesidad también simboliza la potencia favorable de la madre. El objeto pasa, así, a transformarse en don. Es decir, el objeto es valorado más por ser un don simbólico que por su capacidad para satisfacer una necesidad. Lacan (1956-57, pp. 98-104) explica que lo que está en juego en la frustración no es tanto el objeto real del que se siente frustrado, sino el amor de quien puede otorgar ese don. Esto es la frustración tiene que ver con la demanda de amor. En un principio, el niño desconoce lo que hay detrás del otro, el circuito de relaciones intersubjetivas y la ley que regula los intercambios. Dice Lacan *“sólo hay frustración –la misma palabra lo implica- si el sujeto reivindica, si el objeto se considera exigible por derecho. En ese momento el objeto entra en lo que se podría llamar el área narcisista de las pertenencias del sujeto”* (1956-67, p. 103). Es decir, algo del orden del narcisismo. Y se reivindica porque se considera que ese don es algo a lo que tiene “legítimo” derecho, algo exigible por derecho propio y siente que ha sido injustamente tratado al no obtenerlo.

En este contexto -anterior a su articulación con el orden simbólico y propio del registro cerrado y absolutamente inagotable del narcisismo- cuando se proporciona el objeto demandado, la sensación de injusticia o de amor incumplido persiste en el niño. Aunque ahora pueda consolarse disfrutando momentáneamente de las sensaciones que ese objeto real le procura, la frustración sigue presente, puesto que ésta remite al amor, pero, como he dicho, al amor narcisista, no regulado por la ley de prohibición del incesto, por la ley que rige los

intercambios sociales. Procurar el objeto, no frustrar –aparte de ser imposible²³- deja al sujeto en ese circuito cerrado, narcisista y dual, fuera de toda ley que regule los intercambios.

El agente que provoca la frustración es la madre. La cual en este período es percibida como omnipotente por el niño. La frustración se considera un conjunto de impresiones reales vividas por el sujeto en un momento de su desarrollo en el que su relación con el objeto real se centra en la *imago* del seno. Pero la frustración se articula después con el orden simbólico. El niño empieza a percibir el orden simbólico que hay detrás del otro, ese orden que le preexiste, la ley que regula las relaciones y que afecta también a la madre, pudiendo aceptar determinadas privaciones permanentes.

3) La castración, tercera modalidad de falta de objeto, es definida por Lacan (1956-57, pp. 217-32) como la falta simbólica de un objeto imaginario. No se trata de una castración real. Es más, Lacan (1958, pp. 279-80), dice que es imposible sostener la castración entendiéndola desde una dimensión anatómica o biológica “*es insoluble por cualquier reducción a datos biológicos*”. Es la representación simbólica de la amenaza de desaparición, en la medida en que no concierne al pene, sino al falo, de un objeto imaginario.

No hay, pues, diferencia entre la niña y el varón desde el punto de vista del desarrollo del Edipo, pues ambos desean en un primer momento ser el falo de la madre. De esta posición incestuosa han de

²³Ya mencioné al hablar del registro simbólico en el epígrafe 1.2.3. que el otro nunca está en condición de satisfacer plena y absolutamente esa demanda incondicional de amor que el sujeto anhela

ser desalojados por el padre simbólico. No se puede hablar de deseo en una relación especular, recíproca. Sólo se puede desear si hay desilusión, falta. No hay posibilidad de acceder a la genitalidad en la especie humana salvo si está sometida a cierto número de condiciones. La castración para Lacan denota el momento final del complejo de Edipo en ambos sexos. Ambos deben renunciar a ser el falo para la madre, esto es ser su objeto de deseo (Lacan, 1957-58, 209-11).

Ahora bien, la castración se refiere también al estado de falta que existe en la madre antes del nacimiento del sujeto. Aunque estrictamente hablando para Lacan (1956-57, p. 220) esta falta no es castración, sino privación, sin embargo él mismo utiliza a menudo estos términos de modo intercambiable. Falta de la madre que se evidencia en el hecho de que ella no es completa en tanto que desea. Deseo de la madre que es percibido por el sujeto como el del falo imaginario. Es decir, el bebé, percibe muy tempranamente que la madre no es completa, autosuficiente en sí misma, ni que está totalmente satisfecha con él, sino que desea otra cosa más allá de él mismo, desea el falo imaginario. Para Lacan (1956-57, pp. 179, 193-198 y 226) el deseo del falo permanece siempre insatisfecho por más hijos que tenga. Esta insatisfacción, como acabamos de decir, es percibida muy pronto por el niño. El niño se da cuenta de que la madre desea algo que está más allá de la relación entre ambos. Así es como el infans se da cuenta de que el Otro no es completo, que desea por fuera de él, y entra en la dialéctica del deseo.

Privación, frustración y castración son consideradas por Lacan como tres modalidades de falta de objeto. Los tres niveles no son equivalentes. La privación remite a una falta real pero de un objeto simbólico. Para percibir que algo falta tiene el sujeto que estar introducido en el orden simbólico, en donde lo que no está tiene existencia. La niña vive la ausencia de pene como una privación.

La frustración no alude a un objeto real capaz de satisfacer la necesidad biológica, sino que remite a lo imaginario. Los objetos reales están involucrados pero enseguida quedan “atrapados” por la función simbólica. Es decir adquieren la condición de símbolos del amor de la madre. Desde el momento en que depende de la potencia materna se entra en la dinámica simbólica. Al depender de ella los objetos se convierten en don. Y el don posibilita la entrada del niño en el orden de los intercambios. La satisfacción de las necesidades biológicas o el proporcionar los objetos demandados no alivia la frustración, puesto que ésta se refiere a algo de otro orden. A la satisfacción narcisista imposible.

La castración se refiere a la falta simbólica de un objeto imaginario. El falo imaginario. No se trata pues de un problema de anatomías. Se refiere a un estado de falta. Falta que se percibe en la madre que por ello desea más allá del propio niño/a. Falta en el propio sujeto que se da cuenta que no es el falo imaginario que la madre anhelaba. Permitiéndole salir de una posición especular, narcisista para entrar en otra

dinámica. Esto es, le permite rotar de la posición de objeto para el otro a la de sujeto deseante.

La castración constituye el punto en torno al cual gira toda la dinámica edípica. Lacan utiliza el término “castración” para referirse tanto a la castración de la madre como para hablar de la castración del sujeto. La primera tendría lugar en el segundo tiempo del complejo de Edipo (la madre no tendría el falo) y la castración del sujeto en el tercer tiempo (el sujeto debe renunciar a ser el falo para la madre).

1.4. El complejo de Edipo según Lacan se constituye en tres tiempos e intervienen cuatro términos –madre, niño/a, padre, y falo- en lugar de los tres que describe Freud. Sólo en el tercer tiempo el niño asume su lugar como sujeto sexuado y deseante. La experiencia de la castración afecta a todos y es el núcleo del complejo de Edipo. La relación del sujeto con el falo es lo que determina la posición sexual: ser o no ser el falo y tener o no tenerlo, pero teniendo en cuenta que nadie lo tiene.

El complejo de Edipo, como he apuntado, es el pasaje desde el orden imaginario al orden simbólico. Evans (1997, p. 55) recoge cómo

el hecho de que la entrada en lo simbólico se realice a través de una dialéctica sexual compleja significa que el sujeto no puede tener acceso al orden simbólico sin enfrentar el problema de la diferencia sexual.

Para entender el Edipo, Lacan en sus “*Seminario 4: La relación de objeto*” (1956-57, pp. 202-232) y “*Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*” (1957-58, pp.185-219) dice que hay que tener en cuenta algo más que los tres personajes del triángulo. El falo es el cuarto término y el fundamento de la articulación del complejo. El falo es el significante de una falta y también el significante del deseo. El complejo de Edipo consiste en una dialéctica cuyas principales alternativas son: ser o no ser el falo y tener o no tenerlo, pero teniendo en cuenta que nadie lo tiene. Lacan (1957-58, pp. 185-219) entiende que hay tres tiempos en el complejo edípico que vienen determinados por el lugar que ocupa el falo en el deseo de los tres protagonistas.

En el **primer tiempo** la función paterna, “metáfora paterna” o ley de interdicción del incesto actúa porque ya está instaurada en la cultura dicha prohibición. En este primer tiempo el niño trata de identificarse con el objeto de deseo de la madre. Pero hay en la madre el deseo de algo más que la satisfacción del deseo del niño. El niño no es sólo el objeto de deseo de la madre. Detrás de ella se perfila ese orden simbólico del que depende y ese objeto predominante que es el falo. El hijo representa imaginariamente para la madre el falo. El niño se encuentra sujetado a la madre en la medida en que él encarna su falo. En este primer tiempo el niño es, por tanto, el falo. Si la madre es deseante, carente de algo, el niño “ocupa” el lugar del falo, cree serlo

para la madre, pero en ella el lugar de la falta, soporte del deseo, persiste más allá de la satisfacción posible con el hijo.

Es decir, en este primer tiempo, como dice Lacan (1956-57, pp. 225-26), se trata de que el niño se incluya a sí mismo en la relación como objeto de amor de la madre. Se trata de que se entere de esto, de que aporta placer a la madre, de que le aporte una satisfacción de amor. Ser amado es fundamental para el niño. Y ¿cómo el niño capta lo que él es para su madre? El niño no está solo, porque hay otro término que interviene, independientemente de las contingencias de la experiencia y de la historia de cada cual. La madre conserva la “envidia de pene”. El niño siente el falo como centro del deseo de la madre y él mismo se sitúa en distintas posiciones para tratar de mantener este deseo de la madre. Es decir, se identifica con lo que él supone que es el objeto de su deseo y esta identificación se ve facilitada e inducida por la relación de inmediatez entre la madre y el hijo, de sus cuidados y satisfacción de necesidades. La proximidad de estos intercambios pone al niño en la situación de hacerse objeto de lo que se supone le falta a la madre. El niño quiere constituirse él mismo como el *falo* materno. El deseo del niño permanece totalmente sujeto al de la madre. Y sólo puede haber una relación de fusión con la madre mientras no aparezca ningún tercer elemento que mediatice esta identificación del niño al falo. Sin embargo, esta convicción es de carácter imaginario dado que la instancia mediadora (el Padre) no es ajena a esta relación madre-hijo. La identificación con el objeto fálico que elude la mediación de la castración la convoca. El niño oscila en la dialéctica de ser o no ser el falo. El surgimiento de tal oscilación anuncia el segundo momento del complejo edípico.

En el **segundo tiempo** el padre interviene como el privador de la madre en un doble sentido: priva a la madre del objeto fálico, del niño, y priva al niño de la madre, de su objeto de deseo. Es decir, el niño deja de ser el falo de la madre, en tanto ésta prefiere a otro que no es él, porque supone que tiene algo que él no tiene. El niño pierde su valor fálico, pero también la madre para el hijo lo pierde. Ella desea algo, luego carece de algo. El niño debe reconocer que a la madre le falta algo que busca en otra parte. Ha de reconocer que también ella está sometida a un orden que le es anterior. La ley de interdicción del incesto afecta también a la madre.

Pero esta intervención no exige que el padre real imponga la ley, sino que la intervención del padre esté mediada por el discurso de la madre. Es decir, la ley tiene que ser respetada por la madre y dejarla traslucir en sus palabras y acciones.

En este segundo tiempo hay una sustitución de la demanda del sujeto. Al dirigirse al otro (en una relación especular, sin mediación, dual) descubre al Otro (el otro sometido a una ley, una relación mediada por la ley de prohibición del incesto, una relación simbólica). Descubre la existencia de esta ley y que su madre está sometida a ella. El objeto de deseo de la madre está en otro a cuya ley ella remite. No se trata simplemente del pasaje del dominio de la madre al dominio del padre, sino de la instauración del falo como algo que está más allá de cualquier personaje (de la madre o del padre), más allá de algo que se pueda poseer. El falo se instituye como una entidad desde la cual todos quedan situados como simbólicamente castrados. Aparece un corte

entre la madre y el hijo y una pérdida para cada uno. La madre deja de tener el falo. El hijo deja de ser el falo para la madre. La castración es el núcleo del complejo de Edipo. En este segundo tiempo afecta prioritariamente a la madre²⁴.

En el **tercer tiempo**, del que depende la declinación del complejo de Edipo, el padre interviene como el que tiene el falo, sin serlo. Este tiempo está marcado por la intervención del padre real. Este demuestra que él tiene el falo, y no lo intercambia ni lo da (Lacan, 1956-57, pp. 364-366). Por tanto demuestra al niño que su pretensión de tratar de ser el falo de la madre es imposible. Es inútil que compita con él, porque sólo él, el padre, está en posición de ganar (Lacan, 1956-57, pp. 202-211 y 229). Se reinstaura el falo como objeto deseado por la madre y no como objeto del que puede privarla como padre omnipotente. El niño es liberado de la tarea imposible y generadora de angustia de tener que ser el falo, cuando comprende que el padre lo tiene. El niño se identifica con el padre y culmina su “Ideal del yo”. Al no ser el falo, deja de estar identificado con el “yo ideal”, con la perfección narcisista, con un personaje dotado de completud y omnipotencia. La identificación con el padre no se refiere a la persona del padre, sino con ciertos elementos significantes de los que el padre es el soporte. Se identifica con las insignias de la masculinidad, asumiendo un lugar como sujeto sexuado (Lacan, 1956-57, p. 375). En este tercer tiempo se acepta la ley de prohibición del incesto y se le otorga el derecho a la sexualidad. Con la intervención del padre real, demostrando que realmente tiene el falo, el niño se ve obligado a

²⁴ Aunque Lacan habla de privación, como señala Evans (1997, p. 53) también utiliza castración, empleando ambos términos como intercambiables.

abandonar sus intentos de ser el falo y la madre como objeto edípico. La castración le afecta, el niño ha de renunciar a esa posición incestuosa.

El complejo de Edipo tiene una función esencial de normalización, pero no sólo en lo que respecta a la estructura moral del sujeto o en sus relaciones con la realidad²⁵, sino también en la asunción de su sexo. Lacan (1957-58, pp.169-70), sin excluir la cuestión de la maduración del cuerpo, señala que el complejo de Edipo es lo que permite la construcción de la virilidad o la feminidad.

Lacan (1956-57, p.226) enuncia cuatro maneras de reaccionar el niño frente a la castración de la madre, esto es, cuatro posiciones en las que se sitúa el niño respecto a la madre: identificarse con ella, identificarse con el falo, identificarse con la madre como portadora del falo y presentarse como portador del falo. Solo la última le permitirá asumir la función paterna. El varón porta el falo pero no es el falo.

En síntesis, en el primer tiempo el niño está en relación con el deseo de la madre. Es el falo de la madre, tanto para la madre como para él mismo que se identifica con el falo. El niño asume totalmente su deseo²⁶. En el segundo tiempo el

²⁵ La perversión y la psicosis serían afecciones patológicas expresivas de esta dificultad de relación con la realidad.

²⁶ Evidentemente el niño comprende que tanto él como la madre están marcados por una falta. La madre está marcada por una falta, puesto que si no fuera así, no desearía. Y el sujeto también está marcado por una falta, puesto que no satisface plenamente a la madre. El elemento faltante en ambos casos es el falo imaginario. La madre desea el falo que le falta, y el niño trata de obturar esa falta de la madre,

padre prohibidor se hace presente a través del discurso de la madre. Interviene para la madre “no reintegrarás tu producto” y para el niño “no te acostarás con tu madre”. Se trata pues de una doble prohibición. El niño es apartado de su posición de objeto de deseo de la madre. En el tercer tiempo el padre aparece como permisivo y dador. El deseo genital para ser asumido por el sujeto humano debe estar marcado por la castración. El niño queda separado de su ligazón incestuosa con la madre y puede darse un objeto fuera del grupo familiar. Se socializa el deseo. Se identifica con el padre. La represión resultante de la salida del Edipo tiene como efecto constituir un sujeto nuevo, se produce una identificación secundaria, el sujeto está provisto de un “Ideal del yo”. La castración sólo se realiza en el tercero y último tiempo, que representa la disolución del complejo de Edipo. Es decir, cuando interviene el padre real, demostrando que realmente tiene el falo, de modo que el niño se ve obligado a abandonar sus intentos de ser el falo.

La castración es, pues, un nudo de relaciones. Remite a dos aspectos: por un lado, a la amenaza en el hombre y por otro, a la privación del pene en la mujer y la subsiguiente envidia de pene. El sujeto queda separado de su ligazón incestuosa con la madre para poder darse un objeto fuera del grupo familiar. Tiene un sentido positivo, en la medida en que no es entendido en la acepción de “acomplejado”, ni en un

persigue convertirse en el objeto de deseo de ella, esto es, ser el falo. Es decir, la castración es un estado de falta que ya existe en la madre antes del nacimiento del sujeto. Dicha falta es evidente en el deseo de ella.

sentido anatómico, sino como la posibilidad de darse un objeto, de permitir la sexualidad humana, socializada, acceder a la propia identidad sexual. Tiene así una función normativa y normalizadora. Subjetivamente es vivida como temor a aquello a lo que es preciso acceder y retención por lo que hay que abandonar. El varón se ubica como el que no es el falo pero lo porta. La mujer como la que no es el falo y no lo tiene, lo desea tener, o al menos algún sustituto, el hijo uno de ellos. Lo explicaré a continuación.

1.4.1. La dialéctica fálica de la niña en el complejo de Edipo la lleva a desear el hijo, como sustituto simbólico del falo imaginario que envidia. Dado que no tiene el falo como pertenencia espera obtenerlo como don del padre: un hijo. El hijo, como sustituto simbólico, se transforma en una metáfora del amor.

El complejo de Edipo es la conquista del orden simbólico; tiene como he dicho una función normativa y normalizadora. Según cómo trascorra el paso por el complejo de Edipo se determina la asunción de una posición sexual y la elección de su objeto sexual (Lacan, 1956-57, p. 375).

La aceptación de dicha posición sexuada no viene pues determinada biológicamente de forma natural o instintiva, sino que es un proceso complejo en el que las diferencias anatómicas interactúan con factores sociales y psíquicos. El proceso, como he expuesto al hablar del complejo de Edipo en el varón, gira en torno al complejo de castración y a la intervención del padre como el representante de la Ley y como el que priva al niño y la niña de la fusión con la madre. Hemos visto cómo el varón teme ser privado del pene. A continuación vamos a exponer cómo es ese proceso en la niña.

Si para Freud la posición sexual viene determinada por la identificación con el progenitor, para Lacan es la relación del sujeto con el falo lo que determina su posición sexual. Como vimos al exponer el complejo de Edipo en el varón, en la dinámica edípica la representación triangular propuesta frecuentemente no da cuenta de la función del Edipo. Lacan (1957-58, pp. 148-213) considera más preciso hablar de modelos cuádruples. Es decir, entender el complejo de Edipo como la transición desde una relación triangular (madre-hijo/a-falo) a una relación cuaternaria (madre-hijo/a-padre-falo). Y dentro de esta dinámica hay que tener en cuenta cual es el posicionamiento del niño/a respecto al falo en la dialéctica edípica. El complejo de Edipo consiste, pues, en una dialéctica cuyas principales alternativas son: ser o no ser el falo y tener o no tenerlo, pero teniendo en cuenta que nadie lo tiene.

Para la niña la entrada en esta dialéctica edípica es diferente que en el varón. Ella supone que ya ha sido privada del pene y

desarrolla la envidia del mismo. Caben tres salidas, dice Freud, (1931, pp. 229-237), ante la percepción de la diferencia anatómica:

- 1) Una posible salida sería la no envidia del pene. No hay falta, no hay deseo, no hay rivalidad.
- 2) Una segunda salida sería el complejo de masculinidad y deseo del pene. Obstinarse en que algún día lo tendrá, negarse a admitir la castración. Aparecería el fantasma de ser como un hombre.
- 3) La tercera salida sería el deseo de tener sustitutos del pene o del falo. Implica el reconocimiento de la castración. Cuando esto sucede la niña cambia de objeto de amor, cambia de zona erógena y cambia de objeto deseado, del pene al hijo. El hijo adquiere un valor fálico.

Lacan (1957-58, pp. 277-286) entiende que también la niña está introducida en la dialéctica fálica. El “*penisneid*” o “*envidia de pene*”²⁷, es para la niña la vía de entrada en el complejo de Edipo. Esta se presenta bajo tres formas distintas desde la entrada hasta la salida del complejo de Edipo.

En un primer tiempo, hay envidia de pene en un sentido fantasmático relacionado con ese anhelo irreductible de tener un pene.

²⁷ Lacan en el “*Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*” expone que en el “*penisneid*” (ganas o envidia de pene) hay identificación con el hombre imaginario y el pene cobra valor simbólico. Pero que esta “*envidia de pene*” no es algo natural y “*si el pene cobra este valor es por cuanto la mujer se halla en un orden simbólico de perspectiva androcéntrica. Además, no se trata del pene, sino del falo, es decir algo cuyo empleo simbólico es posible porque se ve, está erigido. De lo que no se ve, de lo que está escondido, no hay uso simbólico posible*” (1954-55, p. 405). Lacan acentúa la dimensión de símbolo del falo.

Anhelo de algo imaginario (el pene) del que se siente simbólicamente castrada. En un segundo tiempo hay un deseo del pene real del padre, que quedará frustrado imaginariamente por la interdicción edípica y por la imposibilidad fisiológica. Y en un tercer tiempo surge el fantasma de tener un hijo del padre, esto es, tener un pene bajo la forma simbólica de un hijo. El hijo tiene, pues, un valor simbólico (Lacan, 1957-58, p. 285).

Es decir, Lacan (1956-57, pp. 204-06) explica cómo la niña sitúa el falo en el más allá de la madre, en el padre, mediante el descubrimiento de la profunda insatisfacción de la madre en esa relación con la hija. Sin embargo, la experiencia de la niña es diferente a la del varón. La niña junta la apercepción de la castración de la madre con aquello de lo que siente ésta la ha frustrado (Lacan, 1957-58, p. 357). Hacia ella se dirigen todos los reproches y rencores. Se sentirá privada de un pene por la madre y buscará al padre en calidad de sustituto. Esto es, de sustituto para aquello de lo que previamente se ha visto frustrada. Buscará que el padre le proporcione ese pene real, pero este pene real se presenta ya en el nivel simbólico. Es decir, como sustitución de algo.

La niña no tiene el falo imaginario y este hecho desempeña una función esencial en su entrada en el intercambio simbólico (Lacan, 1956-57, pp. 155-56 y 193-95). Por no tenerlo espera conseguirlo en donde supone que está, esto es en el padre. Espera recibirlo en calidad de “don” de regalo del padre. Como símbolo de su amor. Así entra la niña en el Edipo.

Se produce un deslizamiento de ese falo imaginario a lo real. Para la niña no se trata, sólo, de llegar a ser el falo imaginario, sino a lo real, al pene. Es decir, el falo tendrá que deslizarse de lo imaginario a lo real por una especie de equivalencia que Freud (1925b, p. 274) describe. La niña buscará una salida: tener un hijo como sustituto del falo que no tiene. La salida del Edipo para la niña no está en la dinámica de tenerlo o no tenerlo, sino en conseguirlo o no. Por no tenerlo como pertenencia podrá obtenerlo como don del padre. Después, como dirá Lacan (1956-57, p. 205) sólo se requerirá un poco de paciencia para hacer la sustitución del padre por alguien a quien dirigir su amor y del que esperar recibir un hijo, esto es se transforme en el padre de su hijo. Es decir, ha de quedar en una situación de dependencia, de espera de que algo se le dé.

El hijo deseado por la niña es importante como sustituto, como compensación a lo que le falta. La sexualidad femenina se constituye pues en este deseo del falo que es sustituido por el deseo de un hijo. Lacan (1956-57, pp. 240-244) señala que no se trata del hijo como falóforo, como portador del falo, sino del hijo como totalidad. Pero como apunta este autor (Lacan, 1956-57, p. 244) tampoco se trata de una sustitución real, sino de una sustitución significativa. El hijo es una metáfora del amor del padre.

Ahora bien, para Lacan (1956-57, pp. 153-55) el desarrollo del Edipo es igual para la niña y el varón, en tanto que una y otro desean en un primer momento ser el falo de la madre. Posición incestuosa de la que deben ser desalojados por el padre simbólico. La castración no concierne al objeto real, sino al falo, objeto imaginario. La renuncia

por ambos sexos a la identificación con el falo imaginario prepara el camino a una relación con el falo simbólico, diferente para uno y otro sexo. El hombre tiene el falo pero la mujer no. Pero no tenerlo simbólicamente es una forma de tenerlo en calidad de ausencia. Este falo simbólico, como acabamos de decir, desempeña una función esencial en la entrada de la niña en el intercambio simbólico. Digamos que la niña, como el niño, sale de la dinámica de ser o no ser el falo para entrar en la de tener o no tenerlo. Y así es como entra en la relación ordenada y simbolizada que es la diferencia de los sexos. Relación interhumana asumida, tipificada, ordenada y objeto de prohibiciones, marcada por la prohibición del incesto. La mujer recibirá el falo y a cambio dará el hijo, sustituto equivalente del falo. Este sería el fundamento del intercambio de las mujeres que caracteriza las estructuras elementales del parentesco, entrar en la cadena del intercambio simbólico, adquirir un valor (Lacan, 1956-57, pp. 193-94)²⁸

Para la niña, pues, el padre aparece en posición de sustituto. En cuanto a obtener satisfacción está, en primer lugar, el pene del hombre y luego, por sustitución, el deseo de un hijo. Y en este sentido el acceso al deseo maternal se produce por vía sustitutiva y no directa. Lo que quiere decir para este autor que no existe un deseo instintivo ni biológico de tener un hijo. Por otra parte, dice Lacan (1957-58, p.

²⁸ En el Seminario2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” Lacan (1954-55, pp. 390) expone que “el orden simbólico, en su funcionamiento inicial, es androcéntrico”, hecho que permite comprender la posición disimétrica de la mujer en los vínculos amorosos. La mujer es un objeto de intercambio entre los linajes (fundamentalmente androcéntricos). El hecho de que la mujer esté comprometida así en un orden de intercambio en tanto objeto, da a su posición un carácter conflictivo. Como dice Lacan “el orden simbólico la somete, la trasciende” (p. 392).

358): “Como el pene es en primer lugar un sustituto –incluso diría un fetiche-²⁹ también el niño, en cierto modo, será luego un fetiche”.

En síntesis, la experiencia edípica esencial constituye el momento en el que el sujeto accede a una posición sexual. Para alcanzar dicha posición el sujeto –niño o niña- debe reconocer primero que no es el falo. Ha de descubrir que no es el falo de la madre, que la madre está castrada puesto que desea y que el falo simbólico está en otro lugar. Esto es, primero ha de dejar de ser el falo del Otro. Posteriormente la dialéctica de tenerlo o no tenerlo adquiere una dimensión diferente. Dejándolo de ser podrán jugar a tener un sustituto del mismo. En el caso del varón, como hemos visto, el sustituto sería su órgano viril, pero siendo conscientes de que es un sustituto. El peligro que para él se cierne sobre lo que de verdad tiene, la amenaza de castración, lo ha de resolver mediante la identificación con aquel que posee las insignias de la masculinidad. Esto es, con aquel que según todas las apariencias, parece haber eludido el peligro, es decir, el padre. La asunción del propio signo de la posición viril de la heterosexualidad masculina, implica como punto de partida la castración. O dicho con otras palabras sólo admitiendo la castración puede llegar a tener el falo. Es decir debe renunciar a ser el falo materno para acceder a la insignia

²⁹ La afirmación de que el pene y el niño adquiere el valor de un fetiche incluso para las mujeres heterosexuales podría explicar no sólo el fetichismo en la mujer, sino el deseo de tener un hijo bien como una forma de fetichismo, o de negación de la diferencia sexual (por tanto una posición no heterosexual) y, además, un tipo de relación que cabría establecer con el hijo. En cualquier caso, vemos cómo el deseo de un hijo no garantiza ni la salud mental ni la heterosexualidad, ni justifica la identificación cultural que iguala feminidad y maternidad.

de la virilidad heredada del padre. En la medida en que ha de obtener su satisfacción de la mujer, también va a buscar el falo.

En el complejo de Edipo la primera persona en estar castrada en la dialéctica intrasubjetiva, es la madre. Si los destinos de la niña y el niño son diferentes es por que la castración está primero en el Otro. Si el varón sale del Edipo por efecto de la castración, la niña entra por esta misma vía, al renunciar a portar el falo y esperar recibirlo como significante. Significante del amor del padre. Para la niña el padre aparece en posición de sustituto y también el deseo de un hijo se produce por vía sustitutiva y no directa. Del deseo de ser el falo al deseo de tenerlo o la envidia del mismo. De la madre descubierta como castrada al padre como aquel que puede dar el falo o al padre del que cabe esperar, al menos, como sustitutivo, el hijo. Lo que quiere decir para este autor que no existe un deseo instintivo, biológico de tener un hijo. Pero también que el padre, la pareja y el hijo aparecen como sustitutos. Lacan no habla de satisfacción plena, en tanto que sustitutos nunca son suficientes, por tanto no hay armonía o plenitud posible.

El hijo, además, en tanto que sustituto del pene, o del falo puede no sólo estar investido de valor fálico, sino también como fetiche. Por tanto, el deseo de un hijo no evidenciaría obligadamente la salud mental de la mujer, ni su acceso a la heterosexualidad. La representación cultural que hace

equivalentes feminidad (heterosexualidad) y maternidad no se puede sostener.

1.5. Los conceptos de padre y madre no son coincidentes con los genitores ni el falo remite al órgano anatómico.

He hablado del estadio del espejo, de las tres modalidades de falta, de los tres registros desde los que analizar la realidad y del complejo de Edipo, ello va a permitir acceder a la forma en que Lacan entiende los conceptos de padre, madre y falo. Cuestión que juzgo capital para no entrar en confusiones respecto a las personas que están presentes en la realidad social en tanto padres o madres y para diferenciar los aspectos ambientales, genéticos o biológicos implicados en la cuestión.

Es preciso tener en cuenta los tres registros (real, imaginario y simbólico) para entender qué papel juegan los padres y la cultura en la estructuración del psiquismo. Lacan, en sus “*Seminario Libro 4. La relación de objeto*” y “*Seminario Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*” distingue al padre y a la madre como real, simbólico e imaginario. Diferencia también esos tres registros para hablar del falo. Veámoslo más detenidamente.

1.5.1. El concepto de madre desde los tres registros permite diferenciar a la madre como persona de las funciones y manifestaciones de ésta.

La madre es el agente de la frustración. Ahora bien, hay que distinguir que la madre es algo distinto del objeto primitivo. Para ello Lacan diferencia madre simbólica, real e imaginaria (1956-57, pp. 181-198).

- a) La madre simbólica se establece a partir de los seis meses en la medida en que el niño capta que puede o no estar. Está articulada con el registro de la llamada, el niño puede reclamarla cuando ya tiene la representación de su existencia aunque no esté presente. El niño puede crear un objeto sustituto de la madre (inútil para la satisfacción de la necesidad). Puede simbolizarla. La madre, como objeto primitivo, produce efectos, pero no es captada como totalidad, como individuo, por el niño. Cuando el niño es capaz de simbolizar a la madre y mediante la llamada reclamarla, ésta puede responder o no, esto es, puede acceder o no a dar aquello que se le pide. El objeto real, el de la necesidad, se transforma en don expresivo de su amor, es decir adquieren una función simbólica que eclipsa su función real. Los objetos son vistos como regalos o muestras del amor de la madre y la sola presencia de ésta atestigua su amor. Consecuentemente, su ausencia se experimenta como un rechazo o una pérdida de su amor. Si no

responde –o mejor aunque responda- (dado que la demanda no puede ser nunca plenamente satisfecha y el destino de la madre es frustrar)- cae la madre simbólica y se transforma en real. En palabras de Lacan *“La madre es de entrada simbólica y sólo tras la crisis de la frustración empieza a realizarse, debido a cierto número de choques y particularidades surgidas en las relaciones entre la madre y el niño. La madre objeto de amor puede ser en cualquier momento la madre real en la medida en que frustra ese amor”* (Lacan, 1956-57, p. 225). De modo que la madre sólo se vuelve real al frustrar la demanda del bebé. El niño ha de incluirse en la relación como objeto de amor de la madre, necesita saber si su presencia gobierna la presencia de la madre, si aporta placer a la madre o si él aporta una satisfacción de amor.

La madre simbólica es también la que tiene en sus manos la posibilidad de nombrar. Aunque no hay modo de saber con seguridad lo que el llanto del niño expresa o lo que demanda, no obstante, la madre lo interpreta de un modo particular y determina así retroactivamente un sentido. Como el infante es incapaz de ejecutar las acciones que satisfarían sus necesidades y el objeto es proporcionado por el otro, adquiere la importancia de ser prueba de su amor.

- b) La madre real es la que tiene todos los bienes, tiene el poder. Es la cuidadora del recién nacido y de quién éste depende absolutamente. En este sentido es una madre fálica. No se refiere a la madre como genitora, sino como función. Cuando responde a su arbitrio responde como madre real. Pero, como hemos visto, el

objeto real se transforma en un don. De ser objetos de satisfacción pasan a convertirse en don al intervenir la madre real. Los objetos adquieren el valor de don. Dependen del amor de la madre y de su buena o mala voluntad. Al actuar la madre como agente real, los objetos se transforman en simbólicos, pasan a tener otra consideración, la de representar un regalo, un símbolo de amor o de desamor (Lacan, 56-57, pp.68-71 y 57-58, p. 194).

- c) La madre imaginaria se manifiesta en esa relación especular, que puede representarse como la madre devoradora, raíz de la angustia, pero también en la madre fálica como poseedora del falo imaginario. Todo niño o niña ha de desprenderse de la relación imaginaria con la madre para entrar en el orden social y el agente que ayuda a superar ese apego primario a la madre es el padre.

Cuando el niño comienza a percibir que la madre no es tan poderosa, ve que está insatisfecha, que esa imagen poderosa tiene grietas, tiene carencias, el niño intenta ocupar el lugar de esa falta y se identifica con lo que le falta, con lo que desea ella, con el falo. Pero por mucho que haga para satisfacerla, por más que se presente como seductor, se da cuenta de la imposibilidad de su pretensión. Por muy ideal que sea, es insuficiente para la madre. La madre, si tiene incorporada la castración, desea algo más que a él, apunta hacia otro lado, hacia el padre. Que tenga incorporada la castración quiere decir que el padre esté presente en su deseo, en su subjetividad, y que el hijo no es la única fuente

de satisfacción para ella. Aceptar que no puede satisfacerla es admitir la castración de ella, pero también percibe la prohibición del incesto, esto es la función paterna. Percibe la existencia del padre, que se posiciona como hombre para la madre del niño. Capta también que su madre es una mujer que desea, se posiciona como algo más que como madre. El padre aparece por el deseo de la madre como mujer. La madre es, pues, quien abre la puerta del mundo social al niño, a través de su deseo socializado, ordenado bajo la prohibición del incesto, y puesto más allá de él.

Todo niño/a se relaciona con un objeto originario que es la madre, la persona que se encarga de satisfacer las necesidades del bebe. Aunque las características de este objeto originario no son indiferentes a la constitución del psiquismo, sin embargo, es preciso tener en cuenta el registro desde el que dicho objeto entra en relación con el niño y a la inversa. Lacan diferencia a la persona en sí, ya que no es sólo a ella como tal a quien el niño capta y con quien el niño va a relacionarse. Este, sobre la base de su experiencia y su realidad psíquica se relaciona también con una madre simbólica, real e imaginaria. Simbólica en tanto puede o no estar y ello representa su amor o su rechazo y desamor. Real en cuanto tiene el poder de satisfacer o no la necesidad (y en consecuencia transformar los objetos de la necesidad en regalos o en objetos expresivos de su amor). Imaginaria en la medida en que se le representa al niño bajo determinadas imágenes (devoradora, fálica...). La madre simbólica es la que introduce al niño en el lenguaje, al

interpretar su llanto y darle un sentido; lo que además, produce el cambio de la demanda de un objeto de la necesidad en la demanda de su presencia expresiva de su amor.

La imagen de madre “fálica”, propia de la relación especular y del registro imaginario toma otro significado en Lacan. Es la madre no castrada, la madre anterior al primer tiempo del complejo de Edipo. Es ésta la que impide el desarrollo de la autonomía del bebé, al no ubicar al hijo en su dialéctica deseante. Sólo si la madre tiene admitida la castración e incorporada la función paterna podrá establecer una relación con el hijo que contribuya a su entrada en el orden simbólico.

La relación “pre-edípica” para este autor se sitúa dentro de la dinámica entre la madre y el hijo, prototipo del registro de lo imaginario. Es la relación con la madre antes de que el niño pueda entrar en el orden simbólico. En la teoría de Melanie Klein el énfasis en la relación pregenital está puesto en la vinculación madre-hijo y en la figura de ésta. Dado que Lacan subraya la importancia de la función paterna en la separación de la madre como objeto originario y el acceso al orden simbólico, este autor restaura la importancia del rol paterno. Ahora bien, estamos hablando de función paterna. Resta explicar a qué alude dicha función y quien la ejerce.

1.5.2. La distinción lacaniana del padre como real, simbólico e imaginario pone luz en lo relativo a qué es un padre, cuándo hay un padre y cuál es su función desde el punto de vista de la estructuración del psiquismo humano.

El padre no es equivalente al genitor. La pregunta de Lacan, retomada de Freud, acerca de qué es un padre es una forma de abordar el problema del significante del padre. Lacan posibilita, con sus tres dimensiones –real, simbólico e imaginario- la distinción entre el padre real y la presencia física en la realidad del padre. Así como la función paterna como elemento estructurador del psiquismo y del orden simbólico, del padre en una posición imaginaria o de rivalidad edípica. Lacan (1956-57, pp. 201-223 y 1957-58, pp. 171-202) plantea el padre también desde tres registros y esta distinción ha permitido salir de muchas confusiones relativas a la influencia de éste en el psiquismo infantil y en la constitución del complejo de Edipo.

- a) El padre real es aquella persona o entidad que realiza la función paterna. La función paterna es la de romper la relación incestuosa madre-hijo, es transmitir la prohibición del incesto, es por tanto el centro alrededor del cual gira el Edipo. No se trata de una función social sino de una función estructural. El padre real es aquel que ocupa el deseo de la mujer que no se satisface en el deseo de un hijo. En “*El Seminario 7. La ética del psicoanálisis*” Lacan (1959-60, p. 366) explica que es castrador por su presencia

y es promovido como “el Gran Jodador”, aquel que realmente se ocupa del deseo sexual de la madre. Aquel de quien se dice que es el padre biológico³⁰. Es decir, el padre real no es la función paterna, sino aquél que ostenta su representación. Acceder a la posición de padre y ejercer la función paterna es una búsqueda. No es impensable decir que nadie puede alcanzar por entero esa posición, pero sí se parte de la suposición hipotética de que alguien existe que sostiene la posición ideal del padre, sin fallas, alguien que pueda ejercer a la perfección la función. El agente de la castración es el padre real. El fin del complejo de Edipo es correlativo a la instauración de la Ley.

- b) El padre simbólico no es una persona real, sino que se trata de una función, en ese sentido se puede decir que “padre simbólico” es sinónimo de “función paterna” o significante del “nombre-del-padre”³¹. Dicha función consiste en imponer la Ley y regular el deseo en el complejo de Edipo. El padre simbólico ha de intervenir en la relación dual e imaginaria entre la madre y el niño, introducir una distancia simbólica entre ellos (Lacan, 1956-57, pp. 365-66). No basta con que el niño alcance la heterosexualidad tras el Edipo, sino que el sujeto, niño o niña ha de situarse en una posición sexual de forma que se ubique correctamente con respecto a la función del padre (Lacan, 1956-57, pp. 202-03 y 1957-58, pp. 185-202).

³⁰ Pero no por ser el genitor –en lo biológico-, sino en la medida en que es en quién la madre tiene puesto su deseo. Es quién hace saber al niño la prohibición incestuosa.

³¹ Evans (1997, p. 138) señala cómo Lacan juega con la homofonía de <<le nom du père>> (el nombre del padre) y <<le”non” du père>> (el “no” del padre), para subrayar la función legislativa y prohibitiva del padre simbólico.

El padre simbólico es, también, el mito del padre muerto, del padre de la horda primitiva del que habla Freud en “*Tótem y Tabú*” (1913) Esto es, el padre simbólico, como he dicho, no es una persona real, está ahí desde antes del origen de la historia, es una función que, precisamente, da lugar a la historia. No es tampoco el legislador, sino el que culturalmente sea el portador de la Ley, el que está investido del significante. Es el elemento fundamental de la estructura del orden simbólico, lo que distingue el orden de la naturaleza del orden simbólico de la cultura³². Es la Ley que prohíbe el incesto, prohíbe el goce con la madre pero permite otras formas de satisfacción, permite las sustituciones. Es, por tanto, el significante de la prohibición. En el complejo de Edipo, este significante (nombre-del-padre) remplaza a otro significante, al del deseo de la madre lo que supone la entrada en el mundo normativizado y normalizado. Lacan (1957-58, pp. 165-202), por ello, habla del complejo de Edipo en tanto “metáfora paterna”, porque hay una sustitución del significante del deseo materno por otro, por el de la prohibición, por el significante del “nombre-del-padre”. Pero para que alguien esté en dicha posición metafórica, es obligado que la madre lo convierta en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la Ley.

³²El padre simbólico, el padre muerto, es la forma mítica que cobra una exigencia de anterioridad lógica: la ley se instaura entre iguales tras su asesinato (Freud, 1913a, pp. 143-56 y 159-61). Esto es, no hay otro origen de la ley que el padre muerto quién, por tanto, queda constituido en el mito como excepción, como el que está más allá de la ley. En las fórmulas de la sexuación como “existe un x que no se somete a la

castración”: $\exists x \overline{\phi}$

El padre simbólico desempeña pues un doble papel esencial en la medida en que:

a) Frustra al niño de su madre. En palabras de Lacan (1957-58, p. 177): *“El padre interviene como provisto de un derecho, no como un personaje real. Aunque no esté ahí, aunque llame a la madre por teléfono, por ejemplo, el resultado es el mismo. Aquí es el padre en cuanto simbólico el que interviene en una frustración, acto imaginario que concierne a un objeto bien real, la madre, en tanto que el niño tiene necesidad de ella”*.

b) Priva a la madre del objeto de su deseo, del objeto fálico, del hijo. *“Es gracias al Nombre-del-Padre como el hombre no permanece atado al servicio sexual de la madre”* (Lacan, 1964, p. 388). Esto es, gracias a la metáfora paterna el niño deja estar en posición de objeto, de fetiche e incluso de víctima de la madre. Ahora bien, como señala Lacan (1957-58, pp. 190-191) el padre no puede castrar a la madre de algo que ella no tiene. Se trata de una privación, pero ésta tiene carácter simbólico. El bebé ha de asumir esa privación de la madre y admitir al padre real como el objeto de deseo de ella y como el que castra.

Ahora bien *“El padre está en una posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley”* (Lacan, 1957-58, p. 202). Esto es, no se trata de que el padre se imponga u obligue

privando a la madre del hijo, sino de que se haga presente en la dialéctica deseante de ésta en tanto que mujer. Lo cual puede realizarse de diferentes formas y con diversos medios.

Por otra parte, Lacan (1956-57, p. 221 y 1957-58, pp. 165-169) defiende que el padre simbólico está presente de forma velada y como tercer término en la relación pre-edípica entre el niño y la madre, detrás de la madre simbólica. Por ello este autor sostiene que no existen exclusivamente relaciones duales, que lo pre-edípico estructuralmente hablando no existe³³.

- c) El padre imaginario es el padre colocado en una posición de igual, de rivalidad, no como padre, sino como hermano en el conflicto edípico. A él se refiere toda la dialéctica de la agresividad, rivalidad, identificación e idealización. Pero también es el padre construido por el niño, sin que tenga que coincidir con la persona real del padre. Es más, raramente el niño puede captar al padre real debido a la interposición de los fantasmas y del padre simbólico (Lacan, 1956-57, p.222). El padre imaginario es además el padre omnipotente, omnisciente, el amo absoluto (p. 276). Con el que el niño se identifica y forma su Yo ideal. Pero para construir su “Ideal del yo” es necesario una segunda identificación que pasa por la asunción de la metáfora paterna, es decir, la internalización de la ley que prohíbe el incesto. El “Ideal

³³ Como señala Soler (2006, p. 132) aunque se pudiera suponer o soñar con un preliminar, con una envoltura mítica de una presencia sin palabras y sin exigencias, de un tipo de relación “simbiótica”, ella correspondería solamente al limbo del sujeto en el que nada analizable se podría inscribir.

del yo” pasa a constituir una guía que gobierna la posición del sujeto en el orden simbólico.

En síntesis, debemos a este autor la distinción entre la existencia del nombre-del-padre (que prohíbe el incesto y posibilita el acceso al orden simbólico) como significante fundamental que otorga identidad al sujeto, de la presencia física o psíquica del genitor. Diferenciar la función simbólica ejercida por el padre real como representante de la ley de prohibición del incesto y sus efectos en la estructuración del psiquismo del bebé, de la presencia o ausencia física del padre en la realidad y el entorno material del niño. De modo que lo importante en relación a la presencia del padre en el complejo de Edipo no está en la dimensión de la realidad sino en la simbólica. No es del lado de la sociología desde donde cabe explicar la presencia del padre en el complejo de Edipo y su función interdictora.

La trascendencia que Lacan otorga al padre, repito, no responde a la presencia física del padre, ni a la imagen que el niño tenga de él, ni a las actitudes más o menos gratificadoras o frustrantes que muestre, sino al lugar que ocupa en el deseo de la madre y a la función simbólica que ha de desempeñar. Es, por tanto, una instancia que está o no está en la madre, independientemente del compañero real -si existe- que ella tenga. Que no haya padre tangible no implica que en el niño falle la operación de la metáfora

paterna. Lo fundamental no es sólo que el padre real imponga la ley, sino que esta ley sea respetada por la madre. La intervención del padre es mediada por el discurso de la madre. En las palabras de ella y en sus actos ha de manifestarse ese respeto a la ley. Y para que esto pueda suceder, la madre ha de tener incorporada dicha ley, poder ubicar al bebé deseado en calidad de hijo y al padre como el objeto de su deseo. El padre real es aquel que ocupa el deseo de la madre y –desde ahí– representa la función simbólica. Ubicarse en posición de padre real sólo es posible si se tiene incorporado el significante del nombre-del-padre, al padre simbólico o la función paterna.

Lacan diferencia, entonces, que el deseo de la madre no se acaba en el hijo. Es más, que si esto sucediera así, el niño no tendría –o tendría dificultades– en el acceso al orden simbólico.

Al hablar de la fase o estadio pre-edípico, desde la concepción psicoanalítica de Lacan, aunque se refiera en ocasiones a la relación dual entre la madre y el hijo, este autor sostiene que el niño nunca está completamente sólo con la madre, puesto que siempre hay un tercer término que media en la relación dual madre e hijo, el falo. Y en lo que respecta al complejo de Edipo también la entiende cómo una relación cuaternaria en la que, además de los tres elementos (padre-madre-hijo) entra también en juego un cuarto término: el falo. ¿Qué designa este cuarto elemento?

1.5.3. El estatuto del falo desde los tres registros ayuda a explicar que aunque la anatomía interviene no determina la posición sexual del sujeto. Dicha posición es un acto simbólico, supeditado a la relación del sujeto con el falo.

Freud al exponer el complejo de Edipo habla del padre, la madre y el hijo, Lacan añade el concepto del falo. Pero Lacan en “*El Seminario 4: La relación de Objeto*” (1956-57) y en “*El Seminario 5: Las formaciones del Inconsciente*” (1957-58) explica que este concepto también hay que entenderlo desde los tres registros, real, imaginario y simbólico.

- a) El falo real designa, para este autor, el órgano biológico real, el pene.
- b) El falo imaginario es una representación psíquica inconsciente, es la imagen que se apoya en el órgano, la forma erecta del pene, la imagen perfecta, algo del orden del narcisismo. Pero no se trata sólo de lo que se ve, sino también de lo que se dice. Lo imaginario es el sentido que se da a las cosas. La imagen es, por tanto, lo que se ve acompañado de lo que se dice acerca de lo que se ve (la representación). Esta imagen está compuesta, además de por el aspecto anatómico relativo a la buena forma y por el aspecto libidinal, referido a la carga autoerótica, está integrada, también, por el aspecto fantasmático. Esto es, desde la

perspectiva del varón está ligado a la angustia por la posibilidad de perderlo y, desde la de la niña, por el deseo de tenerlo, por la envidia, la reivindicación y la demanda permanente.

Este falo imaginario es percibido por el niño en la fase pre-edípica como el objeto de deseo de la madre, como lo que ella desea más allá del niño; el niño trata entonces de identificarse con ese objeto (Lacan, 1956-57, pp. 52, 191-198 y 226). El complejo de Edipo y el de castración suponen la renuncia a este intento de ser el falo imaginario.

- c) En el “*Seminario Libro 4. La relación de objeto*”, en el “*Seminario Libro 5. Las formaciones del Inconsciente*” y en “*Escritos*” Lacan aborda y desarrolla la idea del falo como un objeto simbólico. En 1956/57 (pp. 154-156) establece la distinción entre el falo real y el simbólico, señalando cómo el falo es un objeto simbólico que por su naturaleza se presenta en el intercambio como ausente o presente. La pregunta sobre la diferencia sexual gira en torno al falo simbólico. Este sirve como símbolo de la libido para los dos sexos. La mujer no lo tiene pero participa de él a título de ausencia. En este sentido es objeto de nostalgia imaginaria por parte de la mujer.

El falo simbólico desempeña una función esencial en el intercambio simbólico. Porque la niña no tiene el falo imaginario, pero sí lo tiene en el plano simbólico, entra en la dialéctica de tenerlo o no tenerlo. Así es como la niña entra en el complejo de

Edipo por medio de lo que Freud denominó complejo de castración, mientras que para el niño supone la salida del Edipo.

Por otra parte Lacan en su “*Seminario Libro 5. Las formaciones del Inconsciente*” y en “*La significación del falo*” (1958, pp. 279-289) señala que el falo es también un objeto simbólico en tanto es el significante del deseo del Otro³⁴. La madre está y no está y el significado de las idas y venidas de la madre, de la ausencia de ésta, de lo que ella desea es el falo (1957-58, p. 179).

Si el deseo de la madre es el falo imaginario, el niño quiere ser el falo para satisfacerlo, lo hemos visto al hablar de los tres tiempos del complejo de Edipo. El deseo del niño se afirma en esa identificación con el falo de la madre en el primer tiempo del Edipo. En el segundo, el padre, como cuarto término, intervenía como castrador para el niño y privador para la madre. Es decir, el padre impide esa identificación del bebé con el falo. Y, en el tercer tiempo, el padre interviene como el que tiene el falo, pero no como el que lo es. Esto es, interviene en tanto se hace preferir por la madre y prohíbe el goce incestuoso. Se instaure así la “metáfora paterna” y el padre es interiorizado como Ideal del yo. Si bien para la niña la salida, como vimos, es diferente. A la niña le resulta más fácil admitir al padre como

³⁴ No es por tanto el objeto de deseo, sino el significante de éste. En tanto que significante es objeto de deslizamientos y de trasmutaciones (Lacan, 1957-58, p. 386). Pero el falo no lo tiene nadie. Como dice Lacan: “*De lo que se trata en el falo, en efecto, es de algo que se articula en el plano del lenguaje y se sitúa, por tanto, en el plano del Otro. Es el significante del deseo en tanto que el deseo se articula como deseo del Otro*” (p. 387).

preferido a la madre dado que es el portador del falo. En la medida en que el padre se convierte en el Ideal del yo, se produce en la niña el reconocimiento de que ella no tiene falo (Lacan, 1957-58, p. 178). Ella se dirige al padre como el que tiene el falo imaginario y espera obtenerlo en calidad de simbólico, de objeto intercambiable, de objeto metonímico (1957-58, pp. 185-219). Si ha de buscarlo en el padre es porque ha reconocido, entonces, que le falta. Podríamos sintetizar que en la niña el falo interviene como el objeto del que está privada, como objeto que suscita la “envidia de pene”. Este falo imaginario del que está privada se convierte en un objeto que puede ser dado, es decir, se convierte en un falo simbólico. El deseo de la madre, como el de toda mujer, es el de tener el falo³⁵.

Es decir, el falo es el significante del deseo, lo que implica recordar que todas las experiencias erógenas de la vida infantil y adulta, todos los deseos humanos estarán marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción del deseo. El significante fálico

³⁵ Y como ya vimos, el niño se identifica como si fuera él mismo ese falo, el que la madre desea desde que entró en el Edipo. Se establece así una relación imaginaria consolidada entre una madre que cree tener el falo y el niño que cree serlo. A diferencia de Freud para Lacan el acto castrador no recae exclusivamente sobre el niño, sino sobre el vínculo madre-hijo. Y el padre real es una posición (que puede ser ocupada por un sujeto) que representa la ley de prohibición del incesto; le recuerda a la madre que no puede reintegrar el hijo a su vientre, y al hijo que no puede poseer a la madre. La castración más que una amenaza o envidia se relaciona con un acto de corte de ese vínculo y es una operación simbólica. El falo en tanto imaginario es el objeto al que apunta la castración y, en tanto simbólico, el corte que opera la castración. Como sintetiza Nasio (2000, p. 51) el pene real, por estar investido, sólo existe como falo imaginario; éste, por ser intercambiable, sólo existe como simbólico; y finalmente el falo simbólico, por ser significante del deseo, se confunde con la ley separadora de la castración.

es el límite que separa el mundo de la sexualidad siempre insatisfecha del mundo del goce que se supone absoluto. Por ello el falo es, también, el significante de la ley, por la separación entre la madre y el hijo. Y la castración es el corte producido que recuerda lo prohibido de ese vínculo imaginario entre la madre y el niño. Madre, padre e hijo están sujetos a un orden simbólico que asigna a cada uno su lugar e impone un límite a su goce.

En síntesis, la distinción falo real, en tanto que órgano anatómico pene, falo imaginario dentro del registro de la plenitud narcisista y falo simbólico resulta básica. La envidia del pene se comprende como algo más que la envidia de un órgano. Y en la castración no es el pene lo que está en juego, sino el falo en tanto que objeto imaginario. La castración está en relación con la función simbólica que desempeña el padre real para desalojar al niño/a de su posición de falo. El padre transmite de este modo la prohibición del incesto³⁶. En esta operación el falo pasa a tener una función significativa, representa la falta que permite al sujeto acceder al deseo.

Es preciso que el niño o la niña asuman que no pueden ser el falo, es decir que no puede colmar a la madre o cubrir su falta y que es el padre el que tiene ese privilegio. Ambos -niño y niña- han de reconocer que no son el falo. La niña ha de admitir que no lo porta. Al dejar de ser el falo imaginario y no

³⁶ Recordemos nuevamente que el padre aquí alude no necesariamente al genitor sino a una posición que ha de ser ocupada alguien que tiene interiorizada la metáfora paterna.

tenerlo en lo real, aspira a tenerlo y sabe dónde buscarlo. Espera obtenerlo del padre en calidad de objeto que se da, símbolo de amor. Esto es, espera recibirlo en calidad de objeto simbólico. Espera obtener algo que colme su deseo. Y así entra en la dinámica edípica. El hijo viene a sustituir el ansia por el falo imaginario representado como el falo simbólico.

La importancia fundamental que desempeña el falo no está pues en el órgano genital masculino –su realidad biológica–, sino el papel que este órgano desempeña en el fantasma. Además de su papel central en el complejo de Edipo también lo tiene en la construcción de la diferencia sexual y, por supuesto, en el deseo de un hijo.

1.6. La sexuación designa la diferencia de los sexos y la manera en que cada sujeto asume el suyo. El sujeto tiene que inscribirse como hombre o como mujer y esto viene determinado por el lenguaje y por la forma de ubicarse alrededor de la función fálica. Los seres hablantes en posición femenina frente al goce son “no toda” en la función fálica. Esto es, no existe un universal que defina lo que la mujer desea.

Freud sostuvo que no hay una primacía de lo genital sino del falo para los dos sexos y relaciona éste con la castración así como con el deseo. La teoría de la “envidia de pene” resulta importante para captar las particularidades que presenta en una mujer el complejo de Edipo; la construcción de la diferencia sexual tampoco Freud la asocia inexorablemente a la anatomía sino a la identificación edípica. El complejo de Edipo juega por tanto un papel trascendental en lo que respecta a la primera identificación con la madre, al resentimiento que puede quedar hacia una madre que no la ha provisto de pene, a la desvaloración de esa madre, a la renuncia a la masculinidad fálica (clitoridiana), a la asunción de una posición sexual pasiva en la que el pene es dado por el padre y al deseo sustitutivo de un hijo primero del padre y posteriormente de un varón. La posición sexual del sujeto, para Freud, viene determinada por el sexo del progenitor con el que se identifica en el complejo de Edipo. Ahora bien, Freud da un valor fundamental al deseo de un hijo para la construcción de la feminidad, hasta el punto de considerarlo el deseo por excelencia cuando no el deseo único y fundamental. De hecho, y como ya vimos, sostiene que sólo la relación con el hijo

“Brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar la madre respecto de él” (Freud, 1933b, p. 124).

Es decir, el deseo sexual femenino queda supeditado al maternal y éste deriva de la “envidia de pene” y de la identificación con la madre³⁷.

Para Freud, repito, el falo puede entenderse como significante del deseo y también como significante de la castración, en cuanto que ésta remite a la ley que rige el deseo humano y lo mantiene dentro de unos límites, pero no desarrolla la cuestión de la castración o del goce más allá del Edipo. Sí lo hizo Lacan centrándolo en el goce femenino, en la lógica de la castración sin subordinarse totalmente al “nombre del padre”, en una lógica que no incumbe totalmente al goce fálico o que estaría más allá del mito de Tótem y tabú. De forma que la sexualidad femenina estaría más allá del falo, o mejor dicho más allá de la función fálica.

Para Lacan la posición sexual viene determinada por la relación del sujeto con el falo. No hay un símbolo específico del sexo femenino que corresponda simétricamente al modo en que se simboliza el sexo masculino. Un solo significante, el falo, gobierna la relación entre los sexos; tampoco la función biológica de la sexualidad –la reproducción–

³⁷ Pero como señala Soler (2006, pp. 46-52) responder a la cuestión del deseo sexual de la mujer con el deseo de maternidad resulta paradójico (ya que éste puede taponar todo deseo sexual y modificar incluso la posición erótica). Sin embargo el deseo de un hijo, siendo un posible objeto “causa del deseo” de una mujer, no puede explicar la causa del deseo femenino que entra en juego en el cuerpo a cuerpo sexual. No basta tampoco para explicar el deseo sexual de la mujer con argumentar que es un paso obligado para conseguir el preciado “don”, o con decir que la mujer se presta al deseo del varón, es menester interrogarse acerca del deseo que sostiene ese consentimiento. ¿Por qué la mujer consiente? ¿Por qué la mujer desea hacerse desear?. Son preguntas por el goce de la mujer. Si Freud se pregunta por “¿qué quiere la mujer?”, la pregunta de Lacan será “¿con qué goza la mujer?”. La respuesta de Lacan a la cuestión del deseo femenino comporta la consideración de otro goce, distinto del goce llamado fálico.

está simbolizada. Lacan denomina función fálica (Φx) a la función de la castración. En Freud el símbolo fálico alrededor del cual se organiza la sexualidad humana, vale para todos, es decir, es un universal. Pero Lacan, al estudiar las diferentes posiciones que adoptan los sujetos frente a la castración, cuestiona este universal.

Lacan en el “*Seminario 20. Aún*” (1972-73, pp. 95-108) especificará la diferencia entre el goce³⁸ del hombre y el de la mujer. Propone el término de “sexuación” que persigue evidenciar la forma en que más allá de la sexualidad biológica los hombres y mujeres se relacionan con su sexo propio; esto es, el modo en que en el inconsciente los dos sexos se reconocen y diferencian. En esta obra Lacan coloca a los sujetos en dos categorías: por un lado aquellos que están totalmente ubicados en la función fálica, y que serán llamados hombres o seres hablantes en posición masculina, sin importar la anatomía, y de otro a aquellos que no lo están totalmente y serán considerados mujeres o seres hablantes en posición femenina. Hombre o mujer son, por tanto, dos significantes que representan estas dos posiciones subjetivas

En aquellos que se ubican en posición masculina, es decir del lado del goce masculino, el falo es su significante, pero no así en

³⁸ El concepto de goce hay que deslindarlo del término “deseo” y del de “placer” del que parece ser su sinónimo. Es en 1958 cuando, en su seminario dedicado a “*Las formaciones del inconsciente*”, Lacan (1957-58, pp. 259-50) realiza la oposición entre goce y deseo. Promueve el goce a un lugar central en la reflexión y la técnica analítica y obliga a un retorno al Freud de “*Más allá del principio del placer*”. También 1960 en el Seminario dedicado a “*La Ética del psicoanálisis*” (1959-60, pp. 203-289), aborda la cuestión de las paradojas del goce. El principio del placer funciona como un límite al goce. Más allá de ese límite el placer es sufrimiento. El resultado de transgredir el principio del placer no es más placer, sino dolor puesto que el sujeto sólo puede soportar una cierta cantidad de placer (1959-60, p. 100).

aquellos otros que se posicionan del lado del goce femenino. En el mencionado “*Seminario 20*” trata de formalizar su teoría de la diferencia sexual mediante fórmulas derivadas de la lógica simbólica. Del lado del varón hay uno que no está sometido a la función fálica (el padre mítico de la horda primitiva), lo cual quiere decir que hay un campo definido, que hay una excepción que confirma la regla, lo que es lo propio de la constitución de un universal. El varón en tanto que se arroga la posesión de las insignias del padre, en tanto acepta su ley, se agrupa en una clase, constituye un universal el de todos. El hombre solo goza fálicamente (Lacan, 1972-73, p. 15)³⁹. Esto es un goce limitado, sometido a la amenaza de la castración. Pero además “*el goce, en tanto sexual, es fálico, es decir, no se relaciona con el Otro en cuanto tal*” (1972-73, p. 17)⁴⁰. Sin embargo, no ocurre así cuando se habla de la mujer. Lacan advierte de un goce específicamente femenino, un “gocce suplementario” que está “más allá del falo”, un goce del Otro.

El horizonte de aquellos ubicados en posición femenina es “no todo” fálico o está no-toda en el goce fálico (Lacan, 1972-73, pp., 15 y 88-97). Que la mujer no esté toda ella en la lógica fálica o subordinada a la “metáfora paterna” quiere decir que está más allá de una lógica que incumbe totalmente al goce fálico y que da lugar a un goce

³⁹ El goce originario, mítico, goce de la Cosa, goce anterior a la Ley, o goce del ser, es un goce imposible e interdicto, que deberá ser declinado y sustituido por una promesa de goce fálico que es consecutiva a la aceptación de la castración. Si bien la castración, como vimos, es salvadora (en el sentido de que impide que el niño quede sometido al goce de la madre: goce del Otro)

⁴⁰ El goce con el Otro del hombre quiere decir que sólo puede alcanzar a la mujer por medio de lo que, a través del fantasma, pone en escena la relación del sujeto con el “objeto a” (objeto causa del deseo).

suplementario que algunas mujeres sienten. Esta lógica remite a la sexualidad femenina más allá del falo, señalando que lo esencial de la posición femenina se encuentra fuera de lo simbólico⁴¹, que no hay un universal femenino, sino que es preciso tener en cuenta una a una. El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo, o que sea “anti-fálica”. Está de lleno allí, pero hay algo más, tiene un goce suplementario. O dicho con otras palabras, perdura algo de la relación con la madre previa a la admisión de la metáfora paterna, algo que escapa al corsé de la cultura⁴². La idea de Lacan (1972-73, pp. 15-18) “no hay la mujer” remite a que no hay un universal, un conjunto, que defina lo que es “la” mujer, la forma en que una mujer ha de desear, por ello es obligado analizar cada caso individualmente; no cabe una generalización⁴³. Las mujeres tienen menos necesidad que los hombres de reunirse alrededor de un universal fálico que suponga una sumisión común a la castración. No se refieren tan fácilmente como los hombres a un Padre mítico, por el cual ellas se sienten menos reconocidas. Que es “no toda” no niega la referencia al todo, como he dicho, la mujer se inscribe en la lógica del todo pero se reserva el

⁴¹ “Un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe” (1972-73, p. 90). Un goce que Lacan (p. 92) relaciona con el goce místico.

⁴² Un “estrageo” que viene a ser como un grito de recriminación que una hija hace a su madre en relación al saber de algo imposible de simbolizar (Lessana, 2000). Un imposible que sin embargo subyace. En la relación madre-hija siempre persiste una relación insatisfactoria porque ninguna de las dos puede ofrecer lo que la otra demanda, pero que no obstante insiste en una satisfacción absoluta. El nombre del padre es la posibilidad de limitar esa vinculación.

⁴³ Para definir un conjunto hay que establecer un dominio y unos límites, una ley que delimite un campo y esta delimitación sólo es posible cuando se establece una existencia que la niega, la excepción que confirma la ley. En el caso de la mujer no existe la excepción que permita definir el campo como universal.

derecho de hacer objeción de que el todo sea completo⁴⁴. La lógica del “no todo” es la lógica de lo particular, de lo que sólo es posible en el uno a uno de los sujetos. Nos encontramos no con el conjunto hombre -que es un conjunto cerrado que abarca a todos- sino con un conjunto abierto que no puede ser definido sino por extensión

En los seres humanos en posición masculina si se puede hablar de un conjunto, de un universal. Ellos se identifican a un significante: el fálico. Varón es aquel que porta el falo. Del lado de quienes lo portan se establece la lógica del “todo”⁴⁵. El goce masculino –goce fálico- es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del cuerpo de la mujer, es un goce del órgano. Ella reclama, habla, insiste en un goce que haga posible la unión mítica de los sexos, sabiendo que nunca será suficiente, porque el lenguaje no puede cernir, no pueda describir ese goce que ansía. El goce enigmático, goce Otro o goce no fálico, es

⁴⁴ Si del lado del hombre está el “todo”, del lado mujer está el “no toda” lo que no quiere decir que no es nada o ninguna (lo que haría pareja con el todo). La lógica del “no-todo”, es “sí, pero...”, quiere decir también que “no todo es esto...”, o que “hay algo más o algo menos”, remite a “hay otras cosas aún” (de ahí el título de este “Seminario 20” de Lacan). O como dice Braunstein (1990, p. 100) el orgasmo (limitación del goce) para el hombre representa el punto de anulación de toda demanda mientras que en la mujer la demanda subsiste, no se agota en la eyaculación (del otro), sino que queda un saldo irresoluto que motiva su “encore” (aún) su pedido de más. Además, como señala Gómez Valverde (1999, p. 114) la castración femenina se sostiene en el recurso a la imagen, a la apariencia, pues en su cuerpo nada le falta en realidad. Pero esta falta sostenida en la imagen, en la diferencia genital, ha dado lugar a que la mujer sepa que las apariencias engañan, lo que la permite ir mirando qué hay detrás de las apariencias, más allá de ellas. Ello contribuye también a esa lógica del “no todo” o a la lógica de la diferencia, entendiendo ésta como resto, como lo que no cuadra, lo que queda aún.

⁴⁵ La lógica del todo alude a no querer saber nada de lo que exceda más allá del goce fálico, más allá del goce místico –goce femenino- o de aquello que no puede quedar capturado por la palabra. No querer saber de eso real, de aquello imposible de conocer, pero que causa la puesta en marcha el discurso. De modo que a lo único que puede acceder de su compañera es al semblante, al objeto “a”.

relacionado por Lacan (1972-73, p. 92) con el de los místicos –sean hombres o mujeres-⁴⁶. Lacan establece una hiancia entre el goce masculino y femenino que no es reductible a algún conflicto, sino a la imposibilidad misma de la relación sexual; por ello el goce humano está marcado por una falta y no por la plenitud.

Que “no hay relación sexual” quiere decir para Lacan (1972-73, pp. 17-20) que no hay un ajuste perfecto entre el goce masculino y el femenino. Y por no estar la mujer totalmente en el goce fálico y no haber posibilidad de equiparar los goces, pone ella en juego los semblantes para poder responder al enigma de su deseo y dar consistencia al deseo del Otro. Se identifica con el hombre y desde ahí quiere saber qué es una mujer, qué desea el hombre para transformarse en su objeto de deseo, presentarse como aquello que él desea, ofrecerse a la fantasía del hombre, hacer semblante del objeto de su partenaire, sostener el deseo del varón y hacerlo suyo. La mujer busca signos que le permitan reconocer el objeto que le corresponde a su goce; de ahí la metonimia en la que entra buscando un partenaire con quien entablar un buen goce que le permita completarse, sabiendo que el goce es parcial.

Ahora bien, en el inconsciente no hay un saber que nos diga qué es un hombre o una mujer. Sólo a través del goce se pueden

⁴⁶ La relación que establece Lacan entre la verdad, el goce y la posición femenina no deja este goce propio de las mujeres- de los seres hablantes que se identifican con esa posición- como algo del orden de lo inefable, sino más bien como cercano a esa operación de la pulsión de muerte que destituye realidades y significaciones establecidas, cuestionándolas y abriendo la posibilidad de construir otras realidades. Así dice “*La aparente necesidad de la función fálica se descubre no ser más que contingencia. Cesa de no escribirse en tanto que modo de la contingencia. La contingencia es aquello en que se resume lo que somete la relación sexual a no ser, para el ser que habla, más que el régimen del encuentro*” (1972-73, p. 114).

articular los semblantes de los hombres y las mujeres. El deseo está en relación con la madre. Y la mujer –para el varón- es siempre el sustituto de la madre, de la madre relacionada con el objeto causa del deseo, como objeto primigenio y de la que tiene que desprenderse para entrar en el orden simbólico. El hombre busca en su pareja esos objetos que causan su deseo, un goce fragmentado: una mirada, un gesto, voz, etc. que sustituirán al Otro y en donde se alojará su deseo. La mujer se ubicará en esa posibilidad de hacer semblante del objeto causa del deseo de su partenaire. Esto es, siempre como semblante de “otra mujer”, la desconocida dueña de esa mirada, ese gesto, esa voz que causa el deseo y el fantasma de su pareja. Se ofrece al deseo y al fantasma masculino para encontrar allí la respuesta al enigma de qué es para ella la sexualidad femenina. Pero, recordemos, el lugar de la mujer no está definido, está vacío, se bordea con los semblantes que ocultan el “no toda fálica” del goce Otro. Sin embargo, puede llevar a las mujeres a perder su voluntad autónoma con tal de seguir el señuelo del deseo de su pareja. Y no es lo mismo ubicarse en posición de ser objeto de deseo de Otro (hacer desear sexualmente al Otro) que querer gozar. La histérica sólo quiere saber del goce de su partenaire, obtener el saber del amo, hacerle decir la causa e inspirar su deseo.

Ubicarse en posición de madre es un “semblante”, una de las formas en donde se despliega el deseo fálico y, además, una forma de ser reconocida por el Otro, o de identificarse con el imaginario cultural que asocia a la mujer con la madre. Un lugar también que, en tanto que semblante, -que impostura- puede procurarle desajustes.

Lacan, como vimos, identifica la cultura, el orden simbólico, con la ley del padre⁴⁷. Al defender que hay un goce que escapa al registro fálico, que está excluido de las palabras, un goce suplementario propio de las mujeres (Lacan, 1972-73, pp. 44 y 89-99) está hablando del modo en que los seres en posición femenina entran en la cultura (androcéntrica) pero plantean una objeción. El deseo femenino subyace como algo oscuro, ajeno al lenguaje o ubicado en el mismo momento de inscripción al orden simbólico. Define lo femenino como lo enigmático, como aquello de lo que no se puede hablar, como lo que no puede ser simbolizado. Ese encuentro con lo real que no puede ser aprendido es lo que da lugar a una realidad fantasmática, un modo de ordenar lo real.

Precisamente por este enigma de su deseo, con posterioridad a Lacan las psicoanalistas (Lemoine-Luccioni 1976⁴⁸; Montrelay,

⁴⁷ En una cultura patriarcal las referencias y nominaciones dadas a los conceptos recogen sin duda su influjo. Los términos “ley del padre”, “metáfora paterna” o “complejo de Edipo” tienen esa impregnación patriarcal, no obstante Lacan intenta analizar la pura estructura del discurso y los efectos que produce en cada nuevo ser. Estructura definida por lugares, funciones y relaciones. El Edipo vendría a ser el armazón significativo mínimo del que requiere un sujeto para entrar en la norma. En cada cultura esa norma adopta una forma imaginaria. La familia nuclear patriarcal permitió evidenciar el complejo de Edipo en la forma dramatizada en que Freud lo descubre. Pero si nos atenemos a la estructura exclusivamente, cabría hablar de “función de corte” porque “des-imaginariza” y separa claramente la operación de cualquier idea de varón.

⁴⁸ En su obra “*Partage des femmes*” (1976) Lemoine-Luccioni sostiene que el embarazo revive el ideal de plenitud más arcaico, pero sólo es posible embarazarse si se renuncia a esta imagen luminosa y se admite la castración (si se entra en la función fálica). Durante el embarazo coinciden la primitiva vinculación madre-hija e hija (constituida ahora en futura madre)-hijo. Momento crucial de reencuentro con la originaria y reprimida relación con la madre y con la libido concéntrica (no fálica). Pero todo este proceso –convertirse en mujer y poder embarazarse– exige de la intervención del padre que garantice la ruptura de la relación especular y la siguiente vinculación madre-hija púber y posibilite a esta última convertirse en mujer. El parto –momento final de la crisis narcisista que supone el embarazo– exige, además del

1977⁴⁹; Kristeva, 1979⁵⁰ y Vegetti, 1992⁵¹) han tratado de investigar acerca de ese goce específicamente femenino y su relación con el

desprendimiento del niño, la representación simbólica de dicha pérdida para dar al niño estatuto de sujeto.

⁴⁹ En "*L'ombre et le nom. Sur la féminité*" (1977) y sustentándose en Lemoine-Luccioni y Lacan defiende también la tesis de que el "continente negro" –ámbito de la verdadera feminidad es inexplorable porque está al margen del orden falocéntrico y no participa de la simbolización. Cuando ésta se produce la feminidad ha de sustituir una representación concéntrica por otra falocéntrica. La vinculación madre-hija y la maternidad constituyen esos restos que permanecen ajenos a la simbolización. El embarazo despierta el recuerdo de esa primera ligazón madre-hija, de esa libido arcaica, concéntrica por oposición a la falocéntrica. Afirmo además que la mujer al tener el mismo cuerpo que su objeto primario de amor se puede decir que no pierde plenamente a la madre, puesto que lo lleva puesto. A través de su cuerpo goza del cuerpo de la madre.

⁵⁰ También para Kristeva (1979 y 1983) lo maternal pasa a ser considerado el lugar innominado, heterogéneo y mudo. Lugar femenino por excelencia y expresión de su creatividad. En un extremo de esa experiencia femenina única se encuentra el deseo de un hijo en las mujeres lesbianas o en aquellas que desean ser madres solteras o que rechazan los valores masculinos. ¿Qué puede desear una mujer? Para contestar a esta pregunta propone prescindir de los conocimientos acumulados y partir de la experiencia afectiva de las mujeres, encontrar un lenguaje específico exclusivamente femenino. Y vuelve a interesarse por la maternidad, por la relación madre-hija. El deseo de un hijo, considerado alienante y reaccionario por la primera generación de feministas, pasa a ser divinizado como expresión del poder maternal. La envidia de pene descrita por Freud no es criticada ni cuestionada, sino que es un producto de la opresión que experimenta la mujer. La experiencia del embarazo, momento de reduplicación del cuerpo, de separación y coexistencia de ella misma y del otro, pasa a ser ensalzada y objeto de interés. Opone el orden semiótico –expresivo de la feminidad y emparentado con lo real- al orden simbólico.

⁵¹ Esta autora en su trabajo de 1992 "*El niño de la noche. Hacerse mujer. Hacerse madre*" entiende que la maternidad ha perdido su naturalidad y está regulada por todo un sistema de controles sociales, basados en el matrimonio y en formas de administrar el cuerpo y el imaginario femeninos. La regulación social de la fecundidad intenta domesticar la sexualidad femenina, haciendo coincidir a la mujer con la esposa y a ésta con la madre. El malestar de la maternidad –que se manifiesta más claramente a partir del último siglo-, expresa la dificultad de las mujeres para gestionar su deseo inconsciente de ser madres. Distingue un deseo autogenerativo, pre-edípico y un deseo edípico (denominado "niño lunar" o "niño de la noche"), proveniente de la adhesión a la madre, de las primeras identificaciones con ella y relacionado con el poder generativo de la madre y el ansia de plenitud; deseo que se reprime y es sustituido por un deseo de hijo desde una concepción patriarcal –conyugal- de la filiación que concede prioridad a la función paterna. Este deseo admitido por la conciencia está en íntima relación con la admisión de la heterosexualidad y la prohibición del incesto, esto es, un deseo ubicado en el orden

deseo de un hijo y con la posibilidad de embarazarse. Y dado que ese goce femenino es ubicado antes del orden fálico, es precisamente en esa primigenia relación entre la madre y el hijo donde las autoras han tratado de buscar lo peculiar y específico del deseo y goce femenino⁵².

Por otra parte, el goce de la mujer al no ser todo fálico se presenta como enigmático y como incontrolable a la vista de los hombres. Lo que asimismo ha dado pie a que las feministas (Irigaray, 1974, 1977, 1980 y 1980a⁵³) vean en esa posibilidad de goce del Otro

fálico. Sin embargo y a pesar de la represión, siempre queda algo de trasgresión en el deseo femenino originario, algo de excesivo e indigerible. La madre no trasmite el testigo del poder femenino, la cultura patriarcal hace que este poder se transforme en carencia. El hijo ha de ser pedido al padre –o más tarde al esposo-, siendo ellos quienes confirman su capacidad generadora. Se pasa de la genealogía materna a la paterna.

⁵² La maternidad pasará a ser considerada por las psicoanalistas feministas como lo femenino por excelencia y sostendrán que por ello es objeto de control y opresión (Dinnerstein, 1976; Mitchel, 1982 y Chodorow, 1984; Hirsch, 1989; Wyatt, 1990 y González de Chávez, 1998).

⁵³ Para Luce Irigaray la sociedad patriarcal considera a la mujer exclusivamente como reproductora y como un objeto de intercambio entre los hombres. El deseo de la mujer en tanto que tal queda anulado para reducirse al deseo de un hijo, preferentemente de sexo masculino, recibido del padre. Desaparece la genealogía femenina que sin embargo estaría en el origen del deseo de un hijo. La entrada en el complejo de Edipo conlleva, para esta autora, el ingreso en el dominio patriarcal que aliena a las mujeres de un sistema de valores propio y la sumerge en un sistema masculino que oprime y normativiza su deseo. El fundamento de dicha cultura falocéntrica es precisamente “la envidia del útero”, el odio, la negación y el deseo de controlar la fecundidad y el poder de la madre. Si se quiere saber acerca del goce femenino propio es en la más primitiva y desconocida vinculación de la mujer con la madre o en la relación de las mujeres entre ellas en donde hay que investigar. Aunque esta autora no ignora que lo masculino o lo femenino, tal y como se definen, son productos correlativos de un orden cultural dado, al considerar que la esencia de lo femenino está en la relación de la hija con la madre, en lo pre-edípico y en lo pre-simbólico, parece estar negando que el orden simbólico patriarcal no se puede excluir de dicha vinculación madre-hija y de los espacios exclusivamente femeninos. Es decir, olvida que el orden simbólico mismo es el que crea la diferencia sexual. De alguna manera percibe que su pretensión es imposible, pero no abandona la reflexión acerca de cómo afrontar la cuestión del deseo de la mujer, desde un orden simbólico distinto, no falocéntrico, no determinado por la posición de la mujer como “lo otro”.

también la expresión de lo más peculiar femenino, pero cayendo en la contradicción de universalizar el goce de la mujer, de definirlo y quizá, en consecuencia controlarlo.

En síntesis, la cuestión de la sexuación Lacan relativiza la noción de envidia del pene y acentúa la dimensión de símbolo del falo. El todo y el no todo en el goce fálico son opciones ante la sexuación, maneras de colocarse cada sujeto como hombre o como mujer, independientemente de su anatomía. Al hablar de posición masculina o posición femenina alude a formas de ubicarse frente a la castración. El goce del hombre está todo él incluido en la función fálica, no así el de la mujer que participando del goce fálico no toda ella está en ese goce fálico. En la posición femenina hay algo que está más allá de ese goce, algo que no está atravesado por la función fálica. Algo que no se deja atrapar por el universal –porque no es un goce incluido dentro de un campo finito definido por una excepción, de un campo marcado por la castración, sino que es infinito-. Por ello para hablar del deseo de la mujer es preciso tomarla en cuenta de una en una. Pero es preciso recordar que Lacan no habla sólo de mujer, sino de seres hablantes ubicados en posición femenina.

Al no estar toda en la función fálica quiere decir que subyace otro goce, vinculado a la relación primigenia con la

En ese afán por deconstruir el deseo femenino tal y como ha sido estudiado desde una racionalidad masculina, Luce Irigaray cae nuevamente en un esencialismo imposible.

madre antes de que el infans salga de la captura especular con la madre y anterior a la admisión del “nombre del padre” (o de la función de corte), un goce que alude a esa primigenia vinculación madre-hijo, imposible de ser simbolizada. Un goce no relacionado con lo sexual genital. De modo que la mujer busca en la relación sexual con su partenaire ese goce al que aspira, pero tampoco esto quiere decir que sea posible el goce en la relación con el hijo.

Desear un hijo se construye en el devenir sexuado de cada sujeto, no está por tanto activo desde el origen. Implica – como todo deseo- la búsqueda de un goce, de un lugar. Pasa por la demanda al Otro, demanda de amor y de reconocimiento. Aunque se ha intentado definir a la mujer como madre, ser madre no incluye a todo su ser deseante, a su cuerpo sexuado. Ser madre es una forma donde puede desplegarse el semblante de su ser como mujer, ajustándose al imaginario cultural que identifica mujer y madre, feminidad y maternidad.

Por otra parte, al insistir Lacan en que la posición femenina se sitúa también fuera del registro fálico y al entender la cultura como una estructura patriarcal que nos antecede ha suscitado dos tipos de efectos en psicoanalistas feministas. Un debate crítico sobre la consideración de la prioridad del falo y un interés por el análisis de la relación madre-hija como la fuente que puede proporcionar información acerca de la feminidad y el deseo de la mujer. La

maternidad y el deseo de un hijo se han transformado –para estas autoras- en el lugar donde se puede expresar la feminidad por excelencia pero también el lugar de control cultural de la mujer. Entiendo que con ello subsiste la pretensión de cercar en un universal el deseo femenino contraviniendo la tesis de Lacan. Ahora bien, repito, para este autor el deseo es siempre imposible de satisfacer, el hijo no obtura el deseo de la mujer y ésta persigue un goce que va más allá del goce fálico.

1.7. El deseo inconsciente de un hijo en Lacan no deriva de la mera anatomía y de la función reproductiva. El hijo no es objeto de deseo de la misma forma para un sujeto ubicado en posición femenina que para otro en posición masculina

El deseo inconsciente de un hijo es común a los dos sexos pero impregna más toda la subjetividad de la mujer que en el varón.

Entender la forma en que Lacan conceptualiza el falo es fundamental para explicar el deseo de un hijo. Voy a proceder en primer lugar a explicar el deseo de un hijo en la niña, para exponer posteriormente cómo entiende el deseo de un hijo en el caso del varón.

1.7.1. Deseo de un hijo en la mujer –o en los seres hablantes en posición femenina- es un producto de la configuración edípica. Condensa dos movimientos, atrae la libido narcisista en tanto el hijo es un equivalente fálico, falo imaginario. Pero también permite el acceso al amor hacia un hombre que le otorgue el hijo como objeto y símbolo del amor. De modo que está indisolublemente unido a la constitución de su feminidad, pero no define totalmente lo que es una mujer o lo que ésta desea.

Como expuse en el epígrafe referido al falo, Lacan en el “*Seminario Libro 5. Las formaciones del Inconsciente*” (1957-58, pp. 189-212) aborda la cuestión de la castración tanto en el varón como en la niña, afronta también el cambio que se produce a lo largo de los tres tiempos del Edipo en relación con el falo. El complejo de Edipo supone el paso de una relación con el falo imaginario al falo simbólico. La niña, tras reconocer su falta, busca recibir el falo imaginario, espera recibirlo del padre en calidad de don, de objeto sustitutivo.

Por otra parte, también hemos visto cómo Lacan (1957-58, pp. 277-286) señala que la niña está introducida en la dialéctica fálica y cómo el “*penisneid*” o “*envidia de pene*” es para ella la vía de entrada en el complejo de Edipo. Esta envidia se presenta bajo tres formas distintas desde la entrada hasta la salida del complejo de Edipo. En el primer tiempo, está relacionada con el anhelo irreductible de tener un

pene. Anhelo de algo imaginario (el pene) del que se siente simbólicamente castrada. En el segundo tiempo, se produce el deseo del pene real del padre, que quedará frustrado imaginariamente por la prohibición edípica y por la imposibilidad fisiológica. Y en el tercer tiempo surge el fantasma de tener un hijo del padre, esto es, tener un pene bajo la forma simbólica de un hijo (Lacan, 1957-58, p. 285).

La salida del Edipo para la niña, como expuse, no está en la dinámica de tener o no el falo imaginario, sino en conseguirlo o no. Así, por no tenerlo como pertenencia podrá obtenerlo como don del padre. Después, como dice Lacan (1956-57, p. 205) sólo se requerirá un poco de paciencia para hacer la sustitución del padre por alguien a quien dirigir su amor y del que esperar recibir un hijo, esto es se transforme en el padre de su hijo. Ella renunciará al falo como pertenencia y éste se convertirá en pertenencia de aquel a quien se dirige su amor.

Es decir, en la salida del Edipo la niña se coloca en una posición sexual diferenciada del varón. Podrá desear como mujer. Como vimos anteriormente la feminidad (como la masculinidad) no es esencialmente biológica, sino una posición simbólica, una posición subjetiva y viene determinada en función de la relación con el falo. O como dice Lacan en *“El Seminario Libro 20. Aún”* (1972-73, p. 44):

“No hay la más mínima realidad pre-discursiva, por la buena razón de que lo que se forma en colectividad, lo que he denominado, los hombres, las mujeres y los niños, nada quiere decir como realidad prediscursiva. Los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes”.

Y como vimos, los sexos quedan divididos en virtud de un solo significante. El hombre se identifica con el significante fálico. Hay, pues, una ruptura entre el aspecto biológico de la diferencia sexual, relacionada con la función reproductiva de la sexualidad y el deseo inconsciente.

En este proceso de construcción del deseo, el hijo anhelado por la niña es importante como sustituto, como compensación a lo que le falta. La sexualidad femenina se constituye, pues, en este deseo del falo que después es sustituido por el deseo de un hijo. Ahora bien, Lacan en el “*Seminario 4: la relación de objeto*” (1956-57, pp. 240-244) señala que no se trata del hijo como falóforo, como portador del falo, sino del hijo como totalidad. Pero, como advierte también este autor (1956-57, pp. 243-44), tampoco se trata de una sustitución real, sino de una sustitución signifiante: El hijo es un significante del amor del padre. Habría, en cada caso, que distinguir entre el deseo de un hijo en tanto que sustitución del deseo del falo que no tiene y nunca tendrá, o el hijo en tanto que metáfora de amor. Esto es, el hijo -como objeto de deseo- es un objeto equivalente e intercambiable por desplazamiento de su deseo de falo pero también es un objeto metafórico de amor, en tanto sustituye al falo pero significa el amor del padre (Lacan 1956-57, p. 160).

Vemos entonces que se produce un deslizamiento del falo imaginario a lo real. “*La niña encuentra el pene real allí donde está, más allá, en aquél que puede darle un hijo*” (Lacan, 1956-57, pp. 204-05). La niña ha entrado en el Edipo buscando al padre como portador del pene real y como capaz de dar realmente el hijo. “*El niño como*

real ocupa para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria (de falo)”, dirá Lacan (1956-57 p.73). Que ocupa la función simbólica quiere decir que es un objeto intercambiable y que significa el amor del padre (cuestión que vuelve a abordar en el “Seminario 5” (1957-58 p. 285). Después, como he dicho, esperará recibir de un hombre el hijo. Y será este hombre el que ocupe su deseo y el que se ubique como el portador de aquello que ella desea, pero también el que trasmita el mensaje “*no reintegrarás tu producto*” a la madre (Lacan, 1957-58, p. 208).

Por otra parte Lacan (1956-57, pp. 76-77; 179 y 226) subraya cómo no hay ningún objeto real que pueda colmar la falta. De modo que el hijo nunca satisface plenamente a la madre. Junto a la relación con el niño, sigue habiendo en ella ese anhelo del falo imaginario, el “*penisneid*”. O dicho de otro modo, el deseo es indestructible, el hijo no colma el deseo de la madre. La madre desea más allá de él. Su objeto de deseo está más allá de él y regido por la Ley de prohibición del incesto, por la “*metáfora paterna*”. Algo que tiene que tener incorporado la madre y que el padre de su hijo ha de recordarle⁵⁴. El padre simbólico, como vimos, está presente de forma velada en el deseo de la madre y como tercer término en la relación entre el niño y la madre⁵⁵. Es aquel que priva a la madre del objeto de su deseo, del

⁵⁴ Que se lo tiene que recordar no quiere decir que a la madre se le haya olvidado, sino que el padre ha de ser capaz de ubicarse como aquel hacia quién se dirige el deseo de la madre.

⁵⁵ Lo que el niño experimenta es el deseo de la madre en relación al falo. Pero ve que el deseo de la madre está más allá de él. Está en aquello en lo que la mujer funda el origen de su producto, en virtud de su historia. Si el hijo aparece como algo fruto del puro impulso faltaría el nombre del padre. Todo hijo depende de la historia de la madre, tiene un origen en ese deseo de la mujer que va más allá de él.

objeto fálico, del hijo. Es el que prohíbe (si es reconocido como su objeto por la madre) reintegrar su producto. El bebé, que en un primer momento ha de ser el objeto fálico para la madre, ha de asumir la privación de ella y admitir al padre como el objeto del deseo de la madre y como el que castra (Lacan, 1956-57, p. 225). Y como advierte Lacan (1957-58, p. 209) el niño ha de ser desalojado de esa posición ideal en la que él y la madre podrían satisfacerse. Esto es, de esa función de ser el objeto fálico de la madre. La madre desea más allá de él y el objeto de su deseo no se colma en el hijo. El hijo no es el falo.

No obstante, Lacan (1960, pp. 294-95 y 1972-73, p.47) defiende que el deseo de un hijo en la mujer es la prueba de su sexuación en tanto mujer, dentro de la dialéctica fálica. Esto es, como acabo de decir, el deseo de hijo, es el deseo del falo y metafóricamente expresivo del amor del padre. Después vendrán otros objetos intercambiables. En la dialéctica fálica la mujer realiza y vive su feminidad especialmente a través de este deseo de maternidad sino real, al menos simbólica o imaginaria. Sin embargo, cabe la posibilidad de que el “penisneid” pueda ser sustituido por otro objeto fálico también significativo del amor del padre o de un varón, por otro objeto que tenga también un valor fálico imaginario, o por otro objeto que ocupe para la mujer la función simbólica de su necesidad imaginaria de falo⁵⁶. Pero estamos dentro de la dinámica fálica exclusivamente. El orden androcéntrico propone la maternidad como el ideal para la mujer. Si nos atenemos exclusivamente a este orden el rechazo de este

⁵⁶ Además del hijo, el trabajo, la participación en cuotas de poder, los logros materiales o profesionales, sus hazañas o el conjunto de realizaciones en el campo de la realidad, de satisfacciones capitalizables o contables, son otras formas de goce fálico al que, en virtud de los cambios sociales y de los movimientos de liberación de la mujer, éstas tienen acceso y les está permitido.

deseo es siempre un rechazo de la feminidad. Lacan en el “Seminario 20. Aún” dice que “*la mujer no será nunca tomada sino quo ad matrem. La mujer no entra en función en la relación sexual sino como madre*” (Lacan, 1972-73, p. 47). Lacan está refiriéndose a que para el hombre –para los seres hablantes en posición masculina- la mujer es tomada como sustituto de la madre, y la mujer, como hemos visto al hablar de la sexuación, tratará de posicionarse en el lugar de aquello que él anhela. Pero al no estar toda en la función fálica, quiere decir que siempre hay algo en su goce que escapa, un goce más allá. Si tenemos en cuenta que la posición femenina –como vimos- se caracterizaba por un goce que no está todo incluido en la dialéctica del goce fálico, que participa de un goce suplementario, hay en ella una apertura más allá del goce fálico y, por tanto de la castración. Al caracterizar la posición femenina como objeción al universal fálico se rompe la posibilidad de identificar mujer y deseo de ser madre. Identificación que sí está presente en la dialéctica fálica (aunque no incluya todo lo fálico en la mujer), pero no en lo que excede a esa dialéctica, que es precisamente la que especifica la posición femenina. Ser madre no abarca todo su ser deseante.

A modo de síntesis podemos concluir que el deseo de hijo por parte de la niña surge del descubrimiento de la castración en la madre y del deseo del falo imaginario. En esa referencia imaginaria, es decir a la imagen del cuerpo, la niña considera que ella no tiene y anhela tener. Al no tenerlo como pertenencia espera obtenerlo como un don del padre. Se produce un deslizamiento del falo imaginario a lo real. En una de las salidas del Edipo femenino el padre se transforma en el

donador del falo. Ahora bien, para llegar a desear como mujer tiene que renunciar a la esperanza de que el falo le venga dado del padre y admitir a otro que se lo de. Ese otro ha de ocupar su deseo, darla un hijo y ejercer la función interdictora paterna. El deseo de un hijo se deriva de la sustitución simbólica del falo. El hijo, en tanto que sustituto del deseo de falo, que no tiene y nunca tendrá, es un objeto equivalente, pero es también un objeto que significa el amor del padre y la admisión de la prohibición del incesto.

Se tiene que producir que la imagen del falo no se reduzca por completo a la imagen del niño. Siempre ha de haber algo que queda más allá en el deseo de la madre. De ahí, que aunque tenga un hijo, el hijo no acaba con el movimiento deseante en la mujer. El niño ocupa la función simbólica, es decir, es un objeto expresivo del amor de un hombre, de aquel hombre que se constituirá en el padre de ese hijo. Si la mujer encuentra satisfacción en el hijo es porque encuentra en el niño algo que calma, que satura, más o menos bien, su necesidad de falo, pero repito, siempre hay algo que permanece irreductible. El hijo es, por tanto, una de las formas del deseo.

En la mujer el hijo puede representar un objeto de goce auto-erótico que satisface en lo real. Propiamente no hay deseo, sino goce. Puede representar un objeto de amor, un objeto libidinizado, por el lado del narcisismo y, por último, puede significar un objeto de deseo, por el lado de la aceptación de la castración y como consecuencia de la

sustitución simbólica del falo por el niño. El hijo puede venir a representar, todo él, el falo imaginario de la madre. Se requiere que la madre también sea privada del hijo, es decir que esté afectada por la castración, que la madre desee, para que ese hijo pueda constituirse como sujeto. Se precisa que el hijo no colme a la madre, que ella esté en falta y, que el padre (del hijo) esté presente, reconocido como el portador del falo, sancionado como objeto de deseo por la madre. Es decir, para la constitución de ese hijo como sujeto, es menester que la madre no se sacie en esa relación con el hijo y que el padre ocupe un lugar en su deseo; que la insatisfacción produzca el deslizamiento del falo de lo imaginario a lo real, que la madre desee sexualmente al padre (del hijo). Porque, como he dicho, si no hay sustitución simbólica, el hijo es objeto de goce en lo real. Es a través de la función paterna como pasa el niño de ser un objeto de goce a objeto de deseo.

En consecuencia, aunque el deseo de un hijo recae sobre un objeto que tiene consistencia real, y que tiene que ver con la reproducción sexual no es algo instintivo ni originario. Se construye. Se dialectiza en relación con otro y en relación con la asunción de la posición sexual.

No obstante, el deseo femenino para Lacan constituye un resto enigmático, ajeno al orden simbólico o a la dialéctica fálica. Por tanto, al reconocer que es “no toda” admite que aunque desear un hijo pueda ser un anhelo especialmente significativo para la mujer —e incluso un intento de

normalizarla desde el orden fálico-, no es posible identificar mujer y madre. El deseo de la mujer de tener un hijo deja de tener una consideración normativa. Siempre hay ese “no todo” que imposibilita afirmar taxativamente que para acceder a la condición de mujer es preciso haber deseado un hijo. Siempre hay un resto indecible en la posición femenina que obliga a tomar en consideración cada caso individualmente.

1.7.2. El deseo de un hijo en el varón no es el pasaje obligado en la realización de su masculinidad. Si bien acceder a la función simbólica paterna pasa por la renuncia a ser el falo, la interiorización de la metáfora paterna y por el reconocimiento como objeto de deseo por parte de una mujer.

Respecto al niño, igual que en la niña, en el primer tiempo del complejo de Edipo existe un “deseo” de tener hijos que estaría relacionado con la identificación con la madre (o con la posición femenina). La madre es el Yo ideal. El niño está en una posición de identificación imaginaria con ella, ser como ella. El padre, en este momento, es considerado como un rival, en una relación fraternal e imaginaria en la que uno de los dos sobra. Los “deseos” de tener un hijo, igual que la madre, tendrían que ver con este primer momento del

complejo edípico (Lacan, 1956-57, pp. 226-33). En el segundo tiempo del Edipo, interviene el padre desde el punto de vista de la ley, como agente de la castración.

La salida del Edipo (Lacan, 1956-57, pp. 206-211) implica la aceptación de la castración, la represión de los deseos incestuosos, del odio hacia el padre y la identificación simbólica. Para acceder a la posición de padre es necesario que se den estos pasos. El sujeto masculino es investido con el falo en el orden simbólico, como algo que le pertenece y ejercita legítimamente. Se convierte en portador del objeto del deseo para una mujer, no ya para su madre. Así puede acceder a ser el objeto depositario del objeto de deseo de una mujer (Lacan, 1956-57, pp. 84-86). Puede acceder a ser padre y darle un hijo. La ley prohíbe una forma de relación con la madre, un goce incestuoso pero proporciona un derecho. El padre en el tercer tiempo del Edipo aparece como permisivo y dador. El niño puede identificarse con las insignias de la masculinidad, situarse en posición viril y acceder, en su día, a la posición de padre.

El padre real, vimos, es el que ha de ejercer la función paterna. Esta función es una búsqueda ideal, ya que nadie lo ha sido nunca por entero. Es una función simbólica, utópica, la de transmitir la prohibición del incesto. El padre real es el representante de esa ley. Es el encargado de hacer que se cumpla. No se trata entonces de ser el genitor, sino de ocupar el lugar de padre, ser reconocido como tal (como padre de un hijo) por la mujer y ejercer esa función. Pero la función paterna no se ejerce desde el lado de lo imaginario, de la apariencia, sino que es una función simbólica. El padre real es el que encarna esa función, el

depositario de la misma. Ese alguien, no es la ley, sino el representante de la ley interdictora del incesto que ha de hacerla respetar, por el niño y por la madre. Ser padre implica entonces poder colocarse en dicha posición. (Padre –considerándolo desde la subjetividad o el deseo de paternidad de un varón- es aquel que hace de su mujer, de la mujer elegida, una madre). Pero asumir ser trasmisor de la vida, aceptarse como padre, supone un efecto de separación que permite a un hombre abandonar la tentación de hacerse hijo de su mujer. Esto es, renunciar a los cuidados maternos, a la disponibilidad de ella para su narcisismo, dejar un poco su mujer a otros, al menos a esos otros que son los hijos. Esto es, no posicionarse como hombre-hijo en una rivalidad fraterna con ellos. Rivalidad que impediría aceptar la paternidad y ejercer la función paterna.

En síntesis, ser genitor pasa por la capacidad de fecundar, pero ser padre es una función que va más allá de la reproducción fisiológica y de la presencia física. Sólo si ha renunciado a ser el falo de la madre, si ha admitido la castración y se tiene incorporada la ley de prohibición del incesto, puede el varón erigir su “Ideal del yo” e identificarse como varón. Ubicarse como el portador del falo, sin serlo. Desde esta posición podrá aspirar a ofrecer a una mujer aquello que ella desea, ser aquel que tiene el objeto de su deseo y acceder a ser padre, otorgarle un hijo y ejercer la función paterna. Dicha función es simbólica y se ejerce respecto al hijo, pero también respecto a la madre, si bien no en forma de autoridad frente a ella, sino por el lado de saber ubicarse como

objeto de su deseo y ser reconocido como tal. Lacan diferencia pues a la mujer de la madre, diferenciación que de no producirse en un varón le impediría desempeñar la función paterna.

1.8. Síntesis y comentario

De la compleja obra de Lacan queremos subrayar aquellos aspectos que nos parecen más trascendentes al objeto de la tesis:

1º) Lacan señala cómo los debates entre la escuela de Viena y la de Londres tienden a ignorar el aspecto simbólico y a reducirse al ámbito de lo imaginario.

2º) La distinción que hace Lacan de tres registros desde los que entender y analizar la realidad ha permitido salir del atolladero al que se había llegado, a los debates en torno al falo y sus connotaciones biológicas, sociológicas e ideológicas.

3º) La distinción del falo en tanto real (el órgano biológico, el pene), imaginario (lo imagen fálica, el pene como objeto separable e intercambiable, como objeto imaginario de deseo de la madre, como lo que está más allá del niño y con lo que trata de identificarse el

bebé) y simbólico (como significante del deseo del Otro) permiten clarificar algo acerca de la difícil problemática en la que se introduce el deseo humano.

4º) La idea del falo como significante del deseo permite hacer más evidente que “envidia de pene” no alude a inferioridad orgánica alguna de la mujer que se manifieste en su insatisfacción y en su deseo de apropiarse materialmente del órgano masculino, del pene real. Ni remite a la naturaleza “envidiosa” de la mujer, sino a una de las formas de posicionarse los seres hablantes en relación al significante fálico. La teoría lacaniana desplaza la noción de castración hacia una función simbólica que no es la de un sacrificio, una mutilación o una reducción a la impotencia, aunque así pueda ser vivenciado fantasmáticamente.

5º) Lacan al establecer el anudamiento de tres registros –real, imaginario y simbólico- da importancia a la anatomía, a lo real del cuerpo, pero nunca ajena a la dimensión imaginaria y por supuesto, tampoco a toda la dialéctica del lenguaje, la demanda, los significantes y la ley que regula los intercambios sociales.

6º) El complejo de castración y el complejo de Edipo giran en torno al falo imaginario, pero la pregunta por la diferencia sexual gira en torno al falo simbólico.

7º) Tanto el sujeto femenino como el masculino asumen su sexo a través del falo simbólico. Si bien de diferente manera. La asunción de la posición sexual es pues un acto simbólico. La anatomía juega un

papel, pero no determina la posición que como sujeto deseante adoptará cada ser humano.

Si Freud en 1925 en “Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos” había señalado la importancia del falo y de la castración para el establecimiento de la diferencia sexual, Lacan agrega que el problema no está sólo en el dilema de tener o no el falo, sino en el de ser o no el falo. En ese sentido entiendo que subraya la importancia de la relación imaginaria y primitiva del niño con la madre, como Klein, si bien, nunca ajena a la función paterna, a la estructura patriarcal en la que están inmersos madre e hijo.

8º) Lacan coincide con Melanie Klein (1945) en dar importancia a las tempranas relaciones madre-bebé, en subrayar la importancia de la etapa pre-edípica. Ahora bien, en Melanie Klein se enfatiza el aspecto dual, imaginario, y especular de dicha relación, mientras que para Lacan han de tomarse en cuenta tres términos en dicha relación madre-hijo-falo y, estrictamente hablando, no se debe hablar de relaciones pre-edípicas puesto que la presencia del padre siempre está, aunque de una forma velada, a través de la madre. Lo que esta autora describe al hablar de la posición esquizo-paranoide tendría que ver en Lacan con el primer tiempo del Edipo en donde el niño está en la posición de ser el falo de la madre. La posición esquizo-paranoide descrita por Klein (1946) recogería esa captura del bebé en la relación especular, esa posición del bebé como súbdito de una madre fálica, de una madre imaginaria, de la que habla Lacan. La madre devoradora, onipotente, sin falta. El bebé, es el falo de la madre, tanto para la madre como para él mismo que se identifica con

el falo. Aunque Klein (1928, pp. 179-89) intuye que el padre⁵⁷, está también presente de forma muy precoz en el niño, Lacan es quien lo conceptualiza al distinguir el padre simbólico.

9º) El niño y la niña deben reconocer primero que no son el falo para garantizar su condición de sujeto y su salud mental. La función simbólica del padre, nombre-del-padre o metáfora paterna es la que permite al niño/a liberarse de la ilusión narcisista, de una posición de objeto absoluto del deseo de la madre. Lo que sostiene al padre en su lugar fundante para la estructuración psíquica del hijo es el deseo de la madre por el padre. El sujeto humano se constituye para Lacan en relación a una diferencia, a no ser él el falo. Y el padre es esa diferencia que introduce la madre con un deseo que no se agota en el hijo. La madre es quien da a conocer al padre, quien le hace ver al hijo que él no es el objeto de su deseo. Que por mucho que éste (el hijo) le satisfaga, su deseo está en otro lugar que no es él, que no todo es él. El hijo ha de abandonar ese lugar original en donde era el falo.

10º) Lacan por tanto, conceptualiza la dinámica esencial del deseo infantil. El bebé desea ser el objeto de deseo del Otro, o dicho de otra forma, desea ser deseado, o mejor, todo lo deseado. Pero precisa articularlo mediante la demanda, lo que hace que esté sometido a la ley del deseo del Otro. La problemática no está entonces en los objetos reales que se le da o no se le da al niño, en la frustración en cuanto tal, sino en la imposibilidad de ser el objeto

⁵⁷ Es preciso recordar que Klein (1928) manifiesta que entre los objetos presentes en el cuerpo de la madre —como son todos los rivales, los cuerpos de los hermanos y hermanas, pasados, presentes y futuros— se encuentra también el padre representado en forma de su pene.

deseado, el falo. No se trata de una confrontación entre el niño y la madre. La dialéctica del deseo, repito, para Lacan implica la presencia de un tercer término, el falo, significante de la presencia o ausencia de la madre, de sus idas y venidas, significante del deseo de la madre. Ser madre no agota el deseo de la mujer. Si bien los fantasmas que la madre suscita deben algo a su propia subjetividad, a su falta y su manera de taponarla. Se puede afirmar que Lacan vuelve a poner el acento en el deseo de la mujer frente a ésta como madre (De ahí las diferentes formas de actuar como madre: amorosa, fría u hostil, atiborrante o privadora, demasiado atenta o demasiado distante, etc.)

La primera persona que ocupa el lugar del Otro es la madre, y al principio el niño está a merced del deseo de ella. Sólo cuando el padre articula el deseo con la ley, mediante la castración de la madre, queda el sujeto liberado de su sujeción a los caprichos del deseo de ella. Para Lacan el complejo de castración denota el momento final del complejo de Edipo en ambos sexos. Si bien es preciso tener en cuenta que la castración alude a un objeto imaginario y es simbólica.

11º) El deseo de ser el objeto de deseo del Otro, expresa también para Lacan que el sujeto desea desde el punto de vista de otro. Esto es, lo que hace deseable un objeto no es ninguna cualidad intrínseca del objeto en sí, sino el hecho de que sea deseado por el otro, lo que hace que los objetos sean equivalentes e intercambiables. En este sentido entendemos que no es la cualidad del hijo en sí, ni el hijo como un producto genético, biológico, sino en tanto lo que significa para la madre, es decir en tanto simbólico.

12º) *La diferencia sexual se establece según que los sujetos tengan o no el falo, pero el falo en tanto que imaginario, dado que el falo simbólico no lo tiene nadie. La diferencia anatómica no es la diferencia sexual, ni ésta reducible a aquella. Por tanto, cuando se habla de castración, no se está hablando de una cuestión anatómica, sino del valor estructurante que se le atribuye. En consecuencia, la diferencia sexual es algo construido, no es algo natural, algo dado. El falo indica la reducción de la diferencia a una instancia perceptible. Sólo hay un símbolo el falo imaginario para ambos sexos y se tiene en calidad de ausencia o de presencia. Todo bebé ha sido el falo de la madre, insisto, en el sentido de que ha sido objeto de deseo de la madre, pero es menester descubrir que no lo es, descubrir que no colma a la madre, que ella carece y busca en otro lugar; esto es que ella está castrada simbólicamente. Es necesario participar de la dialéctica edípica para poder ubicarse en un lugar respecto al falo. Es, por tanto, el falo por lo que significa, por el valor que se le atribuye, por la relación que se establece con él lo que determina la diferencia sexual. No es la anatomía ni la percepción de ésta por sí misma, sino el falo como significante. La anatomía desempeña un papel en la construcción de la diferencia sexual, pero, repito, no son coincidentes.-*

13º) *La feminidad -como la masculinidad- es construida en el mismo proceso en que se construye la propia subjetividad, y es indisociable de la ley, lo que implica que todo orden natural queda enlazado a lo simbólico y modificado. No se puede hablar por tanto de*

un deseo “natural” de tener un hijo porque no hay nada “natural” en el deseo humano.

14º) El padre para la niña aparece en posición de sustituto para proporcionarle aquello de lo que previamente se ha visto frustrada. La niña pasa por la experiencia de la privación. No tiene el pene real y espera que el padre se lo de. Pero ya el pene del que se siente frustrada se presenta en el nivel simbólico y si no es posible obtenerlo (el falo imaginario) espera, al menos recibir otro objeto equivalente: el hijo.

15º) En la niña el deseo de un hijo, según Lacan, surge del descubrimiento de la falta en la madre y del anhelo del falo imaginario. Al no tenerlo como pertenencia propia espera obtenerlo – como acabo de decir- en calidad de don del padre, como objeto sustitutivo que expresa el amor del padre. Pero después deberá renunciar a la esperanza de que el falo -en tanto que simbólico- le venga del padre y admitir a otro que se lo dé. Otro que ocupe su deseo y ejerza la función paterna o de corte. El hijo es, así, un objeto metonímico del deseo indestructible de falo que no tiene y un objeto metafórico, expresivo del amor del padre, primero, y del amor de un hombre, después. El hijo como símbolo de amor pero bajo la asunción de la prohibición incestuosa. El deseo de un hijo se encuadra dentro de la dinámica fálica.

16º) Lacan deja también abierta la posibilidad de que la sexuación de la mujer se construya independientemente del deseo maternal, de que el “penisneid” pueda ser sustituido por otro objeto

fálico. Cabe la posibilidad de que otro objeto pase a tener un valor fálico imaginario, esto es, otro objeto que como real ocupe para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria de falo. Cabe pensar, que existan otros objetos simbólicos, intercambiables, admitidos por la cultura, que los cambios sociales puedan ofrecer a la mujer. De modo que dentro de esta dinámica fálica, otro tipo de objetos podrían venir a cubrir ese anhelo imaginario del falo simbólico, esa búsqueda fálica. Por ejemplo, fortuna, estudios, poder, influencia, éxito, en definitiva diferentes realizaciones y logros capitalizables más allá del perímetro del hogar, del esposo y del hijo.

17º) Ahora bien, para Lacan el hijo no coincide nunca plenamente con el falo. El deseo de un hijo no acaba con el movimiento deseante de la mujer. El deseo no es la consecución del objeto, sino un anhelo irreductible. El hijo es una de las formas del deseo, no la única. En el centro del inconsciente de cada sujeto está el enigma del deseo y goce de la mujer que es su madre. Y cada nuevo ser se ve obligado a interpretar ese discurso enigmático que le rodea (sus dichos, contradicciones, silencios, equívocos, lo que no dice y deja entender, lo indecible). El más allá de las gratificaciones de la maternidad de la mujer es lo que introduce al niño en la dialéctica de las identificaciones, desprenderse de la posición pasiva de objeto de la madre y asumir, al final, su propio sexo.

La madre por medio del hijo, recupera el objeto de su falta, pero por otra parte en tanto que su libido se dirige al hombre se presenta como desposeída de lo que ella busca en él. El hijo participa del conflicto de tener que colmar su falta (quedando atrapado como su

objeto o su posesión) o bien renunciar a ser el falo materno. La metáfora paterna permitirá que ella no sea toda madre, o no toda para su hijo.

18º) Aquello que Lacan llama “metáfora paterna” no está referido a una función desempeñada por un hombre sino que alude a la sustitución de un significante (el deseo de la madre) por otro (el nombre del padre o el No del padre. Esto es, la prohibición incestuosa). El padre simbólico, es una función: la de imponer la prohibición del incesto. Si este significante no está incluido en el orden simbólico, el resultado es una psicosis. De modo que la pretensión de identificar el deseo de la mujer con el deseo como madre invocaría a la aparición de patologías. Es decir, si fuera posible que el deseo de las mujeres se agotara satisfecho en la maternidad, el orden social vería crecer la psicosis en su seno.

19º) Además, la pretensión de homologar madre y mujer tiende claramente a establecer que la relación sexual –al menos para la mujer- sí existe y puede formularse: el deseo de la mujer se colmaría siempre y sin conflicto alguno en la maternidad.

20º) Si tenemos en cuenta las formulas de la sexuación lacanianas la posición femenina y la masculina no son sino modos diferentes de relación con el goce, y ahí la diferencia fundamental estriba en que el goce de la mujer no está todo incluido en la dialéctica del goce fálico, la mujer participa de un goce Otro, goce del Otro, goce suplementario. Hay en ella una apertura más allá del goce

fálico y, por tanto, de la castración. Es más, la posición femenina se caracteriza por plantearse como objeción al universal fálico.

Si el falicismo habla y se transmite por signos, aquello que se encuentra en los márgenes del orden fálico, el “no-todo” calla. Esto es, constituye aquello indecible, que dejaría al recién nacido prisionero frente a la impotencia de un silencio insondable, sin la ayuda de la metáfora paterna. El goce Otro tiene que ver con el goce del hijo pero ajeno a la dialéctica fálica y, en consecuencia, el hijo no podría ser visto como un sujeto sino como un puro objeto de goce.

21º) La distinción de los tres registros real, simbólico e imaginario permite diferenciar tres niveles de análisis diferentes que afectan a disciplinas distintas pero que permite determinar el campo específico del psicoanálisis. El hecho de que sobre la mujer recaiga la posibilidad de gestar en su cuerpo (lo cual no quiere decir que la gestación sea una cuestión exclusivamente fisiológica) y, por ende, se le atribuya sólo a ella la responsabilidad de perpetuar la especie (lo que depende de cada sociedad específica), puede haber provocado la tesis de que la sexualidad femenina implica obligadamente desear un hijo (lo que también alude a los valores de cada sociedad concreta y a cada período histórico). Sin embargo, cabe pensar que sea una construcción imaginaria inconsciente, que refleje una reminiscencia edípica, patriarcal, que pretenda no saber de la madre como mujer y, por el contrario, prefiera invertir la situación y colocar en primer plano a la mujer como madre.

22º) Si lo que determina la cultura, el orden simbólico, es la “metáfora paterna”, cultura y patriarcado son sinónimos para Lacan. Pero hay que tener en cuenta que Lacan habla de la pura estructura del discurso. En cada sociedad la forma imaginaria que la norma adopta depende del paradigma cultural. El Edipo se imaginiza en la forma en que Freud lo descubre y la función de corte es ejercida por el “padre simbólico” o “metáfora paterna”. Los términos “padre” o “paterno” aluden al paradigma cultural vigente. El término castración en Lacan no remite a la anatomía de la mujer, sino que alude a la falta y al significante “falo” que afecta a todos, si bien de diferente manera según cómo se ubique cada uno. Refleja también un orden patriarcal, fálico, que jerarquiza posiciones sexuadas, símbolos, etc. Evidentemente los cambios sociales, económicos, tecnológicos, políticos, ideológicos, etc., van a influir en los significantes mujer, varón, madre, hijo, etc. Significantes que aluden a lugares, a posiciones simbólicas que son ocupadas por sujetos. Ahora bien, es preciso insistir en que Lacan describe la estructura que en un orden patriarcal se organiza bajo una terminología impregnada de significantes y términos patriarcales.

23º) Cabe preguntarse qué queda del deseo de los padres, que también se han constituido en una historia hasta acceder a lo simbólico y aunarse los tres registros. ¿En qué modo los restos reprimidos de la relación madre-hijo influyen en sus deseos, y más en concreto en su deseo de un hijo? ¿Se puede entender el deseo del padre de tener un hijo, exclusivamente como el deseo de dar un hijo a la mujer, de satisfacer su deseo (el de ella), o de acceder a una relación sexual con la mujer? ¿Es un deseo que implique algo más que

un deseo simbólico de perpetuar su linaje, de mantener la cultura? La respuesta entiendo que hay que buscarla en la posición femenina que subyace en todo padre (en tanto que ser ubicado en posición masculina).

24º) Finalmente, para Lacan padre, madre, hijo son posiciones simbólicas, lo cual permite hablar acerca del deseo de un hijo no sólo de hombres o mujeres, sino de los seres humanos que hablan y se posicionan subjetiva y sexualmente en lugares distintos. No sostiene por tanto una concepción esencialista.

CAPÍTULO CUARTO: CONCLUSIONES

El deseo de un hijo puede ser objeto de estudio, cuando menos, de la Fisiología, la Sociología, la Antropología y la Psicología. Pero el Psicoanálisis lo aborda desde una óptica diferente que no excluye ni niega la importancia de estos otros conocimientos, pero que exige definir el objeto de estudio propio. Por ello, no se puede tomar en consideración un texto aislado en donde Freud hable de la feminidad o del deseo de un hijo en la mujer. Es menester abordar el conjunto de su obra para atender también a la coherencia lógica de toda ella, sin perderse en los extravíos más biologicistas de Freud y sin aferrarse a la literalidad de algunas frases más o menos desafortunadas.

Una de las interpretaciones más frecuentes que se ha hecho de la maternidad –desde dentro del Psicoanálisis mismo– ha sido considerarla como una manifestación de un instinto natural o bien como expresión psíquica correlativa al funcionamiento fisiológico. Sin embargo, entiendo que si atendemos al conjunto de la teoría freudiana, el deseo de hijo no responde a un instinto predeterminado ni surge espontáneamente desde un solipsismo ni en paralelo con la necesidad biológica de perpetuarse, ni siquiera como una simple imitación de comportamientos, acatamiento de normas o mera capitulación a las presiones sociales. *El deseo de un hijo está en relación con la propia historia pulsional.* Su estudio exige tener en cuenta que la pulsión no coincide con el instinto, la introduce el otro y que ese otro produce la escisión en el psiquismo del recién nacido y suscita la producción

simbólica más allá de la pura reproducción psíquica de la realidad material.

De modo que la actividad materna que desempeña ese primer adulto que atiende al bebé, inevitablemente es doble. Por un lado, satisfacer una necesidad orgánica y proporcionar los cuidados que permitan sobrevivir al bebé, pero también excitar, introducir un exceso, desligar, escindir para siempre en el recién nacido dos órdenes de realidad que –aunque se apuntalan el uno en el otro- ni coinciden ni funcionan armónicamente: el de la autoconservación y el de la pulsión. El objeto que satisface la necesidad es pleno, se sabe cuál es, pero no así el que satisface la pulsión que no existe y exige un deslizamiento continuo de un objeto a otro, buscando sustitutos. Sin embargo, la confusión de órdenes ha sido y es una constante en el pensamiento psicoanalítico: el orden de lo autoconservativo con el de lo pulsional, el de este último con lo psíquico. La distinción entre real, simbólico e imaginario, introducida por Lacan, ha permitido diferenciar no sólo tres niveles de análisis entrelazados, sino tres registros que han de estar anudados en el psiquismo.

Desde el inicio de la vida, el otro que interacciona con el bebé genera signos de percepción insusceptibles de conciencia, no integrados en el psiquismo consciente, restos intraducibles o reprimidos. El otro funda un psiquismo representacional que no se ajusta como un calco a la realidad externa o interna, cuyo funcionamiento deja de ser acorde al instinto autoconservativo para pasar a ser fantasmático. *Desear y tener un hijo va a reavivar esa primera experiencia de exceso e inadecuación.*

El adulto suscita el autoerotismo infantil que persigue la descarga absoluta de toda tensión. Pero es también la madre la que permite unificar, en un todo amado, ese nuevo ser fragmentado en zonas erógenas. El recién nacido construye un primer esbozo del Yo invistiendo libidinalmente esa imagen unificada de sí mismo. Su primer objeto de amor será él mismo. Y ese primer objeto amado, el Yo, formado por identificación primaria con la madre, con el Otro primigenio, estará dotado de todas las perfecciones -dirá Freud- cargado de potestad absoluta, de completud, de inmortalidad. Un objeto al que los padres atribuyen todo tipo de bondades, alguien que hace renacer el narcisismo primario de éstos y sobre el que los padres depositan la esperanza de que todas las limitaciones e imposiciones culturales sean vanas para él. Se instaura en el nuevo ser un narcisismo primario que será perturbado dolorosamente por el complejo de castración, por el descubrimiento de que el goce absoluto no es posible, por el descubrimiento de la ley que regula las relaciones humanas y que prohíbe el incesto. Sobre la diferencia sexual anatómica viene a instituirse la imagen y el símbolo que explica lo que se desea (el falo), lo que pudiera suceder de no respetarse dicho orden o lo que no es posible pretender. Pero nunca dejará de abandonarse totalmente dicha posición narcisista sin que reste la pretensión de volver a gozar de esa plenitud. Desear y tener un hijo proporciona una segunda oportunidad de alcanzarla, de amar a otro que, al tiempo, constituye una parte de uno mismo. El hijo tiene, pues, un valor narcisista para la madre, la posibilidad de revivir el narcisismo primario, de gozar sin límite, pero también de volver a vivir en los hijos, una pretensión de inmortalidad. Anhelos maternos que ineludiblemente entrará en colisión

con la subjetividad del hijo. El deseo materno –o paterno- en confrontación con el deseo del hijo.

Ser un objeto de goce para el otro o acceder al deseo propio. Es menester salir de esa posición de objeto que permite gozar a los padres pero que impide construir un sujeto de deseo. Ninguna vida de deseo es posible si se persiste en esa posición inicial de objeto. Es la castración de la madre la que evidencia que la pulsión desencadenada en el hijo no puede ser atendida adecuadamente por la madre. Es la castración de la madre la que dolorosamente hace, además, ver al hijo que hay en ella una falta que él no puede colmar.

El complejo de Edipo constituye una red de relaciones prohibidas con la que se encuentra el nuevo ser y ello obliga a elegir un objeto de amor en otra parte. Es una exigencia civilizadora que contribuye a la formación de ideales, a la elección de un objeto de amor no incestuoso y a la normalidad. La satisfacción sexual queda limitada, regulada y no regida exclusivamente por el placer. La sexualidad no es un simple instinto al servicio de la reproducción y, por supuesto, el hijo tampoco un mero derivado del coito. El deseo y las relaciones paterno-filiales pasan a estar reguladas. Las tendencias incestuosas quedan prohibidas pero no cesan de existir en el inconsciente.

La diferencia sexual anatómica viene dada genéticamente, sin embargo precisa de un trabajo de inscripción psíquica. Junto con la anatomía está presente la mirada que los padres dirigen a ese cuerpo recién nacido, la elección del nombre, la caricia, y todos los rituales

que acompañan a la espera y al nacimiento de un hijo. Mirada que está construida en la propia historia pulsional de los progenitores y en la red de relaciones paterno-filiales que la precede. No hay un programa pulsional ni psicológico predeterminado. Pero no se trata de un rito – más o menos complejo- que distribuye los lugares que habrán de ocuparse por ser anatómicamente varón o hembra. La diferencia anatómica es pensada por los niños varones como producto del cercenamiento del pene en la niña –o en las mujeres- y castigo a sus deseos incestuosos, o teorizada por las niñas como privación del mismo por la madre.

La “anatomía es el destino” para Freud porque la interpretación que se hace de ella va a provocar un cambio estructural y va a contribuir a que los sujetos se ubiquen como varones o como mujeres. El narcisismo primario, como he expresado, es perturbado por el complejo de castración que impone a ambos sexos el reconocimiento de su falta de plenitud y obliga a confrontarse a un ideal con el cual medirse si quiere recuperar algo de ese narcisismo perdido. La admisión de la castración ejerce una función de normalización y produce efectos en la determinación del objeto de amor y en la construcción de la identidad sexual masculina o femenina. Entraña, pues, el pleno ingreso en un orden diferente al del instinto. Obliga a la elección subjetiva de un objeto de amor bajo unas exigencias éticas y morales que, de no respetarse, generan culpa y angustia. Se instaura un Ideal del Yo con el que medirse ahora y que permite recuperar –como he dicho- algo de ese primer narcisismo irrestricto. Lo que desde una parte del psiquismo puede ser anhelado inconscientemente, desde otra va a ser profundamente insatisfactorio y angustiante. La diferencia

sexual es diferencia en el sexo, pero está atravesada por la escisión pulsional. Y un abismo separa y orienta la búsqueda de los sexos.

Antes de que la niña acceda al complejo de Edipo en su versión positiva, existe una vinculación temprana con la madre similar a la que también tiene el varón. Se producen las primeras identificaciones con la madre y ambos –niños y niñas- desean tener un hijo como la madre, ser la madre de sus propios hermanos. Pero este “deseo” –aunque muy temprano- es ajeno a la admisión de la diferencia sexual y previo a la instauración de su propio ser como sujeto deseante. Es un deseo que se relaciona con la construcción de su propio Yo Ideal. Niños y niñas ansían tener hijos, gozar de toda plenitud; es un deseo constituido por componentes narcisistas que remite a esa primera identificación con el objeto de amor primigenio y anterior a la normalización que instaura la prohibición incestuosa. No obstante, subyace en el inconsciente, así como la pretensión de recuperar ese narcisismo irreductible. Para acceder a ser un sujeto con deseos propios todo ser humano –ubicado primero en posición de hijo deseado, de falo, de objeto narcisista-, deberá renunciar a ser un objeto para la madre y al amor incondicional mutuo. Desear ser madre pasa por la identificación con la propia madre, pero obliga a la renuncia de esa representación narcisista primaria, exige desistir del afán de ser un objeto para ella. Y obliga también a la renuncia a ser plena como madre -o toda para el hijo- y a la búsqueda del hijo bajo esa misma aspiración: el hijo como objeto absoluto para ella.

En la niña, la castración va a ser vivida como “envidia de pene”. La percepción de la diferencia anatómica va a teorizarse como

una falta en el propio cuerpo, como una falta de amor por parte de la madre, como una imposibilidad de ésta. La niña busca al padre como aquel que pueda resarcirla de este daño narcisista proporcionándola el pene anhelado o –en sustitución- otorgándola como prueba de amor un hijo. No es en la embriología, en la fisiología o en la anatomía donde hay que buscar la explicación de ese anhelo fálico. La búsqueda de un pene, primero, y de un hijo, después, habla de la movilización del deseo y de la imposibilidad de satisfacción absoluta. No hay un objeto que se adecue, sólo cabe la sustitución y el intercambio. La anatomía femenina por sí misma no condiciona nada si no está mediatizada por el fantasma. No es en la biología donde reside la explicación del movimiento psíquico deseante. La anatomía o la fisiología por sí misma no desencadenan una producción psíquica simbólica. La sexualidad humana no se limita a una sexualidad instintiva. Las equivalencias simbólicas heces=pene=don=regalo=pequeño=hijo no se generan de forma natural. Es la producción simbólica fantasmática y el lenguaje quién las instaura, la necesidad de resolver los enigmas que la intromisión del adulto ha provocado. Respuestas a los enigmas sobre el origen de la sexualidad (fantasma de la seducción originaria), sobre su concepción y filiación (fantasma de la escena primaria y de la novela familiar) y sobre la diferencia sexual (fantasma de la castración). Fantasmas que expresan la existencia de una estructura humana –pulsional e inconsciente- transmitida desde el origen a través de los padres. Una estructura compleja que, repito, no puede entenderse apelando sólo a la herencia, a la psicología, o a las leyes sociológicas explicativas de las relaciones individuales o grupales. Desear un hijo remueve automáticamente lo más primario de estos fantasmas originarios en la medida en que concita, en el adulto que desea un hijo,

su propia experiencia primigenia y su manera de habérsela “fantasmaticado”, teorizado o “novelado”.

Pero es la castración de la madre, que alude a algo más que a su carencia real de un pene, la que determina la admisión de la diferencia sexual y la prohibición del incesto. La madre no tiene el objeto que garantice el goce absoluto y la disminución de toda tensión, no hay disminución del trauma de la seducción originaria. La madre no es omnipotente, es deseante y busca más allá. Y más allá, también, se buscará el objeto perdido entrando en esas equivalencias simbólicas que conducen al deseo de un hijo y al de un varón de quién recibirlo. La niña consiente en esa nueva posición femenina, admite la diferencia sexual, cambia de objeto eligiendo al padre y acepta la receptividad necesaria para admitir en su cuerpo el pene en el coito y el hijo en el útero. Desear un hijo exige un largo transitar en el que no sólo ella está implicada sino la historia pulsional de sus progenitores. Pero también requiere un deseo que no finalice en el hijo, que éste no se transforme en un fetiche negador de la castración.

Es el deseo de la mujer, como tal, el que vuelve a la madre ausente para el hijo, el que sustrae algo al niño. Éste se ve compelido a simbolizar la ausencia (el que ella no sea toda para él). Tiene, pues, un efecto separador. Ahora bien, el deseo materno puede hacer que la madre, colmada u ocupada totalmente en el hijo, haga de él un rehén fálico. Pero también, sin ocuparse absolutamente de él, sin atribuirle un lugar como sujeto, considerado exclusivamente como un conjunto de células o como un objeto al que cuidar físicamente, le deje sin recursos frente al poder de su silencio. Ni por exceso ni por defecto, la ley que

prohíbe el incesto establece un orden en el mundo pulsional materno. Es menester que dicho orden esté incorporado en la madre y ella desee más allá del hijo al que será el padre del mismo. Aunque su cuerpo tenga la posibilidad de gestar, lo que lleva a desear tenerlo es mucho más laberíntico.

La diferencia sexual anatómica no se puede desconocer; pero ha de encontrar una inscripción psíquica que no se produce automáticamente por su sola percepción. Tener un hijo exige, también, que se genere el deseo de recibirlo de un varón y renunciar a la demanda de incondicionalidad mortífera sobre ese hijo. La reproducción sexuada obliga a reconocer la castración, la muerte. La muerte del reproductor a favor de la vida del nuevo ser que inicia la suya. Desear y tener un hijo no es ajeno a la confrontación entre dos narcisismos, a la pretensión de gozar de una nueva oportunidad de satisfacción y goce infinito. Desear un hijo renueva las antiguas decepciones, remite al conflicto edípico revivido desde la posición de madre.

Sin embargo Freud, no sin frecuencia, lo presenta como la única posibilidad de colmar las ansias de satisfacción absoluta y la única relación carente de toda ambivalencia. Para él, sólo el varón en sus primeros años es capaz de satisfacer a la madre y todo el afán de la mujer es lograr hacer de su pareja un hijo. Subyace, a veces, en el pensamiento freudiano y, en el de casi todos los psicoanalistas, una idealización de la maternidad y una consideración de la feminidad, en la que el deseo de un hijo es un paso obligado para que la mujer se ubique en posición femenina. Una concepción acorde con la cultura

patriarcal en la que tanto los psicoanalistas como las mujeres analizadas participan.

Los psicoanalistas de las Escuelas de Viena y Londres –en su afán de determinar qué es la feminidad- terminan asociando indefectiblemente mujer y madre. Todos ellos no ignoran el deseo en la mujer más allá de la maternidad, sin embargo parecen enfatizar ese anhelo de procreación. Ahora bien, tal y como he expuesto, *desear un hijo no garantiza la normalidad ni la feminidad*. Para Klein lo definitivo es la superación de la posición depresiva y el deseo de reparar y no tanto el desear un hijo –aunque éste proporcione la oportunidad de desagraviar y comprobar que no ha sido dañada retaliativamente-. Mientras que para Lacan, aunque este deseo de maternidad y la relación materno-filial tengan una trascendencia importante, no es posible determinar en un universal el deseo de la mujer. El deseo que sostiene el fantasma de la mujer, el goce que lo asegura, participan de lo imposible de decir. Y este enigma de la mujer, esa opacidad de su goce designa la falta que funda el movimiento deseante de todo nuevo ser.

Para terminar, *lo que causa el deseo sexual de la mujer no es el deseo de un hijo, sino la imposibilidad estructural de obtener un goce. Es la existencia de un orden “no natural” que precede a todo ser que nace, un orden cultural que impide -y prohíbe después- el goce absoluto. No obstante, no anula el afán imposible de lograrlo. El hijo es uno de los objetos sustitutos que se busca, pero evidentemente no puede colmar ese anhelo indecible, esa pretensión absoluta que moviliza su deseo*. El imaginario cultural que coliga mujer y madre, el

peso de paradigmas preeminentes como la fisiología o la anatomía, o el de una psicología adaptada y connatural a la biología han ejercido una fuerte presión y dificultad para abordar el análisis de este deseo femenino. No obstante, la pregunta sobre el deseo de la mujer sigue abierta; atribuir una respuesta única: ser madre, es una forma –más o menos tranquilizadora- de cerrar todo cuestionamiento sobre el deseo propio.

BIBLIOGRAFÍA

-ABRAHAM, K. (1920): “Manifestaciones del complejo de castración femenina”. Reeditado en 1926 *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé. (Pp. 259-283). (Versión castellana de “Äusserungsformen des weiblichen Kastrationskomplexes”. En Internationale Zeitschrift für (ärztliche) Psychoanalyse. Reeditado en *Selected Papers of Karl Abraham, M.D.* London: Hogart Press, 1926).

-ABRAHAM, K. (1924): “La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter”. En *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé. (Pp. 300-10). (Versión castellana de “Beiträge der Oralerotik zur Charakterbildung”. En Internationale Zeitschrift für (ärztliche) Psychoanalyse. Reeditado en *Selected Papers of Karl Abraham*. London: Hogart Press, 1926).

-ABRAHAM, K. (1924a): “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales”. En *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé. (Pp. 319-382). (Versión castellana de *Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*. En Internationaler Psychoanalytischer Verlag. Reeditado en *Selected Papers of Karl Abraham, M.D.* London: Hogart Press, 1926).

-ABRAHAM, K. (1925): “La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido”. En *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé. (Pp. 311-18). (Versión castellana de “Zur Charakterbildung auf der genitalen Entwicklungsstufe”. En International Journal of Psycho-Analysis, VII. Reeditado en *Selected Papers of Karl Abraham, M.D.* London: Hogart Press, 1926).

-ALEXANDER, F. (1922): “Kastrationskomplex und Charakter”. En *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 8

-ANDRÉ, J. (2002): *Los orígenes femeninos de la sexualidad*. Madrid: Síntesis. (Versión castellana de *Aux origines féminines de la sexualité*. Paris: Presses Universitaires de France, 1995)

-ANDREAS SALOMÉ, L. (1916): “<<Anal>> und <<Sexual>>”. *Imago*, 4.

-BARANGER, W. (1971): *Posición y Objeto en la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman

-BENEDEK, TH. Y RUBENSTEIN, B. (1945): *El ciclo sexual de la mujer*. Buenos Aires: Editorial Nova. Biblioteca Psicoanalítica.

-BION, W. (1962): *Learning from Experience*. Heinemann.

-BLEICHMAR, S. (1984): *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*. (1ª Edición 1986; 2ª reimpresión 1999). Buenos Aires: Amorrortu.

-BLEICHMAR, S. (1993): *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. (1ª Edición, 1993; 1ª reimpresión, 1998). Buenos Aires: Amorrortu

-BONAPARTE, M. (1974): *La sexualidad de la mujer*. (4ª Edición). Barcelona: Península. (Versión castellana de *La sexualité de la femme*. Presse Universitaires de France, 1967)

-BRAUNSTEIN, N. (1990): *“El goce”*. Siglo XXI Editores.

-BREUER, J. y FREUD, S. (1893): “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar”. En *Estudios sobre la histeria*. Obras Completas. (2ª Edición, 1985; 6ª reimpresión, 1997). Buenos Aires: Amorrortu Tomo II. (Pp. 27-43). (Versión castellana de “Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene: Worläufige Mitteilung”)

-BREUER, J. Y FREUD, S. (1895): *Estudios sobre la histeria*. Obras Completas. (2ª Edición, 1985; 6ª reimpresión, 1997). Buenos Aires: Amorrortu. Tomo II. (Pp. 1-315). (Versión castellana de *Studien über Hysterie*)

-CAMPAMÁ, X. (2005): "Huella mnémica. Memoria. Recuerdo. Recuerdo encubridor". En. MIRA, V.; RUIZ, P. y GALLANO, C. (Eds.) 2005: *Conceptos freudianos*. Madrid: Síntesis. (Pp. 33-40).

-CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1999): "La culpabilidad femenina (algunos aspectos específicos del Edipo femenino)". En J. CHASSEGUET-SMIRGEL *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Pp. 145-200). (Versión castellana de *La sexualité féminine. Recherches psychanalytiques nouvelles*. Paris: Payot, 1964)

-CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1999a): *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Versión castellana de *La sexualité féminine. Recherches psychanalytiques nouvelles*. Paris: Payot, 1964)

-CHEMAMA, R. (1998): *Diccionario del Psicoanálisis. Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu (Versión castellana de *Dictionnaire de la Psychanalyse. Dictionnaire actuel des signifiants, concepts et mathèmes de la psychanalyse*. París: Larousse, 1995).

-CHODOROW, N. (1984): *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa (Versión castellana de *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. California: The Regents of the University, 1978).

CIXOUS, H. (1986): “Sorties”. En H. Cixous y C. Climent: *The Newly Born Woman*. Minneapolis, University of Minnesota press.

-DESCARTES, R. (1974): *El discurso del método*. Barcelona: Bruguera, 1974. (Versión castellana de *Regulae ad directionem ingenii*, 1701) (Estudio preliminar y traducción de J.C. García Borrón, 1968)

-DE BEAUVOIR, S. (1949): *El Segundo sexo. La experiencia vivida*. Madrid: Cátedra, 1999. (Versión castellana de *Le deuxième sexe. II. L'expérience vécue*. Paris: Gallimard).

-DEUTSCH, H. (1952): *La psicología de la mujer. Primera parte*. (5ª Edición). Buenos Aires: Losada. (Versión castellana de *Psychology of Women*)

-DEUTSCH, H. (1960): *La psicología de la mujer. Parte segunda: Maternidad*. (4ª Edición). Buenos Aires: Losada. (Versión castellana de *Psychology of Woman: Motherhood*)

-DINNERSTEIN, D. (1976): *The Mermaid and the Minotaur*. Nueva York: Harper and Row.

-DIO BLEICHMAR, E. (1991): *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. (2ª Edición). Madrid: Siglo Veintiuno editores.

-DIO BLEICHMAR, E. (1997): *La sexualidad femenina de la niña a la mujer*. (1ª Edición). Barcelona: Paidós.

-DOR, J (1986): *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. Barcelona: Gedisa (Versión castellana de *Introduction à la lecture de Lacan*. París: Editions Denoël, 1985)

-EVANS, D. (1997): *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Barcelona: Paidós. (Versión castellana de *An Introductory Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*. London and New York: Routledge, 1996)

-FERNÁNDEZ GARCÍA, E. (1985): “Elementos para una teoría del sujeto en B. Spinoza”. En *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, V. (Pp. 123-144). Madrid: Universidad Complutense.

-FERRATER MORA, J. (1971): *Diccionario de Filosofía*. Vol. II. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

-FERRO, N. (1991): *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

-FREUD, S. (1893): *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices histéricas*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp.191-210) (Versión castellana de

Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques)

-FREUD, S. (1894): *Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?* (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 228-234)

-FREUD, S. (1895): *Proyecto de psicología*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 323-446). (Versión castellana de *Entwurf einer Psychologie*).

-FREUD, S. (1896): "Carta 52 (6 de diciembre de 1896)". En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 (1892-99))*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 274-280).

-FREUD, S. (1896a): "Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de Navidad). (1º de enero de 1896)". En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 (1892-99))*. 2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 260-268)

-FREUD, S. (1896b): *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1994). Obras Completas. Buenos Aires. Amorrortu. Tomo 3. (Pp. 157-184). (Versión castellana de *Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*)

-FREUD, S. (1896c): *La etiología de la histeria*. Obras Completas. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1994). Buenos Aires. Amorrortu. Tomo 3. (Pp. 185-218). (Versión castellana de *Zur Ätiologie der Hysterie*).

-FREUD, S. (1897): “Manuscrito L [Anotaciones I] (2 de mayo de 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 289-292).

-FREUD, S. (1897a): “Carta 61 (2 mayo 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 288-89).

-FREUD, S. (1897b): “Carta 64 (31 de mayo de 1897). Manuscrito N [Anotaciones III]”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 295-99).

-FREUD, S. (1897c): “Carta 69 (21 de septiembre de 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 301-02).

-FREUD, S. (1897d): “Carta 70 (3-4 de octubre 1897)”. En: S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I (Pp. 303-05).

-FREUD, S. (1897e): “Carta 71 (15 de octubre 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 305-08).

-FREUD, S. (1897f): “Carta 75” (14 de noviembre de 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 310-313).

-FREUD, S. (1897g): “Carta 79 (22 diciembre 1897)”. En S. Freud: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 314-15).

-FREUD, S. (1900): *La interpretación de los sueños. (Primera parte)*. (1ª Edición, 1979; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IV. (Pp. 1-343) (Versión castellana de *Die Traumdeutung*)

-FREUD, S. (1900a): *La interpretación de los sueños. (Segunda parte)*. (2ª Edición, 1984; 6ª reimpresión, 1996). Obras Completas.

Buenos Aires: Amorrortu. Tomo V. (pp. 345-747) (Versión castellana de *Die Traumdeutung*)

-FREUD, S. (1901): *Psicopatología de la vida cotidiana (Sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error)*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VI. (Versión castellana de *Zur Psychopathologie des Alltagsleben (Über Vergessen, Versprechen, Vergreifen, Aberglaube und Irrtum)*).

-FREUD, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*. (1ª Edición, 1978; 9ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VII. (Pp 109-224). (Versión castellana de *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*).

-FREUD, S. (1905a): *El chiste y su relación con lo inconsciente*. (1ª Edición, 1979; 3ª reimpresión, 1993). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VIII. (Pp. 1-225). (Versión castellana de *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*)

-FREUD, S. (1905b): *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. (1ª Edición, 1979; 9ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VII. (Pp. 1-108). (Versión castellana de *Bruchstück einer Hysterie-Analyse*)

-FREUD, S. (1906): *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*. (1ª Edición, 1979; 9ª reimpresión, 1996).

Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VII. (Pp. 259-272). (Versión castellana de *Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen*).

-FREUD, S. (1907): *Acciones obsesivas y prácticas religiosas*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 97-109). (Versión castellana de *Zwangshandlungen und Relionsübungen*).

-FREUD, S. (1907a): *El delirio y los sueños en la <<Gradiva>> de W. Jensen*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 1-80). (Versión castellana de *Der Wahn und die Träume in W. Jensens <<Gradiva>>*)

-FREUD, S. (1908): *Carácter y erotismo anal*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 149-158) (Versión castellana de *Charakter und Analerotik*).

-FREUD, S. (1908a): *Sobre las teorías sexuales infantiles*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 183-201). (Versión castellana de *Über infantile Sexualtheorien*).

-FREUD, S. (1908b): *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 159-181).

(Versión castellana de *Die "kulturelle" Sexualmoral und die moderne Nervosität*)

-FREUD, S. (1908c): *El creador literario y el fantaseo*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 123-136) (Versión castellana de *Der Dichter und das Phantasieren*)

-FREUD, S. (1908d): *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp. 137-148). (Versión castellana de *Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität*).

-FREUD, S. (1909): *La novela familiar de los neuróticos*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp.213-220). (Versión castellana de *Der Familienroman der Neurotiker*).

-FREUD, S. (1909a): *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. (2ª Edición, 1986; 6ª reimpresión, 1998). Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo X. (Pp. 119-194) (Versión castellana de *Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose*).

-FREUD, S. (1909b): *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. (2ª Edición, 1986; 6ª reimpresión, 1998). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo X. (Pp. 1-118) (Versión castellana de *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*).

-FREUD, S. (1909c): *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX. (Pp.203-212). (Versión castellana de *Allgemeines über den hysterischen Anfall*).

-FREUD, S. (1910): *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*. (*Contribuciones a la psicología del amor, I*). (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 155-168). (Versión castellana de *Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne* (*Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, I*)).

-FREUD, S. (1910a): *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 1-53). (Versión castellana de *Über Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1910b): *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 205-216). (Versión castellana de *Die psychogene Sehstörung in psychoanalytischer Auffassung*).

-FREUD, S. (1910c): *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 53-127). (Versión castellana de *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*).

-FREUD, S. (1911): *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. (2ª Edición, 1986; 7ª reimpresión, 1998). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XII. (Pp. 217-231). (Versión castellana de *Formulierungen über die Zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*).

-FREUD, S. (1911a): *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. (2ª Edición, 1986; 7ª reimpresión, 1998). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XII. (Pp. 1-76). (Versión castellana de *Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fáll von Paranoia (Dementia paranoides)*).

-FREUD, S. (1912a): *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 169-183). (Versión castellana de *Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, II)*

-FREUD, S. (1912b): *Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986; 7ª reimpresión, 1998). Obras Completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XII. (Pp. 265-278). (Versión castellana de *A Note on the Unconscious in Psycho-Analysis*)

-FREUD, S. (1913): *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*. (2ª Edición 1986; 7ª reimpresión, 1998). Obras completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XII. (Pp. 329-345). (Versión castellana de *Die Disposition zur Zwangsneurose. Ein Beitrag zum Problem der Neurosenwahl*).

-FREUD, S. (1913a): *Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. (2ª Edición 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIII. (Pp. 1-164). (Versión castellana de *Totem und Tabu. Einige Übereinstimmungen im Seelenleben der Wilden und der Neurotiker*).

-FREUD, S. (1914): *Introducción del narcisismo*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 65-98). (Versión castellana de *Zur Einführung des Narzissmus*).

-FREUD, S. (1914a): *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras completas: Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 1-64). (Versión castellana de *Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung*).

-FREUD, S. (1915): *Pulsiones y destinos de pulsión*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires:

Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 105-134). (Versión castellana de *Triebe und Tribschicksale*)

-FREUD, S. (1915a): *Lo inconsciente*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 153-214). (Versión castellana de *Das Unbewusste*)

-FREUD, S. (1915b): *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 259-272). (Versión castellana de *Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widerprechenden Falles von Paranoia*).

-FREUD, S. (1915c): *La represión*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 135-152). (Versión castellana de *Die Verdrängung*)

-FREUD, S. (1915d): *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. (2ª Edición 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 273-304). (Versión castellana de *Zeitgemässes ubre Krieg und Tod*).

-FREUD, S. (1916): “13ª Conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño”. En S. Freud (1916-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (1ª Edición, 1978; 7ª reimpresión

1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XV. (Pp. 182-194). (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916a): “18ª Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente”. En S. Freud (1916-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (1ª Edición, 1978; 7ª reimpresión 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XV. (Pp. 250-261). (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916b): “20 Conferencia. La vida sexual de los seres humanos”. En S. Freud (1916-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1984, 6ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVI. (Pp. 277-291) (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916c): “21 conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”. En S. Freud (1916-17) *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1984, 6ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVI. (Pp. 292-308) (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916d): “23ª Conferencia. Los caminos de la formación del síntoma”. En S. Freud (1916-17) *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (Continuación). (2ª Edición, 1984, 6ª

reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVI. (Pp. 326-343) (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916e): “25ª Conferencia: La angustia”. En S. Freud (1916-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (1ª Edición, 1978; 7ª reimpresión 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVI. (Pp. 357-74). (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916f): “26 Conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo”. En S. Freud (1916-17) *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1984, 6ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVI. (Pp. 375-391) (Versión castellana de *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1916g): *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 313-339) (Versión castellana de *Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit*).

-FREUD, S. (1917): *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVII. (Pp. 113-123). (Versión castellana de *Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*).

-FREUD, S. (1917a): *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 215-233). (Versión castellana de *Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*).

-FREUD, S. (1917b): *Duelo y Melancolía*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV. (Pp. 235- 255). (Versión castellana de *Trauer und Melancholie*)

-FREUD, S. (1917c): *Una dificultad en psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986, 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVII. (Pp. 125-136). (Versión castellana de *Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1918): *De la historia de una neurosis infantil*. (El “hombre de los lobos”). (2ª Edición, 1986, 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVII. (Pp. 1-112). (Versión castellana de *Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*).

-FREUD, S. (1918a): *El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor III)*. (1ª Edición, 1979, 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XI. (Pp. 185-204). Versión castellana de *Das Tabu der Virginität (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, III)*.

-FREUD, S. (1919): *“Pegan a un niño”*. *Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. (2ª Edición, 1986, 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVII. (Pp. 173-200). (Versión castellana de *“Ein Kind wird geschlagen”*. *Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen*).

-FREUD, S. (1919a): *Lo ominoso*. (2ª Edición, 1986, 5ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVII. (Pp. 215-251). (Versión castellana de *Das Unheimliche*).

-FREUD, S. (1920): *Más allá del principio del placer*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVIII. (Pp. 1-62). (Versión castellana de *Jenseits des Lustprinzips*).

-FREUD, S. (1920a): *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVIII. (Pp. 137-164). (Versión castellana de *Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität*).

-FREUD, S. (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVIII. (Pp. 63- 136). (Versión castellana *Massenpsychologie und Ich-Analyse*).

-FREUD, S. (1922): *Sueño y telepatía*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVIII. (Pp. 185-212). (Versión castellana Traum und Telepathie)

-FREUD, S. (1922a): “Consideraciones sobre lo inconsciente”. En *El Yo y el Ello*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (P. 4).

-FREUD, S. (1923): *El yo y el ello*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997).Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 1-66). (Versión castellana de *Das Ich und das Es*).

-FREUD, S. (1923a): *Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”*. (2ª Edición, 1984, 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XVIII. (Pp. 227-254). (Versión castellana de “Psychoanalyse” und “Libidotheorie”).

-FREUD, S. (1923b): *La organización genital infantil. (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 141-149). (Versión castellana de *Die infantile Genitalorganisation. (Eine Einschaltung in die Sexualtheorie)*).

-FREUD, S. (1924): *El problema económico del masoquismo*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos

Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 161-176). (Versión castellana de *Das ökonomische Problem des Masochismus*)

-FREUD, S. (1924a): *El sepultamiento del complejo de Edipo*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 177-188). (Versión castellana de *Der Untergang des Ödipuskomplexes*).

-FREUD, S. (1924b): *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 189-198). Versión castellana de *Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose*).

-FREUD, S. (1925): *La negación*. (2ª Edición, 1984; séptima reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 249-257). (Versión castellana de *Die Verneinung*).

-FREUD, S. (1925a): *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX. (Pp. 123-140). (Versión castellana de *Einige Nachträge zum Ganzen der Traumdeutung*).

-FREUD, S. (1925b): *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos*. (2ª Edición, 1984; 7ª reimpresión, 1997). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIX.

(Pp. 259-276). (Versión castellana de *Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds*).

-FREUD, S. (1926): *Inhibición, síntoma y angustia*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1993). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XX. (Pp. 71-164). (Versión castellana de *Hemmung, Symptom und Angst*).

-FREUD, S. (1927): *El fetichismo*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXI. (Pp. 141-153). (Versión castellana de *Fetischismus*).

-FREUD, S. (1930): *El malestar en la cultura*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXI. (Pp. 57-140). (Versión castellana de *Das Unbehagen in der Kultur*).

-FREUD, S. (1931): *Sobre la sexualidad femenina*. (2ª Edición, 1986; 5ª Reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXI. (Pp. 223-244). (Versión castellana de *Über die weibliche Sexualität*).

-FREUD, S. (1933): “31ª Conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica”. En S. Freud *Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986, 4ª Reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXII. (Pp. 53-74). (Versión castellana de *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*)

-FREUD, S. (1933a): “32ª Conferencia: Angustia y vida pulsional”. En S. Freud *Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986, 4ª Reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXII. (Pp. 75-103). (Versión castellana de *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1933b): “33ª Conferencia: La feminidad”. En S. Freud *Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986, 4ª Reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXII. (Pp. 104-125). (Versión castellana de *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).

-FREUD, S. (1937): *Análisis terminable e interminable*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXIII (Pp. 211-254). (Versión castellana de *Die endliche und die unendliche Analyse*).

-FREUD, S. (1937a): *Construcciones en el análisis*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXIII. (Pp. 255-270). (Versión castellana de *Konstruktionen in der Analyse*).

-FREUD, S. (1938): *Esquema del psicoanálisis*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

Tomo XXIII. (Pp. 133-209). (Versión castellana de *Abriss der Psychoanalyse*).

FREUD, S. (1938a): *La escisión del yo en el proceso defensivo*. (2ª Edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXIII. (Pp. 271-278). (Versión castellana de *Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*).

-FREUD, S. (1940): “Conclusiones, ideas, problemas”. En *Escritos breves (1937-38)*. (2ª Edición 1986; 4ª reimpresión; 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XXIII. (P. 301). (Versión castellana de *Ergebnisse, Ideen, Probleme, Juni 1938*).

-FREUD, S. (1950): *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 310-313). (Versión castellana de *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*).

-FREUD, S.-ABRAHAM, K. (1907-1926): *Correspondencia*. Barcelona: Gedisa (1ª Edición, 1979). (Versión castellana de *Sigmund Freud-Karl Abraham- Briefe 1907-1926*. S. Fischer Verlag, 1965).

-GALLANO, C. (2005): “Repetición. Compulsión de repetición”. En V. MIRA; P. RUIZ y C. GALLANO (Eds). *Conceptos freudianos*. (Pp. 287-298). Madrid: Síntesis.

-GARCÍA DE LA HOZ, A. (2000): *Teoría psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.

-GÓMEZ VALVERDE, L. (1999): “Hablamos porque somos habladas”. En *Mujeres, humanidades, comunicación y otras culturas*, 4. (Pp. 97-118). Castellón: Fondo Social Europeo. Proyecto NOW. Universitat Jaime I

-GONZÁLEZ DE CHÁVEZ FERNÁNDEZ, M.A. (1998): *Feminidad y masculinidad. Subjetividad y orden simbólico*. Madrid: Biblioteca Nueva.

GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (1980): *Sobre el concepto de complejo de Edipo en la obra de Freud*. Madrid: Universidad Autónoma. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Psicología.

-GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (1996): “Complejo de Edipo, amor y muerte”. *Anuario Ibérico de Psicoanálisis*, IV. Madrid: 4º Congreso Ibérico de Psicoanálisis. (Pp. 61-94).

-GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (2002): *Cómo leer a Freud*. Madrid: Síntesis

-GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. Y CINELLO, A. (1995): “Puntualizaciones a la discusión psicoanalítica entre falocentrismo y erogeneidad vaginal precoz”. *Revista de Psicoanálisis*, 21. Madrid: APM. (Pp. 33-44).

-HINSHELWOOD, R.D. (1992): *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu editores. (Versión castellana de *A Dictionary of Kleinian Thought*. Londres: Free Association Books, 1989).

-HIRSCH, M. (1989): *The Mother/Daughter Plot: Narrative, Psychoanalysis, Feminism*. Bloomington: Indiana University Press.

-HORNEY, K. (1924): “Sobre la génesis del complejo de castración de la mujer”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp. 37-56). (Versión castellana de “On the Genesis of the Castration Complex in Women”. En K. HORNEY *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1926): “La huida de la feminidad”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp. 57-76). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1927): “La feminidad inhibida”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp.77-92). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1931): “La tensión premenstrual”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

(Pp. 111-120). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1933a): “Factores psicogénicos en los trastornos funcionales”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp. 185-200). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1933b): “Conflictos maternos”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp. 201-209). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

-HORNEY, K. (1933c): “La negación de la vagina”. En K. HORNEY: *Psicología femenina*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. (Pp. 168-184). (Versión castellana de *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company, Incl.).

HORNEY, K. (1973): *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós. (Versión castellana de *The Neurotic Personality of Our Time*. New York: W.W. Norton & Co.)

-IRIGARAY, L (1974): *Speculum. Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Saltés 1978. (Versión castellana de *Speculum de l'autre femme*. París: Minuit, 1974).

-IRIGARAY, L. (1980): “El cuerpo a cuerpo con la madre”. En *Cuadernos Inacabados*, 5 .Barcelona: La sal. Ediciones de les

dones. (Versión castellana de *Le corps-à-corps avec la mère*. Montréal: Éditions de la pleine lune, 1981)

-IRIGARAY, L. (1980a): “El otro género de la naturaleza” En *Cuadernos Inacabados*, 5 .Barcelona: La sal. Ediciones de les dones. (Versión castellana de *L'autre de la nature*. Sorcières, num. 20. 1981).

-ISAACS, S. (1974): “Naturaleza y función de la fantasía”. En M. Klein: *Desarrollos en Psicoanálisis*. Tomo III. (Pp. 71-114). Buenos Aires: Paidós-Hormé. (Versión castellana de “The Nature and Function of Phantasy”. En *International Journal of Psychoanalysis*, 29, 1948. (Pp. 73-97).)

-JONES, E. (1927): “The Early Development of Female Sexuality”. *International Journal of Psychoanalysis*, VIII. (Pp. 459-472). (Reimpreso en Jones y otros (1964): *Psicoanálisis y Sexualidad femenina* (Pp. 25-47). Buenos Aires: Hormé)

-JONES, E. (1933): “The Phallic Phase”. *International Journal of Psychoanalysis*, XIV. (Pp.1-33).

-JONES, E. (1935): “Early Female Sexuality”. *Internacional Journal of Psychoanalysis*, XVI. (Pp. 263-273).

-KANT, E.: (1973): *Crítica de la razón pura*. (7ª Edición). Vols. 1 y 2. Buenos Aires: Losada. (Versión castellana de *Kritik der veinen*

Vernunft, 1781) (Traducción de J. del Perojo y J. Rovira Armengol. Revisión A. Klein).

-KARDINER, A. (1945): *El individuo y su sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

-KLEIN, M. (1921): "El desarrollo de un niño". En M. Klein: *Contribuciones al psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. II. (Pp.19-63). Buenos Aires: Paidós-Hormé, 1978. (Versión castellana de "The development of a Child". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1923): "El papel de la escuela en el desarrollo libidinoso de un niño". En M. Klein: *Contribuciones al psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. II. (Pp. 65-79). Buenos Aires: Paidós-Hormé, 1978. (Versión castellana de "The role of School in the Libidinal Development of the Child". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1925): "Una contribución a la psicogénesis de los tics". En M. Klein: *Contribuciones al psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. II. (Pp. 107-125). Buenos Aires: Paidós-Hormé, 1978. (Versión castellana de "A Contribution to the Psychogenesis of Tics". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1927): "Tendencias criminales en niños normales". En M. Klein: *Contribuciones al psicoanálisis. Obras Completas*.

Vol. II. (Pp. 165-178). Buenos Aires: Paidós-Hormé, 1978. (Versión castellana de “Criminal Tendencies in Normal Children”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1928): “Los estadios tempranos del conflicto edípico”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (Pp. 179-189). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “Early Stages of the Oedipus Conflict”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1931): “Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (Pp. 227-237). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “A Contribution to the Theory of Intellectual Inhibition”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1932): *El psicoanálisis de niños*. En M. Klein: *Obras Completas*. Vol. I. (Pp. 125-406). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1977. (Versión castellana de *The Psycho-analysis of Children*. Londres: Hogarth Press)

-KLEIN, M. (1933): “Desarrollo temprano de la conciencia en el niño”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (Pp. 239-247). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “The Early Development of Conscience in the Child”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1934): “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (Pp. 253-278). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “A contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1940): “El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (Pp. 279-301). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “Mourning and its Relation to Manic-depressive States”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1945): “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”. En M. Klein: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Vol. II. (pp. 303-347). Buenos Aires: Paidós-Hormé. 1978. (Versión castellana de “The Oedipus Complex in the Light of Early Anxieties”. En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres: Hogarth Press).

-KLEIN, M. (1946): “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Desarrollos en Psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. III. (Pp. 253-275). Buenos Aires: Paidós Hormé. 1974. (Versión castellana de “Notes on Some Schizoid Mechanisms”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Developments*

in Psycho-Analysis. London: Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis).

-KLEIN, M. (1948): “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Desarrollos en Psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. III. (pp. 235-251). Buenos Aires: Paidós Hormé. 1974. (Versión castellana de “A Contribution to the Theory of Anxiety and Guilt”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Developments in Psycho-Analysis*. London: Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis).

-KLEIN, M. (1952): “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Desarrollos en Psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. III. (Pp. 177-207). Buenos Aires: Paidós Hormé. 1974. (Versión castellana de “Some Theoretical Conclusions Regarding the Emotional life of the Infant”. En M. KLEIN; P. HEIMANN; S. ISAACS y J. RIVIÈRE: *Developments in Psycho-Analysis*. London: Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis)

-KLEIN, M. (1955): “La técnica psicoanalítica del juego: su historia y su significado”. En M. KLEIN, P. HEIMANN y R. MONEY-KYRLE (Eds): *Nuevas direcciones en psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. IV. (Pp. 21-39). Buenos Aires: Paidós Hormé, 1979. (Versión castellana de “The Psycho-analytic play

technique: Its History and Significance". En *New Directions in Psycho-analysis*. Londres: Tavistock Publications Limited.)

-KLEIN, M. (1957): "Envidia y gratitud". En M. KLEIN: *Obras Completas*. Vol. VI. (Pp. 9-100). Buenos Aires: Paidós Hormé. 1976. (Versión castellana de "Envy and gratitude". Londres: Hogarth Press).

-KRISTEVA, J. (1979): "Women's Time". *Signs*. Vol. 7, núm. 1. (1981: Autumn)

-KRISTEVA, J. (1983): *Histoires d'amour*. Paris: Editions de Noël.

-LACAN, J. (1938): *La familia*. (1ª Edición, 1978). Buenos Aires: Editorial Argonatura. (Versión castellana de *La Familla*. Paris: Encyclopédie Française, Ed. A. de Monzie).

-LACAN, J. (1948): "La agresividad en psicoanálisis". Informe teórico presentado en el XI Congreso de los Psicoanalistas de lengua francesa, reunido en Bruselas a mediados de mayo de 1948. En *Escritos II*. (1ª Edición, 1975). Madrid: Siglo XXI de España Editores (Pp. 65-87). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1949): "El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"].] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo

XXI de España Editores. (Pp. 11-18). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1953): “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 59-139). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1953-54): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud. 1953-1954*. Buenos Aires: Paidós. (1ª Edición, 1981). (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre I: Les écrits techniques de Freud, 1953-1954*. Paris: Éditions du Seuil, 1975)

-LACAN, J. (1954): Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la <<Verneinung>> de Freud. En *Escritos II*. (1ª Edición, 1975). Madrid: Siglo XXI de España Editores (Pp. 130-159). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1954-55): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. 1954-1955*. (1ª Edición; 9ª reimpresión: 2004). Buenos Aires: Paidós. (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre 2. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse, 1954-1955*. Paris: Éditions du Seuil, 1978).

-LACAN, J. (1955): “Variantes de la cura-tipo”. En *Escritos II*. (1ª Edición, 1975). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 91-

129). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1955a): “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. En *Escritos I*. (1ª Edición, 1975). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 145-178). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1954-55): *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. (1ª Edición, 1983; 9ª reimpresión, 2004). Buenos Aires: Paidós. (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre 2. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse, 1954-1955*. Paris : Éditions du Seuil, 1978)

-LACAN, J. (1955-56): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. (1ª Edición, 1984). Buenos Aires: Paidós. (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre III. Les Psychoses, 1955-1956*. Paris: Éditions du Seuil, 1981).

-LACAN, J. (1956-57): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto. 1956-1957*. (1ª Edición. 1ª reimpresión, 1998). Barcelona: Paidós. (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre IV. La relation d'objet*. Éditions du Seuil. París, 1994)

-LACAN, J. (1957-58): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente. 1957-1958*. (1ª Edición, 1999).

Barcelona: Paidós (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre V. Les formations de l'inconscient*. París: Éditions du Seuil, 1998).

-LACAN, J. (1958): “La significación del falo”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 279-289). (Versión castellana de *Écrits*. París: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1958a): “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 217-278). (Versión castellana de *Écrits*. París: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1960): “Ideas directrices para un congreso sobre la sexualidad femenina”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 290-301). (Versión castellana de *Écrits*. París: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1960a): “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 305-339). (Versión castellana de *Écrits*. París: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1960-61): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 8. La Transferencia 1969-1961*. (1ª Edición, 2003). Barcelona: Paidós (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre VIII. Le transfert*. París: Éditions du Seuil, 1991).

-LACAN, J. (1964): “Del <<Trieb>> de Freud y del deseo del psicoanalista”. En *Escritos I*. (2ª Edición, 1972) Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Pp. 387-390). (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1966): *Escritos I*. (2ª Edición, 1972) Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966)

-LACAN, J. (1966a): *Escritos II*. (1ª Edición, 1975). Madrid: Siglo XXI de España Editores. (Versión castellana de *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil, 1966).

-LACAN, J. (1972-73): *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aún*. (1ª Edición, 1975). (Versión castellana de *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre XX. Encore*. Paris: Éditions du Seuil, 1975)

-LAMPL DE GROOT, J. (1928): “La evolución del complejo de Edipo en las mujeres”. En JONES y OTROS (1964): *Psicoanálisis y sexualidad femenina*. Buenos Aires: Hormé. (Pp. 48-70). (Reimpresión de “The Evolution of The Oedipus Complex in Women”. *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. IX. (Pp. 232-245).

-LAMPL DE GROOT, J. (1933): “Problems of Feminity”. *Psychoanalytic Quarterly*, II, (Pp. 489-518).

-LANGER, M. (1964): *Maternidad y sexo*. Buenos Aires: Paidós

-LAPLANCHE, J. (1969-70): *La sexualidad*. Buenos Aires: Nueva Visión (Versión castellana de *La sexualité*, “*Bulletin de Psychologie*”. Tomos XXIII y XXIV. Paris)

-LAPLANCHE, J. (1970): *Vida y muerte en psicoanálisis*. (1ª Edición). Buenos Aires: Amorrortu Versión castellana de *Vie et mort en psychanalyse*. Paris: Librairie Ernest Flammarion, 1970)

-LAPLANCHE, J. (1980): *La angustia. Problemáticas I*. (1ª Edición: 1988, 2ª reimpresión: 2000) Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Problématiques I. L'angoisse*. Paris: Presses Universitaires de France, 1980).

-LAPLANCHE, J. (1980a): *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*. (2ª Edición, 1983). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Problématiques II. Castration. Symbolisations*. Paris: Presses Universitaires de France, 1980).

-LAPLANCHE, J. (1980b): *La sublimación. Problemáticas III*. (1ª Edición 1987. 1ª reimpresión, 2002). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Problématiques III. La sublimation*. Paris: Presses Universitaires de France, 1980).

-LAPLANCHE, J. (1981): *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*. (1ª Edición). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Problématiques IV. L'inconscient et le ça*. París: Presses Universitaires de France, 1981).

-LAPLANCHE, J (1987): *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. (1ª Edición. 1ª reimpresión : 2001). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Nouveaux fondements pour la Psychanalyse. La séduction originarie*. Paris : Presses Universitaires de France, 1987)

-LAPLANCHE, J. (1992): *La prioridad del otro en psicoanálisis*. (1ª Edición, 1996). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *La révolution copernicienne inachevée*. Paris: Aubier)

-LAPLANCHE, J. (1993): *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. (1ª Edición: 1998). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión castellana de *Le fourvoiement biologisant de la sexualité chez Freud*. Paris: Synthélabo. Colec. Les empêcheurs de penser en rond. 1993).

-LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1968): *Diccionario de Psicoanálisis*. (2ª Edición, 1974, 2ª reimpresión, 1979). Barcelona: Labor. (Versión castellana de *Vocabulaire de la Psychanalyse*. Press Universitaires de France. Paris, 1968).

-LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1969): “Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía”. En J. LAPLANCHE; S. LECLAIRE; A. GREEN y J.B. PONTALIS: *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Pp.103-143).

- LAURIN, C. (1964): “Phallus et sexualité féminine”. En *De la Psychanalyse, VII* (Pp. 15-54). Paris: PUF.
- LECLAIRE, S. (2001): *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu (Versión castellana de “*On tue un enfant. Un essai sur le narcissisme primaire et la pulsion de mort* ». Editions du Seuil, 1975).
- LEMOINE-LUCCIONI, E. (1976): *Partage des femmes*. Paris: Éditions du Seuil.
- LESSANA, M.M. (2000): *Entre mere et fill: un ravage*. Paris: Essai.
- LEVINTON DOLMAN, N. (2000): *El Superyo femenino. La moral en las mujeres*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1949): *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós, 1969. (Versión castellana de *Les Structures Élémentaires de la Parenté*. Paris- La Haya : Mouton & Co.)
- MACK BRUNSWICK, R. (1940): “The Preoedipal Phase of the Libido Development”. *The Psychoanalytic Quarterly*, IX. (Pp. 293-319).
- MARAÑÓN, G. (1930): *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*. Madrid: Morata.

-MEAD, M. (1949): *Male and Female. A Study of the Sexes in a Changing World*. New York: William Morrow & Company.

-MEAD, M. (1961a): *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós. (Versión castellana de *Coming of Age in Samoa*. Nueva York: William Morrow & Company).

-MEAD, M. (1961b): *Sexo y temperamento*. Buenos Aires: Paidós

-MITCHELL, J. (1982): *Psicoanálisis y feminismo*. (2ª Edición). Barcelona: Anagrama. (Versión castellana de *Psicoanálisis and Feminism*. Nueva York: Pantheon Books, Random House, 1974)

-MONTRELAY, M. (1977): *L'ombre et le nom. Sur la féminité*. París: Les Éditions de Minuit

-MÜLLER, J. (1931): "Ein Beitrag zur Frage der Libidoentwicklung des Mädchens in der genitales Phase". *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XVII, 2.

-NASIO, J.D. (1996): *Grandes Psicoanalistas. Introducción a las obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein*. Vol. 1. Barcelona: Gedisa (Versión castellana de *Introduction aux oeuvres de Freud. Ferenczi. Groddeck. Klein*. Editions Payot & Rivages. 1994).

-NASIO, J.D. (2000): *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. (5ª reimpresión). Barcelona: Gedisa. (Versión

castellana de *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychoanalyse*. Editions Rivages, 1988).

-OPHUIJSEN, J.H.W. VAN (1917): “Observaciones sobre el complejo de masculinidad en las mujeres”. En J. JONES y OTROS (1964): *Psicoanálisis y Sexualidad femenina* Buenos Aires: Hormé. (Pp. 87-103). (Reimpresión de “Beiträge Zum Männlich Keitskomplex der Frau”, *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 4, p. 241).

-OVIDIO (1972): *Las metamorfosis*. Barcelona: Bruguera, 1972 (Edición y traducción de Vicente López Soto)

-PLATÓN: *Timeo o de la naturaleza*. (2ª Edición, 1969). Madrid: Aguilar. (Traducción F.P. de Samaranch)

-RABINOVICH, D.S. (1988): *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura. I*. Buenos Aires: Manantial. 1988.

-RANK, O. (1924). *El trauma del nacimiento*. Buenos Aires: Paidós, (1961) (Versión castellana de *Das Trauma der Geburt*. Viena 1924).

-RASCOVSKY, A. (1981): *El filicidio: La agresión contra el hijo*. (1ª Edición). Buenos Aires: Paidós-Pomairé.

-REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992): *Diccionario de la Lengua Española*. (21ª impresión). Tomo II. Madrid: Real Academia Española.

-SAUSSURE, F. (1915): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1977. (Versión castellana de *Cours de linguistique générale*. París: Payot. 1967)

-SEGAL, H. (1977): “Introducción a la obra de Melanie Klein”. En M. KLEIN *Obras Completas*. Vol. 1. Buenos Aires: Paidós-Hormé. (Pp 11-124). (Versión castellana de *Introduction to the Work of Melanie Klein*. Londres: W. Heinemann, 1964).

-SOLER, C. (2006): “Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de psicoanálisis”. Buenos Aires: Paidós (Versión castellana de “Ce que Lacan disait des Femmes”. Éditions du Champ lacanien, 2004)

-STARCKE, A. (1921): <<Der Kastrationskomplex >>. En *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 7.

-STRACHEY, J. (1950): “Nota introductoria”. En S. FREUD, 1895. *Proyecto de psicología*. (2ª Edición, 1986; 5ª reimpresión, 1996). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo I. (Pp. 325-336). (Versión castellana de *Entwurf einer Psychologie*).

-TUBERT, S. (1988): *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: Ediciones El Arquero.

-TUBERT, S. (1989): *Significación de los aportes y controversias del psicoanálisis sobre la sexualidad femenina*. Madrid: Universidad Complutense. Colección Tesis doctorales.

-TUBERT, S. (1991): *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.

-TUBERT, S. (1996): *Figuras de la madre*. Madrid: Ediciones Cátedra. Universitat de València. Instituto de la mujer.

-VEGETTI FINZI, S. (1992): *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*. Valencia: Ediciones Cátedra. (Versión castellana de *Il bambino della notte. Divenire donna divenire madre*. 1990. Arnoldo Mondadori Editore Spa. Milán)

-WALLON, H. (1934): *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión. 1975. (Versión castellana de *Les origines du caractère chez l'enfant. Les préludes du sentiment de personnalité*. Paris : PUF)

-WYATT, J. (1990): *Reconstructing Desire: The Role of the Unconscious in Women's Reading and Writing*. Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press.